

A person is seen from behind, wearing a dark, hooded garment that resembles a cape or a heavy coat. They are standing in front of a window with light-colored, sheer curtains. The person's face is obscured by the hood. The overall mood is somber and contemplative.

La
sexta
planta

Diego G. Andreu

LA SEXTA PLANTA

Por Diego G. Andreu

Primera edición mayo 2019

Copyright © 2019 La sexta planta

Copyright © 2019 Diego García Andreu

Todos los derechos reservados

En memoria de Mari Carmen Fas

1

Aquella noche de invierno se quedó fría y cerrada, y como dirían los más viejos del lugar, mañana el día amanecería tan gélido que podría arrancarte la piel con la misma facilidad que se pela un plátano. La niebla se arrastraba a un palmo del suelo por las desiertas calles de Madrid, pero allí, al final del viejo camino del cementerio, donde los edificios eran cada vez más escasos y los crujidos de las ramas más asiduos, se atrevía a ocupar todo el espacio, espesa y vibrante como una gelatina de lepra.

...

—¿Espesa y vibrante como una gelatina de lepra? —susurró Jaime con un hilo de voz, frunciendo el ceño.

Si lo leía Eugenio, el intransigente de su editor, con toda probabilidad se lo haría tragar sazonado con pimienta y sal. Releyó el párrafo una segunda vez, como si así fuese a impregnarse de un cierto interés que ahora no percibía por ninguna parte; ni siquiera un débil brillo de esperanza. Sus ojos, entrecerrados por el cansancio y poco convencidos de la solidez de sus palabras, se desplazaron de un extremo al otro de la pantalla del ordenador. Cuando llegó a la palabra *lepra*, abatido y exhausto, suspiró. Tras meditarlo durante unos segundos, su dedo planeó por encima del teclado hasta aterrizar una vez más sobre la tecla de borrar. Las palabras, al igual que todas aquellas que con anterioridad murieron por el mismo método taxativo, fueron comidas por el cursor hasta dejar una lustrosa y palpitante página en blanco.

Jaime Murillo detestaba las páginas en blanco. Pero sobre todo cuando no había ni una sola palabra que las precediera. Ni siquiera un título. Ni siquiera una idea. El cursor, como si una extraña vida biotecnológica habitase en su interior, parpadeaba frente a él con impaciencia esperando ponerse a trabajar. *Hoy me parece que tienes el día libre, amigo.*

Llevaba casi dos horas encerrado en su despacho, y había utilizado la odiosa tecla en diez ocasiones, aunque perdió la cuenta a partir de la sexta vez. El duelo siempre lo había acabado venciendo la página en blanco, en

cada uno de los diez asaltos (era rápida, muy rápida desenfundando el revólver), pero lo peor de todo, lo peor con diferencia, era que comenzaba a hablar con el cursor, como si fuera con un amigo en el bar de la esquina. Cuando llegaba ese momento, sabía que su mente no daría para más durante un buen rato.

Se levantó de la silla, estiró los brazos y cogió un cigarrillo del paquete sobre la mesa. Abrió la ventana y una corriente de aire cortante le azotó la cara. Aquí no era invierno, como había escrito minutos antes, era 21 de noviembre, a medio camino del otoño, pero el frío lo había descrito fiel a lo que imperaba aquella noche. *No hay nada mejor que sentir para describir.*

Prendió fuego a la punta, exhaló una gran bocanada de humo y lo expulsó por la ventana. Apoyó los codos sobre el deslustrado alféizar de la ventana y contempló sin mucho interés las deprimentes vistas que le ofrecía. El edificio donde vivían él y su familia tenía ocho plantas, en un barrio alejado de Madrid. Ellos vivían en un modesto apartamento en la sexta planta. Lo más interesante que podía encontrar era una hilera de árboles (ahora casi desnudos) que adornaba la calle de dos sentidos al tráfico. Estos eran como manos esqueléticas que brotaban de las aceras, abombadas y peligrosas en demasiados tramos, y los únicos que en contadas ocasiones le habían servido de inspiración. Bueno, la verdad es que eso no era del todo cierto. Los sombríos edificios de enfrente, muchos de ellos con pisos deshabitados y las persianas bajadas y descascarilladas, también habían participado en ese *momento dulce y brillante.*

Sacudió la ceniza del cigarro y esta se precipitó al vacío dibujando una espiral. ¿Por qué no tendría una casa en medio de un paraje natural, con unas vistas desde su despacho capaces de arrancar a su imaginación las mejores palabras jamás escritas? Como poseían otros escritores de terror con mucho más éxito que él. Sin embargo, para responder a la pregunta no tenía que ahondar demasiado en la profundidad de sus pensamientos. Era sencilla y conocía la respuesta sobradamente: porque no se la podía permitir. Rápida y cruel.

Puede que el género de terror hubiese tocado fondo, que la gente ya no se dejara impresionar por nada, por la sencilla razón de que todo, absolutamente todo, estaba explotado hasta la saciedad. El terror, y no solo en el ámbito literario, había pasado a un segundo plano, como un espectador en la lejanía, y posiblemente solo servía para que adolescentes lo usasen como excusa para

aterrorizar a sus novias y meterles mano en el acercamiento. Y aunque esa fórmula siempre había sido bastante efectiva, las chicas de hoy en día tampoco se asustaban con tanta facilidad. ¿Qué esperaba, entonces, el lector para sentir terror verdadero?, pensó. Le dio una calada al cigarro y expulsó el humo por la nariz. La nicotina le ayudaba a pensar y, como un brillo aislado de inspiración, creyó encontrar la respuesta: sentir el terror en la propia piel. A nadie le asusta leer que las luces de casa están encendidas cuando sabes perfectamente que las has apagado antes de salir, o que de pronto, tu propio reflejo en el espejo no sigue tus movimientos, pero sin embargo te observa con expresión macabra. Esas nimiedades están superadas, pero no, no hay que subestimar al terror, este no se ha esfumado del ser humano en un obligado paso evolutivo, como dicen que tendemos a perder el dedo meñique porque la única utilidad que tiene es para rascarte el interior de los oídos.

Porque... ¿y si en tu propia casa, en tu vida cotidiana, y olvidando por un momento que eres la persona más valerosa y menos asustadiza de todo el universo, vieses antes de acostarte que incomprensiblemente todos los cajones de tu dormitorio están abiertos? ¿O, pongamos por caso, que vas en el ascensor de tu casa, se detiene en un piso cualquiera, y cuando se abren las puertas con un chirrido metálico entra ese vecino tuyo que falleció la semana pasada de un infarto al corazón? ¿O (esta sí que es buena) si sintieses en un callejón húmedo y oscuro, no muy lejos de tu casa, el aliento en tu nuca de ese despiadado asesino en serie del que pensabas que nunca te cruzarías, porque eso siempre le ocurre a los demás? Nunca a ti, ¿no es cierto? En efecto, la clave residía en la palabra *casa*, muy cerca de tu entorno cotidiano. Ahí, ahí es donde surge el verdadero terror. Esa sensación que te alerta de un peligro, que te avisa de que cabe la posibilidad de que tu propia existencia esté a punto de concluir. Esa sensación que ahoga tu grito, que paraliza tu cuerpo, que dispara los latidos de tu corazón. En el preciso momento en que tu mente acepta que el mal realmente existe, y que te ha rozado con su uña larga y corroída, ese es el momento en que el terror adopta el verdadero sentido de la palabra en sí, el momento en que se apodera de ti.

Ese era exactamente el terror que buscaba.

Suspiró desolado. Por lo visto su mente aún había sido capaz de dar más de sí. Llevaba toda la tarde pensando en ello, y no era fácil aislarlo en una burbuja, ni siquiera durante la pausa de un cigarro.

En esas casi dos horas, había repasado todo el manual de temática

terrorífica una y otra vez. Succionó el cigarro pensativo. Los vampiros. Aunque eran su debilidad, estaban tan explotados que habían perdido su verdadera magia oscura. Ahora solo eran seres dotados magníficamente y con un gran talento para el amor. Los había descartado incluso antes de planteárselo. Observó un solitario coche girar al final de la calle. Consultó la hora en su reloj. Casi las nueve de la noche. Noelia debía estar a punto de llamarlo para cenar, y esa presión añadida todavía lo desconcentraba más.

No pierdas el hilo, no lo pierdas.

Los zombis. Siempre eran su segunda opción, pero, ¿qué podía decir acerca de ellos? Más de lo mismo, sin duda. En un putrefacto mundo apocalíptico ya no quedaba más donde rascar. Además, Eugenio lo rechazaría de inmediato, antes de que abriese la boca y pronunciase la primera Z. Pensó en brujería, en sectas. Ni hablar. Nunca le había atraído y no se sentiría cómodo escribiendo sobre ello. Quizá casas encantadas, fantasmas. Suspiró. Había un sinfín de libros hablando sobre ellos, y el cine tampoco ayudaba.

Payasos asesinos, psicópatas sangrientos, alienígenas provistos de un carácter demasiado agrio. Nada era lo suficientemente sustancioso como para perder el tiempo en ello. Apuró el cigarro y a punto estuvo de lanzarlo por la ventana embargado por la frustración, pero se contuvo. Se apremió en cerrar la ventana y aplastó la colilla en el cenicero repleto. El aire cortante lo había dejado helado, y también a su despacho. El débil calor que desprendía el calefactor de cuarzo había sido absorbido por el frío de la noche. Ese era el precio que había que pagar por fumar. Elegir entre ahumar el despacho o congelarse. Maldijo para sí mismo. Ni siquiera podían permitirse instalar calefacción en toda la casa, y aunque dispusieran de ella, tampoco podrían permitirse pagar la descomunal factura de gas que generaría.

Temblando de frío, dejó de compadecerse de sí mismo y dedicó un último esfuerzo a sus elucubraciones. Se le acababa el tiempo, y ya podía escuchar la voz de Noelia gritar a través de la puerta cerrada que la cena estaba preparada. Se sentó una vez más frente al ordenador. La pantalla en blanco parecía reírse de él, y luego estaba aquel maldito cursor, parpadeante, tratando de meter presión.

Piensa, por Dios, piensa.

Cerró los ojos y paseó la mano por su cabello, en un evidente gesto pensativo. Cuando los abrió el cursor seguía devolviéndole la mirada con un continuo guiño desquiciante.

La clave está en la palabra casa.

En el preciso momento en que tu mente acepta que el mal realmente existe.

Escuchó los pasos de Noelia por el pasillo al otro lado de la puerta, posiblemente preparando la mesa. Una vez más, se acababa el tiempo, pero algo se estaba gestando en su mente, una idea que iba adquiriendo huesos, tendones, venas, músculos.

Ese es el momento en que el terror adopta el verdadero sentido de la palabra en sí.

Sus ojos se abrieron como platos y sus labios se alzaron esbozando una sonrisa gloriosa. ¡Claro! Lo había tenido delante de sus narices todo este tiempo, ¿cómo no lo había visto antes? La súbita emoción aceleró los latidos de su corazón. ¿Quién era la personificación del mal por antonomasia?

—Sí, sí...

Sus dedos, a gran velocidad, escribieron en el teclado del ordenador seis letras. En mayúsculas, a modo de título provisional.

DIABLO

Satisfecho, contempló por unos segundos la temida palabra. Sí, solo con leerla un escalofrío trepó por su columna vertebral. O quizá solo fue el frío que había penetrado en el despacho por la ventana. Era imponente, y mucha gente rehuía pensar en ella, solo por si ese negligente hecho lo atrajese hacia uno mismo.

Perfecto, era absolutamente perfecto. Su imaginativa mente comenzaba a trazar un esbozo de trama cuando la voz de Noelia se escuchó por toda la casa:

—¡La cena está lista!

Noelia Pineda había asumido hacía mucho tiempo ya (exactamente nueve años y tres meses que llevaban casados) que la mayor parte de las noches debía preparar la cena sin la ayuda de su marido, excepto los fines de semana, esa condición era irrevocable. Además de que se había convertido en una costumbre, lo hacía porque sabía que Jaime necesitaba tiempo y silencio para concentrarse en la escritura, y bastante difícil era ya viviendo en un edificio donde las paredes eran de papel y podías escuchar incluso los pedos que se tiraba el vecino de al lado.

Para esta noche había decidido cambiar el menú colgado con un imán (con la forma de la Torre Eiffel, recuerdo de su viaje de bodas) en la puerta de la nevera, y que siempre llevaba a rajatabla, sustituyendo la ensalada y la pechuga asada que tocaba para el jueves por algo más succulento. A veces, cuando el trabajo en la librería no había sido demasiado duro y se sentía con fuerzas, le gustaba darles una pequeña sorpresa. Había optado por coles con queso gratinado al horno, un plato sabroso y una forma disimulada para que Javier comiera verduras.

Javier, al escuchar el grito de su madre, salió corriendo de su habitación poniendo a voz en grito que se moría de hambre.

—¡Eh, eh! ¡Sin correr, jovencito, y sin gritar!

—Lo siento mamá, es que me muero de hambre —Javier hizo una pausa y respiró—. ¿Qué hay para cenar?

—Hoy es una sorpresa, lávate las manos mientras viene tu padre.

Javier se acercó a la mesa e intentó husmear poniéndose de puntillas lo que había dentro de la cazuela de barro, pero Noelia había sido precavida y le había colocado la tapa de aluminio por encima.

—¿No te he dicho que es una sorpresa? Anda, ve a lavarte, corre, que se enfría —ordenó sonriendo.

Javier salió corriendo del salón al tiempo que Jaime entraba, por lo que se llevó un buen racimo de cosquillas cuando pasó por su lado. Observó por un

momento a Noelia. Llevaba puesta la bata estampada con caras de gatitos haciendo muecas divertidas, que ya debía tener sus años como la tela desgastada y algunas manchas imposibles de arrancar indicaban, pero que, al fin y al cabo, seguía haciéndole gracia. Él había insistido en que la tirase a la basura de una vez por todas y que la renovase, pero Noelia siempre se excusaba con el mismo argumento: ese dinero lo podemos emplear en otras cosas, y además, tampoco está tan vieja, a mí me gusta. Claro, ¿qué otra opción tenía? Por un segundo sintió lástima de su mujer, y también sintió desprecio por él mismo. Su escaso sueldo como escritor era el culpable de que su mujer no pudiera tener una bata nueva, o de que en invierno se congelasen en casa y en verano se abrasaran por no poder hacer frente a las abusivas facturas de suministros.

Sin embargo, a pesar de esos perniciosos pensamientos, se apoyó en el marco de la puerta, se cruzó de brazos y sonrió. Noelia llevaba su cabello castaño y liso recogido en una coleta. Aun así, ataviada de ama de casa y con expresión cansada, la encontró terriblemente atractiva. Noelia alzó la mirada y escrutó su sonrisa. Siempre solía decir que conocía a su marido como si lo hubiese parido, y cuando lo vio allí apoyado en el marco de la puerta, adoptando una pose interesante y la comisura de sus labios alzada dibujando una media sonrisa, supo que la tarde había sido, cuando menos, fructuosa.

—Uy, conozco esa sonrisa. Dime que por fin se te ha ocurrido algo —dijo mientras levantaba la tapa de aluminio y hundía el cucharón en las coles.

Jaime pareció salir de su ensoñación. Las ideas seguían bullendo en su mente, y la voz cantarina de Nobita en la televisión debía avivar el momento íntimo de la cena en familia, el momento de desconectar, porque siempre cenaban con Doraemon para complacer a Javier, pero esa noche nada podía vaciar su mente.

Miró por el pasillo para cerciorarse de que Javier todavía estaba lavándose las manos y se acercó a Noelia. Por nada del mundo quería que su hijo supiese de qué iba a tratar su novela.

—Sí cariño, creo que lo tengo —susurró—. Luego, después de cenar y cuando hayamos acostado a Javier te lo cuento.

—Uh, vaya, debe de ser bueno. Me vas a tener en un sinvivir hasta entonces.

Aunque su tono podría sonar socarrón a oídos ajenos, no era así, en absoluto. Jaime sabía que Noelia sentía aquellas palabras hasta la última vena

microscópica de su corazón.

—Paciencia, cariño, paciencia. No quiero que Javier se entere, es muy pequeño todavía. Pero te puedo adelantar que dará mucho de sí.

Noelia sirvió la ración de Javier en el plato. Jaime pudo percibir un ligero brillo en sus ojos, porque en el fondo sabía que se sentía extremadamente intrigada.

Mientras Noelia servía una generosa y humeante ración para Jaime estuvo a punto de hablar, tratar de sonsacarle algún anticipo, pero tuvo que contenerse y su voz se quedó en un suspiro. No había tiempo para más. La conversación acabó en el preciso instante en que Javier regresó corriendo del cuarto de baño y se sentó en su lugar de la mesa, frente al televisor. Sus ojos hambrientos no tardaron en posarse sobre la cena.

—¡Coles con queso! ¡Gracias mamá!

—Qué rico, ¿verdad, campeón? —corroboró su padre sentándose a su lado.

Lo cierto era que así daba gusto cocinar, pensó Noelia. Acabó de servir los platos y se sentó a la mesa cerrando el círculo.

—Pues venga, a cenar, que no quede ni una miga.

Javier, tapado con la manta hasta la nariz, observaba con sus dos grandes ojos azules a sus padres. Iban del uno al otro, y los dos sonreían con expresión entrañable. A Javier le gustaba esa sonrisa, le hacía sentirse querido, pero sobre todo, protegido. Estaba temblando de frío, porque en realidad su dormitorio estaba helado. La tenue luz de la lamparita de noche apenas iluminaba la habitación, y a Jaime, por un momento, le pareció que aquello eran las frías mazmorras de un castillo en lo alto de una montaña del Cáucaso. Maldijo para sí mismo el frío que hacía en esa casa, pero en ningún momento borró su sonrisa.

—Enseguida entrarás en calor, cariño —susurró Noelia, y se acercó a darle un beso en la frente—. Buenas noches y duérmete pronto, que mañana hay cole.

—Sí mamá, buenas noches.

Noelia lo arropó aún más si cabía y se hizo a un lado cediéndole el paso a Jaime. Este le apartó el cabello de la frente y besó su mejilla.

—Buenas noches, campeón. Que tengas dulces sueños.

El ritual de todas las noches. Acercó su mano al interruptor de la lamparita

de noche albergando la esperanza de que su hijo por fin se lo permitiese, pero se quedó a medio camino. La tierna voz de Javier sonó amortiguada por las mantas que le tapaban la boca.

—¿Puedes dejarla encendida, papá?

Jaime sonrió quitándole importancia al hecho de que su hijo no soportase dormir con la luz apagada y retiró la mano del interruptor.

—Claro, cariño. Puedes dejar la luz encendida, pero ya eres muy mayor para eso. No tiene que darte miedo, lo hemos hablado muchas veces.

En verdad, no era lo suficientemente mayor para eso, y Jaime lo sabía, porque cuando él también tenía nueve años le ocurría exactamente lo mismo. En cuanto la habitación se quedaba a oscuras y las tinieblas se adueñaban de cada rincón, su imaginación comenzaba a concebir monstruos dentro del armario o bien debajo de la cama, pero eso era un trámite que había que pasar, supuso. Con la edad, esos temores desaparecerían por sí solos.

—Gracias papá, te quiero, a ti también, mamá.

—Buenas noches —dijeron sus padres al unísono. Dejaron la puerta entreabierta y fueron a refugiarse a la calidez del salón.

La estufa de butano, la única arma de que disponían para combatir el intenso frío, era suficiente para caldearlo, pero no para calentar toda la casa. En cuanto dejaban la puerta abierta, el calor se esfumaba como si fuera devorado por el helor que habitaba en cada rincón, en cambio si la cerraban, al poco tiempo las emanaciones de la estufa producían una modorra insoportable, y a Jaime siempre le ponía dolor de cabeza. Como solución, dejaban la puerta entornada. Sin embargo, al final el resultado seguía siendo el mismo, siempre acababan uniéndose los dos inconvenientes. El salón nunca se llegaba a calentar del todo, por lo que el incómodo helor en el cuerpo siempre estaba presente, y la sensación de embotamiento en la cabeza acababa apareciendo de todos modos, aunque tardaba un poco más.

Noelia se sentó en el sofá de dos plazas y palmeó efusivamente el almohadón contiguo para que Jaime se sentara a su lado. Este orientó la estufa hacia ellos y no perdió tiempo en seguir su consejo. Con un gesto cariñoso, la cogió por el hombro y la atrajo hacia él.

—Bueno, basta ya de tanto secretismo —musitó Noelia—. Cuéntame inmediatamente qué es lo que has pensado para tu libro.

Jaime se mojó los labios. Durante todo este tiempo había contenido el deseo de contarle a Noelia su gran idea, y ahora que estaban solos, por fin

había llegado el momento de hacerlo. Como todas las noches de los últimos días, se había levantado un ligero viento que silbaba tras las ventanas. A Jaime le pareció el susurro fantasmal de un niño flotando en la fría noche. Bajó el volumen de la televisión para no molestar a Javier y se dispuso a hablar:

—Escucha, a ver qué te parece —Jaime hizo una pausa tratando de dar más énfasis a lo que tenía que anunciar—: he pensado escribir sobre el diablo.

Jaime lo dejó caer como una losa. Sus ojos brillaban de emoción y la comisura de sus labios se alzó en una sonrisa triunfal, como si al decirlo la Tierra debiese detenerse. Sin embargo, la verdad era que necesitaba la aprobación de su mujer, escuchar de su boca que la idea era más que acertada: que era sublime. Se giró hacia Noelia y la miró a los ojos. Para él era imprescindible estudiar esa primera reacción, la que nace de una sorpresa inesperada y que no se puede ocultar. Noelia fijó la mirada en la diminuta llama de la estufa, pensativa, guardando un silencio que a Jaime se le antojó una eternidad. Luego, en su expresión se dibujó una sonrisa, e inevitablemente, Jaime también sonrió.

—Me parece... me parece fantástico —susurró—. El diablo. Sí, solo con escuchar su nombre ya suena terrorífico. ¿Pero has ideado ya alguna trama, o solo gira en torno a él? —quiso saber, con un tono de voz que denotaba cierta emoción.

—¿De verdad te gusta? Algo tengo en mente, pero tengo que pulirlo mucho más.

—Ah, ¿y puedes contármelo, o es demasiado secreto?

Noelia le besó en la mejilla, una vez, dos veces, tres, como si con ese gesto pudiese sonsacarle la información, y lo cierto es que funcionó, aunque intuyó que no habría sido necesario, porque veía en la expresión apasionada de su marido que se moría de ganas por contárselo.

—Bueno, de momento es solo un bosquejo y no me ha dado tiempo para mucho más, pero sería algo así —susurró Jaime, tratando de poner en orden las ideas que habían estado bombardeando su mente—: un grupo de amigos, todavía no sé cuántos, decide demostrar la existencia del diablo, y para ello se reúnen una noche para practicar una invocación, con la Biblia y las tijeras, aunque tengo que investigar en profundidad en qué consiste el ritual. Después de esa noche, algo demoníaco los acosará, uno a uno, o a todos a la vez, y... y tengo que perfeccionarlo —concluyó riendo.

—Bueno, la verdad es que tiene una pinta estupenda. Me gusta, y ya sabes

que yo siempre soy sincera contigo, si no qué tipo de ayuda te estaría ofreciendo. Además, sé que vas a sacar un buen libro de ahí —esta vez Noelia le besó los labios con una dulzura exquisita.

—Estaba deseando escuchar tu veredicto final.

Jaime le devolvió el beso mientras hablaba y cerraba los ojos, lo que hizo que sus palabras sonasen entrecortadas y besuconas. De pronto, Noelia se separó de él con un gesto brusco y lo miró fijamente a los ojos.

—Pero espera, ¿me prometes no hacer ninguna tontería esta vez?

Noelia no sonreía. Conocía la excentricidad de su marido, y como él decía, para describir hay que sentir. Pero lo peor de todo era que, en la mayoría de ocasiones, la *obligaba* a ser su cómplice. Por un momento se preguntó por qué el género literario de su marido no sería el romántico en vez del terror. La había hecho encerrarlo dentro de una caja de madera durante una hora para conocer en su propia piel qué se sentía al ser enterrado vivo (y todavía le recorría un desagradable escalofrío por su columna vertebral cada vez que recordaba cómo golpeaba la tapa cuando el oxígeno se le acababa), la había hecho vendarle los ojos y amordazarlo (y era curioso cómo, al contrario de lo que ocurría en las películas, apenas habría aguantado unos minutos respirando únicamente por la nariz medio taponada, y habría muerto si no le hubiese arrancado la mordaza inmediatamente). En otra ocasión, el buen hombre había puesto el despertador a las tres de la madrugada y había salido a los pasillos del edificio únicamente provisto de su teléfono móvil a modo de linterna, solo para acariciar la sensación de angustia y de terror que provoca la oscuridad, en el supuesto de que los rellanos estuviesen infestados de zombis. Hubo una vez, recordó, en que realmente llegó a preocuparse por él. No se le ocurrió otra cosa que coger el coche y desplazarse hasta el Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama para perderse de madrugada en el monte y sentir así la asfixia que produce la naturaleza en ti cuando la noche ha caído y te ves invadido por la desorientación. Jaime no apareció por casa, sucio y maloliente, hasta la tarde del día siguiente, y ella a punto estuvo de llamar a emergencias.

Así que, esta vez, en cuanto escuchó las palabras *Biblia y tijeras*, una lucecita roja y pequeña se encendió en un recoveco de su mente, y eso sí que no pensaba permitirlo, bajo ningún concepto. Sí, pensó mientras esperaba una respuesta con expresión imperturbable, el miedo que infundía la figura del diablo en sí seguramente le proporcionaría a Jaime el terror que estaba

buscando, no lo dudaba, porque en ese preciso instante ella misma se vio embargada por una sensación inquietante, solo con pensar en ello.

—Está bien, esta vez no haré ninguna tontería.

—No me lo has prometido.

Jaime dudó un segundo.

—De acuerdo, te lo prometo.

Habían planeado ver una película esa noche, pero hubo un improvisado cambio de planes. Jaime se sentía eufórico por haber sido tocado por la inspiración, y para Noelia no había nada que la excitara más que ver a su marido con los deberes hechos. Se transformaba en una persona totalmente distinta, más cariñoso, mucho más alegre, o por el contrario, puede que el momento de transformarse fuese cuando las palabras flotaban incansables en su mente, cuando la abstracción lo mantenía demasiado distante como para poder percibir lo que ocurría a su alrededor.

Fuera como fuese, esa noche habían hecho el amor durante el tiempo exacto que duraba la película, hecho que sorprendió a ambos en la misma medida, no por llegar al éxtasis final en el preciso instante en que los créditos se deslizaban por la pantalla, sino porque la duración de la misma era de una hora y cuarenta minutos. El pijama de Noelia, con ositos y corazones, estaba tirado de cualquier manera en el sofá contiguo, bajo la ventana, que previamente Jaime se había encargado de tapar con las cortinas de un color beige claro. Su sujetador descansaba en el reposabrazos y sus braguitas de color rosa habían aterrizado directamente en el suelo, junto a la mesita centro. El chándal y la sudadera de Jaime habían caído justo en el lado opuesto.

Habían arriesgado mucho, porque si por cualquier motivo Javier se hubiese despertado y levantado de la cama, los habría sorprendido en pleno acto, y entonces habrían tenido que inventar cualquier pretexto, eso sí, algo lo suficientemente creíble, porque conforme pasaban los años, cada vez era más difícil despistar a Javier. Sin embargo, esa noche era una de aquellas en la que había que correr riesgos, porque la espontánea fogosidad era algo de lo que últimamente carecían. Aquellos momentos en que la excitación se adueña de la razón y despeja el camino para que un instinto primitivo y desenfrenado se haga cargo de tus actos podían contarlos con los dedos de una mano, y sin duda, había que aprovecharlos.

Ahora que todo había acabado, se vistieron con rapidez entre besos

fugaces y risas. El salón era una caldera, ya que habían cerrado la puerta por precaución.

—Por Dios —dijo sonriendo Noelia—, apaga la estufa o me va a dar algo.

Ese comentario arrancó una sonrisa a Jaime. Ahora, cualquier cosa podría hacerle reír. Cualquier cosa menos la televisión del vecino de al lado, que gracias a la increíble ingeniosidad del arquitecto, los dos salones solo eran separados por una fina pared. Volvió a reír cuando pensó en Noelia, que con lo que adoraba gritar mientras lo hacían, tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para no dejarse llevar. Se inclinó sobre la parte trasera de la estufa y apagó la bombona de butano. Su frente estaba perlada por el sudor, y su cabello despeinado pegado a ella.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —preguntó Noelia, aunque ella misma no podía parar de sonreír.

—Ah, nada, estaba pensando en el vecino.

Por lo visto, debía de estar viendo una película de acción, porque se escuchaba claramente a través de la pared gritos y explosiones acompañados de una música frenética que se superponía al volumen a media voz de su propia televisión. Noelia le dedicó una mirada traviesa.

—Ya sé lo que estás pensando, bicho. Pues que sepas que la próxima vez no pienso contenerme, estoy harta de no poder hacer lo que me apetezca en mi propia casa sin que me oigan todos los vecinos —dijo con tono juguetón mientras se abrochaba el cinturón de la bata. Sin embargo, ahora se lo tomaba a bien debido al característico buen humor que la embargaba después de hacer el amor, pero ese pensamiento, en cualquier otra situación del día, llegaba a desesperarla, tanto o más que a Jaime, porque no se escuchaba solo al vecino de al lado. También a los de arriba, la señora Pilar, viuda, y a su hijo que era incapaz de emanciparse con casi treinta años, y que además, tenían un perro de esos que carecen de raza definida y que se dedicaba a correr por toda la casa cuando le entraba una locura transitoria. Pero no solo era eso. La cosa todavía podía empeorar más. Por muy difícil que pudiera parecer, también escuchaban las conversaciones del matrimonio del piso de abajo, y que además, también tenían otro perro, feo como un demonio y que aullaba como un lobo en celo cuando lo dejaban solo en casa. El milagro era, pensó mientras observaba cómo Jaime sacaba un cigarro del paquete, que su marido pudiera escribir con semejante alboroto.

—Pues harías bien, porque aunque jadees en modo silencioso, creo que te

oyen igual, así que para qué contenerse —replicó Jaime metiéndose el cigarro en la comisura de sus labios. Además, escuchar los jadeos de su mujer era algo que lo excitaba sobremanera, por lo que tampoco sería tan mala idea que diera rienda suelta a sus instintos. Noelia dibujó una mueca parecida a una sonrisa y no perdió tiempo en advertirle a Jaime, solo por si su estado pletórico le había hecho olvidar las normas:

—Si vas a fumar ya sabes, al balcón.

Por nada del mundo dejaría que Jaime fumase en casa (ni siquiera aunque fuera hiciese un frío glacial, ya que pensaba que si era decisión de su marido fumar, también era decisión suya mantener la casa libre de humos, y mucho más con Javier de por medio), a no ser que fuera en su despacho, y porque ahí era el único terreno de la casa donde no tenía autoridad.

—Lo tengo asumido —respondió resignado.

A las once y diez de la noche, vencida por el cansancio, Noelia decidió irse a la cama a dormir, no sin antes cerciorarse de que Javier dormía plácidamente. En cuanto vio el brillante hilo de baba que se deslizaba por su barbilla, fue al dormitorio, se metió entre las mantas, y en cuanto logró despojarse del insoportable frío que reinaba en la habitación cayó rendida. Ni siquiera el constante pero leve temblor de las lamas de la persiana agitadas por el viento pudo importunar su sueño.

Sin embargo, Jaime se sentía despejado, impaciente por comenzar a trabajar y anotar todas las ideas que habían pasado por su mente, incluso cuando estaba haciendo el amor con Noelia. Quizá ese había sido el secreto de su inesperada resistencia, pensó, y no pudo evitar sonreír con cierta malicia. Con cuarenta y un años, no estaba mal poder ofrecer toda la potencia del mundo durante el transcurso de una película entera. De principio a fin, y de cien minutos. Por supuesto, ese hecho lo hacía sentirse satisfecho consigo mismo, era, por decirlo de algún modo, como si una vez traspasada la temida barrera de los cuarenta tratara de convencerse a sí mismo de que a partir de ese momento la experiencia y el conocimiento de las técnicas precisas para complacer a su mujer se abrieran ante él, desvelando, incluso con un haz de luz celestial, los secretos más custodiados solo al alcance de los cuarentones. Bueno, pensó, y seguramente dentro de una década, también al alcance de los cincuentones. O quizá ese sería un libro secreto nuevo, con procedimientos y habilidades jamás imaginadas. Puede que ahí radicase el misterio de por qué a las mujeres les atraen tanto los hombres maduros. ¿Qué es más sabroso: un whisky de diez euros la botella que puedes encontrar en cualquier supermercado, o uno de quince años, a doscientos euros la botella?

A nadie le amarga un dulce, qué demonios.

Ese pensamiento desembocó inexorablemente en uno menos indulgente, y no era otro que el apocalíptico paso del tiempo. Los días parecían avanzar a una velocidad cósmica, como si el universo recortase sus horas a partir de

cierta edad. Javier tenía solo nueve años, y en cierto modo lo hacía sentirse todavía joven (¿quién no se sentiría joven con un hijo de tan corta edad?), pero en solo otros nueve años más alcanzaría la mayoría de edad, y seguramente le sacaría un palmo de estatura, y con toda probabilidad su pene sería el doble que el suyo. Bueno, un cuarto, tampoco tenía que pasarse.

Ahora, a esa edad intermedia, en la que no era joven, pero tampoco viejo, era cuando realmente analizaba los logros alcanzados, los sueños rotos y los proyectos abandonados. Pero, paralelamente, también había tiempo para pensar en los que estaban por venir, aunque se le antojaban como las últimas balas en la recámara del revólver. Ese momento crucial en que tienes que disparar, casi con los ojos vendados, y acertar en la diana porque ya no quedan más oportunidades, porque la vida se acaba a la vuelta de la esquina.

Te estás yendo por las ramas, vas a perder la concentración y lo sabes...

Apagó las luces del salón, se metió en su despacho y cerró la puerta muy despacio para no despertar a Javier. La habitación estaba condenadamente fría. Como toda la casa. Se apremió en conectar el calefactor de cuarzo y en encender el ordenador de sobremesa.

Como venía siendo habitual, su viejo (y exasperante) Pentium 4 tardó más de cinco minutos en arrancar. El disco duro emitía un pitido discontinuo pero constante, y el ventilador un zumbido arrítmico que parecía anunciar las últimas horas de la máquina. De acuerdo, era su herramienta de trabajo y debía sustituirlo antes de que un día el ordenador decidiese que hasta aquí había llegado, y corría el riesgo de perder toda la información y aumentar el importe de la factura para tratar de rescatar todo el contenido del disco duro, si es que era una opción viable. Pero ese cambio no llegaría hasta que las navidades hubiesen pasado. Faltaba poco más de un mes y la interminable lista de juguetes y regalos ya amenazaba seriamente con dejar su número de cuenta en números rojos. Luego, como todos los años, tendrían que echar mano de la tarjeta de crédito, por lo que la agonía se prolongaría hasta febrero, o quizá marzo.

Sin embargo, Jaime, como escritor, siempre tenía la precaución de guardar una copia de todas sus obras en un pendrive. Había oído la existencia de *la nube*, un lugar seguro donde guardar todos sus documentos importantes, pero el concepto de *seguro* no lo convencía del todo. Puede que ahora fuese él quien estaba chapado a la antigua (como le decía a su padre el día que aparecieron los Cds y este no quería reemplazar sus cintas de cassette por

nada del mundo), pero le aterraba el robo de información o la pérdida absoluta de todos sus documentos, y por mucho que la empresa responsable se hiciese cargo, jamás podría recuperarlo. Así que la mejor opción era aquel aparatito minúsculo con forma de champiñón, que para él ofrecía muchas más garantías, a menos que se estropease justo en el momento en que el ordenador lo hiciese al mismo tiempo. Poco probable. Muy poco probable, un cúmulo atípico de coincidencias.

Se sentó en la silla giratoria frente al escritorio, encendió el flexo junto a una pila de papeles y, mientras esperaba a que el fondo de pantalla (un oscuro cementerio bañado por la luz de la luna llena) apareciese de una vez por todas, cogió la calculadora junto a la torre del ordenador y comenzó lo que para él era un ritual cada vez que se disponía a comenzar una novela. Por un instante se detuvo a observar cómo su mano temblaba por el frío. Eso no era forma de vivir, y ni Noelia ni Javier se lo merecían. Este libro tenía que marcar un antes y un después, la obra definitiva que lo catapultase hacia el éxito. Sin embargo, tampoco perseguía una gran notoriedad, ya que se sentía cómodo siendo un personaje anónimo hasta cierto punto (en verdad no soportaba la idea de verse abordado por la calle a cada paso que diese), simplemente lo necesario para poder vivir sin preocuparse de tener que apagar el aparato de aire acondicionado cada cierto tiempo o de ir increpando a Javier por toda la casa para que fuera apagando luces.

Para este nuevo proyecto había decidido una consistencia aceptable. Ni muy corto ni demasiado largo. En eso consistía su ritual: establecer la longitud de la novela y planificar el ritmo de escritura. Con esa sencilla fórmula obtendría el tiempo necesario para acabar el trabajo, con un error de un mes arriba o abajo teniendo en cuenta los bloqueos, la falta de inspiración o, todo lo contrario, esos días en que las palabras fluían con rapidez de sus dedos. Calculó que unas ciento treinta mil palabras, como mínimo, serían perfectas. Tecleó el número en la calculadora y lo dividió entre mil quinientas palabras que eran su meta diaria. Pudiendo escribir a tiempo completo, fácilmente podía darle vida a setecientas cincuenta palabras por la mañana, y a otras setecientas cincuenta por la tarde. Sus ojos brillaron cuando vieron el resultado. Ochenta y seis días, lo que equivalía a tres meses aproximadamente. Si a eso le sumaba los presumibles imprevistos, significaba que en cuatro meses podía tener el primer borrador.

Al fin el ordenador arrancó y el ventilador pareció estabilizarse, lo que

significó un gran alivio para sus oídos. Abrió el procesador de textos y a continuación el archivo que había guardado antes de la cena. Se echó el aliento a las manos tratando de darse calor mientras el documento daba la impresión de querer resistirse. Aquel maldito calefactor comprado en unos grandes almacenes tardaba una eternidad en calentar el despacho. Cuando el documento se decidió a mostrarse, Jaime clavó la mirada en la única palabra que había escrito hasta ahora:

DIABLO

La persiana se agitó por el ligero viento que se había levantado esa noche. La leyó una vez, dos, y una tercera. El despacho, iluminado tenuemente por la pobre luz del flexo, le dio un matiz inquietante que de nuevo le arrancó un escalofrío en el espinazo. Soltó el aire retenido en los pulmones y se dispuso a trabajar en la trama. Para ello, cogió la libreta donde solía anotar todos sus pensamientos y comenzó primero a escribir algunos nombres y apellidos (finalmente decidió que serían cuatro los protagonistas) y después esbozó algunos rasgos de sus personalidades. Estuvo dedicado a esa tarea durante diez minutos, sin embargo, algo pululaba por su mente como una mosca enferma.

Se lo has prometido a Noelia, y no es propio de ti romper una promesa.

Dejó el bolígrafo sobre la libreta y, con expresión pensativa, hizo rodar la silla hacia la ventana. Parecía que por fin comenzaba a entrar en calor, justo en el momento en que le entraban las ganas de fumar. Por supuesto, se dijo, que no es propio de mí romper una promesa, pero era obvio que Noelia, cuando le hizo prometer que no hiciese ninguna tontería, se refería a usar la biblia y las tijeras... en casa.

Decidido. Necesitaba un cigarro. Estiró el brazo y cogió uno del paquete sobre la mesa. Sin embargo, prefirió no abrir la ventana, ya lo haría durante un rato antes de irse a dormir.

Lanzó una bocanada de humo que se estrelló contra el cristal de la ventana. Por supuesto que no pensaba hacer una invocación al diablo en su propia casa, era cierto que sentía la imperiosa necesidad de experimentar todo lo que escribía, pero no estaba tan loco. Su mirada andaba perdida a través de la ventana, en alguna vivienda deshabitada del edificio de enfrente.

En su propia casa.

Pero no en otra casa, muy hábil, sí señor, un movimiento preciso y evasivo de cadera antes de ser ensartado por la espada. Así creyó que esquivaba su

promesa de una forma sutil e inocente, y al menos, su conciencia permanecería tranquila. Y además, en cuanto escribió la palabra diablo en el procesador de textos, la idea acudió a su mente como si fuera sabedora de que iba a ser llevada a cabo, como si de forma extraña tuviese vida propia. Dio otra calada al cigarro. Se preguntó por qué estaba debatiéndose consigo mismo por ejecutarla o no, porque por más que intentase ignorarla o desecharla, sabía que nunca lo conseguiría. Ya estaba dentro de él, desde que se mostró por primera vez, y ya nada la sacaría de su cabeza.

El despertador del teléfono móvil de Noelia sonó puntual a las siete de la mañana. Jaime, tapado hasta los ojos, creyó desfallecer cuando lo arrancó de su sueño, y en ese momento hubiese deseado coger el estrambótico politono y metérselo por la batería. Sentía la cabeza como si la hubiese metido dentro de la lavadora. Anoche estuvo trabajando hasta la una de la madrugada, y todavía permaneció despierto en la cama amasando las ideas hasta que el sueño le venció.

Sus ojos no conseguían despegarse, y a punto estuvo de caer dormido de nuevo de no ser porque Noelia le sacudió el hombro.

—Arriba, dormilón. ¿Se puede saber hasta qué hora estuviste despierto?

Jaime solo estuvo en condiciones de balbucir tres palabras:

—Voy, Dios, voy.

Apartó las mantas a un lado y el frío que se había condensado en la habitación durante toda la noche le traspasó el pijama hasta meterse en sus huesos. Pensó, mientras se apresuraba a ataviarse con su chándal y su horripilante bata de cuadros escoceses, que no conocía sensación más espantosa que esa.

—Me cago en la leche, qué frío hace en esta casa —se quejó entre el castañeteo de sus dientes.

—Tenemos que hacer algo, cariño. Esto no puede seguir así, y todavía no ha llegado el invierno.

—Lo sé, lo sé...

Jaime alzó la vista hacia el aparato de calefacción que colgaba de la pared junto al ventanal que daba al balcón. Era, sin lugar a dudas, uno de los adornos más inútiles de todo el dormitorio. En silencio, la ira recorrió el interior de sus venas. Ahí estaba la solución, a escasos metros de él. Sin embargo, inalcanzable, como un gran pastel de manzana delante de alguien que acaba de sufrir la extracción de una muela en el dentista.

—Te lo digo en serio, cielo. Podemos morir congelados —insistió Noelia

mientras se hacía con maña una coleta con una goma. Su delgada nuca quedó a la vista.

Lógicamente, solo era una forma de hablar, se dijo Jaime, aunque poco faltaría para ello. Sin embargo, los últimos años habían aguantado sin problemas, pero no sin sufrimiento. Lo que realmente pesaba sobre ellos era volver a comenzar el ciclo, asumir que todavía quedaban cuatro o cinco meses de gélido calvario, y que aquello no había hecho más que empezar, porque el invierno estaba a la vuelta de la esquina. De pronto, un atisbo de esperanza nació en él. Cuatro o cinco meses, justo el mismo tiempo que calculó anoche. Con un poco de suerte, mucho esfuerzo y sacrificio podría tener el libro acabado para principios de primavera, y además, pensó, era una fecha ideal para sacar una novela.

—Intentemos apañarnos de momento con la estufa, ¿te parece? Ya veremos qué se nos ocurre. —Jaime se frotó los lacrimales con los dedos de una mano. —Perdona cariño, pero ahora no puedo pensar. Anoche estuve hasta tarde trabajando y ahora mi cabeza no rige con claridad.

—Siempre te puede la emoción cada vez que empiezas un nuevo proyecto. Lo que adelantas de madrugada lo pierdes a la mañana siguiente, ¿no te das cuenta?

—Con un par de cafés me sentiré mejor. O tres. ¿Sabes? Tienes razón, cariño, pero esta vez es distinto, siento la inspiración hasta debajo de la piel. Me he propuesto que este libro tiene que ser nuestro billete ganador, y por Dios que lo conseguiré.

Sus palabras esperanzadoras arrancaron una sonrisa en Noelia. Rodeó la cama y le dio un beso en los labios.

—Nunca te había visto tan ilusionado con un libro. Me gusta. Y estoy convencida —añadió mientras volvía a besarlo con dulzura—, que va a ser algo grande, muy grande. Sabes que siempre he confiado en ti y en todo tu potencial, y que para mí eres un escritor magnífico, eso no lo olvides nunca. —Noelia hizo una pequeña pausa esperando haber reforzado sus ánimos. —Y ahora... ¿preparas tú el café mientras voy despertando a Javier?

—Acepto el trato muy gustoso.

Sonrió y palmeó su trasero, que vibró provocador. De pronto, se sentía un poco más despejado.

Cuando la cafetera comenzó a silbar con su particular traqueteo de la tapa (a Jaime le recordaba a una cría de pájaro hambrienta), un agradable aroma a café impregnó toda la casa. Era el presagio de que un nuevo día comenzaba, a pesar de que el sol aún no había asomado, y había que ponerse en marcha.

Hoy disponía de todo el día para él, y por fin, después de un elaborado trabajo la madrugada anterior, se sentía preparado para abordar las primeras páginas. Eran importantes, no, importantes no era la palabra exacta, eran esenciales, el preciso instante en que un lector analizaba de un simple y ágil vistazo cómo iba a ser el desarrollo del libro y el estilo del autor, el preciso instante en que decidía si seguir adelante con él o abandonarlo en los sótanos de su ebook, o quizá en el fondo de su estantería.

Noelia, como era habitual los días entre semana, bajó de la mano de Javier al garaje sobre las ocho y media, montaron en su Renault Scenic del 2005 y lo llevó al Colegio San Marcos Apóstol, un colegio religioso como Noelia deseaba, y que además estaba ubicado en la ruta que debía tomar hasta la librería donde trabajaba desde hacía ya quince años.

Así pues, cuando el reloj circular de la cocina marcó las nueve de la mañana y Jaime removía con parsimonia la cucharilla de su tercer café de la mañana, Javier debía estar empezando su primera clase, de matemáticas, según se había quejado con vehemencia su hijo en el desayuno, y Noelia debía estar tomándose un café y una magdalena en su cafetería preferida, en la misma acera y a pocos metros de Librerías Noche de Letras, seguramente acompañada por Cris, o quizá por Helena, no recordaba con cuál de las dos hacía el turno hoy.

Dio un sorbo al café, abrió la ventana y se encendió un cigarro. Perfecto. Toda la casa para él. Ahora que Noelia no estaba en casa podía fumar al menos en la cocina. Observó desinteresadamente a través de la ventana. Las vistas desde allí no eran muy sugerentes ya que la cocina daba a un patio de luces. Lo más interesante que podía ver era a algún vecino fregando los platos

y cruzar una mirada furtiva con él. El aire era helado, y aunque había amanecido despejado y podía contemplar si alzaba la mirada el cielo azulado y algún haz de luz bañando la blanca y desportillada pared, el sol no calentaría lo suficiente hasta que llegase el mediodía.

Se propuso durante la mañana escribir al menos mil palabras, y así por la tarde abordar otras mil antes de que finalizase el día. Hoy debía adelantar todo el trabajo que no iba a poder realizar mañana sábado, ya que a las cinco de la tarde tenía que estar presente en la Librería Páginas al Mar para una firma de libros.

Abrazó la taza de café tratando de calentarse las manos. No podía negar que odiaba los eventos de esa índole. Como escritor que era, se consideraba reservado y solitario, y probablemente no todos fueran así, por supuesto, pero él sí, y cada vez que tenía que mostrarse en público o dedicar algunas palabras, una especie de serpiente venenosa y viscosa recorría sus tripas varias semanas antes del acontecimiento en cuestión. Muchos compañeros suyos buscaban la fama y disfrutaban con ella, era, por decirlo de un algún modo, como si lo tuviesen grabado en sus genes, sentirse el centro de atención, observar cómo todo el mundo gira alrededor suyo durante unos minutos eminentes. No obstante, tenía una estrecha relación con algunos de ellos, como Eduardo West, o Fernando J. Pradas. Sus dientes se mostraban impolutos detrás de la sonrisa que exhibían permanentemente, y debía admitirlo, poseían don de gentes, sabían caer simpáticos, quizá esa era la diferencia de que vendieran más libros que él.

Acercó la taza a sus labios y le dio un pequeño sorbo. Él defendía una postura totalmente diferente. Prefería la calidad literaria y que fuese reconocido por ella antes que por su gran carisma, y sabía que era poseedor de un estilo personal e inconfundible. No era fácil provocar terror con un libro y era consciente de ello, pero él creía que en la mayoría de ocasiones lo conseguía. Recordó una descripción de Fernando y no pudo evitar esbozar una sonrisa. *Era una joven hermosa y con unas orejas muy bonitas.* Por Dios, hasta un niño de primaria sería capaz de hacerlo mejor. Pero ahí estaba, rozando la cima del éxito, triplicando sus ventas. Él, sin duda, prefería el anonimato. Pensaba que desvelar la apariencia, el comportamiento y la forma de hablar de un escritor era como revelar cruelmente a un niño que Papa Noel no existe. Un escritor debía mantenerse misterioso, inalcanzable para un lector. ¿A cuántos escritores había dejado de leer después de una desastrosa

aparición en público? Sin duda, a muchos. Perdían la magia, la verdadera magia. Cuando lees un libro nadie quiere saber qué aspecto tiene el narrador. Simplemente es una voz sutil y enigmática que susurra la historia en tus oídos. Si descubrieses que tiene los dientes negros, o que eructa como un dinosaurio indispuerto cada vez que se mete un trago de agua por el gznate, la historia, automáticamente, dejaría de tener valor e interés.

Apuró la última calada del cigarro, agitó los brazos para sacar el humo por la ventana y, un poco inseguro de sí mismo, se dirigió a su despacho. ¿De qué servía que escribiese el mejor libro de terror de toda la historia? De nada, según sus últimos pensamientos. Sería como escribir con zumo de limón. Lo leería su pequeño círculo de fieles lectores y poco más. Luego, volvería a hundirse en las listas como una roca en el mar. Desgraciadamente no dependía de la calidad de sus palabras, o de que fuese la historia más apasionante jamás contada. Dependía de la popularidad del escritor, de la infinita publicidad que le otorgasen a su novela, y su editorial no estaba por la labor.

Cerró la puerta del despacho y conectó el calefactor de cuarzo. El botón brilló con una luz rojiza. Ahora que había conseguido tanto en tan poco tiempo no podía venirse abajo. No lo iba a permitir. Puede que en esta ocasión las cosas cambiasen, una isla en un mar cuadrículado. Tenían que cambiar, era necesario, porque de ello dependía el bienestar de su familia.

Debía recomponerse, odiaba aquellos altibajos que anulaban su capacidad creativa. Trató de organizarse mientras encendía el ordenador. Ahora, lo primero que haría sería mandar un e-mail a Eugenio con las tres páginas y media que escribió anoche donde anotó la estructura principal de la novela. No es que tuviera que pedirle permiso, pero a su editor le gustaba estar al tanto de todo lo que ocurría por debajo de su nivel piramidal. Y casi con toda seguridad le recordaría su cita de mañana con la librería. Suspiró angustiado. Si quería sacar provecho del día, tenía que expulsar ese pensamiento de su cabeza. Como decía Noelia, no te preocupes hasta que llegue el momento, y tenía toda la razón. Mañana ya se encargaría de paliar el constante hormigueo en su estómago, o mucho más acertado, el corretear incesante de miles de arañas por sus tripas.

Después de cinco desesperantes minutos el ordenador arrancó. Abrió antes de que se arrepintiera el gestor de correo y tecleó un escueto mensaje a Eugenio explicando su nuevo proyecto. Pulsó el botón de enviar y se mantuvo unos instantes contemplando absorto el mensaje de aviso como que el e-mail

había sido enviado. Estaba hecho. Solo quedaba esperar a ver por dónde respiraba Eugenio.

Ahora tocaba comenzar con el libro. El primer capítulo, la prueba de fuego. La parte positiva de escribir a esas tempranas horas, pensó, era el silencio que reinaba ya no solo en la casa, sino en todo el edificio. Sus vecinos colindantes debían estar durmiendo, puede que Jorge, el vecino flatulento del piso de al lado, estuviese pegado a una cinta transportadora. Tenía entendido que trabajaba en una fábrica de envases y que hacía tres turnos al mes, día, tarde y noche. Sin embargo, era incapaz de averiguar su rutina, y el hombre no era muy dado a entablar elocuentes conversaciones con sus vecinos. Los perros también se mantenían en silencio, los muy bellacos debían adoptar las costumbres de sus amos, aunque no tardarían en romper el silencio con sus pisadas y sus ladridos enloquecedores.

Ahora que comenzaba a entrar en calor, la inspiración llegó, y el primer párrafo nació con una velocidad de vértigo. Cuando terminó de teclear lo leyó tres veces. Incluso una cuarta. La comisura de sus labios se levantó formando una sonrisa de satisfacción. Le gustaba, y mucho. El primer paso estaba dado. Ahora, solo tenía que seguir escribiendo hasta que la piel le saltase de las yemas de los dedos. Sin embargo, aquella persiana echada y agujereada del edificio de enfrente ocupaba gran parte de sus pensamientos, tejiendo ideas prohibidas en la oscuridad de un segundo plano. Parecía observarlo, escrutar con suma atención cada palabra que escribía, pero claro, eso tan solo era una sensación.

Cuando Jaime consultó la hora en la esquina inferior de la pantalla vio que ya habían transcurrido dos horas. Echó un vistazo al contador de palabras del procesador de textos impaciente por conocer el rendimiento de su trabajo. Seiscientas veintidós. Se recostó en la silla, estiró los brazos y aulló una exclamación de complacencia. Sentía un picor insoportable en los ojos, como si el constante brillo del monitor hubiese germinado huevas de luz en su interior. Se disponía a tomarse un pequeño descanso cuando el timbre del patio sonó con su característico tono estridente. Frunció el ceño, se levantó de la silla y recorrió el pasillo hasta la puerta de entrada, donde estaba colgado el interfono. Se preguntó quién demonios venía a interrumpir su trabajo. Deseó que fuera el cartero, o algún repartidor de publicidad suplicando para que le abriese la puerta del patio, pero cuando oyó la voz metálica de Luis a través del altavoz, cerró los ojos y supo que, casi con toda probabilidad, el resto de la mañana estaría perdido.

—¡Soy Luis! ¿Piensas dejarme aquí toda la mañana o vas a abrirme?

De pronto, el perro de la vecina del piso de arriba comenzó a ladrar con insistencia y a correr por toda la casa. Iba de un lado al otro del pasillo, llegaba al salón y volvía hacia atrás deshaciendo el recorrido para luego comenzar de nuevo, como si sus cables mentales se hubiesen cruzado momentáneamente. Las paredes y el techo retumbaban como si estuviese pasando por su lado un tren de altas cargas. Solo le faltaba eso, pensó. Se preguntó si habría sido el timbre de su casa lo que lo había alterado, porque hasta ese momento parecía estar tranquilo. Nunca lo había pensado, pero no era de extrañar en aquel edificio prácticamente transparente. Desde luego, la señora Pilar no hacía nada por detenerlo, porque estaba en casa, estaba seguro porque ahora también escuchaba el arrastrar de sus pisadas, pero no su voz.

—Sube —dijo, y pulsó el botón de apertura de la puerta del patio. Escuchó con un leve zumbido cómo cedía la cerradura de la puerta.

A Luis podía considerarlo su mejor amigo desde que se conocieron en el

instituto allá por 1992 o 1993, y como siempre, haciendo gala de su particular sentido del humor. Sus amistades eran mucho más amplias, lógicamente, pero a Jaime le gustaba denominarlas como conocidos con derecho a roce. Lo que habían vivido y sentido ambos solo abarcaba la definición de amigo de los de verdad, de los de toda la vida. El proverbio *los amigos verdaderos los puedes contar con los dedos de una mano* es tan cierto como que mañana saldrá el sol nuevamente, y Jaime podía dar fe de él, porque lo que Luis le había demostrado durante todos estos años (y suponía que ese concepto era recíproco) solo estaba al alcance de alguien que llevase colgados en la pechera los galones de amigo hasta la muerte.

Se preguntó qué diablos hacía allí, aunque se lo podía imaginar. Abrió la puerta y escuchó cómo el viejo ascensor bajaba con su habitual traqueteo, una inquietante sensación de que podría venirse abajo en cualquier momento. Ahora Luis diría que se aburría en casa, porque llevaba en el paro casi dos meses (una pequeña temporada sabática, como él lo describía, y era cierto bajo su punto de vista, ya que no creía que tuviese problemas en encontrar trabajo como diseñador gráfico, porque estaba convencido de que era uno de los mejores en su campo), y que se había acercado para tomar unas cervezas. Es más, apostaría los dedos de una mano, y había que tener en cuenta que para él eran muy valiosos. Mientras escrutaba el solitario descansillo sonrió. Quizá no le vendría mal un descanso y un poco de compañía, y por qué no, también una cerveza, además, le apetecía charrar un rato con Luis, no lo veía desde la semana pasada.

El ascensor llegó a la planta baja y se detuvo con un golpe brusco que incluso se escuchó desde la sexta planta, la suya. De nuevo, se puso en movimiento. Luis subía, y seguramente estaría haciendo muecas estúpidas delante del espejo.

De pronto se le ocurrió que quizá podría servirle de ayuda, que quizá había sido enviado por fuerzas extrañas para tal cometido. La maquiavélica idea que se negaba a abandonarlo desde anoche, como si fuese un intolerable dolor de ciática, resurgió de forma repentina. Se dijo a sí mismo que todo era por una buena causa, buscar el mayor efecto, una descripción de los hechos fiel a la realidad, lo que dotaría a la novela de una veracidad indudable, de un terror que pondría el vello de punta al lector.

El ascensor llegó a la sexta planta y las puertas se abrieron con un chirriar metálico, como si las correas estuviesen oxidadas. Luis apareció brindándole

una sonrisa burlona y le ofreció la mano. Iba ataviado un tanto informal, poco habitual en él. El chándal azul marino de Adidas le dio una pequeña pista de lo que había estado haciendo hasta ahora, pero sin duda, el sudor que corría por su frente corroboró esa impresión.

—¿Qué pasa, Jaime? —saludó sonriente mientras chocaban sus manos—. Hace una semana que me tienes abandonado. Pasaba por aquí y me he dicho, ¿por qué no le haces una visita al cabrón de tu amigo y os tomáis unas cervezas?

Bingo. Había ganado la apuesta.

—Me alegro de verte, Luis. Estaba escribiendo, pero me vienes de perlas. Anda, pasa.

Jaime le franqueó el paso haciéndose a un lado.

—¿Estás solo? —preguntó Luis mirando a un lado y al otro del pasillo cuando entró en casa.

—Sí, Noelia está trabajando y Javi en el colegio.

—Perfecto. Me lo imaginaba —hizo una pausa mientras Jaime cerraba la puerta—. Oye, ¿por qué te vengo de perlas? ¿Qué pasa? ¿Ya has empezado un nuevo libro?

—Calma, calma, ahora te lo contaré todo. ¿Dónde quieres tomarte la cerveza, aquí en casa o bajamos al bar?

—Te dejo decidir a ti, aunque estoy convencido de que todavía no has pisado la calle.

Jaime sonrió encantado de que Luis fuera capaz de leerle el pensamiento.

—Está bien, me visto y bajamos.

—¡Equilicuá!

Salir a la calle le había ayudado a despejar la mente, no podía negarlo. El día era soleado y un manto azulado, a excepción de alguna esporádica formación nubosa, cubría el cielo, sin embargo, el aire era gélido como cuchillos de hielo, por lo que Jaime tuvo que abrocharse la chaqueta hasta el cuello.

El bar elegido fue el de siempre, *Las cuatro esquinas*, a un par de calles al norte de su edificio. Gozaba de buenos precios, aunque la calidad se aproximaba peligrosamente a la mediocridad si lo que deseabas era dar un bocado, sin embargo, para tomar un par de cervezas y una tapa eso era intrascendente, además, Julián, el dueño, un cincuentón provisto de un extenso bigote y una gran barriga que se desbordaba por el cinturón de los pantalones, era una persona que sabía tratar bien a los clientes asiduos. Mientras sus jarras estuvieran llenas, nunca habría un plato vacío en la mesa.

Se acomodaron en una mesa de la terraza bañada por el sol y pidieron una pinta cada uno. Julián bromeó con ellos un rato y trajo las dos cervezas más un plato de cacaos y otro de olivas.

—Cómo nos cuidas, truhán —bromeó Luis.

Julián ya se encaminaba hacia el interior del bar. Se giró ostentando una amplia sonrisa que dejó al descubierto sus dientes desportillados, se limpió las manos en el delantal, y aunque fue una broma encubierta, no tuvo reparos en decir el verdadero motivo:

—Ya os lo he dicho muchas veces. Cuanta más sal, más cerveza me pediréis. Así de sencillo.

Su voz grave y rasgada le proveía de un elegante toque cómico. Les guiñó un ojo y desapareció por la puerta acristalada del bar. Luis, en cuanto Julián hubo desaparecido, agarró la jarra por el asa, la alzó y le dio un buen trago.

—Joder, estabas seco —le dijo Jaime—. ¿Vienes de correr?

Jaime ya se lo imaginaba, pero quería escucharlo de boca de su amigo.

—Sí, me moría por un trago —afirmó dejando la jarra de un fuerte golpe sobre la mesa—. Deberías venir conmigo algún día. Te estás convirtiendo en un ermitaño, un poco de ejercicio te vendría bien.

—Lo sé, lo sé —admitió Jaime dando un pequeño sorbo a la cerveza. Estaba condenadamente fría—. Supongo que mi profesión me absorbe todo el tiempo.

—Va a ser cierto eso de que todos los escritores sois tipos fríos y retraídos. Tienes que esforzarte por salir más, relacionarte con la gente.

—Joder, yo me relaciono. Estoy ahora aquí contigo, ¿no?

Luis cogió un par de cacao y los lanzó al interior de la boca como si de una canasta se tratara. Los masticó como si estuviesen ardiendo y lo miró fijamente.

—Sabes que no me refiero a eso, capullo. Yo no cuento.

—Ya sé que no te refieres a eso, pero es que no me apetece, puede que sean los años.

—Ni los años ni hostias. Podríamos quedar con Sergio y compañía un sábado noche, solo hombres, emborracharnos y todo eso. ¿Qué me dices?

Jaime sopesó por un momento la propuesta de Luis. Sacó un cigarro del paquete que guardaba en el bolsillo de la chaqueta y le prendió fuego a la punta, un tiempo precioso para encontrar las palabras exactas y así evadir a Luis, siempre tan insistente. Eso era una peculiaridad que odiaba de él: cuando se ponía a presionar en toda la cancha.

—En serio, Luis, no me apetece. Javier tampoco se encuentra muy bien últimamente —mintió— y no me gustaría dejarlos a solas durante una noche.

—¿Y si quedamos a cenar mañana los cuatro? Puede ser divertido. No hace falta que salgamos por ahí. Puede ser en tu casa o en la mía —insistió Luis.

Jaime dio una calada y expulsó una columna de humo. Eso tampoco parecía tan mala idea. Cuando se juntaban con sus parejas no podía negar que se lo pasaba genial, y además, Javier se llevaba fenomenal con Ana, la hija de Luis, que fuera fruto de la casualidad o no, tenían la misma edad. Además, se le olvidaba. Mañana tenía por la tarde la firma de libros, así que pensar en que a la noche iba a pasárselo genial podría ayudarle a sobrellevar el evento.

—¿Sabes? Ese plan me atrae mucho más que salir por ahí de noche. Mañana tengo una firma de libros, así que para mí sería fantástico que

vinieseis vosotros a nuestra casa. ¿Lo consultamos y luego lo confirmamos?

Luis sonrió satisfecho de haberse salido con la suya. Jaime pudo apreciar un ligero brillo en sus ojos, como si la grandeza que lo caracterizaba tratase de explotar en su interior.

—Perfecto. Joder, no me lo habías dicho. Mañana una firma de libros, es genial.

—Te lo acabo de decir ahora. Y no es genial, es una mierda. Una mierda —hizo un gesto de amplitud con sus manos— así de grande. Sabes que lo mío no es mostrarme en público, lo detesto. Y además, luego seguro que van solo cuatro gatos, aunque casi que lo prefiero, ¿sabes?

Luis dio otro largo trago a la cerveza y sonrió.

—Lo que yo te diga. Un ermitaño de los pies a la cabeza. Yo, si fuera escritor como tú, estaría encantado de que mis lectores viniesen con un libro mío para que les estampara la firma. Me sentiría, no sé... —Luis se acarició pensativo su afilado mentón.

—¿Importante? ¿Prestigioso? ¿Poderoso?—acabó la frase Jaime. Por un momento pensó que estaba sentado frente a otro Eduardo West, o Fernando J. Pradas. Después de todo, puede que el raro fuera él.

—Sí, exacto, algo así. Vendrían a alabar mi trabajo, a conocer en persona al creador de la historia que tanto les ha apasionado, bueno, en tu caso, que tanto les ha acojonado.

Jaime no pudo evitar contener la risa. Dio un trago a la cerveza y pegó una fuerte calada.

—Sí, y después de ver tu fea cara seguro que no les volvías a vender un libro en tu vida.

—Ja, muy gracioso. O quizá fuera al revés, no se perderían un solo libro de mi colección.

Una joven pareja se acercó por la acera entre arrumacos y se sentó en la mesa contigua a la suya. Luis los observó por encima del hombro y cuando retornó la mirada a Jaime inclinó la cabeza hacia él y bajó el tono de voz.

—Bueno, ¿me vas a contar de una vez qué pasa? ¿Por qué me dijiste eso en tu casa?

—Te corroe la curiosidad, ¿eh? —dijo Jaime, y a continuación dio otro trago de cerveza para crear un ambiente enigmático. La jarra ya iba por la mitad, un poco menos que la de Luis que parecía una esponja, por lo que la cabeza comenzaba a darle vueltas provocando una alegría inesperada, aunque

también podía tener mucho que ver la temprana hora mezclada con la nicotina.

—Sí, me corroe como un ácido —susurró Luis—. Suéltalo ya. Y pásame un cigarro, ¿quieres? Ya se me han cerrado los pulmones.

—Está bien. Ahora calla y escucha —dijo con tono autoritario mientras sacaba un cigarro de la chaqueta y se lo ofrecía entre la punta de sus dedos—. Estos días he estado algo ausente porque necesitaba encontrar el argumento de mi nuevo libro, y anoche por fin lo logré. —Jaime hizo una pequeña pausa para preparar a su amigo y ver qué efecto le causaba—. Voy a escribir sobre el diablo.

Una ráfaga de viento frío sopló y se llevó con ella el silencio que se había creado.

—El diablo... acojonante.

—Y aquí —continuó Jaime— es donde entras tú en escena.

—Joder, qué miedo me das.

—No, es muy fácil... bueno, quizá no tanto. Te explico: la trama principal trata sobre cuatro amigos que se han propuesto demostrar la existencia del diablo, y para ello hacen una invocación. Como sabrás, si haces espiritismo con una Biblia y unas tijeras, el ente que aparece es el diablo, eso dicen. Tengo que hacer una investigación exhaustiva para ver en qué consiste exactamente el ritual, pero no me llevará mucho tiempo.

—Me estoy temiendo lo peor... —musitó Luis.

—Querido Luis, no te equivocas. —Conforme iba narrando su plan, su tono de voz se volvía más excitado. —Como bien me conoces, sabes que debo experimentar con todo lo que describo en mis libros en lo que se refiere al terror y a la angustia. He pensado en llevar a cabo el ritual de invocación, no en mi casa, por supuesto —dijo esbozando una sonrisa nerviosa—, no creo en él, pero aun así no me hace gracia, solo por si acaso. En el edificio que hay frente a mi casa —continuó— hay apartamentos deshabitados de sobra. Le he echado el ojo a uno que está en la sexta planta, como la mía. Desde mi despacho se ve, siempre está con la persiana bajada. La idea es que me acompañes, que me ayudes a forzar la cerradura y a que hagas el ritual a mi lado. Aunque solo seamos dos, quedará mucho más real que si voy yo solo. Necesito saber qué sensación corre por mis venas durante el proceso, tiene que ser auténtico, ¿lo entiendes?

—Sí, sí... lo entiendo —afirmó Luis, que se había quedado por unos segundos perplejo.

—¿Qué me dices? ¿Me ayudarás?

Al fin Luis pareció reaccionar y digerir la locura que le había propuesto Jaime. Este lo observó impaciente mientras daba otro trago de cerveza. Esta vez, pequeñas lucecitas comenzaban a destellar en sus ojos.

—¿Estás loco? ¿Cómo vamos a entrar en esa casa? ¿Y si nos oye algún vecino, y si nos pilla la policía? ¿Y si vive alguien allí a quien le encanta vivir en la oscuridad?

—No vive nadie, hazme caso, joder. Si fuéramos durante el día seguro que cualquier ruido pasaría inadvertido para los vecinos, pero es necesario que lo hagamos de noche. Solo tenemos que ir con mucho sigilo, y así ni nos pillarán ni habrá policía.

—¿Y no sería mejor hacerlo en una casa abandonada, donde no haya que forzar ninguna puerta?

—Entonces no me valdría —respondió Jaime con rapidez, ya que él mismo se había planteado esa cuestión—. Tiene que ser lo más real posible.

Luis escrutó la mirada expectante de su amigo, que rogaba un sí por respuesta.

—Eres un cabrón, y me lo pides a mí porque sabes que no puedo negarme.

La mano de Luis tembló ligeramente cuando acercó el cigarrillo a su boca. Joder, pensó, habían hecho cosas peores, pero que mucho peores. En realidad no era para tanto.

—Mira, había pensado en hacer una primera intrusión en el edificio y comprobar qué tipo de cerradura tiene. Puede que con una simple radiografía podamos abrirla.

—¿Crees que si está deshabitada no van a pasarle la llave? Estás loco.

—Bueno, si así no podemos abrirla le haremos una foto a la cerradura y buscaremos información. En internet te explican hasta cómo abrir una caja fuerte. ¿Qué me dices, me ayudarás? —repitió el ruego, sabedor de que estaba a punto de convencerlo.

Luis alzó la jarra de cerveza y la apuró de un trago. Luego, le dedicó una mirada escrutadora, como si estuviese sentado frente a la persona más desquiciada del mundo entero.

—¿Alguna vez te he fallado, mamón?

—¡Bien! —gritó Jaime agitando el puño. La pareja se giró con desdén para mirarlo—. Ah, y muy importante —señaló bajando el tono de voz—, de esto ni una palabra a Noelia. ¿Entendido?

—Entendido, ni una palabra. ¿Cuándo quieres que vayamos a ver qué tipo de cerradura tiene la casa esa?

Jaime sonrió y aplastó el cigarro en el cenicero.

—¿Qué te parece ahora mismo, en cuanto nos acabemos las cervezas?

El siguiente paso fue apropiarse de una radiografía. El juego había comenzado y ya nada ni nadie podría pararlo. Subieron un momento a casa de Jaime. Si no recordaba mal, tenía una en el fondo del cajón de las sábanas de cuando se hizo un esguince en el dedo meñique jugando al baloncesto cuando tenía quince años.

No se había equivocado. Allí estaba. De paso, aprovechó para mostrarle a Luis desde su despacho cuál era la ventana de la vivienda elegida.

—Joder, la sexta planta —observó Luis mirando a través del cristal—. Igual que la tuya. Esto debe tener algún significado, ¿no?

—No tiene ningún significado, es pura casualidad. Venga, vamos, cuanto antes acabemos mejor.

Los dos hombres salieron del despacho y Jaime cerró la puerta. Avanzaron por el pasillo mientras el escritor trataba de esconder la radiografía debajo de la chaqueta.

—Me resulta curioso —apuntó Luis— que a pesar de que eres escritor de novelas de terror, seas un escéptico de cojones. Sin embargo, te niegas a hacer ese ritual en tu casa.

Salieron de casa y Jaime cerró con dos vueltas de llave la puerta mientras Luis llamaba al ascensor. Luis tenía razón, no creía en fantasmas, ni en ovnis, ni en el diablo, pero eso no quería decir que no existieran, por lo que mantener una distancia prudencial y un cierto respeto por lo inexplicable era una de sus normas fundamentales.

—Me niego porque se lo prometí a Noelia.

El ascensor llegó a la sexta planta y se introdujeron en él. Este se agitó como si fuese a precipitarse al vacío.

—Ya, claro, y yo me lo creo.

Jaime pulsó el botón de la planta baja y dirigió una mirada pensativa a su

amigo.

—Está bien, me has pillado. No creo en ello, me parece una invención de la Iglesia durante la edad media para someter al pueblo a sus deseos, pero, sinceramente, prefiero no tentar a la suerte.

—No tentar al diablo, querrás decir —lo corrigió Luis.

La conversación acabó justo cuando el viejo ascensor llegó a la planta baja con una fuerte sacudida. Salieron a la calle, cruzaron el asfalto mirando a ambos lados y se detuvieron frente al portal del edificio de enfrente. El viento soplaba con algo más de fuerza y seguía siendo helado, un preludio de la estación que se avecinaba. Una furgoneta de reparto de café pasó a gran velocidad por detrás de ellos y levantó una fuerte ráfaga de viento que les erizó todo el vello del cuerpo.

Jaime examinó la puerta del patio. Aquello era pan comido. No existía cerradura, la habían extraído por completo, posiblemente a la espera de que el cerrajero la cambiase. Era perfecto, como si el camino se allanara ante él. Había que hacerlo pronto, pensó, antes de que el cerrajero colocase la nueva cerradura y complicase el acceso durante la noche, porque, aunque no se le había pasado antes por la cabeza, ¿cómo pensaban abrir esa puerta a altas horas de la madrugada?

—Joder, estamos de suerte —le dijo a Luis, con cierto tono de emoción—. La cerradura está rota, tenemos que aprovechar este golpe de suerte.

Luis miró el gran agujero que había en el lugar del bombillo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que tenemos que hacerlo cuanto antes. Con la puerta abierta no tendremos problemas en acceder al edificio.

—¿Cuanto antes? ¿Y eso cuándo es? —preguntó Luis temeroso, porque en cierto modo, su mente había fijado esa fecha para dentro de muchos días, como rehuyendo la idea.

—Yo lo haría esta noche, de madrugada, antes de que cambien el bombillo.

—¿Estás loco? Me parece muy precipitado, ni siquiera sabemos qué tipo de cerradura tiene esa vivienda, ni tampoco cómo se hace el ritual.

—De eso ya me encargo yo, no te preocupes —expuso Jaime convencido—. Tengo todo el día por delante para buscar información.

—Joder, joder...

—No te estarás echando atrás...

—No, no es eso, solo que no imaginaba que fuera a ser tan pronto.

Jaime entendía perfectamente a Luis, porque sus sentimientos coincidían. Por un momento pensó que la forma en la que estaban actuando debía ser exactamente como lo harían unos ladrones de moradas, controlando los accesos al edificio, las horas, la forma de reventar la puerta, la cautela, incluso el miedo a ser sorprendidos.

—Vamos, no te preocupes. Todo va a salir bien. Verás cómo mañana por la noche nos estaremos riendo de esto. Venga, vamos adentro, antes de que llamemos la atención de algún vecino —sentenció con rapidez para evitar que Luis pensase demasiado.

Cruzaron la puerta. El patio estaba desierto. Al final de un largo corredor, donde los buzones quedaban a la derecha, estaba el ascensor, y junto a él las escaleras que iban rodeando el hueco de este. Todo en sí era igual de destartado y anticuado que su propio edificio. Paredes cubiertas de manchas de humedad, baldosas de mármol desgastadas, armarios de madera envejecida donde debían estar los contadores del agua. Sin embargo, este tenía un punto más siniestro, demasiado lúgubre a pesar de que habían encendido la luz.

—Creo que lo mejor será que subamos por las escaleras, así, si nos chocamos con un vecino, no sospechará y siempre podremos seguir subiendo.

—Tú mandas, es tu misión —aprobó Luis. Su tono de voz sonó tembloroso, y su peculiar vivacidad había desaparecido. Jaime percibió el nerviosismo en su amigo, pero toda aquella experiencia, su reacción, ya le estaba sirviendo para elaborar su libro, y, con cierta frialdad de la que él mismo se sorprendió, fue anotando mentalmente el comportamiento de Luis, sus frases, la entonación titubeante de su voz, el tono pálido que había adquirido su rostro.

Jaime encabezó la marcha. Luis lo seguía a pocos pasos. Comenzaron a subir las escaleras con cautela, como si estuviesen cruzando un terreno colmado de arenas movedizas. El pasamanos de aluminio estaba pegajoso y un intenso y desagradable olor a fosa séptica flotaba en el aire. Cuando llegaron a la primera planta escucharon una puerta cerrarse con brusquedad en alguna de las plantas superiores, como si hubiese sido empujada por una corriente de aire. Ambos se detuvieron en el rellano e intercambiaron una mirada silenciosa. A continuación, el ascensor se puso en marcha. No había problema, pensó Jaime. Mientras el vecino bajaba por el ascensor, ellos seguirían ascendiendo por las escaleras. Durante ese pequeño periodo de tiempo se fijó

en que había cuatro puertas en el rellano, por lo que supuso que todo el edificio mantendría la misma estructura, a excepción de la última planta, que podía variar como ocurría en su propio edificio, que disponía de una vivienda menos, aunque ese hecho para su cometido era intrascendente.

Aunque el hecho en sí de subir escaleras en un edificio en el que no estaban invitados no tenía nada de particular, para Jaime era un cúmulo de sensaciones que a buen seguro le serían de gran utilidad en su nueva novela.

El ascenso transcurrió sin ningún altercado hasta que llegaron a la tercera planta. Allí, la luminosidad que entraba por una ventana que daba a un patio de luces interior era más notable que las dos plantas inferiores, donde la luz del día apenas llegaba y daba la sensación de estar en el interior de una cueva. Un vecino abrió la puerta justo en el momento en que Jaime puso un pie en el rellano. Era un hombre mayor, rozando los setenta años, calculó el escritor. Llevaba unas gruesas gafas y el cabello canoso repeinado hacia atrás. Seguramente iría a por el periódico, o a por el pan, o simplemente a dar un paseo. Trató de no titubear y seguir el camino como si nada ocurriese.

—Buenos días.

—Buenos días —saludó también Luis.

El hombre los miró con dificultad mientras corría la llave de su vivienda. Eso significaba que con toda probabilidad viviría solo. Cruzaron a paso ligero el alargado rellano dándole rápidamente la espalda.

—Buenos días —respondió cortésmente el anciano, y llamó al ascensor.

Jaime y Luis se perdieron por el hueco de la escalera. Cuando llegaron a la cuarta planta Luis sujetó a Jaime por el hombro, quien no se detenía.

—Joder —susurró—, nos ha visto un vecino.

—Tranquilo, Luis —trató de calmarlo—. No pasa nada, creo que ni nos ha visto las caras, además, no hay ninguna ley que prohíba hacer una visita a un vecino, ¿no? Para que te quedes más tranquilo, las leyes en este país son bastante explícitas. Si no te pillan *in fraganti*, la policía no va a mover ni un dedo para detener al culpable.

—Venga, sube, sube, acabemos con esto cuanto antes.

Cuando llegaron a la sexta planta, ambos estaban jadeando exhaustos. Jaime echó un vistazo al rellano mientras recuperaba el aliento. Como bien había pensado, seguía habiendo cuatro puertas por planta. Creyó que dar con la que presumiblemente estaba abandonada sería complicado, pero una vez más la suerte se ponía de su lado. En tres de las cuatro puertas había una placa

metálica donde rezaba el nombre de los dueños del piso, por lo que era evidente que la vivienda deshabitada era justamente la que estaba frente a la puerta del ascensor.

—Esta, tiene que ser esta —musitó señalando a la puerta—. Es la única que no tiene placa.

Luis miró las demás puertas. Su amigo tenía razón, no podía ser otra, o al menos esperaba que no fuese otra, porque si no iban a tener serios problemas.

—Vamos, saca la radiografía, date prisa. Solo falta que alguien nos esté observando por la mirilla de la puerta.

—Lo dudo, apenas hemos hecho ruido —rebató Jaime seguro de sí mismo mientras se bajaba la cremallera de la cazadora y sacaba la radiografía.

El temporizador de la luz del rellano chasqueó y la luz se apagó. Luis pegó un brinco y su corazón latió con más fuerza.

—Venga, métela por el hueco de la puerta. Yo te cubro con el cuerpo por si hay alguien mirando, como si fuéramos vendedores de enciclopedias.

—Ya nadie va vendiendo enciclopedias por las casas —lo corrigió Jaime mientras trataba de introducir la punta de la radiografía por el resquicio de la puerta.

—Me da igual, pues empleados de Gas Natural, que están de moda.

Jaime sonrió ante el comentario de su amigo justo cuando logró introducir una buena porción de radiografía en el hueco, sin embargo, esta no corría, se había atascado con algo.

—Joder, no puedo.

Esas palabras acrecentaron el nerviosismo en Luis. Miró por encima del hombro del escritor, como si con eso fuese a solucionarse el problema.

—Sácala y vuelve a meterla.

Jaime le hizo caso, y cuando la introdujo de nuevo la radiografía entró casi en su totalidad, sin encontrar resistencia.

—Ahora, ahora...

Nunca había hecho algo así, pero por lo que había oído, buscó el lugar donde estaba la cerradura y la deslizó de arriba abajo. En ese preciso instante sabrían si la llave estaba echada. Hubiera apostado mil euros a que sí, ya que nadie en su sano juicio dejaría la cerradura de una casa deshabitada desprotegida, sin embargo, cuando escuchó un clic y la puerta cedió dócilmente ante él, creyó que sin duda aquel era su día de suerte.

—¡Está abierta, está abierta! —gritó exaltado en voz baja. Por un momento

creyó que el corazón le saldría disparado por la boca.

—Perfecto, cierra ya y vámonos —lo apremió Luis.

Jaime, tan sigiloso como le permitió su estado de excitación, cerró la puerta de nuevo y la cerradura emitió un débil chasquido. No haría falta investigar el modelo de cerradura y adentrarse en una misión que, sinceramente, creía imposible por mucho que hubiese intentado convencer a Luis de lo contrario. El camino estaba libre para esa noche, y sugestionado por la trama del libro que revoloteaba incesante en su mente, creyó que todo había sido demasiado fácil, como si la propia casa quisiera que entrasen en ella.

Cuando Jaime le dijo a Luis que tenía todo el día por delante para buscar información ya sabía que, aparte de toda la documentación que pudiera encontrar en internet, había un libro en algún lugar de su extensa biblioteca el cual hablaba de espiritismo e invocaciones al diablo. No tenía ni idea de cuándo lo compró, pero sabía que fue hace mucho tiempo en un mercadillo ambulante por un precio irrisorio.

Cuando se despidió de Luis eran las 12:45. Subió rápidamente a casa y lo primero que hizo fue buscar en las estanterías de la biblioteca que cubría dos de las cuatro paredes de su despacho. Mientras lo hacía pensó en la noche que se avecinaba. El plan estaba en marcha. Había quedado con Luis a las dos de la madrugada en su portal. Él personalmente no creyó que tuviera problemas en salir furtivamente de casa, solo tenía que quedarse trabajando hasta tarde mientras Noelia y Javier dormían, y minutos antes de las dos salir sin hacer ruido de casa con la radiografía que ya había escondido debajo de una pila de papeles junto al ordenador.

En cuanto a Luis no sabía cómo se las apañaría para que Carolina, su mujer, no se percatara de su escapada, pero confiaba en él y sabía que estaría allí a la hora acordada. Posiblemente se levantaría a hurtadillas por la noche y saldría con el máximo sigilo de casa, pensó. Y también pensó que si se dormía, lo mataría, no tenía la menor duda.

Comenzó por una de las estanterías superiores, ladeando ligeramente la cabeza para poder leer los títulos dispuestos en vertical. Lo cierto, pensó, es que todo aquello le estaba viniendo bien, porque hasta ahora no se había acordado de la firma de libros que tenía prevista para mañana. Sintió un hormigueo en el estómago al recordarlo ahora, pero el evento pronto fue sustituido por el intenso deseo de encontrar ese libro.

Finalmente, después de un par de minutos, lo halló en la penúltima

estantería. Lo extrajo de la fila de libros y lo inspeccionó con curiosidad entre sus manos. Era de tapa blanda, con las puntas dobladas y desgastadas. Era totalmente negro a excepción de unas líneas blancas horizontales y verticales (de las que desconocía su significado) por detrás del título que rezaba *Invocaciones Satánicas* en letras rojas.

Abrió la ventana, se sentó en la silla giratoria y se encendió un cigarro. Dio una primera calada y lo dejó apoyado en la hendidura del cenicero. El aire que entraba era frío, pero podía soportarse a esas horas. Sin más dilaciones, abrió el libro embargado por la emoción y buscó el índice. No se sorprendió del olor a papel viejo que desprendía, ya que la fecha de impresión por la editorial estampada en la primera página databa de 1967. Cuando lo encontró en la tercera página, fue bajando la mirada hasta que tropezó con lo que estaba buscando. *Invocaciones*. Satisfecho por su efectividad, buscó la página indicada y comenzó a leer.

Le llevó más de una hora llegar a una conclusión. Para entonces ya eran las dos de la tarde y sus tripas rugían pidiendo comida. Dedicó un efímero pensamiento a su familia. Noelia y su compañera de turno debían estar cerrando la tienda para irse a comer, mientras que Javier ya debía de haber terminado hace rato. Ahora estaría jugando con sus amigos en el patio del colegio.

Eso fue todo. Luego, su mente se centró en lo que debía hacer esa noche, en cómo llevar a cabo la invocación. La conclusión era más simple de lo que en un principio parecía. Había varios métodos, y como él creía en un principio, la Biblia y las tijeras no era uno de ellos. Muchos de los textos aludían a pactos con el diablo, pero, por supuesto, ese no era su caso. La base principal de la invocación consistía en concentrarse en el diablo como ente requerido, y en cuanto a los elementos que debían utilizar, aunque no eran obligatorios, sí recomendables. Velas negras, indumentaria oscura, ambientación sombría y oraciones de invocación personales, nacidas de la necesidad del invocador. En realidad, era sencillo, muy sencillo. El verdadero poder estaba en la convicción del sujeto en cuestión, en la seguridad de sus actos, en desear realmente un cara a cara con el diablo.

Jaime encendió otro cigarro y se asomó a la ventana, absorto en sus pensamientos. Por un instante dirigió la mirada al edificio de enfrente, exactamente a la ventana de la vivienda seleccionada. Durante un segundo imaginó que la persiana estaba subida y un escalofrío trepó por su espina

dorsal. Lógicamente era una estupidez. Aquella persiana descascarillada estaba cerrada desde que alcanzaba su memoria, o puede que solo fuera una falsa impresión. Lo cierto es que no lo sabía.

Se llevó el cigarro a la boca y continuó con sus elucubraciones. Por supuesto que no deseaba invocar realmente al diablo. Lo único que necesitaba era sentir en su propia piel lo que pasa por la cabeza de alguien que está a punto de cometer semejante locura, y tampoco quería poner en peligro a Luis, por mucho que pensase que la existencia del diablo era una invención de la Iglesia. Como solía decir su padre en situaciones así, cuando el río suena, agua lleva, y nunca podría tener la absoluta certeza de su no existencia.

Lanzó una bocanada de humo con la mirada clavada en la persiana del edificio de enfrente. Su plan podría ser estúpido, pero creyó que podría dar resultado. Después de analizar los elementos requeridos para la invocación, lo más difícil de conseguir en el poco tiempo que le quedaba eran las velas negras. Por lo tanto, pensó en sustituirlas por velas blancas, de ese modo creyó que actuaría como un cerrojo en caso de que el ritual tuviese una mínima parte de verdad, y Luis nunca se enteraría de ello.

El turno de Noelia finalizaba a las cuatro, y luego pasaría por el colegio a recoger a Javier a las cinco en punto. Llegarían a casa sobre las cinco y media, ya que los viernes Javier no tenía ninguna extraescolar, por lo que disponía de tres horas y media para comer, descansar un poco y elaborar todos los preparativos.

Decidió prepararse algo rápido para comer. Sacó una cazuela, la llenó de agua y la puso a hervir. Unos macarrones con tomate frito y virutas de queso derretido en el microondas era su comida más recurrida cuando el tiempo se le echaba encima. Mientras esperaba a que el agua hirviera se sacó una cerveza de la nevera y se encendió un cigarro. Otro más. Fumaba demasiado, sin duda, pero le ayudaba a pensar, tenía que admitirlo. Su mente ahora hervía a mucha más velocidad que el agua de la cazuela, por lo que continuó con la planificación.

Ropa negra tenía en casa, las oraciones de invocación no le sería difícil confeccionarlas a lo largo de toda la tarde y en cuanto al ambiente sombrío supuso que en aquella vivienda, aunque no la habían visto por dentro, rezumaría por cada rincón. Pegó un trago de cerveza y sintió la barriga hinchada. Ahora, sería capaz de pasar el resto del día solo con ella en su estómago.

Lo único que no tenía en casa eran velas, al menos no tan grandes como suponía que debían de ser. Pero no había ningún problema: a las cinco, cuando abriesen la tienda de todo a cien dos calles más abajo, saldría un momento y compraría cuatro, antes de que regresasen Noelia y Javier.

Blancas, no debía olvidar ese detalle, aunque dudaba mucho que las vendieran negras.

Finalmente ocurrió lo que se había temido y la mitad del plato de macarrones fue a la basura. Pasadas las dos y media se echó en el sofá tapándose con dos mantas, puso un canal de documentales con el volumen casi al mínimo y trató de dormir un poco. Sin embargo, la actividad de su mente era demasiado intensa. ¿Alguien se atrevía a decir que escribir un libro era fácil? Al menos en su caso, las horas de sueño se acortaban, se despertaba en mitad de la noche tratando de hilar la trama, y, por supuesto, sacrificaba muchas horas que podía pasar jugando con Javier. Así hasta que escribía la palabra *fin*, para luego empezar de nuevo el ciclo.

Cerró los ojos y se giró a la derecha en el sofá, luego a la izquierda, para acabar tumbado boca arriba. El calor de la estufa lo amodorraba, y quedarse anoche trabajando hasta tarde debía ser suficiente para caer dormido, sin embargo, su cabeza no abandonaba la idea de profanar aquella vivienda esa noche. Se dijo a sí mismo que debía dormir aunque solo fuera un poco, porque si tenía que trasnochar, mañana parecería un cadáver en la firma de libros.

Vamos, Jorge debe de tener turno de tarde, y los malditos perros están tranquilos. Duerme un poco, duerme...

Su mente, sin ser consciente de ello, traspasó la barrera y quedó sumido en un sueño. Cuando despertó, se hallaba en una casa que no era la suya. Estaba tumbado en un sofá, que tampoco era el suyo, porque aquel desprendía un olor a polvo viejo insoportable, y además, era el único mueble de la habitación. No había más que una ventana, y después de levantar la cabeza y mirar en derredor, descubrió que carecía de puertas. Era de noche, lo supo por el cielo estrellado que se perfilaba tras el sucio cristal de la ventana, y de las paredes discurrían chorretones de una sustancia reseca y negruzca que se le antojó como el esputo de una serpiente venenosa.

Su corazón ganó pulsaciones y se vio sorprendido por un sudor frío que le

estremeció la piel. Sin embargo, su mente supo discernir que aquello no era real, que era un maldito sueño, así que supuso que finalmente debía de haberse quedado dormido.

Se levantó del sofá y paseó la mirada por aquella extraña habitación, a pesar de que la penumbra apenas le permitía vislumbrar poco más que sombras retorcidas. El suelo estaba cubierto de escombros, como si se hubiese derrumbado parte del techo, sin embargo, cuando levantó la mirada, este seguía allí, desprovisto de lámparas. Era una sensación agradable, pensó, saber que estás en un sueño pero al mismo tiempo ser consciente de ello. Era lo más parecido a la realidad virtual. Se preguntó hasta qué punto tendría el control de lo que allí dentro ocurría. Caminó hasta la ventana y se asomó temeroso por ella. No vio nada, más que oscuridad, como si estuviese suspendido en el espacio. Quiso poner a prueba su mente, al sueño en sí. Pensó en crear una puerta, allí donde los chorretones eran más gruesos, tanto como los brazos de un adulto. Decepcionado, presenció cómo de aquella pared no brotaba absolutamente nada. Intensificó sus pensamientos y se concentró en la imagen de una puerta. Quizá, en el mundo de los sueños, había que ser más persistente. Dándose por vencido después de un tiempo impreciso, comprobó que el resultado fue el mismo. Seguía encerrado en una oscura habitación, sin puertas y con una ventana que conectaba con el vacío. Después de todo, el sueño era quien tenía el control, aunque la naturaleza de este le parecía demasiado perturbadora.

De pronto escuchó un graznido que provenía del exterior, amortiguado por el cristal de la ventana. En un principio le pareció el grito desesperado de un niño, lo que logró que la inquietud aflorara en la boca de su estómago, pero no, estaba seguro de que había sido un graznido. No supo identificar qué tipo de pájaro era, pero debía ser uno muy grande. Se acercó de nuevo a la ventana esperando ver al animal revoloteando en círculos en el oscuro espacio, pero allí solo había estrellas, y muchas menos, fue su impresión, de las que vio cuando despertó en el sofá.

El graznido cobró intensidad, como si el pájaro estuviese aproximándose ampliando el círculo. Ahora, aquel sonido le pareció el gorgoteo de un animal moribundo, como si tratase de expulsar de su garganta un hueso atravesado, sin embargo, seguía sin verlo. De pronto escuchó un crujido a sus espaldas y, sobresaltado, se giró en redondo.

Aquello empezaba a no ser tan extraordinario. Sabía que no era real, que

todo era un sueño, pero comenzaba a parecerse más a una pesadilla, y desconocía lo que su mente podría depararle. Trató de despertar, acabar con todo esto por la vía rápida, pero no pudo. Continuaba confinado en aquella espantosa habitación. Sin otra opción, afinó la vista intentando ver más allá de las sombras, descubrir qué había provocado aquel crujido. ¿Había más luz o era que sus ojos se habían aclimatado como ocurría en la vida real? Fuera como fuese, ahora podía ver con un poco más de claridad. El contorno de las paredes había desaparecido y podía apreciar su solidez. Aquellas ramificaciones negras que las recorrían eran como las venas de una pierna gangrenada.

Solo estaba el desvencijado sofá de tonos grises justo en el centro, ahora podía percibirlo.

Y si algo había provocado un crujido, ese algo solo podía estar oculto tras él. El extraño pájaro continuaba con su particular alarido brotado de un pico corrompido, y como una incesante gota de agua, iba penetrando en su mente destruyendo la seguridad en sí mismo. Caminó titubeante entre los escombros, y a punto estuvo de doblarse un tobillo, procurando encontrar un ángulo de visión desde donde poder ver qué había detrás del sofá sin acercarse demasiado a él.

El sonido que escuchó a continuación ya no fue un crujido, como si los muros de aquella habitación estuviesen asentándose. Fue una especie de gruñido, ronco y prolongado, como si perteneciese a un animal muy grande. El estómago le dio un vuelco. Necesitaba salir de ese sueño, despertar, y ya. Escuchó los cascotes agitarse tras el sofá. Aquello que estuviese allí escondido se había movido. Si hubiera podido, habría salido huyendo tan lejos como fuese posible, sin embargo, sus piernas seguían avanzando hacia el sofá. Inclino el cuello, pero aquello sabía ocultarse bien. Como si fuese una advertencia, lanzó otro gruñido, mucho más intenso, grave, muy grave, que reverberó en las paredes de la habitación.

Dios, quiero despertar, por favor...

Aquello debía de ser grande, inmenso.

De pronto algo corrió por encima del techo. Iba de un lado a otro, arrastrando unas uñas que se le antojaban cuchillos desportillados. Abrió los ojos y escrutó atemorizado a su alrededor. Tardó unos segundos en librarse del estado onírico que lo embargaba para descubrir que aquella terrorífica habitación había desaparecido, y también el destartado y mugriento sofá, y

empleó unos pocos segundos más para darse cuenta de que aquellos perturbadores sonidos que hacían estremecerse el techo como si un terremoto estuviese sacudiendo la tierra los causaba el perro de la vecina de arriba. Esbozó una sonrisa nerviosa, estaba empapado en sudor. Era aquel perro sarnoso, sin embargo, gracias a él había logrado despertar de aquel embrión de pesadilla. Porque, ¿qué habría sucedido si el sueño hubiese seguido adelante?

Se secó el sudor de la frente con la palma de su mano y apartó las mantas hacia los pies. No quería saberlo, no tenía el más mínimo interés en saber qué había detrás de aquel sofá.

Dios mío, qué calor hacía en el salón, se dijo. Tenía que haber apagado la estufa antes de echarse en el sofá. Se levantó todavía adormilado y giró la llave de la bombona de butano. Después consultó la hora en su teléfono móvil, y ya de paso, vio si tenía algún mensaje o alguna llamada. Nadie se había puesto en contacto con él, y eran ya las 4:12. Había dormido más de una hora. Al parecer, su cuerpo lo necesitaba más de lo que creía, y si no hubiese sido por el perro infernal de la vecina aún seguiría durmiendo, aunque presentía que el sueño se habría encargado de despertarlo justo a tiempo.

Era curioso, pensó. No recordaba la última vez que había tenido una pesadilla, pues de eso hacía ya mucho tiempo, y ahora, de repente, su mente había tramado una lo suficientemente real y aterradora como para que todavía sintiese una gran zozobra. No tardó en encontrar una respuesta. La causa era el plan que tenían para esa noche, lo que ello significaba, porque al fin y al cabo era ilegal entrar en una propiedad ajena, y si algún vecino los oía, podían acabar en comisaría. Sin embargo, eso no era lo que más le preocupaba, y su subconsciente se había encargado de recordárselo. Lo que realmente le provocaba un nudo en la garganta era invocar al mismísimo diablo, y en el fondo de su ser, en lo más profundo, donde ya solo habita la oscuridad, sabía que esa sensación de angustia era la que estaba buscando.

—¿Cómo ha ido hoy el colegio, campeón?

—Bien, papá. La clase de matemáticas ha sido un rollo, pero luego me lo he pasado muy bien. He jugado con Iván y Nacho en el recreo a un juego nuevo que nos hemos inventado y luego, después de comer, hemos dibujado.

Jaime lo escuchó atentamente. Le gustaba dejarle explicarse ya que, solo en ocasiones, presentaba alguna dificultad, aunque a su modo de ver solo era que la emoción hacía que su cerebro fuese más deprisa que la lengua. Sin embargo, percibió un cierto tono de preocupación en su voz, y también en su expresión. El día parecía haber transcurrido sin problemas, un día feliz a juzgar por sus palabras, pero la forma de actuar de Javier no coincidía con su exposición.

—Fantástico —apuntó revolviéndole el cabello—. ¿Y has traído algún dibujo que lo veamos?

—No, papá. Se han quedado en el colegio.

—Tiene un examen de Lengua para el martes que viene, ¿verdad, hijo? —le informó Noelia en vista de que para Javier lo más importante del colegio no era la materia escolar sino el jugar—. En eso te podrá ayudar papá.

—Sí, papá, me han puesto un examen.

—Bien, tienes tiempo para estudiar. Yo te ayudaré.

—Gracias, papá. ¿Puedo irme a jugar?

Jaime esperaba un poco más de vehemencia en sus palabras, ya que Javier adoraba recibir su ayuda cuando de estudiar se trataba, sin embargo, ni siquiera vio un ligero esbozo de sonrisa.

—Claro, cielo. Hoy es viernes por la tarde, comienza el fin de semana. —Javier salió del salón y desapareció por el pasillo camino de su habitación. Eran las 5:45, justo la hora a la que había previsto la llegada de su familia. Jaime había cumplido con su tarea principal. Había bajado a la tienda y había

comprado cuatro velas blancas que ya había escondido en el cajón de su escritorio. También había buscado en su armario unos pantalones, un jersey de lana y una cazadora negros y los había ocultado debajo del sillón orejero de su despacho, donde acostumbraba a leer. Por supuesto, había mandado un mensaje a Luis para que también él buscara ropa negra para la invocación. —¿Y tu día, cariño? ¿Cómo ha ido? —preguntó a Noelia acercándose a ella para besar sus labios.

—Sin novedades —respondió Noelia—. Pura rutina, como siempre. Bueno, no —rectificó dibujando una expresión pensativa a la vez que simpática—. Van a incorporar a un nuevo empleado, para reforzar los turnos.

—Ah, me parece perfecto. ¿Y ya te han dicho que es un chico?

—Me lo ha comentado Helena, ya sabes que siempre se entera de todo.

Así que había sido Helena su compañera de turno hoy, pensó.

—Mientras tú saques algún beneficio...

—Claro —lo interrumpió Noelia—. Con su incorporación dispondré de muchos más fines de semana libres.

—Sin lugar a dudas ese es un gran beneficio. ¿Y ya sabéis cuándo empieza a trabajar?

Jaime sintió algo parecido a una punzada en el cerebro. Él no era celoso, o al menos eso creía hasta que Noelia le había comunicado que un hombre iba a pasar más tiempo con su mujer que él mismo. Trató de ignorar lo que su mente trataba de embutirle. Confiaba en ella, por descontado. Sin embargo, se preguntó si ese hombre sería atractivo, o más joven que él. *¿Se puede saber en qué estás pensando? ¿Acaso no te ha demostrado que a quien quiere es a ti?*

—Pues si Helena tiene razón, e imagino que la tendrá —apuntilló sonriendo—, el miércoles que viene. Supongo que también desean reforzar la plantilla para las navidades.

Noelia se acercó a la estufa y extendió las palmas de las manos sobre ella. Las tenía amoratadas por el frío.

—Vaya, qué rapidez —dijo Jaime sentándose en el sofá—. Oye, y cambiando de tema, ¿se ha vendido algún libro mío?

Noelia se giró hacia él y le dedicó una mirada comprensiva. Cuando Jaime la vio, ya sabía lo que iba a responder.

—No, cariño. Lo siento, no se ha vendido ni uno.

Sentado frente al ordenador de su despacho, Jaime trataba de componer las

oraciones que emplearían esa noche en la invocación. Sin embargo, el dato que le había proporcionado Noelia no cesaba de deambular por su mente, por lo que hasta el momento todavía no había podido escribir ni una sola palabra.

Trató de insuflarse ánimos a sí mismo. ¿Qué más daba que no hubiese vendido ni un solo libro en la tienda de su mujer, a pesar de que era una de las cadenas más exitosas? Había muchas más tiendas repartidas por todo el país donde su libro también estaba a la venta, además de las ventas online. Lamentablemente, hasta finales de mes, y para eso todavía faltaban nueve días, no conocería los resultados de las ventas. Así funcionaba la editorial, y todavía tenía suerte, ya que había otras que los datos de ventas los facilitaban al concluir el año.

Un verdadero infierno.

Lo único que sabía a ciencia cierta era que sus cheques mensuales oscilaban entre novecientos y mil cien euros, nunca superaban esa cifra. Se le pasó por la cabeza si realmente valía la pena tomarse tantas molestias, arriesgar tanto por una novela de la que dudaba mucho de su éxito. Con sus dos primeras novelas todavía recibía e-mails de lectores felicitándole por su gran trabajo, impresionados por el terror que les había hecho sentir, pero a partir de la tercera fue como si hubiese desaparecido del mapa. No evolucionaba, pensó, no avanzaba profesionalmente, sino que cada vez iba a peor. Puede que fuese por la inmensa competencia, o porque realmente había dejado de ser interesante para sus lectores más fieles.

Cerró los ojos con fuerza y sacudió la cabeza. De nuevo lo estaba haciendo. No podía hundirse a sí mismo, tenía que seguir adelante, salvar cualquier escollo que su mente tratase de ponerle en el camino. Sí, iba a funcionar, estaba seguro, es más, se dijo, una gran productora de cine comprará los derechos para hacer una película basada en su novela.

Tenía que acabar aquellas malditas oraciones y escribir aunque solo fuesen quinientas o seiscientas palabras antes de la hora de la cena. Era la única forma de acabar el día satisfecho consigo mismo. Cuando su mente al fin logró concentrarse en el contenido de las oraciones, la puerta del despacho se abrió, muy despacio, dejando solo un estrecho resquicio, y sintió una mirada posada sobre él. Hizo rodar la silla hacia la puerta y pudo ver un ojo mirándolo fijamente.

—¿Qué pasa, cariño? Anda, entra.

Javier abrió la puerta, entró al despacho y se sentó en su regazo. La

expresión de su cara, aunque sonrió, denotaba preocupación. Le dio un beso en la mejilla a su padre, y este se lo devolvió estrechándolo entre sus brazos.

—Papi, perdona que te moleste, pero tenía ganas de estar contigo —dijo Javier con tono resuelto.

—No pasa nada, cariño mío. Tienes las manos heladas, dile a mamá que ponga un ratito la estufa en tu habitación.

—Vale, papi, ahora se lo diré. —Javier desvió la mirada hacia la página en blanco que centelleaba en el monitor. Juguetecía con sus pequeñas manitas, y Jaime sabía que en su hijo ese gesto era signo de preocupación. —¿No has podido escribir nada todavía? —le preguntó. Jaime sonrió. Había veces en que Javier, a pesar de que solo tenía nueve años, hablaba como un adulto, y ese hecho lo llenaba de tal orgullo que siempre le provocaba una sonrisa.

—No, campeón. ¿Sabes qué? Antes de ponerse a escribir hay que poner las ideas en orden, tratar de meterse en la historia para poder contarla bien.

—Vaya, y te he interrumpido...

Javier agachó la mirada con un tierno gesto, sintiéndose culpable.

—Eh, eh. De eso nada. Tú nunca me interrumpes, ¿te queda claro? Yo siempre estoy aquí para lo que necesites, tanto si estoy trabajando como si no.

—¿Y mamá?

—Bueno... a mamá le echaría una buena bronca, pero de esto ni una palabra, ¿eh? Será nuestro secreto.

Por fin logró arrancar una sonrisa sincera a Javier.

—Quería decirte que me hace mucha ilusión que me ayudes con el examen de lengua —dijo Javier. Ahora su tono de voz parecía mucho más animado, el que Jaime habría esperado de él cuando se lo dijo la primera vez—. Creo que nadie más que tú puede saber tanto sobre las palabras.

—Ah, así que para ti soy un erudito en lenguaje.

Javier lo miró con expresión desconcertada y sonrió.

—Papá —dijo sonriendo—, ¿qué significa erudito? Que solo tengo nueve años...

Jaime no pudo evitar romper en una carcajada. Desde luego, pensó, no había nada más divertido que mantener una conversación con su hijo, y además, era reconfortante, le recordaba que no había nada en el mundo más importante que él.

—Pues erudito es una persona que sabe mucho, pero que mucho, sobre algo, por ejemplo, de lengua, o de matemáticas —le explicó seleccionando las

palabras más sencillas posibles para que lo entendiera. Con un afectuoso gesto le apartó el flequillo a un lado a Javier. Era castaño y liso, igual que el de su madre. En cambio, sus ojos pardos y grandes los había heredado de él, y por qué no, era algo de lo que se sentía terriblemente orgulloso, porque mirar a su hijo era como verse a sí mismo cuando tenía la misma edad.

—Ya... lo entiendo.

Jaime sospechaba que Javier no había irrumpido en su despacho solo para hablar del examen de lengua, porque su hijo sabía que, a no ser que fuera algo sumamente importante, no debía interrumpirle mientras trabajaba. Esperó, no pensaba presionarlo.

—Mañana por la mañana estudiaremos un poco, y el domingo repasaremos, ¿te gusta la idea?

Javier se limitó a asentir con la cabeza. Jaime presentía que estaba a punto de abrirse.

—Papá, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro, hijo.

Ahí está.

—Hoy han dicho en clase que Papa Noel no existe, que son los padres... ¿es eso verdad?

Así que se trataba de eso.

—Mira cariño... —comenzó, sin embargo, no sabía qué decirle exactamente. Ese era el momento que más había temido, el día en que su hijo dejase de ser tan niño, tener que destrozar sus ilusiones. Tal y como había pensado ayer, era como mostrarse a sí mismo en carne y hueso ante sus lectores, la destrucción total de la verdadera magia—, tus amigos pueden decir lo que quieran. ¿Tú quieres que Papa Noel exista?

Javier pareció dudar un momento. Era como si de su respuesta dependiese su existencia.

—Claro, claro que quiero que exista.

—Entonces no lo dudes, cielo. Papa Noel existe, y si alguien te dice lo contrario, no le hagas ni caso, mucho peor para él —sentenció. Con un poco de suerte, todavía podría mantenerle la ilusión un año más. Sintió que Noelia quizá debía haber participado en esa conversación, pero su hijo había acudido a él, y si le hubiese visto dudar, jamás le habría creído. Las circunstancias le habían obligado a dar una respuesta contundente, así que pensó que más tarde se lo explicaría a Noelia, estaba convencido de que lo entendería.

El semblante de Javier cambió por completo, como las máscaras que representan al teatro. Fue como si le hubiesen inyectado una dosis de vivacidad. Dio un salto y se bajó de las piernas de Jaime.

—Gracias papá. Te quiero. Te quiero mucho.

—Y yo a ti, campeón.

—¿Te importa si me voy a jugar?

Tema zanjado.

—Claro que no hijo. Vete a jugar, yo seguiré trabajando un poco más. Y dile a mamá que te ponga la estufa.

—Que sí, papá. ¿Luego vendrás a jugar un ratito conmigo? —le preguntó mientras ya abría la puerta.

—Si me da tiempo sí, ¿vale? Y si no, mañana jugaremos un poco.

—Vale.

En cuanto obtuvo el sí de su padre, Javier desapareció cerrando la puerta tras de sí. Volvía a ser él. Sin darse cuenta, para el día de mañana estaba copando la agenda. Por el momento ya tenía que estudiar con Javier, jugar y por la tarde la firma de libros. Y además, después de la noche que le esperaba, seguro que se levantaba más tarde de lo normal. Oh, y se le olvidaba, se dijo a sí mismo. Por la noche había quedado con Luis y Carolina para cenar, y todavía no lo había consultado con Noelia.

¿Cuándo le quedaba tiempo para escribir? Un día perdido, sin duda, aunque trataría de rascar unos minutos por la mañana. Se encaró al ordenador, y como caídas del cielo, las oraciones de invocación brotaron de sus dedos.

Noelia, como había supuesto, no había puesto ningún inconveniente a que Luis, Carolina y Ana viniesen el sábado por la noche a cenar, y cuando lo comentó durante la cena, Javier saltó en la silla gritando *¡bien!* al saber que Ana iba a visitar su guarida de los juguetes. Tampoco le pareció mal la respuesta que dio a Javier en lo referente a Papa Noel cuando se lo comentó a solas mientras tomaban un aperitivo, y fue lo suficientemente comprensiva cuando supo que Javier la había excluido de sus inquietudes.

No podía negarlo. Luis había tenido una fantástica idea reuniéndolos a todos el sábado por la noche, porque durante la cena su estómago había sido atacado por dos flancos distintos: la estrambótica escapada nocturna al edificio de enfrente y su cita a las cinco de la tarde en la Librería Páginas al Mar. El desenlace de aquel despiadado asedio fue que la boca de su estómago se cerró incapaz de tolerar la comida. Sin embargo, pensar en el sábado por la noche había logrado abrir una pequeña grieta por donde introducir el filete de ternera que Noelia había preparado, aunque se dejó el resto de la cena.

Noelia lo achacó a su firma de libros, alegando que siempre que tenía un evento de esa índole perdía el apetito, que tenía que tomarse las cosas con más filosofía, que formaba parte de su trabajo, que era algo para disfrutarlo, no para sufrirlo. Por ese lado del ataque tenía razón, y también sus palabras de ánimo habían logrado paliar su pesadumbre, pero Noelia desconocía lo que tenía preparado para esa noche, y si lo hubiese sabido pensó que lo habría atado a la silla con cadenas antes que permitirle salir de casa. En conclusión, respecto a ese tema no podía ayudarlo, nadie podía ayudarlo.

Jamás había sentido tanto... terror. Aunque todo este tiempo lo había negado, esa era exactamente la sensación que recorría su cuerpo. Ni siquiera cuando se perdió en el Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama se sintió así. Y el motivo creía que era evidente. Allí, en medio del monte, sabía que

todo lo que le rodeaba era la naturaleza, la fauna, los perturbadores sonidos de la noche. En definitiva, algo comprensible para la mente humana.

Lo que se proponía hacer esa noche era invocar al diablo, al mal en su estado más puro, y eso era algo que escapaba a su comprensión, algo que, al fin y al cabo, no podía llegar a controlar. Sus excentricidades pasadas tratando de recrear el terror para lograr unos textos afines a la realidad quedaban obsoletas, hundidas en un nivel inferior. La invocación al diablo era subir un peldaño, lodoso y viscoso. Y debía admitirlo, también terrorífico. Por ese motivo, estaba convencido de que su libro iba a ser un gran éxito. Debía serlo.

Cuando el reloj marcó la 01:55 Jaime ya estaba ataviado completamente de negro, se había escondido de nuevo la radiografía debajo de la cazadora y había metido en una bolsa las cuatro velas y el papel impreso con las invocaciones.

Calculó que a lo sumo tardaría una hora en regresar, por lo que dejó la luz del despacho y el ordenador encendidos para no levantar sospechas en caso de que Noelia se levantase para ir al baño. Si todo iba según lo planificado, Luis estaría a punto de llegar a su portal. Cerró la puerta del despacho con cuidado de no hacer ruido y caminó de puntillas hasta la puerta de casa. La abrió lo más sigilosamente posible y cerró muy despacio guardándose las llaves en el bolsillo.

El rellano, o más bien todo el edificio en sí, se encontraba en un silencio absoluto. Cuando llamó al ascensor, el estrépito que formaba al desplazarse por las guías se multiplicó por dos. Sentía su corazón latir más fuerte y un incómodo nudo en el estómago igual que cuando te presentas a una entrevista de trabajo. Gracias a Dios no estaba solo en esto, pensó. Abrir la puerta del ascensor y ver a Luis tras la puerta del patio esperándolo sería como si le sacasen un hueso de aceituna de la garganta. Sin embargo, cuando pensó en Luis justo en el momento en que se metía dentro del ascensor y pulsaba el botón de la planta baja, se le ocurrió que quizá se había echado atrás y no pensaba presentarse, o que quizá se había dormido, o que finalmente Carolina lo había sorprendido justo en el momento de salir de casa. Porque, sinceramente, no había recibido ningún mensaje de él en toda la tarde, más que un pulgar en alto cuando le comunicó que debían ir vestidos de negro. Tampoco él había intentado ponerse en contacto con Luis porque, sinceramente, creyó que no hacía falta, ya que cuando entre ellos acordaban algo, lo que fuera, iba a misa, a no ser que actuaran fuerzas mayores.

El ascensor llegó a la planta baja sacudiéndose como el vagón de un tren. Abrió la puerta y dirigió rápidamente la mirada hacia la entrada del patio. Esperó ver una figura oscura esperando fuera, soportando el frío, pero allí no había nadie.

Maldito Luis. Como me hayas dejado tirado te mato. Y no dudaré en hacerlo, lo sabes.

Cruzó el corredor hasta la puerta, dejó la bolsa con las velas y las oraciones apoyada en la pared detrás de esta y la abrió. Una ráfaga de viento gélido le azotó la cara, y no supo por qué, le pareció estar en la cubierta de un barco en plena tormenta durante la noche. Sin bajar del escalón de mármol que precedía a la puerta, miró a un lado y al otro. La calle estaba desierta, pobremente iluminada por la luz de las farolas. Hacía un frío a esas horas de la madrugada que tardó pocos segundos en provocar que su cuerpo comenzase a temblar.

Sacó el teléfono móvil y miró a ver si tenía algún mensaje. Frunció el ceño cuando vio que no había recibido ninguno. Ni de Luis ni de nadie. *¿Dónde te has metido?* Pensó en mandarle él mismo uno a Luis, pero si por una de aquellas su amigo no le había quitado el sonido al teléfono y sonaba mientras dormía al lado de Carolina podría ponerlo en serios problemas. Decidió esperar diez minutos, si Luis no había llegado para entonces, ya no dudaría en mandárselo.

Entornó la puerta del patio sin llegar a cerrarla y dirigió la mirada hacia el patio del edificio de enfrente. Un árbol se interponía en su camino, así que se movió a un lado y comprobó que la tranquilidad y la oscuridad lo envolvían. Comenzó a mover las piernas, ya que se estaba quedando helado. Al menos, se dijo, estar despierto hasta casi las dos de la madrugada le había servido para escribir casi mil palabras. Aunque no había avanzado mucho, la novela ya iba tomando forma.

Consultó la hora en el móvil, lo que resultó ser un terrible suplicio al tener que sacar las manos del bolsillo de la cazadora. Ya pasaban cinco minutos de las dos, y ni rastro de Luis. Por otro lado, pensó tratando de convencerse a sí mismo, Luis no brillaba precisamente por su puntualidad. Cuando eran más jóvenes, había momentos en los que llegaba a tardar hasta media hora. Con la edad se había impuesto la responsabilidad y había reducido el tiempo de retraso, pero un cuarto de hora a lo sumo, por lo que Jaime había llegado a la conclusión de que el don de la demora lo llevaba grabado en sus genes.

Desde que había bajado de casa no había pasado ni un solo coche. Las copas de los árboles dispuestos en las aceras y en la mediana de la calzada se mecían por el gélido viento produciendo un sonido tan íntimo como inquietante. Encogiéndose de hombros para tolerar mejor el frío miró hacia su derecha, el lugar por donde debía venir Luis. A unos doscientos metros estaba la esquina del edificio. De pronto alguien giró por ella y caminó resuelto hacia él. Su indumentaria era totalmente negra y llevaba echada la capucha de la chaqueta cubriéndole parcialmente el rostro, por lo que tuvo que esperar a tenerlo casi encima para descubrir que era Luis. Al verlo, los latidos de su corazón se normalizaron.

—Joder, hace un frío de cojones. Me debes una, tío —dijo Luis cuando llegó a la puerta.

—¿Por qué has tardado tanto? ¿Quieres matarme de un ataque al corazón? Creía que eras un ladrón...

—Se me olvidó el teléfono y tuve que volver a por él —replicó Luis, y miró la hora en su reloj de pulsera—. Además, no me he retrasado ni diez minutos.

—Venga, está bien, vamos ya —dijo Jaime bajando el tono de voz, sabiendo que discutir con él acerca de su impuntualidad era perder el tiempo a la vez que contraproducente—, acabemos con esto cuanto antes.

Jaime cogió la bolsa de detrás de la puerta y cerró esta tras de sí con un chirrido herrumbroso. Cruzaron la calzada sorteando los árboles y llegaron a la puerta del patio del edificio de enfrente. En ese corto trayecto no intercambiaron ni una sola palabra, temerosos de que sus voces pudiesen alertar a los vecinos. La puerta de rejas negras y barrotes retorcidos estaba cerrada aparentemente, pero seguía habiendo un hueco vacío en el lugar del bombillo. Desde luego, pensó Jaime, habían tenido una gran suerte, porque de haber estado cerrada, a esas horas intempestivas no habría forma de abrirla de no ser con su llave. Puede que (no, lo más seguro) los ladrones tuvieran un método efectivo para forzarla, pero él lo desconocía.

—Empújala... —lo instó Luis.

La puerta se abrió sin ofrecer resistencia chirriando sus goznes. En el interior del patio imperaba la oscuridad. Jaime estuvo a punto de encender la luz, pero Luis lo detuvo.

—Ni se te ocurra, pimpollo. ¿Qué quieres, que algún abuelo curioso nos vea por la mirilla subir las escaleras?

Jaime paralizó su dedo frente al interruptor de la luz justo a tiempo. Luis tenía razón, y a él, sin duda alguna, le faltaba mucha experiencia. Vio cómo Luis sacaba del bolsillo interior de su cazadora una linterna, la encendía y un haz de luz se estrellaba contra el final del largo pasillo, justo allí donde nacían las escaleras.

—Joder, veo que estás en todo. La verdad, a mí no se me había ocurrido.

—Estás hablando con un profesional, no lo olvides —susurró Luis con tono jocoso. Venga, vamos...

El olor a desagüe esta vez impregnaba todo el aire, y era tan intenso que incluso podría llegar a provocar una arcada. Atravesaron el corredor hasta las escaleras procurando ocultar el sonido de sus pisadas y esta vez fue Luis quien encabezó la marcha cuando comenzaron a ascender hasta el primer piso. El silencio que bajaba por las escaleras era sobrecogedor. El edificio debía estar lleno de gente, pero ahora era lo más parecido a un cementerio.

Al llegar a la primera planta continuaron el ascenso sin detenerse. Por un momento Jaime imaginó que un vecino abría la puerta justo en el momento en que ellos pasaban frente a ella. Si eso ocurría, estaba convencido de que su corazón saldría disparado por su boca. Llamaría a la policía, no cabía duda, y no tardarían ni cinco minutos en presentarse en el edificio. Con todo lo que llevaban encima, fácilmente los podrían acusar de pertenecer a una secta satánica, y no sabía qué repercusión legal tendría esa falta, pero imaginó que pasarían una temporada en la cárcel. Puede que hubiera arriesgado demasiado, que hubiese bastado con hacer la invocación en una casa abandonada. Sin embargo, lo peor de todo era que había involucrado a Luis en ello, y ambos tenían un hijo. ¿En qué había estado pensando?

Al llegar a la segunda planta siguieron sin detenerse hasta la tercera.

Aún estaban a tiempo. Jaime pensó en abortar aquella locura, sujetar a Luis por el hombro y arrastrarlo lejos de aquel edificio, pero no lo hizo. De alguna forma incognoscible, deseaba llegar hasta el final, satisfacer su curiosidad, nutrirse de la inquietante experiencia, pero sobre todo, cambiar el destino de su vida.

El haz de luz iba iluminando los escalones, y el jadeo de Luis se unía al suyo propio. Habían llegado a la mitad del trayecto y la cuarta planta les aguardaba. De pronto, no supo por qué se le metió en la cabeza la sexta planta. En serio, ¿no podía haber elegido otra? En el quinto también veía desde su ventana una persiana echada hasta abajo. Podía haber escogido esa vivienda,

pero no, había elegido la sexta, y aunque imaginó que el motivo fue que era la que quedaba a la misma altura que su despacho, quizá el número seis había tenido algo que ver.

En la cuarta planta todo seguía sumido en la oscuridad. Luis no se paró a coger aire y continuó ascendiendo hasta la quinta planta. En silencio y tras sus pasos, trató de luchar contra sí mismo. ¿Qué tonterías estaba pensando? Dos edificios. Dos sextas plantas. Solo era casualidad. Solo eso. La sugestión estaba empezando a cobrar protagonismo, pero realmente era eso lo que estaba buscando, ¿no? Verse absorbido por el terror, experimentar la sensación de una angustia asfixiante.

Quinta planta. Más oscuridad. Más silencio. Un nivel más de terror. A pesar del frío que hacía esa noche sintió el sudor correr por su frente. Se preguntó qué estaría pasando por la mente de Luis, y estuvo tentado de abrir la boca y preguntárselo, pero se contuvo. Ni en susurros quería despertar a algún vecino con el sueño ligero. Seguramente las sensaciones que estaban atravesando el cuerpo de Luis no serían muy distintas de las suyas propias, pero debía admitirlo, Luis era valiente, porque no había titubeado ni una sola vez. Parecía incluso más decidido que él.

El final del trayecto había llegado. Sexta planta, y gracias a Dios nadie los había sorprendido en el viaje. Luis se echó a un lado, y sin decir ni una palabra, hizo un gesto agitando el haz de luz para que Jaime se acercase a la puerta y pasase la radiografía como lo había hecho esa mañana. Ahora, su corazón estaba a punto de abrirse paso a través de sus costillas. El olor a edificio viejo era insoportable, tanto que creyó que hasta podría saborearlo en su paladar.

Tragó saliva con dificultad y se bajó la cremallera de la cazadora. Hasta ese insignificante gesto lo hizo como a cámara lenta, para que el rechinar de los dientes metálicos no se escuchase en el rellano. Cuando extrajo la radiografía y la introdujo por el resquicio de la puerta, acudió a su mente aquel extraño sueño que había tenido a mediodía. ¿Y si el salón de aquella casa era exactamente igual que el que había aparecido en su sueño? Imaginó una estrecha habitación, con sus paredes bañadas por una extraña sustancia negruzca que recordaba las varices dilatadas de un gordo enfermo. Y aquel sofá, en mitad del salón, viejo y corrompido, hundido recientemente porque alguien había estado esperando su llegada sentado sobre él.

El diablo.

El sudor corría por su frente. Luis le alumbraba con la linterna. La maldita radiografía se resistía a entrar, pero no era imposible, porque esa misma mañana lo había logrado.

Trató de apartar aquellos pensamientos que lo estaban poniendo nervioso. *El diablo no existe, todo está en tu mente, no te sugestionas o lo pasarás muy mal, pero que muy mal.* Consiguió introducir la punta, pero se había atascado con algún saliente de la madera. Sentía la sangre correr por sus venas más espesa y ardiendo, como si estuviese envuelta en llamas, y eso le provocaba un calor insoportable. Imaginó un surtidor de gasolina incendiado conectado a él mediante una vía intravenosa. Era el miedo. No, mucho peor, era el terror. Escuchó a Luis decir algo, pero lo hizo con un tono de voz tan bajo que no entendió lo que dijo. Sacó la radiografía y la volvió a introducir, esta vez por un sitio distinto, un poco más abajo de la cerradura. Aquel sueño había sido producto de la inquietud que atormentaba su subconsciente, se lo repitió a sí mismo varias veces tratando de expulsarlo de su mente, porque si entraba en esa casa y la habitación era la misma que la del sueño, si aquel maldito sofá estaba allí, entonces... entonces moriría de terror allí mismo.

Al fin la radiografía encontró el hueco preciso y entró casi en su totalidad. La deslizó suavemente hacia arriba, y cuando chocó con la cerradura se escuchó un ligero click como ocurrió la primera vez. La puerta inmediatamente se abrió dejando un estrecho y oscuro resquicio. Fue Luis quien la abrió de par en par desde su espalda y lo empujó al interior de la vivienda, porque él se había quedado paralizado por un instante, como si su mente se negase a seguir adelante con aquello.

Cuando hubieron entrado, Luis cerró muy despacio la puerta tras de sí y escuchó, como si estuviese a una gran distancia, cómo resoplaba.

—Joder, estás acojonado, ¿eh? —susurró Luis, y sintió el haz de luz en su rostro, lo que le deslumbró por un instante.

—Aparta la luz, coño. Sí, estoy acojonado, ¿qué pasa?

—Perdona, amiguito, pero todo esto ha sido idea tuya.

Jaime prefirió no pronunciarse al respecto.

—Venga, alumbrá la casa, vamos a buscar el salón —le dijo, y conforme pronunció esas palabras un escalofrío subió por su espina dorsal. Sentía la necesidad imperiosa de verlo, de corroborar que era totalmente distinto al de su sueño.

La pestilencia que allí habitaba era mucho peor que la de los rellanos. En

aquella casa hedía a cerrado, como si la casa no la hubieran aireado en varios años. A Jaime le pareció, cuando menos, extraño, ya que el propietario, aunque no viviese allí, debería al menos preocuparse por la conservación del apartamento. Luis guió la luz de la linterna a lo largo del pasillo que nacía desde la puerta de entrada. Las motas de polvo flotaban en el haz de luz, como si de insectos se tratasen y se vieran atraídos por él. El pasillo era extenso, y estaba flanqueado por puertas cerradas. Jaime contó hasta cuatro. Del techo, en lugar de lámparas brotaban cables retorcidos, y las paredes estaban cubiertas de papel de los años setenta, despegado por las juntas y por la parte superior como girones de piel desgarrados, estampado con dibujos asimétricos de tonos grises y verdes apagados, una auténtica reliquia, pensó Jaime. Al final del pasillo, imponente y siniestro, se hallaba lo que debía de ser el temido salón. Luis lo enfocó y avanzó unos pasos. Debían andar muy despacio para que el vecino de abajo no oyese las pisadas. Jaime sintió cómo su estómago se contraía. Allá, a escasos quince metros, estaba la respuesta a aquel delirio que se había agarrado a su mente como un parásito hambriento.

Luis avanzó resuelto y él siguió sus pasos vacilante. El suelo, de cerámica antigua, negro con ligeras pinceladas blancas, estaba cubierto de polvo, así que sus huellas debían estar quedando allí impresas. Era exactamente el mismo tipo de baldosa que había en casa de sus abuelos, un vago recuerdo que surgió repentinamente de cuando Jaime tenía seis años. Aquellas baldosas, que siempre se despegaban del suelo y más de una quedaban bailando cada vez que pisabas sobre ella, pensó de forma fugaz, eran muy comunes en aquella época.

La imagen del sofá se materializó en su mente sin ser invitada. Da la vuelta y sal corriendo, fue la única advertencia que su subconsciente se atrevió a gritar en su cerebro. Luis hizo un barrido con la linterna sobre las puertas del pasillo. Eran de madera vieja, y gran parte de las hojas estaban ennegrecidas por la humedad. Jaime, tratando de no mirar al frente, se fijó en sus manijas. Eran un modelo antiguo típico de aquellos años pasados, excesivamente ornamentadas y de color oro envejecido. Por nada del mundo quería saber qué había al otro lado de las puertas, y por nada del mundo pensaba poner una mano encima de aquellos tiradores. Lo que había ido a buscar a aquella casa lo había encontrado hacía ya mucho tiempo, por lo que solo quería acabar con la invocación, salir de allí como alma que lleva el diablo y meterse en la cama junto a Noelia.

—Joder, aquí no ha entrado nadie en muchos años —susurró Luis. Se detuvo delante de una puerta, como si tuviese intención de abrirla para husmear en su interior, pero Jaime lo empujó para que siguiera caminando.

—Venga, sigue...

Al fin llegaron a lo que efectivamente era el salón. El primero en entrar fue Luis. Jaime, con el corazón a punto de partirse en dos, lo siguió. No supo si lo hizo con los ojos cerrados o que su cerebro simplemente se desconectó. Pero cuando retomó el control de su mente dejó escapar el aire retenido al comprobar que en aquel salón no había ningún mugriento sofá, ni las paredes estaban cubiertas de afluentes negros y ensortijados. Era mucho más amplio de lo que había imaginado, pero estaba completamente vacío, con sus baldosas negras, sus paredes empapeladas y despegadas, la ventana al otro extremo con la persiana echada, y además, dos puertas más se hallaban en su pared derecha.

Le costó creer que aquella cueva inmunda estuviese justo frente a su despacho. Si levantara aquella persiana agujereada y polvorienta podría verse a sí mismo trabajando frente al ordenador. Acababa de sufrir el primer ataque de sugestión, y aquella avalancha de terroríficos datos debía anotarla en su agenda mental. La voz de Luis lo arrancó de sus pensamientos.

—Venga, a ver, qué tenemos que hacer. Ahora eres tú quien toma el control, colega.

El susurro de Luis sonó despreocupado, pero Jaime pudo sentir un cierto temor en sus palabras. Sin perder ni un segundo sacó las cuatro velas de la bolsa, las colocó en el centro del salón formando un cuadrado y guardando una distancia de unos dos metros entre ellas y las encendió con el mechero. Cuando escuchó el chasquido de la rueda le entró un deseo incontenible de encenderse un cigarro, pero resistió la tentación, ahora no era el momento. No se veía pronunciando las oraciones de invocación con el pitillo sujeto por la comisura de sus labios. Había tenido la precaución de comprarlas lo suficientemente gruesas como para que se sujetaran por sí solas en el suelo, y confió en que el resplandor no se viese desde su edificio a través de los agujeros de la persiana. A continuación sacó el papel impreso de la bolsa, cuando Luis lo interrumpió.

—Espera, espera. ¿Solo es esto? ¿No hay que hacer nada más, dibujar en el suelo una estrella de cinco puntas, por ejemplo?

—No, con esto sobra, hazme caso. El verdadero poder está en la

intensidad del deseo por parte de los invocadores por reclamar la presencia del diablo —lo aleccionó Jaime con un hilo de voz—. Con las velas, la vestimenta oscura y la lobreguez de este lugar son suficientes.

—Ya, ¿y las velas no deberían ser negras? En las películas siempre son negras.

—No es necesario —mintió Jaime—. Blancas también valen.

—Bueno, aquí el experto eres tú. Adelante, ¿qué tenemos que hacer?

Jaime desplegó el papel con las oraciones en sus manos. Notó que le temblaban a pesar de que ahora no tenía frío.

—Ponte aquí a mi lado. Repetiremos estas seis oraciones una por una hasta seis veces. Tú solo tienes que pensar en el diablo mientras las recitamos, en la imagen que tienes de él, dibújala en tu mente, en el fuerte deseo de verlo aparecer ante ti entre las cuatro velas.

—Jaime —dijo Luis, con un tono de voz febril que Jaime jamás había oído en él—, ¿esto no será peligroso?

Eso es, plantéame tus dudas, da rienda suelta a tus temores.

La persiana se agitó por el viento. De pronto se dio cuenta de que no sabía hasta qué punto creía Luis en el diablo. No dudó en preguntárselo:

—¿Peligroso? ¿Tú crees en el diablo? Como ente quiero decir, no como el símbolo que representa la maldad del ser humano.

Luis lo miró fijamente. Jaime pudo percibir un sustancioso temor en sus ojos. Hablar entre susurros, sin duda, estaba alimentando el miedo.

—No, no creo en él.

No, no creo en él.

—Entonces no hay nada que temer, ¿no? —sentenció Jaime.

—Supongo que no. Vamos, comencemos ya, quiero irme a dormir.

—Está bien, empecemos a leer las oraciones, pero en voz baja. Tiene que ser los dos a la vez, ¿de acuerdo?

Luis asintió. Jaime levantó el papel y Luis lo alumbró con la linterna. Cruzaron una mirada y sus voces se unieron en una sola, reverberando entre aquellas cuatro paredes. Aquel efecto las hacía parecer mucho más graves de lo que ya eran.

'Señor del infierno, reclamamos tu presencia desde este espacio sagrado, preséntate ante nosotros'

'Satanás, amo del mal, Dios del averno, te invocamos a la Tierra, a este espacio creado para ti'

Tomaron aire y continuaron la lectura. La persiana vibró y un escalofrío reptó por el espinazo de Jaime. De pronto, sintió que en esa casa hacía mucho más frío del que había parecido en un principio. Su cuerpo comenzó a temblar incontroladamente.

'Lucifer, habitante de este mundo desde tiempos remotos, requerimos tu presencia ante nosotros'

'Príncipe de las tinieblas, Dios del fuego y del abismo, exigimos esta noche tu presencia aquí'

Jaime lo creía improbable, pero aun así desvió un instante la mirada hacia las llamas de las velas con el fin de comprobar si se agitaban más de lo normal. Como había previsto, seguían su discreta danza.

'Diablo, maestro del embuste, Señor de las profundidades, hónranos con tu presencia'

'Belcebú, súbdito de Dios Todopoderoso, ven a nosotros, muéstrate tal y como eres'

Jaime pensó que una provocación directa en la última frase podría llegar a ser más efectiva. Esperaron unos segundos y comenzaron desde el principio en cuanto Jaime dio la orden. Antes, dedicó una mirada furtiva a Luis. A pesar de la penumbra que inundaba el salón, pudo advertir que estaba pálido como un cadáver. Por el temblor de sus labios, dedujo que el frío también se había apoderado de él. Perfecto. No podía olvidar ni un solo detalle de todo lo que estaba ocurriendo allí. ¿Cuántos escritores de terror conocía él que se involucraran tanto en sus libros? Desde luego, pocos, muy pocos.

Retomaron la lectura de las oraciones una segunda vez, y una tercera...

Cuando comenzaron la sexta vez, la última, para ellos tuvo un significado especial. Era la sexta vez, si algo tenía que ocurrir sería ahora, al pronunciar la última palabra. Jaime sabía que el color de las velas jugaba a su favor, pero... ¿y si ese detalle era insignificante? ¿Y si ante ellos se aparecía el diablo entre rayos y truenos? La sugestión, de nuevo, atacaba despiadadamente, y en lo más profundo de sus pensamientos, sabía que allí tenía un material que valía su peso en oro.

Sus voces se unieron al unísono. Cada palabra que pronunciaban era como una losa más sobre sus espaldas. Las llamas de las velas creaban sombras alargadas sobre las ruinosas paredes que bailaban alargándose y encogiéndose. El frío cobró una intensidad excepcional, y aquella maldita persiana no cesaba de agitarse produciendo un estrépito repetitivo y

exasperante, empujada por el viento que daba la sensación de soplar con más fuerza. Jaime creyó percibir un ligero hedor a azufre, pero solo era la humedad y el polvo envejecido.

Sugestión, sugestión, joder, y estoy acojonado.

Se enfrentaron a la última oración, y ahora Jaime no sabía si había sido tan buena idea elaborarla con tono provocativo.

'Belcebú, súbdito de Dios Todopoderoso, ven a nosotros, muéstrate tal y como eres'

Era el final del ritual.

Sus voces enmudecieron y el salón quedó en un silencio sobrecogedor. Sus miradas se posaron sobre el cuadrado que formaban las cuatro velas. Jaime imaginó que grietas de luz se abrían en las paredes, de un color rojizo infernal y un destello tan luminoso que sería imposible contemplarlas sin abrasarse los globos oculares. Sentía su respiración agitada, y aunque estaba muerto de frío, notó una gota de sudor correr por su sien.

Era suficiente, más que suficiente. No había por qué seguir, tenía lo que quería. Como había supuesto, nada ocurrió ni el diablo se materializó entre llamas y azufre.

No existe el diablo, pura invención eclesiástica.

—Creo... creo que la función ha acabado, ¿no te parece? —se aventuró a decir Luis con voz temblorosa.

—Sí, creo que sí. Tengo exactamente lo que necesitaba. Recojamos esto y vámonos de aquí cuanto antes.

—Por fin dices algo coherente.

Dicho esto, sin perder tiempo apagó las velas y las guardó en la bolsa.

—Toma, tu bolsa.

Jaime sonrió, pero le pareció más una mueca desganada.

—Tienes ganas de salir de aquí, ¿eh? si te soy sincero, yo también. Vamos.

Volvieron por el pasillo y el salón quedó sumido en la oscuridad, solitario, bombardeado por el estrépito de la persiana.

—Por cierto —susurró Luis cuando llegaron a la puerta—. Ya he hablado con Carolina, lo de mañana por la noche le parece bien.

—Genial. Noelia también está de acuerdo. Nos veremos mañana pues, ya te diré la hora. Y ahora, por favor, salgamos de aquí.

Jaime había hecho bien en no apagar la luz de su despacho. Cuando el

reloj marcó las 2:33 Noelia se levantó de la cama con el rostro ceniciento, y tratando de no hacer ruido pero con apremio, se dirigió al cuarto de baño, levantó la tapa del váter y vomitó toda la cena.

A la mañana siguiente, su cama se agitó. Jaime fue arrancado de su sueño y abrió los ojos intentando averiguar qué había ocurrido. Sus párpados pesaban como dos montañas y las legañas nublaban su visión. Sentía la mente cansada, un agotamiento indescriptible por la falta de sueño. Cuando logró enfocar la visión vio a Javier tumbado junto a él observándole con una media sonrisa en la cara.

—Buenos días, papi.

Jaime tardó unos segundos en separar el sueño de la realidad. Cuando fue consciente de que Javier, su hijo de carne y hueso, estaba realmente tumbado en el lado de la cama que pertenecía a Noelia, fue cuando la realidad del duro día que le esperaba se volcó sobre su mente.

—Buenos días, cariño, ¿ya te has despertado?

Jaime sacó el brazo de debajo de la manta, cogió el teléfono móvil y miró la hora. Eran las 9:10 de la mañana, y el frío envolvió su brazo como el cuerpo gelatinoso de una medusa. La sucesión de hechos se abrió ante él. Noelia haría ya más de una hora que se había levantado para irse a trabajar y Javier, al despertarse, había acudido a su cama antes que quedarse a solas en la casa. Como era habitual en él, no había sentido ningún remordimiento por despertar a su padre mientras dormía plácidamente, aunque tampoco podía culparlo, porque desconocía que anoche cogió el sueño cerca de las 3:30 de la madrugada. Ese pensamiento le hizo recordar lo que hicieron anoche Luis y él. Creyó que iba a ser hostigado por horribles pesadillas, pero debía de estar tan cansado que había dormido toda la noche del tirón, y si las había tenido no las recordaba. La verdad, pensó, es que la noche había sido lo suficientemente intensa como para verse atormentado por ellas sin piedad hasta el amanecer, como para que el infierno se desatase en sus sueños.

—Claro, papá. Y tengo hambre, y me prometiste que ibas a jugar conmigo.

Jaime sonrió, aunque imaginó que lo que Javier apreció fue un rostro acartonado intentando estirar sus facciones. Él había olvidado su promesa de jugar con su hijo esa mañana, sin embargo supuso que Javier habría estado esperando el sábado como el hambriento un mendrugo de pan. Y no se olvidaba, no. En su segunda frase del día ya se lo había recordado.

—Claro, campeón. Y papá siempre cumple sus promesas —le dijo mientras pensaba que precisamente era eso lo que peor se le daba, cumplir sus promesas—. ¿Qué vas a querer desayunar?

—¡Leche y galletas!

Jaime se armó de valor y apartó las mantas. El frío que se adhirió a su cuerpo fue lo más parecido a zambullirse en un lago helado.

—Jo... lines, qué frío hace —se quejó rectificando justo a tiempo. Más de una vez se le escapaba un taco delante de Javier, y en más de una ocasión lo había oído repitiéndolo cuando estaba a solas. Era inevitable, formaba parte del vocabulario español, y lamentablemente ya formaba parte también del vocabulario de su hijo. Pero no era solo en el ámbito familiar, en el colegio había aprendido palabrotas que él o Noelia jamás habrían pronunciado. Era como un virus contagioso. Cada niño escuchaba en su casa improperios de diversa índole, y el colegio era el lugar donde manifestarlos sin temor a ser castigados mientras los profesores no los escuchasen. Ahora, lo único que podía hacer era amenazarle con que si los pronunciaba delante de él o de su madre, el castigo iba a ser sublime.

Se levantó dando un divertido salto, lo que provocó la risa de Javier, y se cubrió con la bata. A continuación levantó la persiana de un fuerte tirón para comprobar que ese sábado había amanecido soleado, una invitación directa (si le quedaba tiempo) a dar un paseo cuando el sol calentase un poco más, y contando con que no se estropease el día, porque a lo lejos, por encima de los edificios, se había formado una cordillera de nubes de un color grisáceo que presagiaba lluvias. Solo le faltaba eso, pensó, que el día de la firma de libros cayese una tromba de agua, no porque disminuyese la afluencia de visitantes, sino por el incordio de conducir por calles repletas de más coches de lo habitual y de tener que aparcar en una zona en la que ya de por sí era bastante difícil encontrar un hueco libre.

Un taxi, joder, eso era lo que me tenía que pagar la editorial.

—¿Te has lavado los dientes, campeón?

Javier dudó un instante.

—No...

—Pues venga, vamos a lavárnoslos los dos y luego preparamos el desayuno.

Javier odiaba lavarse los dientes, y francamente, al final se cansaba de ir día tras día tras él para que lo hiciera. En alguna ocasión había optado por una amenaza, algo parecido a *haz lo que quieras, si no te lavas los dientes se te pudrirán y se te caerán*, pero por lo visto ese tipo de amenazas a Javier le traían sin cuidado. Se preguntó si todos los niños a su edad serían igual.

El primero en cepillarse los dientes fue Javier, bajo la atenta vigilancia de Jaime. Luego fue su turno. Sentía un desagradable sabor a cenicero en la boca. Se observó al espejo para descubrir que su cara era un poema. Dos noches seguidas durmiendo poco y mal le habían creado unas manchas oscuras debajo de los ojos que le daban el aspecto de un cadáver, y por qué no, también creyó verse más arrugas de lo habitual. Supuso que después de pasar de los cuarenta, cualquier maltrato que infligiese a su cuerpo acentuaría los signos del envejecimiento. Observó por el espejo que Javier lo estaba mirando en silencio apoyado en el marco de la puerta, como si pensase que después de obligarle a él a lavarse los dientes, su padre pensaba escaquearse, así que olvidó su ceniciento aspecto y se introdujo el cepillo de dientes en la boca.

Intuía que hoy iba a necesitar mucho café, litros y litros de café.

Noelia acudió a la librería con la cara desvaída, pero que hábilmente había sabido ocultar bajo una capa extra de maquillaje. Gracias a Dios hoy le había tocado el turno con Cris, que sabía contener la lengua con mucha más eficacia que Helena. Hoy era un día de esos en que la duda existencial la embargaba. ¿Qué estaba haciendo con su vida? ¿Por qué, precisamente ella, tenía que estar trabajando un sábado por la mañana cuando la mayoría de personas estaba disfrutando con sus familias, sus amigos o sus amantes el fin de semana? ¿A eso era a todo lo que aspiraba en la vida, a ser la dependiente de una librería? Trabajo monótono, sin expectativas, exento de responsabilidades, aburrido y esclavista. Se limitaría a disfrutar el sábado por la tarde, completamente agotada, y el domingo, para el lunes comenzar de nuevo con la misma rutina. Así un mes tras otro, un año, más de una década.

Llegó antes de tiempo a la Cafetería Álamos, pero Cris todavía no había llegado, por lo visto había sabido aprovechar mejor su tiempo. Los sábados la cafetería solía estar medio vacía a esas tempranas horas, pero hoy la afluencia

había sido significativa. Supuso que la cercanía de las fechas navideñas tenía mucho que ver, y la gente trataba de adelantarse en las compras con la esperanza de rascar algunos euros al bolsillo. Buscó un taburete libre en la barra, justo entre dos hombres de mediana edad vestidos de traje, y pidió un café.

Estaba harta. Harta de hacer esfuerzos sobrehumanos para llegar a fin de mes, harta de trabajar más de cuarenta horas semanales para ni siquiera poder comprarse una blusa, o unos vaqueros, harta de vivir en un edificio que se caía a pedazos y donde el frío en invierno o el calor en verano era lo más parecido a una tortura de la inquisición. Y en el centro de todo ese saco de infortunios se hallaba Jaime, que trabajaba a todas horas (incluso los domingos, dejando a solas y desatendidos a Javier y a ella) por un salario insuficiente.

—Aquí está tu café, Noelia —dijo Ernesto, el joven camarero, dedicándole una generosa sonrisa, aunque algo forzada.

—Gracias Ernesto —contestó con aire distraído, aunque reparó en su amarga expresión tratando de ser servicial cuando en realidad estaría maldiciendo el tener que estar allí preparando desayunos y limpiando mesas. Se fijó en sus ojos, estaban enrojecidos. Seguramente habría estado de fiesta la noche anterior, pensó, una gran irresponsabilidad que solo una persona joven puede hacer sin que el cuerpo le pase factura, o al menos una factura de muy poco importe.

Noelia vertió el sobre de azúcar en la taza de café y lo removió con la cucharilla con aire desganado. Su función designada en esta vida la atormentaba, pero había algo mucho más importante que no podía quitarse de la cabeza y que la estaba consumiendo desde dentro.

Sus pensamientos se vieron suspendidos cuando Cris entró en la cafetería y se sentó junto a ella, aunque para ello tuvo que hacerse un hueco desplazando con disimulo a uno de los hombres trajeados que leía el periódico y tomaba un café, y que le dedicó un gruñido hasta que vio qué aspecto tenía la persona que le había arrancado de la lectura.

—Buenos días, Noelia. Joder, hoy hace un frío horrible. —Cris levantó la mano para llamar la atención del camarero y le brindó una sonrisa enmarcada en su atractivo y juvenil rostro. Ese método no fallaba nunca. —Ernesto, ponme un café con leche cuando puedas, por favor.

Ernesto dejó todo lo que estaba haciendo, levantó el pulgar y se giró rápidamente hacia la cafetera.

—Buenos días, Cris —respondió escuetamente Noelia.

—Uy, qué mala cara te veo hoy. ¿Te pasa algo?

Noelia sonrió en su interior. *¿que si me pasa algo, estás de broma?* Claro que le pasaba, pero Cris era una chica joven, vivía de alquiler en un apartamento propiedad de su tío (con lo que la cuota había sido reducida considerablemente) y el sueldo que ganaba era más que suficiente para permitirse bastantes más lujos que ella. ¿Qué sabía ella realmente sobre el sufrimiento que te puede infligir la vida? ¿Cómo iba a ayudarla, entonces? Además, no le apetecía lo más mínimo compartir con su compañera sus problemas más íntimos.

—No, estoy bien, solo un poco cansada. No he dormido bien esta noche, eso es todo.

—¿Qué pasa? —dijo con tono jocoso golpeando ligeramente con su codo el brazo de Noelia—. ¿Jaime estaba jugueteando anoche y te ha dejado baldada?

El hombre del traje giró levemente la cabeza hacia las dos mujeres y regresó la mirada al periódico. Noelia sonrió y dio un sorbo al café preparando la respuesta. Si tuviera que escoger a su compañera favorita entre Helena y Cris, sin lugar a dudas, se quedaba con esta última. Su espontaneidad y sus comentarios salvajes la hacían reír, y qué demonios, también era más de fiar. De pronto, recordó el nuevo compañero que iba a incorporarse el miércoles.

—Qué bruta eres. No, no es eso, me he despertado varias veces y no he dormido bien. Supongo que será el cansancio acumulado.

Ernesto apareció al otro lado de la barra y dejó el humeante café con leche frente a Cris.

—Aquí lo tienes.

—Gracias, Ernesto. Anda, cóbrate. Hoy me toca pagar a mí —apuntó guiñándole un ojo a Noelia, y dejó un billete de cinco euros sobre la mesa. Noelia se dio cuenta de que Cris llevaba pestañas postizas, lo que lograba que su mirada de ojos verdes fuese mucho más profunda, supuso que irresistible para la mayoría de los hombres. Cuando Ernesto le devolvió el cambio en monedas retomó la conversación con Noelia—. No sé, creo que te conozco demasiado bien y me da la impresión de que algo te sucede.

—En serio, Cris. No te preocupes por mí, estoy bien, te lo prometo. Por cierto —dijo con la intención de cambiar de tema para que Cris dejara de hurgar en su vida—, ¿sabes algo del nuevo chico que entra el miércoles?

Helena ya me puso al corriente.

—Sí, Helena es experta en poner al corriente a los demás. Pues no tengo ni idea de quién es, no sé si es amigo de algún jefe o qué, pero espero que esté buenísimo —respondió dibujando una grácil sonrisa que dejó al descubierto su perfecta dentadura.

Noelia no pudo evitar acompañarla levantando la comisura de sus labios como si en verdad sonriera. Sin duda, Cris tenía mucho más peligro del que aparentaba con su imagen delicada, y esa forma de ser (acompañada de un envidiable físico que haría girarse a cualquier hombre que se cruzase con ella en el camino) la hacía estar en la cima del ranking de los mejores vendedores, y no solo de su tienda, sino de las treinta y dos tiendas que la franquicia tenía repartidas por toda España. Sinceramente, la veía capaz de endosar el libro ‘Maquíllate con éxito’ a cualquier cliente del género masculino sin apenas despeinarse.

—No tienes remedio —dijo Noelia—, me compadezco de él, creo que va a quedar lo suficientemente impresionado por ti cuando te conozca.

Por unos minutos Cris la había hecho olvidar que su vida, en ocasiones, podía llegar a ser todo lo injusta que ella misma se propusiese. Miró su reloj de pulsera para descubrir que casi era la hora de abrir la tienda, y al contemplar su belleza y cómo destellaba bajo la luz de la cafetería le hizo evocar el día en que Jaime se lo regaló hacía ya dos años por su aniversario de bodas. Jamás se lo había quitado desde entonces, sin embargo, ahora sentía la necesidad de arrancárselo de su muñeca de un fuerte tirón, invadida por un fuerte sentimiento de tristeza incommensurable. Sintió que estaba a punto de echarse a llorar, así que, antes de descubrirse ante Cris, se adelantó a los acontecimientos.

—Vamos, se hace tarde, es la hora de abrir —dijo bajando la mirada.

—Se acabó el mejor momento de la mañana. Adiós, Ernesto —se despidió Cris apurando su café con leche. Bajó del taburete y se adecuó la ajustada falda hasta las rodillas, gesto que no pasó por alto para el hombre del traje, ni tampoco para Ernesto, que dijo adiós desde el fondo de la barra con una estúpida sonrisa en su cara.

Noelia y Cris salieron de la cafetería, y fue como pasar súbitamente de una estación cálida a otra glacial. Afuera el viento soplaba gélido, pequeñas ráfagas que se clavaban en la piel como cuchillos afilados, un breve anticipo de lo que iba a deparar el invierno. Caminaron a buen ritmo siguiendo la

acera, ya que la librería estaba a pocos metros.

—¿Te importa abrir tú? —preguntó Noelia—. Tengo que ir a la farmacia.

Noelia confió en que Cris no hiciese demasiadas preguntas, pero por si acaso se dejaba vencer por la curiosidad ya tenía preparada una retahíla de fármacos para recitar: Ibuprofeno, omeprazol y alguno más. Sin embargo, al parecer a Cris le traía sin cuidado lo que tuviese que comprar en ella, simplemente se limitó a recomendarle que no tardase demasiado ya que se podría presentar algún jefe a primera hora de la mañana sin previo aviso.

Noelia continuó caminando mientras hacía repicar sus tacones y giró la esquina por la Calle General Avilés. Después de todo Cris tenía razón, por lo que apretó el paso. Hacía un par de años corrían rumores de que el señor Cortés, uno de los socios fundadores de Librerías Noches de Letras, había esperado pacientemente en una sucursal de Sevilla a que se cumpliera la hora de apertura. Se decía que ese era uno de sus controles rutinarios de personal que llevaba a cabo cuando se le cruzaban los cables, o cuando su mujer lo rechazaba en la cama la noche anterior. Casualmente, fue el día en que Ana Villas, ex-compañera, tenía consulta con el médico de cabecera a primera hora de la mañana, por lo que se presentó a su puesto de trabajo con más de una hora de retraso sin haber avisado previamente a la encargada de tienda. El señor Cortés, quien a priori daba la impresión de ser un jefe tolerante pero que realmente era un verdadero hijo de su madre sujeto a repentinos cambios de humor, no se limitó a amonestar a Ana con una falta grave, un aviso de tú eres la empleada y haces lo que se te ordena sin alzar la voz. En consecuencia de aquel acto, el despido fue fulminante. Aunque también corría el rumor de que Ana se acostaba con el señor Cortés y que, deseando abortar con contundencia la relación, hubiera decidido cortar su cabeza de raíz.

Fuera como fuese, lo cierto es que Ana al día siguiente engrosaba las listas del paro y a los dos días del despido ya tenía sustituta en la tienda. Noelia miró a ambos lados de la calle y cruzó en dirección a la farmacia. La cruz verde que sobresalía de la fachada parpadeaba incesante y en el centro mostraba siete grados centígrados de temperatura. Quizá era exactamente eso lo que debía pasarle a ella, se dijo. No estaría mal acudir a la librería y descubrir que el señor Cortés la esperaba sentado en uno de los sillones de lectura haciendo tamborilear impacientemente sus dedos sobre la mesa y con gesto fruncido. Puede que la mejor forma de librarse de aquel trabajo rutinario fuera que la despidiesen, aunque fuese de una fuerte patada en el trasero.

Eso no eran más que tonterías elucubradas por una mente desesperada, acabó pensando mientras abría la puerta de la farmacia. Esa solución era inviable mientras Javier viviese bajo su techo, así que, por si todo aquello era algo más que un rumor, decidió no tardar demasiado.

—Buenos días —dijo la dependienta dibujando una agradable sonrisa.

Noelia se sorprendió, ya que la farmacia estaba vacía. Normalmente el tiempo de espera era de mínimo diez minutos.

—Buenos días —respondió con aire recatado.

—Usted dirá —la animó la joven dependienta viendo que Noelia no se decidía a hablar.

—Oh, discúlpeme, por favor. Querría un test de embarazo.

A Noelia no le hizo la más mínima gracia la sonrisa complaciente que le dedicó la dependienta.

A los diez minutos, cuando regresó a la librería, no fue alegría sino alivio lo que sintió cuando comprobó que el señor Cortés finalmente no había hecho acto de presencia.

—¿Ya estás aquí? —preguntó Cris mientras ordenaba una pila de libros en la sección de romántica. Un par de clientes ya rondaban en el otro extremo de la librería hojeando atentamente un libro entre sus manos—. Has sido más rápida de lo que pensaba.

—Sí, aunque parezca increíble no había nadie en la farmacia. Discúlpame, voy a dejar el bolso en los vestuarios y enseguida te ayudo con eso.

Noelia bajó una pequeña escalera que había al fondo, detrás de un amplio mostrador, y cruzó una puerta metálica en la que había un letrero con la leyenda 'Privado'. No era otra cosa que los lavabos del personal, y donde además había una serie de taquillas de aluminio pintadas de un gris plomizo en una de sus paredes. Para las empleadas, denominar 'vestuarios' al lugar donde principalmente hacían sus necesidades era una forma sutil de decir 'voy a mear'.

Sacó del bolso la llave de la taquilla y el test de embarazo envuelto en un fino papel como si fuese un regalo de navidad y guardó el bolso en la taquilla aunque sin cerrar la puerta todavía. Se miró en el espejo cuando se encaminó con paso vacilante hacia el baño. Estaba pálida, y aquel constante hormigueo en el estómago le estaba provocando arcadas. La eterna pregunta la estaba martirizando desde que anoche tuvo que levantarse con urgencia a vomitar:

¿qué posibilidades había de que estuviese embarazada? Si la respuesta era positiva, se acercarían problemas, y muy graves. Sintió cómo el corazón latía desenfadado porque, aunque aún albergaba la esperanza de que no lo estuviese, sentía su cuerpo igual de extraño que cuando quedó encinta de Javier.

Pasó al lavabo y cerró la puerta con pestillo. Aunque dudaba que Cris dejase la librería a solas, no quería correr ningún riesgo. Se subió la falda con afán, se bajó las bragas y orinó. Sumergió la tira del test de embarazo en la cascada y cuando consideró que fue suficiente la depositó sobre la tapa de la cisterna, encima de un trozo de papel higiénico. Ahora su corazón bombeaba con tanta fuerza que la sangre le ardía en las venas. Tres minutos de espera la separaban del todo a la nada. Esperó.

Ahora no quería pensar, no hasta que supiese el resultado. Le dio la espalda al test de embarazo girándose hacia la puerta.

Tres minutos de paz en un limbo silencioso.

Miró la hora en el reloj, aquel maldito reloj que avivaba su aflicción.

Habían pasado cuatro minutos, más que suficientes. Ahora, tras ella se encontraba la respuesta. Se giró lentamente y con dedos temblorosos levantó la tira del test de embarazo a la altura de sus ojos. La examinó y el mundo se detuvo por un instante, o esa fue la sensación que tuvo. Sus párpados se cerraron y dejó escapar el aire retenido en sus pulmones.

Tranquilidad. Eso era lo que necesitaba en esos momentos.

Lo envolvió rápidamente en el trozo de papel higiénico, descorrió el pestillo y se dirigió a paso ligero hacia su bolso. Lo escondió en el fondo de este y sacó su teléfono móvil. Con las manos temblando todavía, escribió un mensaje, aunque tuvo que reescribirlo dos veces porque sus dedos no atinaban con las teclas correctas.

'Estoy embarazada. Ven.'

La mañana del sábado había sido intensa y poco fructuosa. Javier se resistió a despegarse de su padre, como si diera por sentado que los fines de semana le pertenecían a él, y tal y como le había prometido, juntos habían jugado durante horas al Roblox en la tablet que Papá Noel le trajo a Javier en las navidades del año pasado. Cada vez que, entre refunfuños, Javier golpeaba duramente con su pequeño dedo la pantalla de la tablet, a Jaime le venía a la cabeza el recuerdo del gran esfuerzo que les supuso pagar aquel maldito aparatito del demonio. Daba igual que le advirtiese que si la rompía no habría otra, porque para Javier, descargar su ira contra el cristal de la pantalla cada vez que lo mataban por lo visto era algo que no podía llegar a controlar.

Finalmente Jaime había optado por dar un pequeño paseo por los alrededores y esperar con ello que Javier se tranquilizase y olvidase aquel juego infernal. Mientras caminaban sin rumbo fijo había recibido la llamada de Eugenio, recordándole que esa tarde estaba prevista la firma de libros y que por nada del mundo se le ocurriese llegar tarde, e informándole de que, si todo salía como él esperaba, estaría presente en la librería. Cuando hubo colgado, había tenido la sensación de que su estómago había sido vuelto del revés, pero también la ira se había apoderado de él, y eso, sin duda, era un nuevo sentimiento que desconocía en su persona. ¿Acaso lo tomaba por un estúpido que no sabía cumplir con sus compromisos para con la editorial? ¿Y realmente era necesaria su presencia allí, como si quisiera supervisar personalmente que era capaz de cumplir con su deber? Ya lo sospechaba, pero la innecesaria llamada confirmaba que Eugenio era uno de esos tipos a los que les gusta tener todo bajo control, sentir que nada escapa de sus largos y viscosos dedos, y por lo tanto merecía la catalogación de insoportable y odioso.

Por la reacción que tuvo Javier, una complacencia desmedida en cada una

de sus palabras, como si temiese que en cualquier momento la ira de su padre pudiera recaer sobre él, dedujo que para su hijo también era una sensación que desconocía en su padre hasta ahora. Sin embargo, sus palabras condescendientes habían logrado que la ira se disipase tan rápido como había llegado.

Cuando hubo llegado la hora de comer, las dos y media, que era cuando Noelia regresaba del trabajo, Jaime ya tenía preparados unos macarrones al pesto, los favoritos de Noelia, y qué menos que recompensarla con uno de sus platos predilectos cuando se había pasado toda la mañana de un sábado trabajando. No se extrañó, porque no tenía motivos para ello, cuando Noelia se retrasó media hora alegando que había llegado una nueva partida de libros que había que colocar en las estanterías antes del cierre. Lo único que lamentó fue que los macarrones se hubieran quedado como una reseca masa verde de pasta recalentada.

Eso sí, la notó ausente durante toda la comida, como si su cuerpo estuviera presente pero su mente divagase a miles de kilómetros de distancia. Esta noche nos vendrá bien la compañía de Luis y Carolina y nos beberemos una botella de vino cada uno, le había dicho en un intento de animarla, ya que sabía de antemano que para su mujer trabajar los fines de semana era una obligación que no llevaba demasiado bien. Afortunadamente pareció recibir su comentario de buen agrado porque, desde que hubo llegado de trabajar, fue el único momento en que logró sacarle una sonrisa, breve, pero una sonrisa al fin y al cabo.

Jaime se había metido en el dormitorio después de comer con la intención de echarse una siesta y al menos tener la mente fresca para el evento, y ya de paso, para que el sueño no lo acosara a las once de la noche y dar con ello una mala impresión a sus amigos. Había probado a conciliar el sueño, revolviéndose en la cama y refunfuñando. Todo intento había sido en vano. Los últimos y los futuros acontecimientos bailaban infatigables en su cabeza por turnos y ni el sueño atrasado pudo con ellos. La función comenzaba por la firma de libros. Se preguntaba cuánta afluencia de lectores iba a asistir, qué impresión se iban a llevar de él, y si después de conocerlo en persona iban a dejar de leer sus libros como él había hecho en alguna ocasión, pero sobre todo le atormentaba la presencia de Eugenio en la librería. Casi con toda seguridad su objetivo fuera promocional, un mero acontecimiento divulgativo, casi. Ahí estaba el problema, en el casi, porque no estaba tan seguro de ello.

Aunque se negara a creer que Eugenio pudiera ser tan retorcido, presentía que su presencia era personal, como si lo hubiera situado en su punto de mira, y por la sencilla razón de que quizá sus libros no eran lo suficientemente rentables para la editorial y estuviese buscando una absurda excusa para darle el pasaporte.

Cuando lograba dejar a Eugenio a un lado y convencerse a sí mismo de que lo que tuviera que pasar, pasaría sin más, entonces irrumpía sin permiso en su mente lo sucedido la noche anterior y el intenso terror que se había apoderado de él (y de Luis, no estaba solo en aquello, gracias a Dios) durante la invocación. Era un terror espeso, corrosivo, como el terror que precede a la muerte, y aunque todavía no era consciente de ello, había dejado una huella en lo más profundo de su mente, allí donde no podía llegar para borrarla sin más.

Para cuando conseguía dejar al diablo en paz, llegaba el turno de Noelia. Después de nueve años de matrimonio creía conocerla lo suficientemente bien como para intuir que algo atormentaba a su mujer. Durante todo ese tiempo habían tenido crisis, por supuesto, como cualquier matrimonio, y era por ello que conocía esa abstracción absoluta en Noelia, esa expresión distante y carente de sentimientos que anunciaba que algo estaba cocinándose a fuego lento en su cabeza, y que, como ya había ocurrido en otras ocasiones y por experiencia sabía que más valía estar a una distancia prudente cuando ocurriese, en cualquier momento podría derramarse por el borde de la cazuela. Creyó, como la mayoría de veces, que era la situación económica la culpable de su estado de aflicción, y como la mayoría de veces, pensó que estaba en todo su derecho. Porque ella cumplía con su parte del trato, sin embargo, él era quien cojeaba cada mes con unos ingresos irregulares, incapaz de controlar la situación y de saber qué hacer para vender más libros. Se había planteado cambiar de editorial en más de una ocasión, una que se implicara más con sus escritores, pero siempre terminaba por pensar que el problema no residía en la editorial, sino en sus novelas, o mucho peor, en él mismo.

Cuando llegaba a ese punto, resurgía como un trozo de madera en el agua su nuevo proyecto, y con ello había empezado de nuevo el ciclo: la firma de libros en las próximas horas. Después de todo, quizá era la primera oportunidad de poder cambiar, el todo o la nada, porque ya no era ningún jovencito con un amplio abanico de posibilidades en su bolsillo. Ahora que había sobrepasado los cuarenta años, ya no veía la vida desde arriba, sino desde abajo, y si no hacía algo al respecto se hundiría irremediadamente cada

vez más alejándose de la superficie. Sin duda alguna, pensó, superar los cuarenta era un lastre más pesado de lo que creía, porque era la segunda vez en dos días que sus pensamientos cobraban matices apocalípticos, y desgraciadamente presentía que la cosa empeoraría conforme fuera cumpliendo más años.

Aunque no consiguió conciliar el sueño se quedó en la cama hasta las cuatro de la tarde, al menos para poder descansar el cuerpo. Cuando se levantó Noelia dormía acurrucada en el sofá tapada hasta el cuello con una manta a cuadros naranjas y amarillos. La televisión estaba a un volumen moderado, lo suficiente para superponerse a los ruidos del vecino de al lado, pero sin llegar a ser molesto. Sobre la mesita centro había dejado las llaves del Renault y una nota escrita. Se acercó sin hacer ruido y la leyó:

'No me despiertes, por favor, estoy agotada. Ten mucha suerte esta tarde y no te pongas nervioso. A la noche me lo cuentas todo.'

La dejó de nuevo sobre la mesita, con mucho cuidado de no hacer ruido, y observó a Noelia mientras dormía. Podía escuchar su respiración pausada. Trató de recordar cuándo fue la última vez que Noelia le había dejado una nota, y no encontró la fecha entre sus recuerdos, pero aun así se vio embargado por un extraño sentimiento de inseguridad, y la causa era más que evidente: Noelia había omitido las palabras esenciales entre dos personas que se aman, un simple *te quiero* al final de la nota.

Sintió un deseo incontenible de acariciarle el cabello, sentir en sus dedos su sedoso y suave tacto, pero por no despertarla, se limitó a dejar escapar un suspiro. Puede que estuviese llevando las cosas demasiado lejos, que su percepción de los hechos se estuviese viendo alterada por el repentino cúmulo de acontecimientos. Puede... puede que estuviese equivocado respecto a los sentimientos de Noelia.

Decidió esperar y rezar para que el comportamiento de Noelia fuese todo fruto del cansancio. Cogió las llaves del Renault y las guardó en el bolsillo de su cazadora. Salió del salón, cerró la puerta despacio y atravesó el pasillo en dirección a la habitación de Javier. La puerta estaba cerrada y no se escuchaba ningún ruido. Sabía que no existía la más mínima posibilidad de que su hijo se hubiese quedado dormido, así que la abrió sin miramientos. Efectivamente, no se había equivocado. Javier estaba tumbado en su cama utilizando el almohadón plegado como respaldo, las piernas encogidas y la tablet entre ellas. Se había puesto los auriculares, por lo que se sobresaltó cuando la

puerta se abrió.

—¡Papá! ¡Qué susto me has dado!

—Perdona, cariño, no era mi intención. ¿Qué haces?

Javier pulsó con su dedo la tablet y Jaime supuso que le había dado a la pausa de algún juego.

—Jugar.

—Ah. Muy bien, aunque podías aprovechar para leer un poquito, ¿no te parece?

—Papá, ahora no me apetece. Luego, te lo prometo.

—Está bien, pero que no se te olvide. —Jaime se acercó a la cama y besó la frente de Javier. —Tengo que irme ya, luego nos vemos. No hagas ruido que mamá está durmiendo, ¿de acuerdo?

—Vale, no haré ningún ruido. Papá, ¿no puedo ir contigo? —dijo Javier arqueando las cejas y apretando los labios, esa expresión que solía utilizar cuando quería tocar la vena sensible de sus padres.

—Me encantaría, ya te lo he dicho, pero no puede ser, hijo. Esto es trabajo de papá y tengo que ir solo. Además, te aburrirías como un pingüino en una biblioteca. —Javier rio. —No creo que tarde mucho en volver. Piensa que esta noche viene Ana y te lo vas a pasar súper bien, además, tendrás un montón de cosas que enseñarle, tendrás que prepararte, ¿no te parece?

—Vale papá. Pero ven pronto, por favor.

Eso quisiera yo, cariño, estar ya de regreso.

—Te lo prometo hijo. En cuanto termine saldré disparado hacia casa. Ahora tengo que irme ya o llegaré tarde. Te quiero.

Jaime volvió a besar su frente.

—Yo también te quiero, papá.

Jaime dejó a su hijo en compañía del juego y de las carreras que el perro de arriba se estaba dando por toda la casa y salió de casa con el fuerte deseo de volver cuanto antes.

Las densas nubes que esa mañana amenazaban en el cielo se habían transformado en una ligera llovizna, que aparte de la incomodidad que suponía, había provocado un tráfico intenso, tal y como había predicho. Durante el camino de ida había metido primera y pisado el freno en infinitas ocasiones, sin embargo, el nudo que le atenazaba el estómago le había hecho, en cierto modo, controlar los nervios. Porque sí, realmente hubiese querido

bajar la ventanilla, sacar la cabeza por ella y gritar que se hiciesen a un lado, pero una parte de su mente le susurraba si verdaderamente quería estar presente en aquella librería, si un atasco monumental a causa de la lluvia sería excusa suficiente como para ausentarse y posponer la cita. Lo que ocurriría, pensó, sería que Eugenio lo mataría por ello, y luego colgaría sus restos putrefactos en la puerta de la editorial como ejemplo para el resto de escritores que pretendiesen tomarse la justicia por su mano, de eso no tenía ninguna duda.

Cuando enfiló la calle donde estaba ubicada la librería su corazón comenzó a latir de forma estrepitosa. Los macarrones al pesto se habían convertido dentro de su estómago en una masa rígida imposible de digerir. Las manos le sudaban y se pegaban al volante, así que decidió apagar la calefacción del Renault. Lo primero que haría, se dijo, sería pasar por delante de la puerta a poca velocidad como si tal cosa y echar un rápido vistazo a ver cuánta gente merodeaba por los alrededores. Luego, trataría de encontrar un sitio donde aparcar el coche. El cielo estaba más oscurecido que cuando salió de casa, un día gris, un mal augurio. Se fue aproximando a la librería con la mirada fijada en la acera. Unos pocos transeúntes caminaban a paso ligero en ambas direcciones resguardados por sus paraguas, abstraídos en sus pensamientos, ajenos a que dentro de (Jaime desvió un segundo la mirada al reloj del salpicadero) veinte minutos se iba a producir una firma de libros en la librería que dejaban tras sus pasos. Dibujó una sonrisa amarga. Lo más acorde con la realidad sería una firma de libros de un escritor que estaba al borde del abismo, pensó.

Inspiró aire, lo retuvo, y lo expulsó lentamente. Ahora no era el momento de pensar en negativo, y sí, Luis tenía razón, y Noelia también tenía razón, aquello era un evento para disfrutar, para conocer a lectores que realmente estaban interesados en su trabajo. Este era el primer paso para cambiar el rumbo de su carrera, para labrarse el futuro que tanto ansiaba.

Cuando llegó a la altura de la librería Páginas al Mar levantó el pie del acelerador, lo que provocó una prolongada pitada del coche que iba tras él. Miró por el espejo retrovisor y solo pudo ver a través de la luna trasera moteada dos brazos que se agitaban con aspavientos exagerados. *Que te jodan*. Sujetó fuerte el volante y trató de ver más allá de la inmensa cristalera de la librería. La fina lluvia discurría por ella creando innumerables riachuelos de agua, lo que entorpeció su visión, además, había posters

pegados al cristal desde la parte interior que tampoco ayudaban. No obstante, no le pareció ver demasiada concurrencia. ¿Eso era bueno o malo?, se preguntó. Bueno, eso dependía del punto de vista desde el que planteara la pregunta. Para avanzar en su carrera, que era lo que realmente importaba, no era nada bueno, nada...

No fue consciente de hasta qué punto había disminuido el velocímetro del Renault, y un nuevo bocinazo del coche de atrás lo despertó de sus elucubraciones. Si cerraba los ojos y se concentraba lo suficiente, casi que podía escuchar los improperios que saldrían por la boca de aquel impaciente conductor. Bien, lo que tuviese que pasar, iba a pasar en escasos minutos. Levantó la mano derecha a modo de disculpa, aceleró y se propuso encontrar un sitio para aparcar el coche.

Después de dar un par de vueltas a la transitada manzana por fin la suerte se puso de su parte. Un coche se disponía a salir, así que puso el intermitente y esperó. Mientras lo hacía miró de nuevo por el espejo retrovisor y armó una sonrisa maléfica. Por supuesto el coche ya no era el mismo de antes, aunque le hubiese gustado, pero pudo ver cómo el conductor lo observaba resignado desde el interior del vehículo. *Ese sitio es mío, solo mío, y ya no hay Dios que me lo quite.*

¿Cómo podía ser tan estúpido y haberse olvidado en casa el paraguas? Mientras corría por las aceras cubriéndose como bien podía la cabeza con la cazadora no paraba de hacerse la misma pregunta una y otra vez. El cielo ya no era de un gris plomizo, había cobrado un color casi negro y algunos relámpagos iluminaban con intermitencia las nubes. La lluvia era ahora más intensa pero seguía conservando cierta moderación, aunque quizá el cielo no tardaría mucho tiempo en descargar una tromba de agua. Vaya imagen iba a dar, pensó. Había optado por una indumentaria un tanto informal, pantalones vaqueros, una chaqueta de traje y camisa blanca. La cazadora solo era un suplemento para combatir el frío. Ahora se presentaría con los zapatos de piel marrón empapados en agua al igual que los camales de los pantalones, por no hablar de su peinado, que se transformaría en una maraña de cabellos humedecidos descolgándose por su cabeza.

Giró la esquina y a punto estuvo de chocar con una mujer que caminaba debajo de su paraguas a paso ligero, abstraída mirando dónde ponía los pies. Sin duda hoy no era el día más apropiado para realizar una firma de libros (Eugenio tampoco lo había llamado para posponerla), pero no podía ser tan

descuidado, no si quería dar un salto considerable en su carrera. Corriendo al trote alzó la mirada en dirección a la librería, lo que provocó que su pie izquierdo se hundiera en un charco. El viento que corría de frente era helado como si proviniese de la mismísima Antártida, y además, empujaba la lluvia hacia él. Como era de esperar en la puerta no había nadie, tampoco vio a Eugenio, así que no sabía nada hasta que entrase al interior.

Cuando abrió la puerta su estómago era ya un amasijo de nervios elevado al máximo nivel. Se echó el cabello empapado hacia atrás con ambas manos e hizo un apresurado barrido con la mirada por la librería. Solo había estado una vez allí, hacía ya algunos años, pero no la recordaba así. Debían haberla reformado en ese tiempo, porque había adoptado un aire más actual, y por lo que pudo apreciar, la inversión en existencias había sido considerable, porque las estanterías, fabricadas en una elegante madera, rebosaban de libros bien ordenados por categorías.

Para su infortunio, observó que no había mucha gente, pudo contar unas siete u ocho personas que nadaban entre las estanterías. Sin embargo, unas escaleras daban paso a la planta inferior. Quizá allí habría más, esperando su llegada. Miró la hora en su reloj de pulsera. Faltaban seis minutos para las cinco en punto, y se sorprendió por su puntualidad. Recordó las palabras de Fernando j. Pradas cuando decidió el año pasado acudir a una firma suya de libros en el centro de Madrid: las firmas de libros deben de ser como una primera cita, tienes que llegar tarde, crear expectación. Bien, Fernando tenía mucha más experiencia que él, eso no lo ponía en duda, pero no creía que hacer esperar a los lectores fuera una buena idea. Según su opinión, Fernando se dejaba embargar por su afán demasiado protagonista.

Un prolongado trueno rompió el cielo e hizo vibrar la enorme cristalera. La temperatura en la librería era lo suficientemente cálida, pero Jaime estaba tiritando de frío. Ahora ya se habían acabado las divagaciones y debía afrontar el evento con el máximo nivel de profesionalidad que pudiera ofrecer. En ese primer vistazo no localizó a Eugenio, y una primera oleada de alivio invadió su ser. Puede que estuviese en la planta inferior, cabía esa posibilidad. Situado a la izquierda de la entrada estaba el mostrador, y una joven empleada pasaba por el lector óptico una pila de libros. Se encaminó hacia ella con aire decidido, aunque sintió que las piernas le temblaban, quizá por el frío, quizá por los nervios, o por ambas cosas. La dependienta, extremadamente atractiva según su punto de vista, no descuidó su labor ni un segundo, y solo cuando

tuvo al otro lado del mostrador a Jaime levantó la mirada y dibujó una acogedora sonrisa.

—Buenos tardes, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo con tono cordial.

—Buenas tardes, soy Jaime Murillo, el escritor. Tengo una firma de libros a las cinco —respondió Jaime, sintiendo cómo el valor con el que se había armado decaía casi al nivel del suelo al ver que ni siquiera la empleada de la librería lo había reconocido.

La muchacha lo contempló con cierta curiosidad durante unos segundos, como si las palabras de Jaime la hubiesen cogido por sorpresa, y al fin pareció caer en la cuenta. Jaime sintió cómo una ola de calor corría por su cuerpo y se ruborizaba, porque había que ser un auténtico desconocido para despertar tan poco interés. Confió en que en la planta inferior hubiese algo más de afluencia.

—Oh, discúlpeme, por favor —dijo la empleada poniendo su mano sobre el pecho—, no lo había reconocido.

—Es fácil —respondió Jaime restándole importancia—. Mis amigos siempre dicen que tengo una cara demasiado común.

Eso es, un poco de humor barato te hará soltar los nervios.

La muchacha sonrió, pero no comentó nada al respecto.

—La firma es abajo —dijo—, por esas escaleras.

—Me lo imaginaba. Perdona, ¿puedo dejar la cazadora aquí? Está empapada, y la verdad es que estoy muerto de frío.

—Claro, no hay problema. —La dependienta cogió la cazadora y la colocó con cuidado en el respaldo de la silla. Luego le dirigió una mirada considerada. —Ha salido un mal día para una firma de libros, ¿verdad?

—Sí, creo que sí. ¿Sabes si hay mucha gente?

La sonrisa de la muchacha se convirtió en una expresión compasiva.

—Me temo que no. Diez, quizá doce personas. Pero no es culpa suya —trató de animarlo—, con la tarde que se ha quedado es normal. Además, puede que llegue más gente ahora. Quizá... si dejase de llover...

—Sí, quizá. ¿Ha venido alguien de la editorial?

—No, nadie —respondió la muchacha mientras cogía un libro y escaneaba el código de barras con la pistola láser.

—Entiendo. ¿Cuándo empiezo?

—Baje a la planta inferior, allí le está esperando la encargada de la tienda. Ah, y suerte.

—Muchas gracias. Sinceramente, creo que la voy a necesitar.

Este era uno de esos momentos en que Jaime preferiría que la tierra se abriese en dos y se lo tragara hasta no dejar ni los huesos. La sensación exacta era vergüenza de sí mismo, y gracias a Dios que Eugenio no había acudido a la cita (y habiéndose cumplido las cinco de la tarde, conociéndolo, ya no creía que apareciese por allí) porque si no las cosas todavía podrían presentarse mucho peor. Pero todo llegaría, todo...

Intentó brindar una sonrisa a la dependienta, pero solo se quedó en eso, en un pésimo intento. Estaba convencido de que la muchacha había percibido la inseguridad en su mirada, la misma mirada aterrada que debía tener una vaca en el corredor del matadero. La dejó con su labor y se encaminó hacia las escaleras. Mientras las bajaba sintió que le flojeaban las piernas y tuvo que ayudarse del pasamano para no caer. Esto no podía seguir así, se dijo mientras la planta baja se abría lentamente ante sus ojos. Necesitaba ayuda, un psicólogo que le ayudase a superar sus miedos, a tratar con el público, algún curso programado para tal fin, lo que fuera, pero debía poner remedio a aquel lastre cuanto antes.

Cuando venció el último escalón plasmó en su mente una rápida fotografía de la planta inferior. La muchacha no había echado bien las cuentas porque de un primer vistazo contó al menos veinte personas. No era una muchedumbre, pero dadas las circunstancias climatológicas tampoco estaba tan mal. Observó cómo las miradas se posaban sobre él y su estómago se retorció. Los latidos de su corazón eran ya incontrolables. Muchos de los congregados llevaban un libro en la mano, supuso que sería el suyo. No tuvo tiempo para más. Una mujer, ataviada con el uniforme de la librería, caminó hacia él con una gran sonrisa en su rostro. Esta era algo mayor que la dependienta de la planta superior, Jaime calculó que debía rondar los treinta o treinta y un años. Su cabello rizado y castaño ondeaba al ritmo de sus pasos. Cuando lo interceptó extendió su mano derecha a modo de saludo. Jaime sintió que la tenía fría, pero sumamente suave.

—Encantada de conocerle señor Murillo. Mi nombre es Mariel. Espero que se sienta como en su casa.

Jaime se detuvo a contemplar sus facciones unos segundos. Sus grandes ojos azules resplandecían en su cara redondeada con extremada exquisitez. Era muy atractiva, de esas mujeres capaces de enamorar a un hombre de un primer vistazo.

—Buenas tardes, Mariel —contestó Jaime tratando de controlar la voz—. Por favor, no me trates de usted, me hace sentirme más viejo.

—Oh, discúlpame. Como prefieras. —Mariel ladeó la cabeza al tiempo que sonreía de tal forma que a Jaime se le antojó un gesto delicioso.

—Parece que no ha venido mucha gente... —Jaime sentía la necesidad de excusarse constantemente.

—No te preocupes, con este tiempo es normal, la verdad es que hemos tenido un poco de mala suerte, pero está bien, he visto días peores. —Mariel posó la mano sobre su brazo instintivamente, y Jaime logró tranquilizarse un poco, no supo si por sus reconfortantes palabras o por el contacto humano. —Bien —continuó Mariel—, te informo de lo que vamos a hacer aquí: el evento durará entre una hora y hora y media, dependiendo de la afluencia de gente. Allí al fondo —explicó girándose y señalando con su dedo índice al otro extremo de la sala— hemos instalado una mesa y un poster tamaño natural a cada lado con tu última novela. Tu función es de lo más sencilla: firmar los libros que el público te ofrezca y ya sabes, unos cuantos saludos cordiales. Cuando finalice realizaremos una pequeña rueda de prensa, que tus lectores te pregunten lo que deseen. ¿Entendido?

—Sí, claro. Por supuesto. Estoy un poco nervioso, ¿sabes? —confesó.

—No tienes por qué estarlo —lo tranquilizó Mariel—. Todas las personas que están aquí estaban ansiosas de tu llegada y están deseando llevarse a su casa un libro firmado por ti. Es un momento para disfrutarlo, en serio. Respira hondo, y cuando te veas preparado empezamos.

—De acuerdo. ¿Si no es inconveniente, puedes esperar un par de minutos a que mi cuerpo entre en calor? La lluvia... ya sabes...

—Claro, claro. No hay problema. Estoy por aquí, avísame cuando estés listo.

—Gracias Mariel.

Mariel. El nombre era bonito. Fernando J. Pradas, sin ninguna duda, habría utilizado su influencia para conseguir su número de teléfono. Cuando pensó en la palabra *teléfono* recordó su móvil. Lo sacó del bolsillo de la chaqueta y miró a ver si tenía algún mensaje. Le hubiera gustado ver uno de Noelia infundiéndole ánimos, pero de ella no tenía ninguno. Sin embargo, sí que había uno de Luis. Siempre tan atento. Lo abrió y lo leyó: 'Ánimo chaval, que tengas suerte esta tarde. A la noche nos vemos'

Escueto pero cumplía su papel perfectamente.

Después de dos o tres minutos había entrado en calor, o al menos su cuerpo ya no tiritaba. Por fortuna, se sentía más animado, Luis había tenido mucho que ver en ello. Respiró hondo y observó cómo las miradas hacia su persona se hacían más insistentes. Aunque tratara de dilatar el momento hasta el límite de la fractura, sabía que se había acabado el tiempo de escarceos. Llamó a Mariel, que charlaba animadamente con una compañera, para comenzar cuanto antes la firma de libros.

Cuando el gran reloj circular de la cocina estaba a punto de dar las ocho de la tarde, Jaime se sentía embargado por una sensación de alivio y triunfo al mismo tiempo, pero también había un pequeño hueco en su mente para la inquietud. Por un lado al fin había cumplido con la firma de libros, y en cierto modo, creía que con bastante éxito, aunque había que conservar un grado de circunspección. Dadas las adversas circunstancias climatológicas, finalmente calculó que habrían acudido con un libro bajo el brazo unas cuarenta personas, y quizá para otro escritor mejor posicionado en el mercado esa cifra fuera irrisoria y señal de que el barco se hundía sin un solo salvavidas en la cubierta, pero para él era todo un logro. Era cuestión de perspectiva, desde qué lado del río observaras las aguas excesivamente caudalosas, sin embargo, lo más destacable del evento, por supuesto, era que no había hecho acto de presencia Eugenio, sobre todo, sobre todas las cosas, porque no había acudido con la amenaza de un ultimátum como él había creído en un principio. Como si dispusiese de una cámara oculta frente a la puerta de su garaje, lo había llamado al teléfono móvil en el preciso momento en que se abría la puerta basculante. Su tono había sido conciliador, y sus preguntas, escasas porque la ausencia de cobertura en el garaje le había obligado a Jaime a zanjarse la conversación, meramente a modo de consulta. Y sí, había recibido felicitaciones por parte de su editor antes de despedirse, y ese gesto, sin duda, era una buena noticia.

En cuanto a la pequeña rueda de prensa, algo que había retorcido su estómago casi hasta el punto de la rotura, tampoco había sido tan aterrador como él había imaginado. Las preguntas iban dirigidas a sus obras literarias, y con el paso de los minutos su voz quebrada y vacilante fue cobrando seguridad, pero cuando más disfrutó, tenía que admitirlo, fue cuando aquel tipo al final de la muchedumbre le preguntó por su próximo trabajo. Le gustó

preservar la información y crear una cierta expectación, tal y como le había recomendado en su día Fernando J. Pradas, y también le gustó anunciar que estaba trabajando en un gran proyecto, tan terrorífico, que a más de un lector le costaría conciliar el sueño por las noches durante una buena temporada.

Por otro lado, Noelia parecía estar más receptiva y risueña cuando llegó a casa. Le preguntó cada detalle del evento, y escuchó sus explicaciones atentamente y sin interrupciones. Le comentó que quería haber estado despierta cuando partió de casa para darle ánimos, así como haberle mandado un mensaje antes de comenzar la firma de libros, pero estaba tan agotada que se había despertado cerca de las seis, así que Jaime pensó que aquella cara larga y apática que reflejaba cuando había llegado a casa de trabajar era todo fruto del agotamiento. Craso error.

Ahora, mientras preparaba unos huevos rellenos bajo las órdenes de Noelia, a la que siempre le gustaba dar una buena imagen a las visitas y dentro de la cocina era un torbellino imparable, pensaba en ese otro lado más oscuro y sombrío en su mente. Esa molesta inquietud que se había alojado en ella sin previo aviso desde que había abandonado la librería. En cuanto había tenido la oportunidad de entrar en su despacho, su mirada se había dirigido al edificio de enfrente, a la ventana de la vivienda donde habían realizado la invocación, como si una fuerza invisible tirase de ella con una cuerda. Lo sabía, no había sido ninguna fuerza invisible ni sobrenatural, había sido el temor de ver la ventana con la persiana subida y una densa oscuridad de fondo, aunque estuviese deshabitada, y ese pensamiento le había arrancado un escalofrío en su columna vertebral. Aliviado, había comprobado que seguía echada. En ese momento se había preguntado si habría sido peligroso invocar al diablo, y mientras mezclaba con un tenedor la yema del huevo, el atún y la mayonesa en un bol de porcelana, la pregunta continuaba atosigando su cerebro, y su mente, en un intento de tranquilizarse a sí misma, insistía en que las velas no eran las correctas, debían ser negras, negras, no blancas, por lo tanto, era como disparar con pólvora mojada. Sin embargo, desconocía que nadie era un auténtico erudito en las artes satánicas (y si lo era, no había vivido para contarlo), y nunca hubiera sospechado que aquel sábado de noviembre, un día frío y oscuro, iba a ser el principio de una era de horror como jamás hubiera podido imaginar.

—Venga, date prisa —lo apremió Noelia—, ya pasan de las ocho y deben estar a punto de llegar. Todavía hay que meter las pizzas en el horno, y

preparar la bandeja de verduras, y sofreír los champiñones, y...

Jaime dejó de aplastar la masa con el tenedor y se giró hacia ella.

—Noelia, para, por favor, que no son la familia Real, ¿recuerdas? Si vienen no pasa nada, nos ayudarán a preparar la cena y punto.

Noelia abrió la puerta del horno y metió dos pizzas al mismo tiempo. Cerró, y por su expresión pareció recapacitar.

—Es cierto, sí. Perdona, pero ya sabes cómo soy, siempre quiero que se lleven una buena impresión de mi casa.

Jaime sonrió en señal de que aceptaba sus disculpas.

—Son Luis y Carolina, cariño, se conocen nuestra casa incluso mejor que nosotros mismos.

—Tienes razón —admitió Noelia extendiendo las manos y respirando pausadamente—. Tengo que tomármelo con más tranquilidad. Todo va a estar buenísimo y van a irse de aquí contentos y satisfechos.

—Eso es. ¿Ves cómo no cuesta tanto convencerse uno mismo?

Jaime agradeció que su mujer se calmara, porque era un suplicio preparar la cena con ella cuando se ponía así. Pero la paz y la armonía que ahora reinaban en la estrecha y anticuada cocina duraron apenas cinco minutos, los que tardó el teléfono móvil de Jaime en avisar con el trino de un pájaro que había recibido un mensaje de Luis y Carolina anunciando que ya salían de casa. Vivían a menos de diez minutos unos de otros, así que inexorablemente el histerismo volvió a apoderarse de Noelia, y después de escuchar de su boca que todavía faltaban dos pizzas por hacer, que no había suficiente pan y que los champiñones todavía no estaban enjuagados, Jaime sintió un fuerte deseo de abandonar la cocina y dejarla acabar a ella, pero hizo acopio de fuerzas y logró contener sus impulsos, porque si se le ocurría hacer eso, seguramente Noelia le haría dormir en el sofá una semana completa.

Sofá.

Cuando pensó en él, la pesadilla, resistiéndose a abandonar el mundo real, revivió en su mente, y como si esta estuviera provista de vida propia, volvió a materializarlo en aquella extraña y sombría habitación, sucio y desvencijado, con trozos de tela descosidos y colgando como tiras de piel en un cuerpo sin vida, y ese amargo recuerdo le condujo directamente por una autopista sin peaje al salón de aquella casa de enfrente. No había sucedido nada, se dijo a sí mismo, nada en absoluto... más que silencio, un silencio sobrecogedor...

—Trae —dijo Noelia arrancándole el bol de las manos—, ya relleno yo

los huevos, que parece que estés en Babia. Haz el favor, saca las pizzas del horno y mete las otras dos a la misma altura a la que están las bandejas. Y podías mandarle un mensaje a Luis para que trajeran una barra de pan, y cuando metas las pizzas podías ir preparando la mesa y encendiendo la estufa, esta casa parece una cueva en Alaska... ah, y no olvides sacar el vino de la nevera para que no esté tan frío.

—Dios mío, Noelia, ¿tú te escuchas?

Noelia paralizó el tenedor en su mano y con la otra se tapó la boca como si súbitamente se hubiese visto sorprendida.

—Joder, lo he vuelto a hacer, ¿verdad?

Jaime asintió, pero esta vez, no supo por qué, aquel comportamiento excesivamente obsesivo de su mujer le hizo gracia. Le dedicó una sonrisa comprensiva, cogió sus manos y le dio un beso en los labios.

—Sí, lo has vuelto a hacer.

—Perdóname, por favor...

—Vamos a relajarnos, ¿vale? Por Dios, parece que estemos construyendo un explosivo casero a contrarreloj —dijo Jaime tratando de imprimir un poco de humor a sus palabras. Tampoco había que darle más importancia de la que tenía, pensó—. Voy a mandarle ese mensaje a Luis, meteré las pizzas en el horno en un visto y no visto e iré llevando cosas a la mesa. Solo es cuestión de unos minutos. —Noelia lo miraba con cierto acatamiento y lo escuchaba en silencio. Después de todo, creyó Jaime, puede que lo único que necesitara fuera eso, no llevar ella la batuta en la cocina, sino él. Aun así, nunca la había visto tan alterada como lo estaba ahora, pero claro, la culpa volvió a recaer sobre el agotamiento. —Ah, y no creas que me he olvidado del vino, ahora mismo lo saco y sirvo un par de copas, para ir alegrando el cuerpo, ya sabes...

Noelia torció el gesto, pero supo disimularlo con una perfecta sonrisa fingida.

—Póntela tú, ahora a mí no me apetece.

—Oh, de acuerdo. Atención, noticia, Noelia Pineda acaba de rechazar una copa de vino, no se veía algo así desde el año 2004. Este hecho puede ser el presagio del fin del mundo y familias enteras abandonan sus hogares para dirigirse a las cimas más altas de...

—No seas bobo —dijo Noelia sonriendo al tiempo que palmeaba su brazo cariñosamente—, es solo que no quiero que se me caliente mientras cocinamos.

—De acuerdo, de acuerdo, solo era una broma. Yo me iré sirviendo una, antes de que venga Luis y acabe él solo con la botella.

Aquel ritmo trepidante en la cocina le había hecho desconectar momentáneamente de sus pensamientos más sórdidos, pero a pesar de su estado animado, todavía flotaba en su mente, como el olor que deja el humo de un cigarro varias horas después de haber sido apagado, aquella pesadilla, aquella habitación al otro lado de la calle.

Jaime se sirvió una copa de vino, metió las pizzas en el horno y sacó cubiertos a la mesa del salón mientras Noelia acababa de rellenar los huevos y se ponía con las verduras al fogón. Fue el tiempo necesario para que el timbre del patio sonara. Noelia dio un brinco y a punto estuvo de tirar un manojo de espárragos al suelo.

—Ya están aquí.

Se escuchó al otro lado de la casa cómo una silla se arrastraba y a continuación las pisadas a la carrera de Javier.

—¡Ya están aquí! ¡Ya han venido! —anunció a voz en grito entrando alocadamente en la cocina.

—Tranquilo, campeón, ya lo hemos oído. Tienes ganas de ver a Ana, ¿eh?

—¡Sí papá, muchas! ¡Tengo un motón de cosas que enseñarle!

—Anda, déjame pasar que abra la puerta.

Javier se hizo a un lado y Jaime cruzó el pasillo camino del interfono. Cuando descolgó y preguntó quién era, recibió la siguiente respuesta con voz metálica:

—Abre capullo, somos nosotros.

—Muy gracioso —protestó sonriendo. Como castigo, se le ocurrió esperar casi un minuto hasta abrir la puerta, aunque no pensó en el frío que azotaba la noche y en la pequeña Ana, pero lo cierto es que le encantó ver cómo Luis se desesperaba y suplicaba que acabase con la broma de una vez.

Así aprenderás a no meterte conmigo, mamón.

Abrió la puerta de entrada y esperó. La casa estaba helada, pero en el descansillo el frío parecía haberse condensado, combinado con un deje a humedad. El ascensor llegó a la planta baja, escuchó en la distancia el sonido metálico de las puertas al cerrarse y se puso en marcha. Dentro de casa llegaba a sus oídos la voz de Javier hablando con su madre en la cocina, pero no podía entender lo que decía.

En ese momento se abrió la puerta de la casa de al lado. Jorge, el vecino,

un tipo con una figura rozando la obesidad y una barba poblada y grasienta, salió por ella y por un momento se sorprendió cuando vio a Jaime allí de pie. Sus ojos, demasiado pequeños para el tamaño de su cabeza y hundidos en las cuencas, lo atravesaron con la mirada.

—Buenas noches —dijo con voz grave.

—Buenas noches, Jorge.

El hombre cerró la puerta con llave y se puso a su lado a esperar el ascensor, sin mediar palabra alguna. Jaime, sintiéndose incómodo por la falta de elocuencia de su vecino, trató de romper el silencio con un comentario banal.

—¿A trabajar?

—Creo que eso no es de tu incumbencia.

—Oh, perdona...

Jaime se encogió de hombros y dio gracias a Dios porque el ascensor acabara de llegar a su planta traqueteando y deteniéndose con una fuerte sacudida. El primero en salir fue Luis, seguido de su familia.

—Buenas noches —dijo al ver a Jorge, conteniendo seguramente algún comentario soez.

—Buenas noches —respondió Jorge con tono amargo. Los escrutó con la mirada uno por uno frunciendo el ceño, se metió en el ascensor y desapareció. Jaime pensó que, después de todo, era una suerte que su vecino saliese de casa justo cuando sus amigos venían a pasar una velada donde, alentados por el alcohol, casi con toda seguridad el tono de voz iría creciendo conforme pasasen las horas.

—Joder, vaya vecino tienes, parece un troll salido de las profundidades de la tierra —susurró Luis incapaz de contener la risa.

—Sí, es adorable. Venga, entrad en casa, aquí hace un frío de muerte.

La primera en entrar fue Ana, que en cuanto escuchó los emocionados gritos de Javier llamándola repetidamente por su nombre, corrió pasillo abajo en dirección a la cocina. Carolina le dio dos besos a Jaime y preguntó por Noelia.

—¿Qué está, preparando la cena?

—Sí, está en la cocina, al borde de un ataque de nervios.

—Pobrecita mía. Voy para allá...

Jaime lo había imaginado en su fuero interno. Si llegaban antes de que la cena estuviese preparada, Carolina no dudaría un instante en prestarse a

ayudar, y eso le dejaba un margen de tiempo para hablar con Luis. Aunque no había pensado en ello durante todo ese tiempo, ahora que lo había visto sentía la irreprimible necesidad de preguntarle por cómo se sentía después de anoche.

Permitió que Luis entrase a la cocina a saludar a Noelia, sirvió una copa de vino (Noelia se volvió a negar aduciendo que tenía el estómago revuelto) y podría decirse que casi lo arrastró hasta el salón. Una vez allí, le habló en un susurro:

—¿Qué tal dormiste anoche?

—¿Yo? Como un tronco. ¿Por qué?

Jaime tomó un sorbo de vino y se aseguró de que Noelia y Carolina seguían hablando de sus cosas en la cocina. Tenía la certeza de que, después de lo que estaba a punto de contarle a Luis, este tendría material suficiente para burlarse de él durante una buena temporada, pero era una consecuencia que estaba dispuesto a asumir.

—No sé... ayer por la tarde tuve un sueño muy extraño...

—¿Una pesadilla?

—No, no exactamente, pero casi.

—Bueno, eso puede ser debido a la terrorífica noche que nos esperaba —dijo Luis restándole importancia—. El subconsciente de tu mente está para ese tipo de cosas. ¿Quieres contármela?

Cuando Jaime miró a Luis, apreció en su rostro esa risa contenida que agrandaba sus ojos y alzaba levemente la comisura de sus labios, aun así, la relató dispuesto a asumir sus comentarios burlescos posiblemente durante una buena temporada, aunque prefirió omitir ciertos detalles para no extenderse mucho, ya que apenas disponía de tiempo.

—Cuando entramos en ese salón pensé que el sueño iba a materializarse allí mismo, creo que en la vida he sentido tanto terror.

—Bueno, querido Jaime, ¿no era eso lo que buscabas? Material de primera calidad para tu novela.

—Sí, eso está claro, pero ahora me siento tan extraño...

—Pues aprovéchalo, Jaime, aprovéchalo. Y ahora —añadió con tono jocoso—, tienes que reconocer que estabas cagado de miedo.

—Capullo...

Sí, estaba cagado de miedo, y aún lo estoy.

La conversación finalizó ahí, en el preciso instante en que Noelia y

Carolina entraron al salón, una con una pizza en cada mano, la otra con una fuente de verduras y un plato rebosante de huevos rellenos. Jaime bebió vino y trató de sonreír, pero la escueta conversación con Luis le había dejado un mal sabor de boca. Él, que se suponía que era el profesional y había pasado por mil penurias, se había visto embargado por un terror mucho más intenso del que hubiera podido sentir Luis.

Durante la cena estuvo participativo y jovial, bromeó y bebió vino hasta que le fue imposible fijar la vista sin que los objetos bailaran una extraña danza entre destellos luminosos, pero hubo una palabra que no lo abandonó desde que se sentaron a la mesa y que fue arañando su subconsciente hasta que transformó su sonrisa en una expresión cenicienta al final de la noche: diablo.

Esa noche Jaime la pasó gran parte flotando en la cama, soportando unas terribles nauseas que le invitaban a vomitar la cena y todo el vino que había ingerido, durmiéndose y despertándose cada pocos minutos y amasando en su mente algunos pasajes para su libro tan excéntricos como inservibles, aunque en ese momento le parecían de lo más apropiados e ingeniosos.

Cuando despertó a la mañana siguiente, tenía un vago recuerdo de haber escuchado a Noelia echando la cena por el retrete, pero no estaba seguro de si ese recuerdo formaba parte de un sueño o de la realidad, sobre todo porque Noelia no había probado ni una gota de alcohol. A parte del terrible dolor de cabeza con el que amaneció, también tuvo la impresión de que cada vez que durante la noche cogía el timón de su mente, creía sentir a Noelia demasiado alejada de él, al otro extremo de la cama, sin embargo, ahora tampoco podría asegurarlo con certeza.

De una cosa estaba seguro: la próxima cena en casa no volvería a beber tanto vino, por mucho que se viera incitado por Luis.

Sacó los brazos de la cama y se frotó los ojos. El frío condensado en la habitación no tardó en devolverlo a la realidad. Se giró hacia Noelia, pero su lado de la cama estaba vacío. Lanzó un bostezo y se preguntó qué hora sería. Cogió el móvil de la mesita de noche y se sorprendió cuando vio que eran casi las once de la mañana. *¿Qué día era hoy? Domingo, hoy es domingo.*

Hoy era el día especial de toda la familia, aunque para él, al fin y al cabo, era un día más de trabajo. Apartó las mantas y, temblando de frío, se puso la bata por encima. La casa estaba en silencio, y teniendo en cuenta que Javier era uno de sus habitantes, aquella condición resultaba, cuando menos, curiosa. Abrió la puerta y anunció su regreso al mundo de los vivos:

—¡Buenos días! ¿Dónde estáis?

La única respuesta que obtuvo fueron las exasperantes pisadas del perro

del piso de arriba. Extrañado, recorrió toda la casa buscando a Noelia y a Javier. La casa estaba vacía. Imaginó que habrían salido a dar una vuelta, así que se dirigió a la cocina y preparó una cafetera. Hoy sentía que podría ser capaz de bebérsela entera, hasta la última gota. Mientras la ponía al fuego, buscó un ibuprofeno y se disponía a mandarle un mensaje a Noelia cuando escuchó pasar la llave en la cerradura de la puerta principal.

—¡Hola! ¡Estoy en la cocina!

Escuchó gritar *papá* a Javier y a continuación sus pisadas correteando por el pasillo. Misterio resuelto. No habían sido abducidos, ni toda la población había sido desintegrada excepto él, ni... ni Noelia lo había abandonado llevándose a Javier con ella. Decididamente, se dijo a sí mismo, la próxima reunión de amigos no volvería a beber tanto vino. Sin embargo, sabía que esa inquietante sensación respecto a Noelia tenía fundamentos. De acuerdo, habían hecho el amor y eso era una buena señal, pero últimamente culminar el acto sexual se convertía en un gran acontecimiento más que una práctica habitual entre una pareja. Lo que realmente le daba miedo era esa desgana con la que había vuelto ayer de trabajar, también ese insignificante detalle, pero muy importante para él, de no haber firmado aquella nota con un *te quiero*.

Sus miedos, y ahí era cuando entraban en juego los fundamentos que habían despertado sus recuerdos como si de un latente cáncer de páncreas se tratara, se remontaban a dos años después de nacer Javier. En aquella época en la que él rezumaba felicidad por cada uno de sus poros, algún sentimiento se torció en la mente de Noelia. Los síntomas, no tenía ninguna duda al respecto, eran los mismos. Nunca supo el verdadero motivo, pero sí descubrió que debió ser un sentimiento progresivo y acumulativo desde el nacimiento de Javier, como si su mente hubiese sido sustituida después del parto por otra más fría y distante. Creyó, porque nunca escuchó la corroboración de Noelia, que ese cambio de actitud fue un síntoma del postparto, pero por más que intentó hablarlo con ella, acabó yéndose a casa de una amiga con Javier. De nada sirvieron sus súplicas, ni sus intentos de convencerla de que, fuera lo que fuese lo que la perturbaba, juntos podrían superarlo. Sus *te quiero más que a nada en el mundo y no puedo vivir sin ti* solo sirvieron para derramar las lágrimas de Noelia y precipitar su decisión. Observó impotente desde el umbral de la puerta cómo Noelia llenaba apresuradamente dos maletas de ropa, llamaba a un taxi desde el móvil (porque se negó a que él los acercara a casa de su amiga) y desaparecía por la puerta dejándolo solo en aquella casa.

La soledad de sus cimientos le oprimió el corazón durante dos interminables semanas, las pesadillas se apropiaron de sus sueños y durante todo ese tiempo fue invadido por la duda de si habría otro hombre en su vida. Ese era el peor de sus temores, el pensamiento que fue destruyendo todo lo que creía poseer. Entonces, cuando se cumplían dos semanas de la partida de Noelia y Javier, los encontró de regreso en casa cuando volvía de pulir las aristas del contrato de su, por aquel entonces, última novela con la editorial. Recordó la expresión compungida, al mismo tiempo que sonriente, modelada en el rostro de Noelia que denotaba arrepentimiento, recordó esa lágrima que se deslizó por su mejilla que hablaba por sí sola, y también a Javier mientras corría torpemente hacia él y trataba de articular la palabra papá entre sollozos de alegría.

Sus pensamientos se desvanecieron en el aire en cuanto Javier entró en la cocina y corrió a darle un beso.

—¡Papi!

—Buenos días, cariño. ¿Dónde estabais? Me habéis dado un susto de muerte.

—Hemos salido a dar un paseo —respondió Javier apresuradamente—. Me hubiera gustado que hubieses venido. Papá, ¿por qué te has asustado?

Noelia irrumpió en la cocina ataviada con un chándal rosa y blanco. Su tez parecía más pálida, podría decir que estaba bastante desmejorada, pero imaginó que eran los efectos de una mala noche.

—Porque me he despertado y no os he visto, hijo. —Jaime pensó que era una bendición que Javier no recordara nada de aquellas dos malditas semanas y por ello era imposible que las asociase con su respuesta, pero estaba convencido de que Noelia había sabido leer perfectamente entre líneas. No fue su intención echarle nada en cara, pero no pudo evitar que la contestación a su hijo surgiese desde las entrañas de aquel recuerdo.

—Hola cielo —saludó Noelia, y le dio un beso en los labios tan ligero como el helio—. Perdona que no te haya despertado, pero he imaginado que después de anoche te apetecería descansar. Necesitaba tomar el aire, espero que no te importe.

Jaime sonrió. Claro que no le importaba. Seguramente, después de la charla que mantuvo con Javier sobre la existencia de Papa Noel y a la que había excluido sin mala intención, sentía que debía pasar más rato a solas con su hijo y aprovechar el domingo soleado, aunque frío, con que había amanecido el día.

—Claro, cariño. Me ha venido de perlas dormir un poco más. ¿Habéis estado mucho tiempo paseando?

—Una hora, más o menos, hasta que tu hijo se ha cansado. —Noelia dejó las llaves sobre la mesa y un sobre, junto al paquete de tabaco de Jaime. — Toma, tenías una carta en el buzón, te la dejo aquí.

—Ah, vale. Iba a tomarme un café. ¿Quieres uno?

—No, quiero que Javier se duche ya antes de que haga más frío. No te importa, ¿verdad?

—No, no. En absoluto.

—¡A la ducha no, mamá! ¡Por favor! —protestó Javier, como si ese fuese el peor de los castigos.

—Venga, es solo un momento. Luego tienes todo el día para ti —insistió Noelia, que comenzaba a estar harta de tener que pelearse siempre por el mismo motivo.

Javier, como último recurso, dirigió una mirada de súplica a Jaime.

—Vamos, Javier, haz caso a tu madre. Tiene razón, una vez te duches tienes el resto del día para ti solo.

El pequeño, al ver que se quedaba sin aliados, sucumbió al fin. Jaime lo entendía perfectamente. Con el frío que hacía en la casa, lo último que apetecía era meterse debajo de la ducha, sobre todo porque el calentador era viejo y antes de salir el agua caliente siempre expulsaba un buen chorro de agua congelada, eso siempre y cuando no decidiese hacerlo en mitad de la ducha.

—Venga, cochinote —dijo Noelia con tono alegre—, ves cogiéndote la ropa, yo voy encendiendo la estufa eléctrica y a por tu albornoz.

Jaime vertió el café sobre la taza. Al menos Noelia daba la impresión de estar contenta, a pesar de su cara desvaída. Supuso que ser domingo tenía mucho que ver, no podía cantar victoria todavía hasta mañana.

—Suerte... —la animó Jaime mientras daba un sorbo de café. Sin embargo, cuando Noelia se giró desde la puerta de la cocina y lo atravesó con la mirada supo que no había hecho un comentario demasiado acertado. Jaime se sentía incapaz de entender qué era lo que pasaba por la mente de su mujer. Qué esperaba, ¿Qué hubiese sido él quien acompañara a Javier a la ducha? Si era eso, solo tenía que habérselo dicho, pero al menos que esperase a que acabase de desayunar. Puede que fuese debido al mal funcionamiento del calentador, tan viejo que estaba allí falcado a la pared de la galería desde que

compraron el piso allá por el año 2005, y ese motivo llevaba directamente a lo de siempre: la falta de dinero.

Luego indagaría en el tema, se dijo a sí mismo. Por nada del mundo deseaba pasar un domingo envuelto en un ambiente tenso. Ahora que su libro iba cogiendo forma, las cosas iban a cambiar, o al menos eso esperaba, porque si no... no sabía cómo acabaría el tormento en el que se había convertido su vida.

Se disponía a coger un cigarro y a tomarse el café en su despacho, cuando le llamó la atención la carta que Noelia había depositado junto al paquete de tabaco. Estaba arrugada y deteriorada, como si hubiese permanecido años en el buzón. La cogió y observó el destinatario. No cabía duda de que iba dirigida a él. Su nombre y apellidos estaban escritos a mano, con una cuidada caligrafía que le recordó a los manuscritos que se redactaban minuciosamente en el siglo XVI. Por la textura de la tinta dedujo que había sido escrita con una pluma estilográfica, puede que una *Visconti*. Lo embargó la curiosidad con tanta rapidez que giró el sobre con un ágil movimiento de muñeca para ver el remitente. En la parte superior estaba escrita una dirección, pero habían omitido el nombre del remitente; en cuanto a la caligrafía, era la misma. Leyó la dirección y por un segundo se quedó pensativo, porque curiosamente el nombre de la calle era la suya, pero un número de patio distinto. Luego, cayó en la cuenta de que este era impar, lo que significaba que quien la mandaba lo hacía desde la acera de enfrente. Entonces su corazón latió tan rápido que se vio invadido por un repentino calor. A continuación, sintió cómo se le heló la sangre y un súbito mareo que le obligó a sujetarse al respaldo de la silla que se hallaba empotrada contra la mesa de la cocina.

¿Se trataba de una broma? ese fue el primer pensamiento que le vino a la cabeza, como si forzosamente la recepción de aquella inesperada carta tuviese que tener una causa natural. Se pasó la mano por el cabello peinándolo hacia atrás. Sabía que era imposible por el evidente motivo de que aquella vivienda estaba deshabitada, lo que le llevó inexorablemente a la segunda cuestión: ¿los habría visto algún vecino del edificio y pretendía darles un escarmiento? Puede que lo conociesen de vista, ya que vivía justo enfrente. Con mano temblorosa sacó un cigarro del paquete y lo encendió. Tras inhalar una gran calada, llegó a la conclusión de que lo que acababa de pensar no tenía fundamento alguno. El edificio permaneció en todo momento tan oscuro como la cueva de un oso, y si hubiese sido así, lo primero que habría hecho ese

supuesto vecino habría sido llamar a la policía, ya que fuera por el motivo que fuese, lo que habían hecho Luis y él la noche del viernes había sido un allanamiento de morada en toda regla.

Maldita sea, ¡maldita sea!

Escuchó por el pasillo los gritos de Javier protestando una vez más por tener que ir a la ducha, y también escuchó a Noelia amenazarle con que si no hacía caso, lo dejaría sin la tablet para el resto del día. Javier, por la cuenta que le traía, calló de inmediato, y ese repentino silencio que se extendió por toda la casa fue el detonante de su siguiente pensamiento: ¿qué contenía aquel sobre? Por el peso y la consistencia era evidente que era una carta, pero, ¿qué habían escrito en ella?

La palabra ‘diablo’ se dibujó en su mente, y notó en forma de escalofrío cómo se erizaba el vello de su nuca. Sintió un febril terror a abrirla, a leer su contenido, porque en lo más hondo de su corazón, allí donde ya solo habita la oscuridad y no hay lugar para razonamientos evasivos, sabía que provenía de él, del auténtico diablo.

El intenso frío que hacía en la cocina le provocó un temblor. Sostuvo la carta un instante entre sus manos temblorosas, quizá por el helor que se iba apoderando de su cuerpo, quizá por el estado de terror en el que se había sumergido, o puede que por ambas cosas. Dio otra calada al cigarro como si así consiguiese inducirse fuerzas y, decidido, rasgó uno de sus laterales.

Cerca de las doce del mediodía, Dumitru Popescu abrió los ojos, y todavía aturdido por el sueño, contempló la decadencia de su habitación. Dumitru, después de instalarse con sus padres en España hacía cinco años, se había ganado el sobrenombre de *El Rumano* entre sus amistades. Para él, que por aquel entonces contaba con dieciséis años, fue una extraña sensación. Sus padres pretendían huir de la pobreza absoluta, y en un principio era realmente lo que ansiaban con extremo fervor, buscar un lugar donde las oportunidades apareciesen en cada esquina, un lugar donde la dignidad no estuviese solo al alcance de unos pocos. Dumitru también soñó con una vida mejor, sin embargo, abandonar su país natal fue muy parecido, al menos para él, a como si te arrancasen una mano y la sustituyesen por unas pinzas metálicas.

Al poco tiempo de llegar a España, el único trabajo que había encontrado su padre era como chatarrero. Madrugaba como el que más y se pasaba el día arrastrando por las calles el carrito desvencijado de un supermercado, rebuscando piezas metálicas entre los contenedores de la ruta establecida para luego vender al peso, hasta que una neumonía acabó con su vida a los dos años de su llegada a España. Dumitru, que ya había alcanzado la mayoría de edad, lloró la muerte de su padre en la fría habitación del Hospital Universitario la Paz, esa fue la primera vez; la segunda y última, durante su desolado entierro en una mañana lluviosa de invierno. A partir de ese día, descubrió que había una forma mejor y más rápida de ganarse la vida en ese país.

Leandro y Ramón habían sido grandes maestros, eso no podía ponerlo en duda. Entabló una férrea amistad con ellos desde su llegada al barrio (sin embargo, nunca olvidaría la mirada desconfiada que le dedicaron sentados en el portal del edificio de apartamentos de enfrente al suyo mientras compartían un cigarro), y a pesar de que su madre había tratado por todos los medios de apartarlo de la influencia negativa que decía que ejercían sobre él, era

consciente de que ellos eran los únicos que podían ayudarlo a sobrevivir, y aunque ella nunca lo admitiría, a su madre también.

Apartó las mantas y saltó de la cama con el cuerpo entumecido por el frío. Cogió los pantalones vaqueros que había dejado el día anterior sobre una silla desportillada junto a su cama y se los puso tan rápido como pudo. La sensación fue análoga a sumergir las piernas en una bañera llena hasta el borde de cubitos de hielo. Luego se ensartó un jersey de lana negro de cuello alto y acabó de vestirse poniéndose una cazadora de cuero negra y desgastada, su favorita porque era la única que tenía. Echó un último vistazo a su cara en el espejo sin marco que había colgado en la pared frente a la cama. Se pasó la mano por el cabello cortado al estilo militar y una nube de caspa flotó alrededor de su cabeza. Levantó una ceja como si tratara de seducirse a sí mismo y clavó sus ojos azules en su propio reflejo. Sus rasgos angulosos se contrajeron y algunas arrugas se marcaron firmemente en su piel a pesar de su corta edad. De no ser por la fisura que atravesaba el espejo como un gráfico de líneas y seccionaba su cara por la mitad en un grado inclinado, se habría visto atractivo y duro, muy duro. Leandro y Ramón decían que su cara le recordaba a un lagarto, de esos gigantes que habitan en alguna isla perdida, pero era envidia lo que realmente sentían, estaba convencido. Su metro ochenta y cinco de estatura y su piel tostada de un tono teja le servían para conquistar a cualquier chica del barrio que se le antojara, y esa facilidad en el cortejo era lo que ellos no podían soportar, no había otra explicación, sin embargo, aunque él no lo viera así, era cierto que si hubiera poseído una lengua bífida y caminase lentamente a cuatro patas, habría podido pasar por un reptil de expresión rígida y torva.

Escuchó a su madre en la cocina trastear con las cacerolas. Hoy se trataba de pasar desapercibido y cruzar las menos palabras posibles con ella, porque, inexplicablemente, su madre poseía un sexto sentido, era como si supiese cuándo algo perverso e inaceptable, a su modo de ver, merodeaba por su cabeza. Puede que fuese por su forma de comportarse, o por sus gestos, o por su forma de hablar quizá demasiado displicente. Fuera como fuese, lo sabía, siempre lo sabía, y siempre trataba de disuadirlo, aunque la mayoría de veces sin éxito.

Abrió la puerta y cruzó el pasillo con paso resuelto. La cocina quedaba a la izquierda, así que era imposible salir de casa sin pasar por delante de su madre. Por un momento sintió remordimientos, y a continuación pensó que ese

sentimiento solo podía florecer porque la pequeña parte de su corazón donde el bien todavía seguía vivo le decía a gritos que su forma de actuar no era la correcta, pero luego se dijo a sí mismo que debía mostrarse firme y autoritario, porque si no fuera por él, ese mismo día su madre no tendría nada que sacar a la mesa a la hora de comer.

La buena mujer debía haber oído sus pasos, o puede que la puerta de su habitación abriese con su particular e inevitable chirrido, porque en cuanto Dumitru alcanzó la puerta de la cocina el sonido metálico de las cacerolas había cesado y, apoyada la espalda sobre la bancada y de brazos cruzados en un intento de mostrar su autoridad, lo observaba con expresión inquisitiva.

—¿Vas a salir? ¿No piensas desayunar?

Su tono de voz trató de ser imperativo, pero más bien fue el resultado de una mezcla entre miedo y precaución. Dumitru conocía esa entonación a la perfección, cada vez más habitual en su madre cuando trataba de comunicarse con él, y cuando percibía su miedo, como podría hacerlo un perro de presa antes de atacar despiadadamente a un bichón maltés, sabía que ya había ganado la batalla antes de empezarla.

—Sí, he quedado. Ya comeré algo por ahí.

Al igual que su madre, arrastraba las erres en la pronunciación, pero con el tiempo Dumitru había conseguido suavizarlas un poco más. No obstante, como norma que establecieron sus padres cuando llegaron a España y a la que forzosamente ya se había acostumbrado, siempre hablaban en castellano.

—Has quedado con esos dos, ¿verdad? —espetó la mujer frunciendo el ceño. El silencio que Dumitru le ofreció por respuesta confirmó sus temores. Abandonó su posición acusatoria y dio un paso al frente. En esta ocasión decidió utilizar un tono conciliador—. Hijo, te lo he dicho cientos de veces, no me gustan nada esos dos muchachos, al final vas a meterte en un lío. Hazme caso por una vez.

Dumitru desvió la mirada al techo y forzó una sonrisa hueca incapaz de creer lo que le pedía su madre. Su tono de voz, dócil y sumiso, había causado el efecto contrario al deseado, enaltecendo el punto de vista de Dumitru. Si en ese instante, en el que su cara adoptó realmente los rasgos de un reptil, hubiera sabido que tres días antes su madre había tenido que mentir a dos policías con traje de chaqueta que se presentaron en casa preguntando por él, quizá se habría mostrado más tolerante. A esas alturas de la vida, Dumitru figuraba en todas las bases de datos de la policía por delitos menores, robo a mano

armada y robo de vehículos. Según le dijeron, se había producido un robo en el interior de un coche en la calle Arturo Pavés, a muy pocas manzanas de donde ellos vivían. Según la declaración de un testigo, la descripción del ladrón coincidía con la de su hijo, sin embargo, ella aseguró que a la hora en la que dijeron que se había producido el robo Dumitru estaba con ella en casa dando una mano de pintura a las paredes enmohecidas, y reforzó su defensa alegando que sería una auténtica estupidez por su parte cometer un delito a escasos metros de donde vivía, donde cualquiera podría identificarlo. Sin embargo, en lo más profundo de su dolorido corazón y a pesar de que aquellos dos policías se marcharon dando la impresión por su sonrisa cordial de haber quedado convencidos de su improvisada mentira, presentía que había sido su hijo el culpable. Su hijo y aquellos dos malnacidos.

—Mamá, ¿tú has visto la mierda de casa donde vivimos, la mierda de vida que llevamos? Esos dos muchachos, como tú dices, son los únicos que nos ayudan a llevarnos algo a la boca. —Dumitru se apoyaba con el brazo alzado sobre el marco de la puerta, como si así pudiese controlar la ira que comenzaba a embargarlo.

—Pero no robando a los demás. Hijo, prefiero morirme de hambre antes que verte en la cárcel, no sé si podría soportarlo —replicó la mujer en un intento de hacerlo recapacitar. Dumitru dejó escapar una falsa sonrisa. El hueco que una muela dejó en una pelea hacía un par de años quedó al descubierto.

—Mamá, qué ilusa eres. En este país nadie va a la cárcel, ¿acaso no te has dado cuenta todavía? —contestó Dumitru, y a continuación dio un giro sobre sí mismo con los brazos levantados—. ¡Aquí somos los putos amos!

Su madre, al ver su expresión entre enloquecida y triunfal, supo que había perdido a su hijo para siempre. Quizá todavía no, pero tarde o temprano llamaría de nuevo la policía a su casa para comunicarle que su hijo había muerto en un tiroteo, o que se había estrellado con el coche contra una farola mientras escapaba a toda velocidad de la policía mientras sacaba obscenamente su dedo corazón por la ventanilla. Sin embargo, la reacción gloriosa de su hijo había infundido en ella un sentimiento mucho más pernicioso: había sentido miedo, un miedo semejante al que invadía su cuerpo cuando su padre visitaba furtivamente su habitación por las noches cuando era pequeña. Miedo por él, por ella misma, y por lo que pudiera hacerle a otros. Sabía que todo cuanto le dijera sería como echar las palabras a un vacío

oscuro y sin fondo. Su única posibilidad, la única posibilidad para Dumitru, era que reflexionara sobre adónde estaba dirigiendo su vida, que él mismo descubriera dónde estaba el límite entre el bien y el mal, porque su influencia materna había desaparecido en algún momento del camino y ya no tenía fuerzas para tratar de guiarlo hacia el lado de la luz. Retrocedió un paso hacia la bancada, cogió un trapo y se secó las manos.

—¿Vas a venir a comer?

Dumitru la observó con uno de los extremos de sus labios alzado, dibujando una sonrisa maléfica que anunciaba su triunfo. Si fuera un reptil como aseguraban Leandro y Ramón, sería la sonrisa que se refleja en una serpiente antes de atacar a su presa.

—No lo sé. Supongo que sí. Si no llego a tiempo guárdamela para después.

A continuación, le dio la espalda a su madre, cruzó el pasillo y salió de casa dando un portazo. Mientras bajaba las escaleras apresuradamente, esa pequeña parte de su corazón que aún brillaba le hizo sentir un leve sentimiento de culpa. Era su madre, claro que sí, y la quería más que a nada en el mundo, pero debía dejar de intentar controlar su vida. La calle le había enseñado a ser un hombre, había tenido, a su modo de ver, a los dos mejores instructores que pudiera haber conocido desde su llegada, y lo habían aleccionado con tal maestría que ahora se sentía parte de ellos, como una unidad de ataque romana. Se trataba de salir de la pobreza, de sacar a su madre de ese tugurio, y para ello los tres habían decidido dar un paso más. Quizá más arriesgado, en eso no había duda, pero la ley de la vida era así: cuanto más arriesgas, más ganas. Además, se dijo a sí mismo mientras salía por la puerta del patio, habían sopesado las consecuencias y tampoco eran tan dramáticas. A lo más, dos años de cárcel, y en seis meses fuera por buena conducta. Sonrió mientras se subía el cuello de la chaqueta para protegerse del gélido viento. Merecía la pena, y mucho.

Ahora, debía darse prisa. Leandro y Ramón debían estar esperándolo en la plaza, y además, se sentía ansioso por conocer los detalles de la operación.

Jaime deseaba pasar un domingo exento de tensión, pero desde que Javier salió de la ducha hasta la hora de comer sintió a Noelia distante y demasiado callada para lo que en ella era habitual, como si estuviese guardando en su interior algún tipo de rencor hacia él y estuviese a punto de explotar en cualquier momento del día. Una vez más se preguntó si el motivo de su actitud pasiva sería él, o la casa destartalada, donde vivir se hacía cada vez más difícil, o quizá el número de cuenta rozando cada fin de mes los números rojos. Su comportamiento animado y participativo de anoche durante la cena con Luis y Carolina debió de ser un espejismo, un oasis en mitad del fin de semana, como si no quisiera levantar sospechas ante sus amigos, porque hoy los fantasmas habían regresado y volvía a mostrarse arisca e irascible, incluso con Javier.

Todas esas opciones podrían ser lo suficientemente lícitas, pero cabía la posibilidad de que el verdadero motivo fuese la inminente llegada de la navidad. Esta época festiva en la que todo gira alrededor de la familia siempre la entristecía y provocaba fervientes disputas entre ambos. Ahora Noelia y Javier veían acurrucados en el sofá una película de dibujos animados en la televisión. Mientras él cerraba la puerta de su despacho, con la extraña carta plegada en uno de los bolsillos de la bata, le vino a la mente el recuerdo del día en que Noelia, después de estar seis meses saliendo juntos y de recogerla casi todos los días en su viejo Citroën Saxo a tres manzanas de su casa, por fin se atrevió a presentarlo a sus padres. La decisión significaba para Noelia mucho más que el simple hecho de decir: «papá, mamá, este es Jaime, el nuevo chico al que me tiro. Papá, trátamelo bien y no me lo espantes como a todos los demás». No, para Noelia era dar un paso abismal en su relación. Que su padre tuviera conocimiento de su existencia significaba que Noelia estaba perdidamente enamorada de él, implicaba que descubrirle el dulce e

intenso idilio que compartían era la forma más bella, pero sobre todo arriesgada, de demostrarle que lo suyo iba en serio, muy en serio.

Su padre, Carlos Pineda, el señor Pineda, como le gustaba que se dirigiese a él, era, en aquella época, uno de los socios fundadores de Carnes y embutidos Castro S.L., la mayor empresa distribuidora de productos cárnicos a nivel nacional y una de las más valoradas y prestigiosas a nivel internacional. Por la zona adinerada donde vivían, Jaime suponía que a sus padres no debía de faltarles el dinero, pero nunca imaginó hasta ese día, en el que al fin pudo contemplar fascinado la grandiosa casa que se alzaba sublime al final de la calle, que podían marcarse unos largos en una piscina repleta de billetes de quinientos.

Jaime volvió a sentir en el estómago el mismo hormigueo que cuando Noelia le hizo aparcar por primera vez su coche frente a la verja de su casa. En aquellos momentos desconocía la gran fuerza autoritaria con la que podía llegar a actuar el señor Pineda, acostumbrado a tener centenares de empleados sumisos bajo su mando, pero aquella presentación sirvió para ver qué clase de tipo era su suegro.

—No te pongas nervioso —trató de inducirle ánimos Noelia, sentada a su lado en el Citroën. Tal y como le confesó meses más tarde, ella misma estaba temblando por cómo iba a comportarse su padre con la persona con la que, en ese preciso instante, ya sabía que quería pasar el resto de su vida a su lado—, y sobre todo intenta no llevarle la contraria. No es que sea un ogro, cariño, pero en ocasiones puede ser demasiado... absorbente.

Jaime había elegido su mejor traje, que apenas llegaba a los ciento cincuenta euros, y una corbata de tonos oscuros sobre una camisa blanca de seda. Sujetando con fuerza el volante, pensó que el padre de Noelia debía de utilizar trajes como el suyo para cubrir los charcos del extenso jardín de su casa y pisar sobre ellos para no mancharse sus zapatos de trescientos euros.

—Creo que estás asustándome todavía más, cielo —dijo girándose hacia ella, esbozando una sonrisa nerviosa.

—Perdona, perdona —se disculpó Noelia besándole ligeramente los labios—. Sé tú mismo, cariño, eres maravilloso, y seguro que mi padre no lo pasará por alto.

En ese momento Jaime pensó que más que conocer a su suegro iba a presentarse a una entrevista de trabajo para un alto cargo ejecutivo. *Sé tú mismo*. Noelia había utilizado un tópico del que rehuía en todos sus escritos, y

que por norma general, era un consejo nefasto.

—Vale, de acuerdo. Estoy preparado. Vamos allá.

Pero no estaba preparado en absoluto. Sentía las manos sudorosas y pegajosas, y su estómago se retorció como si tratase de darse la vuelta dentro de él. Noelia había utilizado la palabra *absorbente*, y esa debió ser la más afectuosa que había encontrado en su vocabulario para definir a su padre. ¿Y qué había de su madre?, pensó mientras se bajaban del coche y cerraba la puerta con la llave. Noelia apenas la mencionaba, como si para ella fuera una espectadora más en la función de su vida, por lo que dedujo que, seguramente, debía acatar obedientemente todos los deseos de su marido, incapaz de llevarle la contraria. Puede que fuese una aliada... puede que le tendiese una mano cuando su padre lo arrinconara contra la chimenea y le vapuleara las costillas y la mandíbula. O puede... puede que en una pausa lamiera los nudillos ensangrentados de su marido para refrescarlos y limpiarlos antes de seguir golpeándolo despiadadamente por acostarse con su hija.

—¿En qué piensas? Vamos, mi madre ya ha abierto la puerta de la cancela.

Un desagradable calor corrió por sus venas. Ahora, además, sentía que su lengua trataba de hacer consigo misma un nudo marinero, lo suficientemente complejo como para que las palabras de su boca brotasen ininteligibles y atropelladas. El nudo de la corbata también estrangulaba su prominente nuez, que sentía cómo, presionada por el lazo demasiado apretado, se introducía dentro de su garganta cada vez que tragaba.

Noelia pasó en primer lugar y él siguió sus pasos. Por delante de la elegante silueta de Noelia, un extenso jardín se abrió ante sus ojos. La vegetación que anegaba cada rincón era, simplemente, sensacional. Había interminables pinos que parecían acariciar el cielo, frondosas higueras y manzanos que proporcionaban inmensas zonas de sombra, y el césped, con franjas aleatorias donde crecían rosas, crisantemos y coloridos pensamientos, cubría toda la parcela hasta el límite donde comenzaba la exorbitante piscina rectangular, rodeada de sombrillas de paja y tumbonas acolchadas de colores playeros azul marino y blanco. Un camino de piedra caliza flanqueado cada pocos metros por farolas pintadas en blanco serpenteaba entre los árboles hasta llegar hasta la enorme mansión. Jaime pensó que en ese camino era donde el padre de Noelia debía de echar los trajes baratos como el suyo para cubrir los charcos. Y allí, al final del recorrido que desembocaba en el porche de la entrada, estaban los padres de Noelia empequeñecidos en la distancia

como si fueran clicks de Playmobil, saludando cortésmente con el brazo alzado.

Para empeorar las cosas, cuando recorrieron el camino y llegaron a la entrada, Jaime sintió que le faltaba el aliento debido a la ligera pendiente que existía en algunos tramos del sendero de piedra. La mirada del padre de Noelia se clavó en sus ojos como una aguja incandescente. Por un momento deseó estar lejos de allí, lejos de aquel reconocimiento impúdico al que iba a ser sometido. Jamás olvidaría la sonrisa sardónica del señor Pineda, ni las primeras palabras que le dedicó:

—¿Cómo está mi princesa? —dijo dando un afectuoso abrazo a Noelia—. ¿Así que este es el pollo? —añadió desviando la mirada hacia Jaime, una mirada que se le antojó desconfiada, como si estuviese dirigiéndose a un vendedor de mecheros.

—¿Cómo está usted? Encantado de conocerle.

Su tono de voz sonó mucho más sólido y cognoscible de lo que esperaba. Al menos, se dijo a sí mismo, no había tartamudeado. Jaime extendió su diestra a modo de saludo y el señor Pineda, mostrando una sonrisa escrutadora, se la estrechó con excesiva energía, pero rompiendo la alianza con demasiada rapidez. La forma que tenía un hombre de estrechar la mano, creía firmemente Jaime, decía mucho de él, y su primera impresión fue que esa era exactamente la forma en que lo haría alguien dominante pero que desea guardar las distancias, demostrar que posee un grado superior en la escala de la vida.

—Igualmente, muchacho, igualmente —y añadió con cierta indiferencia—: sentía mucha curiosidad por conocer al afortunado. Pasad, no os quedéis en la entrada, por favor.

Aquel hombre de mirada profunda, oculta tras unas gafas de cristal grueso, les franqueó el paso extendiendo su mano a modo de invitación. Su extenso cabello cano peinado con la raya al lado le confería un aspecto juvenil, sin embargo, Jaime creyó que semejante mata de cabello solo podía haberla conseguido a base de injertos, además, su primera impresión fue que desentonaba ridículamente con su cuerpo rollizo, donde su prominente barriga se descolgaba por encima de la cintura de sus pantalones.

Sofía Vidal, la madre de Noelia, se mantuvo en silencio. Eso sí, su eterna sonrisa iluminaba sus dientes, tan blancos y perfectos, que los servicios de un buen dentista eran incuestionables. Su cabello cardado, excesivamente

abultado, y teñido de rojo alargaba su rostro, y en cierto modo, lograba disimular las arrugas que surcaban su piel. Seguramente, el excéntrico peinado que lucía habría sido un buen consejo de su fiel peluquera para estilizar su rostro avejentado y dotarlo de un aire más juvenil.

Jaime la observó y le devolvió la sonrisa, rogando para que, finalmente, fuera una aliada. No pudo evitar compararla en sus pensamientos con Noelia. Tenía la firme convicción de que si uno quería ver a su mujer (o a su futura mujer) cuando la juventud la abandonara con el paso de los años, solo tenía que ver cómo era su madre en el presente, y como si se tratara de un espejo mágico extraído de un cuento, aparecía el resultado final de la transformación. Sin embargo, no lograba ver parecido alguno entre las dos, hecho que le hizo sentir un gran alivio. Puede que sus ojos fueran de su padre, aunque las gafas no le permitieron captar tanto detalle. Aun así, se alegró de que la genética, por una vez, hubiese sido generosa.

El señor Pineda los guió hasta el amplio salón y los invitó a tomar asiento en los sofás tapizados en cuero negro situados frente a la chimenea. La ostentabilidad de todo cuanto paseó por los ojos de Jaime lo dejó boquiabierto, y de algún modo, aquel nivel de vida acrecentó los nervios que ya amenazaban con enredarle la lengua. En su mente se atravesó una idea envenenada: él no era suficiente para Noelia, pertenecía a una liga inferior donde toda aquella grandilocuencia estaba fuera de su alcance, y llegó al convencimiento de que en algún momento de la conversación que inexorablemente se avecinaba, el señor Pineda sabría dónde golpearle, tan fuerte, que huiría de su casa con el rabo entre las piernas.

Durante los primeros minutos, la conversación fue comedida y en cierto modo satisfactoria, hecho que a Jaime lo indujo a pensar que, o el señor Pineda estaba haciendo un ingente esfuerzo por mostrarse agradable ante la pareja de su hija, o no era tan fiero como Noelia le quiso hacer ver. Sin embargo, nunca hubiera sospechado que en el momento en que Sofía persuadió a Noelia entre risas y palabras amables para que la acompañara a la cocina a preparar más café, el señor Pineda se arrancara la máscara súbitamente, como si supiera que disponía de poco tiempo antes de que su hija regresara.

—Así que eres escritor, ¿no, muchacho? —dijo el señor Pineda con un tono de voz que a Jaime le pareció envuelto en una bruma acusatoria. Luego, prendió fuego a la punta del puro que sostenía entre la comisura de sus labios. Durante todo el proceso, como si lo hubiese estado ensayando durante horas

antes del encuentro, no apartó la mirada circunspecta de Jaime—. ¿Y se gana mucho dinero con eso?

—Creo que ser escritor es una carrera de fondo. Si las cosas te van bien puedes llegar a ganar mucho dinero, pero supongo que necesitas suerte —respondió Jaime, preguntándose qué diablos le importaba al padre de Noelia que ganase poco o mucho dinero.

—¿Pero te han publicado algún libro?

El señor Pineda formuló la pregunta y lanzó una columna de humo por la boca, con una mirada que denotaba impaciencia por conocer la respuesta.

—No, todavía no. He mandado mi libro a una selección de editoriales y estoy a la espera de su respuesta, pero estoy conven...

—Entiendo —lo interrumpió deliberadamente—, o sea que a día de hoy tus pretensiones flotan en una nube tan insegura que podría desintegrarse en cualquier momento.

Por un segundo Jaime creyó que el señor Pineda indagaba en su mundo literario con el objetivo de tenderle una mano, incluso pensó que, debido al gran abanico de conocidos con cierta relevancia que debían engrosar su agenda, se hallase entre ellos el editor de una gran editorial a quien no tendría inconveniente en presentarle, incluso mover algunos hilos para que al menos le prestaran un poco de atención a su novela, pero aquella expresión desencajada en su rostro le mostró el verdadero propósito de aquel hombre arrogante que ahora se inclinaba levemente hacia él, esperando una respuesta para luego seccionar su yugular.

—Bueno —replicó Jaime con tono inseguro. La voz comenzaba a temblarle y sintió una gota de sudor correr por su frente. El calor que hacía en el salón de pronto comenzaba a ser insoportable—, visto desde ese punto de vista tan dramático da la sensación de que sea un proyecto sin ninguna posibilidad, pero creo que...

—Escucha lo que te voy a decir, pollo: como habrás podido apreciar, todo lo que me rodea me lo he ganado con el sudor de mi frente, con trabajo, mucho trabajo, invirtiendo y arriesgando mi dinero, y no voy a permitir que un don nadie como tú venga a recoger los frutos de mi árbol.

Jaime tragó saliva con dificultad. El maldito nudo de la corbata apretaba su garganta como si aquel hombre le hubiese puesto una soga al cuello. ¿Se trataba de una broma, o acaso era una prueba a la que sometía a todo hombre que viniese acompañado de su hija? Se preguntó hasta qué punto los padres de

Noelia tenían preparado el inesperado encuentro a solas entre los dos. La cocina debía de estar en algún lugar alejado de aquella inmensa mansión, pero aun así el sonido trepidante de una cafetera llevada hasta el punto de ebullición invadió el salón. Hizo acopio de fuerzas y respondió lo primero que le vino a la mente.

—No sé qué cree que es lo que pretendo, pero quiero a su hija, y me da igual su dinero.

El señor Pineda todavía pudo inclinarse un poco más hacia él. Sus ojos, que parecían dos almendras gigantes tras las lentes, lo atravesaron como una bala del 38 podría atravesar una sandía. Las voces de Noelia y su madre se escuchaban cada vez más cerca, manteniendo una conversación divertida.

—No te lo diré más que una vez —susurró confiriendo a su voz un tono intimidatorio—: deja a mi hija, invéntate lo que quieras, que has conocido a otra mujer, que eres maricón, lo que te dé la gana, pero no quiero verte más por aquí, ¿te ha quedado claro?

El comportamiento tan hostil que el señor Pineda demostró en cuanto hubo tenido ocasión lo dejó tan desconcertado que su rostro palideció. Ese hombre, su futuro suegro, era un ser despreciable capaz de hacer cualquier cosa, creyó, por mantener a su hija cerca de él, o puede que por mantener su fortuna a salvo, o por las dos cosas al mismo tiempo ya que se daba el caso. Jaime se disponía a contrarrestar el despiadado ataque del señor Pineda, cuando Noelia y su madre aparecieron por la puerta del salón manteniendo lo que ahora a Jaime le pareció una absurda conversación.

Cuando Noelia vio la expresión desvaída de Jaime, la sonrisa se desvaneció de su rostro dejando sus labios en un rictus perfecto, y su mirada severa se cruzó con la de su padre, que ahora sonreía hipócritamente y expulsaba un torrente de humo como si nada hubiese pasado. En el dramático escenario que se había visto envuelto sin desearlo ni provocarlo, Jaime solo quiso desaparecer de allí, abandonar esa mansión envilecida y dejar al señor Pineda que se pudriera junto a su dinero. Noelia se acercó a su padre con aire decidido. Jaime imaginó ver un reguero de humo negro brotar por sus fosas nasales, y lo cierto es que le gustó la reacción de Noelia, que ahora inspiraba aire como si estuviese recargando la cámara orgánica de balas.

—¿Se puede saber qué le has dicho, papá?

El señor Pineda reflejó una fingida expresión de desconcierto. Mientras, su madre, cruzada de brazos, observaba atentamente el inminente

enfrentamiento que se avecinaba sin ninguna intención de interferir en él.

—¿Yo? Princesa, creo que te equivocas. No le he dicho nada. —El señor Pineda desvió la mirada hacia Jaime y esbozó una falsa sonrisa. —Jaime, ¿te he dicho algo que pueda ofenderte? Solo hemos estado hablando de hombre a hombre, eso es todo.

Jaime, que se sentía aturdido por la innecesaria situación, pensó qué respuesta dar al señor Pineda, pero Noelia se anticipó sin dejarle responder.

—Vamos, papá, que nos conocemos desde hace mucho tiempo ya. Y también conozco a Jaime, más de lo que imaginas. Te lo advertí, te dije que no te metieras más en mi vida, que no soy una de tus posesiones que puedas manipular a tu antojo. Y por Dios que cumpliré mi palabra. —Noelia tomó aire de nuevo y se dirigió esta vez a Jaime, que hundido en el sofá, prefirió mantener un silencio prudencial mientras su mente trataba de averiguar qué sería lo que Noelia le habría prometido a su padre. —Jaime, nos vamos. Ha sido una visita más corta de lo que deseaba. Papá, me has decepcionado... Por un momento... por un momento creí que podría confiar en ti.

—Hija... —comenzó a decir Sofía, sin acabar la frase, como dando por sentado que esa única palabra sería suficiente para hacer recapacitar a Noelia.

—Mamá... cállate.

Noelia cogió de la mano a Jaime y cumplió sus deseos más ocultos. El señor Pineda y Sofía, impasibles pero sorprendidos por el comportamiento de Noelia, observaron cómo la puerta de entrada se cerraba de un portazo, llevándose a Noelia para siempre. Jaime tenía el convencimiento de que ese hombre desconfiado y posesivo no fue consciente de su pérdida hasta varios días (o meses) más tarde, cuando el distanciamiento que había interpuesto Noelia entre ambos fue tan patente que el señor Pineda debió descubrir que hablaba en serio, muy en serio. Esa había sido su promesa, y Noelia jamás le habló de qué otros enfrentamientos pudieron haber habido entre ellos dos para que tomara una decisión tan extrema.

Ese día de verano, el día en que conoció al señor Pineda, lo recordaría, hasta el momento en que la muerte se lo llevara de la mano, como uno de los días más desagradables de su vida. Mientras encendía el ordenador de su despacho, pensó en la Noelia del presente, y su temor se reducía a sí, después de todo, el señor Pineda estaba en lo cierto, si casarse con él había sido el mayor error que pudo haber cometido su hija. Puede que el lazo familiar se apretara en ella con la proximidad de las navidades, puede que Noelia echase

de menos una cena en familia y en paz con sus padres, como si todo aquello no hubiese ocurrido... puede que Noelia echase de menos la abultada cuenta del señor Pineda.

Mientras el ordenador crujía y zumbaba, haciendo un verdadero esfuerzo por encenderse, su aterrada mirada se dirigió a la ventana, atravesó el cristal y se clavó en la ventana del edificio de enfrente. Dios mío, prefería mil veces al señor Pineda que lo que le estaba sucediendo ahora.

¿Cómo *eso* podía saber lo que le había escrito en la carta?

Es el diablo, el diablo lo sabe todo de ti, tú lo has llamado, ¿lo recuerdas? Tú y Luis, no te olvides de él.

De pie junto a la ventana, débilmente iluminado por los últimos destellos del día, sacó la carta del bolsillo. La desdobló y, sorprendido, se dio cuenta de que la carta no llevaba sello ni había sido franqueada en Correos, por lo que una pregunta esencial invadió su mente como una oleada de terror: ¿cómo había llegado la carta al buzón? *Se ha materializado allí mismo, como un barato truco de magia.* Esa absurda idea tomó fuerza, pero por muy inverosímil que pareciese, el diablo era capaz de cualquier cosa, ¿no era así?

Observó, con cierta palidez en su rostro, la persiana echada hasta abajo del sexto piso. Los tonos púrpura y anaranjados que teñían el cielo conforme iban pasando los minutos la iluminaron, y por un instante le pareció una imagen tan sobrecogedora y antinatural que un escalofrío se deslizó por sus vértebras, como si el terror hubiese serpenteado entre ellas con su gélido dedo.

Quería mostrarse de nuevo racional, achacar la llegada de aquella carta, que ahora sostenía entre sus temblorosas manos, a la broma pesada de algún vecino, alguien que los hubiese visto merodeando por la vivienda, sin embargo, su parte irracional le aseguraba que era improbable, por no decir imposible. Nadie los vio. ¡Nadie!

Allí de pie, inmóvil frente a la ventana, dudó. ¿Estaba seguro? Las calles tienen mil ojos, incluso de noche, aunque reine la más absoluta oscuridad. Pero aquella nota escrita, no tenía sentido, nadie podría saberlo.

Abrió la carta y sacó la cuartilla que había en su interior. El ordenador emitió un sordo pitido que le hizo sobresaltarse. Miró por encima del hombro, se cercioró de que tan solo había sido un mensaje del anti-virus, y volvió la mirada a la cuartilla. Con el mismo estilo de letra con el que estaban escritas la dirección y el membrete, leyó mentalmente la siguiente frase:

“Eugenio leerá sus notas y torcerá el gesto, una actitud ingrata, inaceptable, un desprecio inadmisibile, ¿no cree, señor Murillo?”

El cielo se tiñó de oscuridad enterrando los últimos haces de luz. Durante el lento proceso, Jaime no varió la posición en la que había quedado inmóvil. La ventana de enfrente, ligeramente agitada por el viento, parecía observarlo, dibujar una sardónica sonrisa entre sus lamas agujereadas.

Jaime, con el corazón oprimido en el pecho, se preguntó qué era lo que habían despertado en esa casa.

Acurrucado en la cama, envuelto por la oscuridad del dormitorio, Jaime se atrevió una vez más a sacar la mano de debajo de las mantas y consultar la hora en su teléfono móvil. Era la 01:22 de la madrugada. El frío que imperaba esa noche había traspasado el ventanal entre las juntas mal selladas y se había acomodado en la habitación. Echar la persiana hasta abajo no impedía que un fino hilo de viento soplara como si un continuo aliento gélido le azotase la nuca, y tampoco impedía que las lamas se agitasen provocando un continuo rumor que le robaba el sueño. Noelia tan solo era un bulto que respiraba pausadamente al otro extremo de la cama. Ella no solía tener problemas para conciliar el sueño a pesar del estrépito, y él tampoco, debía de admitirlo, por lo que no era la persiana lo que lo mantenía en vela, sino aquella nota, su significado, quién la había escrito.

Se giró hacia el lado de Noelia. Estaba tan lejos. Normalmente solía invadir su espacio, buscar su calor corporal. Sin embargo, su extraña actitud era ahora el menor de sus problemas. Se dijo que el diablo no existía, que tan solo era un recurso religioso para imponer la voluntad, sin embargo, aquella carta estaba enterrada al fondo de un cajón de su escritorio. ¿Quién la había escrito entonces? ¿Cómo podía saber de la existencia de Eugenio, de su nuevo proyecto literario?

Se propuso apartar todo pensamiento de su mente, dejar que un nuevo amanecer aclarase sus ideas. Volvió a girarse hacia el otro lado de la cama, y las sábanas gimieron con un sonido escurridizo. ¿Por qué trataba de engañarse? No quería dormir, tenía miedo, miedo de soñar, miedo a las pesadillas, y ese miedo se alimentaba de sí mismo, igual que una bola de nieve va aumentando de tamaño conforme rueda por la superficie.

A la 1:45, Jaime fue vencido por el sueño, y soñó.

Fue un sueño lúcido, y después de todo, ese tipo de sueños no le desagradaban. El escenario lo había puesto su subconsciente, y dentro de él, mantener el control de sus acciones y tejer deliberadamente el desarrollo del sueño era de lo más atrayente.

Su mente había recreado la librería Páginas al Mar, hasta el último detalle que hubo percibido la tarde anterior. En la planta baja donde presentó el libro no había ventanas por donde poder observar la lluvia, pero llovía por los incesantes truenos que se escuchaban suavizados desde el exterior. También estaba aquella muchacha, la encargada de la tienda, ¿cómo se llamaba? Mariel, se llamaba Mariel. Estaba de pie mostrando una amplia sonrisa que realzaba su belleza, junto a él, que se hallaba sentado en la mesa que habían dispuesto para el evento, en la que había una pila de libros de su última novela y un vaso de agua, exactamente igual a como realmente sucedió. Frente a él y rodeado por estanterías repletas de libros, el público esperaba de pie, expectante y con una novela suya en la mano, esperando a que estampara una dedicatoria y su firma en la primera página.

En el sueño decidió excluir los nervios y, ya que tenía el poder, también decidió eliminar esa sensación de angustia en el estómago que asfixiaba su voz. Sonrió y se sintió bien, seguro de sí mismo, y por qué no, deseó que ese momento en el que era el centro de atención no acabase nunca. Era él mismo, pero una versión mejorada, una versión que, en lo más profundo de su fuero interno, era la que le gustaría llegar a alcanzar.

Los lectores fueron pasando de uno en uno blandiendo su libro animadamente, formando una fila irregular donde a nadie le importaba esperar un poco más a cambio de poder observar de cerca al autor de la novela que les había robado el sueño por la noche. Los truenos, que se sucedían sin descanso, otorgaban al acontecimiento un aire íntimo y misterioso, como si la

naturaleza se hubiese aliado con él para crear la atmósfera apropiada que se merecían sus novelas. Cuando finalizó la procesión, donde los comentarios ingeniosos y elocuentes brotaron de su garganta sin ningún esfuerzo, el público se arremolinó frente a él, esperando la orden de Mariel para que comenzara la rueda de preguntas.

Jaime no supo en qué momento del sueño perdió el control de la situación, ni siquiera supo que lo había perdido hasta que este comenzó a convertirse en una pesadilla, no repentinamente, sino de forma gradual, una sucesión de indicios imperceptibles en un principio, pero cada vez más trascendentales. La intensidad de los truenos se acrecentó, y aunque allí abajo no había ventanas, la sala se oscureció, como si una inmensa y negra nube hubiese cubierto el techo y los halógenos empotrados en este. Sin embargo, a los lectores allí reunidos no pareció importarle lo más mínimo. Ahora ya no eran lectores, eran un producto de su subconsciente, fabricados con la materia de los sueños, con forma humana, sonrientes, pero carentes de expresión, como fotografías animadas. Sin saber cuándo había sucedido, pasaron a ser un grupo de personas inanimadas, petrificadas como estatuas de mármol, ensombrecidas por la penumbra. Las expresiones en sus rostros habían cambiado. Ya no mostraban sonrisas complacientes, ni entregada expectación. Los ojos abiertos hasta lo imposible y las bocas abiertas, intuyendo un grito que nunca emergía de sus gargantas, reflejaban un terror a algo que desconocía, y que tampoco veía, pero que el sueño, por voluntad propia, había decidido incluirlo en el escenario.

Un movimiento al final del grupo, donde la oscuridad cobraba intensidad, captó su atención. El terror de aquellos rostros que lo observaban a modo de advertencia se trasladó a su ser y su corazón comenzó a latir con afán, bombeando más sangre de la que sus venas podían soportar. Dejó el bolígrafo sobre la mesa y dirigió la mirada hacia aquella sombra que se agitaba entre las inmóviles figuras humanas. Sus pulmones dejaron escapar un hálito de terror. Era un hombre, se deslizaba grácil y pausadamente entre la gente, pero no podía apreciar sus rasgos, solo un juego de sombras que se empeñaban en ocultar su verdadera naturaleza. Los rostros congelados, de pronto, parecían más aterrados, miradas desorbitadas en busca de una salida y bocas desencajadas incapaces de proferir un grito, como si la presencia de ese hombre alentase una huida en masa, sin embargo, obligados a permanecer inmóviles junto a él. El hombre serpenteó entre las últimas estatuas y se

aproximó ganando posiciones. Mientras lo hacía, la sombra que debía de ser su brazo acariciaba de forma sutil los cuerpos inertes, y por un segundo, Jaime creyó que al hacerlo estos se estremecían como si una corriente eléctrica hubiese atravesado sus huesos.

Quería despertar. Despertar ya. ¿Quién era ese hombre? Su subconsciente ya tenía preparada la respuesta: era el diablo, el diablo en persona. Su cuerpo comenzó a temblar incontroladamente. No quería ver su rostro, pero el hombre había sobrepasado otra fila de estatuas y se acercaba hacia la zona más iluminada. Un trueno retumbó en aquel cielo ficticio. Los libros de las estanterías temblaron. De pronto escuchó una voz dentro de su cabeza, masculina, grave como la de un locutor de radio. Pronunciaba su nombre, incansable, tratando de martillear su cabeza.

¿Estaba hiperventilando en sueños?

Sí, como quien está a punto de ser ejecutado, invadido por una oleada de terror. El hombre avanzó unos pasos más, muy despacio, exento de prisas, y el rostro fue al fin descubierto por la escasa luz.

Los ojos. Aquella mirada.

Maldad, regodeo, *terror*...

De pronto el sueño comenzó a desvanecerse en su mente, deshaciéndose con imágenes difusas y veladas, empujadas por un atisbo de realidad. Alguien estaba empujando su hombro, un movimiento quedo pero insistente. Sus ojos se abrieron y solo logró ver oscuridad. Estaba despierto, estaba... casi seguro de ello. Aquella oscuridad era la que moraba en su dormitorio. El rumor de la persiana empujada por el viento cortó el fino hilo que lo ataba a la pesadilla, sin embargo, una mano continuaba zarandeando su hombro, con timidez, como si realmente no quisiera despertarlo.

—Papá...

Jaime que, aterrorizado, comenzaba a pensar que aquel hombre de la pesadilla (*el diablo*) había logrado traspasar la barrera de los sueños, identificó de inmediato la voz de Javier. La sensación de alivio que lo embargó fue análoga a extraerse con la punta de los dedos una bola de pelos de la garganta, pero su tono de voz denotaba miedo, una entonación como jamás había escuchado en boca de su hijo.

—Javier, ¿Qué... qué pasa?

El instinto le hizo sacar el brazo de debajo de las mantas y encender la lámpara de la mesita de noche. El miedo que habitaba en la voz de Javier le

había atenazado el corazón y sintió que la pesadilla todavía poseía el poder de jugar con su mente un poco más. La débil luz destelló en sus ojos. Noelia se agitó en la cama y lanzó un débil suspiro, pero no se despertó. Cuando logró enfocar la visión observó la mirada de Javier clavada en sus ojos. Si buscaba rostros asediados por el terror para poder describirlos en sus libros, el de su hijo era el mejor ejemplo. Estaba temblando, sin embargo, no supo discernir si la causa era el inexplicable terror que lo embargaba o el intenso frío que flotaba en el dormitorio.

—He escuchado un ruido en mi habitación —explicó Javier, y sin perder ni un segundo, escupió la segunda parte de la frase que tenía en mente—. ¿Puedo dormir con vosotros?

El estruendo de la persiana empujada por el aire rompió el silencio, y Jaime imaginó que la desapacible noche había sido el motivo de su miedo.

—Cariño, es el viento. ¿Has oído la persiana cómo se ha agitado? No tienes que tener miedo. Además, ¿cómo se te ocurre levantarte de la cama sin ponerte la bata encima, con el frío que hace? Vas a coger una pulmonía.

—No papá —dijo Javier con seguridad—. No ha sido el viento...

Jaime se deslizó entre las sábanas hasta quedar sentado en la cama. El denso frío no tardó en introducirse en su cuerpo y hacerlo tiritar. Miró a su hijo a los ojos y trató de mostrar una expresión condescendiente.

—¿Ah, no? Entonces... no sé, puede que haya sido algún vecino, o el perro de algún vecino.

Javier dudó.

—No creo...

—Está bien, vamos a ir a tu habitación y vamos a escuchar ese ruido, a ver qué es. ¿Te parece bien?

Javier asintió, pero no parecía muy convencido. Intuía que lo que pretendía su padre era que se quedase durmiendo en su habitación, y era consciente de que ya no era propio de su edad dormir con sus padres, pero después de lo que había escuchado siempre se podía hacer una excepción.

Jaime salió de la cama, se enfundó la bata y entornó la puerta de su dormitorio al salir. La oscuridad del pasillo reavivó la angustia que le había ocasionado la pesadilla, y aunque debía mostrar entereza ante Javier, prefirió encender la luz. Ahora el edificio se mantenía en absoluto silencio, sin embargo, el viento aullaba y agitaba las persianas de toda la casa. Cruzaron el pasillo, gélido como una cueva en el Ártico, y entraron en la habitación de

Javier. Este no se separó de su pierna en todo el recorrido.

Jaime, desconcertado, se preguntó por qué la luz de la mesita de noche estaba apagada. Optó por guardar silencio, porque la única explicación admisible era que el propio Javier la había apagado, aunque desconocía si estando despierto o dormido. Quizá fuese el primer paso para que ese terror infantil a la oscuridad lo abandonase de forma definitiva. Encendió la luz principal y la oscuridad huyó momentáneamente. Lo único que perturbaba el silencio en la habitación era el incesante agitar de la persiana. Durante un efímero segundo le asaltó la duda de cuántas veces había invadido el dormitorio de sus padres cuando él era pequeño porque el miedo le hacía ver y escuchar cosas donde no las había, aunque para él fueran reales, demasiado reales.

—Bien, ¿qué has escuchado? Yo solo oigo el ruido de la persiana.

Javier examinó la habitación con la mirada, con aire nervioso, y por un momento no supo qué responder a su padre, porque hacerlo significaba admitir y corroborar que lo que había escuchado, definitivamente, no era la persiana estremecida por el viento... que era otra cosa.

—Papá, créeme, no ha sido la persiana lo que me ha despertado...

—¿Entonces qué ha sido? —replicó Jaime. Se arrodilló para quedar a la misma altura que su hijo—. Seguramente ha sido un sueño, a veces esas cosas pasan, ¿sabes? No tienes por qué tener miedo, cielo, la mente es capaz de jugar con nosotros de una manera que ni te imaginarías. ¿Cómo era el sonido? Intenta describirlo.

Era curioso, pensó. Su padre le decía lo mismo, pero él, dentro de su inocencia, estaba convencido de que los sonidos eran incapaces de salirse de los sueños, luego, al igual que la respuesta de su padre no era válida para él, seguramente tampoco lo era para Javier la suya. Lo entendía, claro que lo entendía. Su hijo estaba aterrado, al igual que lo estuvo él a su edad.

—Eran como golpes, parecían estar dentro de la pared... en esa...

Javier señaló con su dedo la pared donde estaba la ventana. Jaime dirigió allí la mirada, se levantó y caminó decidido hacia ella. Javier lo siguió con la mirada, y no supo por qué, lo invadió un terror ciego a perder a su padre, a perderlo para siempre. Puede que las paredes se abrieran y se lo tragaran... papá gritaría... gritaría de terror y... de dolor.

Jaime puso la oreja sobre la pared, y mientras lo hacía, trató de sonreír, solo por tranquilizar a Javier, sin embargo, lo que sentía era bien distinto.

Seguramente se estaba sugestionando demasiado. Su propia pesadilla, los recuerdos de su infancia...

Percibió un rumor, sordo, apenas inaudible, pero era el propio idioma del viejo edificio. Las paredes eran un canal de propagación de sonidos increíble. A veces, incluso podía escuchar conversaciones de vecinos de varias plantas más abajo, o de más arriba, nunca fue capaz de discernirlo. Definitivamente, al ser la pared que daba al exterior, supuso que, con toda probabilidad, la causa hubiese sido algo arrastrado por el viento, alguna rama, o un pájaro a la deriva.

—No oigo nada, Javier. Ven, escúchalo tú mismo.

Por su gesto de desaprobación, dio la impresión de que esa idea no era muy de su agrado. Pero hizo acopio de valor y se puso junto a su padre, pegando la oreja a la pared, con tanto temor como quien está obligado a introducir la cabeza dentro de la boca de una pitón.

—¿Ves? Nada. Eso que se escucha son los ruidos de la casa, nada más.

Jaime de pronto pensó que quizá ese comentario no había sido el más acertado, sin embargo algo en el interior de la pared lo había dejado tan perplejo como dubitativo. ¿Aquel débil rumor que había escuchado no parecía el latir de un corazón? Una voz a su espalda lo sobresaltó, y a Javier también, que emitió un débil grito.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo?

Noelia estaba en el umbral de la puerta, envuelta en su bata de gatitos y abrazada a sí misma, observándolos con curiosidad.

—Santo Dios, qué susto me has dado —dijo Jaime agarrándose el corazón y esbozando una sonrisa temerosa.

—Mamá... —gritó Javier, y corrió a brazos de Noelia. Jaime lo observó y, por un instante, pensó si acaso él no era suficiente para calmar su miedo. Sí, no cabía duda, eran celos lo que estaba sintiendo, celos de Noelia. Sin embargo, también era consciente de que el lazo entre una madre y un hijo era algo inquebrantable, ni siquiera por el padre. Jaime trató de resumir en pocas palabras lo que había sucedido.

—Javier, que dice que ha escuchado ruidos en su habitación y quería dormir con nosotros. Estábamos aquí, escuchando a ver si se repetían.

Noelia acarició el cabello de su hijo, y Jaime tuvo la sensación de que su sonrisa fue capaz de llevarse todo el miedo de Javier con ella.

—Cariño mío, es solo el viento. ¿Qué haces sin la bata? Venga, a la cama

o vas a coger un resfriado.

Noelia empujó cariñosamente su trasero e, increíblemente para ojos de Jaime, Javier saltó a la cama y permitió que su madre lo arropara.

—Yo creo que no era el viento, mamá. Ya se lo he dicho a papá.

—Escucha, por las noches se pueden oír todo tipo de sonidos, pero son normales. Puede ser el viento, o algún vecino, o el crujir de la casa... cualquier cosa.

Noelia besó su frente, y mientras lo hacía, Jaime no pudo hacer más que mantenerse en pie junto a la cama esbozando una sonrisa. Pero la sensación era extraña, no tenía ganas de sonreír, en absoluto.

—No sé mamá...

—Vamos, a dormir, que mañana hay colegio. Ya te lo diré yo mañana cuando suene el despertador. Buenas noches cariño.

—Buenas noches, mamá.

Jaime, en cuanto Noelia se apartó de la cama, se inclinó hacia Javier y besó su mejilla.

—Buenas noches, hijo. Duérmete.

Al salir, Jaime apagó la luz y dejó la puerta abierta, sin embargo, tanto él como Noelia habían olvidado encender la luz de la lamparita de noche. Cuando Javier se quedó de nuevo a oscuras en su habitación, el rugir del viento disparó sus latidos. Mientras escuchó cómo sus padres entraban en su dormitorio y se acostaban al tiempo que susurraban algo que no podía entender, el terror fue llevadero, incluso se atrevió a dejar la lamparita de noche como estaba: apagada. Pero cuando la casa se quedó en silencio y a oscuras, su cuerpo se paralizó y solo permitió que sus ojos se dirigiesen a la zona oscura donde debía estar la pared. Ocultó su rostro bajo la manta hasta la nariz. En cualquier momento, en cualquier momento podía volver a ocurrir... las persianas se agitaron... su corazón bombeó con intensidad. Sus ojos se abrieron como platos tratando de ver algo en la oscuridad... y de pronto unos golpes, como el picoteo de un pájaro sobre los barrotes de su jaula, se escucharon en la pared.

Javier, que sintió el fuerte abrazo del terror en todo su ser, apartó las mantas y saltó de la cama. Sin encender la luz, corrió a ciegas por el pasillo, creyendo que en cualquier momento iba a ser engullido por una boca de oscuridad, entró en el dormitorio de sus padres y, sin pedir permiso, se metió dentro de la cama entre ambos.

A la mañana siguiente, cuando el teléfono móvil/despertador de Noelia sonó puntual a las siete de la mañana, Jaime fue arrancado de forma súbita de su sueño, y aunque no recordaba qué estaba soñando, los vestigios de otra pesadilla merodeaban por su mente.

Javier, con su trasero invadiendo parte de su lado de la cama para poder abrazarse bien a su madre, gimió y balbució algo ininteligible. Estaba a punto de decirle que era la hora de levantarse, cuando Noelia se anticipó.

—Buenos días, Javier. Arriba, que ya es la hora.

Jaime sintió un atisbo de furia nacer en la boca de su estómago, un frágil sentimiento de rencor hacia Noelia, y recordó de forma fugaz, al tiempo que recibía una involuntaria patada de Javier en la tibia, cómo Noelia había tomado la iniciativa anoche, ignorando su actuación. Sin embargo, la furia desapareció cuando le vino a la mente la conversación que tuvo con Javier respecto a la existencia de Papa Noel y la comprensiva reacción por parte de Noelia al excluirla de ella. Afianzar la relación entre madre e hijo es lo que pretendía, estaba convencido, pero de nuevo la furia asomó levemente la cabeza por la superficie de sus jugos gástricos. ¿Debía excluirla a él para conseguir ese afianzamiento? ¿Lo mejor no era, a su modo de ver, que ambos participasen de ese acercamiento, apoyándose el uno en el otro?

—No quiero ir al cole —anunció Javier, y hundió la cabeza entre las mantas.

¿Qué piensas hacer ahora, cariño? ¿Cómo piensas apañártelas?

Jaime se vio embargado por el deseo de un nutritivo enfrentamiento, provocar una discusión fuera cual fuese el motivo, en cambio, de pronto le vino a la mente la extraña carta que ocultaba en los fondos de su cajón. No había sido una pesadilla, ojalá lo hubiese sido, pero aquella carta era tan real que incluso pudo percibir su aroma rancio, a viejo milenarío, incrustado en

sus fosas nasales. Decidió abortar su intento de discusión y guardar silencio.

Noelia bajó de la cama. La palidez de su piel y su cabello alborotado, como cualquier persona que hubiese acabado de levantarse, relegó su belleza desde el ático a la planta baja. Jaime la observó disimuladamente, pensando en el repulsivo aliento que debía de manar por su boca recién levantada y, por primera vez desde que la conoció, sintió rechazo hacia ella. Ese era el pensamiento prohibido, el que nunca creyó que se cruzaría por su cabeza, sin embargo, ahora estaba allí, intentando perturbar el amor que sentía hacia ella.

—Venga Javier, que no tenemos tiempo, levántate ya —la oyó decir.

—No quiero. Tengo mucho sueño, mamá.

La negativa de Javier recalentó la llama de furia en Jaime. Sabía que la criatura había pasado una mala noche, que su sueño había sido interrumpido por aquellos ruidos que dijo haber escuchado en la pared —*¿Ruidos? ¿Acaso los había vuelto a escuchar y por eso vino aterrorizado a nuestra cama?*— y que cuando suena el despertador en una situación así, lo primero que se te pasa por la cabeza es aplastarlo con un martillo hasta convertirlo en ruinas, pero ver cómo se resistía a cumplir con sus obligaciones le arrancó un grito autoritario:

—¡Javier, levántate ya!

Noelia, que acababa de anudarse la bata, se giró sorprendida por el alarido que había escuchado a su espalda. Para Javier, fue parecido a recibir un par de varazos en las plantas de los pies. Se escurrió por las sábanas y saltó de la cama junto a su madre.

Jaime lo atravesó con una mirada desafiante, con un febril destello en los ojos que cortaba el frío acumulado en el dormitorio, y Javier, desconcertado y atemorizado al mismo tiempo por el insólito acceso de ira de su padre, se limitó a apartar la mirada y ocultar su rostro en los muslos de Noelia.

—¿Es que no has oído a tu madre?

Mientras Jaime se preparaba el tercer café de la mañana, comenzó a llover. El viento, que no había cesado desde anoche, empujaba la lluvia contra la ventana de la cocina, produciendo un repiqueteo incesante que antaño (solo hacía tres días) lo reconfortaba, pero que ahora crispaba sus nervios.

Cuando el café comenzó a borbotear, Jaime apagó el fuego e inclinó la cafetera sobre la taza de café. Luego abrió la ventana y se encendió un cigarro esperando que al hacerlo surtiese el mismo efecto que tomarse un par de tranquilizantes. La lluvia salpicaba sobre el fregadero, pero no le importaba, luego pasaría una bayeta. Lo que realmente le preocupaba era el tono en que le había hablado a Javier. Ahora que ya se encontraba a solas en casa, los remordimientos lo roían por dentro como un nido de gusanos carnívoros. Javi no había tenido la culpa, y su infantil comportamiento, como podría haber hecho cualquier otro niño, era algo que podía haber solucionado por una vía más tolerante, por ejemplo, un despiadado ataque de cosquillas, eso no fallaba nunca. Inhaló una intensa calada y expulsó el humo por la ventana. Sí, así era como debía de haber actuado, sin embargo, no lo hizo. Observó cómo su mano temblaba ligeramente al acercar el cigarro a su boca.

Buscó la causa de su inesperado ataque de ira y el rostro de Noelia tomó forma, casi de forma inmediata, dentro de su mente. Sin embargo, cuando indagó profundamente en el motivo principal que había provocado su ira, comprendió que quizá había sacado las cosas fuera de lugar. Noelia solo quería ayudar, además, no había hecho algo que no hubiese hecho antes. ¿Cuántas veces se había inmiscuido en una charla, que a su modo de ver, consideraba exclusiva entre padre e hijo, o que por cualquier motivo paternal le apetecía tener a solas con Javier? Infinidad de veces. En Noelia era algo habitual, y siempre, debía ser sincero consigo mismo si quería acabar aceptando su propio error, había agradecido finalmente su participación,

comportándose los tres como una verdadera familia.

No. Las cosas no eran así de sencillas. Eso solo había sido una gota más a punto de derramar el vaso rebosante. Su hastío se remontaba hasta el extraño comportamiento de Noelia, como si de pronto él fuese un estorbo que hubiese que evitar. Y quizá fuese un error de fabricación, pero era un defecto en el que, por mucho que hubiese tratado de corregir a lo largo de nueve años de matrimonio junto a Noelia, siempre acababa reincidiendo: tendía a actuar de forma recíproca. Cuando ella era feliz, él también lo era, cuando ella se enfadaba, él, inconscientemente, la superaba. Una especie de pauta camaleónica.

Dio un sorbo al café y a continuación una calada al cigarro. La mezcla perfecta. Fue justo el momento en el que el perro del piso de arriba comenzó a correr por toda la casa haciendo temblar el techo. Sus uñas (Jaime se preguntaba por qué su jodida dueña no le cortaba las uñas) parecían que de un momento a otro fuesen a atravesar el cemento. Se dijo que esto no podía seguir así, que tarde o temprano tendría que subir y explicarle a la señora Pilar que enmoquetara la casa, que le cortase las patas al chucho si lo veía más apropiado, pero que si no solucionaba el problema, se vería obligado a poner una denuncia a la policía.

Trató de no prestarle atención, algo que le costó un inmenso esfuerzo, y pensó que más tarde se disculparía, primero con Javier, luego con Noelia. Mejor una retirada a tiempo que una batalla perdida. Miró la hora en el reloj circular de la cocina. Las nueve y media. Sabía que hoy debía trabajar duro, escribir lo que ayer no pudo más lo que correspondía al día de hoy. Eso se traducía en poco más de dos mil palabras. Sin embargo, el contenido de aquella carta lo tenía paralizado, y admitió que, desde que se había levantado de la cama, quizá había alargado demasiado el tiempo para comenzar a trabajar en la novela por miedo a que, incomprensiblemente, aquella frase escrita estuviese en lo cierto.

En cierto sentido, era la mejor manera de corroborar la procedencia de la carta. Si todo se trataba de una broma pesada, o de un escarmiento por parte de algún vecino fisgón, lo averiguaría en las próximas horas, o en los próximos días. ¿Y qué pensaba hacer hasta entonces?, se dijo. ¿Esperar angustiado a que Eugenio se pusiese en contacto con él para comunicarle que su proyecto era una bazofia infumable? ¿Y mientras tanto que haría? Bajo esa presión, era imposible escribir una sola palabra. Sin embargo, en lo más

profundo de su fuero interno sabía, o más bien deseaba (todavía albergaba la esperanza), que todo hubiese sido el resultado de la mofa de algún vecino, algo de lo que Luis y él se reirían al cabo de unas semanas mientras tomarían un par de cervezas en el bar de la esquina. *¿Acaso a ti te parece divertido allanar una vivienda ajena? Seguro que no, ¿verdad?*

Pero ese, pensó mientras aplastaba el cigarro en el cenicero y se encendía otro con manos temblorosas, sería el menor de sus problemas. El auténtico problema sería recibir noticias de Eugenio. Hacerlo significaría que no existía ningún vecino justiciero, sino que el verdadero remitente de la carta había sido el diablo. Y para cuando llegase el momento, creyó que ser sabedor de su existencia desataría un terror tan intenso y espantoso, que posiblemente su mente se cortocircuitase y entrase en un coma profundo.

No podía adelantar acontecimientos y contaminar su trabajo hasta echarlo por la borda, porque el diablo no existe, *¿no es así?* En consecuencia, aquella carta sin franqueo aparecida de la nada tampoco podía existir. Dejó escapar una sonrisa hueca, desprovista de sentimiento. La lluvia estaba anegando la bancada de la cocina y, en cierto modo, despertó su sentido del humor, porque si lo viera Noelia... si lo viera, sus uñas se convertirían en garras y sus pupilas se alargarían como las de un reptil.

Lo que debía hacer era conservar la calma y actuar como si nada hubiese sucedido. Esperar a ver cómo se resolvía el incidente, y mientras tanto, trabajar, no quedaba más opción... si no quería hundirse en un oscuro pozo sin salida.

Mientras un golpe de viento gélido le azotaba la cara, con un aullido que le pareció el vulnerable llanto de un bebé atragantado, se vio atropellado por el recuerdo de lo que había despertado a su hijo en la noche, y durante un eterno segundo, el vello de su nuca se erizó. Volvió a palpar en su oído ese rumor, ese golpeteo incesante que él mismo había escuchado en la pared y que se asemejaba al débil latido de un corazón. Sin embargo, Noelia ni siquiera se había molestado en comprobar que lo que aseguraba Javier haber escuchado fuese real. Sencillamente, había dado por sentado que todo había sido producto de un sueño, o de su imaginación.

¿Cabía la posibilidad de que la sugestión le hubiese provocado una alucinación auditiva, o de que el lamento de alguna tubería se hubiese deslizado en el silencio de la noche por los ladrillos de la pared? No, el sonido susurrante y rítmico había estado allí, tratando de llamar la atención,

deseando ser escuchado, estaba convencido. No cabía duda de que podría incluirlo en su novela, se dijo, nada más cercano a la realidad, como solía defender.

Cerró la ventana, apagó el cigarro cuando aún no había consumido ni la mitad y se giró en redondo hacia la puerta de la cocina. El perro del piso de arriba, que se había detenido unos minutos, comenzó a correr de nuevo clavando sus uñas con fiereza, como si supiera que no había nada más estimulante que perturbar sin ningún tipo de remordimiento a su vecino de abajo. Al estruendo de su incesante vaivén se unió la música excesivamente alta de Jorge, su vecino de al lado, que acababa de conectarla y que traspasaba sin la menor dificultad la fina pared del pasillo que separaba ambas viviendas. Un hormigueo de impotencia se formó en su estómago, y sintió cómo las venas de sus sienes, gruesas como lombrices de tierra, palpitaban a merced de su creciente ira. ¿Cómo podía mantener así la concentración? Todo lo contrario, su cabeza podría llegar a explotar como un globo lleno de agua en cualquier momento.

La puerta. Eso iba a hacer. Salir por ella, cruzar el pasillo y abordar resuelto la habitación de Javier. Volver a escuchar, volver a pegar el oído a la pared, cerciorarse y apartar de él ese terror que, de algún modo, estaba adueñándose de su mente. Comenzó a caminar y sintió las piernas temblorosas, supuso que el intenso frío que moraba en la casa era la causa, pero también participaba la inquietud que lo embargaba en esos momentos. Al tiempo que dejaba atrás la cocina y cruzaba el pasillo, las pisadas del perro restallando en el techo parecían acompañarlo en el recorrido. Paso a paso, metro a metro. Se dijo que él mismo estaba sugestionándose, que era él quien estaba llevando a su mente al borde del precipicio, allí donde, si caía, las sombras etéreas y herrumbrosas del terror jamás le permitirían regresar.

La estridente y amortiguada música del vecino sosegaba el miedo, pero también incrementaba su ira. Debía escribir, mantener un cierto grado de concentración, y en esa casa era imposible. Sintió cómo, por voluntad propia, se le retorció el gesto. Cuando desterró esos pensamientos, se vio de pie frente a la habitación de Javier. Allá al fondo, donde se veía discurrir la lluvia por los cristales de la ventana, le esperaba la pared. De pronto, como si Jorge hubiese presentido la sobrecogedora labor a la que se enfrentaba, apagó la música. El perro de arriba, que había seguido sus pasos, o eso creía, se detuvo justo por encima de su cabeza, separados ambos tan solo por un bloque de

hormigón. A excepción de algún ruido procedente de las viviendas colindantes, el silencio era absoluto, espasmódico.

Jaime, con gesto nervioso, tiró hacia atrás su cabello con la palma de sus manos y, deseando acabar con esa locura cuanto antes, se aproximó a la pared y acercó la oreja con tanto temor como si lo hiciera a la jaula de los gorilas. Tras casi un minuto escuchando, mientras se esforzaba por contener la respiración, sonrió, una sonrisa que manifestaba alivio. Lo único que escuchó fue una conversación indescifrable de alguna vecina, porque era evidente que era una voz femenina, puede que de la señora Pilar, o quizá de la Señora Begoña, su vecina de abajo, y el repiquetear de la lluvia en el exterior. Aquel extraño latido cadencioso había desaparecido. Sin embargo, pensó, *¿había sido anoche tan intenso como para despertar a Javier de su sueño? De noche esta casa es como un cementerio, y los sonidos se multiplican por tres, o por cuatro. Puede escucharse el cauteloso caminar de una araña por el techo si te lo propones. Ahí tienes tu respuesta.*

Más tranquilo y con una súbita avidez por ponerse a trabajar aprovechando el repentino silencio, se dirigió a su despacho y encendió el ordenador. Mientras esperaba una eternidad, y de nuevo se repetía a sí mismo que debía cambiarlo por uno nuevo cuanto antes, se encendió un cigarro y su mirada esquivó los ríos de lluvia que se deslizaban graciosamente por el cristal para acabar su viaje en la ventana del edificio de enfrente. Inhaló una fuerte calada y, de pronto, los recuerdos se agolparon en su mente. El señor Pineda, sin duda, conservaba, sin saberlo, ese talento para continuar escarbando entre sus neuronas hasta hacerlas sangrar. Su volátil presencia, seguramente, era inducida por la proximidad de las navidades y por la distancia que Noelia había interpuesto en los últimos días entre ellos dos. En lo más profundo de su corazón, albergaba la esperanza de que solo fuera eso, el deseo de Noelia por ver a toda su familia reunida en unas fechas que invitaban a ello. La Nochebuena de 2007, cuando Javier aún no había cumplido el año de vida, fue el primer y último día que los padres de Noelia, tras firmar una tregua (la cual fue implorada por Noelia según supo semanas más tarde), accedieron a visitar su casa y tratar de comportarse como si nada hubiese sucedido entre ellos. Solo que para el señor Pineda, y para él mismo, reunirse en una cena, en la que se predecía un alto grado de tensión contenida, era como correr una cortina transparente en la ducha del cuarto de baño.

El nacimiento de Javier había logrado destensar ligeramente la cuerda, al

menos la que unía a Noelia y a sus padres, y aunque él se negaba a torcer su brazo, sabía que en varias ocasiones (tampoco muchas, que él recordara) se habían reunido, nunca en su casa, para ver a su nieto. No le parecía mal, y tampoco se lo reprochó nunca a Noelia, ya que era consciente de que él no tenía derecho alguno a impedir que Javier conociese a sus abuelos, aunque, si solo hubiese dependido del lado opuesto, jamás hubiera permitido que los abuelos conociesen a su nieto. No después de haberse negado a asistir a la boda de su hija, y menos aún después de no aparecer por el hospital el día del nacimiento de Javier, porque según su inadmisibles versión, el señor Pineda estaba aquejado de una fuerte migraña. Los ocasionales encuentros, bien en el parque de la esquina o bien en la terraza de la cafetería de la plaza, desde que Javier vino a la vida hasta aquella fatídica Nochebuena fueron promovidos, estaba seguro de ello, por el arrepentimiento. ¿Podía un hombre como el señor Pineda arrepentirse de sus actos? Jaime se había formulado esa pregunta en innumerables ocasiones, y siempre llegaba a la misma conclusión: un hombre de su calaña siempre procede en base a sus propios intereses. Dicho con otras palabras, es capaz de cocinar a fuego lento su orgullo para luego comérselo acompañado de una deliciosa guarnición, con el único fin de poder estar cerca de su nieto.

En aquel mes de diciembre de 2007, época en la que Jaime estaba ultimando el inesperado contrato con la editorial Solman Hills, la única de la densa lista en su agenda que se había interesado por sus libros, acogió la petición de Noelia (cuando se lo comentó, lo hizo con aire distraído y superficial, como si le estuviese pidiendo que bajase la basura al contenedor) como una oportunidad para resarcirse con el señor Pineda. La emoción por ver publicados sus libros y pasear el contrato de la editorial por delante de las narices de su suegro fue infinitamente superior a las consecuencias que podía acarrear el compartir una cena con él en su propio terreno. En aquel momento, en el que su autoestima había coronado la cima, la demoledora frase que le dedicó el señor Pineda el día en que lo conoció se repitió en su cabeza: *deja a mi hija, invéntate lo que quieras, que has conocido a otra mujer, que eres maricón, lo que te dé la gana, pero no quiero verte más por aquí, ¿te ha quedado claro?*

Finalmente accedió. Se le pasó por la cabeza mostrar resistencia, quizá un poco de indignación, pero todo quedó ahí, primero por Noelia, quien también se merecía una segunda oportunidad, y para ello nada mejor que demostrarle

su apoyo, que por lo que a él respectaba, el trato despectivo que le brindaba el señor Pineda podía quedar, al menos por esa noche y quién sabe, podría ser un buen comienzo, en el olvido. Segundo y la más gratificante, por hacerle tragar sus propias palabras a ese cerdo arrogante. Sí, podía encerrar las palabras del señor Pineda en una caja con llave en lo más profundo de su mente, pero se conocía muy bien a sí mismo, y sabía que esa caja estaría forcejeando en su interior, como si confinara un extraño monstruo de la noche tratando de escapar, hasta hacer saltar la cerradura.

El brillo en los ojos de Noelia y su franca sonrisa valió la pena. A excepción del *sí* que dio al sacerdote que los unió en matrimonio, pensó, ingenuamente, que era el mejor *sí* que pudo haber dado desde muchos años atrás.

Javier, por aquel entonces, todavía no había comenzado a andar, pero al igual que él, sentado cómodamente en su carrito (detalle de Luis y Carolina por su nacimiento) junto a la mesa principal colmada de comida y bebida, fue testigo furtivo del hecho más deplorable y mezquino en el que un hombre puede incurrir.

El comienzo de la noche superó sus expectativas, y los frecuentes lloros y arrebatos de Javier por cualquier cosa que no pudiera conseguir, o bien porque reclamaba una constante atención, eran aplacados con cierta maestría por Sofía. El señor Pineda solo tuvo palabras de alabanza por el discreto apartamento donde vivía su hija (*al que la había condenado Jaime a vivir*), sin embargo, escrutó, algunas veces más indiscreta que discretamente, cada rincón, cada habitación que, con aire alegre y comprometido, iba mostrándole Noelia. Las cervezas (en botellín, Jaime desestimó las latas para esa noche tan especial) se sucedían una tras otra, y quizá, fue como echar combustible altamente inflamable al carácter temperamental del señor Pineda.

En la cocina, mientras Noelia preparaba, ayudada por su madre, unas exquisitas carrilladas de ternera, y cuando era el tercer botellín de cerveza que abrían el señor Pineda y él, llegó el momento que Jaime había estado deseando con fervor, el momento por el que, ahora sabía que era así, había accedido a cenar con sus suegros. No hubo que esperar demasiado y permitió que toda la responsabilidad cayese sobre el carácter indagador del señor Pineda, probablemente, pensó mientras las chispas de alcohol ya comenzaban a germinar en su sangre, para demostrarse a sí mismo que él siempre había poseído la verdad, que no se equivocaba al calar a la gente y que era capaz de

distinguir a un fracasado a más de quinientos metros de distancia, por mucho que Noelia se negara a admitirlo. Haciendo gala de su innata astucia, había elegido, bajo su punto de vista, el momento en que ellos dos se encontraban a solas en el salón, aprovechando que Noelia y su madre preparaban la cena en la cocina acompañadas de risas y bromas, como si nada hubiese ocurrido, como si las migrañas del señor Pineda hubiesen sido reales el día del nacimiento de Javier. El señor Pineda dio un largo trago a la cerveza, se aclaró la voz mientras lo atravesaba con su acristalada mirada y lanzó una pregunta al aire como quien pregunta la hora:

—Bueno, Jaime, cuéntame, ¿has conseguido publicar alguno de tus libros?

Jaime le mantuvo la mirada, esbozando una media sonrisa, y se permitió observar cómo el señor Pineda cogía una oliva del centro de la mesa, se la echaba a la boca como un hábil jugador de baloncesto y la masticaba con tal afán que, aunque hubiese querido, jamás hubiese podido cerrar la boca. Pudieron haber sido los efectos del alcohol, que a fuego lento iban cociendo sus pensamientos adentrándolo cada vez más en una euforia incontrolable, pero al observar sus dientes, blancos como la nieve pura y disonantes con su piel arada en profundos surcos insalvables, tuvo que contener una explosión de carcajadas que a buen seguro el señor Pineda hubiese tomado como una grave ofensa. Después de todo, pensó más tarde, tampoco hubiese estado mal quebrarle la arrogancia y hacerle tragar, junto a la infortunada oliva, su propio cinismo.

—Lo cierto... lo cierto es que sí —respondió encogiéndose de hombros y levantando las palmas de sus manos, como si la respuesta fuese obvia, y por Dios, que sintió un cálido placer recorrer su cuerpo al hacerlo—, precisamente estos últimos días estoy cerrando los términos del contrato con la editorial. Quién lo iba a creer, ¿verdad?

Jaime levantó el botellín de cerveza y le dio un sorbo mientras observaba con cierta malicia la reacción del señor Pineda. Pensó que no debió de acoger la noticia con demasiado agrado, porque su sonrisa se esfumó de su rostro como si repentinamente le hubiese brotado una almorrana en el culo.

—Oh, qué gran noticia. —El señor Pineda guardó silencio, como si estuviese pensando qué decir, y un gritito complaciente de Javier proveniente de la cocina lo rasgó como si fuera una fina capa de hielo. La sonrisa volvió al rostro del señor Pineda, pero no por el gratificante chillido de su nieto, sino porque parecía haber encontrado la forma de contraatacar. —¿Y qué editorial

es, si se puede saber, claro está?

—Cómo no. Es la editorial Solman Hills. No es muy conocida, pero por algo hay que empezar, y la verdad es que les estoy muy agra...

—Debes tener cuidado, Jaime —lo interrumpió el señor Pineda, dando a entender que lo que Jaime pretendía decir no tenía ninguna importancia para él. Por un ínfimo momento, Jaime había sentido lástima por aquel pobre diablo que era incapaz de admitir que su hija ya tenía edad más que suficiente para volar por sí sola, pero ahora solo sentía odio, un odio tan natural que su entusiasmo se derritió como la nieve en primavera y su sonrisa se desvaneció. Aunque lo había previsto, aquel hombre lo estaba volviendo a hacer, y en las horas previas creyó que podría ignorarlo dadas las favorables circunstancias, pero no, no podía. El señor Pineda continuó desacreditando su enorme labor, recobrando una falsa sonrisa—. ¿Te has asegurado de que la editorial no se rija por la coedición? Tengo contactos y sé que no es una forma muy legítima de tratar a un autor. Bajo mi punto de vista, una editorial arriesga e invierte en un escritor, como se ha hecho toda la vida. Claro, de esa forma hasta yo podría escribir un libro, pagándome yo mismo parte de la publicación, ¿no te parece... Jaime?

Aquellas palabras se enroscaron en su estómago y lo comprimieron hasta que la cerveza regurgitó por su garganta dejando tras su paso un sabor amargo. ¿Qué quería decir con eso de que él tenía contactos? ¿Significaba que en su día podía haberle echado una mano, pero había preferido abandonarlo a su suerte? Sin embargo, lo que más le dolió fue la forma en que había echado por tierra su trabajo, presumiendo de que él mismo podría escribir un libro mientras fuese por delante con un cheque en blanco y pagase por su distribución, como si sus novelas fueran, para él, lo más parecido a un excremento de vaca secándose al sol en una extensa y verde pradera. Se preguntó si realmente valía la pena seguir con la conversación, a no ser, por supuesto, que deseara acabar con su autoestima enterrada a diez metros bajo tierra. Sin embargo, y estuvo seguro de que la culpable fue la cerveza, ya que de otro modo jamás lo hubiese provocado, se vio a sí mismo pronunciando las palabras que la parte más sobria de su mente trataban de evitar.

—No, señor Pineda, la editorial no se rige por la coedición. Como usted dice, es una editorial de las de toda la vida. Además, no se crea que escribir un libro es tan fácil como la gente cree. Al menos, hay que tener un par de dedos de frente —replicó tocándose la sien con su dedo índice. A

continuación, dio un sorbo de cerveza. *¿Qué estoy diciendo, Dios mío?* Pensó que el señor Pineda debió de sentirse ofendido, y que iba a objetar su comentario, pero se sorprendió cuando, por lo visto, ahora sí que estaba interesado en lo que él tenía que decir. Su ceño se frunció y sus ojos, en los que Jaime creyó ver chispas de ira chocando contra las lentes de sus gafas, se clavaron en los suyos. Así pues, escucharía lo que tenía que decirle, vaya que sí—. La gente cree que con juntar unas cuantas miles de palabras basta. Nada más lejos de la realidad, la escritura es un arte. Todo comienza por expresar la imaginación y crear una buena historia, saber contarla con maestría, aplicar una buena técnica al escrito y jugar de forma sutil con las figuras literarias, todo ello, por supuesto, salvaguardado por un exquisito dominio de la ortografía. —Jaime dio otro sorbo a la cerveza y observó, con cierta perversidad, cómo el señor Pineda lo escuchaba con una expresión mezcla entre sorprendida y furiosa. Como guardó silencio, Jaime decidió concluir de forma breve su alegato. —Créame, señor Pineda, si usted escribiese un libro y pagase por su publicación, vendería tantos como caben en los dedos de una mano. Al final, todo cae por su propio peso... ¿no le parece?

El señor Pineda resopló y carraspeó como si aquellas palabras se hubiesen atascado en su tráquea, se mojó los labios y, cuando se disponía a replicar a Jaime, la voz de Sofía desde la puerta del salón lo interrumpió. Llevaba consigo a Javier en su carrito, que lanzó un gracioso gritito cuando vio a su padre.

—¿Qué estáis, hablando de vuestras cosas? —curioseó sonriendo. Jaime se preguntó qué cosas podrían tener ellos dos en común que solo fueran suyas. Observó cómo el señor Pineda giraba lentamente la cabeza hacia ella, sin mediar palabra, con el rostro tan contraído que parecía que fuese a estallar en cualquier momento. Ni siquiera la presencia de su nieto, que luchaba con fervor para hacer saber a todos que estaba allí, mudó su expresión. El incómodo silencio que se apoderó de la situación obligó a Jaime a decir algo cordial, lo que fuese.

—Sí, estamos discutiendo sobre libros. ¿Cómo va la cena? ¿Os ayudamos en algo?

Sofía reparó en la mirada de su marido y su sonrisa desapareció instantáneamente, volviendo a alisar las arrugas de su piel.

—Noelia te llama —dijo desviando la mirada hacia Jaime—. Quiere que la ayudes con los langostinos... creo. Yo me vengo aquí, en la cocina hay

demasiado humo para el niño.

Era Perfecto. La mejor forma de librarse del señor Pineda, pensó mientras lanzaba una gran carcajada en el interior de su mente.

—Voy para allá, descansa un rato, bastante has hecho ya.

Jaime los dejó a solas en el salón y se encargó de los langostinos, de las tablas de paté y de queso y de preparar los dulces navideños para después de la cena. Pudo haber tardado unos segundos más, entretenerse con el turrón de chocolate crujiente que se le resistía y se rompía en varios pedazos, o quizá palmeando furtivamente el trasero de Noelia durante unos segundos más mientras esta se reía y le rogaba que ahora no, que sus padres estaban en el salón (solo él podía percibir el vivo destello en su sonrisa al pensar en la naturalidad del acontecimiento), pero nada de eso ocurrió y llegó al salón, sosteniendo entre sus manos una considerable fuente de mejillones, en el preciso instante en que un sonido sordo, parecido a una palmada enguantada, se abrió paso hasta sus oídos.

A punto estuvo de dejar caer la fuente de mejillones al suelo. Sofia ocultaba su rostro entre sus manos, ligeramente arqueada, con el pelo alborotado cayendo sobre sus hombros. El señor Pineda todavía conservaba en su brazo la inercia de la bofetada. De su cabello impoluto y bien peinado descolgaban ahora unos mechones de pelo cano que caían sobre su frente y su cuerpo se movía al ritmo de su frenética respiración. Su mirada sorprendida se cruzó con la suya, y en ese momento, Javier, que con ojos desorbitados y expresión incrédula había contemplado la escena al completo desde el otro lado de la mesa, rompió a llorar. Sofia retrocedió unos pasos hacia el mueble del salón, como si temiese volver a ser golpeada, y se incorporó descubriendo la presencia de Jaime. De su mejilla, enrojecida y en la que todavía se podía apreciar la sombra blanca de los dedos del señor Pineda, parecía que iban a brotar llamas en cualquier momento. Esbozó una sonrisa forzada y antinatural, como si su cara fuera de plástico, y se dirigió a Jaime con una serenidad tan inusitada, que un escalofrío trepó por su columna vertebral:

—No pasa nada, cariño, no pasa nada. Todo... está bien.

Todo está bien...

Los recuerdos se deshicieron en oscuras hebras hasta quedar tan solo un desagradable vacío empañando su mente, y se sorprendió observando, absorto y con los ojos humedecidos, la ventana del edificio de enfrente. La ceniza cayó al suelo dibujando una endiablada espiral. El escalofrío que subió por su

espina dorsal fue mil veces más intenso que el que la recorrió aquella noche de navidad e, instintivamente, retrocedió un paso ahogando un grito y dejando caer la colilla de entre sus dedos. Debió de ocurrir mientras su mente viajaba en el tiempo, cuando sus ojos estaban cubiertos por una cortina de recuerdos, pero ahora, tras una lámina de fina lluvia, la persiana estaba ligeramente subida, agitándose por el viento. Todo lo que llegó a vislumbrar más allá del rectángulo que había quedado al descubierto fue oscuridad, densa, amenazante.

Debía llamar a Luis.

Ya, sin perder ni un segundo.

La lluvia había dado una tregua. Un exiguo rayo de luz se estrelló contra la ventana e hizo resplandecer con alegres destellos las gotas de lluvia adheridas al cristal que luchaban con fervor contra la gravedad. Ese momento de inconmensurable paz que concedía la luz del sol duró apenas unos segundos, y los nubarrones, de inquietantes tonos blanco y gris, se cerraron sobre la grieta abierta en el cielo.

Jaime, que sentado a la mesa frente a una taza de café se había visto embargado por una sensación de sosiego, como si la realidad, la auténtica e indeformable realidad, se volcase sobre él y todo lo ocurrido hubiese formado parte de un mal sueño, centró toda su atención en Luis. Este, con mirada preocupada, pero también cautelosa, lo observaba mientras hacía girar con cierta parsimonia la cucharilla en su taza de café. Al cabo de un tiempo indeterminado, cuando consideró minuciosamente lo que Jaime había expuesto abordado por un estado de nerviosismo como jamás había visto en su amigo, dio un sorbo al café y se decidió a mostrar su punto de vista:

—Escucha, creo que lo que hicimos allí te ha sugestionado de tal modo que te ha derretido el cerebro. Ahora mismo no te veo en condiciones de pensar con claridad, así que ya lo hago yo por ti. —Luis se tomó una breve pausa, y aunque trataba de imprimir a sus palabras un sutil toque de humor, aquella situación no le hacía la menor gracia. Jaime lo miró directamente a los ojos, pero guardó silencio, esperando escuchar algo, lo que fuese por muy estúpido que pareciese, que truncara la existencia del diablo. Luis continuó. —Esa carta que dices que apareció en tu buzón, y por cierto, quiero verla en cuanto acabe de hablar, pienso que ha debido de ser algún vecino de ese edificio, o incluso puede que del tuyo. Probablemente nos vio y ahora quiere que te acojones vivo. En cuanto a la persiana subi...

Jaime no le permitió terminar la frase. Lo que acababa de plantear Luis ya

lo había pensado antes y, al menos para él, no tenía explicación.

—Para, para. Esa teoría ya la he valorado y no tiene ningún sentido. ¿Quién, en ese edificio, nos iba a ver, si subimos completamente a oscuras? Y alguien de mi propio edificio queda descartado. Aunque nos hubiese visto cruzar la calle y meternos en el edificio de enfrente, ¿cómo iba a saber a dónde íbamos, lo que íbamos a hacer?

Conforme escuchó su explicación quedó más convencido de la fuerza irrefutable que adquiriría.

—Sí —rebatía Luis—, puede que lo de que sea alguien de tu propio edificio no tenga sentido, ¿pero y si algún vecino de las viviendas de al lado nos hubiese oído en mitad de la noche, hubiese esperado a que saliésemos del portal y te hubiera reconocido cuando entraste en tu edificio? Posiblemente habría pensado en darte una lección y dejarte una carta haciéndose pasar por el diablo, porque, Jaime, las cartas no aparecen por sí solas en los buzones, eso lo tienes claro, ¿no?

—No, no. No me enaja. ¿Cómo sabía entonces lo del diablo?

—Puede que pegase la oreja a la pared y nos escuchase.

—No Luis, no. No me convence. Si algún vecino hubiese escuchado ruidos en la vivienda vecina deshabitada lo primero que hubiese hecho habría sido llamar a la policía. Y allí no acudió nadie. Nadie.

Luis dio un trago al café mientras analizaba las palabras de Jaime. Y por Dios, que tenía razón.

—A ver, enséñame esa carta.

—Vamos a mi despacho, así verás también la persiana medio subida.

—No puedes negar que eso sí que tiene una explicación lógica —dijo Luis mientras apuraba el café y se levantaba de la mesa—. Puede que el dueño se haya presentado en su propiedad para airear la casa.

—¿Precisamente hoy?

—¿Y tú qué sabes? ¿Alguna vez te habías fijado en la asiduidad del dueño en ventilar su propia casa? Lo has visto ahora, cuando sabes que nosotros la allanamos el viernes por la noche.

Jaime, dubitativo, calló. En eso tenía razón, debía de admitirlo. Atravesaron el pasillo sin dilación y entraron a su despacho. Jaime abrió el cajón de su escritorio, rebuscó al fondo de una pila de papeles y extrajo el rugoso sobre. Solo con sostenerlo en su mano le produjo un escalofrío doloroso. Alargó su brazo y se lo entregó a Luis.

—Léelo tú mismo.

Luis, que había echado un vistazo furtivo a través de la ventana y comprobó que Jaime no mentía al ver la persiana del edificio de enfrente subida a media asta, lo cogió con determinación, lo abrió y sacó la carta que se hallaba en su interior. La desplegó, la observó con detenimiento y de pronto su rostro palideció, como si toda la sangre de su cabeza se hubiese bajado hasta los pies.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —quiso saber Jaime, que ahora sentía su corazón palpar con celeridad, como si tratase de escapar de su pecho y huir de esa habitación, que súbitamente los nubarrones habían oscurecido como si hubiese caído la noche.

—Jaime... esta carta está en blanco.

Luis giró lentamente la carta hacia él, para que pudiera comprobarlo por sí mismo. De un rápido movimiento Jaime se la arrebató de las manos, la acercó a su rostro y la escrutó con atención. Sus ojos, incrédulos y asustados, paseaban la mirada sobre el papel en blanco de un extremo a otro.

—No... no es posible. Te juro por mi vida que aquí habían palabras manuscritas, hablaban de Eugenio, de que iba a rechazar mi nueva obra. Era una advertencia... una jodida advertencia. —Desvió la mirada hacia la ventana, justo en el momento en que la lluvia volvía a caer, esta vez con mucha más fuerza. —Mira tú mismo la persiana, está subida. ¿La ves?

Luis se acercó al escritor, le pasó el brazo por encima de los hombros y, con una sonrisa relajada en sus labios y habiendo recuperado el color natural de su rostro, le habló en un tono tranquilizador.

—Jaime, tío, por un momento me habías asustado. No tienes de qué preocuparte, creo que la sugestión te ha reblandecido el cerebro más de lo que imaginaba. Esto, y aquello de allá —dijo señalando a la ventana— demuestra que fue un vecino, posiblemente alguno de las viviendas de al lado, el que te ha dejado ese regalito, y que el dueño de la casa se ha presentado para airearla y quitarle aquel horrible hedor a rancio que se incrustaba en las narices.

Jaime, que no podía desprenderse de la expresión aterrada y desencajada de su rostro, consideró la conclusión a la que había llegado Luis, y por un segundo llegó a creerle, a admitir que todo aquello había sido fruto de su mente a la vez que de un cúmulo de remotas casualidades. ¿Pero qué probabilidad había de que el dueño del apartamento se hubiese presentado en

su propiedad para asearla precisamente a los dos días de allanarla ellos? En efecto, era más factible que un rayo te partiese en dos en mitad de una tormenta. Mientras sentía el peso del brazo de Luis sobre sus hombros, pensó en contarle lo que Javier, y después él, habían escuchado en la habitación de su hijo, pero con ello no haría otra cosa que reafirmar la opinión que Luis tenía ahora sobre él, sobre todo lo que acababa de acontecer en tan poco tiempo.

—No sé, Luis —dijo con tono derrotado—, puedes creer lo que quieras. Solo puedo decirte que en esa carta había una frase escrita, y no creo que mi mente se haya recalentado tanto como para hacerme ver cosas donde ahora no las hay. Tú me conoces, me conoces de sobra, y sabes que no acostumbro a desvariar como un loco recién escapado del manicomio.

—No, colega. Desvariar no, pero tienes que reconocer que tus excentricidades tampoco son muy normales que digamos. No estuve contigo cuando te dejaste perder en el monte, pero me juego cien pavos a que tampoco lo pasaste bien, incluso me atrevo a decirte que tu cabeza también trató de engañarte en algún momento de tu aventura.

Sí. Luis estaba en lo cierto. Cuando llegó la noche y se atrincheró entre unos árboles que ofrecían un confortable cobijo hasta que llegase el amanecer, pensó que jamás había sentido tanto terror, aunque para no dañar seriamente su orgullo, hubiese preferido omitirlo cuando le preguntaron por la experiencia. Su mente, contaminada por el argumento de su novela, recreó fielmente sombras en la noche que lo asediaban, individuos de los que brotaban extraños tentáculos por sus orificios corporales y que buscaban ávidamente introducirse por los suyos. En aquel lugar, envuelto por la oscuridad y por la naturaleza más salvaje, la imaginación batió su mente hasta convertirla en una espesa papilla, y el terror se tornó tan denso y tangible que por un momento creyó que enloquecería antes del alba. Podría decirse que lo que estaba ocurriendo ahora era bastante parecido, una *ligera* distorsión de la realidad, ¿pero hasta el extremo de imaginar una frase escrita en una cuartilla aparecida de la nada en su buzón?

—Felicidades, Luis, acabas de ganar cien pavos. La verdad es que allí tampoco lo pase demasiado bien. Qué coño, estaba acojonado.

Al fin Jaime logró sonreír, sin embargo, se sintió extraño al hacerlo, como si fuese algo que no correspondía en absoluto al momento.

—¿Ves? Hazme caso, Jaime —insistió Luis al intuir que estaba logrando

convencerlo. Para ello, le dedicó una de sus mejores sonrisas, la que utilizaba cuando se sentía ganador—. Estás viendo cosas donde no las hay. Todo, por extraño e incomprensible que parezca, tiene una explicación en esta vida, en este mundo, en el universo, todo. ¿Comprendes? Y lo de esta carta, también, estoy convencido.

—¿Tú crees?

—Claro que lo creo. Ahora, lo que tienes que hacer es olvidarte y continuar con tu novela. Material no te falta, estoy seguro.

Jaime asintió y, buscando una rápida explicación, llevó su mirada hasta la ventana de enfrente con la esperanza de ver al dueño pasando la escoba al suelo del salón.

No, allí no había nadie, solo una enorme boca de oscuridad.

Cuando Luis se fue la lluvia seguía cayendo intensa e inagotablemente. Esa sería la pauta hasta bien entrada la noche. En cierto modo Luis había conseguido extirpar el terror que sutilmente estaba enquistándole la mente, pero quizá había sido porque ese fuese el mayor deseo de Jaime, aceptar que todo lo ocurrido obedecía a un entramado de causas naturales y lógicas, un espacio seguro donde no había cabida para los hechos inexplicables y sobrenaturales.

Con la mente más serena y sus ideas más organizadas, esa mañana había sido de lo más productiva. Abusando demasiado del café y del tabaco, y dejándose embriagar por el reconfortante sonido de la lluvia, sus dedos escribieron a una velocidad como jamás hubiera imaginado poder alcanzar. No hubo nada en el edificio que perturbase su concentración, ni el corretear de los perros vecinos, ni sus constantes ladridos, ni los aullidos agudos y prolongados del perro de abajo porque sus dueños lo habían dejado a solas en casa. Jaime había llegado a una conclusión y la había aceptado como válida: aquella frase escrita en la nota solo había sido un producto, con un acabado asombroso, de la sugestión que se había apoderado de él, una muestra de lo poderosa que puede llegar a ser la mente. Pensar, estar absolutamente convencido, de que Eugenio no tenía nada que ver en todo aquello, había sido uno de los principales motivos por el que sus dedos transcribieron a velocidad vertiginosa todo lo que su mente imaginó sin freno, coordinados ambos como una máquina perfectamente engrasada y ajustada. Cuando, casi a la hora de comer, uno de sus engranajes se atascó, como si el duende de la improductividad hubiese despertado y atravesado una barra herrumbrosa entre ellos, fue cuando su mente tuvo tiempo de pensar, y esa idea que había estado ocultándose entre pensamiento y pensamiento surgió súbitamente, afanosa por recibir la atención que creía merecer.

Jaime se echó hacia atrás en el respaldo de la silla e hizo un amago para coger un cigarro del paquete sobre la mesa, pero recapacitó y creyó que por el momento ya había fumado bastante. Con expresión pensativa hizo girar la silla y, salvando la neblina de humo que flotaba en el despacho, su mirada se estrelló contra la ventana del edificio de enfrente. Seguía igual, con la persiana descascarillada a medio subir, descubriendo un rectángulo de perversa oscuridad.

Eso solo significaba una cosa: si se daba prisa, todavía estaba a tiempo.

¿No habría sido mejor llamar a Luis y que lo acompañase? No, decididamente. Ya lo había involucrado demasiado, y además, era algo que tenía que solucionar por sí mismo. Al fin y al cabo, había sido su mente la que había mostrado más debilidad, la que necesitaba con urgencia la descarga de un desfibrilador mental.

Se levantó precipitadamente de la silla, abrió la ventana para airear el despacho y se enfundó la chaqueta y, encima de esta, un chubasquero. Corrió hacia la puerta de entrada, hizo girar la llave sobre la cerradura y, guardándose el manajo de llaves en el bolsillo lateral, cerró tras de sí sin preocuparse de volver a echar la llave.

El ascensor, fuera de toda probabilidad, estaba detenido en la planta. Entró en su interior y pulsó el botón de la planta baja. La caja metálica, con una violenta sacudida y un chirrido infernal, comenzó el descenso.

El descenso a los infiernos, allí donde mora el diablo, con una salida secreta para todas y cada una de las viviendas de toda la tierra. Una grieta en la pared, una puerta mal cerrada, los conductos del aire acondicionado... todo empieza por un sonido irreconocible, una cadencia monótona, sí, ese es el primer síntoma, significa que está muy cerca, observando, esperando el momento oportuno...

Si no quería recaer, más le valía apartar a un lado esos pensamientos, se dijo mientras veía descender los números de las plantas en el contador electrónico incrustado en la plancha de metal, encima de la botonera. Cuando su mente se centró en lo que se había propuesto hacer, el estómago le dio un vuelco, como si una fría mano de dedos largos y demacrados lo hubiese oprimido. Debía pensar una excusa, cualquiera con tal de que fuese creíble. El ascensor llegó a la planta baja con un violento golpetazo y las puertas metálicas se abrieron con un chirrido quejumbroso. Para entonces, ya creía

tener una. Al otro extremo del patio se veía la lluvia caer tenazmente y salpicar en los charcos, arropada por una oscuridad inusual para ser cerca de las dos de la tarde. La silueta de un hombre ataviado con un chubasquero se adivinaba tras la puerta sesgada por barrotes dispuestos en forma vertical. Miraba despreocupadamente su teléfono móvil, por lo que dedujo que había buscado refugio en su portal hasta que la lluvia amainase. Cuando su mano ya se alargaba hacia el tirador de la puerta, el señor Mateo, su vecino de abajo, apareció al otro lado plegando el paraguas. Encorvado por la lluvia, buscaba con afán sus llaves. A su lado, el perro aullador, empapado de agua, agitaba su pelaje. El chico —cuando se giró hacia el señor Mateo, medio oculto por la capucha del chubasquero, vio que no tendría más de veinte años— se hizo a un lado y le dedicó una mirada fruncida al perro. Jaime se apresuró a abrir la puerta del patio, aunque hubiese dejado de buena gana al perro allí fuera recibiendo un poco más.

—Adelante, pase usted, señor Mateo.

—Oh, gracias Jaime. Creo que has elegido mal día para salir a dar un paseo. Yo porque no tengo más remedio, si no fuera por este —dijo el señor Mateo, con voz rasgada, tirando un poco de la correa del perro para referirse a él. Este le dedicó una mirada lastimera y se relamió el hocico.

—Vaya que sí. Ha salido un día espantoso.

El señor Mateo cruzó la puerta, y cuando ya comenzaba a caminar hacia el ascensor se giró hacia Jaime y, con una sonrisa de las que encierra la sabiduría en una persona mayor, vaticinó:

—Vete acostumbrando. Esta lluvia no nos va a abandonar en mucho tiempo.

El señor Mateo concluyó su parte meteorológico y siguió su camino seguido por el perro, tan anciano como él, bajo la atenta mirada de Jaime. Por su alegre caminar, y por esa sonrisa que todos los perros saben expresar a su modo, Jaime tuvo la impresión de que el animal ya se veía a salvo de aquella agua que caía incomprensiblemente desde los cielos, y por un momento, a pesar de que también se le ocurrió que el señor Mateo podría dejarle al perro unas horas para enseñarle qué le podría ocurrir cada vez que ladrase, le hizo gracia. Sonrió. En el fondo se conocía a sí mismo. Aunque sus ladridos y aullidos lo desquiciaran y rompieran su concentración varias veces a lo largo del día, sabía que sería incapaz de hacer daño a ningún animal. Él no tenía la culpa, sino el edificio por su estructura endeble y tabiques tan delgados como

una puerta.

Bien, ahora se trataba de seguir adelante con el plan. Cuando se giró hacia la puerta se sorprendió cuando vio que el muchacho ya no estaba allí. No había más tiempo que perder. Cruzó la calle cerciorándose de que no pasara ningún coche y llegó hasta el patio del otro edificio. La cerradura seguía estropeada y en su lugar solo había un negro hueco, lo que le hizo pensar que así se le allanaba el terreno. Miró un segundo atrás. Las esqueléticas ramas de los árboles se mecían con el viento, y desde la calle, se escuchaba claramente su siseo, como si trataran de decir algo. Un río de agua discurría por el asfalto hasta precipitarse por la boca metálica de la alcantarilla. Aquel muchacho y el señor Mateo debían de ser las últimas personas que se habían atrevido a aventurarse en aquel día de perros, porque ahora la calle estaba desierta. Alzó la mirada y examinó, con gesto contraído, las ventanas de su edificio. Había sido un gesto involuntario, como si su mente ya supiese que debía controlar cada elemento de la ecuación.

Empujó la puerta sin más dilación y caminó con dificultad hasta el ascensor. Su cuerpo estaba temblando, por el frío y por la incertidumbre. *Y por el terror.* Ahora que estaba decidido a llamar a la puerta de aquel apartamento, ese era el sentimiento que acrecentó los latidos de su corazón, que anudó su estómago y que secó su garganta como si su saliva se hubiese evaporado. Sin embargo, si quería que todo volviese a su cauce en el interior de su mente, debía hacerlo. Pulsó el botón del ascensor. Este se iluminó en rojo dibujando una flecha que apuntaba al suelo. Echó un vistazo al patio mientras el ahogado sonido del motor del ascensor descendía por el hueco de las escaleras. Era tan parecido al suyo. Seguramente ambos fueron construidos en la misma época, incluso por la misma promotora. *Chapuzas del norte S.A.* Y un bonito eslogan: *Compre barato y viva en un infierno el resto de su vida.*

El ascensor se detuvo en la planta baja, con una sacudida similar al suyo. Entró dentro y pulsó el botón raído con el número 6 grabado en él. El botón estaba parcialmente chamuscado, como si alguien le hubiese aplicado la llama de un mechero.

El ascensor cerró sus puertas metálicas con tanto apuro que por un momento Jaime creyó que iban a quedarse atascadas a medio camino, y después de una atemorizante convulsión y un chirrido de los cables de sujeción, inició el ascenso.

El ascenso a la sexta planta.

En el transcurso del corto e intenso viaje, Jaime cayó en la cuenta de que no había pensado en Noelia durante toda la mañana. Ni tampoco en Javier, y no haber pensado en él le hizo sentir culpable en cierto sentido. Cuando iba por la quinta planta, fue cuando recordó que esa tarde debía estudiar con él para el examen de Lengua de mañana. En cuanto a Noelia... en cuanto a ella prefirió dejarlo como estaba, nadando en una burbuja aletargada, y menos aún ahora que el ascensor había llegado a la sexta planta y, asediado por un estado de nerviosismo que parecía encoger su tamaño hasta lo más ínfimo, se disponía a llamar a la puerta. *La puerta del edificio de enfrente. La puerta donde, gracias a ellos, ahora habitaba el diablo.*

Como había supuesto, el timbre no funcionaba. Un hedor a tubería rancia flotaba en el rellano, y aunque a su derecha había una estrecha ventana que daba a un patio de luces, la oscuridad de esa lóbrega mañana casi llegaba a transformarse en penumbra en aquel reducido espacio. Miro a un lado y a otro, invadido por una sensación extraña de estar siendo observado, y alzando el titubeante puño, golpeó la puerta, sin mucha fuerza, como si así pudiese evitar que los vecinos contiguos lo escuchasen. Esperó. Podría decirse, se dijo a sí mismo, que más que golpear la puerta le había proporcionado una mortecina caricia. Fijó la mirada en la mirilla de la puerta, con aire nervioso, esperando que de un momento a otro una sombra se deslizase de izquierda a derecha hasta ocupar por completo la pequeña y deslustrada lente que se abombaba sobre la madera. Movía sus piernas arriba y abajo como si se estuviese orinando y, a pesar del intenso frío, sintió una gota de sudor deslizarse desde su sien hasta la mandíbula. Esta la notó tensa, apretando los dientes, como si estuviese soportando un terrible dolor de estómago. Este lo sintió oprimido, como si se hubiese enroscado accidentalmente en su columna vertebral. Esta se estremeció cuando sintió una gélida brisa acariciarle la nuca, aun estando la

ventana cerrada.

Su cuerpo reaccionaba a un terror intenso y latente, porque al final de toda aquella aventura que él mismo había provocado, lo único que deseaba es que esa puerta se abriese con un hiriente chirrido. Que un hombre andrajoso, cubierto de una fina capa de polvo y una escoba en la mano apareciese al otro lado, e intrigado, le preguntase qué era lo que le había impulsado a llamar a su puerta.

Solo percibió silencio. Un espantoso y sólido silencio que se entremezclaba con aquella pestilencia nauseabunda hasta formar una atmósfera opresiva.

Después de unos segundos, golpeó la puerta con más fuerza, insistentemente. La puerta le devolvió un sonido ahuecado y crepitante, como si las astillas de su interior se hubiesen encajado unas con otras. Si había alguien en el interior de la vivienda, sin duda lo habría oído.

La esperanza se difuminó cuando transcurrió más de un minuto y nadie salió a recibirlo. Lo que quedó en su lugar fue una sensación de ahogo que le exprimió el aire de los pulmones. Sin embargo, logró, no sin esfuerzo, controlar su respiración. Aunque no fue consciente, había contemplado esa posibilidad, y su mente, trabajando en un segundo plano y a espaldas de su pensamiento principal, había logrado hallar una explicación para tal contratiempo. Esta era tan simple como que, mientras absorto escribía en su despacho, el dueño de la casa había hoy dado por finalizada la limpieza y, con la intención de volver mañana, había dejado la persiana subida. Su cuerpo se destensó cuando la dio por válida, y además, ratificaba la opinión de Luis: todo en este mundo tiene una explicación.

Las puertas del ascensor se cerraron repentinamente y, con una violenta sacudida, se puso en movimiento y bajó a alguna planta inferior. Su corazón, al borde del colapso, se aceleró, recreando una sensación parecida a tener fragmentos de hielo en vez de sangre recorriendo sus venas.

Relájate, solo ha sido el ascensor. Pareces un chiquillo, un puto chiquillo.

Pero, en el fondo de su fuero interno, sabía que tenía motivos para estar asustado. No. Para estar aterrado, como un conejo acosado por un zorro en una oscura madriguera sin salida. El siguiente paso, que su mente alternativa ya no tuvo tiempo de considerar, brilló en su mente, claro, resolutivo. Si el dueño ya se había ido de la casa, quizá sus vecinos supiesen algo de él. El objetivo, sin

duda, era averiguar algo sobre el propietario de aquella casa, lo que fuese con tal de que acallase sus pensamientos más perniciosos, porque sin esa idea, sin ese último peldaño podrido y roído, ya no le quedaba nada. Solo un oscuro y húmedo pasillo hacia el terror más absoluto, hacia la irremediable aceptación de la existencia del diablo.

Elaboró una excusa plausible, se mojó los labios resecaos por la tensión y pulsó el timbre de la puerta a su izquierda. La placa metálica de un color pajizo rezaba ‘Sr. Padilla López y Sra. Aguirre Castillo’. Supuso que sería un matrimonio de avanzada edad, por el simple hecho de que nadie más figuraba en la placa, pero, mientras esperaba ansioso a que alguien abriese la puerta, creyó que era la estupidez más cándida que se le había cruzado por la cabeza.

Escuchó unos pasos al otro lado, lentos y sigilosos, arrastrándose por el suelo, como si trataran de pasar inadvertidos, pero sin éxito. Luego, la mirilla se oscureció. Jaime, con el objetivo de infundir confianza, trató de mostrar una expresión amistosa, expulsar la tensión que anudaba los rasgos de su cara, y sorprendido, descubrió que le dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes.

Pasaron unos silenciosos segundos, pero la puerta no se abrió. Estaba convencido de que si decidiese acercar el oído a la hoja de la puerta, escucharía una respiración pausada, intentado pasar desapercibida. Quien quiera que fuese, estaba examinándolo a través de la mirilla, aferrándose a la firme convicción de que su presencia no había sido descubierta. Si no hacía algo, pensó, esa puerta jamás sería abierta.

—¡Buenos días! —dijo el escritor, alzando la voz, más temblorosa de lo que habría deseado—. Soy Jaime, un vecino del edificio de enfrente. Perdone que le moleste, pero quiero hacerle una pregunta sobre el piso vacío de aquí al lado.

La puerta permaneció cerrada. Jaime estaba valorando llamar a la siguiente vivienda a su derecha cuando el hosco y metálico sonido de un cerrojo al descorrerse se escuchó al otro lado de la puerta. A continuación, el eco de la llave al girar lentamente sobre la cerradura reverberó en el angosto rellano. La puerta se entreabrió haciendo chirriar las bisagras y por la abertura Jaime pudo observar el rostro marchito de una anciana estudiándolo con mirada desconfiada. Llevaba el cabello cano recogido en un moño, lo que dejaba al descubierto sus ojos vidriosos, de un azul apagado que, en su juventud, debió de dotarla de una mirada hermosa y penetrante.

—¿Qué desea? —dijo la anciana, con recelo. Su voz temblaba por la edad,

como si sus cuerdas vocales estuvieran enredadas entre sí.

Jaime, tratando de infundir confianza, sonrió. Después de todo, parecía haber acertado con la edad de los propietarios cuando estudió los nombres grabados en la placa metálica. Conocía a la mujer de vista y, en cierto modo, ese hecho lo tranquilizó. En alguna que otra ocasión se había cruzado con ella por la calle cogida del brazo de su marido, y también en el supermercado situado a pocas manzanas de allí, pero no sabía si ella lo reconocería.

—Buenos días, disculpe que le moleste. Vivo en el edificio de enfrente, también en la sexta planta, como usted. Desde mi casa he visto que esta vivienda —explicó señalando la puerta allanada— está desocupada, y mi mujer y yo nos preguntábamos si su dueño la tiene puesta a la venta. Podríamos estar interesados en comprarla, ¿sabe?

Jaime quedó satisfecho consigo mismo cuando logró exponer su mentira sin titubear, y creyó que fue un acierto incluir, improvisadamente, a Noelia en ella. Sin duda, abriría la confianza de la mujer, y pareció dar resultado, porque la anciana abrió al completo la puerta como si su temor hubiese desaparecido.

—¡Amparo! ¿Quién es?

La voz, ronca pero debilitada, de quien dedujo que debía de ser su marido provino desde el interior de la vivienda.

—¡Es un vecino del edificio de enfrente! —gritó la mujer ladeando costosa y ligeramente la cabeza hacia atrás— ¡Pregunta por la casa de al lado!

Jaime caricaturizó una sonrisa. Si la pareja de ancianos seguía hablando a gritos, con toda probabilidad iba a enterarse todo el edificio de su presencia y de sus falsas intenciones.

—¿Sabe si últimamente ha venido por aquí? Me gustaría hablar con él personalmente —inquirió. Una pregunta directa y sencilla que podía resolver sus miedos. *O alimentarlos, no te olvides de la otra cara de la moneda.*

Durante un eterno segundo la mujer lo escrutó con la mirada, frunciendo el ceño. En ese interminable segundo, Jaime tuvo tiempo de descartar al matrimonio como remitente de la carta que había recibido. Sencillamente, no los veía capaces. ¿Por qué lo examinaba así? ¿Habría escuchado ruidos en el piso de al lado la noche del viernes, o solo estaba evaluando al que podría llegar a ser su vecino colindante? Se escuchó un ruido sordo en el interior de la vivienda y a continuación unos pasos fatigosos que se aproximaban. El anciano (su marido) apareció por el pasillo en posición encorvada ayudado de un bastón. Lo cruzaba todo lo rápido que sus viejas piernas le permitían. Sus

gafas, anticuadas y obsoletas, escalaban su nariz al tiempo que arrugaba el rostro para ver desde el final del pasillo quién había llamado a la puerta. Mientras el anciano se esforzaba por recortar la distancia, la mujer, suavizando su gesto, había comenzado a hablar, espoleando sus palabras, como cualquier anciano haría cuando descubre que todavía puede serle útil a alguien.

—Usted se refiere al señor Quiroga. Álvaro Quiroga. Es un buen hombre, sí señor... —La anciana comprimía los labios al hablar, tratando de que la dentadura postiza no se desprendiese de sus encías, conjeturó Jaime. Cuando acabó la frase, el anciano llegó a la puerta y paseó su mirada por el escritor. Sus pobladas cejas formaban un gracioso tejado blanquecino sobre las gafas y su cuerpo temblaba descontroladamente a merced del Parkinson. Sin deferencia por su esposa, se hizo hueco en la puerta y continuó la explicación allí donde ella la había dejado.

—Joven, ese hombre se fue a vivir a Bilbao allá por los 90. Este piso lo guardaba para su hija, creo que se llamaba... —El hombre se mojó los labios tratando de recordar.

—Elena —intervino la anciana en cuanto vio ocasión—. Se llamaba Elena.

—Eso es. Elena. Era una chica preciosa y amable, muy amable. El señor Quiroga quería dejarle el piso a ella para cuando se casara, aunque todavía no estaba prometida, ¿sabe? Pero ocurrió una desgracia, la pobre chica murió en un accidente de tráfico, Dios se la quiso llevar antes de tiempo, y ante los deseos del Señor, nadie puede hacer nada.

—Una auténtica fatalidad, mire usted. Las carreteras son instrumentos del diablo —corroboró la anciana, entrelazando sus viejos dedos a la altura de la cintura.

—¿Pero no viene de vez en cuando a mantener el piso, o manda a algún servicio de limpieza? —indagó Jaime. Por un momento estuvo a punto de decir que había visto la persiana subida desde su casa, pero prefirió guardar ese detalle para sí mismo.

—No, joven. En este piso no ha entrado nadie en muchos años. Si hubiera venido el señor Quiroga lo habríamos sabido, ya que nos llevábamos muy bien cuando su familia vivía aquí. Aquellos eran otros tiempos. Cuando Elena murió, el señor Quiroga y su mujer decidieron cambiar de vivienda, y de ciudad. Ahora el piso debe de ser un auténtico estercolero, pero eso a nosotros

ni nos va ni nos viene, ¿comprende? Él sabrá lo que se hace con sus propiedades —El anciano tomó aire y fijó la mirada en Jaime. La anciana aprovechó la pausa para llevar el peso de la conversación.

—Si usted y su mujer están interesados en comprar este piso, me temo que lo tienen bien difícil. —El anciano miró a su esposa y asintió apretando los labios, como dando por sentado que no había solución alguna. —El señor Quiroga jamás lo alquiló desde que se mudaron, y jamás lo puso a la venta. Supongo que para él sería como desprenderse definitivamente de Elena. Y en esas cosas, joven, lo mejor es respetar las decisiones de los demás. —la anciana esbozó una sonrisa comprensiva y, ladeando la cabeza, observó a Jaime. —¿Se encuentra usted bien? Lo veo pálido, como si hubiese visto un fantasma. ¿Quiere que le traiga un vaso de agua?

Era cierto. Jaime sintió cómo la sangre abandonaba súbitamente su cara hasta quedar dominada por la lividez. El hedor a mueble pasado que provenía del interior del piso de los ancianos, ahora que lo percibía con una intensidad especial, estaba revolviendo las ideas que luchaban por sobrevivir en su mente. La lluvia, que ahora caía con más fuerza, golpeó con insistencia la ventana del rellano, y este, como si un gran objeto celeste hubiese ocupado repentinamente el cielo, se oscureció hasta que la pareja de ancianos no fue más que una silueta formada por sombras. La anciana sacó el brazo y encendió la luz del rellano, también la de su vestíbulo, al tiempo que un trueno se desperezaba entre las nubes. ¿En qué posición lo dejaba toda aquella información? Si nadie, a excepción de ellos dos, había entrado en aquella vivienda, ¿quién había subido la persiana? ¿Quién había mandado aquella carta? ¿Se estaba volviendo loco?

Jaime se dio cuenta de que la mujer estaba esperando una respuesta, con una expresión en su rostro que denotaba preocupación. Solo quedaba la vivienda a la derecha del piso en cuestión, debía tratar de indagar sobre ella, apurar todas las posibilidades.

No está todo perdido, aún puede existir una explicación, cálmate, por Dios, cálmate.

Todo, por extraño e incomprensible que parezca, tiene una explicación en esta vida. ¿Y si te equivocas, Luis? ¿Y si te equivocas?

—No, señora, gracias. Será la tensión, pero enseguida estaré bien —dijo con voz entrecortada. Trató de sonreír, pero solo consiguió esbozar una apática mueca—. Me preguntaba... me preguntaba si la vivienda contigua está

a la venta, a mi mujer y a mí nos daría igual. ¿Saben si vive alguien?

Claro que vivía alguien, se dijo. Aunque no había leído los nombres impresos en ella, había una placa empotrada en la pared a la altura de los ojos. Sin embargo, prefirió hacerse el enfermo, o mejor el tonto, para sacar toda la información que pudiese. Su corazón, latiendo ahora con ímpetu, devolvió el color sonrojado a sus mejillas.

—No, no —respondió el anciano agitando temblorosamente su mano libre a modo de desaprobación—. En esa casa vive un matrimonio joven, aunque se pasan todo el día trabajando. Que nosotros sepamos, no están interesados en vender su piso, pero claro, eso solo lo pueden saber ellos, aunque como le he dicho, seguro que ahora no están.

Una esperanza. Aún tengo una pequeña esperanza.

—Entiendo. No quiero robarles más tiempo. Muchas gracias por su amabilidad y por toda la información que me han proporcionado, mi mujer y yo tendremos que pensar en otras alternativas.

—Un placer, joven, un placer.

Avanzó unos pasos y, bajo la atenta y complaciente mirada de la pareja de ancianos, pulsó el botón del ascensor.

Desde que Jaime llegó a casa había escrito como si ese frío día de otoño fuese su último día en la tierra. Cualquier cosa, cualquier cosa menos pensar en el estrecho margen que quedaba después de hablar con la pareja de ancianos. Cuando llegó la hora de comer optó por seguir escribiendo, además, aunque hubiese intentado meterse algo en el cuerpo, su apetito se perdió en algún lugar del edificio de enfrente.

Cerca de las tres, extenuado, se había echado en el sofá y había intentado dormir un poco antes de que llegasen Noelia y Javier, sin embargo, su mente había hecho sus propios planes. Poco después de arrellanarse en el sofá y cerrar los ojos, afloraron en sus pensamientos todas las posibilidades que, una a una, habían ido siendo desechadas. Explotaron súbitamente, como si hubiesen sido reprimidas dentro de una botella de champán y la hubiesen descorchado sin previo aviso.

La persiana subida no había sido una alucinación. Mientras escribía confinado en su despacho, al otro lado de la calle, a seis pisos de altura, lo observaba como un ciclópeo ojo, oscuro y siniestro. Además, Luis también la había visto. ¿Quién la había subido entonces? La primera incógnita que había surgido desde lo más oscuro de su mente había sido el principio de un largo camino de especulaciones. Según el testimonio de los ancianos, el dueño del piso no lo visitaba desde hacía años (y por el estado deplorable que presentaba, estaba convencido de que no le habían mentado). Cabía la posibilidad, había pensado, de que el fuerte viento de los últimos días hubiese estropeado el mecanismo de la persiana y esta se hubiese enrollado por sí sola. Podía darla como válida, pero entonces, de aquel oscuro pozo de su mente, emergía la segunda incógnita que ahogaba su pecho: ¿quién, entonces, había mandado la carta con aquella vivienda como remitente? Aquella pareja de ancianos la descartó en cuanto vio su fragilidad, y como única posible

solución quedaban los vecinos de la vivienda de al lado. Desconocía quiénes eran, y con la oscuridad en la que se movieron el viernes por la noche, dudaba mucho de que ellos lo hubieran podido reconocer.

Sin embargo, había un hecho que todavía lo descolocaba más si cabía: ¿cómo podía haberse borrado la frase que leyó (y que no dudó ni un segundo de que provenía del diablo) al recibirla cuando fue a mostrársela a Luis? No tenía sentido, y no había sido producto de la sugestión, como pretendía hacerle creer Luis. La había leído, vaya que sí, ni Luis ni nadie podrían convencerlo de lo contrario.

El sueño jamás había llegado y, finalmente, cuando su mente divagaba sin control entre lo natural y lo sobrenatural, había aceptado como una posibilidad más que el ritual de invocación al diablo podía haber dado resultado. A pesar de que utilizaron velas blancas. A pesar de que cuando finalizó, nada ni nadie apareció entre fuegos fatuos, exceptuando el silencio sepulcral cuando sus voces enmudecieron al unísono.

Jaime desistió de su descanso y se levantó cerca de las cinco y media. Aletargado, hizo un rápido repaso al calendario escolar de Javier, aunque fue mucho más efectivo recordar a qué día estaba. Era lunes, y los únicos días de la semana que Javier tenía extraescolares eran los martes y los jueves, que acudía a clases de inglés en una academia a dos manzanas del colegio. Noelia y Javier, pues, no tardarían en llegar.

Fue al baño, orinó, y echó un vistazo al espejo para ver qué aspecto presentaba. Por la oscuridad de su piel, unas ojeras amenazaban con formarse bajo sus ojos. La incipiente barba comenzaba a oscurecer su mentón, moteada por fortuitos puntos blancos, y su cabello alborotado se levantaba por la coronilla, como si un enorme bulto en su cabeza lo empujara hacia arriba. No tenía ganas de afeitarse, ni de peinarse. Supuso que a esas alturas, Noelia ya estaba más que acostumbrada a verlo así, sobre todo cuando, dominado por el éxtasis, se aproximaba al final de una novela, y sí, debía admitirlo, se dejaba abandonar un poco. ¿Pero al principio de un proyecto? Nunca se había sentido así, y lo que ahora lo embargaba era una apatía desmesurada.

Había sido un fin de semana intenso. Solo era el cansancio, nada más. No había que darle más importancia. *¿O sí?*

Sonriendo, negó con la cabeza, apagó la luz del baño y buscó el calor del salón. En cuanto se sentó en el sofá, el teléfono fijo situado en una mesita auxiliar entre la ventana y el sofá sonó. Extrañado, se preguntó cuándo fue la

última vez que lo hizo. Si alguien quería ponerse en contacto con ellos, lo hacía a través de los teléfonos móviles, así pues, el teléfono fijo era prácticamente un aparato inservible que mantenían porque entraba dentro de la cuota mensual de la compañía telefónica.

Lo observó durante unos segundos con la esperanza de que, quien fuera el que llamara, no tardase en colgar por aburrimiento. Al séptimo timbre descolgó de mala gana. Si alguien intenta venderme algo, pensó profundamente irritado, colgaré sin más. Tajante.

—¿Diga?

Silencio.

—¿Dígame, me oye?

Al otro extremo de la línea alguien colgó.

—¿Cómo le ha ido hoy en el cole a mi campeón?

Javier, que había entrado con temor al salón, corrió hacia su padre cuando vio una amplia sonrisa reflejada en su rostro. Jaime lo recibió estrechándolo entre sus brazos.

—¡Papá!

Noelia entró tras él y dejó las llaves sobre la mesa.

—Hola, cariño —dijo con tono derrotado, y desapareció por el pasillo.

Jaime acababa de enfrentarse al temor que había fustigado su mente en los últimos cinco minutos. El desenlace, todo lo contrario a lo que había deseado, fue un encuentro frío y esquivo. Sintió que su gesto se endurecía, pero delante de Javier no podía volver a cometer el mismo error de esa mañana. Separó a su hijo de sus brazos y se obligó a sonreír.

—Bueno, qué. Cuéntame qué has hecho en el colegio.

Javier inclinó levemente la cabeza y le dedicó una mirada cariacontecida.

—¿Ya no estás enfadado conmigo?

Su tono de voz fue tan dulzón a la vez que vulnerable que Jaime fue recorrido por una repentina ola de culpabilidad. Su hijo era de los que no olvidan fácilmente una reprimenda, y por lo que acababa de escuchar, su grito severo y desproporcionado lo había acompañado durante todo el día y, conociéndolo como solo un padre puede conocer a su hijo, probablemente lo habría pasado tristón y lloroso.

—No, cariño. No estoy enfadado contigo —dijo Jaime, apartándole a Javier el flequillo de la frente—. Perdóname, nunca debí gritarte así. ¿Sabes? Hay veces en que uno se despierta con el pie izquierdo y suele pagarlo con quien más quiere.

Javier torció el gesto y dejó escapar una débil sonrisa. Por el brillo de sus ojos, Jaime supo que estaba conteniendo el llanto, una mezcla de sentimientos

entre felicidad y tristeza.

—Papá, ¿qué significa levantarse con el pie izquierdo?

Jaime sonrió.

—Pues significa que desde el momento en que uno se levanta de la cama todo le sale mal, o que se despierta enfadado sin saber por qué. Eso es lo que a mí me ha pasado esta mañana. Puede que haya sido un mal sueño, o que no he descansado lo suficiente, no lo sé, pero cuando me he despertado estaba enfadado sin motivo, y sin quererlo lo he pagado contigo. Pero te prometo que nunca más lo haré. ¿De acuerdo?

Mientes más que hablas. Claro que sabías el motivo, por supuesto que lo sabías.

—¿Un mal sueño es como una pesadilla? —inquirió Javier.

El sonido de la cisterna del cuarto de baño al descargarse se escuchó proveniente del pasillo. Jaime desvió un segundo la mirada hacia la puerta y luego volvió a fijarla en Javier.

—Sí, una pesadilla en toda regla.

—¿Tuviste anoche una pesadilla? —quiso saber Javier, mudando su expresión hasta la inquietud. El brillo acuoso de sus ojos había desaparecido parcialmente.

—Sí, creo que sí. Pero ya no me acuerdo de ella, de hecho, sé perfectamente que cuando he despertado esta mañana se había evaporado... como el humo. —Jaime hizo un gesto gracioso agitando los dedos de su mano con la esperanza de arrancarle una sonrisa a Javier, pero este no sonrió. La duda asomó a sus labios, como si temiese contarle un terrible secreto a su padre. Jaime, que conocía esas dudas en su hijo, esperó enmudecido hasta que Javier finalmente se decidió a hablar.

—Yo también tuve una pesadilla anoche.

Ya está. Ya lo había dicho. Tampoco era tan grave.

—¿Sí? —preguntó fingiendo sorpresa. ¿Qué había de extraño en que un niño de su edad tuviese una pesadilla, y más después de la despacible noche que había pasado, y ya sea dicho de paso, que lo había arrastrado a él mismo en esa noche como una locomotora arrastra tras de sí el negro humo que desprende por la chimenea?—. ¿Y te acuerdas de qué trataba, tuvo algo que ver con lo que pasó en tu dormitorio?

Jaime no supo si había actuado con toda la delicadeza que la situación requería, pero creyó que Javier ya comenzaba a ser lo suficientemente mayor

como para hacerle frente a sus miedos y descubrir que, después de todo, esos miedos solo habitaban en su cabeza.

¿Tú te escuchas, escritor de pacotilla? ¿Por qué no te aplicas el cuento a ti mismo y te dejas de gilipolleces?

—Más o menos. Me acuerdo de que se escuchaban ruidos en la pared, pero no era en mi habitación. Era en otra, y era muy rara, me daba miedo. No tenía puertas, solo una ventana, y la habitación estaba sucia, muy sucia... y solo había un sofá en el medio, viejo, lleno de polvo. No recuerdo más, papá. Creo que me desperté y me volví a dormir enseguida.

Su corazón enredó el ritmo de sus latidos y sintió en su estómago como si una enorme bola de fuego hubiese prendido súbitamente. Luego, ese calor ascendió por su esófago hasta reseca su boca. Trató de conservar la calma, incapaz de creer lo que estaba escuchando de su hijo, e indagó un poco más, simulando sorpresa.

—Vaya, sí que parecía una mala pesadilla. ¿Y qué más recuerdas? Venga, cariño, haz memoria. Ya sabes lo que siempre te digo, si cuentas las pesadillas, luego tu mente hace que no vuelvan a repetirse.

Javier miró a un lado, luego al otro, tratando de recordar.

—No sé, estaba muy oscuro, por la ventana no se veía nada, como si fuera de noche, y por las paredes había como venas secas, negras.

Jaime cerró los ojos por un instante, sin poder evitarlo, y notó cómo su mente se nublaba igual que el día. Por Dios, era la misma pesadilla que tuvo él días antes, pensó aterrado. ¿Cómo era posible? ¿Qué posibilidades existían de que Javier hubiese soñado con la misma habitación? Infinitas, era más probable que un meteorito surcase el cielo y aterrizara en mitad de su cabeza.

Escuchó abrirse la puerta del cuarto de baño y a continuación los tacones de Noelia cruzar el pasillo. Entró en el salón y, al menos, se acercó y le dio un fugaz beso en los labios. Estaba convencido de que, si Noelia aguzaba el oído, podría escuchar los latidos de su corazón hirviendo en su pecho.

—¿Cómo estás, cariño? —preguntó Noelia, sin mucho interés, al modo de ver de Jaime—. ¿Has escrito mucho hoy?

—Hola, cielo. La verdad es que hoy ha sido un día espléndido. Esta mañana he escrito más de dos mil palabras, un poco más y se me fríe el cerebro. —¿Acaso no se lo acababa de freír Javier? se dijo, con un terror gélido envolviéndole el corazón.

Noelia acarició el cabello de Javier y dibujó una media sonrisa que a

Jaime se le antojó condescendiente.

—Vaya, son muchas para una mañana, me alegro de que estés tan centrado en tu trabajo. ¿Y estás satisfecho con lo que has escrito?

Jaime la observó detenidamente. Por su expresión distraída, tuvo la sensación de que Noelia había lanzado aquella pregunta sin el mínimo interés por la respuesta, como si esa conversación fuera un mero trámite entre un matrimonio que hubiera que pasar forzosamente cuando no se habían visto durante todo el día.

—No he leído el resultado final todavía, pero creo que sí, es, no sé cómo explicártelo, como si la novela formara parte de mí y simplemente hubiera de escribirla sin que me cueste mucho esfuerzo. Como si copiara el texto de mi cabeza, eso es.

—Ah, muy bien, así parece mucho más fácil.

¿Así parece mucho más fácil? Jaime, por un ínfimo instante, logró desprenderse de la pesadilla común que habían sufrido Javier y él. ¿Dónde estaba la emoción y la alegría que mostró Noelia la semana pasada cuando le habló de su nuevo proyecto? Sabía lo importante que era, y que seguía siendo para ellos, para su futuro, y ahora tenía la sensación de estar hablando con una desconocida, o al menos con una Noelia totalmente distinta. De pronto, ya no le apetecía seguir manteniendo una conversación con ella, y de nuevo, afloró esa actitud camaleónica que se apoderaba de él sin ser consciente de ello.

Se inclinó en el sofá y se dirigió a Javier.

—Bueno, tendremos que preparar el examen de mañana, ¿no te parece, muchachito? Te preparo la merienda mientras tu madre desconecta del trabajo y empezamos.

—¡Vale, papá! Leche y galletas, por favor. De esas redondas.

Noelia, con una lenta caída de párpados, pareció dar las gracias porque la conversación finalizara ahí mismo.

—Te lo agradezco, cariño. Si no te importa, voy a darme una ducha, estoy agotada.

—Claro, claro. Relájate. Ya me encargo yo de todo.

Menos de mantener mi cabeza cuerda.

Cuando Noelia desapareció por la puerta del salón, Jaime cayó en la cuenta de que no le había preguntado a Noelia por su día, ni tampoco si se había vendido algún libro suyo. Aunque conocer las ventas de sus novelas en la tienda de Noelia era algo intrascendente, para él era como un pequeño vicio,

algo que le gustaba saber cada día, como si fuera un pequeño termómetro que marcaba una resumida muestra de sus ventas globales del día. Se dijo a sí mismo que luego se lo preguntaría. Ahora, Javier requería su atención.

Padre e hijo se habían encerrado en la fría habitación de este último para abordar los artículos determinados y los indeterminados, una letanía de vocabulario obligado y las reglas de acentuación. Durante tres cuartos de hora, ya que a Javier no le hizo falta más tiempo porque se sabía la materia bastante bien, estuvieron repasando los temas, y durante todo ese tiempo Jaime estuvo tan pendiente de Javier como de los sonidos que provenían del edificio.

La lluvia había cesado, pero cuando cayó la noche, el fuerte viento seguía presente, aullando y silbando como si fueran voces, voces de personas muertas, fue lo que pensó Jaime.

Faltaban diez minutos para las siete, y Jaime decidió trabajar un poco más antes de la hora de cenar. La personalidad de uno de los protagonistas no le convencía, y quería repasar el efecto final antes de que fuera demasiado tarde y en un futuro tuviera que cambiar toda la novela.

Salió de la habitación de Javier mientras este, sin perder ni un solo segundo, ya estaba encendiendo la tablet acurrucado en la cama, con una manta de spider-man cubriéndole hasta el pecho. No habían vuelto a tocar el tema de la pesadilla, aun sin podérsela quitar de la cabeza, pero se había propuesto mantener una férrea vigilancia sobre Javier sin que él se viese afectado y tratando de no despertar en su hijo un temor innecesario, dando uso de una sutil indagación.

Cuando cerró la puerta, la palabra *trabajar* se clavó en su mente como un dardo envenenado. Sí, lo que hacía era trabajar, muchas más horas que Noelia, todos los días de la semana, sin embargo, lo invadió esa sensación que detestaba, pero que siempre estaba presente, en mayor o en menor grado, para restregar su autoestima por el fango. ¿De qué servía todo el esfuerzo? Si cobrase por horas, sin duda su cuenta corriente sería ahora mucho más abultada, pero no era el caso, ni tan siquiera se aproximaba. Era la sensación

de estar perdiendo el tiempo (mucho tiempo, de hecho) en algo que no se traducía en lo que la vida cotidiana esperaba de él. La verdadera cuestión que lo atormentaba era: ¿de verdad valía la pena todo el tiempo que pasaba encerrado en su despacho por mil euros al mes, si es que llegaba a alcanzar esa cifra? Sí, tenía claro que disfrutaba con ello y que era su pasión, pero había veces en la vida en las que había que elegir si vivir con pasión o vivir con dignidad.

Como la mayoría de veces en que se dejaba dominar por ese pensamiento, se dijo a sí mismo que si el libro que tenía entre manos no lograba auparlo aunque solo fuera un peldaño, sería el último que escribiría. Buscaría otro trabajo, en lo que fuera, dando clases, como mozo de almacén, cualquier cosa sería más provechosa. O quizá podría pedirle trabajo al señor Pineda, y este no podría negarse, aunque solo fuera por el bien de su nieto. Sonrió amargamente. Por nada del mundo trabajaría en la que fue la empresa de su suegro, antes preferiría mendigar por las calles, acomodado en la puerta de un supermercado, o limpiando cristales en un semáforo concurrido.

Mientras cruzaba el pasillo procuró librarse de ese insano pensamiento como siempre había hecho: avivando la esperanza, por mucho que esta fuese cada vez más estrecha. Pasó por delante del salón. En el pasillo hacía un frío de mil demonios. Abrió la puerta y se dirigió a Noelia que, con la televisión encendida y a la que no prestaba la mínima atención, jugueteaba con su teléfono móvil. *Hablar, eso es lo que está haciendo. Está hablando con alguien.*

—Voy a trabajar un poco más, cielo. ¿Necesitas algo?

—Oh, perfecto, nada. Aquí estoy calentita, ¿qué más puedo pedir? —Hizo una leve pausa, como si no supiera qué más decir. —¿Cómo ha ido el estudio con Javi?

—Perfecto, se lo sabe todo muy bien. Yo creo que hará un examen de diez.

—Tenemos un hijo muy listo —afirmó Noelia, y sonrió.

Jaime sonrió también y cerró la puerta. El perro del piso de arriba había comenzado a correr por toda la casa después de estar, supuso, durmiendo una siesta como solo un perro es capaz de dormir. Giró por el pasillo, aunque antes de entrar en su despacho sintió que las tripas le rugían como si un zoológico se hubiese formado dentro de él. Fue entonces cuando recordó que no había comido nada en todo el día. Decidió pasar primero por la cocina y allí se cortó un trozo de pan y le metió un par de lonchas de jamón.

Cuando se encerró en su despacho, su mirada se vio atraída por la ventana de enfrente. Allí, a pocos metros, seguía abierta, oscura, imponente. Por primera vez, advirtió que las ventanas colindantes estaban iluminadas. Debían de ser la pareja de ancianos y la familia a la que se refirieron. ¿Quiénes serían?

Al tiempo que daba un bocado al pan, se preguntó si no era ya suficiente, si lo mejor no sería dejarlo correr y no volver a pisar aquel edificio en su vida. Sin embargo, por otro lado la curiosidad y el terror le instaban a obrar de forma distinta. Le decían una y otra vez que debía averiguar quiénes eran y si cabía la posibilidad de que hubiesen sido ellos los que habían mandado aquella carta sin remitente, porque si no habían sido ellos, oscura y delirantemente, se habían agotado todos los candidatos, excepto uno. Uno.

Su cuerpo se dirigió, como guiado por una fuerza sobrenatural, hacia el cajón donde guardaba la carta. Mientras lo abría, sintió cómo la comida masticada en su boca se negaba a traspasar la garganta. Abrió el cajón, rebuscó entre los papeles y sacó la carta como quien saca a un ratón de su jaula. Con cierto temor, esperaba que la frase que había en ella escrita, y que Luis nunca llegó a ver, hubiese reaparecido como por arte de magia, pero el contenido estaba en blanco, como si después de haber cometido la misión de grabarse a fuego en su mente, hubiese desaparecido para no dejar rastro, algo parecido a *deshazte del cadáver antes de que las pruebas echen a la policía encima tuyo*. Por un momento se sintió confuso y se preguntó si quizá sí que fue la maldita sugestión la encargada de hacerle ver cosas donde no las había, una especie de advertencia para chillarle al oído que con el diablo no se juega.

Desde luego que había aprendido la lección, pensó sin apartar la mirada de aquella cuartilla en blanco, sintiendo de pronto cómo el cansancio acumulado del largo día se adueñaba de su cuerpo.

Echó un vistazo al montón de papeles que atestaba el cajón. La esquina de la hoja en donde escribió las frases de invocación asomaba entre un bloque de sobres abiertos. Dejó la carta sobre la mesa y lo sacó cuidadosamente. Su mente dijo que no, pero sus ojos ya habían comenzado a leer las seis frases, una por una, despacio, asimilando cada palabra.

'Belcebú, súbdito de Dios Todopoderoso, ven a nosotros, muéstrate tal y como eres'

Después de leer la última oración, se arrepintió de haber sido tan osado.

Aunque no creyese en el diablo, algo que ahora no tenía tan claro, jamás debía haber escrito una oración con tintes provocativos. Arrepentido, no pudo evitar que su columna vertebral se estremeciera. ¿Habría despertado algo aquella frase?

Negó con la cabeza incapaz de imaginar una cosa así y volvió a guardar la hoja con las oraciones y la carta al fondo del cajón. A continuación, lo cerró con la férrea intención de no volver a abrirlo en mucho tiempo.

La puerta del despacho se abrió de pronto. Noelia asomó levemente la cabeza. Jaime se giró con brusquedad, con una expresión en su rostro capaz de inocular el terror a quien le mantuviera la mirada. Si hubiera irrumpido en el despacho un minuto antes, lo habría sorprendido con las hojas en las manos y, bajo ningún concepto, quería que Noelia descubriese lo que habían hecho Luis y él. Un sentimiento de cólera nació en él como una sombra deslizándose sigilosamente entre sus pensamientos, luego, con la misma fugacidad con la que había aparecido, se difuminó. El único vestigio que quedó de ese sentimiento fue una dócil cuestión que martilleó su cerebro, sin pausa, rítmicamente: *¿por qué cojones tenía que interrumpirlo cuando se disponía a trabajar?*

—Perdona que te moleste —susurró Noelia. Luego, después de ver los ojos dilatados de Jaime, preguntó—: ¿Estás bien? Tranquilo, solo soy yo, parece que hayas visto un fantasma.

—Adelante, pasa cariño —dijo Jaime, relajando sus facciones y fingiendo una sonrisa que supuso que no engañaría a nadie, y menos a Noelia—. No es nada, solo que me has dado un susto de muerte.

De muerte.

Noelia le devolvió la sonrisa, artificial y frígida sin desearlo, pero tampoco ella consiguió engañar a Jaime. Resultado al final del partido: empate a uno.

—Ahora que estamos solos, quería decirte que habrá que ir mirando los regalos de Javi para Navidad —susurró. Si querías mantener algo en secreto en aquella casa, había que susurrarlo—. Acabo de hablar con Carolina y me ha dicho que en la tienda de juegos de la avenida tienen la videoconsola que quiere con un cinco por ciento de descuento hasta final de mes.

Jaime consideró la sugerencia de Noelia por un segundo. Los regalos que pedía Javier, como cualquier niño, no eran baratos, precisamente. La videoconsola que ansiaba, y por la que sería capaz de estar comiendo

verduras durante un mes, costaba trescientos euros. Cuando pensó en la cifra, su estómago se revolvió. Sin embargo, obviar el deseo más inocente de su hijo (su único hijo) porque para su ajustada economía era un regalo excesivamente costoso, era algo que ni él, ni Noelia, se habían planteado, ni siquiera mencionado con expresa sutileza. Su mente, trabajando ahora al doscientos por ciento, hizo un apresurado repaso a la familia que podía reunir el matrimonio, y fue tan fugaz y volátil, que solo tuvo que emplear para tal labor escasos segundos, mientras Noelia lo observaba, impaciente, esperando su respuesta respecto a la maldita videoconsola. Noelia era hija única. Él tenía un hermano dos años mayor, Jorge Murillo, con quien mantenía una relación, literalmente, inexistente. Su mente viajó a la velocidad de la luz hacia un pasado no demasiado lejano. Como una ajustada máquina del tiempo, se detuvo doce años atrás, cuando su madre, quien siempre había gozado de buena salud, murió de un ataque al corazón cuando luchaba con fervor contra una súbita tormenta de verano para evitar que el fuerte viento que se había levantado no arrancara los toldos desplegados, y que se agitaban con violencia, en la amplia terraza de su casa. En algún momento durante el desaforado esfuerzo se le fracturó el corazón, al igual que una fina capa de hielo a finales de invierno, y se detuvo definitivamente una semana después, en una fría habitación de la UCI, en el Hospital Universitario 12 de Octubre.

En cuanto a su padre... nunca pudo superar la muerte de su esposa. Su corazón, como una perversa y maquiavélica metáfora escrita por la muerte, se rompió el día en que su esposa falleció. La soledad y el pesar se encargaron de apretar la soga, y dos años después, un domingo como otro cualquiera en que Jaime solía acudir a visitarlo para comer con él y brindarle un poco de compañía, lo encontró sin vida sentado en el sofá frente a la televisión, con una lata de cerveza derramada sobre sus piernas, con la boca desencajada y la mirada vacua fingiendo prestar atención a un documental sobre la fauna en la sabana africana. Para Jaime fue el primer (y único, al menos hasta la fecha) cadáver que presenciaba en su vida, pero que este fuera el de su padre fue una aterradora experiencia que se soldó a los archivos de su memoria. Durante los siguientes cuatro meses fue asediado por interminables pesadillas donde, en la mayoría de ellas, su padre, consumido por la muerte y rígido como una lápida, cobraba vida repentinamente, inspirando un aliento sibilante e interminable. Luego, mientras sus huesos crujían y luchaban por encajarse unos con otros, lo escrutaba con mirada desorbitada, con una membrana blanquecina cubriendo

sus ojos (*la eterna niebla*, pensaba/soñaba siempre), confiriendo a su demacrado rostro una expresión estremecedora, y a continuación, entre chillidos ininteligibles que se embarullaban obscenamente con los chasquidos de su mandíbula agarrotada, lo acusaba de su muerte por haberlo dejado solo.

Solo.

Solo en aquella casa, impregnada de recuerdos tan felices en su día como dolorosos en el presente. Su mujer, hermosa y fascinante, cocinando la comida especial de los domingos, mientras él corretea riendo y gruñendo tras sus dos hijos por toda la casa. Arrojando a Jaime los días de tormenta y convenciéndole de que papá está allí, y mientras eso sea así, nada malo le sucederá. Enseñándole a hacer el nudo de los zapatos, a cortar la carne con cuchillo y tenedor.

—Jaime, ¿me estás escuchando lo que te digo? —dijo Noelia, con expresión desconcertada.

Jaime pareció despertar de un sueño. Por un momento, mucho más amplio de lo que creía, se había dejado embargar por los recuerdos. Tristes y acusadores recuerdos. Al final del fugaz recorrido por su memoria los únicos que quedaban para poder echarles un cable eran sus suegros, lo que equivalía a decir que no les quedaba a nadie. Suspiró profunda y angustiosamente cuando acabó admitiendo que debían ser solo ellos los que soportaran el terrible mordisco en la cuenta corriente que todos los años les asestaba las navidades.

—Sí, sí. Me parece bien —respondió, aunque tuvo la sensación de que sus palabras flotaban sin control por su despacho—. Si podemos ahorrar algo de dinero bienvenido sea, y cuanto antes la compremos, más barata saldrá.

Noelia le mantuvo la mirada un instante, estudiando el repentino acceso de desconcierto de su marido, como si dudase de si realmente Jaime había asimilado la idea.

—¿Te encargas tú de comprarla entonces?

—Sí, yo me encargo de todo —dijo Jaime. Para entonces, ya había recobrado la luz en su mirada y la firmeza en sus palabras.

—Recuerda, solo hasta finales de mes.

—Captado. Iré esta semana sin falta —sentenció Jaime—. ¿Compro el resto de regalos allí también y lo financiamos en seis meses? —*Dios mío, seis meses pagando una letra de a saber cuánto.*

—Es la única manera de hacerle frente, ¿no? —dijo Noelia con expresión

cansada, aunque Jaime no supo discernir si lo estaba por el trabajo o por la insostenible situación económica que atravesaban. De pronto sintió que debía justificarse ante ella, aunque solo fuera por intentar cambiar aquella expresión en su mujer que alentaba su sentimiento de culpa.

—Te prometo que las cosas van a cambiar. Esta novela tiene que ser nuestro trampolín hacia una vida mejor, estoy convencido —dijo sonriendo, aunque, después de todo, fuese una sonrisa desesperanzada. Noelia le devolvió la sonrisa.

—Estoy segura de que sí —Noelia hizo una pausa y añadió—: Anda, enciéndete la estufa o te vas a congelar aquí dentro. Te dejo que sigas trabajando.

Noelia salió del despacho y cerró muy despacio la puerta tras de sí. Jaime, inmóvil junto a la mesa de su despacho, detectó algo en su mujer. No sabía todavía lo que era, pero no era nada bueno. Mientras afuera comenzaba a llover de nuevo, un pensamiento se plasmó en su mente hasta que este fue difuminándose poco a poco, como un destello en la retina, hasta desaparecer por completo:

Confía en mí, por favor.

La lluvia cobró más intensidad cerca de las diez de la noche. El cielo, tan opaco que daba la sensación de no existir ni de haber existido nunca, arrastraba consigo la oscuridad hasta la carretera M-823. Desde las alturas podía verse claramente cómo los faros de un coche avanzaban despacio siguiendo el perfil de la carretera.

El conductor, Arturo Cisneros, comercial de Suministros para las Artes Gráficas SGT S.L., se aferraba al volante de su Audi A4, casi rozando su rollizo pecho contra el volante, con la inquietante sensación de que en cualquier momento perdería de vista la carretera y acabaría siniestrado en la cuneta, o peor aún, empotrado contra alguno de los pocos árboles que la flanqueaban.

Soltó un segundo el volante y se subió las gafas que se escurrían sigilosamente por el puente de su nariz. Arturo detestaba conducir bajo la lluvia, y más aún cuando no conocía la carretera. Al tiempo que en la Cadena Ser se preparaban para emitir un avance informativo, su mente divagaba entre lo que podría sucederle para con la empresa si finalmente acababa sufriendo un accidente. Y todo dependía, naturalmente, del estado en que quedara el coche. El estado en quedara él, bajo su punto de vista, sería algo secundario para la empresa.

Arturo llevaba trabajando para SGT dos meses. Hasta entonces lo había hecho para la competencia, una empresa malagueña de mucha menos envergadura, pero fue SGT quien lo había fijado en su punto de mira y, como si fuera una auténtica depredadora del mercado, sus directivos se habían puesto en contacto con él ofreciéndole una suculenta cifra al mes que mejoraba notablemente su nómina actual. Su pensamiento más íntimo, acompañado de una sonrisa complaciente, fue que ridiculizaba hasta lo irrisorio su actual salario. Tras sopesarlo concienzudamente con su mujer durante una semana,

barajando los pros y los contras de cambiar de empresa a sus cuarenta y seis años, decidió acceder, porque era lo justo, pero también porque era el cambio con el que había soñado todos estos años, y ese fue uno de los motivos principales para decantar la balanza hacia el lado de SGT. Se pasaría la semana entera viajando por toda España, como hacía antes, pero con un coche mejor, con mejores comisiones, con una nómina fija que helaba la sangre y avalado por una gran firma, lo que conllevaría más clientes, por lo tanto, más dinero, más trabajo. El único inconveniente que marcaba el contrato eran sus salidas al extranjero: Alemania, Francia e Italia. Pero estas salidas, según le informaron, serían esporádicas y, aunque no se lo comentó a su mujer, era algo que le atraía. Un cambio de aires, ver algo de mundo.

Arturo sabía lo que SGT quería de él: única y exclusivamente su amplia cartera de clientes. Él, al cabo de un año, cuando SGT la hubiera absorbido como si fuera una sanguijuela del Amazonas, sería prescindible y reemplazable, por la inapelable razón de que había dejado de ser Arturo Cisneros Gil para convertirse en un número. Agente 034. Pero el cambio valía la pena, claro que sí. No tenía por qué ocurrir ninguna hecatombe mientras se ciñese a las condiciones de SGT y cumpliera religiosamente con sus objetivos de venta.

Arturo alargó el brazo y apagó la radio. Bajo la intensa e incesante lluvia que repicaba violentamente en la carrocería del coche, comenzaba a embargarlo una sensación de inquietud, y en esos momentos de inseguridad, lo cierto es que se sentía más tranquilo escuchando el ruido natural de la carretera. Los limpiaparabrisas se esforzaban por escupir el agua de la luna delantera. Había partido desde Murcia hacía más de tres horas y media en dirección al Hotel EuroRoom de Madrid, y a consecuencia de la lluvia había tomado una salida equivocada que reestructuraba la ruta a seguir. Dejando a un lado los improperios y maldiciones que brotaron de su boca, el error había sido notorio, ya que se había internado en una solitaria carretera secundaria tan oscura como el pelaje de un cuervo. Observó con aire nervioso los flancos de la carretera. Lo que predominaba, sin duda, era la oscuridad. De vez en cuando los faros alumbraban esporádicos árboles plantados junto a la cuneta que aparecían súbitamente como siluetas fantasmagóricas, y algún que otro caserío hacia el interior que, por el aspecto ruinoso que presentaban, parecían abandonados, o al menos, inhabitados.

Según el GPS del vehículo faltaban 40 minutos para llegar al hotel, veinte

más de no haberse equivocado de salida cuando adelantó a aquel camión que circulaba con demasiada precaución para su gusto. Trató de relajarse y, levantando levemente el pie del acelerador, se aflojó el nudo de la corbata. Su cara mofletuda temblaba con las irregularidades del asfalto. ¿Qué eran veinte minutos más después de un largo viaje? No mucho. Sin embargo, lo que le preocupaba era esa carretera donde lo único que podía vislumbrar era la ciudad iluminada en el horizonte, borrosa y difuminada por la capa de lluvia.

Arturo fue invadido por una sensación de extrema soledad, como si al irrumpir en esa carretera secundaria hubiese atravesado una dimensión paralela, una dimensión en la que él era el único habitante de la tierra. Si al menos se cruzase con un coche, pensó, pero luego reflexionó y supuso que, con la que estaba cayendo, nadie en su sano juicio utilizaría aquella carretera, a no ser que viviese cerca, y por lo que podía apreciar, esa extensa zona apartada estaba desierta, sin casas iluminadas, solo casones vacíos, oscuros.

Solo para demostrarse a sí mismo que esa idea de que era el único habitante en la tierra era producto de las circunstancias y de la inquietud que le atenazaba el corazón, cogió el teléfono móvil y llamó a Cristina, su mujer. Escuchar su voz lo tranquilizaría y, por supuesto, también la tranquilizaría a ella saber que él estaba bien. El dispositivo de manos libres se conectó de inmediato y dio el primer tono.

Al segundo tono, como si Cristina llevase el teléfono atado a la muñeca, descolgó:

—Hola cariño —susurró, con tono dulce—, por fin me llamas.

—Hola mi vida —dijo Arturo empleando la misma entonación. Escuchar la tierna voz de su mujer, aunque poseyese un deje metálico a causa de la línea telefónica, lo liberó de aquella sensación que comenzaba a tornarse angustiosa. Después de todo, la tierra seguía su curso—. Te echaba de menos.

—Y yo a ti, cielo. ¿Has llegado ya al hotel?

Por un segundo Arturo dudó si contarle la verdad o mentirle para evitar que se preocupara innecesariamente. Acabó, como siempre hacía, diciéndole la verdad, aunque no toda la verdad. Omitiría el oscuro y solitario pozo por el que se había adentrado, y también la lluvia torrencial que obstaculizaba su visión y que, por el momento, no parecía que fuera a remitir.

—No, todavía no. Me he equivocado de salida y me he metido por otra carretera. —Arturo echó un rápido vistazo al colorido panel central del coche. —Según el GPS no tardaré más de veinte minutos en llegar.

—Vaya, que incordio. Estarás cansado de tanto viaje, cariño. Piensa que son solo unos minutos. Cuando llegues llámame, yo estaré despierta esperándote.

Si Cristina hubiese sabido en el momento de pronunciar esas palabras que jamás recibiría esa llamada, le habría suplicado que diese la vuelta inmediatamente antes de que fuese demasiado tarde.

—Estoy acostumbrado a viajar, ya lo sabes —dijo Arturo sonriendo—. Te prometo que en cuanto llegue y cruce la puerta de la habitación del hotel te llamo. ¿Los niños están durmiendo?

—Sí. Claudia quería esperarse a que llamas, pero se hacía tarde y la he tenido que *amenazar* para que se fuera a la cama. Ahora están dormidos los dos. Llevan toda la tarde hablando de ti, y se mueren por verte... igual que yo.

Arturo sonrió cuando imaginó a sus dos hijos durmiendo, tapados con las mantas hasta la cabeza. Por un segundo alzó la mirada hacia el manto negro de la noche. Sus músculos se relajaron cuando vio que la lluvia caía ahora con más suavidad, casi de forma hipnótica. El cuadro abstracto que en la lejanía formaban las luces nocturnas de la ciudad había aumentado de tamaño, lo que significaba que se estaba acercando a la capital. Redujo la velocidad y tomó una curva cerrada, pero el coche respondió sin contratiempos aferrándose al asfalto como un escalador clavaría sus uñas en la roca al perder pie repentinamente.

—Yo también me muero por verte, mi amor. Escucha —dijo dotando a su voz con un tono seductor—, se me ocurre que este fin de semana podríamos dejar a los niños con tus padres. Así tendríamos dos días para nosotros solos, además, conozco una pizzería nueva muy... muy romántica. Ese podría ser el comienzo de una gran noche. ¿Qué me dices?

La sonrisa de Cristina se escuchó robótica, aun así, inmerso en aquella asfixiante oscuridad, para Arturo fue la sonrisa más hermosa que podría haber escuchado hasta el fin de los tiempos.

—Te digo que me parece sensacional, cariño. Saliste hoy de madrugada y no veo el momento de que vuelvas aquí conmigo.

—En cuatro días me tienes ahí, dando guerra. Oye —dijo dubitativo, como si de pronto hubiese sido recorrido por una ola de pudor—, podrías comprarte algo sexy para la ocasión, ya sabes a qué me refiero.

Esta vez, la sonrisa de Cristina estalló en el altavoz del coche envuelta por un cierto rubor, o al menos esa fue la impresión de Arturo, que sintió una leve

erección. Por lo visto, pensó satisfecho, la terapia de pareja para intentar reconducir la vida sexual en su matrimonio funcionaba como jamás imaginó.

—¿Te cuento un secreto? —susurró Cristina, siguiendo el juego.

—Dime...

—En cuanto me lo has pedido ya había pensado en ello, además, he visto un conjunto en la tienda que estoy convencida de que te encantará.

La inquietud de Arturo fue sustituida por el deseo, una excitación que iba creciendo de forma exponencial en su interior. No supo por qué, el siguiente pensamiento se apoderó de su mente: *debo perder peso, como sea, pero debo perder peso*. Claro que lo sabía. Estaba convencido de que la apatía sexual que habían sufrido antes de dejarse en manos del psicólogo era debida a que estaba demasiado gordo, y por consiguiente, Cristina había dejado de sentirse atraída por él.

—Me encanta que me cuentes esas cosas —dijo Arturo—. Así tengo un aliciente más para desear que llegue el fin de semana.

De pronto, algo nuevo que rompía la monótona oscuridad apareció en la carretera a pocos metros de su posición. Era la prueba fehaciente de que, aparte de Cristina, seguía existiendo vida en la tierra. Arturo guardó silencio, tratando de vislumbrar entre la cortina de lluvia.

—¿Estás bien, cariño? —quiso saber Cristina, recuperando su tono de voz normal.

—Sí, sí... estoy viendo algo. Ahora te llamo. Te quiero.

—Lleva cuidado. Yo también te quiero.

Arturo Colgó. Supuso que había dejado a Cristina intranquila, pero más tarde lo arreglaría. Lo que ahora reclamaba su atención eran las luces de emergencia de un coche estacionado, a cada vez menos metros de distancia, en el arcén de la carretera.

Arturo piso levemente el freno y aguzó la vista. Las luces anaranjadas de los intermitentes se retorcían en la lluvia y lanzaban destellos cegadores. Se preguntó si alguien habría tenido un problema con el coche y este se había parado súbitamente, o quizá si se habría quedado sin gasolina.

Cuando recortó la distancia, los faros de su coche alumbraron dos siluetas, dos sombras irreconocibles. Una de ellas se movía de un lado a otro como enloquecida, creyó que quien fuera iba ataviado con un chubasquero oscuro. La otra, de cuclillas y también cubierta por un chubasquero, parecía observar algo en el suelo que no alcanzaba a ver. Sintió cómo su corazón se aceleraba

hasta provocarle un sudor frío. Durante un instante desechó la idea, trató de apartarla de su mente como lo haría con cualquier otro pensamiento ponzoñoso, pero cuando vio que lo que con tanta atención observaba la sombra acucillada era un cuerpo inerte tirado en el suelo, supo que se hallaba frente a un atropello.

Confiaba en que para cuando llegara la noche la lluvia hubiese remitido, sin embargo, en contra de sus deseos, había cobrado más fuerza. Dumitru maldijo para sí mismo hasta que la prolongada reiteración en su mente provocó que las maldiciones dejaran de tener sentido. Al menos el de hacerle sentir bien consigo mismo y mitigar de algún modo lo que él solía denominar como *jodida mala suerte de mierda*, una especie de autocompasión a la que recurría cuando las *misiones* sufrían cualquier contratiempo.

Así lo habían planificado y así debía ser. No había opción para las quejas ni para una petición formal de cambio de planes. Esas eran las reglas, y las reglas, por el bien de todos, eran inamovibles. Mientras esperaba junto al coche detenido en el arcén enfundado en su chubasquero prestado, soportando con determinación la fría e intensa lluvia que se tornaba invisible en la oscuridad, pensó que más que un concienzudo plan urdido entre los tres en un oscuro sótano había sido la jodida mala suerte la que le había otorgado esa tediosa y desagradable parte de la *misión*. La elección del vigilante había sido llevada a cabo por el estúpido juego de ‘pares o nones’, un juego de azar en el que incomprensible y normalmente solía perder eligiera lo que eligiese. Lo que Dumitru desconocía, mientras se moría por encenderse un cigarro, era que Leandro y Ramón sabían el pequeño truco psicológico que les posicionaba con ventaja en ese juego, y que empleaban la mayoría de veces en su propio beneficio para dejar a Dumitru las partes más engorrosas y pesadas de las operaciones.

La carretera elegida era tan solitaria que desde que habían estacionado el coche en el arcén había transcurrido media hora, y durante ese tiempo no había pasado ni un solo coche en ninguna de las dos direcciones. Sentía su cuerpo entumecido por el frío, pequeñas olas de escalofríos que se arrastraban por su piel y estremecían su columna vertebral. Mientras, a salvo de la lluvia en el

interior del coche, veía de vez en cuando las caras de Leandro y de Ramón vueltas hacia él, distorsionadas como rostros fantasmales por la lluvia que corría por el cristal y sonriendo como dos demonios que acabasen de hacer una travesura.

Oculto bajo la capucha del chubasquero sonrió al preguntarse cómo sería la travesura de un demonio y recordó un chiste donde un hombre le arrancaba un brazo a otro y, cuando lo veía gritar de dolor y desprender una grotesca fuente de sangre por el muñón, le decía que si se iba a poner así nunca más le gustaría una broma.

Su sonrisa se transformó en una sonora carcajada, porque eso sí que era una travesura, una demoníaca travesura, y aunque su rostro era una oscura elipse embutida en el hueco de la capucha, Leandro y Ramón dejaron de sonreír cuando observaron tras el cristal del coche su extraña reacción sin causa aparente. Dumitru borró la sonrisa de su rostro y se cuestionó si sus amigos pensaban de él que estaba loco o que realmente le tenían miedo. *Bien, se dijo, cualquiera de las dos me vale.*

Les dio la espalda con desdén y se frotó las manos para combatir el frío. Suplicó a quien quiera que fuese el que desde arriba movía todos los hilos para que pasase alguien por esa carretera lo antes posible. Luego, intrigado, se cuestionó si una petición de tal índole sería atendida. Tenía frío y se sentía cansado. Solo deseaba acabar el trabajo cuanto antes, sacar algo de pasta y volver a casa. Cuando pensó en el dinero, se cruzó por su mente *la misión* que se traían entre manos. Arriesgada, dentro de los generosos límites que marcaba la ley de este país, pero succulenta. Ahora, lo que sintió fue una oleada de agradable placer recorrer su cuerpo, y de alguna forma, mitigó el frío que lo asolaba. Ahí sí que iban a tocar dinero. Mucho dinero. Sería, sin lugar a dudas, la solución a sus problemas económicos durante mucho, mucho tiempo, y quizá al fin su madre entendiese todo lo que él hacía por ellos dos, quizá comprendiese de una vez por todas cómo debían jugar las pésimas cartas que les había dado la vida.

De pronto, sus ojos sufrieron un destello a pesar de la oscuridad que reinaba esa noche, y por un segundo quedó cegado. Fue el haz de luz de los faros de un coche que apareció tras la curva que habían fijado como punto de referencia. La oscuridad apagó de nuevo su rostro y la comisura de sus labios se alzó levemente esbozando una sonrisa maquiavélica. Después de todo, daba la impresión de que sus plegarias sí que habían sido escuchadas y pensó

fugazmente de qué lado estaba realmente esa fuerza todopoderosa.

A partir de ahora disponían de un margen de tiempo entre un minuto y un minuto y medio. Dumitru se volvió bruscamente hacia el coche estacionado, un destartalado Opel Corsa del 99 de color gris plateado, golpeó los cristales y gritó:

—¡Atención, viene uno!

Fue como activar el plan de actuación. Leandro y Ramón se enfundaron con rapidez la capucha del chubasquero mientras abrían al mismo tiempo las puertas del coche y salían cada uno por un lado. La coordinación de movimientos fue mecánica y precisa, lo que demostraba que no era la primera vez que lo hacían. Era un método vulgar, y mucho más arriesgado de lo que pensaban, al que solían recurrir cuando necesitaban efectivo, aunque el factor suerte tenía mucho que ver. Todo dependía de cuánto dinero llevase la víctima en la cartera o bien de cuántos objetos de valor, lo que añadía un trabajo extra al tener que venderlos posteriormente en el mercado negro.

Mientras Dumitru, con excepcional serenidad, controlaba la distancia del coche que se acercaba, Ramón, el más bajo y delgado de los tres, se tumbó boca arriba frente al Opel, a un par de metros de distancia. Leandro, un muchacho más corpulento que Dumitru pero con mucho menos nervio que él, se postró junto a Ramón fingiendo estar practicándole los primeros auxilios. De ese modo, el verosímil escenario para el robo había sido dispuesto en apenas quince segundos.

Solo dos de los tres corazones allí reunidos latían con fuerza. Dumitru, que petrificado esperaba casi en mitad de la calzada a que el coche se acercara un poco más para entrar en acción, mantenía los nervios templados, como si obrar de ese modo lo llevase escrito en la sangre. La lluvia había perdido intensidad y el ensordecedor estrépito al colisionar contra el suelo se había apaciguado. Los faros del vehículo crecieron gradualmente ante sus ojos, fríos, impasibles. Con un movimiento mecánico, bajó la cremallera del chubasquero y apretó con fuerza la llave Stillson oculta en su costado. Sus nudillos raídos se marcaron como cordilleras, tornándose blanquecinos por la presión. Miró por encima del hombro el tiempo suficiente para comprobar que Leandro y Ramón cumplían eficientemente su parte del papel. Al fin y al cabo, para él tan solo era como una macabra obra de teatro, que además servía para descargar un poco de adrenalina.

El coche que se acercaba iba reduciendo la velocidad, lo que significaba

que los había visto y que era la hora de entrar en acción. Dumitru volvió a subirse la cremallera del chubasquero con un certero movimiento y comenzó a correr de un lado a otro, simulando desesperación. Cuando el coche se puso al nivel del Opel Corsa se detuvo suavemente echándose a un lado de la carretera y Dumitru pudo escuchar con nitidez el chirrido del freno de mano al alzarse.

Todavía cabía la posibilidad de que todo aquello quedase en nada, en un intento fallido si había tres o más ocupantes. Dumitru echó un rápido vistazo al interior del Audi (era un buen coche, luego el botín podría ser lo suficientemente jugoso, pensó) mientras, encogiendo los hombros a causa de la lluvia, se acercaba a la ventanilla del conductor representando exagerados aspavientos con los brazos. Sonrió por dentro cuando comprobó que solo había una persona en su interior. Magnífico. La tediosa noche estaba a punto de finalizar.

El viento comenzaba a soplar con más fuerza, empujando la lluvia contra el rostro de Dumitru. Observó cómo la puerta del Audi se abría y bajaba de él un gordo con camisa blanca y corbata con la cara tan pálida como un enfermo terminal. Sus gafas, luchando por no escurrirse por su nariz y con las lentes cubiertas por una cortina de lluvia, le daban un aspecto cómico, demasiado fácil, pensó aviesamente Dumitru. El pelo del hombre, que presentaba una incipiente calvicie, se aplastó contra su cabeza en cuanto la lluvia se desplomó contra él. Encogió el rostro y desvió un instante la mirada hacia Leandro y Ramón. Luego, con un gesto que en él debía ser de lo más habitual, se subió con cierta soltura las gafas con su dedo índice y se dirigió a Dumitru empleando un tono de voz tan tembloroso y desvaído, que este pensó fríamente que aquel tipo no ofrecería ningún tipo de resistencia que pusiese en peligro la *misión*:

—¿Qué ha ocurrido aquí?

Dumitru respondió siguiendo el repetitivo guion y tratando de esconder tanto su rostro en la oscuridad como sus *erres* pronunciadas para no levantar ningún tipo de sospecha. Cuando se lo proponía, lo conseguía sin mucho esfuerzo. Esa medida fue tomada cuando en un par de ocasiones las víctimas habían huido hacia el coche al escuchar su acento extranjero, como si alguien de fuera, se quejaba entonces con fervor a sus amigos, no pudiera tener un accidente en mitad de la carretera. Bien, en este caso se cumplían las alegaciones que presentaron Leandro y Ramón en su día, y ahora de lo que se

trataba era de llevar a ese hombre hasta el cuerpo accidentado.

—Íbamos mi amigo y yo en el coche cuando ese chico salió de la nada y se cruzó en la carretera. No me dio tiempo a frenar, necesitamos ayuda, por favor.

La última erre no pudo disimularla bien, pero el sonido de la lluvia, que cobraba de nuevo intensidad, disimuló su error.

—Está bien, está bien. Tranquilo. ¿Habéis llamado a la policía, o a una ambulancia?

—No, no tenemos teléfono.

—Dios mío...

El hombre abrió la puerta del Audi, se inclinó en el asiento y sacó el teléfono móvil que descansaba sobre el asiento del copiloto. Cerró de nuevo la puerta y se dirigió hacia el muchacho accidentado. Mientras, su mente, superada por los acontecimientos, intentaba recordar cuál era el maldito número de emergencias.

Dumitru lo siguió de cerca. Su expresión de terror y angustia mudó a una expresión hierática, observando, como un felino lo haría antes de abalanzarse sobre una cebra distraída, cada movimiento del hombre, dispuesto a entrar en acción si lo escuchaba decir una sola palabra por el teléfono. Vio cómo Leandro, iluminado vagamente por las luces de posición del Opel, levantaba la mirada y se dirigía al hombre con un tono de voz tan asustado y quebrado, que pensó que en una jodida película deberían de darle un Oscar.

—Por favor, ayúdeme, creo que no respira...

El hombre, que había conseguido centrarse en el número de emergencias, sintió un perverso escalofrío en el espinazo y cómo en su mente se agolpaban decenas de pensamientos que le bloqueaban la mente, entre ellos, maldijo la hora en que se equivocó de salida por culpa de aquel maldito camión y fue a parar a aquella jodida carretera.

—Déjame ver, muchacho, déjame... —fue todo lo que acertó a decir.

Dumitru, cuando vio que por fin el hombre se inclinaba hacia Ramón, bajó la cremallera del chubasquero con un sonido metálico y chirriante, desenfundó la llave Stillson y se acercó por la espalda a la víctima.

El primer golpe se hundió en su cráneo y Dumitru sintió, a través del metal de la llave, cómo algo se fracturaba al otro extremo de esta. En el momento del impacto, sus labios dibujaron una sonrisa placentera y perversa. En la cabeza del hombre se abrió una brecha, al principio una delgada línea oscura. A continuación, comenzó a brotar un río de sangre que se mezcló con la lluvia

torrencial y se derramó por su cabeza como la lava de un volcán, empapando su camisa y tiñéndola de un rojo intenso. El hombre no gritó, ni siquiera pronunció un leve quejido. Se llevó la mano, temblorosa, a la cabeza y cayó de rodillas frente a Ramón.

Dumitru lo observó con curiosidad, empujado levemente por una ráfaga de viento frío. Normalmente, asestando el primer golpe bastaba para dejar a la víctima fuera de combate, pero aquel tipo debía tener la cabeza dura como una roca. Sorprendido, presenció con mirada desorbitada cómo Leandro, que seguía postrado frente a Ramón, giraba unos grados su cintura y descargaba su puño, duro como un bate de beisbol, contra la mandíbula del hombre. Sus gafas salieron despedidas por el aire hasta aterrizar dos metros más allá sobre un profundo charco de agua. Su papada tembló como una torre de carne flácida y sebosa a punto de derrumbarse y sus ojos perdieron la órbita hasta quedar en blanco, un blanco fantasmal y lívido.

En el momento en que Ramón se levantaba como si de un resucitado se tratase, Dumitru gritó:

—¡Sí, uuaauu! ¡Vaya hostia le has dado!

Dumitru sintió cómo la euforia se apoderaba de él y cómo sus músculos en tensión necesitaban liberarla antes de que le explotaran las venas y sus tendones se soltasen por sus extremos como la vieja cuerda de una guitarra. En un pensamiento fugaz, casi inadvertido, se dijo a sí mismo si esa sensación que recorría su cuerpo en obscenas oleadas era debida a la presencia de la sangre, burbujeante, densa. Luego se dijo que si era así, tenía un verdadero problema, y el pensamiento se esfumó levantando una sombría nube de polvo tras de sí llegando a la conclusión de que si así era, le daba exactamente igual.

El hombre, tras pendular unos segundos hincado de rodillas, finalmente se desplomó contra el suelo. Fue quizá el movimiento convulsivo de sus piernas lo que desencadenó que Dumitru se precipitara contra su cabeza blandiendo la llave Stillson en alto, creyendo que el gordo todavía no había perdido la consciencia. El siguiente golpe estalló contra su cráneo con un sonido sordo, devorado por el fragor de la tormenta. La cabeza del hombre se sacudió como una bala de trapos, y por la nueva brecha brotó un débil río de sangre. En menos de un segundo, Leandro se levantó con más habilidad de la que debía permitir su fornido cuerpo y asestó una patada en las costillas del hombre. Su voluminoso cuerpo tembló como si en su interior hubiese un nido de serpientes tratando de escapar a través de su piel.

Ramón, que había logrado ponerse en pie, siempre había sido el único de los tres capaz de mantener la cabeza fría cuando la situación se veía superada por la tensión. Sus ojos saltones, destellando como dos focos en mitad de su delgado rostro, se abrieron como platos cuando vio que aquellos dos empleaban la violencia con saña desmedida. Gritó tan alto como sus pulmones le permitieron:

—¡Basta ya! ¡Lo vais a matar!

Si es que no lo habían matado ya, pensó.

Dumitru alzaba su brazo de nuevo, sujetando con fuerza la llave Stillson, cuando quedó paralizado al escuchar el grito rasgado de Ramón. Respiraba agitadamente. Su mirada, obnubilada, penetraba en la cabeza sangrante de aquel hombre. Un golpe de viento lo zarandeó. Por un instante se preguntó qué estaba haciendo, porque una cosa era robar, y otra muy distinta el asesinato. El pensamiento que lo sucedió, como un mecanismo de defensa perpetrado por su mente, fue que si ese hombre estaba en esa situación era porque él se lo había buscado. Solo tenía que haber quedado fuera de juego con el primer golpe, y de ese modo no se habría visto obligado a seguir apaleándolo.

Leandro, actuando por imitación, detuvo su pierna, que ya se disponía a descargar otra patada sobre las costillas de aquel cuerpo inerte, cuando observó que Dumitru quedaba petrificado ante el *¿cadáver?*

—¿Estáis locos o qué os pasa? —bramó Ramón—. ¿Queréis que vayamos todos a la cárcel? —Dumitru y Leandro se giraron hacia él, como dos perros salvajes intentando entender las palabras de su amo. —Si nos lo cargamos la hemos cagado, capullos. Vamos, busquemos lo que lleva encima y salgamos de aquí antes de que pase algún coche.

En el momento en que todos se ponían en movimiento, Leandro rebuscando en los bolsillos del hombre inmóvil y los otros dos asaltando rápida y nerviosamente el Audi, un relámpago iluminó el contorno de las nubes. El trueno, ronco y prolongado, no tardó en seguir sus pasos. Ninguno de los tres se preocupó de comprobar si ese hombre, del que no cesaba de brotar sangre de su cabeza, seguía con vida.

Cuando el trueno hizo temblar el cielo, y también la tenue luz que proyectaba el flexo junto al ordenador, Jaime se estremeció en la silla de su escritorio. Era el primero que se escuchaba en todo el día, aunque predijo que no sería el último.

Miró la hora en la esquina inferior de la pantalla. Eran las 10:39. Javier hacía ya más de una hora que se había acostado y Noelia veía una película acurrucada bajo la manta en el sofá. Fijó la mirada en el último párrafo escrito, sin embargo, no leía. Su mente seguía dándole vueltas a la actitud pasiva de Noelia, y si todo fuera como solo hacía unos días, ahora estaría con ella bajo esa manta, acurrucados como uno solo. En cambio, había optado por encerrarse en su despacho y continuar con el libro. Sin duda, creyó que era la mejor opción: inyectarle más palabras a la novela y recortar el tiempo estimado para su finalización antes que compartir con Noelia una noche frente a la televisión.

Jaime trató de apartar esos pensamientos y centrarse en la escritura. Después de cenar con un apetito voraz, siguió escribiendo hasta que Noelia tocó dos veces a la puerta, asomó la cabeza y le dijo que se iba a la cama. ¿No me das un beso? Le había dicho él, con tono abrupto. Entonces Noelia cruzó el despacho, se inclinó sobre él y rozó sus labios. Con la casa en absoluto silencio, se obligó a no pensar en el comportamiento esquivo de Noelia y siguió escribiendo, con una soltura inverosímil, y lo hizo hasta cerca de las doce, cuando sus ojos le escocían tanto que le fue imposible mantenerlos abiertos.

Jaime apagó el ordenador, el calefactor de cuarzo y miró un instante su ventana, con la persiana echada hasta abajo. Mientras escribía, no había querido sentirse observado por el oscuro y escrutador ojo al otro lado de la calle, a seis plantas de altura, y esa medida había sido efectiva, porque no

había pensado en ese apartamento mientras estuvo trabajando.

Ahora, cuando el ordenador lanzó su último suspiro y el monitor se apagó con un decreciente zumbido, el efecto nocivo de la noche, asociado con el inesperado silencio, atrapó su corazón. En cierto sentido, había temido esa reacción mientras había estado trabajando, pero durante todo ese tiempo trató de ocultarla bajo la trama de su novela, que flotaba en su pensamiento principal. Ahora que sus pensamientos se habían visto liberados, su mente trataba de enviarle una desesperada advertencia, como si algo en la casa no fuese bien.

Tal como había predicho, aquel trueno inicial no había sido el único. Un relámpago se filtró por las lamas de la persiana y a continuación, el trueno, como el rugido de un dragón, las hizo estremecerse. Sobresaltado, dio un ligero brinco. Luego, inquieto, sonrió, aunque fue una sonrisa vacía. Se estaba sugestionando de nuevo, y no podía permitirlo.

Apagó la luz y salió del despacho. En cuanto cruzó la puerta el frío acumulado en el pasillo se abalanzó sobre él. La oscuridad, que se extendía hasta la penumbra, solo era interrumpida por el débil resplandor que desprendía la luz de la mesita de noche de Javier.

Caminó despacio, tratando de no hacer ruido con sus pisadas, y cuando llegó a la habitación de Javier se asomó con cautela por la puerta entreabierta. Su hijo era un bulto bajo las mantas coronado por su cabello revuelto. Afortunadamente, había estado leyendo su libro de *Geronimo Stillton* durante media hora antes de dormirse y no había puesto ningún impedimento a quedarse a solas en su habitación. Después de la pesadilla que había tenido la noche anterior y de aquellos ruidos extraños en la pared que dijo haber escuchado, era lo último que esperaba de él. Había imaginado una cierta resistencia a irse a la cama, o que se levantase diciendo que no podía dormir, pero no, Javier, sorprendentemente, se había comportado como un hombrecito. Sin embargo, todavía no podía cantar victoria, ya que esa supuesta valentía que había demostrado podría haber sido debida a la presencia de sus padres aún despiertos. *Cada uno en una habitación distinta de la casa, pero despiertos al fin y al cabo*, pensó.

Observó unos segundos a Javier y sonrió, esta vez con más naturalidad. Luego, la sonrisa se desvaneció cuando, sin proponérselo, aguantó la respiración y concentró su oído en los sonidos de la casa. A excepción de la lluvia al caer y repicar contra la ventana y de algún que otro trueno

esporádico, no se escuchaba nada más. Ni golpes en la pared, ni los presuntos latidos de un corazón en su interior. Más tranquilo, expulsó el aire retenido en sus pulmones.

La tormenta parecía que se alejaba, pero el viento persistía. Entornó la puerta y se dirigió hacia su dormitorio. Al girar en el pasillo, la oscuridad cobró densidad. Al final de este, en la habitación de matrimonio, se escuchaba la fuerte y pausada respiración de Noelia. La persiana, de vez en cuando, se agitaba con violencia empujada por el viento. Sacó el teléfono del bolsillo, iluminó el camino hasta la cama con su resplandor y, tras despojarse de la bata, se metió entre las mantas temblando de frío.

Sentía los ojos enrojecidos y escocidos por el sueño, y por su cabeza aún revoloteaban, como buitres buscando carroña, un sinfín de palabras y expresiones de las que no se podía desprender. Si quería dormir esa noche, debía dejar la mente en blanco y vaciar el cubo de letras, pero, ¿realmente quería quedarse dormido? Temía soñar con la misma pesadilla otra vez, y además, por más vueltas que le había dado, no entendía cómo Javier había soñado exactamente con lo mismo.

La cama estaba caliente y no tardó en aclimatar su cuerpo. Sin duda, pensó con la intención de librarse de la pesadilla, la cama era el lugar más cálido de la casa. Se concentró en el fragor de la persiana. Recordó el otoño del año pasado, y desde luego había sido mucho más dócil que este.

El siguiente pensamiento evasivo que se infiltró en su mente fue algo que había tratado de no darle importancia durante toda la tarde, pero que como una gota constante sobre su cerebro, había ido excavando una profunda muesca: ¿Con quién se estaba escribiendo Noelia cuando él entró repentinamente en el salón?

Ya no se veía asediado por la pesadilla. Ahora la pesadilla podría ser algo real y tangible. Todo apuntaba a que hablaba con Carolina a cerca del tema de la videoconsola, por lo que pudo deducir de las espontáneas palabras de Noelia cuando entró en el despacho, pero aunque ese era su más ferviente deseo, no podía afirmarlo con absoluta seguridad. ¿Y si el comentario de Noelia había sido premeditado? ¿Y si, al verse sorprendida, era lo que ella quería que creyese? ¿Y si estaba hablando con otro hombre?

¿Y si...?

¿Y si...?

Jaime se durmió sin darse cuenta.

Así debía de ser cuando Noelia escuchó su profunda respiración que lo delataba. Abrió los ojos en mitad de la oscuridad. Echa un ojillo en su lado de la cama, repetía una y otra vez el mismo pensamiento: *Dios mío, por favor, no me abandones y dame las fuerzas que necesito.*

En la tienda de juguetes emplazada en un amplio y estratégico chaflán entre la avenida principal y la calle Hernán Cortés, el empleado, un joven y delgado muchacho con la cara marcada por el acné y con gruesas gafas, exhibió una sonrisa generosa dejando al descubierto un brillante aparato dental cuando Jaime avanzó hasta la caja con un carro repleto de juguetes.

—Buenos días, caballero.

Jaime le devolvió el saludo, aunque se dijo a sí mismo que, con toda seguridad, serían bastante mejores para él, o al menos para su jefe. Aunque todavía eran las 09:40, la tienda estaba atestada de clientes que albergaban la esperanza de rascar unos euros a los regalos de Navidad, y muchos de ellos luchaban por hacerse en su poder con las últimas existencias de los productos más solicitados. Mientras iba depositando sus juguetes en la cinta transportadora, bendijo la idea de no dejar para más adelante la compra de regalos y haber decidido ir ese mismo día, ya que cuando extrajo de la estantería la videoconsola que tanto ansiaba Javier, solo quedaban tres. La gente que se aglutinaba en los pasillos iba arrastrando los carros metálicos colmados de coloridas cajas con cierta desesperación, tratando de encontrar en aquel laberinto de pasillos hasta el último de los artículos de su lista antes de que se agotasen.

El joven dependiente blandió en su mano el lector de códigos y lo paseó por uno de los laterales de la caja que contenía la videoconsola, la primera que colocó Jaime como si temiese que en el último instante se la arrebatasen de las manos. Cuando Jaime vio en el pequeño monitor el precio impreso en números verdes, recordó con desazón lo duros que iban a ser los próximos seis meses.

Doscientos ochenta y cinco euros. Y solo era el primero. Luego le siguieron dos juegos (uno de ellos por el que suspiraba Javier), porque sin

juegos aquella maldita máquina no servía para nada. El muchacho, sin perder su metálica sonrisa, los pasó por el scanner uno detrás del otro. Cuarenta abusivos euros cada uno. Aquí ya no existía ningún tipo de descuento, fruto, sin duda, de un concienzudo plan estratégico de ventas, donde ingresaban por un lado lo que dejaban de ganar por otro. Jaime tragó saliva y comenzó a sentir que el jersey de cuello alto que llevaba puesto apretaba demasiado su garganta.

El dependiente pasó el último de los regalos. La lista que Noelia y él habían elaborado a principios de otoño era, como solía decir con tono jocosos, la lista de los pobres. Un único buen regalo, y el resto, abundantes pero económicos. El único fin de esta táctica era que los regalos abultaran bajo el árbol de Navidad y que Javier no fuese invadido por un sentimiento de inferioridad. Además, ese era, probablemente, el último año que podrían mantener viva la ilusión de Javier por Papa Noel, así que el esfuerzo merecía la pena, y mucho.

Cuando Jaime abandonó la tienda con cuatro bolsas de tamaño extra-grande repletas de juguetes, recibió el primer golpe de viento como un bálsamo que paliara los casi setecientos euros a los que había ascendido la cuenta. *Sí señor, eso es espíritu navideño, todo lo demás son tonterías.*

Caminó por las calles disfrutando del día soleado con el que había amanecido ese martes. El apropiado refrán ‘Después de la tormenta siempre viene la calma’ hacía gala de su sabiduría respaldado por siglos de humanidad. Sin embargo, el frío persistía.

A pocos metros de su casa recibió una llamada. Después de dejar las bolsas en la acera y de abrir y cerrar reiteradamente sus entumecidos dedos, sacó el teléfono del bolsillo, vio en la pantalla que era Luis quien llamaba y descolgó. Después de gastarle una broma acerca de la carta recibida, y a la que Jaime no vio por ningún lado la maldita gracia, le preguntó si esa mañana querría salir a correr con él. Más que nada, por romper su monotonía y despejar su mente, adujo.

Jaime entendía su interés y su preocupación, pero declinó su propuesta alegando que esa mañana había tenido que ir a comprar los regalos de Javier y todavía no había podido escribir ni una sola palabra. En ese momento, sintiéndose el cuerpo recorrido por un calor semejante a cuando alguien te descubre una mentira, se dio cuenta de que no le había comprado nada a Ana, ni siquiera se había preocupado de preguntarle a Luis qué era lo que su hija

pedía para Navidad. *Más dinero, esta vez directamente desde la cuenta corriente*, fue lo que egoístamente pensó a continuación.

—Hablamos mañana —le dijo—, pero no te aseguro nada, ¿de acuerdo?

Luis le prometió que no pensaba darse por vencido tan fácilmente y colgó. Cuando Jaime cogió de nuevo las bolsas, recapacitó y pensó que quizá no le vendría mal salir y hacer un poco de ejercicio en la compañía de Luis, pero mañana, no hoy. Si quería sacar su libro a flote, debía ponerse a trabajar cuanto antes, y hoy ya había cubierto el cupo de salidas inesperadas.

Subió a casa, y de nuevo, como si fuera un ser omnipresente, se había cruzado en el portal con el señor Mateo, que salía en ese momento para dar un paseo con el perro. Después del habitual saludo, se vio invadido por un sentimiento de ira hacia el animal cuando, tirando del collar como si delante de él hubiesen dejado una enorme salchicha, olisqueó con curiosidad las bolsas que llevaba en la mano.

—¡Quieto, quieto! —gritó el señor Mateo, con un tono de voz más apropiado para un niño que para un perro—. Eso no es para ti, granujilla.

Tras entrar en casa y cerrar con dos vueltas la puerta de entrada, escondió los regalos en el único lugar donde Javier nunca acostumbraba a escudriñar: el doble armario del dormitorio de matrimonio, dispuesto enfrente de la cama. Los repartió, ocultándolos con la ropa bien plegada, entre el suyo y el de Noelia, en las baldas superiores, allí donde la corta estatura de Javier le impedía llegar.

Después de comprobar minuciosamente desde distintos ángulos del dormitorio que los regalos habían quedado bien camuflados, incluso en el hipotético caso de que Javier se subiese en la cama (cosa que no había hecho nunca, que él supiese, pero a más edad, nuevos retos, por lo que había que tomar todo tipo de precauciones), se confinó en su despacho, se encendió un cigarro y escribió un mensaje a Noelia para confirmarle que la compra de los regalos había sido todo un éxito.

Estuvo escribiendo hasta cerca de las doce del mediodía, pero las palabras se atascaban como el agua en un desagüe embozado de restos de comida. Algún vecino, ya no sabía cuál, había salido de casa y había dejado al perro solo. Este ladraba sin descanso, y de vez en cuando, lanzaba un estremecedor aullido que se filtraba por todas las paredes del edificio. Podría ser el del cuarto, o el del octavo, porque los canes de sus vecinos colindantes los conocía demasiado bien. Sin embargo, no era ese ladrido insistente el que

perturbaba su concentración.

Cuando hizo una pausa para fumarse un cigarro frente a la ventana, su mente se abrió y abordó el pensamiento que revoloteaba por su cabeza. Como no podía ser de otra forma, Noelia era el epicentro de su distracción. Mañana era miércoles, y ese era el día en que entraba a trabajar en la librería el nuevo compañero de Noelia. Eso era todo, no había más, pero el acontecimiento arrastraba tras de sí connotaciones mucho más sórdidas.

La suposición de que Noelia había tratado de confundirlo al verse sorprendida chateando por el móvil, a pesar de que la lógica aplastante indicaba que era Carolina con quien hablaba, había despertado en él una cierta desconfianza. Mientras apuraba el cigarro con intensas caladas, admitió que la había visto pegada al teléfono móvil en incontables ocasiones, y eso no significaba nada, pero ahora, probablemente debido a su extraño comportamiento, significaba mucho. Demasiado para lo que él quisiera. Su mente, embotada de pensamientos que alternaban entre lo real de su vida misma y lo ficticio, que abarcaba la parte que correspondía a su novela, relacionó esa charla virtual con el nuevo compañero de su mujer.

Sin embargo, supo admitir que esa apreciación no tenía sentido alguno. ¿Cómo iba a mantener una conversación con alguien a quien todavía no conocía? Entonces, como si se tratase de un fantasma sin rostro, era cuando entraba en la ecuación un sujeto C. Si A no hablaba con B, debía existir un C. *Claro, estúpido. Claro que existe un C. Y ese sujeto C tiene nombre y apellido: Carolina Correa.*

La teoría era sencilla y racional, pero después de todo lo que había sucedido en los últimos días, era complicado llevarla a la práctica.

Aplastó la colilla en el cenicero y observó el cielo por encima de los edificios. Excepto esporádicas nubes algodonosas aquí y allá, su tono azul y resplandeciente le ayudó a convencerse de que estaba en un error respecto a Noelia. Ella sería incapaz de hacer algo así. Su relación siempre se había basado en la sinceridad, y si había tenido algún tipo de problema con él, el que fuese, antes de dar ese paso habría hablado con él, habría tratado de solucionar las cosas antes de producir un mal irreversible.

Cerró la ventana y, de forma espontánea, echó un fugaz vistazo a la ventana del edificio de enfrente. Seguía exactamente igual, inamovible y contemplativa, pero había sentido en su interior un meritorio cambio en su forma de afrontarla: no le había dado importancia. La había tenido frente a sus

ojos todo este tiempo, pero no le había prestado atención, como si fuese un elemento más de las deprimentes vistas que ofrecía su ventana.

Había sido un grato descubrimiento, porque, analizando fríamente los hechos, nada había ocurrido, al menos en lo que respectaba al contenido de la nota, lo que implicaba que la hipótesis de la sugestión cobraba fuerza.

Lo que Jaime desconocía, ni jamás hubiera podido concebir una idea aproximada, era que Eugenio tenía anotado en su apretada agenda, en la hoja que marcaba el miércoles de esa semana, la siguiente frase con letra precipitada: ‘Llamar a Jaime sin falta’

Jaime no pensaba darse un atracón como la noche anterior. No es que el estómago lleno le hubiese impedido conciliar el sueño, pero al levantarse esa mañana todavía tenía en el paladar los vestigios de la sal de ajo con la que había aderezado el filete de ternera.

Así pues, hoy se prepararía una comida ligera para calmar el escaso apetito que presentaba cuando el reloj circular de la cocina marcó las 13:45.

Descongeló una barra de pan en el microondas y dispuso los ingredientes en la encimera para prepararse un bocadillo vegetal: lechuga, tomate, una lata de atún, jamón de york y un bote de mahonesa. Luego, puso un huevo a hervir, abrió la ventana y se encendió un cigarro.

Mientras esperaba, recordó el examen de lengua de Javier, y pensó que a esas horas ya lo debía de haber terminado. Se sabía la materia al dedillo, así que no esperaba de nota menos de un nueve. Pensó en las palabras de Noelia (palabras que brotaron de sus labios como *si no supiese qué más decir*): “Tenemos un hijo muy listo” y, bajo su punto de vista, estaba en lo cierto. Al tiempo que expulsaba un torrente de humo por la ventana recordó cuando él tenía la edad de Javier. Sacar en los exámenes un notable o un sobresaliente no era tan sencillo, más bien era una auténtica proeza. Requería mucho esfuerzo, sin embargo, para Javier mantener esa media en cualquier asignatura parecía de lo más fácil. Entonces se preguntó si en su época el nivel exigido sería mayor que el de ahora o que, sencillamente, él era mucho más torpe. Sonrió inundado de orgullo. Probablemente él era un cazurro y su hijo un portento. Luego, tratando de bromear consigo mismo, se dijo que si Javier era tan inteligente, sería porque algo habría heredado de él, aparte de esa mirada cautivadora.

El teléfono móvil sonó advirtiendo que había llegado un mensaje. El agua, que había comenzado a hervir, borboteó con un sonido envolvente. Cogió el

teléfono, lo desbloqueó y vio que era un mensaje de Noelia. Ni siquiera se acordaba de que él le había mandado un mensaje hacía unas horas como que los juguetes estaban comprados. Lo leyó: “Ok”.

Escueto y... ¿alarmante?

Hubiera estado bien un “te quiero”, o un “te echo de menos”. Sus pensamientos no tardaron en tornarse ponzoñosos, como un veneno que se extiende rápidamente por el cerebro hasta abducir cada una de las neuronas. De pronto, obsesivamente, todo giraba en torno a una idea. ¿Cómo habría ido el primer día con su nuevo compañero? ¿Cómo sería? ¿Atractivo, encantador... irresistible? ¿Habría sido tan breve en su mensaje porque estaba demasiado ocupada conversando con él?

Habían pasado diez minutos y apagó el fuego. Cogió el cazo y lo depositó en el fregadero, bajo el chorro de agua fría. ¿Qué le estaba pasando? La pregunta dilapidó la letanía de cuestiones que la precedía. Él nunca había sido así. Quería decir, nunca había desconfiado de Noelia, jamás había sido un hombre celoso porque siempre había tenido claros los sentimientos de su mujer respecto a él, en cambio, ahora se sentía distinto, un Jaime más inseguro, más suspicaz.

Debía reconocerlo. El cambio había ocurrido desde que el viernes había decidido subir a la sexta planta del edificio de enfrente. *Maldita la hora*. Pero no solo era él quien había sufrido una metamorfosis. Noelia también se comportaba de forma distinta, malhumorada, displicente, distante.

Sacó el huevo del agua y le quitó la cáscara con asombrosa delicadeza, sin dejar de darle vueltas al asunto. Entonces fue cuando se dio cuenta de cómo funcionaba aquel embrollo: no había sido él quien había cambiado desde el viernes, sino Noelia. Sí, Noelia. Él se limitaba a actuar en consecuencia de lo que percibía en ella.

Bien, el bocadillo estaba armado y listo para detonar. Se negó a seguir pensando en Noelia. Si algo la inquietaba, tarde o temprano saldría a flote, como cuando un año dejó de hablarle durante dos días porque había olvidado el día de su aniversario de bodas.

Se sirvió una copa de vino tinto y la llevó, junto al bocadillo, al salón. Se acomodó en el sofá, frente a la mesa de centro, y sintonizó el telediario en la televisión.

En cuanto dio un fiero bocado al bocadillo, el timbre del portal sonó. Maldiciendo, apartó la mesa y, masticando rápido, cruzó el pasillo. Mientras

lo hacía, se preguntó quién podría llamar a esas horas, puede que el cartero, o algún vecino que había olvidado las llaves. Descolgó el interfono, se obligó a tragar con prisas y habló:

—¿Quién?

Solo escuchó el sonido metálico del aparato. Volvió a repetir la pregunta. Última oportunidad. Una breve pausa.

Nadie contestó.

Pensó que serían algunos chiquillos jugando, o alguien que se había equivocado, así que colgó el telefonillo y regresó al salón. El bocadillo, con una media luna dentada en una de sus esquinas, lo esperaba impaciente por ser devorado.

Mientras daba buena cuenta de él, el presentador del telediario, un tipo de expresión complaciente y apariencia flemática que lucía desinteresadamente una corbata con el color del equipo de fútbol de la capital, hablaba con cierto tono inquietante de que las primeras nevadas en el país habían llegado. Recomendaba el uso de cadenas en las zonas altas de montaña, y luego advertía de que en los próximos días la zona centro del país se vería afectada por una borrasca que provocaría un descenso en las temperaturas de al menos ocho grados.

Jaime masculló algo parecido a que hoy, que por fin hacía un buen día, volvería a estropearse. Pero eso no era lo peor, ni mucho menos. Con la casa bien aclimatada no habría problemas, pero en esas condiciones, el frío podría llegar a ser insoportable.

Cuando había ingerido la mitad del bocadillo, el presentador adoptó un semblante adusto, lo que presagiaba una mala noticia. ¿Acaso daban buenas noticias en el telediario?, se dijo.

“Anoche fue encontrado un hombre de mediana edad en la M-823, junto a su coche estacionado en el arcén, con heridas graves en la cabeza y varias contusiones en su cuerpo. Hasta el lugar se ha desplazado una unidad del Servicio de Ayuda Médica Urgente (SAMU) y a continuación ha sido trasladado de urgencia al hospital Virgen de la Torre, en Madrid. Según los datos aportados por el centro médico, presenta un traumatismo craneoencefálico grave que lo mantiene en estado comatoso.

La Guardia Civil se ha trasladado hasta el lugar de los hechos, donde, según su portavoz, todo parece indicar que el herido ha sido víctima de un robo con violencia. Por el momento, la investigación sigue en curso, pero todo

parece apuntar a una banda organizada que actúa por los alrededores de Madrid. Se aconseja a la población...”

La noticia lo dejó horrorizado, para luego ser embargado por una furia tan intensa que sintió cómo se sonrojaban sus mejillas y la comida se atoraba en su garganta. A continuación, el presentador abrió paso a la sección internacional y el incidente quedó en el olvido. Cuando comenzaron los deportes, se metió en la boca el último bocado y acabó de un trago con el vino. Llevó el plato y la copa a la cocina y, de pronto, el ataque en la M-823 revivió en su mente. Mientras fregaba, se preguntó qué haría él en una situación así.

Al tiempo que su mente imaginaba cuál sería su forma de actuar, un Opel Corsa de color gris plateado giró lentamente la esquina y desapareció calle abajo, dejando a su paso una estela de humo negro.

Hoy martes, Javier tenía extraescolar de inglés de seis a siete de la tarde, por lo que Noelia y Javi no llegarían a casa hasta las siete y media. Jaime se echó en el sofá dispuesto a dormir una siesta y paliar el efecto nebuloso que empañaba su mente, pero justo en el preciso instante en que el sueño se apoderaba de él, el perro del piso de arriba comenzó a correr de un lado a otro de la casa. La señora Pilar y su hijo comían juntos, no es que supiera su rutina diaria como si de un vecino obsesivo compulsivo se tratase, es que los oía perfectamente, como si estuviesen en la habitación de al lado. La voz chillona de ella, la voz grave y atolondrada de él. El arrastrar de las sillas lo acompañó durante media hora, así que para cuando hubieron acabado, el sueño lo había abandonado, aunque sentía los ojos irritados y la cabeza embotada.

Decidió que hasta la noche ya no escribiría más, no porque no le apeteciese, sino porque era consciente de que su mente ya no daba para más, y si forzaba la máquina, con toda probabilidad esas palabras irían directamente a la basura, así que estuvo ordenando su biblioteca durante buena parte de la tarde, ojeando los comienzos de algunos libros (algo que le encantaba) y tirando a la basura decenas de papeles inservibles que atestaban su escritorio.

Durante ese tiempo pensó en Noelia, en qué haría durante esa hora en que Javier estaba en clase, y también pensó, de nuevo, con quién estaría hablando cuando la sorprendió en el salón. Y entonces sintió terror, pero un terror muy distinto al que él relataba en sus libros: terror a que hubiese dejado de quererle, terror a perderla para siempre.

—¿Cómo te ha ido el examen, campeón?

Javier, sentado a la mesa, sorbía una sopa de fideos humeante.

—Bien, estaba chupado.

Jaime asintió.

—¿Las has contestado todas?

—Que sí, papá. Ah —añadió—, luego nos han hecho un dictado, muy fácil.

Para Javier todo era muy fácil, pensó, sin dejar de observar a hurtadillas a Noelia mientras se tomaba su plato de sopa. Jaime cogió la botella de vino y rellenó su copa.

—¿Tú no quieres, cariño?

Noelia levantó la vista del plato e hizo un intento fallido por sonreír.

—No, no me apetece. Últimamente tengo el estómago revuelto, no sé por qué. De momento no quiero nada de alcohol.

La noche despejada, por ahora, entraba por la ventana del salón. Los edificios de enfrente, con sus ventanas iluminadas, reflejaban decenas de familias que, como ellos, finalizaban el día con una buena cena caliente y restauradora. Jaime contempló la oscuridad y la tranquilidad que habitaba tras la ventana, sin embargo, las palabras de Noelia se extendieron por su mente y fue cuando, ahondando en su memoria, se dio cuenta de que era cierto, no recordaba a Noelia haber bebido ni un solo sorbo de alcohol desde la noche del sábado, cuando Luis y Carolina estuvieron cenando en casa.

—¿Pero te duele? A ver si va a ser un virus de esos que pululan en esta época del año.

Noelia fijó la mirada por un instante en la ondeante superficie de la copa de vino de Jaime, con expresión pensativa.

—Sí, a veces me da retortijones —mintió—. Es un dolor fuerte que se me pone en la boca del estómago y luego se va.

—Deberías ir al médico —le aconsejó Jaime—. ¿Desde cuándo te duele?

—Desde el sábado.

—No me habías dicho nada —dijo, y se metió una cucharada de sopa en la boca.

—Pensé que se me pasaría. Si mañana sigue doliéndome llamaré al médico para que me dé cita.

Claro que mañana tenía cita con el médico, pensó Noelia mientras cortaba un trocito de pan, a las doce del mediodía, pero no con el médico de cabecera, sino con el ginecólogo.

—En clase hay tres niños que hoy no han venido, dicen que por un virus —intervino Javier, deseando participar de la conversación de sus padres.

—Vaya, campeón, debe de haber una epidemia. ¿A ti no te duele la tripa?

—No, yo estoy bien —respondió Javier con tono presumido, dando a entender que esos virus no eran lo suficientemente fuertes como para meterse dentro de su cuerpo.

—Bien. Si te notas algo dínoslo enseguida, ¿de acuerdo?

—Vale, papá.

Javier se terminó la sopa inclinando el plato. Luego se levantó y fue a la cocina a por su postre. Cuando abrió la puerta, una ola de frío proveniente del pasillo inundó el salón. Noelia aprovechó su ausencia y se dirigió a Jaime entre susurros:

—¿Dónde has escondido los regalos?

—Donde siempre, en nuestro armario, en la parte de arriba.

Noelia odiaba formular la siguiente pregunta, pero mientras el dinero escaseara en la economía familiar, era necesaria:

—¿Cuánto ha costado?

Jaime, al escucharla, notó cómo la sopa trataba de entrar en su cuerpo por el conducto equivocado.

—Seiscientos ochenta euros —dijo, carraspeando.

—Dios mío.

Una vez más, Jaime sintió un acceso de culpabilidad. Si se paraba a pensarlo detenidamente, todos los días había un motivo u otro para recordarle que su trabajo era el reflejo de un fracasado.

—Lo he pasado con la tarjeta de los seis meses —añadió tratando de suavizar la mala noticia—. La cuota se queda en ciento quince euros, con los intereses ya incluidos, claro. —Pensó si sería un buen momento para decirle a

Noelia que todavía faltaba el regalo de Ana. Decidió que sí, ¿cuándo si no?

Noelia, al ver que los gastos extra no tenían fin, cerró los ojos invadida por la desesperanza.

—¿Le has preguntado a tu amigo qué es lo que quiere? —preguntó con desdén cuando asimiló la inevitable realidad.

—No, mañana lo haré.

—¡Mamá! ¡¿Puedo cogerme unas natillas?! —gritó Javier desde la cocina.

—¡Sí, cariño! —Luego clavó una mirada temerosa en los ojos de Jaime y decidió cambiar de conversación, cualquier cosa menos hablar de dinero—. ¿Cómo ha ido tu día de trabajo, has adelantado mucho?

Jaime pinchó un trozo de tomate de la ensalada. La verdad es que hoy no le apetecía lo más mínimo responder a esa pregunta, y además, no le gustaba el tono indagador de Noelia, como si depositase todas sus esperanzas en su libro. Sí, así era en realidad, pero no le gustaba que se lo recordase.

—He tenido un día un poco espeso. Ese maldito perro no me dejaba concentrarme, pero esta noche volveré a la carga.

El maldito perro y tú, Noelia, sí, tú.

Por un momento, con el corazón acelerado súbitamente, dudó si esas palabras las había pensado en silencio o las había dicho en voz alta.

—Hay días mejores y días peores —dijo Noelia con tono indulgente, lo que demostró que ese pensamiento acusatorio no había salido de sus labios—. ¿Te gusta por el momento lo que llevas escrito?

Jaime se sorprendió por el repentino interés de Noelia por su novela. Puede que la situación estuviese cambiando, puede que su extraño comportamiento fuese debido a ese virus.

—Sí, estoy muy satisfecho. He avanzado bastante en la novela estos días, y por el momento estoy cumpliendo con el objetivo diario. Me gusta... me gusta mucho, pero todavía queda mucho trabajo.

Noelia asintió y esbozó una sonrisa complaciente, al tiempo que Javier entraba en el salón y se sentaba en el sofá para comerse las natillas.

—No, no, no —le recriminó Noelia—. En el sofá no. ¿Quién te ha dicho que se puede comer ahí? A la mesa, muchachito.

Javier protestó, como siempre lo hacía cuando algo no le convenía, pero obedeció y se sentó a la mesa.

La conversación terminó ahí, y la cena también. Acostaron a Javier y Jaime se echó un minuto en el sofá, mientras Noelia lo observaba de soslayo

desde el otro extremo de este.

Cuando despertó, estaba solo, con la luz apagada y la televisión encendida con el volumen casi al mínimo. Desorientado, buscó su teléfono móvil para ver qué hora era, pero no lo encontró. Luego buscó el mando a distancia de la televisión, que estaba sobre la mesa de centro, y pulsó el botón de información. La 01:47 de la madrugada.

No recordaba nada. Debió de quedarse dormido, y con ello, sus horas de trabajo se habían disuelto en el tiempo. Apagó la televisión, se acurrucó bajo la manta que debió de ponerle Noelia por encima y volvió a dormirse.

Eran las 08:32 cuando despertó al día siguiente. Una débil franja de luz entraba por la ventana, barriendo la pared hasta acariciarle los ojos. Se levantó helado de frío, se desperezó y, después de inspeccionar toda la casa, descubrió que se encontraba solo. Regresó al salón arrastrando los pies y contempló con ojos somnolientos cómo las motas de polvo surfeaban plácidamente por el haz de luz. Se dijo que debía hacer un poco de limpieza, y luego, asomándose por la ventana, observó que la borrasca de la que hablaron en el telediario el día anterior todavía no había llegado, pero no tardaría mucho en hacerlo, ya que más allá de los edificios, a varios kilómetros, se adivinaba suspendida en el aire una cordillera de densas y oscuras nubes que no traían nada bueno.

Después de tomarse tres cafés, casi seguidos uno detrás de otro, pensó en la invitación que ayer al mediodía le había ofrecido Luis, y después de considerarlo minuciosamente y haciendo acopio de fuerzas, decidió llamarlo y salir a correr con él aunque solo fuera para estirar las piernas y hacer trabajar un poco a su corazón. Quería aprovechar para preguntarle por el regalo de Ana (entonces cayó en la cuenta de que Luis tampoco le había preguntado por el regalo de Javi) y, dependiendo de su estado de ánimo, comentar de forma trivial, como si careciese de importancia, todos los cambios que había experimentado con respecto a Noelia.

Mientras le escribía un mensaje a Luis, se sintió egoísta y mezquino por recurrir a su amigo solo cuando a él le interesaba, pero luego comprendió que eso no era así. Recordó cuántas veces le ofreció su hombro cuando Luis estuvo a punto de separarse de Carolina por un malentendido, o cuántas veces había debido escuchar sus problemas para con la empresa hasta que esta decidió despedirlo.

La relación entre ambos, ante cualquier pensamiento malintencionado, era

clara y transparente: hoy por ti, mañana por mí. *Eso es lo que hacen los amigos, ¿no?*

Luis contestó a los pocos minutos y recibió la aceptación de Jaime con efusivos *aplausos y pulgares en alto*. Jaime sonrió al verlos y se dijo que amigos como él no se encontraban tan fácilmente. Se atavió con ropa deportiva y quedó con Luis en el bar *Las cuatro esquinas* para dentro de media hora.

Mientras se vestía frente a la estufa, pensó en lo extrañamente silenciosa que estaba la casa, como si los vecinos todavía estuviesen durmiendo... o como si todos hubiesen muerto durante la noche.

—Escucha —le dijo—, vamos a ritmo lento si no quieres tener que llevarme al hospital con el corazón en la mano.

Para Jaime era primordial advertirle a Luis que moderara el ritmo antes de comenzar. En caso contrario, solo le quedaban dos opciones: o seguir su ritmo y morir en el intento o quedarse atrás y correr a solas, y sinceramente, pensó, *para correr a solas y ver cómo Luis va decreciendo de tamaño enfrente mío mientras contonea su trasero peludo, prefiero quedarme en casa*.

—Tú aprieta —dijo Luis tratando de imponer su ritmo—. Al principio te asfixiarás y sentirás cómo tus piernas se hinchan como si fueran a explotar, pero luego todo se suaviza, hazme caso.

—Te recuerdo que yo no estoy tan en forma como tú, y además fumo como un carretero. Joder, que no puedo seguirte.

Luis suspiró.

—Está bien, está bien, vamos a tu ritmo. Lo importante es que te muevas un poco y salgas de la cueva de vez en cuando, aunque sea para hacer el ridículo conmigo.

—Qué capullo eres.

—Yo también te quiero, cariño.

Estuvieron corriendo durante casi media hora, hasta que los pulmones de Jaime dijeron que si esto continuaba así por mucho más tiempo, pensaban negarse a inhalar más oxígeno. Sus piernas también tuvieron algo que objetar, ya que las sentía inflamadas y con una sensación de constante hormigueo debajo de su piel, como si la sangre fluyera a trompicones por sus venas. No obstante, había resistido mucho más de lo que había imaginado y, en cierto sentido, le hizo sentirse orgulloso de sí mismo.

Finalizaron el recorrido en el punto de partida, con Jaime resollando como

una cebra acosada por una manada de leones, y no fue ningún secreto que el siguiente paso sería reponer fuerzas en *Las cuatro esquinas*.

Julián, el dueño, los atendió con su característico buen humor y les sirvió dos jarras de cerveza, acompañadas de un plato de olivas. Jaime hubiera jurado ante la Biblia que su enorme barriga había aumentado de tamaño desde la última vez que estuvieron allí.

—Esto, querido Jaime, es lo mejor de salir a correr —dijo Luis, y a continuación dio un largo trago a la cerveza con un pronunciado sonido gutural—. Deberías hacerlo más a menudo, tu cuerpo te lo agradecería y te sentirías mucho mejor contigo mismo, ¿sabes?

—No lo niego, pero el trabajo me lo impide —replicó Jaime—. Tengo que mantenerme concentrado la mayor parte del día, y apenas me queda tiempo para mí.

Jaime sabía que lo que acababa de excusar carecía de cimientos, porque lo cierto era que tampoco se pasaba todo el día escribiendo, aunque sí con la mente ocupada en la trama y en los detalles, pero eso no significaba que no pudiera desconectar aunque solo fuese una hora.

—Tú sabrás lo que haces con tu cuerpo. Yo salgo a correr los martes, los jueves y los sábados. Lo de hoy ha sido una excepción porque me lo has pedido tú, pero si te animas, ya sabes.

Jaime sonrió.

—Pero si fuiste tú quien me dijo de salir a correr.

Luis le devolvió la sonrisa.

—Sí, pero pensé que ibas a decirme que no. Pero no te preocupes, no voy a morir por salir a correr un día más. Por ti lo que sea, colega. —Dio un trago de cerveza y posó su mirada en los ojos de Jaime. —Oye, cambiando de tema, ¿has vuelto a recibir alguna carta como la otra?

Jaime endureció la mirada y jugueteó con la jarra de cerveza, haciéndola rodar en círculos. Un soplo de viento le produjo un escalofrío en la nuca, o quizá había sido la pregunta de Luis.

—No, nada más. Tenías razón. Debió de ser la broma de algún vecino, o vete tú a saber. —Por un momento estuvo a punto de contarle que se había presentado en la vivienda deshabitada y que después había estado hablando con la pareja de ancianos que viven al lado. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Ya era suficiente, no quería involucrar más a Luis y, además, pensaría de él que estaba loco, demasiado loco y obsesionado.

—Claro, hombre —infirió Luis—. De una cosa estamos seguros: el diablo no existe, ¿verdad?

El diablo no existe.

El diablo no existe.

—No —acabó admitiendo Jaime—. El diablo no existe.

De pronto el sol se ocultó entre una masa de nubes y todo en derredor se oscureció. La esperada borrasca iba tomando posiciones sigilosamente, como un ejército antes de lanzarse a la batalla final.

Cuando Jaime regresó a casa el viento se había tornado más frío y más intenso. Levantaba las hojas caídas de los árboles y las hacía danzar en pequeños torbellinos que cortaban el aire.

Finalmente no hubo oportunidad de comentar con Luis el repentino cambio de humor de Noelia. Para ser más exactos, sí hubo oportunidad, solo que la presencia de un virus estomacal le había hecho pensar de una forma más tolerante, y que al fin y al cabo, nadie está de humor cuando está sufriendo un intenso dolor de barriga.

Lo que sí pudo averiguar fue lo que Ana deseaba para la noche de Navidad: la cabeza de una muñeca a la que podía peinar y maquillar a su gusto.

Una cabeza seccionada, un juguete bastante tétrico y macabro.

Calentó el cuarto de baño con la estufa eléctrica durante unos minutos y se dio una ducha. Se afeitó y se peinó, y cuando terminó se examinó en el espejo. Su reflejo le convenció, pero solo a medias. Ya no presentaba un aspecto descuidado y desaliñado, pero la falta de sueño de los últimos días provocaba que las manchas oscuras que bordeaban sus ojos siguieran presentes. Luego observó su cuerpo con ceño fruncido. Se pellizcó un michelín y se dijo que estaba cogiendo peso. Sus tetillas también habían crecido, ya que colgaban más de lo habitual. Quizás practicar un poco de deporte con Luis tampoco le vendría mal, además, en compañía era mucho más ameno.

Lo dejó pendiente para mañana, dependiendo de cómo se levantara, y si no tenía muchas agujetas puede que el sábado repitiese la sesión con Luis.

Se atavió con un chándal limpio, se enfundó la bata y se dirigió a su despacho dispuesto a ponerse a trabajar cuanto antes. Todavía no eran las once de la mañana, así que tenía tiempo más que suficiente, lo que, en cierto modo, desmontaba el argumento que le había pretextado a Luis.

El despacho estaba sumido en la oscuridad. La persiana se agitaba enérgicamente con el viento que se había levantado. Se dirigió a la ventana, echó un rápido vistazo a la ventana de enfrente, y tras comprobar que todo seguía igual (gracias a Dios el mecanismo se debió de romper, se dijo en un pensamiento fugaz) bajó la persiana y encendió la luz. Luego, sintiendo las piernas cada vez más doloridas, se sentó en la silla giratoria frente al escritorio y encendió el ordenador.

Cuando después de casi cuatro minutos emergió al fin en el monitor el cementerio observado en silencio por la luna llena, escuchó sonar su teléfono móvil. No recordaba dónde lo había dejado. Se levantó y se dejó guiar por el tono hasta que lo encontró sobre la encimera de la cocina. Corrió hacia él antes de que colgaran, y cuando, suspendido en su mano, vio latir la palabra *Eugenio* con letras luminosas en la pantalla, su estómago se retorció como si un gélido tentáculo se hubiese enroscado a su alrededor.

La frase escrita en aquella nota apareció en su mente, como un invitado indeseado, y por un instante dudó si atender la llamada o no. No podría enfrentarse a eso. No, no podría.

Ya era demasiado tarde. La parte responsable de su mente había tomado el control y ya le había hecho deslizar el dedo por la pantalla táctil.

—Buenos días Eugenio.

¿Habría resultado su voz temblorosa? Seguramente sí, porque sentía su cuerpo tiritar como si le hubiesen acabado de sacar de un lago congelado.

—Jaime, buenos días, ¿cómo estás? Quería hablar contigo.

Esa frase *quería hablar contigo*, pronunciada con voz grave y circunspecta, confirmaba, de alguna forma incognoscible para él, lo que presentía que iba a comunicarle. La nota, la maldita frase de aquella nota que ahora se había borrado, que había desaparecido como por arte de magia, se lo había dicho, había tratado de advertirle. Trató de mantener la compostura, albergar alguna esperanza del tipo: la firma de libros ha sido todo un éxito, así que te hemos preparado otro evento en Sevilla, o en Valladolid, donde fuese.

—Bien, me disponía a trabajar. Tú dirás.

—Siento haber tardado tanto en llamarte, pero he estado muy ocupado, de verás —Eugenio carraspeó, como si se estuviese tomando un tiempo para escoger las palabras apropiadas—. Escucha, he recibido tu e-mail con tu nuevo proyecto y... y me parece una muy buena idea, en serio, pero creo que la trama no está bien enfocada.

Un trueno rompió lejos, muy lejos, como si la llamada de Eugenio trajese consigo el caos y la destrucción más absoluta. Jaime sentía su corazón latir con intensidad, tratando de resquebrajar sus costillas. La nota estaba en lo cierto, sí, ¡estaba en lo cierto! Tragó saliva y se dispuso a impugnar, porque por la extensa pausa que había interpuesto Eugenio, en la que solo escuchó su fatigada respiración al otro lado de la línea, supuso que eso era lo que esperaba de él.

—No entiendo —replicó. Sentía la boca pastosa, tanto que no supo si Eugenio entendería sus palabras—. ¿Cómo que está mal enfocada?

—Jaime, no te pongas nervioso. La idea del diablo y todo eso me parece excelente, pero seamos sinceros, y sobre todo debes serlo contigo mismo: el material que me has enviado está muy visto. Cuatro amigos que invocan al diablo, algo sale mal y luego se ven asediados por una fuerza extraña. Lo hemos leído y visto en cientos de libros y de películas. ¿Lo entiendes?

Jaime escuchó a Eugenio como si este hablase desde dentro del agua. Su mente estaba más ocupada en buscar una respuesta a la terrible predicción que había sido escrita en la nota. Sin embargo, lo que más le aterraba era que se había cumplido.

—Sí, sí, lo entiendo. Pero... pero, todo lo que llevo escrito...

Eugenio carraspeó, como si tuviese un hueso de pollo atascado en la garganta.

—A la mierda lo que lleves escrito. Si es algo que no me vale, no sirve para nada. Además, no creo que sea mucho.

Jaime se giró lentamente hacia la ventana, con la mirada perdida en el patio de luces.

—Veintidós mil palabras.

Eugenio pareció sorprenderse al otro lado de la línea, o al menos esa hubiese sido la reacción que Jaime habría deseado.

—Vaya, son muchas para el poco tiempo del que has dispuesto. —Eugenio hizo una pausa. —Parece que te lo habías tomado en serio. Lo siento mucho, Jaime, pero no me vale. Piensa en algo más original, algo más... psicológico, sé que puedes hacerlo, no me cabe la menor duda. Devánate los sesos y sorpréndeme. Si me sorprendes a mí, sorprenderás al lector.

La mente de Jaime era ahora lo más parecido a una tormenta de nieve, donde cada copo era una idea que tan pronto aparecía de la nada, se difuminaba.

—Está bien, Eugenio. Pensaré en algo distinto. —Simplemente dijo eso.

—Anímate, cojones, parece que estés en un velatorio. Estas cosas es mejor atajarlas desde el principio, para eso estoy yo, ¿no crees? —Eugenio sonrió, una sonrisa ronca y entrecortada—. Escúchame, cuando lo tengas claro házmelo saber, antes de que te pongas a escribir sin sentido. ¿Lo tienes claro?

Sí, Bwana.

—Sí, claro que sí. Me pondré con ello enseguida.

—Ese es mi chico. Ahora tengo que dejarte, el deber me llama. Estamos en contacto con lo que sea. Adiós Jaime.

—Adiós...

Escuchó cómo se cortaba la comunicación.

—...¡cabronazo! —gritó con el teléfono móvil todavía pegado a su oreja.

Sintió un deseo incontenible de romper algo, liberar de algún modo la rabia que se había apoderado de él. Alzó el teléfono al aire, pero pudo contenerse, y en su lugar cogió un plato del escurridor y lo estrelló contra la pared, muy cerca del reloj circular. El plato estalló en cientos de fragmentos, diminutos y afilados, que se esparcieron por el suelo.

En el preciso instante en que el plato estalló contra la pared, la enfermera de la consulta de ginecología, una joven muchacha de sonrisa agradable, abrió la puerta y pronunció el nombre de la siguiente paciente:

—Noelia Pineda, adelante.

Noelia, al escuchar su nombre, dejó la revista que estaba hojeando sobre la mesa de centro y se levantó de la silla sintiendo un nudo en el estómago y su corazón latir con afán. Además de ella, en la consulta había tres pacientes más, que le dedicaron una sonrisa condescendiente cuando vieron que era su turno. Entró a la consulta con manifiesta inseguridad, cerró la puerta tras de sí y se sentó frente al doctor.

—Hola Noelia —saludó el doctor Nieto sonriendo de manera afectuosa, esa sonrisa que a Noelia siempre le había inspirado confianza. Luego bajó la mirada hacia la carpeta que contenía su expediente, la abrió y hojeó atentamente los informes que contenía—. Bien... muy bien. —Guardó silencio un instante. —La última revisión fue en mayo, hace seis meses... todo perfecto. —Levantó la mirada hacia Noelia y entrelazó los dedos sobre la mesa. —Bueno, la revisión no tocaba hasta abril. Dime, ¿qué es lo que pasa?

El doctor, un hombre de complexión fuerte y que todo el pelo que le faltaba en la cabeza lo tenía repartido entre su cara, cuello y manos (al menos en las partes de su cuerpo que quedaban a la vista), no pasó por alto el estado de nerviosismo que mostraba Noelia, así que trató de sonreír y conseguir con ello que Noelia se relajase.

—Estoy embarazada —dijo Noelia tajantemente. Confesarse ante el doctor, como si de un párroco se tratase, fue como quitarse una lápida de encima.

Noelia observó a la enfermera, que se había sentado en un extremo de la mesa. Su sonrisa, blanca y centelleante, dejaba a la vista una dentadura

perfecta. Luego desvió la mirada hacia el doctor, que por su dilatada experiencia con todo tipo de pacientes, de los que muchos deseaban ser padres, pero otros no, no sonreía.

—Bueno, eso puede ser maravilloso —dijo con prudencia—. ¿Has tenido alguna falta?

—Sí, este mes. —Noelia notó su propia voz distinta, como si no le perteneciese a ella. —El viernes —añadió— me hice un test de embarazo y dio positivo.

—Bien, bien... —El doctor se levantó de la silla, y fue como si una gran montaña se le viniese encima. —Pues habrá que ver que hay ahí, ¿te parece?

Noelia asintió. La enfermera imitó al doctor y se dirigió, sin perder la sonrisa, hacia la parte más amplia de la consulta.

—Pase aquí detrás—dijo con voz dulce y cordial, señalando a una pantalla metálica cubierta por un plástico blanco, a la derecha de la mesa de exploración— y quítese la parte de abajo, menos las braguitas.

Noelia acató la invitación, y cuando se hubo quedado semidesnuda, fue guiada por la enfermera hasta la mesa de exploración, (para Noelia siempre había sido un potro intimidatorio que le provocaba cierta aversión) donde se tumbó y permitió que la enfermera dispusiera una toalla sobre su cintura.

—Súbase la parte de arriba —apuntó la enfermera, con un tono de voz tan acaramelado que para Noelia comenzaba a ser empalagoso. Asintió y, con asombrosa pulcritud, se remangó el jersey de lana y dejó la tripa al descubierto.

El doctor Nieto, que se había sentado junto a la mesa de observación, manipulaba el ecógrafo con tanta destreza como un mecanógrafo podría escribir el abecedario sin mirar el teclado. Noelia centró su atención en la bata blanca, impoluta, que portaba. En cierta manera esa maravillosa blancura (blanco igual a bueno, negro igual a malo, pensó distraídamente) la reconfortó, pero solo un poco.

—Bien, esto ya está —Dijo el doctor al cabo de un tiempo, que a Noelia se le antojó eterno y aflictivo. El doctor Nieto hizo rotar la silla giratoria, se aproximó a Noelia impulsándose con las piernas e impregnó con sumo cuidado la sonda con el gel—. Ahora sentirás un poco de frío, solo será un momento.

Aunque Noelia ya conocía esa sensación, no estuvo de más que el doctor se la recordase. Giró el cuello a un lado y fijó la mirada en la pantalla del

ecógrafo. Allí, como una película en blanco y negro, se adivinaba una forma acampanada sobre un fondo negro.

El doctor posó la sonda sobre su abdomen y la presionó haciéndola oscilar lentamente de un lado a otro. El monitor cobró vida de forma repentina, en el que formas imprecisas de tonos claros y oscuros alternativamente se agitaban formando lo más parecido a una galaxia. Para el doctor, que observaba con atención el monitor, no eran ningún misterio, sin embargo, para Noelia fueron como escuchar la versión original de una película eslovena.

—Ajá —dijo el doctor, con tono ausente. Regresó al ecógrafo arrastrándose en la silla y manipuló el control—. Enhorabuena, Noelia: estás embarazada —anunció sin mucho entusiasmo—. Lo que estoy haciendo ahora es medir la longitud céfalo-caudal, para determinar la edad gestacional.

Noelia sintió la cálida mano de la enfermera posarse sobre su hombro y escuchó cómo la felicitaba sin perder la sonrisa. De pronto, como en una avalancha de nieve, se vio desbordada por un cúmulo de sentimientos inconexos entre sí: alegría, pena, miedo, culpa, inquietud. Giraban en su mente en espiral, a gran velocidad, mostrándose ante ella por orden de aparición, como un desfile disparatado y desbocado. Sí, ya sabía que estaba embarazada, pero escucharlo oficialmente de la voz del doctor despejaba cualquier duda.

Viéndose desbordada, sintió cómo las lágrimas anegaron sus ojos. El sentimiento que resultó vencedor de aquella amalgama enloquecida fue finalmente una alegría absoluta, que prevaleció sobre las demás impulsada por la naturaleza más primigenia, y porque sí, tenía una vida en su interior, su bebé, y ahora podía sentirla, verla incluso, aunque por ahora solo fuera una mancha borrosa en un monitor de hospital.

El doctor Nieto, observando su reacción, decidió realizar un comentario banal, un pequeño toque de humor que siempre, o casi siempre, daba resultado:

—Vamos, mujer, ni que fueras primeriza. La única diferencia es que ahora tendrás dos bocas que alimentar.

Funcionó. Noelia, sin cesar de llorar, sonrió, y de esa forma liberó toda la tensión que se había acumulado desde que cruzó la puerta de la consulta.

—¿Se puede... —Noelia se atragantó y comenzó de nuevo— se puede escuchar su corazón?

El doctor Nieto había terminado con las mediciones. Hizo rodar la silla dándole la espalda al ecógrafo y fijó su mirada en los ojos acuosos de Noelia.

—Noelia —dijo con voz calmada—, estás de siete semanas. Hasta la semana diez de embarazo el latido del corazón no será perceptible. Ahora todavía es muy pequeño, no medirá más que la uña de tu dedo meñique. Mira —dijo señalando una diminuta mancha oscura en el monitor del ecógrafo—. El corazón de tu bebé es esto de aquí. ¿Ves cómo late?

Noelia se quedó embelesada mirando cómo la pequeña mancha grisácea se agitaba muy rápido, casi espasmódicamente. Era la vida. La vida que se abría paso en su interior. Sintió cómo una nueva ola de emoción emergía desde su estómago hacia fuera, ensanchando sus pulmones, dilatando su garganta, quebrándole la voz.

—Es... es precioso.

—Sí, sí que lo es —observó el doctor—. Es un auténtico milagro.

Jaime se dirigió con paso resuelto hacia su despacho, a grandes zancadas. Su cabello ondeaba cortado por el gélido aire de la casa. Levantó la persiana bruscamente y su mirada atravesó la calle hasta clavarse como un afilado puñal en la ventana del edificio de enfrente. Al otro lado, enturbiada por la repentina oscuridad que había caído sobre Madrid, la ventana parecía sonreír aviesamente.

Por un segundo, la boca abierta y oscura a la que se asemejaba le pareció a Jaime que pronunciaba algo parecido a: *¿te ha gustado, Jaime? Esto es solo el principio de un largo y terrorífico camino, una pequeña muestra de lo que soy capaz de hacer. Quiero escucharte decir mi nombre, dilo: soy el diablo, el diablo, el diablo, el diablo...* Y Jaime sintió cómo el terror lo cubría con su frío y hediondo aliento y obstruía sus venas, paralizaba sus músculos, le robaba la voz, un grito.

Observó con una mueca desencajada cómo las hojas que hasta ahora habían sobrevivido al otoño, acompañadas de algunos envoltorios brillantes y plateados de comida basura, se agitaban en un torbellino de viento, capaz de alzarlos hasta una sexta altura. Un trueno se oyó lejos, por encima de los edificios, pero más cerca que el último que escuchó. Jaime bajó la persiana de golpe, tirando con fuerza de la cinta, y las lamas se ajustaron entre sí hasta sumir al despacho en una oscuridad absoluta.

La súbita oscuridad acrecentó el terror y, con el corazón desbocado, se lanzó hacia las estanterías palpando con vehemencia hasta llegar al interruptor de la luz. Cuando lo pulsó, el amarillento resplandor que escupió la bombilla exilió a la oscuridad, al menos de momento. *Porque la oscuridad siempre vuelve, ¿verdad?* Se dijo tratando de recuperar el latido normal de su corazón. *La oscuridad siempre gana, siempre.*

Sacó el paquete de tabaco del bolsillo de la bata y se encendió un cigarro.

Su mano tembló notablemente cuando acercó la llama del mechero a la punta del cigarro. La primera bocanada, espaciosa y profunda, hizo la misma función que un medicamento relajante. Debía poner en orden las ideas, analizar fríamente todo lo que acababa de suceder.

No era importante, hasta cierto punto, que Eugenio hubiese dado marcha atrás a su proyecto. Podría llegar a entenderlo ya que, en cierto modo, tenía toda la razón. Él mismo había percibido en la trama (aunque su subconsciente se encargó de ocultárselo y privarle de la verdadera importancia que implicaba) que esta había sido usada hasta la saciedad, solo que pensaba que podría enfocarla desde una perspectiva distinta, más novedosa.

Había sido un grave error.

Lo que sí era importante, y reclamaba a gritos en su cerebro toda su atención, era cómo aquella nota había acertado inexplicablemente con la predicción.

Fue hasta su escritorio, abrió el cajón y buscó la nota con vehemencia, sacando el rimero de papeles que la enterraba y dejándolos de cualquier forma sobre la mesa. Cuando la encontró, la examinó con detenimiento. Sus ojos, incrédulos, contemplaron la nota en blanco. Por un momento creyó que la frase habría reaparecido, pero no era así.

Una idea desesperada, seguramente estúpida, se le ocurrió, y abandonó su despacho en dirección a la cocina. Allí, frente a la claridad de la ventana, levantó la nota, sosteniendo el cigarro entre sus dedos, y la observó a contraluz. Chasqueó los dientes, lastimándose un incisivo por la violencia que empleó. Albergaba la esperanza de que las palabras apareciesen difuminadas, como si la nota hubiese sido escrita con tinta invisible, pero el papel continuaba tan desnudo como en un principio.

Pensativo, se echó el pelo hacia atrás con la mano. Lo notó suave, deslizarse limpiamente entre sus dedos. La pregunta que su mente ya no lograba evadir floreció como un jardín a cámara rápida:

¿Existe realmente el diablo?

Un escalofrío se aferró a su columna vertebral. Succionó el cigarro de manera impulsiva. La respuesta le pareció evidente: *sí, existe, y tú, estúpido, has llamado a su puerta.*

Aceptar su existencia resquebrajó su mente, igual que lo hace un espejo cuando es golpeado por una piedra, y la sensación de caos y terror que lo invadió debió de ser muy parecida a cuando vas a hacerte un chequeo con tu

doctor de confianza y te comunica que, después de todas las pruebas, tienes un cáncer terminal que te arrojará de esta vida en menos de tres meses.

Un mundo de posibilidades terroríficas, espirituales y sobrenaturales se abrió ante él como la cola de un oscuro pavo real. Las sombras del tiempo se dilataron hasta fragmentarse como una fina tela de piel, la existencia de un infierno cobraba un matiz demencial, así como tantos textos haciendo referencia, donde trataban de aleccionar a la humanidad con la genuina verdad, tan sutil y metafóricamente escritos, que daban la sensación de haber sido confeccionados con miedo, con terror, por si su mera mención abriese las puertas a algo terrorífico e inimaginable. Cuánto sabrían aquellas gentes, cualquiera que fuese su cultura.

El diablo es la encarnación del mal, astuto, mentiroso... perverso. Su única función es buscar una grieta en tus pensamientos, en tus actos, para poder llevarse tu alma al infierno, atormentarla, por toda una eternidad, aunque el mundo se detenga y la humanidad se extinga.

¿Qué estás pensando? ¡¿QUÉ ESTÁS PENSANDO?!

Jaime aplastó el cigarro en el cenicero. La sensación de angustia que se aferró a su estómago le produjo náuseas. Sus pensamientos se centraron en Luis. ¿Por qué él no había experimentado ningún hecho extraño desde el viernes?

Lo que llevaba a la siguiente cuestión: ¿por qué *el diablo* se había obstinado con él?

Un trueno hizo temblar el cielo y la oscuridad se intensificó de pronto en la cocina, devorando las sombras, apartando la luz. Una tormenta cualquiera, como podía ser aquella que, lenta e inexorablemente se iba fraguando en el cielo, le hizo sentir terror, una especie de filamentos oscuros y retorcidos avanzando por todo su cuerpo hasta envolverlo por completo. Todo había comenzado en él. La novela, la invocación, él era el verdadero responsable, esa debía de ser la respuesta.

Sintió una gran animadversión respecto a Luis. *Por qué él no y yo sí. ¿Por qué?* Sin embargo, como si esos malos pensamientos pudieran alentar al diablo, los apartó de su mente y actuó para sí mismo como si jamás se le hubiesen ocurrido.

Después de todo, era justo. Era él sobre quien debían recaer las consecuencias. La lluvia comenzó a repiquetear con timidez sobre la ventana de la cocina, como las corrompidas uñas de la mano de un muerto. Se sentó en

la silla incapaz de mantenerse en pie y su mente, buscando una puerta trasera por la que escapar, pensó en cuáles eran realmente esas consecuencias.

¿Qué había ocurrido? Nada, al menos nada grave. La advertencia había sido clara y concisa, pero no era para mal, sino para bien. Había acertado, no cabía duda, pero nadie había salido herido, simplemente había tratado de guiarle hacia una verdad que ahora le resultaba innegable, como si... como si el diablo quisiera que escribiese sobre él, como si supiese que el camino que había tomado no llevara hacia ninguna parte, excepto hacia un estrepitoso fracaso.

Quizá fuese eso.

Quizá el diablo estaba de su parte.

Quizá mi alma pueda salvarse.

Quizá deba comenzar de nuevo, pero desde otra perspectiva.

Y creyó saber por dónde empezar a trabajar.

Respecto a Noelia, decidió que la mantendría al margen. El auténtico motivo que, inconscientemente, se negaba a admitir era que deseaba ocultarle la conversación mantenida con Eugenio por vergüenza, sí, por vergüenza y porque no quería que presenciase cómo todo en lo que había trabajado con tanto fervor en los últimos días se desvanecía en la nada, como la promesa que le hizo, y porque... porque no quería que pensase de él que era un fracasado, alguien con el que juntarse significaba cavar tu propia tumba.

Además, ahora la situación había tomado un matiz más personal, un acuerdo tácito que solo los implicaban a él y al diablo.

Las siguientes dos horas las pasó de aquí para allá, de un lado a otro de la casa, pensando sobre una trama sorprendente y original, aplicándole la base de la que partía (esta era su propia experiencia, nada más real, creyó), tomando notas en su libreta de media cuartilla con las esquinas arrugadas y olvidándose por completo de la hora de comer.

Para cuando eran las tres de la tarde, cayó extenuado en el sofá, y sin darse cuenta, se quedó dormido. Tuvo un sueño extraño, pero placentero de alguna forma, y cuando despertó cerca de las cuatro, sintió aversión de sí mismo, por haber disfrutado gozando de aquella sensación de poder que le había sido otorgada en el mundo onírico por el que había vagado, porque recordaba el sueño, recordaba hasta el más ínfimo detalle.

El escenario del sueño no era lúgubre, ni la oscuridad se descolgaba desde un cielo infinito como polvorientas telarañas tejidas desde siglos atrás, ni tampoco un monstruo ominoso e indefinido se ocultaba entre las sombras esperando el momento oportuno para desplegar sobre él sus garras sin forma.

El paraje donde se hallaba destacaba por su frondosa vegetación, de tonos verde y ocre tan intensos que inspiraban vitalidad y quietud. Las raíces, embadurnadas en moho y desafiando con insolencia a la gravedad, quebraban la tierra y brotaban hacia arriba, retorciéndose, como dedos rotos extremadamente largos. Un camino de tierra, del que no se vislumbraba ni principio ni fin, se abría paso entre los centenarios árboles de longitud desconocida, serpenteando con curvas tan suaves que, si no prestabas la suficiente atención, podrías erróneamente pensar que te hallabas en un camino rectilíneo.

Flanqueándolo, una muchedumbre de otros tiempos, a juzgar por su atemporal y peculiar vestimenta, formaba un pasillo humano, de rostros sumisos y aterrados, castigados por el tiempo y tiznados de suciedad,

venerándole, reverenciándole, apartándole la mirada cuando esta se cruzaba con la suya y congelándola en un punto lo más alejado posible de él.

Él.

Él no era él. No era Jaime Murillo.

Él era el diablo. Señor de aquellas gentes, poderoso, temido, respetado. Caminaba a paso lento, rezumando terror, con la cabeza erguida, la mirada desafiante. No poseía cuernos, ni cola acabada en punta de flecha, ni su piel estaba teñida de un extraño color encarnado. No iba ataviado con una larga y oscura capa tejida con la piel putrefacta de los caídos, ni mostraba el desproporcionado torso al descubierto, donde las almas empujarían su carne y su piel intentando escapar del horror más perverso y cruel, formando un obscuro hervidero de anatomía burbujeante y febril.

Simplemente era él.

Conservaba su rostro macilento, su mirada severa y maléfica, provista de un brillo apagado que parecía dilatar sus pupilas, sus pómulos pronunciados como una calavera malformada. A cada paso, lento y escrutador, dejaba tras de sí un reguero de sombras que devoraban la luz hasta extinguirla definitivamente, retorciéndose como serpientes sin cabeza, exhalando un suspiro de maldad tan oscuro como el hueco de una muela.

Sin embargo, lo grandioso del sueño era la sensación de poder que hinchaba su cuerpo, deshacer el hígado de aquel hombre con un simple chasquido de dedos, o licuar los huesos de la mujer cabizbaja a su derecha con solo guiñarle un ojo. La sensación de un poder supremo a su disposición, capaz de detener el tiempo, de apagar el sol, de jugar a su antojo con las sabrosas almas de aquellos insignificantes seres que lo temían por lo que era, y también por lo que era capaz de hacer. Un poder gobernado por el mal, por la perversidad, susceptible de subyugar al bien, por el mero hecho de que el mal nada tiene que perder, y esa es la eventualidad que le otorga una envidiable ventaja respecto al bien.

Cuando Jaime despertó, enseguida intuyó que algo no iba bien dentro de su cabeza. A pesar del helor concentrado en el salón, se había despertado sudando, y cuando el sudor se secó, comenzó a tiritar invadido por una ola de frío. Solo entonces, cuando la sensación onírica se deslizó por la garganta del opresivo frío, comprendió que la sugestión había sido la culpable de aquella *agradable* pesadilla.

Por un segundo creyó que la llamada de Eugenio formaba parte del sueño,

pero cuando su mente descubrió que sí había ocurrido en realidad, sintió un desagradable hormigueo en el estómago. Lo que hizo fue coger su libreta de notas, que descansaba sobre la mesa de centro, y apuntó cada detalle del sueño, por si podía utilizarlo en un futuro.

Cuando terminó vio que solo faltaba una hora para que Noelia y Javier llegasen a casa, así que se preparó un café, se fumó un cigarro y decidió bajar al trastero para despejar su mente (sabía que con la mente despejada atraía la inspiración) y así de paso cumplir un deseo que Noelia hacía varias semanas le iba pidiendo: que lo pusiera en orden. *De una vez por todas, por favor.*

Cogió las llaves de casa y del trastero, salió de casa y bajó en el ascensor hasta el garaje. Se dio cuenta de que al hacerlo, fue como huir de aquellas paredes que delimitaban su hogar, que lo estaban oprimiendo sin ser consciente de ello, y se sintió bien, condenadamente bien.

El garaje se encontraba desierto. Pulsó el interruptor de la luz, que parpadeó un instante hasta encenderse, y caminó entre los coches estacionados en silencio hasta llegar a su plaza de garaje. En la pared del fondo se hallaba el trastero, una puerta metálica y herrumbrosa fácil de forzar, pensó abstraídamente, si hubiese algo de valor que robar allí. Encendió la luz del trastero en el preciso instante en que se apagaba la luz general del garaje. Ahora, aquel lugar se había convertido en un pozo de oscuridad con una luz amarillenta y rectangular que emergía tenebrosamente de la puerta, y si Jaime la hubiese visto desde lejos, posiblemente no hubiese permanecido allí por mucho tiempo.

Sacó de un rincón una caja de plástico y decidió meter allí todo lo que ya no valía para nada, pero que, como una ardilla antes de la llegada del invierno, siempre había preferido guardar por si acaso. El trastero era bastante amplio para las deleznable condiciones del edificio, así que tendría trabajo por un buen rato.

En ella metió obsoletas cintas de video cubiertas por una gruesa capa de polvo que se hallaban amontonadas en una de las estanterías metálicas que compraron en unos grandes almacenes. También se decidió, al fin, a mandar a la basura una pila de comics de *Creepy*, que conservaba desde la infancia y que ahora se había convertido en una fábrica de bichos. Una bolsa cerrada repleta de cargadores de móviles desfasados también fue a parar a la caja. Para cuando llevaba diez minutos, tuvo que hacer uso de otra caja más.

Reestructuró el trastero con los nuevos huecos logrados, apilando el árbol

de navidad, la bolsa con sus adornos y las luces multicolores, la tienda de campaña, las sillas plegables para la piscina, y un sinfín de trastos más.

Mientras se mantenía entretenido, su mente no cesaba de trabajar en la nueva trama, pero era difícil, muy difícil. Sin embargo, haciendo uso de lo que poseía, iba tejiendo una idea, pero, hasta el momento, sin forma. Le faltaba algo, que estaba a punto de manifestarse, pero que nunca emergía, como esa palabra que se queda en la punta de la lengua y que no consigues averiguar cuál es.

Acomodó un bloque de azulejos de repuesto en la balda inferior de la estantería. Intuía que la nueva trama iba a robarle muchas horas de sueño (más de las que desearía), y no podía perder tiempo, debía solucionarlo ya, antes de que pasase demasiado tiempo y Noelia no parase de preguntar cómo iba avanzando la novela.

Un trueno se escuchó desde el otro lado de la puerta automática del garaje. Las paredes retumbaron como si una mano gigantesca las hubiese estremecido. Sus pensamientos se encaminaban inexorablemente hacia el diablo, y no quería recordar aquella carta, ni aquella llamada de Eugenio, y mucho menos aquellas pesadillas, por mucho que fueran producto de su subconsciente. Sin embargo ahora, en cierto modo, ambos estaban unidos y sabía que no se libraría de él en mucho tiempo. Debía escribir acerca del diablo, algo que ni siquiera sabía todavía, por lo que su mente no podía detenerse en otra cosa que no fuese él, dando como resultado un círculo vicioso del que ya le era imposible escapar.

Una mancuerna, apoyada sobre la rugosa pared de cemento, resbaló al apartar una silla y cayó sobre su pie con un ruido sordo. La maldición que lanzó reverberó entre las cuatro paredes del trastero y se sujetó el pie dando pequeños saltos a la pata coja. Se sujetó en la estantería, apretó los dientes y escuchó un sonido mecánico y chirriante que provenía del garaje.

Durante un instante se quedó petrificado, con su mano aferrada al pie. En ese breve espacio de tiempo, demasiado prolongado bajo su perspectiva, un sofocante terror a lo desconocido se adueño de él, lo que acrecentó los latidos de su corazón. Su mente, estudiando a la velocidad de la luz la situación en la que se hallaba, llegó a una clara conclusión: se encontraba a solas en un sombrío trastero, en el interior de un desierto garaje, con un deje a aceite de motor y a gasolina quemada flotando en el aire, donde no se escuchaba otra cosa sino el esporádico fluir del agua por las tuberías falcadas en sus muros, y

para concluir la tétrica fotografía, su única compañía eran los vehículos estacionados en sus parcelas, en algún lugar dentro de la oscuridad que imperaba, silenciosos, como si se tratase de un cementerio de coches.

En el momento en que el instante transcurrió y su mente fue capaz de encasillar ese extraño sonido, supo que había sido la puerta automática del garaje la que lo había producido. Más bien había sido el sonido del exterior al invadir el garaje el que le había ayudado a descifrarlo.

Su mente sufrió un destello, una alusión repentina. Soltó su pie y miró la hora en el teléfono móvil. Eran las 5:35. Había pasado casi una hora y apenas se había percatado del transcurrir del tiempo. ¿Serían Noelia y Javier que llegaban del colegio?

Jaime salió del trastero y observó cómo las luces de un coche descendían por la rampa y hacían un barrido por el garaje. Por un segundo lo cegaron cuando el haz de luz se alineó con su fija mirada, obligándolo a entrecerrar los ojos. La lluvia, con la puerta abierta, se escuchaba con más claridad. El coche giró por la primera curva, despacio para no chocar con los pilares demasiado cercanos unos con otros, y se encaminó hacia el pasillo donde él se hallaba. La puerta del garaje comenzó a chirriar como una polea de cadenas herrumbrosas al tiempo que se cerraba.

Pensó que había una posibilidad de que fuese Noelia, ya que no había muchos vecinos en todo el edificio que tomasen tantas precauciones a la hora de tomar la primera curva. Suspiró para que así fuese, porque, de pronto, sintió un fuerte deseo de ver a Javier y estrecharlo entre sus brazos, y se recriminó a sí mismo porque ese sentimiento excluía a Noelia.

Encendió la luz del garaje, que de nuevo parpadeó como las luces de una vieja morgue, y vio cómo la Renault Scenic, cubierta de gotas de lluvia, avanzaba por el carril central a poca velocidad hasta su plaza de garaje. Jaime sonrió cuando vio a través de la luna delantera saludar a Javier con insistencia, brindándole una obsequiosa sonrisa. En cambio, cuando su mirada se desvió hacia Noelia, esta la rehusó y se limitó a aparcar marcha atrás. *Sí que empieza bien la tarde*, pensó, pero Javier, una vez que Noelia ya hubo detenido el coche y parado el motor, ya abría la puerta trasera, se apeaba precipitadamente y se lanzaba a sus brazos, así que, por el momento, con esa muestra de inmejorable cariño por parte de su hijo, tuvo suficiente.

Ya en casa, Javier le contó, mientras Noelia se daba una ducha confinada en el cuarto de baño, que había marcado un gol en el recreo (algo que a Jaime

le satisfizo porque su hijo podía ser muy inteligente, pero jugar al fútbol nunca se le había dado demasiado bien, lo más correcto sería afirmar que era malo de narices), que le habían dado un balonazo en la cara y que había llorado, sin que sus amigos le prestaran la más mínima atención, y que estaba harto de que le pusieran fruta para el postre en el comedor.

Jaime lo escuchó sin interrumpirlo mientras asentía a todo lo que su hijo le iba contando atropelladamente, después trató de consolarlo relatando cómo a él, cuando más o menos tenía su misma edad, recibió también un balonazo, pero un poco más abajo, en sus partes nobles, y estuvo caminando hasta acabar el colegio encorvado como un orco (lo que a Javier le produjo una carcajada incontrolada) y que la fruta era muy necesaria en el crecimiento de un niño, por lo que no debía protestar tanto y comerse todo lo que le pusieran.

Le preguntó por la nota del examen de lengua, y de pronto se dio cuenta de que el único de los dos presentes que más deseaba saberla era él, como si así pudiese evaluar el trabajo que había hecho ayudando a Javier a estudiar.

—No, no nos la han dicho aún —le respondió con indiferencia, encogiéndose de hombros—. Ah, y nos han puesto un examen de matemáticas para el viernes. Ah, y otro de naturales para el lunes.

Jaime disfrutaba viendo cómo Javier se iba haciendo mayor a cada día que pasaba, aunque para él los exámenes eran algo que todavía no tenía asumido como lo que realmente eran, más bien significaban un contratiempo que le robaba valiosas horas de juego al día.

Bien, Matemáticas, pensó distraídamente, eso era materia para Noelia, que siempre había tenido más paciencia, y sobre todo, más claridad a la hora de explicarlas.

Como era de esperar, Javier se cansó de la conversación a los cinco minutos, así que le dijo a Jaime si podía irse a su cuarto a jugar.

—Anda, ve —le consintió Jaime revolviéndole el pelo—. El día en que se estropee la tablet ya veremos qué hacemos. Por cierto, ¿no tienes deberes?

—No...

Javier ya había desaparecido por la puerta, llevándose la voz consigo.

El gran momento había pasado y apenas había tenido tiempo de saborearlo. Ahora correspondía enfrentarse a Noelia. Comprobar de qué humor había llegado del trabajo, aunque por el tono reflexivo y frío con el que se había dirigido a él cuando subieron en el ascensor, en el que no habló sino para preguntar por qué demonios se le había ocurrido precisamente hoy bajar

al trastero para poner orden, intuía que las cosas no habían cambiado mucho respecto de los días anteriores.

En el momento en que Noelia entró al salón, desprendiendo un agradable aroma a jabón de avena y con el cabello envuelto en una toalla, supuso, por su expresión adusta, que la situación no había variado en absoluto.

Buscaba el calor de la estufa, no a él, se dijo. Observó su teléfono móvil bien sujeto en la mano. Se preguntó si solo era una impresión suya o ahora no se desprendía de él ni siquiera para darse una ducha. Aunque Jaime no lo notó, su expresión debió de cambiar, así lo creyó cuando Noelia se interesó por su estado, pero sin mucho entusiasmo, ese era un dato que había que subrayar:

—¿Estás bien? —le preguntó Noelia, que guardó el teléfono móvil en el bolsillo de la bata y se quedó frente a la estufa, con las manos extendidas.

¿Que si estoy bien? —Jaime sonrió por dentro, pero era una sonrisa pálida, como la del moribundo que exhala su último aliento de vida imaginándose de pequeño en brazos de su madre—. *Bueno, Noelia, teniendo en cuenta que la advertencia de la nota (ah, que por cierto, ya no existe) se ha cumplido y que Eugenio ha mandado a la trituradora de basuras mi proyecto y todo lo que había escrito, sí, estoy bien. Relativamente bien. Por cierto, Noelia, cariño, se me olvidaba un pequeño detalle: ese detalle eres tú, porque no sé en qué coño estás pensando, qué te traes entre manos y por qué ahora no te desprendes de tu teléfono ni para cagar.*

—Bueno, he tenido días mejores, pero estoy bien, no te preocupes. —Su vida, trabajando todo el día en casa, no era lo que podría denominarse una vida al límite, Jaime siempre había mantenido esa creencia, y recordarlo logró que su autoestima descendiese un peldaño más. —Pero cuéntame tú, que seguramente será mucho más interesante que lo que yo te pueda contar.

Noelia giró la cabeza y lo observó con cierta cautela. Movié los labios como si fuera a decir algo, pero pareció pensárselo mejor y cambió su respuesta en el último segundo.

—No sé. ¿Qué quieres que te cuente? Hoy ha sido como un día cualquiera, mucho trabajo, montañas de libros, un tráfico horroroso.

Jaime pudo percibirlo en su tono de voz. Algo la incomodaba, pero no sabía qué.

—Bueno, por ejemplo, ¿has conocido a tu nuevo compañero? —Por un segundo la pregunta le resultó extraña, o al menos mal formulada. Le dio la falsa impresión de que, resignado, lo entregaba a brazos de otro hombre.

Cuando Noelia respondió, Jaime advirtió que la cara le había cambiado, la vio más relajada, con una repentina seguridad en su voz, como si se tratase de un examen y la pregunta fuese fácil de responder porque se la había estudiado al dedillo.

—Sí, Rubén, hoy ha sido su primer día. Es un chico muy majo, jovencito, se le ve un poco inexperto. Por lo que dice Helena, creo que después de las navidades ya no estará con nosotras.

—¿Un contrato para la campaña navideña?

—Sí, eso parece. Por lo menos nos ayudará a colocar los pedidos en las estanterías, que aunque no lo parezca, acabas el día con los brazos molidos. —Noelia se deshizo de la toalla dejando caer su cabello frente al calor de la estufa y sonrió, y a Jaime esta vez sí le pareció una sonrisa auténtica. Una curiosa casualidad. De lo que le contó, solo hubo una parte que le hizo sentir mejor: que pasadas las navidades ese muchacho estaría engrosando las listas del paro.

¿Otra vez estás con los celos? Piensa un poco, imbécil. Lo acaba de conocer, si da la sensación de estar más contenta seguro que no es por él.

—Debe de ser como estar en el gimnasio todo el día —fue el único comentario empático que se le ocurrió decir a Jaime—. Deja que la mayor parte del trabajo duro la haga ese tal... Rubén, para eso lo han contratado. —De pronto Jaime recordó el percedero dolor de estómago de Noelia y se vio obligado a interesarse por su estado de salud. —¿Cómo va el dolor de tripa? ¿Todavía sigue ahí?

Noelia dio un respingo, como si le hubiesen clavado un alfiler en el trasero. Continuó frotándose el cabello con la toalla, más que nada por ocultar su mirada.

—Sí, parece que no quiere irse.

—¿No has llamado al médico? Por lo menos para que te dé algo que alivie el dolor.

—No, no he llamado, pero es soportable. Supongo que en unos días se me pasará. El año pasado también me dolió y me duró una semana entera, ¿te acuerdas?

Jaime pensó unos segundos, tratando de recordar.

—No.

—Bueno, pues yo sí. No creo que sea nada grave.

Cuando Noelia se incorporó, sonó un zumbido en el bolsillo de su bata.

¿Desde cuándo Noelia ponía el teléfono móvil en modo vibración? La pregunta asaltó a Jaime intentando limar las uñas de los celos que, una vez más, se adueñaron de él.

Se levantó del sofá y se marchó a su despacho. Aunque intentó disimular, supo que su expresión entre iracunda y taciturna sería fácil de identificar por parte de Noelia, así que ocultó su rostro mirando al suelo. Cuando pasó junto a Noelia hizo todo lo posible para no rozarse con ella.

Los primeros signos de rechazo hacia su mujer habían aparecido.

Esa noche no cenó. A pesar de la insistencia de Noelia, aduciendo que para trabajar debía tener el depósito lleno, Jaime prefirió pasar la noche confinado en su despacho y la puerta cerrada, con la única compañía de su libreta y de la ventana de enfrente, observándole, examinando cada movimiento.

El tiempo apremiaba, y su cabeza, que estaba más pendiente de Noelia que de la trama que debía construir, no lograba hallar ese punto psicológico que exigía Eugenio. Más tarde, cuando regresó de darle las buenas noches a Javier, su mente se entretuvo en su hijo, y una sensación de asfixia angustiosa le oprimió el estómago.

El diablo.

Hasta ahora no había sucedido nada que pudiera catalogar como peligroso, pero no sabía hasta qué punto Javier podría correr peligro. Sin embargo, estaba asustado, y mucho. *Esto es como un tren. Primero se pone en marcha, luego va cogiendo velocidad progresivamente, y finalmente ya nada ni nadie lo puede parar.*

Hubo un momento en la noche en que se planteó abandonar la casa, coger a Noelia y a Javier y marcharse lejos de allí, pero había dos razones que invalidaban la idea: la primera, tendría que dar muchas explicaciones a Noelia, explicaciones que, por el momento, prefería mantenerlas en secreto, y la segunda y de más peso, no tenían adónde ir, a excepción de la mansión del señor Pineda y, sinceramente, escogería antes arder en el infierno que pedirle ayuda a su suegro.

Cuando, incapaz de tejer la maldita trama que le urgía, decidió poner fin al día e irse a la cama, ocurrió algo, cuando menos, extraño. Puede que insignificante, pero alentado por la sugestión, extraño, de eso no tuvo ninguna duda.

Noelia dormía cuando entró con sigilo en el dormitorio. Se había hecho un ovillo al otro extremo de la cama, y aunque hacía un frío seco e insoportable en la habitación y su calor corporal le hubiese venido muy bien, agradeció disponer del resto de la cama para él solo.

Mientras, tiritando con lentos espasmos, esperaba a entrar en calor, pensó que la situación en la que habían sido sumergidos por Noelia (sí, había sido ella, para él no existía otro culpable) no podía seguir así por mucho más tiempo. Ya no por ellos, sino por Javier. Cuando su cuerpo fue entrando en calor, se propuso hablar con ella, mantener una conversación de adultos, como solía decir Javier, pero cuando su cuerpo dejó de temblar y la calidez de las mantas lo embargó, se dijo a sí mismo que esa conversación nunca tendría lugar, y después se quedó dormido.

Soñó, y su mente unió sus dos temores en un único sueño. Jaime, sin saber de dónde venía ni por qué lo había hecho, irrumpía bruscamente en su dormitorio, y allí, sobre la cama deshecha, envueltos por una penumbra vaporosa, Noelia era embestida por un hombre. Este empujaba con fiereza, como si tratase de atravesarla de parte a parte. Noelia reía y gemía de placer, un placer que, en la absurdidad del sueño, supo que jamás él podría ofrecerle. El sueño recreó un escalofrío tan atroz que sintió como si la piel se desprendiese de su cuerpo. La sorpresa se convirtió en perversa ira, en un deseo irreprimible de matarlos a ambos, de la forma más cruel que pudiera imaginar, y cuando ese hombre se giró para observarlo, su ira se transformó en terror, un terror tan vívido e intenso que su vejiga se aflojó en el sueño. Sintió incluso el calor extenderse por sus piernas. Fueron sus rasgos inhumanos, demasiado pronunciados y exagerados para ser reales, su mirada afilada y desafiante, como si hubiese estado esperando su llegada, con el mal más absoluto reflejado en sus extrañamente vidriosos ojos, en una expresión provocadora, adusta. Era el diablo. El diablo se estaba tirando a su mujer en su propio dormitorio, en su propia cama.

Luego despertó, con una extraña sensación de no recordar nada, pero perpetuando cada detalle, cada gemido.

Sin embargo, no fue el sueño lo que le trajo de vuelta a la realidad. Fue un extraño dolor en los dientes. En la oscuridad del lecho los acarició suavemente con la punta de la lengua. No es que fuese una muela la que mandaba un constante pulso de dolor, no, el dolor provenía de todos los dientes a la vez, de las encías en concreto, se dio cuenta de ello cuando las

rozó con la lengua.

Noelia se agitó en la cama, pero no se despertó, se limitó a lanzar un suspiro placentero. Jaime miró la hora en su móvil y su mano sintió el intenso frío aferrarse a su piel. Todavía no habían llegado las dos de la madrugada, faltaban pocos minutos. Despacio, apartó las mantas, bajó de la cama y se cubrió con la bata. Sintió las piernas entumecidas, como si un camión hubiese pasado por encima de ellas. Qué ingenuo había sido al pensar que al día siguiente podría volver a repetir con Luis su hazaña deportiva de esa mañana. Salió con pasos lentos del dormitorio, sintiendo agudas punzadas en los gemelos y en los cuádriceps. Y eso solo había sido a las pocas horas del ejercicio. El viernes, probablemente, sentiría como si cientos de agujas, al igual que si de un muñeco vudú se tratase, se clavaran en las piernas.

Bien, esas agujetas eran, en cierto modo, algo que había previsto y asumido desde el momento en que le dijo a Luis que sí, que saldría a correr con él, solo que no pensaba que estuviese en tan mala forma.

Sin embargo, lo que ahora le preocupaba no eran sus piernas, sino sus encías. Se preguntó si habría contraído alguna infección, sin embargo, le resultaba extraño, ya que para él el cuidado de su boca era esencial.

Entornó la puerta del dormitorio para no despertar a Noelia y, con la extraña y desagradable sensación onírica todavía viva en su cabeza, se encaminó hacia la cocina en busca de un ibuprofeno que paliase el dolor. Cuando pasó casi de puntillas por delante de la habitación de Javier, donde se detuvo un instante para comprobar que dormía plácidamente, reflexionó sobre las pesadillas y cómo en los últimos días le estaban asediando con más frecuencia. Concluyó admitiendo que estaba atravesando un período de mucho estrés y tensión acumulada, y que eso, indudablemente, tendría que salir de su cuerpo por algún sitio, esta vez en forma de pesadillas. Al menos eso era lo que deseaba creer, porque por un momento se sugirió a sí mismo que el estrés no tenía nada que ver después de lo que habían hecho, que el diablo, de alguna manera incognoscible, era capaz de mostrarse en sus sueños, coger fuerza, nutrirse de él y de sus miedos, y esa alternativa no quiso ni escucharla, la desechó como si se tratase de una idea enferma, capaz de contagiar al resto de su mente.

Sí, el estrés y la tensión es una opción mucho más plausible, por Dios.

Sin darse cuenta, lo había vuelto a hacer. Aunque el pasillo estaba iluminado parcialmente por la luz que desprendía la lamparita de Javier, tuvo

la sensación de estar atravesando una gélida y sombría cueva oculta en una montaña nevada. El miedo y el enquistado pensamiento de que no estaban solos en casa se apoderaron de él con tanta rapidez como un cuervo se abalanza sobre la carroña. Además, al doblar el pasillo, en dirección a la cocina, la oscuridad se tornaba absoluta, excepto por el débil resplandor que se filtraba por la ventana de la cocina y destellaba a través del cristal de la puerta.

El miedo mitigaba sus dolores, mucho más efectivo que un ibuprofeno, sin duda. Al pasar frente al salón, donde la escasa luz de la ciudad que entraba por el ventanal lo dotaba de una penumbra fantasmagórica, esperó ver la sombra de un hombre, o de una cosa, inmóvil frente a la ventana, aguardando a ser visto, sin embargo solo vislumbró el contorno de los muebles, supuestamente en el lugar donde deberían estar.

Pensando que la sugestión estaba haciendo estragos en su cerebro, llegó a la cocina como quien ha finalizado un largo viaje, palpando las paredes para no tropezar, a la altura de su cintura para no llevarse por delante los cuadros que colgaban de las paredes. La puerta estaba cerrada, como siempre la dejaban cuando caía la noche. El cristal translúcido, con una palmera y un cisne grabados en relieve en su superficie, dejaba intuir la luz natural de la ventana.

Hubiera sido fácil accionar la manija, abrir la puerta y encender la luz mediante el interruptor que quedaba a la derecha, pero Jaime, por un momento, se quedó perplejo, con la mirada perdida a través del cristal. Después, casi de forma inmediata, sintió cómo el aliento del terror se posaba en su estómago como una niebla malévola.

Una sombra se había movido dentro de la cocina. Había cruzado fugazmente por delante de la ventana. Jaime logró contenerse y ahogó un grito. Su mente se puso en marcha a toda velocidad. La puerta de la calle estaba cerrada con llave (no la había visto, pero al pasar frente a ella hubiese percibido que el rellano estaba demasiado cerca de su casa en caso de que hubiese estado abierta), luego, si alguien había entrado en su vivienda, solo habría podido hacerlo descolgándose desde la terraza comunitaria hasta la ventana de la cocina.

La sombra volvió a cruzar por delante de la tenue luz, pero esta vez se detuvo un instante, como si lo estuviese observando. Luego, sencillamente volvió a desaparecer entre las sombras. Jaime rompió el denso silencio de la

noche profiriendo un grito. Debería estar paralizado por el terror, sin embargo... la silueta le era familiar, ese tamaño menudo, la espalda ligeramente arqueada hacia delante... la había visto tantas veces.

Jaime hizo acopio de valor y abrió la puerta súbitamente, haciendo chirriar la manija y dispuesto a enfrentarse a lo que hubiese dentro de su cocina. Luego, de un manotazo certero, accionó el interruptor y los tubos fluorescentes parpadearon de manera lastimosa hasta iluminar por completo la cocina.

Lo más lógico en aquella inesperada situación hubiese sido que su corazón se detuviese allí mismo, incapaz de procesar la sangre de su cuerpo. Pero resistió. Sin embargo, no cesó de latir enardecido cuando Jaime descubrió que la cocina estaba vacía. Sus ojos, aún escocidos por el sueño interrumpido, escrutaron cada rincón, pero allí no había lugar alguno donde ocultarse, además, la ventana estaba cerrada. Aunque no le dio importancia, su mirada se detuvo en el reloj circular. Las aspas se habían detenido poco después de las doce de la madrugada. *Al menos no ha sido a las tres*, se dijo.

Junto a la puerta, sin atreverse a entrar en la cocina, reflexionó, logrando recobrar poco a poco el latido normal de su corazón. Su mirada quedó fijada en las inmóviles aspas del reloj, recreando el símbolo de la victoria. Estaba casi... casi seguro. Aquella sombra pertenecía a su padre, solo que su padre había muerto hacía varios años.

Cuando Noelia lo zarandó a la mañana siguiente (supuso que era ella), gruñó, se dio la vuelta en la cama y siguió durmiendo. No fue hasta las nueve y media que abrió un ojo con gran dificultad, y fue gracias a que la luz del día que entraba por la ventana impactaba de manera insistente sobre su rostro. Noelia debía de haber subido la persiana a propósito antes de irse a trabajar, fue lo primero que pensó, y luego se convenció a sí mismo de que, a pesar de cualquier circunstancia, su mujer deseaba que no se echase toda la mañana durmiendo y que se pusiera a trabajar. Que aprovecharse el tiempo, que acabase la novela... más bien que comenzase la maldita novela, era lo más correcto en su ignorancia.

Jaime rodó en la cama y miró al techo. Sentía la mente aturdida por el descanso interrumpido, y lo primero que le vino a la memoria fue el dolor de encías que lo había sacado del sueño. Volvió a pasear la punta de la lengua por ellas, al igual que hizo anoche, sin embargo ahora ya no sentía dolor, ni siquiera un leve escozor. Y no había sido el efecto del ibuprofeno, pensó, ya que anoche no se atrevió a entrar en la cocina. Ahí estaba, esperando su turno como en la cola de un supermercado: el segundo recuerdo que le vino a la memoria, inundándole la mente, un terror que, con la luz del sol que entraba por la ventana, ya no era un terror tan grave.

La sombra que, supuestamente, era la de su padre.

Ahora era más bien como si ese recuerdo fuese la ramificación de una gran pesadilla, y lo mismo podría decir del extraño dolor de encías y de su nocturna excursión a la cocina, como si nunca hubiesen existido, como si nunca hubiese despertado de aquella filmográfica infidelidad infernal, formando parte de un todo mucho más complejo de lo que la mente humana pudiese concebir. Suspiró profundamente, el sueño debía de haber sido más vívido de lo que había pensado.

Su padre estaba muerto.

Los fantasmas no existen.

¿Pero, y el diablo? ¿Habría sido capaz de traer a su casa el alma de su padre de donde fuera que estuviese? Si existe el diablo, también deben de existir las almas, los fantasmas, el infierno...

Le asaltó el recuerdo de su niñez, cuando las tardes de tormenta jugaban Jorge y él con su padre a las tinieblas en el dormitorio de sus padres, la habitación más amplia de la casa, atestada de innumerables escondrijos donde ocultarse en la oscuridad. Su padre acostumbraba a dejar la persiana con las lamas separadas, permitiendo que la luz se filtrase solo un poco, suficiente para que la oscuridad se convirtiera en una espesa penumbra. A pesar de que él siempre era el primero en ser descubierto (ahora sabía que eso era así porque siempre escogía el mismo escondite, un estrecho hueco entre el armario de doble hoja y la pared) le fascinaba el juego, sin embargo, ahora sintió la alargada sombra del terror erguirse ante él cuando le vino a la mente la silueta de su padre escudriñando la habitación, la misma posición inclinada, cada curva de su sombra, sus menudas dimensiones.

—No podéis esconderos de mí, puedooo veeros —solía decir con el tono de voz que emplearía cualquier espantoso monstruo que habitase en la oscuridad de debajo de la cama. Jaime se limitaba a reprimir la risa, incluso en su inocente mente, llegó a cuestionarse si lo que afirmaba su padre con tanta seguridad sería verdad. Ahora, después de la experiencia de anoche, aquella gélida frase adoptaba un matiz muy distinto al que un padre puede conferirle mientras juega con sus dos hijos pequeños. Ahora... después de tantos años, sí que le daba miedo, más bien le aterraba, palpitando en su mente, clavando en ella, como si de las patas de una araña reptando por su brazo se tratase, cada sílaba, cada letra.

El insistente ladrido de un perro vecino, incapaz ya de adivinar su procedencia, se escuchó como un eco, devolviéndolo a la bendita realidad, posiblemente reclamando el animal que alguien se dignase a bajarlo a la calle para poder hacer sus necesidades.

Sus pensamientos se recolocaron, serena y ordenadamente. El perro era real, el abrumador frío que hacía en la habitación era real, el sueño había sido real, pero tan solo había sido eso: un sueño.

Apartó las mantas y salió de la cama. Cruzó el pasillo y se dirigió a la cocina, como atraído por el olor a café que un par de horas antes debía de

haber preparado Noelia.

Al entrar en ella, la auténtica realidad se abrió paso en su mente, y no pudo evitar que uno o varios engranajes del orden que había logrado instaurar en sus pensamientos temblaran y se descolocasen: el espantoso reloj circular estaba detenido exactamente a las doce y nueve minutos.

Jaime lo observó perplejo. Aunque seguía sin percibirlo como una vivencia propia, aquellas aspas congeladas en el tiempo significaban que anoche estuvo allí, junto a la puerta de la cocina, aterrorizado, sin atreverse a cruzarla. Sin ser consciente de ello, comprimó los labios para cerciorarse de que las encías no le dolieran. Entonces, como el preciso y mortífero tajo de un afilado cuchillo, recordó la sombra que moraba por la oscuridad y su cuerpo se estremeció como si hubiese escuchado unas uñas arrastrarse por el capó de un coche.

Tardó unos segundos en asimilar la desconcertante realidad, un tiempo en el que se mantuvo petrificado junto al frigorífico, examinando con la mirada vacía el reloj.

Finalmente, su mente, en un acto desesperado por protegerse a sí misma, se las arregló para construir una verdad con un cierto sentido lógico. *Claro que te levantaste anoche, pero posiblemente estarías en una especie de estado de sonambulismo, entre lo real y los sueños. Esa sombra que viste no fue sino un producto de tu imaginación, como un engaño de tu cerebro dañado por la pesadilla.*

Convencido de su propia pericia al hallar con tanta efectividad una explicación coherente para todo lo ocurrido, al fin dejó escapar un suspiro, sin embargo, y aunque no fue consciente, aquella aparición había dejado una huella casi invisible en su mente, pero una huella al fin y al cabo.

Jaime preparó una cafetera, no sin antes encenderse un cigarro en un gesto reflejo. Mientras el fuego calentaba el agua se quedó pensativo frente a la ventana, con esa expresión distraída peculiar en él siempre que la parte de su mente artística se ponía en marcha. Aunque creyó que ya nunca lo conseguiría, urdía la trama de la novela que, gracias al desagradable episodio de anoche, había llegado en un soplo de inspiración. En contra de toda probabilidad, había logrado utilizar el horror que lo asediaba en su propio beneficio, y si conseguía atar todos los cabos que se planteaban alocadamente en sus pensamientos, la visita del viernes al piso de enfrente, que ya creía improductiva, todavía podría ser provechosa, y mucho.

Sí, podría funcionar.

Sí, sí, sí...

Sus labios se curvaron dando forma a una amplia sonrisa de satisfacción, y al hacerlo, sintió un ligero pinchazo en las encías.

Esa mañana Jaime recibió dos llamadas telefónicas. La primera de ellas, después del segundo café.

El teléfono móvil vibró sobre la mesa de la cocina. Jaime miró la pantalla.

Luis.

Ya sabía lo quería antes de descolgar.

—Buenos días, muchacho —saludó Luis, con su exclusivo tono jovial—. Imaginé que ya estabas despierto. ¿Cómo están tus piernas?

Jaime se acercó a la ventana y miró por ella. El sol radiante de esa mañana, como había predicho el parte meteorológico, había sido cubierto por una oscura formación nubosa. El intenso frío no tardaría en llegar si se cumplía el pronóstico.

—Mis piernas están destrozadas —le dijo—, apenas puedo caminar.

Oyó la risa de Luis al otro lado de la línea, una especie de cacareo afónico.

—Claro, ¿qué te esperabas después de tanto tiempo? Pero ahora es cuando debes hacer un esfuerzo y continuar, te sentirás mejor, créeme. ¿Te animas a salir a correr hoy?

Ahora fue Jaime quien rió. Si volvía a forzar las piernas tendría que andar a cuatro patas lo que resta de semana.

—Ni de coña, conmigo no cuentas, al menos hoy. Deja que me recupere un poco, en serio, además, siento un dolor extraño en las encías.

—Imaginaba tu respuesta —dijo Luis, obviando el pretexto de Jaime—. Bien, como te dije el sábado salgo otra vez a correr. Te pegaré un toque, y entonces... no admitiré un no por respuesta. —Jaime notó un grado de decepción en su tono de voz, pero le daba igual. Además, quería plasmar por escrito los detalles esenciales de la nueva trama que había ideado.

Después de colgar, la oscuridad en la cocina se hizo más intensa y Jaime

pensó que la lluvia estaba a punto de caramelo. Se encaminaba ya hacia su despacho cuando se detuvo, dio media vuelta y se sirvió la tercera taza de café.

La segunda llamada la recibió poco antes de las once, cuando sus ideas ya estaban a buen recaudo impresas con letra irregular en la libreta. De no ser así, la interrupción le habría irritado. Sin embargo ahora se sentía satisfecho consigo mismo. Desvió la mirada hacia el teléfono, que reclamaba su atención con insistencia. En la pantalla pudo leer ‘Colegio Javi’, y su estómago se contrajo de forma involuntaria.

Descolgó y contestó con cierto temor, esperándose lo peor, porque, según la voz de la experiencia, con el tiempo se había convertido en un hecho irrefutable: siempre que llamaban del colegio era para comunicarle una mala noticia.

—Sí, dígame.

Le respondió la dulce voz de una mujer, con tono inseguro. No la conocía.

—Buenos días, ¿es usted el padre de Javier Murillo?

No cabía duda. Algo malo le iba a notificar, y tratándose de Javier, un terror indescriptible se alojó en la boca de su estómago.

—Sí, soy yo. ¿Qué ha pasado? —respondió con urgencia y un leve temblor en la voz.

—Tranquílcese, no es nada grave. Discúlpeme si le he alarmado. Es solo que su hijo se está quejando del estómago, dice que le duele mucho. Posiblemente sea un virus, ya que en el colegio hay varios niños afectados y es sumamente contagioso. —La mujer de dulce voz hizo una pausa. No era su tutora, Jaime estaba seguro de ello. —Lo he llamado para que pase a recogerlo, sería conveniente que lo llevase al médico.

Jaime, ahora más tranquilo, dejó escapar el aire retenido. Puede que hubiese sido contagiado por sus compañeros de clase, o puede que por Noelia. La coronilla de la ira comenzó a asomar por la superficie de su mente, pero logró apaciguarla porque entendió que no podía culpar a nadie por un contagio involuntario.

—No se preocupe, en media hora estoy allí. Gracias por llamar.

—No hay de qué —le dijo con tono solícito, dándole a entender que el bienestar de los alumnos era su obligación—. Llame al timbre de la puerta principal y pregunte por su hijo. Estaremos esperándolo.

Cuando Jaime colgó se quedó pensativo, escuchando una ranchera por la

radio de algún vecino que ascendía por el patio de luces y preguntándose si debía de avisar a Noelia o no. No le fue necesaria mucha meditación. Decidió que no, porque si lo hacía ella no dudaría ni un segundo en salir del trabajo para ir en busca de Javier, y eso, por un simple virus, sería crearle una inquietud innecesaria, y no cabía decir que, en vista de las fechas que se aproximaban, perder un día de trabajo podría acarrearle algún problema.

Sus dudas se habían disipado. Llamó a un taxi a través de Tele Taxi y se vistió apresuradamente con lo primero que vio al abrir el armario.

El taxi llegó al colegio de Javier en menos tiempo del que había previsto. El taxista, un hombre cincuentón extremadamente locuaz (a Jaime le puso la cabeza como un tambor) y que durante el trayecto le ofreció más conversación de la que deseaba, adujo que la fluidez del tráfico era debida a la hora intermedia en la que se hallaban, que si hubiese tardado una hora más en llamarlo la carrera le habría salido, al menos, por veinte euros más, y continuó diciendo que un hombre, por su hijo (a esas alturas de la carrera el taxista ya sabía cuál era el motivo de su desplazamiento), debería ser capaz de vender su alma al diablo.

Si yo te hablara del diablo, pensó Jaime con cierta incomodidad, me tirarías a patadas de tu taxi y saldrías quemando ruedas.

Jaime le dijo al taxista que esperase y se encaminó hacia la puerta del colegio. Hubiera preferido pagar la carrera y llamar a otro taxi desde el colegio (y rogar para que el nuevo taxista fuese más reticente), pero en esas circunstancias consideró que lo mejor sería perder el menor tiempo posible.

El colegio, a esas cruciales horas en las que todo el alumnado debía estar en clase, se presentaba desierto, sin embargo, a pesar de que así era como debía de ser, a Jaime le pareció una visión sobrecogedora, o más bien apocalíptica, como si el colegio hubiese sido arrasado por una ola de radiación nuclear.

Jaime pulsó el telefonillo, tal y como le había indicado la mujer del teléfono, y esperó hasta que la aguda y atípica voz de un hombre contestó y abrió la puerta de la cerca vallada que circundaba el colegio. Advirtió que había empezado a chispear y que, con las prisas, se le había olvidado los paraguas. Jaime cruzó la solitaria cancha de baloncesto y se encaminó hacia la puerta de entrada. Al subir las escaleras precedentes y acceder al colegio, desde secretaría, la primera puerta que quedaba a su derecha, salió su hijo

acompañado de una mujer que, en un gesto cariñoso, rodeaba a su hijo por los hombros con su brazo.

Vio cómo Javier trataba de sonreír, pero enseguida una mueca de dolor torció su gesto. Jaime advirtió cómo su hijo se llevaba las manos al estómago. La mujer impulsó afectuosamente por la espalda a Javier y permitió que se reencontrara con su padre.

—El señor Murillo, ¿verdad? —le dijo la mujer, con una sonrisa cordial pero forzada por la desagradable situación. Por su voz reconoció que era la misma mujer que le había llamado por teléfono, y por su dulce y jovial entonación enmascarada por la línea telefónica habría asegurado que correspondía a una chica joven, sin embargo, la persona que se hallaba frente a él aparentaba mucha más edad, o quizá pudiera ser que esa impresión fuese causada por las prendas anticuadas y desfavorables con las que iba ataviada, como si ese día hubiese abierto el armario de los años noventa.

Javier se acercó a su padre con la cintura doblada y se abrazó a él, apoyando la cabeza en su pecho. Jaime advirtió que su hijo estaba conteniendo el llanto, como si le diese vergüenza llorar delante de él, o de esa mujer.

—Sí, soy yo. Muchas gracias por llamar. ¿Desde cuándo le duele?

—Se ha empezado a quejar minutos antes del patio, cuando le he llamado por teléfono. Por desgracia —continuó con la certeza impresa en sus palabras—, esta situación la estamos viviendo prácticamente todos los días. En esta época del año son muy comunes los virus estomacales, pero no creo que sea nada que una semana de reposo no pueda solucionar. —La mujer sonrió, como si estuviese acostumbrada a dar ese tipo de noticias, y desvió la mirada hacia el niño. —Ahora toca reposo y descanso, Javier. Ah, y no te preocupes por los exámenes, cuando estés bueno nos encargaremos de ellos.

—Muchas gracias por su atención —agradeció Jaime, plenamente satisfecho con la rápida actuación del colegio. A continuación, se despidió de la mujer y, ayudando a Javier a caminar mientras trataba de paliar su dolor con palabras cariñosas como solo un padre puede decirle a su hijo en una situación así (pensó que, sin duda, Javi hubiese preferido el afecto de su madre en ese dramático momento, como siempre demostraba cuando caía enfermo), abandonaron el colegio en dirección al taxi, que continuaba estacionado frente a la puerta con el motor apagado.

La lluvia caía con poca fuerza pero de forma constante, y el camino hasta casa fue tortuoso e imperecedero para Javier. En un par de ocasiones, entre

lamentos y quejidos de dolor, estuvo a punto de vomitar, y el taxista se vio obligado a detener el coche suplicando por favor que tratase de contenerse y que no lo hiciera en el interior del vehículo. Durante todo el trayecto, como si de dos hombres distintos con la misma piel se tratase, su improvisada verborrea había desaparecido, Jaime no supo si por evitar causar malestar en Javier o por el temor de ver su taxi cubierto de vómito. Fuera como fuese, Jaime agradeció que mantuviese la lengua guardada en la cartuchera.

Cuando el taxi se detuvo frente al portal de su casa Jaime ya había averiguado que aquella mujer del colegio era su profesora de inglés, y que su tutora, Carmen Mansilla, tampoco había acudido hoy al colegio posiblemente aquejada por el mismo virus.

El taxi le cobró casi cuarenta euros (otro gasto añadido, pensó apesadumbrado) y Jaime pudo advertir una cierta expresión de alivio en el rostro del taxista cuando descubrió que su taxi había salido indemne de la carrera.

Mientras bajaban del taxi, esquivando los charcos que comenzaban a florecer en la acera como pequeños lagos, pensó primero en avisar a Noelia del estado de Javier en cuanto subiesen a casa, y luego, cuando llegase la una de la tarde, en llevar a Javier a urgencias de la consulta del ambulatorio.

Sin embargo, jamás hubiera pensado, ni siquiera llegado a imaginar, lo que había sucedido en casa durante su ausencia.

—Papá, me duele mucho.

—Enseguida llegamos a casa, cariño. Ahora te tumbas en la cama y verás como remite un poco el dolor. Ten cuidado con ese charco...

Demasiado tarde. Javier, incapaz de ver por dónde caminaba a causa del terrible dolor, hundió el pie en el charco.

—Ohh, lo siento —se lamentó Javier.

—No pasa nada —trató de consolarlo su padre—, ahora en casa te quitaré esos zapatos. Solo faltaría que cogieses también un resfriado, ¿eh, campeón?

Javier sonrió, y luego su gesto se torció en una mueca de dolor.

—Venga, ya llegamos, aguanta un poco. ¿Te duele seguido o son retortijones? —preguntó Jaime mientras sacaba del bolsillo la llave del patio.

—Retorti... auu... jones.

Vaya, qué maldita casualidad, los mismos síntomas que Noelia. Y tras ese súbito pensamiento, de nuevo un sentimiento de ira se revolvió en su interior. Esta vez, al escuchar los insistentes quejidos de Javier tardó más en

librarse de él, pero cuando abrió la puerta y vio que desde el ascensor se acercaba de nuevo el señor Mateo conteniendo con cierta dificultad las arremetidas de su perro la ira se acabó diluyendo.

Dios mío, este hombre es omnipresente, pensó.

Jaime advirtió cómo el perro tiraba de su vecino en dirección a Javier, como si su posición doblegada le llamase la atención. Cuando se cruzaron en el portal el perro, emitiendo un agudo y penetrante ladrido, el cual y muy a su pesar le era demasiado familiar, se lanzó contra Javier, y de no ser por la rápida reacción del señor Mateo Jaime estaba convencido de que le habría mordido.

—Eh, eh —dijo el señor Mateo con tono autoritario—. ¿Qué te pasa, qué es eso de ladrarle a Javier? —El perro, un yorkshire terrier de tamaño insignificante, al sentir cómo su cuello se estrangulaba lanzó un lastimero gemido y retrocedió. —Lo siento mucho —se disculpó el anciano—, estos últimos días está un poco nervioso. —El señor Mateo reparó entonces en la expresión contraída de Javier y se interesó por él. —¿Te encuentras mal, pequeño?

Fue su padre quien contestó, con un tono de voz tan áspero que de no ser porque el señor Mateo estaba más pendiente de refrenar a su perro que de la contestación que pudiera ofrecerle Jaime, no se lo habría tomado demasiado bien.

—Sí, le duele la tripa, debe de ser un virus.

—Sin duda —aseguró el señor Mateo, ya con la peluda y bravucona fiera bajo control—. Cuando se acerca el invierno ese tipo de bichos siempre están al acecho, se propagan tan rápido como la peste. Cuídate, muchacho, aunque estoy seguro de que en unos días estarás como nuevo.

El señor Mateo siguió su camino dando por concluida la ocasional conversación de vecinos, como si temiese contagiarse del virus, y en cierto modo, pensó Jaime, era lo mejor que podía hacer si no quería pasarse la próxima semana convaleciente en la cama y retorciéndose de dolor.

Jaime se adelantó y abrió la puerta del ascensor. Mantuvo la puerta abierta y Javier se arrastró hacia el interior con evidentes gestos de dolor. Cuando sobrepasaron la tercera planta Javier sintió una arcada y a punto estuvo de vomitar, pero con gran esfuerzo logró contenerse.

—Tranquilo, ya llegamos, aguanta un poco más —trató de animarle Jaime, al que una ínfima parte de él, la más egoísta, se preguntaba cuánto tiempo iba a

perder de trabajo a causa del mal de su hijo. Luego, cuando descubrió la mezquindad de su propio pensamiento, se avergonzó de sí mismo por haber antepuesto su novela a Javier.

El ascensor llegó a la sexta planta con una brusca sacudida y Jaime abrió la puerta, cediéndole el paso a Javier. Allí arriba el frío era mucho más intenso. Cuando su mirada se dirigió a la puerta de su vivienda, ya con la llave en mano, su mundo osciló como el trigo ante un fuerte viento y se tambaleó hasta dejarlo petrificado, con la respiración retenida en sus pulmones.

La puerta estaba entornada, dejando una estrecha abertura por la que era imposible ver otra cosa que no fuera oscuridad. La lluvia golpeaba los cristales de la ventana del patio de luces, y ese firme y enervante repiqueteo de pronto avivó su terror, como si se hubiese introducido de forma mágica en una de sus novelas. Jaime vaciló durante unos segundos y su mente se puso a trabajar a toda velocidad buscando una explicación. En lo primero que pensó fue en él, en que se la hubiera dejado abierta por error y el viento la hubiese empujado unos centímetros. Esa opción la descartó en menos de una décima de segundo. Estaba seguro de haberla cerrado y haber pasado la llave. Dos vueltas. Luego su mente abordó la posibilidad de que Noelia hubiese ido a casa por cualquier motivo y estuviese dentro, habiéndose dejado la puerta abierta.

Podría ser... podría ser si no fuera porque cuando su atemorizada mirada bajó hasta la cerradura, esta colgaba como un ojo de una cuenca vacía.

De pronto el terror colapsó su mente. Instintivamente sujetó a Javier, que no se había percatado de la situación y ya se disponía a entrar en casa, y se puso delante de él a modo de escudo protector. De forma súbita, su mente fue bombardeada por infinidad de pensamientos: si los ladrones estarían todavía en el interior de la vivienda, si ya se habrían ido, qué le habrían robado, su ordenador, sus novelas... la maldita copia de seguridad que nunca hizo.

Pero una cosa tenía clara: no pensaba quedarse allí para averiguarlo.

—Javi, abre la puerta del ascensor, corre.

—¿Qué pasa, papá?

Entonces Javier se dobló por la cintura y vomitó al fin.

Finalmente los ladrones hacía tiempo que habían abandonado la vivienda. Había llamado primero a la Guardia Civil, y después a Noelia, a la que tuvo que explicar el motivo por el que se había visto obligado a salir de casa. Noelia se había quedado muda al otro lado del teléfono, y Jaime creyó, bien que estaba a punto de sufrir un colapso mental, o bien que sus gritos surgirían en forma de garras estranguladoras a través del altavoz del móvil. Voy para allá, fue lo único que dijo con voz trémula, y colgó.

Una pareja de la Guardia Civil se personó en el edificio a los pocos minutos, mucho más rápido de lo que Jaime había supuesto, y mientras llegaban decidió refugiarse entre los árboles de la mediana de la calle, alerta para ver la cara de cualquier persona que saliese del patio y que no fuese un vecino. Durante ese tiempo Javier pareció haber mejorado, pero solo era el efecto mitigante de la tensión.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó uno de ellos, el más joven.

Jaime les explicó que solo se había ausentado de su casa una hora, y que cuando llegó con su hijo la puerta estaba forzada, que no se había atrevido a entrar, recibiendo una desabrida felicitación por parte de los agentes por su forma de actuación, señalando que esa era la correcta. Jaime insistió en que los ladrones debían de estar vigilándolo, aduciendo que no había otra explicación posible, ya que él era escritor y su lugar de trabajo era su propio hogar. Fue en ese instante cuando recordó aquel tipo con capucha que el otro día jugueteaba con el teléfono móvil en el portal y al que creyó estar refugiándose de la lluvia. Sin embargo, quizá eran más fuertes sus ansias de encontrar un culpable que la viabilidad de esa teoría, así que optó por omitir a la pareja de la Guardia Civil ese detalle carente de fundamentos.

El agente más joven lo escuchó, pero no se pronunció al respecto, como si ser vigilado fuese el procedimiento más normal utilizado por los maleantes, y

en cierto modo, pensó Jaime, así era. De poco podía él informarles que ellos no supieran ya.

Los dos agentes se dirigieron al coche patrulla y sacaron del maletero dos chalecos antibalas. Jaime advirtió que la gente, pese a la lluvia, comenzaba a congregarse a cierta distancia, movidos por la curiosidad. En cuanto a Javier, mostraba una expresión maravillada y carente de dolor, como si el protocolo de actuación de la Guardia Civil confirmase que todo lo que veía en las películas de acción era cierto, ajeno a la verdadera gravedad de la situación.

El señor Mateo regresó de pasear al perro protegido por un enorme paraguas gris y, sobresaltado, se interesó por lo que estaba ocurriendo allí.

—¿Es usted vecino? —le preguntó el agente de la Guardia Civil más mayor, un tipo fornido y con el cabello tan naranja como una calabaza.

—Sí, vivo aquí. ¿Qué ha pasado?

El agente consultó con Jaime y el señor Mateo si este podía quedarse con Javier unos minutos, a lo que el señor Mateo se prestó a colaborar sin objetar excusa alguna. Jaime, hecho un manojo de nervios, se sintió profundamente agradecido, incluso estuvo dispuesto a perdonar las continuas molestias de su perro.

—Acompáñenos —ordenaron a Jaime.

Jaime obedeció, pensando que los agentes debían saber de antemano que allí arriba ya no habría nadie desde hacía mucho tiempo. De no ser así, pensó que no se habrían arriesgado a ponerlo en peligro.

El agente más joven subió por las escaleras y el pelirrojo lo acompañó en el ascensor.

—¿Sabe si pueden descolgarse por la ventana? —le preguntó cuando el ascensor rebasó la segunda planta.

Otra pregunta protocolaria.

—Lo veo difícil porque vivo en la sexta planta. El salón da a la calle en la que estábamos —explicó—, y el despacho a la calle adyacente. La cocina se comunica con el patio de luces.

Una explicación rápida y tosca, pero efectiva, creyó. ¿Habría posibilidades de que los ladrones huyesen utilizando cualquier ventana de la casa? Lo creía improbable, por no decir imposible.

Cuando llegaron a la sexta planta el Guardia Civil que lo acompañaba esperó a que llegase su pareja, y cuando al fin lo hizo, con respiración jadeante, le indicaron que esperase en las escaleras, pero en el tramo de

subida, no en el de bajada. Jaime supuso que era una medida de precaución, por si se daba el caso de que los ladrones siguiesen en la casa y trataran de huir.

Observó desde una posición privilegiada cómo los agentes empujaban la puerta con precaución y accedían a su casa, escrutando en todas direcciones y aguzando el oído, pero con cierta despreocupación, como si ya supiesen de antemano lo que allí iban a encontrarse.

Fue entonces en ese momento, cuando la pareja de la Guardia Civil desapareció en el interior de la vivienda como dos almas avanzando por *el* túnel hacia la luz, cuando Jaime se vio asaltado por un terror frío e indescriptible, solo que el terror que ahora atenazaba su corazón era real, tangible, producto de la cotidianidad de la vida, nada comparado con lo que solía describir en sus novelas.

Aterrorizado, pensó en el estado en que habría quedado su casa, qué le habrían robado, en su ordenador, sus libros y sus valiosos archivos almacenados en el disco duro. Años y años de trabajo y dedicación. Sintió un sudor frío y después un leve mareo. A continuación, su estómago pareció darse la vuelta a sí mismo, como cuando te quitas un guante de la mano.

Intentó tranquilizarse pensando en la póliza del seguro, pero al igual que el uso de la electricidad en la casa o de gastos necesarios que forzosamente se habían convertido en innecesarios (y a la vez inalcanzables), esta también había sido recortada hasta el punto de cobrar una insignificante indemnización en caso de robo. ¿Quién iba a molestarse en robar a un pobre?, le había dicho en innumerables ocasiones a Noelia. Ahora, precisamente ese día frío y lluvioso, había descubierto hasta qué punto podía llegar la mezquindad en un hombre.

La Guardia Civil tardó poco más de dos minutos en inspeccionar toda la casa. Para Jaime fueron dos minutos de auténtica angustia. El agente más joven salió en su busca con el semblante serio y le indicó que ya podía entrar en su casa. Para Jaime había llegado el momento de enfrentarse a su particular horror.

—Sígame —le dijo el agente, y se encaminó hacia su dormitorio, haciendo oscilar su revólver en la cintura. Jaime esquivó en el suelo un paquete de galletas disperso de las que solía mojar en leche Javier para el desayuno (*los muy hijos de puta se habían permitido el lujo de tomarse un pequeño aperitivo en su casa, pensó*) y cuando pasaron por delante de su despacho

Jaime, con evidente terror pero ansioso por afrontar la terrible verdad, desvió la mirada con tanta aversión como quien observa un sangrante abdomen abierto en canal. Sorprendido y aliviado al mismo tiempo, vio que el ordenador seguía intacto. Gracias a Dios los ladrones no se habían visto interesados por reliquias tecnológicas con más de veinte años de antigüedad. Pero entonces, ¿qué querían?

Su inexperiencia en este tipo de desagradables situaciones fue resuelta por el repentino comentario del agente de la Guardia Civil que lo precedía, como si de alguna forma hubiese logrado leerle la mente, aunque probablemente y fruto de su veteranía, lo cierto es que hubiese preferido anticiparse a la pregunta que sabía que tarde o temprano escucharía de la víctima.

—Este tipo de delincuentes va buscando el oro, ¿comprende? La casa no parece haber sido registrada, a excepción de su dormitorio —explicó sin girarse hacia Jaime—. Normalmente saben que ahí es donde la gente lo guarda, y son muy metódicos al respecto. Disponen de poco tiempo y van directos a por el botín, por pequeño que sea.

Lo que ahora sintió Jaime fue una ola de calor provocada por la furia apoderarse de su cuerpo, trepar por sus piernas, bullir en su estómago y brotar por su garganta. Sus ojos se entrecerraron como si acabase de morder un limón. Su mirada se dirigió al revólver que colgaba de la cartuchera del agente. Si ahora los tuviese delante, pensó, si los tuviese delante de mí...

¿Le gustaría despellejarlos, señor Murillo, extraerles sus órganos uno por uno, lenta y dolorosamente, o preferiría reducir a polvo sus huesos con un martillo, tomándose su tiempo?

Jaime por un segundo se quedó desconcertado. La voz que acababa de escuchar en su mente no era la suya. Se parecía, pero no, estaba seguro de que no era él quien acababa de pensar ese horrible final para quien quiera que fuese el que se había atrevido a allanar su casa. ¿O quizá sí?

—Acérquese —escuchó que ordenaba la voz del agente más viejo desde su dormitorio, y sus pensamientos se disolvieron en la nada.

El joven agente se hizo a un lado y Jaime, con el corazón acelerado, entró en su dormitorio. Pensaba que estaba preparado para lo que allí iba a encontrar, pero no, nadie se prepara para un impacto de tal magnitud en tan poco espacio de tiempo.

Jaime echó un primer vistazo y cerró los ojos, como si esperase que al abrirlos todo volviese a la normalidad. No fue así. No formaba parte de un

sueño como hubiese deseado. Frente a él los armarios habían sido vaciados encima de la cama. Sobre esta, habían dispuesto pilas de ropa, algunas de ellas plegadas y bien ordenadas, como si lo hubiesen depositado con sumo cuidado después de sacarlas del armario, y todas las chaquetas amontonadas y con los bolsillos vueltos del revés. Las cajas de zapatos estaban esparcidas por el suelo, volcadas y vaciadas en su gran mayoría. Los cajones de la cómoda y de las mesitas de noche habían corrido la misma suerte. Sus calzoncillos y sus calcetines, así como toda la ropa interior de Noelia al otro lado de la cama, estaban desperdigados por el suelo.

Sin embargo, el acto más desalmado y cruel se hallaba desperdigado por todos lados, por el suelo, por encima de la cama, debajo de esta, del tal forma que Jaime sintió como si una gélida mano comprimiese su corazón. Los regalos de Javier habían sido extraídos de sus cajas y lanzados de cualquier forma y en cualquier dirección. Vio el Quimicefa con la caja abierta y sus componentes derramados, con algunas probetas aplastadas por un pie, puede que a propósito, puede que no. A poca distancia se encontraba el juego de Rummikub, con la tapa de la caja rasgada por la mitad, como si esta hubiese tratado de resistirse, y sus fichas esparcidas como soldados vencidos después de una sanguinaria batalla. Más allá, en el lado de Noelia, localizó el puzle de mil piezas (a Javi le encantaban los puzles) con el dibujo de un tigre blanco descansando sobre una roca, con la caja combada por un pisotón y la bolsa llena de piezas, gracias a Dios sin abrir, tirada junto al ventanal. Y lo peor, lo peor de todo: la videoconsola y los dos juegos, incluido el preferido de Javier, no aparecían por ningún lado, por mucho que se esforzó en encontrarlos.

Jaime, conmocionado, recorrió con la mirada la habitación, invadido por un sentimiento de desnudez y vulnerabilidad. Luego clavó la mirada en el Guardia Civil, aposentado junto a la puerta corrediza del balcón, con la esperanza de que le dijese algo, algo como que no se preocupara, que los iban a coger costase lo que costase. Sin embargo, el Guardia Civil se limitó a dibujar un semblante de compasión, dando a entender que comprendía por lo que estaba pasando, pero que no podía hacer nada al respecto.

—Parece ser que esta es la única habitación en la que se han centrado —comenzó diciendo el agente—. ¿Tenía usted algo valioso en ella?

Jaime, conturbado, tardó unos segundos en digerir la pregunta del agente. Un débil trueno, como el frágil eructo de un bebé, lo hizo reaccionar al fin.

—No... no tenía dinero en efectivo, lo único el oro que mi mujer conserva en un pequeño cofre.

El Guardia Civil desvió la mirada hacia el suelo. Jaime le acompañó con la suya, temerosa. Allí, abierto como un libro junto a un sujetador aún plegado, yacía el cofre de madera vacío.

—¿Es ese el cofre? —quiso saber el agente.

Jaime asintió. Por un segundo sintió cómo se le formaba un correoso nudo en la garganta.

—Le recomendamos —le informó el más joven desde la puerta— que eche un vistazo a la casa y haga una lista de todo lo que echa en falta. Es más que nada para dar parte al seguro.

El seguro, el mejor chiste que podían haberle contado hoy. Jaime reprimió una agria sonrisa.

—Falta el oro de mi mujer... y la videoconsola que le habíamos comprado para navidad...

—Tómese su tiempo —lo interrumpió el agente pelirrojo alzando la mano—. Si conserva las facturas no creo que tenga problemas.

El agente más joven le hizo un gesto con la cabeza a su compañero (que no pasó desapercibido para Jaime) y cuando vio que este abandonaba su posición y se disponía a salir del dormitorio adivinó qué era lo que había querido decir.

—Esperen un momento —dijo sorprendido a la vez que indignado—. ¿No piensan tomar huellas o algo así?

Posiblemente los que ahora reprimieron una sonrisa fueron los agentes, pero se limitaron a informarle amablemente de cómo era el proceso de actuación en un caso de robo como el suyo.

—Las huellas solo se toman en caso de violencia o asesinato. Para simples robos, como este, no es el procedimiento a seguir. A no ser que los pillemos *in fraganti* no podemos hacer mucho más. Entendemos cómo debe de sentirse, pero allanamientos de morada se producen decenas todos los días, y además, ellos lo saben. También saben que aunque los detengamos no pasarán mucho tiempo entre rejas, si es que finalmente son llevados a la cárcel.

Alentador, muy alentador, pensó Jaime abrumado por la impotencia. Agradecía la franqueza del agente pelirrojo, sin embargo, no podía dar crédito a lo que decía. Además, también entendía la frustración que ellos debían sentir al ver cómo su trabajo era ninguneado por el sistema y las leyes.

—¿Entonces... entonces no les va a pasar nada?

El agente, que al fin sucumbió a la parte de humanidad que trataba de reprimir por todos los medios, lo miró con una expresión marcada por la impotencia. Seguramente, pensó Jaime, el sentimiento de empatía lo estaba devorando por dentro.

—Si acostumbran a operar de ese modo, tarde o temprano los cogeremos, en cuanto cometan un error, que suelen cometerlos. Pero como le he dicho, eso no significa nada. Lo que debe hacer usted —apuntó iniciando la marcha por el pasillo— es trasladarse al cuartel de la Guardia Civil y poner una denuncia. Como le ha comentado mi compañero, es necesaria para iniciar los trámites del seguro.

Por la mente de Jaime pasó entonces la idea de que él hubiese estado dentro de casa en el momento de irrumpir los ladrones, o mucho peor, de que hubiese estado Javier, o Noelia. ¿Qué habría sucedido en esa terrible situación? Sin poder evitarlo, así se lo hizo saber al agente.

—¿Y si nos hubiéramos encontrado mi familia y yo en casa? ¿Es que tiene que suceder una desgracia para que la ley actúe en consecuencia?

El agente lo observó con detenimiento. Por fin dijo algo que, al menos, a Jaime le sirvió de consuelo:

—Si alguna vez les sorprenden los ladrones en casa y deciden defenderse, procure que no quede nada de los cuerpos. Si no, será usted el que vaya a la cárcel durante unos cuantos años. —Su mirada impertérrita se clavó en los ojos de Jaime, tratando de averiguar si sus duras palabras habían sido entendidas. —En cuanto a lo que le acabo de decir, que quede entre nosotros.

Eso fue todo. Los agentes de la Guardia Civil se despidieron de él y desaparecieron cuando el ascensor cerró sus puertas, con un chirrido mecánico tan intenso como jamás había escuchado.

Jaime tuvo la suficiente sangre fría para recoger los restos de los regalos desperdigados y ocultarlos momentáneamente en el armario empotrado del pasillo. Mientras lo hacía se vio superado por la pena y la desolación, y apenas tuvo fuerzas para contener las lágrimas que amenazaban con anegar sus ojos.

Cuando fue en busca de Javier, Noelia llegaba en ese preciso instante deteniendo el viejo Scenic de cualquier forma junto a la acera. Antes de observar cómo bajaba a toda prisa y cerrando el coche de un portazo en dirección a su hijo, tuvo tiempo de advertir que la gente finalmente se había cansado de que nada sucediera y había despejado los alrededores, y de que Javier continuaba junto al señor Mateo y su perro a pocos metros del portal, frente a la puerta de la panadería. Tal como suponía, los gestos de dolor de Javier habían regresado en cuanto la situación se hubo normalizado allí abajo. En cuanto al señor Mateo... él mantenía una expresión lívida, como si hubiese visto un fantasma.

—¿Qué ha pasado? —gritó Noelia, arrodillándose frente a Javier y estrechándolo en un abrazo—. ¿Estás bien, corazón?

—Mamá, me haces daño en la tripa.

Noelia lo soltó de inmediato dejándole el justo espacio vital. Por su expresión entre afligida y risueña, en la que sus cejas se arqueaban como una ventana románica y sus labios a duras penas lograban esbozar una falsa sonrisa, Jaime sabía que estaba a punto de llorar, pero que haría todo lo posible por mostrarse fuerte delante de Javier. Imaginó que el señor Mateo, que amablemente cubría a Javier con el paraguas, se ahorró la pregunta que acababa de formular Noelia.

—Nos han entrado a robar —dijo Jaime—, en el momento en que he ido a por Javier al colegio. Seguramente nos estaban vigilando y han esperado hasta

que la casa se ha quedado vacía.

Noelia, todavía postrada ante Javier, levantó la mirada y Jaime pudo percibir en ella un casi imperceptible atisbo de acusación.

—¿Por qué no me has llamado a mí? Yo hubiera ido a por él...

Ya no era un atisbo. Era una acusación en firme. Jaime, de pronto, se vio recorrido por una sensación de odio. Sí, se sorprendió cuando descubrió que era un pernicioso odio hacia Noelia, un sentimiento que no había experimentado jamás. Si lo que pretendía era hacerlo sentir culpable por lo que acababa de ocurrir tendría que esforzarse mucho más, y no pensaba permitirlo, bajo ningún concepto.

—Escucha Noelia, da igual que hubieras ido tú a por Javier. Los ladrones hubieran entrado en otro momento, ¿no lo entiendes?

Noelia llevó la mirada al fondo de la calle, a ningún lugar en concreto. Sin duda, pensó Jaime, iba a echarse a llorar de un momento a otro. Después de unos segundos, en los que nadie dijo nada, pareció darse cuenta de que así era, de que habían sido elegidos y cualquier cosa de las que hubiesen hecho solo habría podido adelantar o atrasar los acontecimientos.

Jaime creyó que supo reaccionar bien cuando, de pronto, antepuso el estado de Javier al robo.

—¿Y qué te ha pasado a ti, cariño mío? —dijo, con voz trémula y tratando de sonreír, aunque solo fuera un poquito.

—Me duele... —dijo Javier cogiéndose la tripa.

El señor Mateo accedió, a petición de Jaime, a quedarse unos minutos más con Javier, pero esta vez dentro del portal, a salvo de la lluvia. El anciano, solícito y comprensivo, insistió en que no había ningún problema si querían llevarlo a su casa, pero el matrimonio adujo que no era necesario, aunque se sentían muy agradecidos. Lo único que deseaban eran unos minutos para poner un poco de orden y que Javier no se viese impresionado por ver la seguridad de su hogar profanada. Sin embargo, Jaime sabía que también era Noelia la que necesitaba inexorablemente enfrentarse a esa nueva condición. Que llorase, que gritase si lo consideraba necesario, pero que Javier no fuese testigo.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Noelia, sin prestar atención al charco de vómito de Javier, caminó temerosa hacia la puerta de su casa, que continuaba entreabierta. Lo primero que la esperaba era la cerradura, desquebrajada, colgando de una maraña metálica. La observó como si

estuviese contemplando un extraño espécimen confinado en la jaula de un zoológico, posiblemente preguntándose cómo podían haber hecho semejante destrozo sin alertar a los vecinos.

—Tenemos que llamar al cerrajero —dijo Jaime. Luego, con la intención de tranquilizarla, añadió—: lo cubre el seguro.

Noelia pareció no escucharle. Empujó la puerta, esta chirrió igual que si hubiese emitido un doloroso quejido y entró, decidida pero temerosa, como quien, sin más remedio, cruza la puerta de un dentista. Observó el paquete de galletas a unos dos metros, se agachó y lo recogió del suelo. Entró en la cocina y lo tiró con desprecio al cubo de la basura.

—Hijos de puta —susurró.

Noelia continuó por el pasillo, observándolo todo, posiblemente, imaginó Jaime como a él mismo le sucedía, pensando en que escasos minutos antes los ladrones habrían hecho el mismo recorrido, caminando por su casa como quien camina por los pasillos de un supermercado, olisqueándolo todo como buitres carroñeros.

Jaime siguió sus pasos guardando una cierta distancia, sin mediar palabra, dejando que Noelia asimilase aquel terrible golpe. Con actitud distraída, recolocó un cuadro del pasillo ligeramente inclinado, puede que los ladrones lo hubiesen movido pensando que tras él pudiese esconderse una succulenta caja fuerte.

Malditos ingenuos. ¿Pero qué os creíais?

Al fin Noelia llegó al dormitorio, el enjambre del caos. Durante unos segundos no se atrevió a cruzar la puerta, como si al hacerlo, todo aquello que quizá podría ser un sueño definitivamente se convirtiese en realidad. Cuando el obscuro desorden que presentaba la habitación terminó de cuajar en su mente (un lento y angustioso proceso), no pudo reprimirse por más tiempo y por fin, llevándose las manos a la cara, lloró.

Jaime la observó en silencio y luego, avergonzado, bajó la mirada. Por un segundo... por un maldito segundo se había sentido bien al verla sufrir.

Ese día, 28 de noviembre, fue un día marcado por la singularidad y por el miedo. Hubo un necesario reparto de tareas. Mientras Noelia llevó a Javier a urgencias del ambulatorio, emplazado a un par de manzanas de la casa, Jaime recogió y organizó de nuevo todo el dormitorio, colocando cada cosa en su sitio exceptuando la ropa interior, que decidió llevarla a la lavadora. Luego llamó al seguro para que mandasen con urgencia un cerrajero. Le informaron de que debía elaborar una lista con todo lo sustraído, tal y como le había dicho el Guardia Civil, y facilitarla a la compañía a través de la sucursal más cercana (amablemente, le comunicaron que existía una en la calle Prado del Rey, aunque él ya lo sabía) y en cuanto colgó el teléfono se dispuso a examinar concienzudamente toda la casa.

Todo parecía en orden, incluso daba la sensación de que no habían accedido al resto de habitaciones de la casa (Jaime, por un instante, se preguntó en algún momento de su meticulosa exploración por qué siempre pensaba en *ellos*, y no en *él*), pero aquellos hijos de perra sí que habían metido sus narices hasta el último recoveco. A parte del oro de Noelia, de la videoconsola todavía envuelta en su caja original y de los juegos, buscó la tablet de Javier por todos los rincones de la casa, haciendo hincapié en la desordenada habitación de Javier, pero no la encontró.

Eso era más de lo que podía soportar. Sintió cómo la furia se adueñaba de él, y tuvo que respirar lenta y profundamente varias veces para recobrar la compostura. No era el valor de la tablet lo que lo había enfurecido, ya que era un modelo antiguo y Javier no es que la mantuviese en unas óptimas condiciones precisamente, sino en el acto deleznable y ruin en sí, cómo alguien podía cebarse así con un niño por conseguir unos pocos euros en el mercado negro. Seguramente, pensó, era algo fácil de transportar y de esconder, para no levantar sospechas entre los vecinos que pudieran

encontrarse en la huida, si no, habrían cargado con la televisión, con su ordenador, con la cadena de música.

El cerrajero tardó poco más de media hora en presentarse. Depositó la caja de herramientas en el suelo y se puso a trabajar de inmediato, no sin antes invitarle a Jaime a que firmase el parte del seguro.

—Este tipo de cerraduras las abren con una facilidad pasmosa —le dijo, mientras de rodillas desatornillaba los pocos restos que quedaban aferrados a la puerta.

Jaime sintió entonces un terror, en cierto modo lógico, a volver a ser asaltado por los mismos ladrones cualquier otro día, a cualquier otra hora, puede que de noche... cuando todos estuviesen durmiendo.

—¿Y la cerradura que me va a instalar es más difícil de forzar? —le preguntó al cerrajero, con la esperanza de que su respuesta fuese que esa era inquebrantable, que ni con un martillo neumático podrían abrirla.

Para su decepción, no hubo suerte en la contestación.

—No, en absoluto. Es la misma que tenía usted. Son las normas del seguro, si quiere un modelo más resistente tendrá que correr de su cuenta.

Jaime se pasó la mano por la cara en un claro gesto de desesperación. Más dinero, más terror palpable. Lanzó una tentativa con la intención de, al menos, mitigar un poco su inquietud.

—¿Y usted... arregla muchas cerraduras por robo?

El cerrajero sonrió sin cesar de trabajar, obstinado en acabar cuanto antes para, sin duda, acudir a otro aviso, o al menos eso fue lo que creyó Jaime.

—Todos los días, muchas, todos los santos días.

La respuesta le hizo pensar que quizá los allanamientos de morada eran el pan nuestro de cada día de este país, que trabajadores como aquel cerrajero cincuentón vivían honradamente gracias a ellos y que quizá hubiese una esperanza después de todo. Puede que tras destripar una casa ya no hubiese nada en ella que los motivase a volver... puede.

Cuando el cerrajero se marchó y Jaime pudo al fin cerrar la puerta de su casa exhaló un suspiro de alivio. Al otro lado, en el gélido y silencioso rellano, dejó el sentimiento de desprotección que lo embargaba.

Sin embargo, y pese a que el sonido de la llave al correr dos rígidas vueltas en la cerradura fue como música para sus oídos, presentía que esa noche no lo iba a pasar muy bien.

Lo que a continuación ocurrió, ocurrió sin ser realmente consciente de sus

actos, como si una extraña fuerza superior lo hubiese guiado deliberadamente hasta allí, pero cuando recuperó el control de su mente se hallaba en su despacho, frente a la ventana azotada por la lluvia, observando el edificio de enfrente. Sí, pensó con aire distraído, si alguien (o algo) habitase allí, podría haber visto la cara a esos cabrones.

Cumplíendose rigurosamente su predicción, la llegada de la noche había sido una explosión de terror e incertidumbre. Los días se acortaban imperceptiblemente adaptándose a la proximidad del invierno, la oscuridad rascaba al tiempo unos minutos más de reinado, y con ella, el temor a ser visitados de nuevo por los ladrones había ahondado en sus mentes por más que Jaime insistió en que ya no había motivos para que regresaran. Sí, había tratado de ser convincente, sobre todo por Noelia, que cualquier sonido proveniente del rellano le ponía el vello de punta y su cabeza se estiraba como la de un suricato, pero las preguntas que se repetían en su cabeza una y otra vez eran: *¿estoy totalmente seguro de eso? ¿Cómo voy a convencerla si yo mismo, cada vez que escucho el ruido del ascensor, mi corazón se acelera?*

Jaime había afianzado la puerta principal atravesando dos sillas cruzadas entre esta y la pared del pasillo. A primera vista parecía algo rudimentario y sencillo de superar, pero cuando él mismo salió al rellano y, bajo la supervisión de Noelia, trató de empujar la puerta ratificó que no era tarea fácil, ya que las sillas actuaban como un magnífico muro de contención.

Imaginó que empleando mucha más fuerza de la que él ejercía podría finalmente ceder (tampoco se trataba de destrozar su propia puerta), pero dudó que en mitad de la noche los ladrones se arriesgasen a formar semejante estruendo.

Noelia pareció quedarse más tranquila, e insistió en que al día siguiente se pusiese en contacto con una empresa de vigilancia y alarmas. Jaime estuvo de acuerdo, pero otro gasto añadido, por poco que fuese, quebraría la economía familiar.

Tal y como había vaticinado la profesora de inglés de Javier, el doctor Pereira le había diagnosticado un virus estomacal, que remitiría en tres o cuatro días. El único tratamiento pautado fue reposo, hidratación y evitar los alimentos sólidos. Bajo el punto de vista de Jaime, cualquiera que acudiese al médico por estas fechas con los síntomas de dolor de tripa y vómitos correría con el mismo diagnóstico, así que más valía no contraer ninguna enfermedad

terminal por el bien de uno.

Javier, con su peculiar tono apocado cuando se sentía aquejado de una dolencia, insistió en dormir esa noche con su madre. Noelia, pese a que con toda seguridad sería contagiada por el virus (otra vez), sucumbió de inmediato a su petición, examinando disimuladamente la frente de Javier por si tenía un acceso de fiebre y colmándolo de besos. Sin embargo, cuando dio su *sí*, un sentimiento de desconfianza se cruzó por la mente de Jaime. Puede que solo fueran imaginaciones suyas, pero tenía la convicción de que ante ella se había desplegado la excusa perfecta para dormir lejos de él y había sabido aprovecharla con sabia maestría. Más tarde, cuando Javier tuvo que levantarse de la cama con urgencia para vomitar, supo que estaba equivocado. ¿Cuántas veces había sido desterrado de su cama por el mismo motivo? Infinidad de veces, sin duda. Para Noelia, los sentimientos respecto a su hijo eran firmes: antepondría su bienestar a cualquiera, incluso a su padre, incluso a ella misma.

—Lo mejor será que traiga una palangana al dormitorio —dijo Jaime—. Así no tendrá que levantarse cada vez que tenga ganas de vomitar.

—Me parece perfecto —aceptó Noelia—. Y ya de paso... ¿podrías echar un vistazo a las sillas de la puerta?

Jaime asintió sonriendo, pensando que así quizá Noelia se sentiría más segura, sin embargo, su expresión seria y expectante demostraba todo lo contrario.

—Claro.

Una vez se hubieron acostado Noelia y Javier, Jaime volvió a comprobar las sillas, y de paso, echar un vistazo por la mirilla. En su imaginación vio a dos hombres encapuchados manipulando la cerradura, deformados por la lente como si fueran seres de ultratumba. En la realidad solo vio oscuridad. Percibió el silbido del viento. Si no amainaba, pensó, esa noche no podría conciliar el sueño.

Sin embargo, el viento era el menor de sus problemas. Su mente, sufriendo en esos momentos una invasión de pensamientos y sentimientos de diversa índole, se bastaría por sí sola para mantenerlo despierto durante unas cuantas horas.

A las once y diez de la noche Javier había conseguido dormirse. Noelia se dispuso a leer una novela y le rogó que, por favor, estuviese atento esa noche. Jaime asintió, caminó hacia la habitación de su hijo y descorrió las mantas. Pensó en dedicar un tiempo a la escritura, pero esa noche no se sentía con

ánimos, además, estaba agotado. Aunque no consiguiera dormirse, descansar el cuerpo le vendría bien.

El frío que habitaba en el dormitorio de Javi era insoportable. Se acostó en la cama y se sumergió entre las mantas. Cuando su cuerpo fue entrando en calor, sacó el brazo y apagó la luz.

Cuando la oscuridad y el silencio se adueñaron de la casa, Jaime cerró los ojos y trató de dormir. A los pocos minutos los abrió, incapaz de quedarse dormido. El aullar del viento era espantoso, pero sus oídos apenas le prestaban atención. A lo único que su sentido auditivo permanecía alerta era al silencio del pasillo, esperando que en cualquier momento un crujido delatase que habían vuelto los ladrones, que sí, que allí había otras cosas de valor que hacía que valiera la pena regresar a por ellas, aun estando la familia durmiendo en su interior.

Esa fuente de terror activó otras que de algún modo habían pasado de forma temporal a un segundo plano. Tapado con la manta hasta los ojos, observando la única franja de luz que se filtraba a través de las lamas de la ventana, le vino a la memoria aquel día en que Javier había acudido a su cama argumentando que un extraño rumor se escuchaba en la pared de su habitación. Había sido la madrugada del domingo, creyó. De eso hacía ya cuatro días. Cuando él mismo acercó el oído a la pared, le pareció escuchar el latir de un corazón. Era... tan real. De nuevo se dijo a sí mismo que había sido una consecuencia de la sugestión, no podía haber otra explicación. Y si no llevaba cuidado, en este mismo momento la sugestión podría hacer una escabechina en su mente.

El diablo está en tu casa. No puedes verlo, pero su presencia ya comienza a hacerse notar. ¿No lo percibes? ¿No te das cuenta de cómo todo está cambiando, de que está yendo a peor?

Jaime se quedó paralizado en el lecho. ¿Por qué había pensado eso? ¿Acaso no estaba sufriendo ya bastante para que su mente se independizase y pensase lo que le diera la gana?

La carta... la maldita carta. ¿Cómo es posible que haya aparecido en el buzón? ¿Cómo es posible que el texto se haya borrado? ¿Cómo ha podido acertar plenamente con la decisión de Eugenio respecto a mi novela?

Es cosa del diablo, no creo a Luis, tiene que ser cosa del diablo, aquella maldita invocación. Fue un error, un jodido error.

El sonido del ascensor dio un tijejetazo al hilo de sus pensamientos, y así,

volvió a empezar de nuevo, con todos sus sentidos pendientes de la puerta principal, esperando escuchar el forcejeo de la cerradura y preguntándose si a Noelia le estaría pasando lo mismo.

Para cuando estaba a punto de cumplirse la una de la madrugada, había tomado una decisión. Sí, llamaría a una empresa de seguridad, pero un pensamiento furtivo salido desde algún lugar desconocido de su mente le había convencido de que existía un método mucho más efectivo.

En la oscuridad de la habitación sonrió, una sonrisa hueca y nerviosa ocultada por la lobreguez. Esperaría a que Javier se recuperase, a disponer de todo el día libre, y entonces llevaría a cabo su idea.

Sus ojos, vencido por el agotamiento, comenzaron a cerrarse muy despacio, y el último pensamiento que tuvo antes de dormirse, un pensamiento que ya se había fundido con el sueño formando una nada onírica, fue si aquella idea había salido realmente de él.

Finalmente Javier no se hubo recuperado por completo hasta haber pasado una semana desde que cayera enfermo. Ni un día más, ni un día menos. Fue su profesora de inglés la que había acertado con el tiempo de recuperación, y no el doctor Pereira, un profesional de la sanidad que se suponía ducho en la materia.

Sin embargo, y pese a que la semana transcurrió sin que Noelia ni él se contagiasen del virus (con cierto grado de optimismo, lo habían atribuido a un milagro), en ningún momento pensó Jaime que quizá la dolencia de su hijo no fuese después de todo un virus estomacal, y mucho menos podía imaginar el horror que se cernía sobre él y sobre toda su familia, lenta e implacablemente.

Era cinco de diciembre, y era el día en que Javier retornaba al colegio, con aire animado e ilusionado, a ojos de Jaime. En esa semana atípica, en la que apenas pudo avanzar en la novela, las cosas transcurrieron con cierta normalidad. Jaime trasladó la lista de objetos robados a la sucursal del seguro, en un día en que Noelia tuvo que tomarse unas horas libres para no dejar a Javier solo en casa, e increíblemente efectivos (aunque poco eficientes para sus intereses), a los dos días la compañía había ingresado en su cuenta corriente la cifra de setecientos veinte euros.

Tuvo que soportar el enfado y la indignación de Noelia, aduciendo que el valor del oro sustraído ascendía, como mínimo, a tres mil euros. Sin embargo, pese a que la cifra aparte de irrisoria era la estipulada en el contrato, sirvió para al menos reforzar la puerta de entrada.

Jaime buscó en internet la cerrajería más cercana y lo dejó todo en sus manos. Por un lado, el cerrajero decidió instalar un escudo protector en torno a la cerradura, explicando que servía para que los ladrones no pudiesen identificar la marca del bombillo, condición indispensable para seleccionar la

llave correcta y así poder realizar con éxito el bumping.

Luego optó por instalar un bombillo antibumping, reforzado con acero en su interior y con un mecanismo mucho más complejo que el actual. Según le explicó, no es que ese sistema fuese inquebrantable, pero servía para disuadir a los ladrones y que buscaran otras puertas de más fácil acceso.

Por último, a medio metro por encima de la cerradura, colocó un cerrojo Fac, que no cumplía otra misión que la de dificultar la labor de los ladrones, y por supuesto, desalentarlos de sus intenciones.

Cuando Jaime vio semejante despliegue de seguridad, se preguntó cómo les había sido tan fácil a Luis y a él abrir la puerta del edificio de enfrente, únicamente armados con una radiografía, y luego, después de sufrir un súbito escalofrío por su cuerpo, pensó en el ojo por ojo, diente por diente, para acabar concluyendo con que eso es lo que se esperaba de ellos, que entrasen en la casa sin dificultades y llevasen a cabo el ritual. Finalmente, pensó que de nuevo estaba conjeturando especulaciones sin sentido, pero a veces, las coincidencias podían llegar a ser escalofriantes.

De ese modo, el nuevo sistema de seguridad se había llevado casi doscientos euros de la indemnización recibida. Por otro lado, como le prometió a Noelia, se puso en contacto con una conocida empresa de seguridad. Mientras Javier dormía, esta vez ya en su dormitorio, recibió la visita del comercial por la mañana, y por un momento a punto estuvo de ser convencido, ya que el avanzado sistema de alarma que le proponía parecía la guinda perfecta para convertir su casa en un lugar inexpugnable, y treinta y dos euros al mes, bajo su punto de vista, era un precio más que razonable. Sin embargo, tras meditarlo con Noelia en cuanto esta llegó del trabajo por la tarde, aceptaron desilusionados que no se podían permitir siquiera esa cantidad de dinero.

Sin duda, la desilusión fue más intensa por parte de Noelia, porque Jaime tenía otros planes, aquella idea que surgió de la nada en su mente hacía una semana, instantes antes de caer dormido. En cierto modo lo hacía permanecer más tranquilo, convencido de que era un método mucho más económico y efectivo, y además, mañana comenzaba el puente de la Inmaculada, cargado de días festivos. Así pues, si quería tenerlo preparado, hoy tendría que culminarlo aprovechando que era su primer día en soledad.

Por un instante sintió el aguijonazo del remordimiento. Era una decisión que había tomado sin consultarla con Noelia, sin embargo la relación entre

ambos no había mejorado ni un ápice (más bien todo lo contrario), por lo que en esos momentos, en que sentía que era responsabilidad suya mantener la seguridad de la casa, su opinión era lo que menos le importaba. De esa forma, utilizando las pinzas de la soberbia, logró sacarse el inoportuno aguijón sin apenas inmutarse.

Después de tomarse su segundo café, Jaime extrajo una nota plegada por la mitad del bolsillo de la bata, alcanzó el teléfono móvil de la encimera de la cocina y marcó el primer número de una lista que previamente había anotado en ella. Internet, en los tiempos que corrían, era como tener al alcance de la mano todas las bibliotecas existentes en el mundo, pero sobre todo, era unas completas y efectivas páginas amarillas, donde poder encontrar lo que deseabas con teclear unas pocas palabras.

Mientras daba tono sintió su corazón acelerado, y en ese breve instante, hasta que respondió una mujer de voz grave, repasó mentalmente todos los esenciales requisitos que necesitaba que se cumpliesen, con el fin de amortizar la mínima inversión y no dejar ningún cabo suelto.

El primer intento fue fallido. Al segundo, la mujer que estaba al mando aseguró tener lo que buscaba, y además, no puso objeción alguna a sus exigencias.

Cuando Jaime colgó una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro. Pensó que quizá encontrase más dificultades, pero había resultado sencillo, muy sencillo. Se vistió con impaciencia y llamó a un taxi. Mientras lo esperaba, se fumó un cigarro, prácticamente lo devoró con intensas caladas.

La sencillez implica a veces una concatenación de inconvenientes ocultos, y si en esos momentos Jaime hubiese sospechado lo que iba a meter en casa, habría abortado sus planes de inmediato.

El taxi se dirigió por las calles abarrotadas hacia las afueras de Madrid. La mayor parte del viaje, y aprovechando que el taxista también debía de tener sus propios problemas porque no abrió la boca para nada, Jaime la pasó observando con aire ausente por la ventanilla del asiento trasero. Disponía de tiempo de sobra para pensar en muchas cosas, pero la que ocupó la mayor parte fueron los regalos sustraídos de Javier.

La indemnización había sido consumida, casi en su totalidad, con las medidas de seguridad implantadas en la puerta de entrada y con la cuota del seguro del coche, que vencía a principios de mes. El resto, contando con el que viajaba en esos momentos, había sido utilizado en taxis.

Noelia, con una palidez inusual, se había mostrado desesperada y aterrada, tanto como él lo estaba, aunque hubiese tratado por todos los medios de manifestar una falsa tranquilidad para apaciguar la alarma que anunciaba un desastre inminente.

—¿Qué vamos a hacer con los regalos de Javi? —le había dicho Noelia una noche, cuando Javier dormía agotado por el virus—. Me niego a que mi hijo se quede sin Navidad, ¿me entiendes?

Fue ese tono amenazante el que le había hecho pensar en lo peor. El señor Pineda, con su arrogante expresión y sus repulsivos dientes blanqueados, había aparecido en su cabeza repentinamente, emergiendo de una espesa niebla, porque después de nueve años de matrimonio, podía llegar a presentir lo que pasaba por la mente de Noelia bajo extremas circunstancias adversas.

—No lo sé, Noelia, no lo sé —le había respondido con tono huraño, pero tratando de no alzar la voz—. La tarjeta está al límite, si metemos de nuevo un gasto de semejantes dimensiones no podremos devolverlo.

Había sentido la airada mirada de Noelia atravesarle los ojos, pero también había percibido cierto desencanto en su rostro extrañamente

macilento, que fue lo que le atravesó el corazón.

El consiguiente silencio, frío y vacuo, fue lo que le había hecho admitir que no, que no existía salida alguna, y de alguna forma en ese cruce de miradas desafiantes intuyó que había perdido sin apenas resistencia, que en cualquier momento se podía esperar lo peor y que al respecto, por el bien de su hijo, no tenía nada que objetar.

Jaime observó embelesado la lluvia discurrir por el cristal de la ventanilla del taxi. En efecto, pese a que podía acarrear consecuencias desastrosas, había derivado en Noelia la responsabilidad de conseguir los regalos de Javier, aunque para ello debiera regresar el fantasma del señor Pineda.

El taxi dejó atrás los últimos edificios de la periferia y se adentró en un camino secundario. Una especie de paz interna lo embargó, haciéndolo sentir por un instante un hombre libre y feliz consigo mismo. Posiblemente el motivo fue dejar atrás la gran urbe para sumergirse en un terreno en el que el elemento predominante era la naturaleza. Sin duda, pensó, aquel taxista era el monarca de los pasajeros pensativos que necesitaban de un silencio sepulcral.

Fijó la mirada en la discreta vegetación y sus pensamientos se negaron a abandonar a su mujer. Si fue ella la que finalmente contagió a Javier, sus síntomas (mucho más leves a su modo de ver) habían remitido instantáneamente en cuanto su hijo contrajo el virus. Complacido, Jaime observó cómo Noelia dejaba de quejarse del dolor de estómago y volvía a consumir alcohol con su habitual asiduidad. Sin embargo, lo que nunca llegó a ver fue cómo aprovechaba cualquier ausencia suya para verter el líquido por el sumidero, para luego aducir en su defensa que se moría de sed.

En cuanto a su reciente dependencia del teléfono móvil, tuvo la sensación de que remitió durante esa semana. A punto estuvo de convencerse de que finalmente todas sus presunciones se habían tejido en su mente a causa del miedo, enredando de manera desproporcionada las cosas y viendo escamoteos donde en realidad no los había, sin embargo todo volvió a su cauce original cuando un día subió a casa después de dar un largo paseo y la sorprendió cortando tajantemente una conversación en el momento en que se percató de su llegada.

Esa vez no fue Carolina. Dijo (mintió como una bellaca, conocía sobradamente su sonrisa nerviosa) que hablaba con Cris, su compañera de trabajo.

Sus pensamientos descendieron al oscuro sótano de su mente cuando por la

luna delantera del taxi vio una austera construcción de ladrillo gris surgir desde un frondoso pinar. Una cubierta metálica pintada en verde enebro, ligeramente inclinada, hacía las veces de tejado. Sobre la puerta enrejada, firmemente amarrada con tres vueltas de cadena, había un cartel de madera desconchado por los extremos y descolorido en el que se leía PROTECTORA DE ANIMALES EL PERRITO SIMPÁTICO.

El taxi se detuvo en la puerta, Jaime pagó la carrera y le comunicó al silencioso taxista que ya no necesitaba de sus servicios. Cuando se apeó del vehículo abrió el paraguas. La lluvia no era muy intensa, pero su persistencia había enlodado la entrada al recinto. Observó cómo el taxi daba marcha atrás, maniobraba y desaparecía por el camino.

Escuchó ladridos, infinidad de perros suplicando una atención que supuso nunca llegaría. Jaime, con las zapatillas deportivas cubiertas de barro, examinó la entrada a través de la verja y buscó un timbre. Si no fuera porque se había citado con la dueña, pensaría que aquel lugar estaba abandonado, con cientos de animales encerrados en su interior. Lo encontró sobre el muro que quedaba a su derecha. Pulsó (con cierto temor a quedar electrocutado) y esperó.

El viento sopló con fuerza y los pinos se mecieron con un canto sugerente. Aquel lugar apartado de la civilización, pese a la encantadora naturaleza que lo envolvía, infundía un sentimiento de tristeza que pesaba como una losa. Sin duda, pensó, los empleados de la protectora llevaban a cabo una labor inconmensurable y digna de admiración, por no mencionar el amor que demostraban por los animales desamparados. De pronto observó a lo lejos una mujer portando un paraguas que se aproximaba con caminar fatigoso a causa de sus piernas amazotadas. Cuando llegó le dedicó una sonrisa y abrió el candado que aseguraba la cadena.

—¿Es usted Jaime? —preguntó desenroscando la cadena con una mano mientras usaba la otra para sujetar en alto el paraguas.

—Así es. Encantado de conocerla.

Jaime la observó con atención. Aquella mujer era la antítesis de la belleza. Sus dientes, torcidos y amarillentos, resaltaban sobre su tez marcada de pequeños cráteres, consecuencia de un fuerte acné en su juventud. Su cabello, escaso, canoso y visiblemente descuidado (Jaime la imaginó atusándolo después de preparar el pienso de los animales y de acariciarlos) completaba semejante desagradable cuadro. Sin duda, esa mujer se había ganado a pulso

un puesto en uno de sus libros.

—Igualmente. Mi nombre es Clara, enseguida abro la puerta. Toda precaución es poca, ¿sabe?

Jaime observó cómo tiraba de la cadena con una sola mano, provocando un sonido metálico y herrumbroso al rozar contra la verja. Cuando lo vio, una sensación de inquietud se apoderó de él. Recordó el ritual, la hermandad que existe entre las cadenas y el infierno, y por un instante se preguntó qué era lo que lo había llevado hasta allí.

—¿Quiere decir que se escapan los animales? —le preguntó fingiendo interés, más que nada por seguir la conversación.

La mujer clavó la mirada en él sin cesar de desenhebrar la cadena.

—No, los animales están en sus jaulas —puntualizó Clara—. Ha habido días en que grupos de chiquillos han accedido al recinto y han apedreado a los animales. Pobrecitos, indefensos como están. Suponemos que deben de venir desde la ciudad en bicicletas y las esconden entre los árboles. Antes manteníamos la puerta abierta porque como habrá observado este lugar está bastante alejado de la civilización, pero una vez pillamos *in fraganti* a cinco o seis riendo y lanzando piedras a *Buzz*. En cuanto nos vieron salieron corriendo, y ya eran mayorcitos. Hasta que no pusimos la cadena debían de entrar como Jaime por su casa. Malditos inhumanos.

Por fin la cadena estaba liberada.

—El ser humano, en ocasiones, puede llegar a ser muy cruel —dijo Jaime, con tono comprensivo.

La mujer abrió la chirriante verja e invitó a Jaime a que pasara, escrutándolo con la mirada. Por un instante, Jaime tuvo la sensación de que la mujer lo estaba sometiendo encubiertamente a un examen moral.

—No se lo podría llegar a imaginar si usted hubiera visto lo que yo aquí —la mujer comenzó a caminar costosamente, como si sus piernas estuviesen llenas de algodón endurecido—. Hay animalitos que llegan en un estado deplorable. Acompáñeme, por favor.

Jaime la siguió aletargando el paso. Dejaron a la derecha una pequeña caseta pintada en blanco, con las paredes desportilladas y moteadas de moho donde, en un letrero plastificado escrito a mano y clavado con chinchetas sobre la puerta, pudo leer OFICINA. Avanzaron unos metros y cuando la mujer giró a la izquierda se descubrió ante ellos un amplio camino de tierra flanqueado por decenas de jaulas, la mayoría ridículas en tamaño, de las que

brotaban incesantes ladridos y aullidos, llegando a ser por momentos demenciales. Jaime, observando con cierto desagrado los barrotes de las jaulas embadurnados en lo que debía de ser comida reseca y lodo, pensó que si él tuviese que trabajar allí, o bien abandonaría al día siguiente por acumulación de estrés o bien se volvería loco.

—El ejemplar que me ha pedido por teléfono está al fondo —explicó la mujer—, al girar el camino a la derecha.

—Perfecto, lléveme hasta él.

Al tiempo que avanzaban los perros intensificaban sus ladridos, puede que por ver a alguien desconocido para ellos, puede que reclamando su libertad. Jaime fijó la mirada en un pastor alemán, sacando el morro entre los barrotes mientras no cesaba de gemir y ladrar.

—¿Se pasan el día ladrando? —preguntó Jaime, para romper el silencio de la mujer.

—La mayor parte del día sí. Cuando no es uno es otro, y luego todos se contagian, como el virus de la gripe. En realidad, solo quieren un poco de cariño, pero son demasiados... demasiados —respondió con tono afligido, como dando a entender que ella hacía todo lo que estaba en su mano, pero solo hasta el límite de sus posibilidades—. Yo he logrado acostumbrarme a los ladridos, pero Alfredo, mi compañero, hay veces en que debe usar cascos anti-ruido porque dice que no lo soporta más. De todas formas, ahora están un poco más revolucionados porque han escuchado el timbre y han detectado su presencia.

Jaime observó que los perros más revoltosos eran los más pequeños, emitiendo ladridos agudos e insoportables, y por un instante recordó el perro del señor Mateo. Se fijó en uno a su derecha, de raza indefinida y tuerto de un ojo, gruñendo y mostrándole una deficiente dentadura. Su ojo sano lo observaba con recelo, como si su presencia allí le molestase de algún modo.

Habían llegado al final del camino. A la izquierda conectaba con otro más estrecho, repleto de jaulas de menor tamaño. La mujer le informó de que esa zona era la reservada para los gatos. Continuaron por la derecha, como había indicado la mujer, y Jaime sintió de pronto su corazón latir con fuerza, como si la cercanía del animal que andaba buscando lo atrajese de un modo incognoscible.

La mujer señaló con su regordete dedo hacia una de las jaulas.

—Allí está —anunció con satisfacción—, la penúltima jaula.

Jaime se vio superado por la emoción. Se detuvieron ante la jaula y, sorprendido, se dio cuenta de que era el único perro que no ladraba. Estaba sentado sobre sus cuartos traseros, relamiéndose el hocico, observándolo con una mirada que, por un segundo, le pareció provista de inteligencia. En cierto modo era... era como si el inmenso animal lo hubiese estado esperando todo este tiempo.

—Aquí está —dijo la mujer, con una franca sonrisa—. ¿A qué se dedica usted, señor Murillo?

La mujer lo observó, y sus ojos denotaban impaciencia y sagacidad, bajo la opinión de Jaime. Supuso que había llegado el turno de las preguntas con el fin de procurar un buen hogar a uno de sus perros.

—Soy escritor, escritor de novelas de terror. Mi hijo seguro que estará encantado con él.

—Oh, discúlpeme, pero no me suena de nada su cara.

—No se preocupe, normalmente ando entre las sombras —dijo Jaime riendo.

La mujer pareció satisfecha con su respuesta. Escritor y con un hijo no podía ser ningún desalmado. Sin embargo, Jaime pensó que podía haberle mentido descaradamente y todo hubiese quedado igual. Quizá, en el fuero interno de aquella mujer, lo único que deseaba era dejar su conciencia tranquila.

—Estoy convencida de que su hijo podrá encontrarle un buen nombre. Nosotros nos referimos a él como *Negrito*, aunque de *ito* no tenga mucho.

La mujer rio y mostró su horrible dentadura. Jaime apartó la mirada impulsado por la aversión y observó al perro. Extrañado, se dio cuenta de que la estentórea risa de la mujer no había logrado inmutarlo. Sus profundos ojos, negros como una sombra, lo examinaban a él, solo a él.

—Seguro que encuentra el más apropiado —sentenció Jaime.

—¿Tiene una casa con parcela?

—No, vivimos en un apartamento. Hace poco nos entraron a robar y quería un perro guardián que nos protegiese. —Jaime, de pronto, se sintió inseguro, como si no poseer una amplia parcela por la que el perro pudiese correr a sus anchas fuera a ser un impedimento.

—Vaya, lo siento, lo del robo, quiero decir —la mujer hizo una leve pausa, como si estuviese eligiendo las palabras adecuadas—. Si lo que busca usted es un perro guardián, ha dado en el clavo, no le quepa la menor duda.

Jaime asintió satisfecho, embelesado por la penetrante mirada del can.

—Es lo que quería oír.

—Bien, le explico. El perro está desparasitado, vacunado y en perfecta forma, ya que cada quince días un veterinario viene por aquí y les hace a todos los animales un chequeo completo. No obstante, le recomiendo que usted lo lleve a un veterinario de su confianza lo más pronto posible. Como norma, realizaremos un seguimiento del animal para comprobar de qué forma se está adaptando. Normalmente, salvo alguna excepción, los animales se muestran cariñosos y agradecidos con sus nuevos amos y su nuevo entorno, pero entenderá que es nuestra responsabilidad cerciorarnos de su correcta adaptación. Ahora, si no le importa, pasaremos a la oficina y rellenaremos el acta de compromiso. Como ve, el proceso es muy sencillo y solo buscamos el bienestar de los animales. —La mujer sonrió y Jaime pensó que tenía motivos para ello. —Si quiere acompañarme a la oficina...

—Será un placer.

De pronto, Jaime se dio cuenta de que había dejado de llover, sin embargo el cielo, encapotado y tan oscuro como un atardecer, parecía vaticinar otra cosa.

Jaime había dado un generoso donativo a la protectora de animales, además, tal y como había estipulado anteriormente por teléfono como condición indispensable, la protectora se había ofrecido a trasladar al animal en una vieja furgoneta hasta su casa ya que él no disponía de medios, así que el donativo, a su modo de ver, había sido más que justo. Como contraposición, el dinero de la indemnización del seguro se había evaporado, excepto una pequeña cantidad reservada para sufragar los gastos del veterinario.

Jaime no se arrepintió. La cantidad recibida por el seguro no había sido gran cosa, insuficiente para cubrir la reposición de los regalos de navidad, así que pensó que el mejor destino para ella sería utilizarla en reforzar la seguridad de su casa y la de su familia, y Noelia debía entenderlo.

En cuanto a los regalos de Javier, Noelia se encargaría de ellos, lo tenía asumido, igual que había asumido que no tardaría en ver de nuevo la cara del señor Pineda.

Pero ahora Jaime no quería enturbiar sus pensamientos con su suegro. Noelia y Javier no tardarían en llegar de la clase de inglés, y la sorpresa iba a ser memorable.

Eran casi las siete de la tarde y había anochecido. Las densas y oscuras nubes que había visto desde la protectora de animales habían descargado un torrente de lluvia durante la tarde. Ahora parecían haber dado una tregua, pese a que continuaba chispeando.

En el agradable calor del salón, donde la lluvia que salpicaba la ventana parecía pertenecer a un mundo mucho más frío ajeno a él, se había acomodado en el sofá a la espera de la llegada de Noelia y Javier y, sorprendido, observó cómo el perro se había sentado a su lado por decisión propia. El animal alternaba su mirada entre la televisión encendida y él. Jaime lo miró con cierta magnificencia. Era realmente enorme, imponente, con una boca tan grande y

babeante que, si se lo propusiera, podría arrancarle la mano de un solo bocado. Sin embargo, daba la sensación de ser un animal dócil, demasiado para sus pretensiones.

El perro lo observó con ojos suspicaces. Si no fuese porque solo era un animal, Jaime pensó que el perro tenía el poder de intuir lo que su nuevo dueño deseaba de él. Entonces, Jaime decidió dar el paso. Desde que el perro había entrado en casa todavía no se había atrevido a tocarlo. Extendió su mano y, sorprendido de no mostrar temor, acarició su cabeza. El contacto fue celestial, electrizante. Su pelaje, negro y brillante, era embriagador. El perro reaccionó girando levemente la cabeza hacia él, descolgando su larga lengua. La sensación que lo embargó fue extraña, entre placentera y, no supo como encasillarla, como si de pronto fuese poseedor de un gran poder, un poder que erizó todo el vello de su cuerpo.

Jaime sonrió. Contempló con orgullo sus terribles dientes, curvados como sables y demasiado amarillentos, alineados sobre sus encías enrojecidas. Sin duda, el veterinario debía echarle un buen vistazo a su boca.

Al observarlos, Jaime se palpó sus propias encías con la punta de la lengua. Había vuelto a sentir un extraño pinchazo. Pensativo, recordó que la última vez que sintió esa sensación había sido antes de que Javier contrajese el virus. Desde entonces, lo había olvidado por completo. Movié sus labios como si estuviese saboreando un caramelo. Quizá, reflexionó, el perro no fuese el único de la *¿familia?* que debía recibir los cuidados de un odontólogo.

De pronto algo inusual ocurrió. El perro comenzó a gruñir y su morro se arrugó, desvelando su dentadura al completo. Jaime, por precaución, apartó la mano de su cabeza, tratando de no hacer un movimiento brusco. El dolor de las encías desapareció repentinamente, y la sensación de poder que se había adueñado de su mente también. Jaime lo observó con detenimiento. El perro gruñía, ahora con un brillo especial en sus ojos que le confería un aspecto amenazador, pero continuaba sentado a su lado, como si estuviese a la expectativa.

Jaime lo comprendió de pronto, y en cierto modo, eso era lo que esperaba de él. El sonido de la llave de Noelia descorriendo el nuevo cerrojo, y la cerradura después, se escuchó proveniente del pasillo, amortiguado por la puerta del salón, cerrada salvaguardando el calor.

—Shhh, tranquilo —le susurró al perro, que permanecía

extraordinariamente atento, conteniendo la respiración con la boca cerrada y la mirada vigilante puesta sobre la puerta.

Jaime sintió cómo la emoción lo embargaba. El gran momento había llegado, y además, el perro parecía obedecerlo ciegamente. No obstante, y demostrando una seguridad inédita pese a que se jugaba la mano, prefirió asirlo del grueso collar que rodeaba su cuello.

—¡Papaaá!

El perro gimió e hizo un amago de levantarse, pero Jaime tiró del collar y el perro permaneció quieto, impaciente. La sensación de poder retornó, con mucha más fuerza.

—¡En el salón, Javi!

Se escucharon las pisadas correteando por el pasillo. De acompañamiento, el sonido del cerrojo y de la llave cerrando de nuevo con dos vueltas. Por un instante Jaime pensó que si su hijo podía correr, significaba que la recuperación había sido total.

La puerta se abrió. Jaime sintió una leve corriente de aire frío azotarle la cara. Javier se disponía a entrar y lanzarse a los brazos de su padre como si de un tornado se tratase, pero cuando vio al perro se quedó paralizado, deteniendo la carrera en seco. Su cara palideció y su boca se abrió con una súbita flacidez, una expresión que cercioraba la imposibilidad de lo que estaba viendo.

El taconeo de Noelia retumbando en el pasillo ocupó todo el espacio acústico. Primero lento, luego más deprisa, respondiendo a la intriga que había generado ese repentino silencio. El perro levantó las orejas levemente. Cuando Noelia accedió al salón y vio a Javier adoptando la pose de una estatua se quedó sorprendida, creyendo que era un nuevo juego de su invención. Después, cuando vio el animal que jadeaba junto a Jaime, sentado este en el sofá como lo haría un rey en su trono, comprendió qué era lo que realmente estaba sucediendo.

Noelia a punto estuvo de dejar caer el bolso al suelo. Sus ojos se agrandaron y su voz se enmudeció. Cuando la imagen acabó de encajar en su mente, por fin habló, sujetando a Javier por el hombro instintivamente:

—¿Se puede saber qué hace un rottweiler en casa?

No fue un tono delicado, ni mucho menos pacificador. Fue un grito en toda regla. Su nariz se arrugó y sus ojos, a medio camino entre aterrados y desconcertados, buscaron la figura del inmenso animal. Por el momento, hasta

que no recibiese una convincente explicación, no pensaba dar un paso, ni ella ni Javier. Más tarde, pensaría si ese grito no podría haber sido contraproducente.

—Relájate cariño —dijo Jaime, sonriendo—. Os presento a... bueno, todavía no tiene nombre, pero esperaba que tú, Javi, le buscaras uno.

—No has respondido a mi pregunta —insistió Noelia, esta vez mirando fijamente a Jaime.

El enorme perro pareció entonces distenderse. Su larga y húmeda lengua volvía a colgar por la boca, agitada por su rápida respiración. De pronto se levantó, todavía sujeto férreamente por el collar. Jaime, como un espontáneo conocimiento que acabase de florecer en su mente, supo lo que quería de ellos. No dudó en liberarlo. Era una extraña sensación que había nacido en él, como si de pronto conociese hasta el último secreto de aquel perro, como si ambos estuviesen conectados por un hilo invisible.

El perro caminó hacia ellos con paso lento, pero firme. Javier jadeó y sintió la mano de su madre apretarle el hombro con más fuerza, casi clavándole las uñas.

—No tengáis miedo —dijo Jaime con tono seguro.

El perro se acercó primero a Javier y lo olisqueó, atrevida y tranquilamente, absorbiendo sus olores naturales. Luego, con caminar resuelto, rodeó a Javier e hizo lo mismo con Noelia, que por su rostro desencajado, Jaime pensó que iba a echarse a gritar de un momento a otro.

—Tranquilos, solo está reconociéndoos.

El perro, satisfecho y dando por concluida su breve exploración, regresó junto a Jaime cruzando el salón. Solo entonces Noelia soltó el aire retenido y aflojó la presión sobre el hombro de Javier. Parecía que de un momento a otro una columna de humo negro fuese a brotar por sus oídos.

—¡Qué guay! —dijo Javier, una vez se hubo sacudido el miedo. Luego se acercó decidido al perro y empezó a acariciarle la cabeza. El animal la alzó levemente, satisfecho por el gesto afectuoso de su nuevo amo.

—Jaime... qué hace este perro aquí. —En esta ocasión la voz de Noelia fue autoritaria, imposible de evadir.

—Me lo han dado esta mañana en la protectora de animales —dijo—. Noelia, es por nuestra seguridad. Si a esos ladrones se les ocurre volver por aquí, quiero que salgan despavoridos cuando escuchen su ladrido.

—Pero... pero, ¿es de fiar?

Jaime cruzó los dedos sobre su barriga. Noelia parecía haber encajado bastante bien la sorpresa.

—¿No lo has visto? —respondió Jaime seguro de sí mismo—. ¿No lo ves ahora? Es muy dócil.

Noelia todavía no se había atrevido a entrar en el salón. Ver a Javier junto al perro, que casi lo alcanzaba en altura, era una imagen a la que tardaría un tiempo en poder acostumbrarse.

—¿Y lo qué comerá? Deben de ser kilos y kilos de carne.

—Me han dicho en la protectora que solo come pienso. Además, la marca que ellos usan es muy barata debido a los pocos medios de que disponen. Me han recomendado que no la cambie, al menos hasta que se haya acostumbrado a su nuevo hogar. Sin lugar a dudas, es mucho más barato que instalar una alarma en casa, y que además, pueden desconectar con un inhibidor.

Noelia, que aun después de transcurrir una semana desde el robo todavía no se había podido desprender del miedo y había noches en las que todavía le costaba conciliar el sueño, esperando en cualquier momento escuchar sonidos extraños en la cerradura, pareció ceder a la idea de Jaime. Lo demostró mojándose los labios en un gesto nervioso y atreviéndose al fin a entrar al salón.

—Pero los gastos del veterinario...

'Pero, pero'. ¿Cuándo vas a dejar de poner objeciones, por favor?

—El perro ya está vacunado y desparasitado —dijo, sin entender por qué había comenzado a molestarse con Noelia—. Será solo una visita de reconocimiento, nada más.

Noelia suspiró, y cuando lo hizo Jaime supo que el animal había logrado hacerse un hueco en su corazón.

—¡Perro bonito! —dijo Javier—, ¿cómo quieres que te llamemos?

El pequeño no cesaba de acariciarle la cabeza, con manifiesta inexperiencia. El perro, armado de una paciencia indescriptible, aguantaba estoicamente sacando la lengua y relamiéndose el hocico con un sonido burbujeante, como cuando sumerges una cuchara en un yogurt.

—¿Cómo te gustaría, Javi? —preguntó Jaime, con cierta impaciencia.

—No sé. Déjame que piense...

—Desde que nos entraron a robar—dijo Noelia, observando todavía con temor al perro—no lo estoy pasando muy bien. Sigo teniendo el miedo metido en el cuerpo, el miedo a que vuelvan en cualquier momento. He de admitir que

con este perro, con este perrazo más bien, nos sentiremos mucho más seguros. Pero escúchame —recalcó desviando la mirada hacia Jaime—: tener un perro conlleva una responsabilidad. No quiero oír quejas cuando tengas que sacarlo a hacer sus necesidades a las siete de la mañana, y hay que educarlo bien, que no se nos suba a las barbas, y...

—¡*Iron!* —gritó Javier. El perro levantó la cabeza como signo de aprobación—. ¡Le gusta, le gusta!

—Bonito nombre —dijo Jaime—. Lo has sacado de la clase de inglés, ¿verdad?

—Sí, significa hierro. Igual que él. Vaya músculos tiene.

—Está bien. Pues se llamará *Iron*. ¡*Iron*, túmbate! —ordenó Jaime.

El perro obedeció de inmediato, echándose al suelo con las enormes patas delanteras extendidas, como si supiese que acatando esa orden la permanencia definitiva en esa casa estaría asegurada. Noelia lo contempló maravillada, admitiendo que ese animal podía ser un gran compañero y un perfecto defensor de la casa. Sin embargo, cuando el perro fijó su mirada en ella, tan profunda e intimidatoria que asustaba, su cuerpo se estremeció como si una parte de ella hubiese detectado algo anómalo e indefinido en el animal y tratase de advertirla. Aunque solo fuese con un escalofrío.

Sin embargo su instinto, por regla general, no solía equivocarse, pese a que en alguna ocasión como aquella, en la que creía que el temor influía demasiado en sus pensamientos, decidiese ignorarlo.

No sería hasta un día antes de navidad que *Iron* comenzase a cambiar.

Se presentaban por delante cuatro días festivos. Esa noche, aunque continuaba lloviendo levemente, Jaime tuvo que bajar a *Iron* a la calle. Javier, ilusionado, quiso ir también, pero Noelia, y pese a que obtuvo el apoyo de Jaime aduciendo que no podían mantenerlo en una urna cada vez que caía enfermo, se lo prohibió por temor a que se constipara, lo que conllevaría más días de colegio perdidos.

Persuasivos árboles en el recorrido había más que de sobra. Cuando *Iron* eligió uno, en la manzana adyacente, Jaime creyó que el perro nunca dejaría de orinar. Se sintió extraño paseando a un perro (él jamás tuvo uno, ni de niño), y en cierto modo avergonzado cuando el animal parecía haber echado raíces en ese árbol, pero al menos se sentía arropado por la oscuridad de la noche. Ni que pasear un perro de casi cincuenta kilos fuese una actividad clandestina, pensó con carácter ocurrente, más que nada para convencerse a sí mismo de que era un hábito arraigado en la sociedad, o al menos en su barrio, donde la población canina daba la sensación de superar con creces a la humana.

Se encontró al señor Mateo paseando a su perro por la acera de enfrente, cobijado bajo su enorme paraguas y buscando la protección de las cornisas. Instintivamente Jaime se ocultó tras el árbol, ya que detenerse bajo la lluvia para dar las pertinentes respuestas a las más que presumibles preguntas del anciano acerca de su nuevo compañero era lo que menos le apetecía. Además, hacía un frío horrible. Cuando el señor Mateo y su perro de juguete se alejaron en dirección a la esquina los observó con un más que evidente aire de superioridad, aunque Jaime no reparara en él. Aquel perro canijo que caminaba con alegres saltitos sería un aperitivo perfecto para *Iron*, capaz de engullirlo de un solo bocado. Era curioso, se dijo viéndolos desaparecer por el final de la calle, bajo su punto de vista, cualquier cosa de mediano tamaño (una mano, un yorkshire terrier... el pie de un ladrón) sería apta para pasar de

una pieza por el gaznate de *Iron*.

—¡*Iron*! —gritó Javier corriendo hacia el perro en cuanto escuchó el ruido de la puerta. Se arrodilló ante el perro y acarició su cabeza. A *Iron* pareció gustarle, porque la levantó levemente y después consiguió lamer la mano de Javier.

Jaime observó la excelente reacción del perro. Sin duda había acertado de pleno. Aquel animal era cariñoso, sobre todo con Javier. Lo siguiente que pensó, aunque se arrepintió de ello de inmediato, fue: *¿En serio tengo que bajarlo todos días con el frío que hace? Qué prefieres, ¿que el animal se cague en casa y que esta apeste como una cloaca?* Esta última voz no fue suya, pertenecía a Noelia, ruda y acusatoria.

Dejó a Javier y a *Iron* en el pasillo reforzando los lazos de su amistad y se dirigió a la cocina mientras se quitaba la chaqueta. Noelia batía cuatro huevos para hacer una tortilla de patatas y cebolla. Cuando detectó su presencia se giró hacia la puerta y sonrió, sin embargo, Jaime no supo interpretar esa sonrisa. Parecía sincera, pero no lo era, no, estaba convencido. Era como si hubiese interrumpido sus pensamientos y se hubiese sentido avergonzada por ello.

—¿Cómo ha ido el paseo? ¿Hace mucho frío? —preguntó, agitando con brío el tenedor.

—Me he sentido un poco extraño, pero bien, creo que al final me acostumbraré. Y sí, hace un frío horrible.

Noelia se quedó callada durante un segundo. Luego le dio una vuelta a las patatas y a la cebolla en la sartén.

—¿Sabes? Me hubiera gustado que me consultases antes de tomar una decisión así.

Jaime se sentó en la silla. Intuía que ahora venía el turno de un buen rapapolvo.

—Lo siento. Sé que lo tenía que haber consultado contigo, pero yo también estoy asustado. Yo trabajo aquí y siempre pienso que en cualquier momento van a entrar a robar estando yo dentro. Tuve miedo, esa es la verdad. Tuve miedo de que no te gustara mi idea. —Cuando Jaime acabó, se dio cuenta, aunque demasiado tarde para rectificar, de que la palabra *yo* había sido la más abundante de su explicación.

Noelia se giró entonces y lo escrutó con la mirada. Sin embargo, Jaime no detectó ningún signo de enfado.

—Ya. Y preferiste actuar por tu cuenta.

Jaime no pudo evitar sonreír.

—Sí, lo siento.

Hace un mes, posiblemente Noelia se le hubiese acercado y le hubiese besado, fue lo que pasó por la mente de Jaime, y por un segundo creyó que Noelia iba a hacerlo ahora, con la tortilla de patatas y cebolla a medio hacer como testigo del gran acontecimiento, pero no fue así. Hizo un amago de adelantarse, pero se giró hacia el bol donde estaban los huevos y los vertió sobre la sartén.

—Bien, no pasa nada —dijo Noelia—. Seguramente si me lo hubieras consultado me habría negado, pero he de confesar que, después de ver al animal y lo cariñoso que parece, la idea ha sido de lo más acertada. Aunque sabes que detesto el olor a perro en casa.

Las campanas de la victoria tañeron en la mente de Jaime. Sin embargo, tuvo la sensación de que era una victoria agridulce. Hubiera agradecido un beso, un abrazo, una sonrisa. Jaime se levantó, cogió una copa del estante a su izquierda y se sirvió una copa de vino.

—¿Quieres?

—No, no me apetece. —Noelia terminó de verter el huevo ayudándose de la cuchara de madera y dejó el bol en el fregadero. —Jaime —preguntó de pronto, lo que Jaime tradujo como un cambio drástico de conversación y que sí, que el caso *Iron* estaba definitivamente cerrado—, ¿cómo vas con la novela? Hace tiempo que no me cuentas nada.

Jaime suspiró, aunque Noelia no lo vio. Llevaba días, desde que Eugenio le había obligado a cambiar la trama, tratando de mostrarse esquivo. Y allí, con una copa de vino en la mano, con Noelia manifestando un repentino interés mientras daba forma a los bordes de la tortilla, pensó que era una absurda estupidez ocultarle la conversación que mantuvo con su editor. Mientras saboreaba un trago, creyó que no había razón alguna para seguir haciéndolo, y menos ahora que la nueva trama que había concebido era incluso mejor que la inicial. De haberlo hecho puede que las cosas hubiesen tomado otro rumbo, un rumbo totalmente distinto, pero decidió mantenerlo en secreto, porque no quería admitir su anterior error, porque ahora no le apetecía que Noelia fuese su confidente, porque la sorpresa, cuando estuviese acabada, sería en letras mayúsculas... por tantas cosas.

Porque el diablo se ha metido en casa.

—Viento en popa y a toda vela —respondió, sintiendo la columna vertebral como si fuese una barra de hielo cuando la palabra diablo apareció en sus pensamientos—. De momento voy a buen ritmo, y si se cumplen mis predicciones, seguramente para la primavera estará terminado.

—Me gusta verte ilusionado. —Noelia puso la tapa sobre la sartén y la volteó con gracia. —Oye, ¿y te gusta lo que llevas escrito, te da buenas sensaciones?

Jaime bebió otro sorbo. El vino, poco a poco, iba calentando su cuerpo.

—Sí, claro que me gusta. ¿Es que a ti no? —respondió con un tono irritado que no reconoció como propio, pero sin levantar la voz. Noelia quedó sorprendida y, por un segundo, sin respuesta.

—Claro que sí, bueno, no lo he leído, pero me gustó la trama, ya te lo dije. Solo quería saberlo. De verdad, hay veces que no se puede hablar contigo.

—Por supuesto que se puede hablar conmigo. ¿Por qué dices eso?

Jaime no tuvo intención de levantar la voz, pero esta vez sí lo hizo.

—¿Ves? Ya te estás enfadando. No te preocupes, ya no te pregunto más, no tengo ganas de discutir.

Mejor será, Noelia, mejor será.

—Bien, a mí tampoco me apetece discutir.

De pronto se creó un incómodo silencio, tan denso, que podría cogerse entre las manos, amasarlo y hornearlo para elaborar una amarga y empalagosa tarta de silencio matrimonial. Fue Noelia quien lo rompió. Bajó el fuego de la sartén y se giró hacia Jaime, limpiándose las manos en el delantal.

—Tengo que hablar contigo —dijo, y Jaime sintió esas palabras como un cuchillo afilado haciéndose camino por sus oídos. Una enorme interrogante lo envolvió como metros y metros de cinta adhesiva, hasta casi vaciar el aire de sus pulmones.

—¿Qué pasa? —preguntó. ¿Había tartamudeado al hablar?

Noelia resopló, inflando sus mejillas, y eso solo lo hacía cuando en su cabeza algo necesitaba salir de manera inminente.

—Escucha, esta mañana he hablado con mi padre por teléfono.

Así que era eso. Ya sé por dónde vas, lo sé.

—¿Y?

—Ya te dije que no pensaba dejar a Javi sin regalos. Le he contado lo que nos ha pasado, que nos los han robado todos...

A Noelia parecía costarle pronunciar las palabras, a pesar de que Jaime ya

sabía cuáles eran. Pensó, con un repentino sentimiento de culpa, que no era de extrañar en absoluto, porque pronunciarlas significaba, en cierto sentido, admitir la terrible derrota, admitir que, después de un descenso pronunciado sin paracaídas, al fin habían tocado fondo.

—Ya —dijo, dispuesto a facilitarle las cosas—, y le has perdido dinero.

Noelia lo miró con una expresión de arrepentimiento, como si fuese una niña que acabase de hacer una trastada.

—Sí —respondió al fin—, pero no es solo eso.

Otro silencio. Otra mirada compungida. Sin embargo, lo que estaba a punto de confesar Jaime ya lo había imaginado en sus peores pensamientos.

—¿Quieres contármelo de una vez, por favor? —la incitó, fingiendo expectación.

—Está bien. He invitado a mis padres a pasar la Nochebuena con nosotros.

Noelia lo dijo de tirón, con la esperanza de que Jaime perdiese alguna palabra por el camino. Pero Jaime todavía conservaba el oído fino. Se preguntó si la magnífica reacción de Noelia cuando vio a *Iron* en casa, sin siquiera haber sido consultada para su adopción, no tendría algo que ver con la conversación que había tenido con el señor Pineda esa mañana sin pedirle su opinión. Luego recapacitó. Claro que había dado su beneplácito, Noelia se lo había dejado caer y él no había interpuesto objeción alguna.

Jaime la miró fijamente y esbozó una débil sonrisa. Sintió el impulso de estrecharla entre sus brazos, decirle que todo iba a mejorar como siempre hacía, pero ahora ya no estaba tan seguro de ello. Además, dudó de que Noelia necesitase de sus abrazos. Su posición respecto a él seguía siendo distante, y de pronto, la idea de que alguien más se había interpuesto entre ambos cobró fuerza, y como un pensamiento envenado que hubiese tomado forma en ese corto espacio de tiempo, creyó que lo único que los mantenía juntos todavía eran las fiestas navideñas, como si para Noelia fuese mejor esperar a que pasara la época de la felicidad y la dicha para afrontar la terrible verdad: *cariño, me he cansado de ti y de tus fracasos. He conocido a otro hombre que me hace feliz (mejor posicionado, más guapo, más joven, con una personalidad aplastante y divertida) y quiero el divorcio.*

¿Qué estaba pensando?, se dijo. Noelia sería incapaz de hacer algo así, pese a que la había visto manipular el teléfono móvil a escondidas, pese a su aspereza, pese a su nuevo carácter irascible.

—No pasa nada, Noelia —dijo finalmente, tratando de no mostrarse irritado, ni afligido, ni mucho menos inquieto—. Quizá sea una nueva oportunidad para retomar la relación con tus padres, quizá hayan cambiado...

Noelia sonrió.

—No te lo crees ni tú.

Jaime sonrió también, pero la situación no era nada divertida. Sabía a ciencia cierta que hombres como su suegro no cambiaban jamás.

Aunque el día había sido ajetreado, Jaime reunió fuerzas para trabajar esa lluviosa noche. Más tarde descubrió que lo que realmente necesitaba era irse a la cama, pero cuando Noelia estuviese ya dormida.

Logró avanzar en la novela mucho más de lo que esperaba, aunque a veces se le cerrasen los ojos y otras veces las emociones del día sepultaran su concentración. Escuchar la lluvia golpear incesantemente contra la ventana le ayudaba a retomar el hilo de la narrativa, sin embargo, contemplar en la oscuridad de la noche la ventana entreabierto del edificio de enfrente cada vez que giraba la cabeza le provocaba pensamientos oscuros que no quería ni imaginar.

Cuando llegó la una de la madrugada, a punto de cerrar un capítulo, cayó en la cuenta de que desde que había conocido a *Iron* todavía no lo había oído ladrar. Gruñir sí, cuando Noelia y Javi entraron por la puerta principal, pero no ladrar, ni en la protectora de animales, ni durante el desplazamiento en la furgoneta, ni en su casa. Le resultó curioso, y hasta quizá un poco inquietante. El viento agitó los toldos replegados del edificio, produciendo un sonido crudo y sombrío. Grabó en el ordenador el trabajo hecho hasta ahora y, dispuesto a dar por terminada la jornada, esperó que si algún día alguien trataba de hacerles daño, *Iron* demostrase lo que era una auténtica imposición de autoridad.

Jaime estiró los brazos y giró la silla dispuesto a fumarse el último cigarro antes de irse a la cama. Sobresaltado, ahogó un grito cuando vio al perro sentado a la entrada del despacho. Desde su posición y bajo la tenue luz del flexo, su pecho se le antojó descomunal. Sus ojos, de color pardo, lo observaban con una profundidad excepcional, como si pretendiesen hacer una exhaustiva radiografía de sus pensamientos.

—Joder, *Iron*, qué susto me has dado. ¿Desde cuándo llevas ahí?

El perro paseó su lengua por el hocico con un sonido empalagoso. Luego la dejó colgando, agitándose al ritmo de su respiración.

—No me digas que le tienes miedo al viento —preguntó Jaime, tratando de descifrar el comportamiento del animal. Pensó que, siendo la primera noche que dormía en un lugar extraño para él, no se estaba portando mal del todo. Recordó la anécdota que siempre contaba Luis cuando salía el tema de conversación de los perros, y que siempre narraba entre risas cuando llevaba una copa de más. A Oscar Parra, un compañero suyo de su antiguo trabajo, lo trasladaron a Segovia durante un par de meses. El muchacho, soltero y sin novia, decidió llevarse a su perro con él al piso franco propiedad de la empresa destinado a la estancia prolongada de empleados, y el primer día, cuando llegó de trabajar después de un largo día de integración laboral, los vecinos lo estaban esperando, algunos de ellos echando espuma por la boca, porque el animal se había pasado todo el día aullando y ladrando. Según contaba con lágrimas en los ojos, eran lo más parecido a los toscos habitantes del pueblo armados de horcas y antorchas asediando al monstruo de Frankenstein en el viejo molino.

Iron, al menos, había sabido comportarse, pensó Jaime, puede que porque no había llegado a estar solo en ningún momento. El animal se había limitado a reconocer toda la casa, andando de aquí para allá, olfateando cada rincón, Jaime imaginó haciéndolo suyo.

Jaime, bajo la mirada impertérrita de *Iron*, sacrificó el último cigarro, apagó el ordenador y cogió al perro por su grueso collar para sacarlo fuera del despacho.

—Ven conmigo, tú duermes aquí —le susurró. El animal, dócilmente, se dejó guiar hacia la improvisada cama que Noelia le había preparado frente a la puerta principal, que no era más que una manta vieja rescatada del armario plegada sobre sí misma. *Iron* se tumbó en ella dejándose caer con un ruido sordo y levantó la cabeza cuando Jaime se la acarició. —Eso es, buen chico. Pronto te acostumbrarás, ya verás.

Eso si no mueres antes por congelación.

Jaime apagó la luz del despacho e *Iron* se mezcló con la oscuridad del pasillo, desapareciendo por completo, excepto sus ojos, dos puntos enormes y brillantes.

Sin embargo, Jaime todavía debía asistir esa noche a un suceso que, sin lugar a duda, marcaría un profundo terror en su ser en los sucesivos días.

Se despertó suavemente, con la sensación de haber dormido al menos seis horas del tirón. Luego, con una claridad inusual para alguien que acaba de ser arrancado del sueño, se dio cuenta de que había sido un lloro, una especie de lamento incesante, el que lo había despertado.

Por un momento había creído que era Noelia la que gemía en sueños, y de forma instintiva, deslizó su brazo por debajo de las mantas hasta rozar su espalda. Por su respiración, tan lenta que parecía estar muerta, dedujo que ni aunque la cama se hubiese agitado con violencia Noelia habría sido capaz de despertarse, y mucho menos de hablar en sueños... o gemir.

Cuando estaba a punto de convencerse de que ese lamento solo había ocurrido en el interior de su cabeza (quizá había vuelto a soñar con el diablo, no lo recordaba), un quejido ahogado y demasiado prolongado se escuchó en la casa. Su corazón comenzó a latir más rápido. El gemido cesó y Jaime, arropado por las mantas hasta la nariz, concentró toda su atención en sus oídos. En la noche, se dijo a sí mismo, es el sentido más fiable, el que puede separar la vida de la muerte.

Tras pasar un tiempo indefinido, volvió a ocurrir. Pero esta vez Jaime logró detectar una cadencia animal.

Iron.

¿Qué diablos le pasa al perro?, pensó. E inmediatamente después: Ni se te ocurra volver a pronunciar esa palabra en esta casa, por Dios.

Se liberó de las mantas, volviendo a cubrir la cama para que Noelia no cogiese frío, y el intenso helor que imperaba en la habitación le puso la carne de gallina. Sin embargo, Jaime no supo si la causa fue el frío o los constantes e incomprensibles lloriqueos que brotaban de la colosal garganta del rottweiler. Decidido a descubrir qué le pasaba a *Iron* se enfundó la bata, la anudó sobre su barriga y salió del dormitorio entornando la puerta. Jaime se había formado una idea en su cabeza de lo que realmente estaba sucediendo: el animal estaba pasando su primera noche fuera de la protectora de animales y tenía miedo, se sentía inseguro, o quizá solo.

Al doblar el pasillo, la luz que proyectaba la lamparita de noche de Javi resplandecía tenuemente, iluminando el camino. Fue entonces cuando Jaime escuchó la voz de su hijo, débil y asustada, posiblemente, creyó, tras escuchar sus pisadas avanzar por el pasillo.

—Papá...

Jaime aceleró el paso. No supo por qué, una imagen terrorífica se había

formado en su mente, como una película barata emitida desde el mismísimo infierno. En ella, *Iron*, enloquecido y subido a la cama, lanzaba repetidas dentelladas sobre Javier, desgarrándole la carne, con el desproporcional morro manchado de sangre fresca y oscura, impávido ante las súplicas de su hijo para que dejase de hacerlo... para que no lo matase.

Irrumpió en el dormitorio de Javier jadeante y, al tiempo que la grotesca imagen se difuminaba en su mente, vio primero a Javi sentado en la cama con las rodillas flexionadas, con una expresión de terror como jamás se la había visto, protegiéndose con la manta hasta la barbilla y con la atemorizada mirada puesta sobre *Iron*. El resplandor de la lamparita le confería una extraña apariencia, distorsionando su rostro entre luces y sombras, y Jaime tuvo la horrible sensación de que ese niño que estaba recostado en la cama no era su hijo.

Embargado por el desconcierto, fue lo segundo en lo que Jaime centró su mirada, una vez se aseguró de que su hijo no había sufrido ningún daño. *Iron* permanecía al otro lado de la cama sentado frente a la pared como una enorme masa de color negro. La persiana, oculta por la cortina, se agitaba con el viento produciendo un traqueteo adormecedor, y por un ínfimo instante Jaime creyó que era eso lo que perturbaba al animal. Habría sido lo más lógico al tiempo que tranquilizador, pero no era en la ventana donde *Iron* tenía fijada la mirada, inmóvil e hipnotizada, como si desde las sombras alguien invisible estuviese ofreciéndole una galleta con forma de hueso y sabor a pollo. Sus ojos, con atención excepcional, miraban hacia la pared, al punto exacto donde Jaime acercó el oído la noche en que Javi había escuchado ruidos. El punto exacto donde él mismo creyó escuchar el latido de un corazón.

Algo en su mente se derramó, disseminando por todos sus pensamientos creencias que solo utilizaba en sus libros.

—¿Estás bien, Javi? —susurró, y notó cómo su voz tembló.

—Sí, papá. ¿Qué le pasa a *Iron*?

Javier no lo miró al hablar, lo que era signo inequívoco del terror que se había apoderado de él. No iba a permitir que su hijo alimentase su miedo a dormir a oscuras, bajo ningún concepto, así que ese pensamiento le dio fuerzas para afrontar la extraña situación en la que el perro les había metido. *Iron* de pronto gimió, igual que cuando lo escuchó por primera vez desde la cama. Su cabeza, con las orejas tiasas, se movió un grado a merced de su mirada, como si estuviese siguiendo algo por la pared.

—No lo sé, cariño. Tranquilo, no pasa nada. —Pero sí pasaba. Jaime estaba tan asustado como su hijo. Rodeó la cama y se acercó con precaución al perro. Cuando lo hizo, vio que el animal estaba sentado sobre la alfombra dispuesta frente a la cama, idea de Noelia para que cuando Javi bajase con los pies descalzos no cogiese frío. —*Iron*, amigo, ¿qué pasa, qué has visto?

El perro respondió girando la cabeza hacia Jaime durante un segundo, emitiendo un lloro demasiado frágil para pertenecer a un rottweiler, pensó Jaime desconcertado y aterrado, y volviendo a fijar la mirada en la pared.

Jaime aguzó el oído tratando de escuchar algún sonido que provocase la inquietante conducta de *Iron*. Quizá fuesen las tuberías, se dijo, o puede que el perro de algún vecino le hubiese llamado la atención, pero, ¿por qué precisamente en ese punto de la pared?

—Papá, por favor, sácalo de aquí —suplicó Javier—. Me está dando miedo.

—Javier, no debes tener miedo. Seguro que es el viento, los perros tienen un oído excepcional, ¿no lo sabías?

¿A quién trataba de convencer?, se preguntó, avanzando vacilante un paso más hacia *Iron*. ¿A su hijo o a él mismo?

—¿Pero por qué llora?

—Bueno —dijo Jaime con toda la serenidad de que pudo hacer acopio—, hoy es su primer día en casa. Ten en cuenta que todo esto es nuevo para él.

Mientras mantuviese ocupado a Javier todo iría bien, o eso quería creer. Sin embargo, las mismas preguntas que se planteaba su hijo también se las hacía él. Llegó hasta *Iron*, muy despacio para no realizar ningún movimiento brusco que pudiera ocasionar un serio disgusto, y se arrodilló junto a él. El perro no pareció haberse percatado de su presencia, y si lo había hecho, lo había ignorado, como si no quisiese perder de vista aquello que lo perturbaba. Jaime quiso acariciarle la cabeza (había descubierto que era algo que le encantaba), pero esta vez no sintió la misma seguridad que esa tarde. Por lo tanto, optó por no tocarlo y seguir la mirada del animal. La pared, excepto la ventana y un pequeño retrato de Javier al carboncillo que le hicieron en el colegio en el tercer curso, estaba limpia.

—¿Qué estás mirando, *Iron*? —susurró para sí mismo.

Escudriñó la pared con el ceño fruncido con la esperanza de ver algún bicho, pero no vio nada, absolutamente nada fuera de lo común, y eso le provocó una angustia interior que le revolvió el estómago. Recordó la sombra

de su padre en la cocina, y aunque había logrado convencerse de que todo había sido un juego de sombras, en esos momentos sintió la presencia de su padre allí, con él, o quizá algo que se hacía pasar por su padre.

Expulsó esa idea descabellada de su cabeza y, luego, sin más, *Iron* se levantó, con cierto esfuerzo para mover todos aquellos kilos de carne y músculos, y abandonó el dormitorio de Javier al trote bajo la sorprendida mirada de Jaime y Javier.

¿Huía?, se preguntó Jaime con una sensación gélida oprimiendo su estómago.

Al salir por la puerta, el animal giró hacia la izquierda y Jaime supuso que se dirigiría a su nueva cama. Jaime miró de nuevo hacia la pared con cierto recelo. La acarició con la yema de sus dedos, y aunque pretendió arrimar el oído y escuchar, no lo hizo. No por Javier, que lo observaba atemorizado y hecho un ovillo desde la cama, sino porque tenía miedo de volver a escuchar ese extraño latido en su interior.

Cuando sonó el despertador de Noelia a las siete, Jaime creyó morir de sueño allí mismo, en su propio lecho. Aturdido, escuchó a Noelia maldecir con voz adormilada porque se le había olvidado desactivar la alarma del teléfono móvil, y luego volvió a acurrucarse debajo de las mantas. Jaime, sumido en un duermevela, se acordó de que hoy era festivo, el día de la Constitución Española. Escuchó la respiración profunda de Noelia. Sintió envidia de lo afortunada que era al no tardar ni diez segundos en volverse a dormir.

Él, en cambio, aunque cerró los ojos y trató de dejar en blanco su mente, no volvió a conciliar el sueño. A pesar de que su mente se lo pedía a gritos.

A las siete y media, incapaz de aguantar más en la cama, Jaime se hallaba en la cocina preparando una cafetera. *Iron* no tardó en aparecer, intrigado por los ruidos. A juzgar por el rápido movimiento de su corta cola y por sus repetidas carantoñas, con los ojos muy abiertos y su lengua colgando de la boca junto a un hilo de baba, Jaime pensó que el animal había olvidado el suceso de anoche, o puede que, como a él, el inminente amanecer que se aproximaba le hiciese ver las cosas de distinta forma, digamos que con menos tintes sobrenaturales.

Cuando la cafetera comenzó a bullir, impregnando la cocina de un agradable aroma a café, descubrió que lo que *Iron* deseaba era comer. En un viejo cuenco de porcelana al que ya no daban utilidad (por supuesto fue Noelia quien se lo proporcionó), Jaime depositó un puñado de pienso que le había facilitado Clara, la responsable de la protectora de animales. Amablemente, había metido en una bolsa unas cuantas raciones por lo que pudiera pasar. Fue en ese momento cuando Jaime se dio cuenta de que no le había comprado comida al perro, y ese viernes estaba todo cerrado, por lo que Clara no podía haber estado más acertada.

Comprobó cuánto abultaba la bolsa, y por su generoso tamaño, Jaime dedujo que al menos aguantaría todo el día de hoy. *Iron* hundió el hocico en el cuenco a una velocidad inconcebible para su tamaño y, con un sonido gutural que a Jaime le puso el vello de punta, comenzó a engullir la comida. Probablemente fue la falta de costumbre, pero luego cayó en la cuenta de que el animal también debería beber y desde ayer no le habían puesto agua. Abrió el armario junto a la nevera, buscó al fondo otro cuenco olvidado y lo llenó de agua bajo el grifo (*Jódete Noelia. Este lo he encontrado yo*). *Iron* lo olfateó con curiosidad cuando lo depositó junto al otro cuenco, pero en contra de lo que Jaime creía lo desechó, al menos de momento, y retornó a la comida.

Una vez hubo satisfecho los deseos del perro, por fin pudo servirse su taza de café. Como hoy pululaba Noelia por la casa decidió llevársela a su despacho para poder encenderse un cigarro. Por el camino se encontró a Javier, con la cara entumecida por el sueño y frotándose los ojos.

—Buenos días, campeón —le dijo, sonriendo y pensando al mismo tiempo si al fin le dejarían tomarse su café—. Los días de colegio no te levantas tan temprano, ¿eh?

Javier sonrió maliciosamente, con los ojos entrecerrados. Luego, eludió la pregunta como siempre solía hacer cuando la respuesta no le interesaba.

—¿*Iron* está bien? —preguntó, con un grado de temor en su voz.

—Está perfectamente. Allí lo tienes, comiendo en la cocina.

Ves y déjame tomarme este jodido café de una vez.

En cuanto ese pensamiento se cruzó en su mente, Jaime se arrepintió de inmediato, pero una voz en su interior, que no reconocía como propia pero que ya había escuchado en más de una ocasión, le decía, incluso juraba, que no tenía por qué retractarse, que el café de la mañana para él era sagrado, y que entre unos y otros no lo dejaban vivir en paz. Y por primera vez, creyó que esa voz tenía toda la razón.

Jaime entró en su despacho y abrió la ventana para que saliera el humo del cigarro. Había dejado de llover y el fuerte viento había amainado, pero el cielo continuaba encapotado, dibujándose el contorno de las nubes en dos tonos grisáceos, uno claramente más oscuro que el otro. El frío que entró por ella, a esas tempranas horas, puede que fuese el frío más intenso e incómodo de todo el día, ni siquiera el frío de la noche, pensó Jaime inhalando su primera y estimulante calada, tenía punto de comparación. Comenzaba a amanecer y las farolas de la calle ya habían sido apagadas. La ventana del

edificio de enfrente le dio los buenos días, oscura como la mirada de un ciego. Desde el pasillo le llegó la voz de Javier amortiguada, hablando con *Iron* no sé qué de anoche.

¿Hasta qué punto le habría afectado a Javier despertarse y encontrar al perro en su habitación mirando en la pared algo invisible? Anoche tuvo la seguridad de que no tardaría ni diez minutos en verse superado por el miedo y presentarse en su dormitorio pretextando que no podía dormir y que si, por favor, podría acostarse esa noche con ellos, solo esa noche. No ocurrió así, sin embargo. Javier había logrado pasar la noche en su habitación, demostrando que se hacía mayor mucho más rápido de lo que Jaime pensaba y que quizá el suceso de anoche fuese la prueba fehaciente para que Javi comenzase a hacerle frente a su temor de dormir con la luz apagada.

Jaime sufrió entonces un acceso de melancolía. Los miedos más primitivos a los que Javier había logrado imponerse significaban que su pequeño había dejado de ser tan pequeño, que su dependencia ya no era tan acentuada y que en cuestión de un par de años, quizá tres a lo sumo, su hijo se habría convertido en todo un hombrecito.

Jaime escuchó por el todavía oscuro pasillo cómo Javier seguía manteniendo una animada conversación con *Iron*, lo cual implicaba mucha más importancia de la que aparentaba: denotaba que su hijo, pese al desagradable suceso de anoche, no le había cogido miedo al perro. Y era una prueba más de lo mucho que estaba cambiando con el paso del tiempo.

Jaime se asomó al pasillo y lo llamó:

—¡Javi, ven por favor!

Fue un grito, pero un grito disimulado entre susurros, para no despertar a Noelia. Sinceramente, creía que cuanto más tiempo estuviese en la cama menos tiempo tendría que soportar su amarga cara. Y el día se presumía largo, muy largo.

Javi apareció por el pasillo, seguido de *Iron*. La imagen para Jaime, sin lugar a duda, fue de lo más gratificante.

—¿Qué pasa, papá?

—Escucha, de lo que pasó anoche en tu habitación a tu madre ni mencionárselo, ¿de acuerdo?

Javier adoptó una expresión de no entender lo que le pedía su padre.

—¿Pero por qué?

—Bueno, no queremos preocuparla, ¿verdad? Lo que queremos es que tu

madre se sienta a gusto con *Iron*. De todos modos, luego inspeccionaré la pared (*otra vez*). Como te dije anoche lo más probable es que fuese el viento, pero bueno, no está de más que le eche un vistazo.

Javier asintió, pero no pareció darle la importancia que Jaime creía al hecho de que su padre (*¡su padre!*) tomase personalmente cartas en el asunto.

—No tenemos que preocuparnos por Iron, papá —dijo Javier seguro de sí mismo—, el hombre que a veces sale en mis sueños me ha dicho que *Iron* es bueno, y que debo quererlo mucho, que nunca me separe de él.

A la mano de Jaime, apoyada sobre el marco de la puerta, le cayó de pronto una brizna de ceniza incandescente. Ahogó un grito, la apartó en un acto reflejo y dejó caer el cigarro al suelo. Al escuchar las palabras de Javier se quedó desconcertado, y cuando las asimiló, un manto oscuro de terror cayó sobre él envolviéndolo como un capullo de seda en descomposición.

—¿El hombre que sale en tus sueños? —dijo, intentando en la medida de lo posible mantener la compostura. Se agachó y recogió el cigarro del suelo —. No te entiendo, ¿qué quieres decir, que se te ha aparecido más de una vez?

El diablo, ¿quién si no?

Si era así, nunca se lo perdonaría, nunca.

—Alguna vez —dijo Javier con tono despreocupado—. Me cuenta cosas, la mayoría no las entiendo, pero papá, no te preocupes, solo son sueños.

Proviendo de Javier, se dijo Jaime, la manera de hacer frente a los sueños había evolucionado a mejor sin lugar a duda. Si esos sueños hubiesen aparecido hace tres años, la crisis psicológica en la que Javier estaría inmerso sería del tamaño del Santiago Bernabeu.

—Ya, hijo. Ya sé que solo son sueños. Oye, ¿y podrías describirme a ese hombre?

La actitud impaciente de Javier le dio a entender que se estaba cansando de la conversación, y quizá eso fuera una buena señal. Quizá, después de todo, solo fuesen sueños, como aseguraba Javi.

—No sé, papi, nunca le he visto la cara, la recuerdo borrosa.

—Ya. ¿Y qué te dice? ¿Te acuerdas de eso?

—Cuando me despierto, al poco tiempo ya se me ha olvidado.

Muy típico de los sueños, pensó Jaime.

—Sin embargo sí que te acuerdas de que te dijo que *Iron* es bueno.

—Sí, porque ha sido ahora mismo, antes de levantarme. —Javier le dedicó una mirada a Jaime que este interpretó como una súplica para que dejase en

paz el tema. —¿Puedo irme ya a jugar con *Iron*?

—Sí, anda, ve. ¡Y lávate los dientes antes de desayunar!

¿Hombres que hablan en sueños? —pensó Jaime—. Claro que sí, ¿qué hay de extraño en eso? Mis padres también me hablan a veces, pero eso no significa que sus fantasmas estén metidos dentro de mi cabeza. El subconsciente puede ser, a veces, muy travieso.

Jaime observó abstraído cómo Javier se alejaba por el pasillo llamando a *Iron* para que lo siguiese. El animal, meneando la cola, parecía encantado con su nuevo amigo. A Jaime, en un pensamiento que luego creyó como retorcido, no le pareció tan mal que los ladrones sustrajeran la tablet (a la que su hijo empezaba a desarrollar una preocupante adicción, a su entender), porque ahora Javier, obligatoriamente, necesitaba hacer uso de su imaginación para entretenerse, y por supuesto, a ello se añadía la ahora nueva compañía de *Iron*.

Lamentablemente, ese período solo se extendería hasta que el día de Navidad Javier recibiese la videoconsola, acabó admitiendo, y entonces, como una pesadilla de la que no pudiese librarse, volvió a aparecer desde las sombras de su mente el rostro del señor Pineda, con esa sonrisa sarcástica y triunfal jactándose de que por fin había conseguido lo que quería: regresar a la vida de Noelia.

Para combatir la prolongada exposición a Noelia, lo mejor fue quedar con Luis a tomar una cerveza. Jaime no quería alargarlo mucho, lo suficiente para que su mente entendiese que había vida más allá de las paredes de su casa y, además, debía trabajar, ya que como siempre afirmaba, para un escritor los días festivos eran inexistentes.

Noelia insistió en que se llevase con él a *Iron*, alegando que así su amigo tendría oportunidad de ver la ricura que había metido en casa. Las palabras textuales que empleó Noelia, que le hicieron sonreír mientras esperaba sentado en la terraza de *Las cuatro esquinas*, pasaron a mejor vida cuando vio a Luis aparecer por la acera de enfrente, caminando con los hombros encogidos y las manos dentro de los bolsillos.

—¡Santo Dios! ¡Pero qué animal es ese! —exclamó Luis, sentándose junto a Jaime e incapaz de apartar la incrédula mirada del perro.

—¿Te gusta? —dijo Jaime, sintiéndose más orgulloso de lo que había creído.

—Joder, es una bestia. ¿Cómo se llama?

—*Iron*. Cortesía de Javier.

—No podía ser más apropiado. —Luis, impresionado por el aspecto intimidatorio del perro, hizo un amago de acercar la mano, pero recapacitó y la dejó a mitad de camino, en el borde de la mesa. —¿Muerde? Vamos, quiero decir, ¿me arrancará la mano de un bocado si lo acaricio?

Jaime se quedó pensativo, porque lo cierto es que no sabía la respuesta a esa pregunta. Mientras lo debatía en su mente, levantó la mano formando un dos con los dedos. Para Julián, que asintió desde dentro del bar, esa señal carecía de más explicaciones.

—Pues no. No creo, vamos. Parece dócil, prueba a ver.

Luis esbozó una sonrisa huraña.

—Debes estar de broma.

—No, no estoy de broma. ¿No ves lo tranquilo que está? —Y era cierto. *Iron* parecía estar sumido en su propio mundo, cualquiera que este fuese. Por cómo actuaba, mansa y pacientemente, Jaime imaginó que el animal debía estar acostumbrado a estar rodeado de personas, al menos en su vida anterior antes de llegar a la protectora de animales.

—Pienso demandarte si me arranca la mano...

—No digas tonterías y acarícialo, vamos.

Luis se armó de valor, y pese a que Jaime percibió un ligero temblor en su mano, no dudó al depositarla suavemente sobre la gruesa cabeza de *Iron*.

—Madre mía, su cabeza es más grande que mi mano, y qué pelaje más fino tiene.

Iron echó la cabeza hacia atrás jadeando, como si estuviese diciéndole a Luis que no había sido para tanto.

—Es alucinante, ¿verdad?

Luis asintió sin apartar la mano. Según Jaime, se diría que una vez que Luis hubo perdido el miedo, ya no habría nada en este mundo capaz de separar su mano de la cabeza del animal, como si su porte majestuoso y señorial fuese un imán imposible de eludir. Julián salió por la puerta con dos jarras de cerveza asidas con maña en una mano y un plato de cacaos en la otra. Lanzó una mirada desconfiada a *Iron*, dijo que un animal así era lo que a él le hacía falta en el bar (en numerosas ocasiones habían forzado la persiana para robarle la recaudación de las máquinas tragaperras) y regresó al interior del bar con la habitual diligencia que le caracterizaba.

Solo cuando Luis tuvo la jarra de cerveza frente a él, sudando hielo como un maratoniano al final de una prueba en invierno, retiró la mano de *Iron*. Dio un largo trago y depositó la jarra de nuevo en la mesa.

—Dios mío, estás loco. ¿Cómo se te ha ocurrido comprar este perro? —dijo Luis, relamiéndose la espuma que había quedado adherida a sus labios.

—No lo he comprado, capullo. Me lo han dado en la protectora de animales.

Jaime le contó que tanto él como Noelia se sentían inseguros en casa desde que entraron a robar, que la opción más factible, instalar una alarma, se escapaba a su presupuesto familiar y que, arriesgándose a que Noelia les metiera una patada a él y al perro y los echase a ambos de casa, había buscado un rottweiler en varias protectoras de animales hasta dar con uno por muy

poco dinero.

—Te entiendo —dijo Luis—, yo no sé qué hubiese hecho en tu lugar. Posiblemente lo mismo. Debe de acojonar un rato.

—Noelia está de los nervios —continuó Jaime—. Fíjate, parece una tontería, pero confieso que a mí también se me ha pasado por la cabeza. El otro día me dijo que tenía una sensación extraña, como si los ladrones hubiesen instalado cámaras ocultas por toda la casa y estuviesen vigilándonos continuamente. Es, no sé cómo explicártelo, como una sensación de vulnerabilidad e inseguridad constante, de la que no puedes desprenderte por mucho que intentes olvidarlo y pasar página. Pero si hasta la tablet de Javier estaba llena de fotos nuestras, saben quiénes somos, que cara tenemos...

Luis asintió y dio un trago de cerveza.

—Me imagino por lo que estáis pasando. ¿Sabes lo que te digo? Que has hecho muy bien comprando... bueno, adoptando a *Iron*. Con él os sentiréis más seguros en casa. Y todavía habéis tenido suerte —añadió Luis—. ¿Te acuerdas de cuando entraron a robar hace años en casa de los padres de Rubén? Les dejaron la casa hecha una mierda, incluso desmontaron los bajos de los armarios por si tenían algo escondido allí dentro.

—Sí, dentro de lo malo todavía hemos sido afortunados —admitió Jaime—. Y eso es precisamente lo que me devora por dentro, el pensar que volverán porque se dejaron la faena a medias.

—No pienses eso. Yo creo que el guardia civil tenía razón en lo que te dijo: ese tipo de gente va buscando oro, y en tu casa se lo llevaron todo. No creo que vuelvan, además, has reforzado la puerta y ahora tienes a *Iron*. Olvídate, haz tu vida normal y verás cómo pronto ya ni te acordarás.

Las palabras tranquilizadoras de Luis hicieron efecto, pero solo a medias. Jaime, que era de la opinión de que «cuando empieces algo, has de acabarlo cueste lo que cueste», no estaba del todo convencido de que solo buscasen oro, y por fin, como una explosión nuclear, afloró en su mente la conjetura que había tratado de ignorar todo este tiempo, como si pensar en ella le otorgase el poder de hacerse realidad: tenía miedo por Javier. No, miedo no era la definición más exacta. Sentía pánico por Javier. Si habían descubierto que él era escritor, y en su ignorancia más absoluta sospechaban que como tal el dinero debía entrar a raudales en su cuenta corriente (por mucho que su hogar fuese lo más parecido a una madriguera de orcos), la idea de un secuestro no era tan descabellada.

—Espero que estés en lo cierto, Luis. Procuraré hacerte caso —dijo meditabundo, acariciando la cabeza de *Iron*.

—Venga, ámate. Dale un trago a la cerveza, que no me bebes *na*. —Luis calló, contuvo una sonrisa y se inclinó sobre la mesa. —Oye, ¿has visto la barriga de Julián? Creo que la tiene más grande que otros días, parece que se haya tragado una pelota de baloncesto.

Jaime, aunque no le apetecía sonreír, acabó haciéndolo, primero tímidamente, para luego, después de ver a Julián frente a la barra entablando una feroz lucha con su barriga por acercarse a dejar unas tazas de café, terminar con una carcajada.

—¡Qué gilipollas eres!

—A tu servicio, mamón —dijo Luis, haciendo una reverencia—. Siempre dispuesto a hacerte reír cuando más lo necesitas.

Las palabras de Luis, aun veladas por una fina capa de humor, para Jaime poseían un valor incalculable.

—Gracias, Luis. —Y Jaime lo dijo de corazón. Ahora se sentía mejor, y sus temores se habían reforzado con el racional punto de vista de Luis. Sí, los ladrones podrían volver, pero esta vez no lo tendrían tan fácil. Sin embargo, en sus pensamientos había un matiz que no podía ignorar, y que siempre salía a flote cuando se juntaba con Luis. Su sonrisa se esfumó, algo necesario para que Luis entendiese que iba en serio, muy en serio. —Oye —dijo, titubeando—, sé que ya te lo pregunté una vez, pero... ¿en serio tú no has notado nada extraño desde que entramos en esa casa?

Luis bebió, y Jaime sabía que mientras lo hacía, estaba eligiendo las palabras adecuadas.

—Y te vuelvo a responder lo mismo. Nada de nada. ¿Qué pasa, te ha ocurrido algo más, aparte de la famosa carta en blanco?

Jaime se pensó la respuesta. Ahora que había leído en su propia mente, como si de una entidad ajena se tratase, la letanía de sucesos que lo perturbaban, se dio cuenta de lo absurdos e inverosímiles que parecían, y tratándose de Luis su interlocutor, podría ser similar a sumergir la mano en una olla de agua hirviendo. Sin embargo, ahora que había empezado ya no podía echarse atrás, porque si no Luis insistiría e insistiría, cargando cada vez más de su habitual sarcasmo sus tentativas de sonsacarle la información, hasta rozar lo insoportable. Decidió comentarle solo los extraños sueños, como ya hiciera el día en que Luis y su familia fueron a cenar a casa, pero omitiendo la

parte en que Javier parecía estar sufriendolos también. Después de todo, y como había dicho su hijo, solo eran sueños, ¿no era así?

—No, solo son sueños, más bien pesadillas —dijo—. Quería saber si tú también las tenías, nada más.

Luis lo observó con una expresión en la cara de no estar creyéndoselo del todo. Jaime se dio cuenta de que tenía motivos para ello, porque *tú no has notado nada extraño* implicaba algo más que simples pesadillas. De pronto, al sentirse solo en todo aquello, sintió un miedo irracional apoderarse de él.

—No —respondió Luis—, yo no tengo pesadillas, pero si tú las tienes no tienes de qué extrañarte. Te recuerdo que tu libro va sobre el diablo, y seguramente de forma inconsciente te está afectando más de lo que te crees. — Luis bebió un trago de cerveza, con su mirada fija en Jaime, tratando de descifrar sus pensamientos. —¿Pero seguro que solo es eso? Mira que te conozco...

—Sí, sí —afirmó Jaime, con una sonrisa nerviosa—. Es solo que tengo más pesadillas de las que me gustaría.

No era cierto, tampoco eran tantas. Lo que más le preocupaba era ese extraño sonido en la pared como si algo vivo hubiese anidado entre el cemento, tan real que hasta *Iron* lo había percibido, haciéndolo comportarse de una forma que anoche le puso los pelos de punta.

—Bueno, creo que no tienes de qué preocuparte. Solo se me ocurre decirte que te tomes unos días de descanso, libera tu mente y tu mente te liberará a ti. Seguramente cuando retomes el hilo las cosas habrán cambiado.

—Luis, no habría otra cosa en este mundo que desearía más que tomarme unos días libres, pero no puedo. He de cumplir con las fechas estipuladas.

—Bueno, ¿y esas fechas quién las ha marcado? ¿La editorial o tú?

Aquella pregunta había tomado por sorpresa a Jaime. Durante unos segundos sopesó el planteamiento de Luis.

—Yo, sí, yo —admitió—. Pero aun así no puedo. Tengo que acabar la novela, ¿entiendes? De ello depende todo mi mundo, estamos con el agua hasta el cuello.

—Joder, menudo *topicazo* me has soltado. Espero que no lo utilices en tu libro. —Jaime sonrió, pero era una sonrisa más parecida a un llanto retenido. Era, cuando menos curioso, que ese consejo proviniese de Luis, cuando lo más que leía eran las etiquetas de los champús cuando evacuaba en el trono. En efecto, le resultó gracioso, y en cierto sentido, mitigante. —Escucha —

continuó Luis—, ahora vienen unos días de descanso. Busquemos un sitio cercano, todos, tu familia y la mía. Estamos en Madrid, desde aquí tenemos auténticas maravillas a tiro de piedra. Te sentará bien, estoy convencido.

—A ti también te gustan los *topicazos*, ¿eh? —dijo Jaime, habiendo recuperado el control de sus expresiones, o al menos pudiendo disimular mejor la angustia que lo embargaba.

—Sí, pero yo no soy escritor, me lo puedo permitir, chaval —replicó Luis. Cogió un cacahuete y se lo echó a la boca—. Bueno, ¿qué me dices? Podemos ir a donde quieras tú, a Salamanca, a Ávila, a Segovia, donde quieras.

La idea era tentadora, pensó Jaime. Al tiempo que con un cambio de aires su mente se despejaría, podría distenderse la relación con Noelia, encauzarla de nuevo o tratar de averiguar qué le estaba sucediendo, pero olvidaba un factor, un factor decisivo que imposibilitaba la supuesta escapada.

—Tampoco me lo puedo permitir, Luis. No digo que no me gustaría, de hecho creo que es muy buena idea, pero no puedo. Ni siquiera tenemos dinero para reponer los regalos robados de Javier.

Luis se quedó sin argumentos. Jaime intuyó que, en ese silencio que lo había dejado boquiabierto, quizá Luis estuviese barajando la posibilidad de financiar él el viaje, pero aunque así fuera, no pensaba aceptar, y menos sabiendo que Luis estaba en el paro.

—Joooder —acabó exclamando Luis—. No sabía que la cosa fuese tan grave. ¿Y qué pensáis hacer? Ah, y por Ana no te preocupes, no es necesario que le compréis nada.

La voluntad de Luis por tratar de que no se gastasen más dinero del estrictamente necesario fue un gran gesto que Jaime agradeció, pero sacudió la mano quitándole importancia y dijo:

—Pues ahora es cuando viene lo peor. —Jaime dio un largo trago de cerveza para aclararse la garganta. Estaba fría y sintió una punzada de dolor. Mencionar a su suegro era como tener una espina clavada en la garganta y no podérsela sacar, ni siquiera con cerveza. —Resumiendo —continuó—, Noelia le ha pedido el dinero a sus padres, estos no han puesto inconveniente y Noelia los ha invitado a cenar en Nochebuena.

—¡Me cago en la leche!

—Exacto. Los dos nos cagamos en la leche.

Iron movió la cabeza hacia ellos jadeando, pero sin mucho interés, como si la palabra *leche* le hubiese llamado la atención.

—Supongo que no te queda otra opción. Amigo, te acompaño en el sentimiento.

Jaime ignoró el comentario de Luis, pero no pudo evitar sonreír con resignación.

—Sin embargo, lo que más me molesta no es que vengan a cenar. Total, es una noche y nada más, aunque presiento que no será la única. Lo que más me jode es que ese hombre nos tenga que dar dinero. Me hierve... me hierve la sangre con solo pensarlo.

Jaime se encendió un cigarro y ofreció otro a Luis, que aceptó. Un golpe de viento gélido sopló desde el oeste, haciendo que su cuerpo se estremeciera.

—Oye —susurró Luis después de encenderse el cigarro cubriéndolo con la mano—, ¿has pensado alguna vez que Noelia es hija única y que cuando sus padres mueran la herencia será absolutamente suya?

—Joder, Luis, qué macabro eres. —Jaime hizo una pausa. —Claro que lo he pensado, pero no quiero el dinero de ese hombre. Para nada. Si a algo he de llegar en esta vida, quiero que sea por mis propios medios.

Luis asintió con la cabeza.

—Muy noble, sí señor. Pero piensa que sería la solución a todos tus problemas. No sé cuánto dinero tendrán los padres de Noelia, pero por lo que me has contado, deben de estar forrados.

—Me da igual. No quiero ni pensar en eso.

—Bien, como tú quieras, no voy a insistirte más —dijo Luis, resolviendo el tema—. Y hablando de tus propios medios, ¿cómo llevas el libro?

La columna de humo que Jaime lanzó por la boca se deshizo en el aire. De pronto, un sentimiento envenenado se adueñó de él al verse sometido al súbito interés de la gente a su alrededor por su trabajo. No debía sentirse así, más bien halagado por la preocupación que demostraban, sin embargo no podía evitarlo. Pensó que la culpa de todo la tenía Eugenio, de su negativa, de poner en entredicho su capacidad creativa, aunque en el fondo no le faltase razón. Y aun siendo consciente de todos los motivos, prefirió mentir.

—Avanzando —respondió, sin mucha convicción—. Creo que será una gran obra.

Cuando Jaime llegó a casa, cerca de las doce del mediodía, Noelia y Javier jugaban al Monopoli. A falta de tablet, pensó Jaime distraído, no había otra opción que echar mano de la pila de juegos de mesa que Javier guardaba en su armario. En cuanto a Noelia, divertida y que por un instante le recordó a su Noelia de siempre, parecía querer aprovechar estos días festivos al máximo para disfrutar de Javier.

—¡Oye! ¿No me harás trampas? Te estás comprando todas las propiedades —la oyó decir, riendo.

—¡Mamá, es que eres muy mala! —Carcajada de Javi.

—No soy mala, bichejo. Este juego es pura suerte, depende de los números que te salgan en los dados.

—Me quedo con la Estación del Norte. —Más carcajadas de Javi.

Aunque era un agobio que no podía soportar, Jaime aprovechó que el coche estaba en casa para acercarse a la gasolinera y reponer la segunda botella de gas butano que utilizaban para no quedarse sin gas en ningún momento. Durante el corto trayecto sintonizó la RNE e, intrigado y atraído por la noticia, subió el volumen cuando el locutor informó de forma breve que Arturo Pavés, la víctima agredida brutalmente en la M-823, había salido del coma y por el momento presentaba un estado estable. Mencionó también que la Guardia Civil continuaba con las investigaciones y esperaba que la declaración de la víctima, en cuanto estuviese en condiciones de hablar, pudiera arrojar nuevos datos para detener a los agresores.

Después de dejar la botella en la galería (que para Jaime pesaba como un muerto), esquivando los continuos intentos de *Iron* por olfatear ese nuevo objeto de color tan llamativo que había entrado en casa, se encerró en su despacho mientras escuchaba las risas de Noelia y Javier desde el salón. Encendió el ordenador, que arrancó con un crujido preocupante en la torre

principal, y esperó. Su mirada, asustadiza pero firme, se dirigió, por un instante, a la ventana de enfrente. Tuvo la impresión de que el edificio al otro lado de la calle oscilaba, como balanceado por el viento. Jaime vaciló, pero terminó bajando la persiana, dejando paso a una débil franja de luz.

Al abrir el correo vio que tenía un mensaje de Eugenio, con el asunto en blanco como en él era habitual. Como casi siempre ocurría, una mano de fríos dedos se deslizó por las paredes de su estómago. Luego, antes de abrirlo, Jaime creyó adivinar qué era lo que su editor quería y esa horrenda sensación desapareció. En efecto, se había olvidado de mandarle por mail un informe sobre la nueva trama y, por lo que parecía evidente, Eugenio le estaba haciendo un marcaje de cerca, tan de cerca que estaba seguro de poder oler su aliento tras la nuca.

La fecha en la que estaba datado el mensaje era de ayer, así que Jaime pensó que Eugenio podría esperar un poco más. Rebuscó entre las anotaciones de su libreta. Mientras lo hacía, pensó en cuánto tiempo más le iba a hacer perder ese hombre, y por un rebelde momento, pensó en ignorarlo y mandar su e-mail a la carpeta de spam. La furia lo embargó, tan fría y descarnada que se sorprendió, sin embargo sus manos no cesaron de hojear páginas en la libreta, recopilando todos los datos.

Tardó cinco minutos en ordenar sus apuntes, otros tantos en descifrar su propia letra y más de media hora en transcribirlo al ordenador. Cuando al fin terminó, lo leyó, lenta y pausadamente. De acuerdo, se dijo a sí mismo, la trama tenía cabos sueltos que, como siempre hacía, iría solventándolos conforme fuese avanzando en la novela, pero en líneas generales la idea era clara y concisa, como solía decir su profesor de historia. Los personajes ya nada tenían que ver con los de su anterior proyecto y ahora se habían reducido notablemente en número, pero bien montados, a su modo de ver, con una detallada exposición de sus personalidades y el resultado final de su evolución. En cuanto al desenlace final, Jaime barajaba varias opciones, así que decidió plasmarlas todas y que Eugenio escogiese la que más le gustara. Así de fácil.

Cuando acabó de leerlo, quedó satisfecho con el resultado final. Sin duda, aquel argumento vapuleaba por goleada a su idea inicial, y Eugenio no tendría más remedio que quitarse el sombrero ante él.

Jaime adjuntó el archivo al mensaje y se lo mandó a Eugenio. Trabajo hecho, ahora solo quedaba esperar. Curiosamente, ahora no sentía frío en el

despacho. Cuando se disponía a aislar su mente e introducirse en la trama del libro, Noelia abrió la puerta y le invitó a que le ayudase a hacer la comida.

Jaime asintió de mala gana. Otra mañana perdida.

Esa fría noche de seis de diciembre, el viento otoñal se filtraba por la ventana mal encastrada de la habitación de Dumitru. Echado en la cama, con las piernas encogidas y vestido de calle, sin preocuparse de que las suelas de sus botas y la suciedad que en ellas había adherida tocasen las mantas, manipulaba la tablet de aquel chiquillo con evidente inapetencia.

El trabajo había sido más sencillo de lo que había imaginado. Para Leandro, reventar aquella cerradura obsoleta había sido tan rápido, silencioso y sencillo como abrir la puerta del frigorífico. Sin embargo, recordó que al igual que había sido una misión sencilla, también había sido una misión cargada de tensión y temor. Mientras revisaba los programas que había instalados en la tablet, recreó en su mente la forma torpe e insegura con la que habían actuado. Con rapidez, directos al dormitorio, donde, en la teoría, se encontraba el oro y que *el Romeo* se suponía que iba a comprar por mucho menos dinero de su valor real, según Ramón. No había que llevar precaución respecto a dejar huellas dactilares por toda la casa, afirmaba Leandro, ya que según él, la policía no se tomaba la molestia de hacer una investigación a fondo si solo se trataba de un robo.

¿Hasta qué punto estaría en lo cierto Leandro?, se preguntó mientras escuchaba a su madre viendo la televisión en el salón. Los días posteriores al robo no había podido conciliar el sueño, esperando que de un momento a otro la policía se presentase en su casa. Pero no había ocurrido así. Confiado en la experiencia de sus amigos, creyó que con una buena organización y precaución en la ejecución del robo podría llegar a ser una fuente de ingresos extraordinaria. Incluso podrían ponerse un objetivo diario, tres o cuatro casas, por ejemplo, aleatorias en el mapa de la ciudad, para no crear ningún patrón de actuación.

Dumitru abrió el cajón de la ruinoso mesita de noche y rebuscó entre sus

calcetines. Extrajo un cilindro de billetes de cincuenta y de cien euros apresados por una goma y sonrió. Después de repartir lo que *el Romeo* quiso pagarles por el oro (mucho menos de lo que pensaba, pero que ninguno de los tres rebatió, porque lo más sensato era no poner en duda las decisiones del *Romeo*, si uno apreciaba su estado de salud), no había quedado mucho, pero suficiente para apenas diez minutos de trabajo. De todos modos, admitió, la gran comisión que *el Romeo* se apropiaba despóticamente compensaba con creces el peligro de vender el oro por cuenta propia. Para él, era un trato justo. Cómo vendía *el Romeo* el oro o qué era lo que hacía con él, eso no era su problema. Como si lo fundía y luego fabricaba cadenas en serie para colgar del escroto de los hombres, le traía sin cuidado.

Dumitru se encendió un cigarro y volvió a guardar el dinero en el fondo del cajón, debajo de los calcetines. Pensativo, se mordió el labio inferior, gesto que hacía cuando algo le preocupaba. Sin lugar a dudas, el allanamiento de morada era mucho más nutritivo que los asaltos a coches confiados en una carretera oscura y solitaria. Aquel gordo del Audi había despertado del coma, y aunque no creía que fuese capaz de reconocerlos, quizá pudiese identificar el coche, o puede que, sin darse cuenta ellos, hubiese memorizado la matrícula del Opel como medida de precaución. Ese sí que era un grave problema. Los robos podían pasar impunes, pero las agresiones físicas eran otro cantar bien distinto. Dumitru exhaló el humo por la nariz, convencido después de meditarlo de que la lluvia y la oscuridad de aquella noche habían sido unas aliadas perfectas para sus intereses. Además, con un poco de suerte, los golpes que le asestó en la cabeza podrían haberle hecho perder la memoria. De eso no estaba muy seguro, pero podría ocurrir.

Observó la tablet, ahora con mucho más interés. La había visto en aquella casa sobre la mesa del salón en una mirada fugaz y no había sido muy difícil esconderla debajo de su chaqueta. Sus ojos, de mirada ávida, buscaron el archivo donde estaban almacenadas las fotos. La mayoría carecían de calidad, porque a su juicio, las debió de hacer ese crío, pero había una, una en concreto, que le había llamado la atención desde el primer día.

Sus dedos se deslizaron por la pantalla con rapidez, buscándola para observarla una vez más, y al tiempo que lo hacía, en su mente iba cobrando más fuerza la idea que le rondaba desde que vio la fotografía por primera vez. Además, la ausencia de policía desde que cometieron el robo fortalecía la seguridad en sí mismo, así como la creencia de que todo lo que se

propusiesen, podrían llevarlo a cabo sin temor a ser detenidos.

Cuando al fin la localizó, la contempló con una sonrisa diabólica. En la fotografía, donde el crío parecía haberse esmerado más en realizar un buen encuadre y la luz del día había jugado a su favor, se encontraban la madre, sonriendo con cara de estúpida, junto a un matrimonio de personas mayores, y no había que ser un lince para deducir que esos viejos eran los abuelos del mocoso.

Sin embargo, lo realmente interesante no eran los personajes de la foto, sino el fondo de la misma. La fotografía había sido tomada a las puertas de una ostentosa mansión que debía valer millones de euros. Un buen golpe en esa casa, pensó devorado por la euforia, debía equivaler al botín obtenido durante un año completo allanando otras casas. Puede que la policía se tomase más molestias en encontrar a los culpables al tratarse de un matrimonio adinerado, pero solo había que llevar ciertas precauciones, utilizando más la cabeza que los impulsos.

Dumitru aplastó el cigarro en el cenicero metálico dispuesto sobre la mesita de noche. Obviando su lado más prudente (cada vez más diminuto), la decisión había sido tomada, y mañana mismo pondría al corriente a Ramón y a Leandro. Con los ojos muy abiertos, observó la fotografía una vez más antes de cerrarla, como para reafirmar su determinación. Solo quedaba un pequeño matiz por solventar:

Averiguar dónde se encontraba esa mansión, y para ello nada mejor que buscar la información en la casa donde encontró la tablet.

Los días fueron sucediéndose, y a su paso, el inminente invierno dio lugar a la primera nevada. Los regalos de Javier, incluida la videoconsola, se hallaban ocultos en el armario empotrado del pasillo, en el estante más alto donde solían guardar el árbol de Navidad y las bolsas con los adornos de la festividad. Allí era el lugar idóneo, le había dicho Jaime a Noelia, donde Javier, a no ser que se encaramase a una silla, no podría llegar. Ni a los ladrones se les ocurriría mirar, había pensado Jaime para sí mismo, que había adquirido el hábito de esconder en los lugares más insospechados todo lo que para él consideraba de valor.

El señor Pineda había cumplido su parte del trato, y el dinero estuvo ingresado en la cuenta corriente a los pocos días de hablar con Noelia. Cuando Jaime volvió de nuevo a la tienda de juguetes, sintió una especie de repulsión, aviesa y vejatoria al mismo tiempo, cuando tuvo que utilizar el subyugante donativo de su suegro para pagar los regalos. Cada vez que el enclenque dependiente de gruesas gafas y espantoso aparato dental pasaba por el lector de códigos un regalo, una aguja incandescente parecía escribir las palabras *Carlos Pineda* en las paredes de su estómago. Sin embargo, lo que removió la incipiente ira en su interior como si de un cocido madrileño se tratase fue la sonrisa iluminada de aquel dependiente bisoño y su cordial despedida cuando le mostró su agradecimiento por haber vuelto a confiar en su firma comercial. Al menos Jaime se sintió mucho mejor cuando la sonrisa del vendedor se tornó una expresión huidiza al atravesarlo con su mirada de arquero experimentado.

En cuanto a *Iron*, el animal parecía haberse adaptado a su nueva forma de vida sin la menor complicación, mostrando obediencia, durmiendo como un bendito en su nueva cama (un colchón mullido y de vivos colores que Jaime había comprado de oferta en la tienda de animales) y silencioso, muy

silencioso, tanto, que Jaime todavía no sabía cómo era su ladrido, un hecho que en la vida cotidiana era de agradecer, pero que en sus pensamientos más objetivos no dejaba de ser preocupante.

A los pocos días de pasar el puente de la Inmaculada había recibido la llamada de Clara, la responsable de la protectora de animales El perrito simpático, interesándose por cómo había sido el proceso de adaptación del Rottweiler. Jaime le expuso una escueta pero precisa explicación de cómo *Iron* (a Clara le encantó el nombre con el que Javier lo había bautizado) había encajado a la perfección con la familia, su dúctil temperamento y cuán cariñoso se mostraba con su hijo. Jaime aprovechó la llamada para tratar con Clara la ausencia de ladridos del animal, y se quedó más tranquilo cuando la mujer le dijo que no debía preocuparse, que ella sí que lo había oído ladrar, y que si en un supuesto debiera hacerlo, lo haría sin dudar. Quizá si Jaime hubiese visto cómo su mirada se desviaba ligeramente hacia la derecha, habría intuido que Clara mentía y que para ella su ladrido también era una incógnita.

Lo más significativo para Jaime fue cuando Clara le preguntó por la visita al veterinario, y esta vez quien mintió fue él, explicándole sin ofrecer muchos detalles cómo *Iron* había pasado el reconocimiento sin ningún tipo de incidencias, ahorrándose el tener que explicar que se había demorado tanto que casi lo había olvidado.

Cuando colgó, lo primero que hizo fue buscar en internet el número de teléfono del veterinario del barrio y concertar una cita.

La fecha fue adjudicada para el día siguiente, e *Iron* pasó la revisión sin ningún contratiempo. Javier insistió en que quería acompañar a su nuevo amigo al *médico*, pero finalmente, aunque a regañadientes, entendió que la cita se la habían dado en horario lectivo y que su deber era acudir al colegio.

No obstante, para Jaime había un hecho que debía recalcar respecto a *Iron*, pero debía hacerlo solo en la intimidad de sus pensamientos, allí donde Noelia ni Javier lo podían escuchar. Se trataba, naturalmente, del extraño comportamiento que mostró el perro aquella noche en la habitación de Javier. En todo ese tiempo, jamás volvió a verlo husmeando por allí, como si lo que hubiera podido haber tras la pared hubiese desaparecido. Desde esa esperanzadora perspectiva, Jaime se sintió aliviado, incluso llegó a convencerse a sí mismo de que lo que *Iron* detectó había sido el sonido del viento que aullaba violentamente esa noche, pero desconocía que el animal, cuando no se sentía observado en la casa y disponía de total libertad de

movimientos, acudía a aquel punto del dormitorio y acomodaba sus cuartos traseros sobre la alfombra para observar con obcecación aquella porción de pared hasta que al cabo de un tiempo (a veces incluso más de una hora) desistía.

Esos días trabajó en su novela con vehemencia, moldeando las palabras a su antojo para darles el cuerpo que creía conveniente, como si de una escultura de barro se tratase, y aprovechó los días en que Noelia trabajaba y Javier estaba en el colegio para intensificar el ritmo de trabajo, hasta casi convertirse en un ermitaño. Desestimó varias tentativas de Luis para que saliera de casa a despejarse, o a tomarse unas cervezas al bar de la esquina, y este, según creyó Jaime, fue disminuyendo su insistencia después de una negativa tras otra.

Quería avanzar en el libro y acabar el año con un buen número de palabras metidas en el saco, porque cierto día, cuando recibió un e-mail de Eugenio, su autoestima ascendió cien metros por encima del nivel del mar. En él, su editor le comentaba que había hecho un trabajo estupendo, que entendiéndose que cuando a un coche se le aprietan todas las tuercas, a la larga funciona mucho mejor y que siguiese por ese camino sin bajar la guardia, manteniéndolo informado de los avances en todo momento.

Jaime se preguntó si Eugenio habría olfateado el éxito de la novela al igual que un oso grizzly puede olfatear la sangre a más de treinta kilómetros de distancia. La inyección de moral, si es que lo había sido, había funcionado a la perfección, y Jaime no pensaba desaprovechar la oportunidad.

Luis debía entenderlo.

Era dieciséis de diciembre, un día tan frío y blanco como había previsto el parte meteorológico de esa mañana en el periódico digital. Después de trabajar sin descanso desde las nueve de la mañana hasta cerca de las doce, Jaime decidió dar una vuelta por las nevadas calles de Madrid. Pensó maliciosamente que podría comprar un décimo de lotería de Navidad con el dinero de su suegro, y por qué no creerlo, se dijo, el dinero de los ricos atrae al dinero. *Un primer premio con la pasta de ese viejo cabrón no estaría mal, nada mal.*

Se llevó a *Iron* con él. Siguiendo por la calle del Porvenir, se encaminó hacia la avenida Poeta Querol, donde se hallaba la administración de Loterías. Después de meditarlo, creyó que emplear veinte euros del señor Pineda en un décimo no era tan mala idea después de todo.

Las aceras estaban cubiertas por una fina capa de nieve aplastada por las pisadas de los viandantes. *Iron* de vez en cuando la olfateaba como un sabueso enfebrecido pero pronto perdía todo el interés, y Jaime creyó que la nieve no era nada nuevo para él. Caminaba mansamente a su lado, si dar tirones, como un buen perro. Eso no se lo había enseñado él. Daba la sensación de ser un perro leal y apacible, a pesar de su apariencia intimidatoria y feroz, y mientras Jaime se ajustaba el gorro de lana que comenzaba a pellizcarle las cejas, pensó en qué motivos habrían tenido sus anteriores dueños para deshacerse de él. Clara no sabía nada al respecto, ya que según le informó el primer día en la protectora, la Policía local lo había encontrado vagando por las afueras y lo habían trasladado allí. Seguramente serían unos desalmados, se dijo Jaime. Ahora *Iron* era suyo, suyo y de nadie más.

Pasaron por delante de varias tiendas, con vistosos y elegantes escaparates repletos de artículos que invitaban a ser comprados. La gente, sonriendo y cargada de enormes bolsas de compra, pasaba por su lado y dejaba de sonreír cuando lanzaba una mirada desconfiada a *Iron*. Sin embargo, lo que Jaime sintió fue una gratificante sensación de poder.

Jaime acababa de ver en la papelería una pluma estilográfica enfundada en su caja de madera como si de un tesoro se tratase, que le había entrado por los ojos para quedarse en su mente como un ferviente deseo. Su precio, escrito en una tarjeta con motivos navideños, rezaba: ciento noventa y nueve euros. Por un momento sintió lástima de sí mismo, y los semblantes satisfechos de la gente que caminaba a su alrededor, con sus deseos más íntimos envueltos en coloridas cajas, acentuaba esa sensación. Esa pluma, por el momento, estaba fuera de su alcance. Esa pluma y cualquier otra cosa, por muy necesaria que fuese. Si había alguien en quien gastar el poco dinero que sobraba a final de mes, ese era Javier. ¿Cuándo fue la última vez que se compró una chaqueta, o un jersey?, pensó Jaime mientras, resignado, dejaba atrás la papelería. No había renovado su vestuario desde hacía al menos dos años. Lo mismo sucedía con Noelia, aunque en alguna ocasión se hubiera podido permitir algún que otro capricho a merced de su propia insistencia.

Jaime se propuso dejar la autocompasión a un lado, se dejó embargar por el ambiente navideño que se respiraba en las calles y, después de soportar la interminable cola en la administración de Loterías, compró al fin el décimo. El número 56748 fue el elegido, en honor a su padre, que hasta el día de su muerte siempre había confiado en el número ocho, año tras año insistiendo en

la misma terminación.

Emprendió el camino a casa seguido por el lento y acompasado caminar de *Iron*. Había comenzado a nevar, pero sin mucha fuerza. Los golpes de viento que de vez en cuando le azotaban la cara eran fríos y cortantes. Observó al perro de soslayo y Jaime tuvo la impresión de que para él tan solo era una pequeña brisa juguetona. El animal se limitaba a contemplar intrigado los copos de nieve al caer, jadeante y sin perder el ritmo, como si las bajas temperaturas no lo afectaran.

Mientras iban deshaciendo el camino de vuelta, una extraña sensación se apoderó de él. Jaime pensó que quizá fuese el día gris, la nieve o el intenso frío que se había adueñado de las calles, pero no era eso. Lo descubrió cuando ahondó un poco más en sus pensamientos. Era el diablo. El maldito diablo. ¿Por qué ahora se manifestaba de forma súbita en su mente? Durante estos días no había percibido ningún suceso anómalo en la casa. Afortunadamente, pensó con cierta zozobra, todo seguía como estaba: la persiana del edificio de enfrente detenida a mitad de recorrido, las pesadillas parecían haber remitido e *Iron* no había vuelto a mostrar el terrorífico interés por la pared de la habitación de Javier. Sin embargo, la carta que recibió con aquella sobrecogedora premonición escrita en ella, sin saber por qué, regresaba a sus pensamientos como si tratase de advertirle de algo, y era ella la que ahora perturbaba su quietud.

Como un hecho inapelable, Jaime sintió la certidumbre de que algo malévolamente lo esperaba en casa, afanoso por ser descubierto. No en casa concretamente, sino en su buzón. De nuevo. Quizá esa era la advertencia que trataba de saltar todas las alarmas en su cerebro. De pronto el cielo se oscureció, y el gris paloma de las nubes se tornó un gris asfalto, pero un asfalto castigado por la negrura de los neumáticos de los coches. Era, se dijo, como si aquel suceso atmosférico, más propio de una película de terror, fuese una revelación de lo que estaba a punto de acontecer.

Jaime apremió el paso, como si quisiera corroborar cuanto antes que esa sensación tan solo era eso, un falso presentimiento. Durante los días posteriores al hallazgo de la carta Jaime había revisado el buzón todos los días, hasta que, gradualmente, dejó de hacerlo. La ausencia de extrañas cartas, a no ser que fueran del banco o de cualquier proveedor, le había convencido de que finalmente Luis estaba en lo cierto.

Sin embargo, ya a pocos metros de su casa, su intuición subrayaba lo

contrario. Podría ser, se dijo tirando con brusquedad de *Iron*, que el diablo se hubiese tomado una pausa, deleitándose con su miedo, saboreando su creencia de estar a salvo para después volver a por él. Y a renglón seguido pensó aterrado:

El diablo está en casa, ¿aún no te has dado cuenta? Nunca se ha ido, siempre ha estado con nosotros, conmigo, riéndose de mí, dándome esperanzas para luego arrebatármelas.

A poca distancia de su patio Jaime se cruzó con un vecino del tercero. Este lo saludó cortésmente, pero Jaime lo ignoró. Ahora casi corría. Sacó la llave del bolsillo de su chaqueta y abrió la puerta con mano temblorosa. En el interior del portal el frío parecía haberse condensado, como si una congregación de almas se hubiese cobijado allí. La puerta se cerró con un estruendo, que al tiempo que avanzaba con diligencia hacia los buzones, lo sobresaltó.

Había llegado a su buzón, y Jaime se dio cuenta de que, exhausto, jadeaba anhelando el aire. Buscó la llave en el manajo y, tras dudar un exagerado segundo, la introdujo sin mucho tino en la cerradura y abrió la descascarillada puertecilla gris. La herrumbrosa bisagra gimió.

Jaime miró primero a *Iron*. El perro, con mirada profunda y de algún modo dotada de cierta inteligencia, lo observaba con atención y por un segundo Jaime creyó que, por su boca sofocada abierta con una horrible mueca, estaba riéndose de él. *Solo está cansado, solo es eso*. Luego, abordando sus miedos, desvió la mirada hacia el interior del buzón. Había dos panfletos de propaganda: uno de reformas, de tonos apagados, y otro anunciando la apertura de una nueva academia de idiomas. Su corazón se aceleró cuando debajo de estos vislumbró un sobre.

Extendió la mano, extrajo del buzón el fajo de papeles y arrugó los panfletos de propaganda hasta convertirlos en una irregular bola de papel. Ante sus ojos sostuvo la carta, añeja, descolorida. Durante un perenne momento el mundo dio la sensación de haberse detenido, absorbido por una monstruosa boca de oscuridad. La realidad, la realidad más infernal, se volcó sobre él deteniendo su flujo de sangre, paralizando su corazón, diseccionando sus neuronas. Tuvo la sensación de que la carta respiraba sobre su mano, como un resuello agónico y a la vez victorioso.

De pronto *Iron* ladró, un ladrido ronco y poderoso.

Jaime dio un brinco, asustado. Repentinamente, la oscuridad que precede a la tormenta cobró intensidad en el portal, devorando la luz con determinación. Un trueno interminable se escuchó lejano. El animal lo observaba ladeando la cabeza, torciendo el gesto.

—*Iron*... ¿qué está pasando?

Una vez Jaime hubo superado el primer impacto, su mente se puso a trabajar a trompicones. Caminó hacia el ascensor antes de que entrase algún vecino preguntando por la palidez de su cara y pulsó el botón de llamada. Había utilizado la carta en la trama de su libro, se dijo tragando con dificultad. ¿Le habría concedido poder? ¿O por el contrario todo estaba premeditado?

Cuando llegó a la sexta planta con una terrible sacudida del ascensor abrió la puerta de su casa y, aterrado, corrió la llave dos vueltas y el cerrojo. Luego soltó la correa de *Iron*. El animal, sediento, se encaminó directamente a la cocina. Jaime levantó la carta hasta la altura de sus ojos y la examinó detenidamente. No cabía duda. Era el mismo papel, la misma caligrafía, inclinada y elegante, incluso apostaría a que también había sido escrito su nombre y apellidos con la misma tinta.

Sintió un terror indescriptible a abrir el sobre y desvelar su contenido, sin embargo, era consciente de que no había otra opción, porque si la quemaba... si la quemaba solo Dios sabía qué tipo de represalias podría desencadenar el diablo.

Jaime hizo acopio de valor y rasgó el sobre con su dedo pulgar. El sonido del papel al desgarrarse le estremeció la piel. En su interior había una nota, idéntica a la anterior. *Mantén la mente fría, piensa*. En consecuencia, extrajo el teléfono móvil del bolsillo y se propuso hacer una foto a lo que allí hubiese escrito, como prueba.

Jaime inspiró aire, lo retuvo y la leyó, susurrándola en voz baja:

“¿Es consciente, señor Murillo, de que su mujer lo ha relegado al olvido? Indague y conocerá la verdad. En ciertos lugares, la infidelidad se castiga con la muerte, ¿lo sabía usted?”

Su estómago se enroscó como si hubiese caído desde lo más alto de un puente. La sensación de vértigo que lo embargó lo obligó a sujetarse a la pared, sintiendo cómo las fuerzas abandonaban sus piernas. Aquella perversa revelación, si era cierta, era más dolorosa que cualquier dolor infligido deliberadamente. Las chispas de su razón vagaban ahora por la oscuridad de sus pensamientos, como un tren desprovisto de luz que se adentra en un túnel infinito.

La perturbadora imagen de Noelia, jadeante y procaz, haciendo el amor con otro hombre (sin rostro, una endiablada sombra sin facciones) se dibujó en su mente. El pasillo se desdibujó, flotando la imagen como una nube de vapor, y ante sus ojos apareció una sombría habitación, inundada de haces de luz púrpura que brotaban de ningún lugar, reptando por las paredes, tiñendo la oscuridad a su paso de un rojo demoníaco. Una cama de grandes dimensiones se hallaba junto a la pared. El hombre sin rostro yacía tumbado en ella, gimiendo de placer. Noelia, recogida en la cintura de este, deglutía su miembro con avidez, ejerciendo precisos y acompasados movimientos,

profiriendo sonidos obscenos como si la comida se hubiese acabado en el mundo y fuese lo último que echarse a la boca.

Jaime gritó, incapaz de soportar más las manipulaciones de su imaginación. De pronto, comprendió la veracidad de aquella nota. Se pasó la mano por el cabello, con mirada desquiciada. Simplemente utilizó la lógica, la poca que su mente podía ahora regir. La conclusión se basaba en la anterior nota que recibió: si aquella premonición se había cumplido y Eugenio había dilapidado su proyecto, entonces... entonces lo que allí se decía respecto a Noelia debía de ser verdad.

Jaime esbozó una amarga sonrisa.

Sí, ahora lo entendía todo, se dijo. Ese comportamiento hostil y distante, ese súbito interés por su teléfono móvil, fiel compañero allí donde Noelia iba. La ira finalmente explotó en él, incapaz de controlarse por más tiempo en su ser. Levantó el puño y golpeó la puerta de entrada, tan fuerte que retumbaron las paredes. El dolor en los nudillos teñidos de sangre, por ahora, era inapreciable. Jaime, al borde del llanto, quería saber, necesitaba saber quién le había arrebatado a su mujer con cualquier absurda promesa. Giró desesperado hacia la izquierda, luego hacia la derecha. ¿Quién era? ¿Quién podía ser? Una voz serena y racional le aseguraba que probablemente ni lo conocería. Podía ser cualquiera. Cualquiera. ¿Y qué más daba?, se dijo. Jaime dejó el pensamiento en suspense. Sí, sí que importaba, de hecho era trascendental, vital. Jaime notó cómo un sentimiento sin forma se apoderaba de él, un sentimiento que rezumaba mal, un mal puro y definido. Quería tener a ese hombre ante él, torturarlo, arrebatarse la vida lenta, implacablemente.

Debía recuperar el control, se concienció Jaime. No podía hacer conjeturas sin tener una prueba que corroborarse esa terrible acusación. Cerró los ojos y respiró profundamente. Tras varias repeticiones, Jaime sintió que los latidos de su corazón se normalizaban.

Tranquilidad.

Tranquilidad.

Más sereno, Jaime preparó la cámara de fotos de su móvil y fotografió la nota. Trazó una sonrisa vacía de sentimientos. Una prueba palpable. Si la nota volvía a desaparecer, vería qué pasaba con la foto. Se quedó de pie, controlando la respiración, hasta que se sintió con fuerzas. Se dirigió a su despacho con la intención de guardar la nota junto a la otra. Todavía sentía las piernas temblorosas, como si acabase de realizar cien sentadillas. La distancia

entre los truenos se acertaba, así que imaginó que la tormenta se acercaba. Abrió la puerta. El frío que habitaba en el despacho le hizo pensar que ese invierno sería difícil de resistir, y no solo por el frío, sino por el mal que se había ensañado con él. Abrió el cajón, metió la carta al fondo y lo cerró. Cuando se incorporó, sus ojos viraron inconscientemente hacia la ventana, buscando el edificio de enfrente. Era algo que el lado de su mente más racional se empecinaba en corroborar. No mires, no tienes la necesidad, pensó. Pero ya era demasiado tarde. Por el cristal de su ventana la oscuridad del día se reflejaba en los copos de nieve que revoloteaban como luciérnagas en un pantano. Más allá, la persiana de sus horrores estaba bajada.

Jaime sintió que algo se rompía en su mente, como si una roca de gran tamaño hubiese despedazado un frágil cristal, incluso creyó oír el chasquido en su interior. Aterrorizado, retrocedió unos pasos hasta chocar contra la mesa del escritorio. El agudo dolor infligido en la cadera, que más tarde se convertiría en un aparatoso cardenal, le pasó inadvertido. Por su garganta brotó un alarido, afónico y desgarrador.

Perdió por un segundo el sentido de la orientación, y cuando al fin logró rehacerse, corrió fuera del despacho como si la muerte fuese tras él, cerrando de un portazo. Se apoyó de espaldas a la pared, respirando agitadamente, y pensó que si le hacía falta una prueba más de que el diablo existía, la acababa de contemplar con sus propios ojos.

Noelia, ¿por qué me has hecho esto?

—Dios Santo...

Dejando a un lado el eco de sus pensamientos, Jaime sintió un violento terror a permanecer en casa. Creyó que los ojos del diablo serían omnipresentes, y seguramente así sería. *Pero espera* —se dijo—, *¿y si el diablo solo trata de ayudarme? Así fue con Eugenio. Quizá solo quiere advertirme, pagarme de algún modo el que yo escriba sobre él.* —Después, recapacité—. *No seas ingenuo, el diablo siempre quiere algo a cambio. No puedes confiar, no puedes...*

¿Dónde estaba *Iron*?, se preguntó de pronto, olvidando sus pensamientos en los cajones más oscuros de su mente. Jaime recordó que lo primero que había hecho el perro después de llegar a casa había sido ir a la cocina a beber agua, pero ya llevaba mucho tiempo, demasiado.

Se dirigió a la cocina, intentando que sus piernas respondiesen a sus deseos. Cuando llegó, estaba vacía. Jaime se disponía a buscar a *Iron* por la

casa cuando un gemido lastimero, que ya comenzaba a encasillar, se escuchó proveniente del pasillo. Como si de una premonición se tratase, Jaime supo de inmediato dónde estaba el animal. Su corazón, que no había dejado de latir encabritado, añadió una marcha más, provocando que un calor repentino se apoderase de su cuerpo.

—¡*Iron!* —gritó, pero Jaime sabía que el perro no acudiría a su llamada moviendo alegremente la cola.

Salió de la cocina y con pasos desmañados se dirigió a la habitación de Javier. Mientras recorría los escasos metros, su mente trataba de protegerse pensando en su hijo, el día de su nacimiento, su primer biberón, cómo escurría la leche por sus finos labios. Cuando llegó a la habitación, la realidad aplastó, como se arruga fácilmente un papel, su frágil sistema de defensa. *Iron* se hallaba sentado en la alfombra, ignorando la llamada de Jaime, contemplando absorto el odioso punto en la pared. De vez en cuando, un gemido escapaba de su boca y su cabeza se ladeaba ligeramente, como si algo proveniente del interior le hubiese llamado la atención.

El pánico que se apoderó de Jaime impulsó una risa desquiciada, que luego se tornó en una grotesca carcajada. Después, sus ojos se anegaron de lágrimas.

Jaime, tirando del collar, sacó a *Iron* de la habitación de Javier y cerró la puerta, como si algo maligno se estuviese forjando en aquella estancia. Después se obligó a prepararse la comida, pese a que sentía el estómago vacío. Optó por un caldo de fideos, ligero y caliente. Cuando el nivel de la sopa no había descendido ni a la mitad del plato, lo llevó al fregadero, lo lavó y, exhausto psíquica y físicamente, se tumbó en el sofá. Había permitido que *Iron* lo acompañara, así que el animal, atraído por el calor que emanaba de la estufa, dio tres vueltas sobre sí mismo, se acomodó frente a ella y hundió la cabeza entre sus patas.

Noelia y la acusatoria advertencia de la nota ocupaban todos sus pensamientos, anteponiéndolos incluso al sobrecogedor suceso que en la habitación de Javier acababa de suceder. Sin embargo, el calor de la estufa y la calidez de la sopa caliente en su estómago provocaron que Jaime se quedara dormido sin apenas darse cuenta. Su mente se sumergió en una especie de sueño consentido, donde Jaime mantenía la consciencia pese a saber que estaba soñando, y mientras su casa ondulaba como una fotografía distorsionada y se transformaba en la misma casa, pero una casa fabricada con el material de sus sueños, espolvoreada con detalles muy similares pero, al fin y al cabo, desconocidos para él, supo que se estaba adentrando en una pesadilla.

La nueva casa era más sombría, poseía puertas que no conocía y un extraño zumbido, parecido a un enjambre de abejas, parecía emerger de las paredes. El frío, en cambio, era igual de intenso, tanto, que cada vez que respiraba una nube de vaho se formaba en el aire, adoptando el aspecto de una fina capa de hielo.

Noelia se le apareció en el sueño, pero fue una entrada fugaz. Frente a la puerta de la cocina, lo miraba, esbozando una sonrisa maquiavélica,

promulgando un silencio aterrador. Luego, desaparecía por la puerta. Jaime no discernió si su deseo era que la siguiese, pero la certeza de un pensamiento lo obligaba a caminar hacia la habitación de Javier.

Noelia, cielo, en estos momentos hay cosas que esclarecer mucho más importantes que tú.

Jaime se sorprendió cuando descubrió que poseía el control de sus pensamientos más aplomados, aquellos que evadían lo inexplicable para explotar el escepticismo con el fin de hallar una respuesta convincente y natural. Esa forma de pensar pertenecía a su antiguo yo, al joven que abordaba los sucesos paranormales con cierta incredulidad para utilizarlos en su propio beneficio.

—Ves hacia la habitación, ves hacia la habitación, ves hacia la habitación...

La voz, grave y con un deje metálico (Jaime creyó que era la de Eugenio), emergía desde algún lugar de la casa, o puede que desde el interior de su mente. Jaime no llegó a distinguirlo, pero si ordenaba que fuese hacia la habitación, obedecería. Fue en ese preciso instante del sueño cuando todo lo que creía tener bajo control perdió el sentido. La pesadilla, poco a poco, se iba armando, proveyéndose de garras, de afilados colmillos, de un hálito formado por sombras estremecedoras.

Jaime se enfrentó a la habitación de Javier. Vaciló un instante, como si de pronto ya no estuviese interesado en lo que allí se le pudiera desvelar, pero sentía la oscuridad cerrándose sobre sí misma a su espalda, absorbiendo el espacio, aullando su nombre a través de una garganta inexistente. Miró por encima de su hombro, aferrado al marco de la puerta. El pasillo había desaparecido parcialmente, y su lugar lo ocupaba una masa oscura e informe que se extendía por las paredes como un cáncer. Jaime tuvo la suficiente sangre fría para entender que lo que el sueño (su sueño) deseaba con fervor era que cruzase la puerta de la habitación de su hijo, y así lo hizo.

Cuando pasó al otro lado, una sensación de vértigo ascendió desde su estómago, un recurso habitual de cualquier mente para volver con carácter urgente a la realidad, pero que en esta ocasión fue insuficiente para despertarlo del sueño, y Jaime creyó que quizá el dominio que poseía sobre el sueño era más que suficiente para llegar hasta el final, para saber qué había oculto tras la pared. Porque se trataba de eso, ¿verdad?, se dijo en un pensamiento onírico, ese es el verdadero propósito de esta pesadilla.

Jaime, sintiéndose como si su mente, espesa y despierta al mismo tiempo, flotase entre las nubes, dejó a un lado las especulaciones y echó un rápido vistazo a la habitación de Javier. Su mente la había recreado con excepcional fidelidad, y desconocía que hasta el último detalle, por muy insignificante que pareciese, estuviese archivado en las carpetas de su memoria.

Sus ojos no tardaron en desviarse hacia la pared en cuestión. La cortina, a la derecha del punto crítico, se hinchaba y ondeaba como si desde abajo fuese impulsada por una corriente de aire, como si fuese... el soplo del diablo. Jaime se dio cuenta de que había cometido un error. Jamás debía haber pensado en... eso, y ahora su corazón confeccionado de sueños latía con fervor. Volvió la mirada hacia la pared. Presentía que algo estaba a punto de ocurrir, una revelación que no sabía si podría soportar.

La pared, de pronto, comenzó a sufrir una transformación irracional, pero demasiado racional dentro de lo que para Jaime ya era una pesadilla en toda regla. Pequeños bultos, como granos del tamaño de una canica, comenzaron a surgir de la pared, haciendo saltar la pintura. Jaime no se atrevió a sobrepasar la cama de Javier. Desde su posición, la visión era de lo más esclarecedora. Sintió una gota de sudor recorrer su sien. Los extraños bultos ahora se movían, recorriendo la pared como si una mano de cien dedos presionase desde el otro lado.

Está bien —pensó Jaime, aterrado—, ya no quiero saber más, es suficiente, ya es suficiente. Quiero despertar. Despierta cabrón, despierta.

Pero era evidente que para su sueño no era suficiente. La pintura de la pared se rajó incapaz de soportar la presión. Jaime no podía despertar, y el terror a lo que allí hubiese y que se negaba a ver se apoderó de él. Cerró los ojos, pero sus párpados, en el sueño, eran transparentes. La pared comenzó a agrietarse con un crepitar sordo, formándose un racimo de fisuras serpenteantes como las ramas podridas de un árbol. Jaime volvió la cabeza, obstinado en no contemplar lo que estaba sucediendo, pero al hacerlo, la pared, transportada de forma mágica, continuaba frente a él, aumentando el tamaño de sus grietas. Giró la cabeza a la izquierda, luego a la derecha, siempre con el mismo resultado. Un trozo de ladrillo del tamaño de una moneda cayó al suelo. Después otro más. Superado por el terror, Jaime intentó correr, pero sus pies ya no eran pies, sino que sus tibias estaban ancladas al suelo, igual que si fuese un poste de teléfono. Trató de gritar y su voz murió en el intento. Un agujero del tamaño de la escotilla de un barco se abrió ante él,

arrugando y retorciendo la pared como si esta estuviese formada por gruesas hebras de metal.

Un silencio repentino oprimió la atmósfera, un silencio en el que nada ocurrió.

Jaime tragó saliva. Sus ojos, abiertos como platos, observaban aterrados la reciente oquedad, que por un segundo le pareció el oscuro hueco de la ventana del edificio de enfrente.

De pronto, un ejército de cucarachas, avanzando como un río espeso de lava, brotó de la abertura. El sonido de sus patas al rozarse unas con otras se clavó en los tímpanos de Jaime, que intentó de nuevo gritar, sin conseguirlo. En cuestión de segundos, el río se convirtió en montaña, una montaña negruzca y viva, con cientos de antenas agitándose en sus laderas.

Los insectos debieron detectar la presencia de Jaime, porque de pronto, como si de un único ser se tratase, reptaron hacia él.

Jaime creyó desmayarse inducido por el terror, pero el sueño no estaba dispuesto a concederle ese privilegio. En el momento en que la masa de cucarachas lo alcanzaba y trepaba con exquisita rapidez por encima de él, buscando su boca, sus oídos, su nariz, Jaime despertó con un alarido, incorporándose de un movimiento brusco en el sofá.

Iron lo observó extrañado, levantando sus enormes ojos, pero sin mover la cabeza. Sus miradas se encontraron. La pesadilla había hecho el efecto de una jarra de agua fría vertida sobre su cuerpo.

Jaime fue recuperando paulatinamente el latido normal de su corazón. Echó un vistazo al teléfono móvil, dispuesto en modo silencio sobre la mesa centro. Ninguna llamada, ningún mensaje. *Relegado al olvido.*

Tenía mucho en qué pensar, demasiado para intentar dormirse de nuevo.

Aquella noche Jaime mantuvo una feroz lucha consigo mismo respecto a la forma de actuar. Por un lado deseaba compartir con Noelia qué era lo que estaba sucediendo en casa, confesar de una vez por todas lo que Luis y él hicieron aquella noche y las terribles consecuencias que había acarreado la invocación en aquella casa olvidada por su dueño. Por otro, no podía permitir, bajo ningún concepto, que Javier durmiese en esa habitación, y Jaime se devanó los sesos durante toda la tarde elucubrando una excusa plausible.

Finalmente, respecto a Javier, cuando Jaime ya pensaba imponer la prohibición mediante una orden taxativa, no fue necesario ya que Javier, sin aducir motivo alguno, se negó a dormir en su habitación. Sin duda, pensó aliviado, Javi le había ahorrado dar muchas explicaciones. Días más tarde Jaime descubriría que no fue, como él pensaba, un mal augurio de su hijo el causante de esa decisión, sino el terror que le provocó Dani, un compañero de clase, cuando en el patio del colegio le explicó detalladamente la película de zombies que vio la noche anterior, por título: *No profanar el sueño de los muertos*.

En cuanto a Noelia, hasta que todo se esclareciese, pensó en mantener un silencio sepulcral. Tuvo que vencer su primer impulso, mantener una seria conversación con Noelia y que ella confesase lo que tuviera que confesar, porque sabía que de ese modo Noelia jamás revelaría quién era su nuevo amor. Si quería averiguarlo, debía espiar cómo era su forma de actuar, sus movimientos, y por qué no, los mensajes en su teléfono móvil, aunque sabía de antemano que eso sería una difícil tarea, ya que Noelia protegía su teléfono con contraseña y él la desconocía.

Cuando, llegada la noche, trataba de conciliar el sueño en la fría habitación de Javier, se le ocurrió que quizá el diablo podría echarle una mano, enviarle una carta con la contraseña del teléfono, por ejemplo, o más

sencillo, directamente con el nombre de ese tipo.

Acurrucado de lado, con la mirada fijada en la pared y sabedor de que esa noche no podría dormir, Jaime se sorprendió rezándole al diablo, invocando su ayuda, porque Dios no tendía a escuchar ese tipo de peticiones, pero el diablo... el diablo seguramente sí.

Era veintitrés de diciembre. El invierno había llegado trayendo consigo una ola de frío procedente del norte. Las vacaciones escolares habían comenzado, y Javier, como solía hacer todos los años desde que tenía consciencia de la existencia de Papa Noel, se portaba tan bien y mostraba tal obediencia que Jaime, embargado por un regocijo natural, sospechaba que su hijo había sido sustituido por otro.

Aunque cuando Javier lo mencionaba, lo hacía sin otorgarle importancia, Jaime sabía que la videoconsola pululaba como un pájaro herido por su mente. El modo de pensar de Javi, imaginó, era que no quería hacerse muchas ilusiones y prefería no proclamarlo a los cuatro vientos por si, dado el caso, Papa Noel no pudiera traérsela. Jaime, aunque le doliese admitirlo, debía agradecerle al señor Pineda que esas navidades su hijo pudiese ver cumplido sus sueños, sin embargo, no quería olvidar que ese era el *modus operandi* de su suegro: utilizar su repulsivo dinero para conseguir sus propósitos. Compartir mañana con él la expresión de extrema felicidad de Javier al ver los regalos dispuestos debajo del árbol de Navidad, y sobre todo la videoconsola, era un módico precio que debía pagar.

A petición de Noelia, alegando que en casa hacía un frío que no se podía soportar (y que sus padres, después de costear los regalos de Javier, lo mínimo que se merecían era pasar una Nochebuena en condiciones), Jaime tuvo que desplazarse hasta unos grandes almacenes para comprar otra estufa de gas butano.

Noelia, aprovechando que su nuevo compañero podía cubrir su puesto sin el menor de los problemas, se había pedido una semana de vacaciones, así que Jaime tenía la Renault a su entera disposición. Avanzó por las nevadas calles, y al pasar el primer cruce detectó un chirrido cada vez que pisaba el freno. Inmediatamente, se le pasó por la mente las pastillas de freno. Jaime torció el

gesto y resopló cuando un nuevo gasto imprevisto, y que no se podía demorar si no quería destrozar los discos de freno, se presentaba ante él.

Estacionó el coche en el parking de los grandes almacenes, buscó un carro de compra y se unió a la marea de gente. Mientras se dirigía a la entrada, pensó que por ahora tenía una semana de margen. Ya se ocuparía del coche cuando fuera realmente necesario, además, añadió a sus pensamientos con cierto humor, quizá mañana Papá Noel también dejase algo para ellos, un sobre con tres mil euros, por ejemplo, y acto seguido imaginó la grasienta y picuda cara del señor Pineda enmarcada en un disfraz de Papá Noel.

Cogió un carro y buscó por los pasillos, preguntándose dónde demonios habían metido las estufas de butano. Pensar en su suegro había sido divertido durante un pequeño espacio de tiempo, pero ahora Jaime se encontraba con que su cabeza no podía dejar de darle vueltas a la noche de mañana. Desconocía qué actitud mostraría el señor Pineda, aunque lo cierto era que ya se había preparado mentalmente para aplicar el dicho ‘por un oído me entra, y por otro me sale’. Jaime se veía con ánimos para soportar la cena realizando un esfuerzo estoico y con la inestimable ayuda de unas cuantas cervezas, lo que más le molestaba era que Noelia hubiese insistido en que esa noche se quedasen a dormir en casa, argumentando que se negaba a que su padre condujese de noche y, aparte de eso, con la mitad de la ciudad circulando en estado ebrio por las calles de Madrid. *¿Para qué están los taxis, Noelia?*, había dicho él, a lo que ella había respondido (mintió, estaba convencido, pero no sabía el motivo, si porque echaba de menos a sus padres o porque no soportaba estar un día tan señalado a solas con él) que su padre siempre había desaprobado el tener que depender de los taxis. Sin embargo, Jaime se cuestionaba por qué tenía que soportar a sus suegros cuando, según la nota que había enviado el diablo (cruzando el pasillo de menaje, perfiló una sonrisa angustiada al pensar en lo esperpéntica y desquiciada que sonaba esa frase dentro de su cabeza), le estaba siendo infiel. *¿Qué clase de farsa estaba viviendo?*

Jaime encontró las estufas catalíticas en el penúltimo pasillo. Mientras subía al carro una no demasiado cara envuelta en su caja de cartón, recordó la intensa vigilancia a la que había sometido a Noelia desde que recibió la nota. No había tenido ni una sola oportunidad de husmear en su teléfono móvil, aun sabiendo que jamás conseguiría acceder a su contenido. Por un lado Jaime creía que sería lo mejor, ya que no sabía si podría soportar lo que en él

puddiera leer, pero por otro la curiosidad le estaba arañando la vida, alterando su percepción objetiva de las cosas. Cruzó los grandes almacenes de un extremo al otro por el pasillo principal, con la intención de dejar que transcurriese el tiempo, y mientras lo hacía, soportando los rostros felices y consumistas que se cruzaban con él, se preguntó cuándo Noelia se vería con su amante. Sorprendido al mismo tiempo que encrespado, por primera vez se descubrió empleando esa palabra que había tratado de evadir todo este tiempo: amante. La palabra en sí denotaba un dolor que no podía soportar, implicaba un lazo de amor en el que él había sido excluido.

¿Cuándo?

Para Jaime la respuesta era obvia: en sus horas de trabajo. Trató de recordar algún día en el que Noelia hubiese llegado tarde, sin embargo, debía admitir que no eran muchos, y cuando lo había hecho, la demora a lo sumo se había reducido a media hora, tiempo insuficiente para un encuentro amoroso, pensó.

Esquivó una torre de botellas de vino, que a punto estuvo de derribar. *¿Entonces cuándo, cuándo?* De pronto la respuesta, una posible respuesta según él, se formó en su mente, posiblemente porque era la única que encajaba en el puzle: el señor Cortés.

Recordó lo que Noelia le había contado sobre una empleada, que los rumores apuntaban a que su jefe mantenía una relación con ella, y a la que finalmente acabó despidiendo. Puede que... Jaime respiró hondo cuando sintió que el corazón aumentaba peligrosamente las pulsaciones. Puede que ese cerdo tuviese predilección por sus empleadas, que utilizase su imperio empresarial como su coto de caza particular. No lo conocía personalmente, pero lo había visto en fotografías que la misma Noelia le había enseñado, tomadas en congregaciones de la franquicia. Jaime lo recordó como un hombre remilgado, de mediana edad, dueño de un porte tan ostentoso y cultivado que Jaime sintió náuseas cuando lo imaginó besando, acariciando, haciendo el amor con su mujer.

Sus pensamientos retrocedieron hasta el veintiuno de noviembre, el día en que la inspiración llegó y la trama, desestimada por Eugenio, nació. Forzó la memoria durante un instante. No cabía duda, ese día fue el último que Noelia y él hicieron el amor, un largo recorrido hasta la fecha. Hasta ese día, Noelia daba la sensación de actuar con total normalidad. ¿Llevaba tiempo tonteando con el señor Cortés?, se preguntó. ¿Fue a partir de ese día que decidió dar un

paso más? *¿Y si su amante no era el señor Cortés?*
¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

Jaime aparcó la Renault en la plaza de garaje. Los frenos chirriaron durante todo el camino de vuelta. Bajó la estufa del coche y la llevó en vilo hasta el ascensor, maldiciendo el frío y la humedad que se había condensado en el garaje. Una vez más, se dio cuenta de lo estúpido que estaba siendo tratando de complacer a Noelia, y además, para satisfacer la comodidad de sus suegros. Sin embargo, sabía (o así intentaba convencerse a sí mismo) que todo giraba en torno a Javier, porque ni Noelia ni el señor Pineda iban a impedir que su hijo disfrutase de la Navidad, así que en consecuencia, si debía comportarse como un imbécil, lo haría hasta que las fiestas llegasen a su fin.

Cuando Jaime entró en casa nadie salió a recibirlo. Ni siquiera *Iron*. Dejó la estufa a un lado y escuchó las risas de Noelia y Javier provenientes del salón. *¿Habrían sido capaces?* La horrible sospecha lo asedió capitaneada por la cólera y el resentimiento. No, Noelia no se habría atrevido. Jaime, repitiendo enfermizamente esa afirmación en su cabeza, avanzó resuelto por el pasillo y entró en el salón, que se mantenía caliente con la puerta cerrada.

—¡Papá! ¡Por fin has vuelto!

Sus temores se confirmaron. El árbol de Navidad se erguía desnudo, apostado junto al televisor. Javier, aferrando un adorno en forma de bota de Papa Noel en su mano, rebuscaba en la bolsa otro más fácil de colgar. Noelia, con una escoba y un recogedor, barría los filamentos verdes que habían quedado desperdigados por el suelo. Desde la puerta y con la nieve cayendo dócilmente tras la ventana parecían una postal navideña incompleta, se dijo Jaime, incompleta porque faltaba él, el cabeza de familia.

Relegado al olvido.

Jaime los observó durante un interminable segundo. No entendía cómo Noelia había decidido montar el árbol sin estar él presente, cuando esa era una labor que todos los años realizaban en familia, una especie de ritual que

habían adoptado desde el día en que nació Javier. Jaime sintió la necesidad de desatar su ira, que ella cobrase el protagonismo en esa absurda y rencorosa situación, pero en lugar de eso logró reprimirla, no sin esfuerzo. Miró a Javier y sonrió, solo para demostrarle a Noelia que su iniciativa no había tenido éxito.

—Hola campeón, por lo que veo habéis empezado sin mí.

Luego miró a Noelia, y su sonrisa se desvaneció. Pensó que Noelia debió detectar su disconformidad, porque sus primeras palabras las empleó para excusarse.

—Hola, cariño. Perdona que no te hayamos esperado, pero es que Javier ha insistido tanto que he decidido complacerlo, sabiendo que tú no tardarías en volver.

¿Cariño? ¿Me ha llamado cariño? ¿Cómo se atreve?

—No pasa nada, no me molesta —respondió, y rebuscó entre su repertorio de sonrisas improvisadas la más reconfortante—. Ahora os ayudaré.

—Perdona papá. Ha sido culpa mía, pero es que no podía esperar más.

—Tranquilo hijo, en serio, no pasa nada. Todavía quedan colocar todos los adornos, y las luces, y el espumillón.

—¿Has comprado la estufa? —quiso saber Noelia, que al modo de ver de Jaime, estaba más preocupada por sus padres que por él mismo.

—Sí. Está en el pasillo.

—¿Había mucha gente?

—Al completo, no cabía ni un alfiler más.

—Tienes que comprobar la otra bombona de butano, no sea que esté a punto de acabarse.

—De acuerdo. Luego lo haré. —Jaime escrutó el salón, cayendo de pronto en la cuenta de que no veía a *Iron* por ningún sitio. —Noelia, ¿Dónde está *Iron*?

A Jaime le dio la impresión de que Noelia se había atragantado con una espina de pescado, y de pronto una susurrante voz en su cabeza le advirtió de que algo anómalo había ocurrido.

—Ven conmigo a la cocina —dijo Noelia, y luego añadió dirigiéndose a Javier con una forzada sonrisa—: Cariño, empieza tú a colgar los adornos, nosotros venimos enseguida, los papás tienen que hablar un momento.

—Vale —aceptó Javier, mientras cogía una bola azul brillante y comprobaba la holgura del lazo para colgarlo—, pero no tardéis.

—No, te lo prometo.

Cuando llegaron a la cocina Jaime creyó que encontraría en ella a *Iron*, pero allí tampoco estaba, y de pronto un extraño presentimiento se adueñó de él. *Mi perro, ¿Dónde está mi perro, Noelia?*

Noelia, asomándose a la puerta de la cocina, se aseguró de que Javier no podía alcanzar a escucharlos, inspiró hondo y jugueteó con el paquete de tabaco. Por un momento Jaime pensó que iba a encenderse un cigarro, y en un breve pensamiento evocó la última vez que Noelia probó el tabaco, el mismo día en que descubrió que estaba embarazada de Javier. Jaime ahuyentó ese recuerdo, como si este, o cualquier otro que le recordase su amor por ella, estuviesen envenenados.

—¿Qué pasa con *Iron*, Noelia? Me estás poniendo nervioso.

Noelia, que se había apostado en la ventana y observaba absorta la nieve caer, se giró hacia él, y Jaime, al ver su rostro demudado, pensó que jamás había visto en ella semejante expresión de inquietud. Sin duda, algo malo había pasado respecto a *Iron*, y Jaime se preparó para recibir la noticia.

—*Iron* me ha gruñido —dijo al fin Noelia.

Jaime no pudo evitar sonreír, aun sin ser la burla el motivo. Después, cuando advirtió que Noelia, por su expresión adusta e iracunda, no lo encontraba nada divertido, pensó que esa acusación comprendía más gravedad de la que aparentaba. Sin embargo, Jaime se descubrió a sí mismo en un estado de exultación cuando supo que *Iron* estaba de su lado.

—Bueno, te ha gruñido. Algo le habrás hecho. ¿Le has quitado la comida, el agua?

—No te burles de mí —censuró Noelia, dejando caer los ojos como siempre hacía cuando buscaba la comprensión de Jaime—. Sé que suena estúpido, pero me ha dado miedo. Ha ocurrido cuando estaba subida en la silla tratando de coger el árbol de Navidad, en el armario del pasillo.

Si te hubieras esperado quizá Iron hubiese sido más indulgente contigo.

—Ya. Creo que es comprensible, ¿no te parece? Seguramente el animal te ha visto encaramada a la silla, de pronto se ha encontrado con que habías doblado tu tamaño y se ha sentido amenazado.

Jaime se dio cuenta de que Noelia dudaba, y presintió que necesitaba de sus abrazos, escuchar unas palabras que la tranquilizaran y convencieran de que las cosas realmente habían sucedido así, pero no pensaba otorgarle ese privilegio, no después de lo que le había hecho.

—Sí —convino Noelia—, puede que se haya sentido intimidado, pero... —*¿También hay un 'pero', Noelia?*— pero hoy he notado a *Iron* distinto, no sé si me entiendes, normalmente se pasa casi todo el día durmiendo, pero hoy me ha seguido a todos lados. —Noelia hizo una pausa y tragó con esfuerzo. —Joder, Jaime, tenías que haber visto su expresión cuando me gruñía, era como si no me conociera. Su boca... su boca es enorme y sus dientes, Dios mío, casi me muerdo de miedo.

—Sí, sé cómo es su boca. Por ese mismo motivo lo busqué, para que defendiera la casa. Lo que no sé es por qué te extrañas de que te siga a todos lados. Es un perro, y los perros hacen eso. ¿Dónde está?

¿Dónde está mi perro?

Viendo que no iba a recibir ningún tipo de consolación por parte de Jaime, Noelia señaló con su brazo extendido hacia el otro lado de la casa. Al hacerlo su alianza emitió un débil destello, y Jaime, que no obvió ese detalle, se preguntó si cada vez que se veía con su amante se la quitaría y la guardaría en su bolso. Un calor insoportable ascendió desde su estómago hasta abrasarle la garganta.

—Lo he conseguido encerrar en nuestra habitación. Por un momento creí que al cogerlo del collar me arrancarían la mano. Le he reñido, le he dicho que eso no se hace, no sé si he hecho bien.

Jaime sintió un fuerte impulso de decirle que, a día de hoy, todavía no se había demostrado que los perros entendiesen ni el castellano ni ningún otro idioma, y que no podía tratar a un rottweiler como si de un niño de ocho años se tratase, pero prefirió guardar silencio porque, sinceramente, no tenía ganas de iniciar una discusión y lo único que deseaba, lo único que ahora ocupaba su mente como un solo pensamiento patológico, era saber cómo se encontraba *Iron*.

Se dirigió con paso decidido hacia la habitación de matrimonio, seguido por Noelia. Sin dudar, Jaime abrió la puerta, y de inmediato dejó escapar una sonrisa.

—Míralo tú misma —le dijo a Noelia, con un tono orgulloso en su voz.

Iron estaba tumbado encima de la cama, con su gigantesco cuerpo hecho un ovillo. Al oír abrir la puerta levantó la cabeza levemente y lanzó un lastimero gemido. Noelia echó un vistazo por encima del hombro de Jaime, convencida de que el animal saltaría sobre ella en cuanto la viese. Al hacerlo, apoyó levemente la mano sobre la espalda de Jaime, y este, al sentir su contacto, la

rechazó con un gesto esquivo, mucho más brusco de lo había pretendido.

—¿Te pasa algo? —quiso saber Noelia, extrañada.

¿En serio te planteas esa pregunta, Noelia?

—No, no me pasa nada —respondió Jaime con aspereza—. Observa a *Iron*, qué tranquilo está. Seguramente, como te dije, se asustó al verte encima de la silla. Creo que no tienes que darle importancia, pero si vuelve a ocurrir, procura no reñirle como si fuese un crío. Esta raza es dura, necesita saber cuál es su posición en una familia. ¡*Iron*, vamos! —gritó Jaime dando una palmada.

El perro levantó las orejas y, obedientemente, bajó de la cama de un salto. Noelia, de forma instintiva, retrocedió unos pasos.

—¡A tu cama! —le ordenó Jaime, con decisión.

Iron salió de la habitación con lento caminar, y a cada paso que daba, sus músculos se marcaban a través del pelaje. Cuando pasó por delante de Noelia, que se había apoyado contra la pared para cederle el paso, sus brillantes ojos se clavaron en los de Noelia, y así los mantuvo hasta que se perdió pasillo abajo.

Hasta casi la hora de comer estuvieron los tres, como una auténtica familia, montando el árbol de Navidad, colocando adornos y espumillón en los mismos lugares que todos los años y aplicando espray de nieve sobre las ventanas de toda la casa utilizando las mismas plantillas navideñas de siempre.

Javier lo pasó en grande, pese a que estuvo dándole vueltas toda la mañana al tema de Papa Noel. Su mente, que ya no era tan ingenua, dudaba a cerca de la forma que tenía Papa Noel de acceder a las casas, y pese a que una parte de él quería creerlo, le parecía bastante sospechoso que una chimenea se formase de la nada en el techo por arte de magia. Sin embargo, en sus elucubraciones más íntimas, acabó aceptando que quizá esa parte de la historia había sido altamente exagerada, y que la manera que tenía de entrar en todas las casas era como haría cualquier persona que quisiese entrar si estuviese suspendida en el aire: por la ventana.

Sin embargo, Jaime no lo pasó tan bien. Gracias a Noelia y a que había decidido comenzar la ceremonia sin él, se sintió toda la mañana como un invasor de su propia casa. Sí, se mantuvo activo, aupó a Javier en el árbol para que colocase la gran estrella brillante que él mismo había fabricado en el colegio hacía tres años, se encargó de adornar las partes más altas, donde ni Noelia ni Javier alcanzaban y permaneció risueño durante todo el proceso de montaje, sobre todo con Javier, porque, afianzando sus ideas, no pensaba permitir que Noelia le robase las navidades de su hijo.

En cuanto a Noelia, por otro lado, la sometió a una estrecha vigilancia. Localizó el teléfono móvil en el bolsillo de su bata, a buen recaudo, y estuvo atento a cuántas veces lo utilizaba mientras adornaban la casa. Imaginaba que en unas fechas tan señaladas Noelia sentiría un fuerte impulso por comunicarse con su amante, enviarle por mensaje un ‘te quiero’, un ‘te echo de menos’ o la

foto de su escote, por ejemplo. Sin embargo, no percibió que echara mano de él en toda la mañana, más que para consultar la hora y anunciar que se hacía tarde y que acabaran ellos, que se iba a preparar la comida, un tradicional y repugnante caldo de cocido que siempre cocinaba para el día de antes de Nochebuena y que la mayoría de veces le salía soso.

Ese día lo había dejado en su punto, hasta podría decirse que exquisito, Jaime debía reconocerlo, y observó complaciente cómo Javier se comía incluso los garbanzos, cosa que detestaba, pero que bien valía una videoconsola.

Después de comer, Noelia se tumbó en el sofá (Jaime pensó que ya que no podía estar con su amante, al menos soñaría con él, y descubrió que al pensar en el *otro* le bullía la mente, pero ya no se le retorció el estómago como días atrás) y él, aun sintiéndose agotado, se propuso encerrarse en el despacho para escribir, o al menos intentarlo.

Como Jaime había imaginado, la sobremesa no había sido nada productiva. El sueño le vencía, pero se negaba a dormir, porque últimamente las pesadillas lo asediaban con más frecuencia, y también con más intensidad. Frente al ordenador, con el libro abierto en el procesador de textos y el cursor inmóvil, recordó las pesadillas con más peso que se habían producido desde que Luis y él hicieran la invocación: la habitación provista de una sola ventana y con un desvencijado sofá en el centro, al diablo caminando entre sus lectores petrificados, las cucarachas brotando de la pared como un negro río vivo.

Mientras tamborileaba en el teclado, se preguntó si esas pesadillas no estarían tratando de decirle algo. ¿Sería una forma de comunicarse el diablo con él, aparte de las dos cartas recibidas? Y de pronto se cuestionó: *¿por qué diablos estoy pensando en el diablo?*, y a continuación: *¿en estas fechas puede el diablo ser más peligroso, como las avispas enrabietadas en un día caluroso de verano?*

Si quería adelantar en la novela, más le valía olvidar por un rato al diablo, acabó Jaime dictaminando. Sin embargo, al cambiar su mente de tercio apareció otro tipo de diablo, uno más de carne y hueso, y esta vez sintió cómo el caldo de cocido trepaba ígneo por su esófago al pensar que mañana lo tendría metido en casa, en su propia casa. Otra vez.

Sopesó inventar una excusa, desaparecer ese día de casa con cualquier pretexto, incluso sin explicación alguna, y sin duda lo habría hecho si no fuese por su hijo. Así que, por mucho que se retorcieran sus entrañas, Jaime acabó

aceptando que se hallaba en un laberinto de una sola dirección, y como un pensamiento cruel, le vino a la mente un ratón de laboratorio buscando una salida, ignorando que al final del recorrido le esperaba preparada la serpiente, con su esponjosa boca abierta dispuesta a engullirlo.

Sí, ¿por qué no? Si el señor Pineda fuese un animal, sin duda sería una serpiente, una de las más venenosas y despiadadas de la fauna.

Debía olvidar a su suegro, al menos hasta mañana, y para ello leyó el último párrafo escrito con la esperanza de que la inspiración lo embargara. Como había supuesto, ese método resultó inútil. Jaime recordó que esa tarde debían ir a comprar la cena de Nochebuena. Noelia había tratado de apaciguar los ánimos antes de que él pusiera el grito en el cielo.

—No te preocupes por el dinero —le había dicho esa mañana—. Mi padre me dijo que compráramos nosotros la cena y que luego nos lo daría.

Jaime no tuvo otra opción que callar y asentir, aunque en su interior se retorciere de rencor. Otro tanto más para el señor Pineda. En ese momento, frente al ordenador, hipnotizado por el parpadeante cursor, descubrió cuánto odiaba a su suegro. Cómo detestaba que encontrase solución a todo sacudiendo con aire arrogante su talonario delante de quien fuese. Si hubiese salido premiado el décimo de lotería, pensó aun siendo consciente de la improbabilidad del hecho, ese hombre no volvería a cruzar la puerta de mi casa.

Un sonido rasposo a su espalda lo arrancó de sus pensamientos. Jaime lo identificó de inmediato: era *Iron* rascando la puerta. Esbozó una sonrisa, más siniestra que complaciente. Si alguien en la casa compartía su desdicha, sin duda ese era *Iron*.

Echó la silla giratoria hacia atrás, se acercó a la puerta y la abrió. Por un instante se quedó perplejo. Esperó encontrarse al animal frente a la puerta, lanzándole una mirada implorante para que le dejara entrar al despacho, sin embargo al otro lado de la puerta no había nadie. *Dios de mi vida*. Quería creer que *Iron* poseía un sentido del humor más propio de un ser humano, y que después de llamar a su puerta había huido para esconderse, pero ese pensamiento sabía que era exclusivo de alguien que huele el terror a poca distancia.

Salió del despacho mirando a ambos lados del pasillo, avanzó por este hasta sobrepasar el ángulo recto que formaba antes de llegar a la puerta de entrada y, sintiendo un dedo gélido recorrer su espina dorsal, advirtió a *Iron*

echado en su cama de vivos colores, con su penetrante mirada observando su inesperada presencia.

—¿Pero qué coño? —masculló.

Iron se levantó aparatosamente y caminó hacia Jaime, dubitativo, como si estuviese esperando su aprobación.

—Mi chico —susurró Jaime, acariciándole la cabeza—. ¿Has rascado tú mi puerta?

Iron gimió, como pensando: no sé lo que me estás diciendo, pero ahora no te vas a librar de mí tan fácilmente.

Jaime escuchó desde el otro extremo de la casa a Javier, jugando airadamente a sus cosas, y luego se preguntó, inseguro, hasta qué punto podría haber sufrido una alucinación acústica. Nunca se había dado el caso, que él supiera, pero el agotamiento mental y la tensión de los últimos días podrían desembocar en una sin ser consciente de ello. Contemplando esa posibilidad, regresó a su despacho con *Iron* siguiendo sus pasos.

—Quieres hacerme compañía, ¿verdad? ¿Seguro que no has sido tú quien ha arañado mi puerta?

Jaime siempre había considerado que hablar a los perros era una estupidez digna de una mente demasiado solitaria, pero por Dios, ahora lo entendía, y de qué manera. Era como si el animal comprendiese sus palabras, el significado concreto de cada una de ellas. Mientras dejaba entrar a *Iron* al despacho, pensó si el animal, en el caso de que hubiese sido él quien había arañado la puerta, habría sido capaz de llegar hasta su cama en tan poco tiempo, actuando como un niño travieso de cinco años, y concluyó sus elucubraciones aceptando esa hipótesis, porque sin ella, solo quedaba el diablo, buscándolo, divirtiéndose a su costa, como un gato hace con una mariposa antes de devorarla. Un terror incierto se apoderó de su mente, como una araña envolviéndola con su viscosa telaraña.

—¿Te gusta jugar conmigo, *Iron*? De verás, creo que eres un perro muy sutil para conseguir lo que quieres.

Iron lo ignoró, se sentó frente a la ventana del despacho y así se quedó, inmóvil, durante largo rato. Jaime intuía que observaba los copos de nieve caer, que ahora, sin motivo aparente, le atraían más que cuando los había visto paseando por la calle, ¿pero, y si estaba mirando la ventana del edificio de enfrente? *No, no parece que sea así...*

Transcurrió casi una hora, en la que al fin Jaime consiguió entrar en

materia e *Iron* no se movió de la ventana, igual que si fuera una estatua de cera. Fue el timbre del interfono lo que consiguió que su corazón se sobresaltase. Por un asfixiante segundo, Jaime recordó el día en que entraron a robar, en cómo los ladrones debieron vigilar su vivienda, aquella llamada telefónica que nadie contestó. Le había costado días enterrar la atmósfera opresiva y sombría que su casa profanada tendía sobre él, en la que cualquier sonido lo ponía en estado de alerta. Ahora esa angustiada sensación caía de nuevo sobre él como el negro velo de una viuda.

¿Noelia seguiría durmiendo?

Mientras dudaba si contestar o no, con los dedos paralizados sobre el teclado del ordenador, escuchó la voz de Noelia amortiguada por la puerta:

—¿Quién es? —Luego una pausa, una pausa eterna que disparó los latidos de su corazón. —Sí, sube.

Su corazón se destensó como el motor de un coche que se acabara de quedar sin combustible. Escuchó las pisadas de Noelia avanzando hacia el despacho, resueltas. Luego, sin llamar, la puerta se abrió.

—Es Luis, tu amigo, viene a verte.

¿Luis? Muy oportuno. Quizá no me venga mal un poco de su compañía, y Luis, tú también tienes que ser partícipe de todo esto, tú estuviste en esa casa conmigo.

—Por favor, dile que pase cuando suba.

Jaime oyó la puerta de entrada abrirse y escuchó a Luis charlar con Noelia desde el vestíbulo. Cualquier conversación banal, imaginó. Cuando transcurrieron dos minutos, Jaime midió el tiempo con el reloj de su ordenador, Luis llamó a su puerta. *Iron* se mantenía expectante, impaciente por descubrir quién había llegado a casa. Jaime Minimizó el procesador de textos y le gritó que pasase. Luis, que todavía iba ataviado con un gran chaquetón de franela con motivos escoceses, le dedicó una sonrisa, pero Jaime, que lo conocía como a un hermano, intuyó que esa sonrisa ocultaba algo, algo que no era motivo para sonreír.

—Feliz Navidad, campeón —saludó Luis, cerrando la puerta tras de sí.

—Feliz Navidad, Luis. Ponte cómodo.

Iron se acercó a Luis, lo olfateó y regresó a su posición, sentado frente a la ventana.

—Joder, hace más frío dentro de tu casa que en la calle.

—Lo sé. Es una pesadilla. Aquí en el despacho, con la estufa, entrarás en

calor.

Luis chasqueó los dientes.

—Perdona que interrumpa tu trabajo —se disculpó irónicamente Luis—, pero es que si no me hubiese acercado hasta aquí me daba la impresión de que ya no te vería hasta el año que viene.

Y estaba en lo cierto, pensó Jaime. Luis tenía todo el derecho a quejarse. Desde que recibiera la carta en su buzón había declinado todos los intentos de Luis por quedar con él. Desde la llegada de la carta se había distanciado, posiblemente a propósito, porque el hecho de que Noelia le estuviese siendo infiel era algo que no quería compartir con nadie, ni siquiera con Luis. ¿Que la carta había sido enviada por el mismísimo diablo? Sí, era algo digno de mención, incluso Jaime desvió momentáneamente la mirada hacia el cajón donde la guardaba tentado de mostrársela a Luis, pero el contenido era una vergüenza, una humillación que, por el momento, prefería mantener en secreto.

¿Y qué más da? Cuéntaselo, es tu mejor amigo. No va a reírse, te entenderá, te apoyará y te ayudará a sobrellevarlo. Una infidelidad es lo más normal del mundo.

Claro, es lo más normal del mundo, menos cuando te toca a ti. Sin piedad, acalló la voz en su mente que trataba de convencerlo.

—Lo siento, ya sabes cómo funciona esto. El trabajo me tiene absorbido. Pero en serio, me alegro de que hayas decidido hacerme una visita, tenía ganas de verte.

—Pues a ver si lo demuestras más, mamón —lo reprochó Luis. Luego desvió la mirada hacia el ordenador, que solo mostraba el escritorio—. ¿Dónde está tu libro? ¿Lo has escondido para que no lo vea? Venga, déjame echarle un vistazo, que lea algún párrafo. Igual puedo darte una buena opinión.

—Olvídate —dijo Jaime sonriendo.

—¿No te fías de mí?

—no.

Luis desistió. Después miró a *Iron*, que permanecía impassible frente a la ventana.

—¿Se puede saber qué mira tu perro con tanto empeño?

Una luz brillante iluminó la mente de Jaime. Recordó de pronto la ventana cerrada de la vivienda profanada, y ese insólito hecho era algo que se le había pasado comentarle a Luis, pese a que su mente intentó defenderse creyendo que el mecanismo de la persiana definitivamente se había estropeado,

descolgándose esta por sí sola.

—Echa un vistazo a la ventana de enfrente —lo invitó Jaime, expectante por conocer si la versión de Luis coincidía con la suya.

Luis se apostó detrás de *Iron* y observó la ventana en cuestión. Permaneció unos segundos en silencio, unos segundos que para Jaime fueron interminables.

—Bien. Está bajada. ¿Y qué? Seguramente con el viento de los últimos días ha acabado por romperse del todo. —Luis se giró hacia Jaime y le sonrió con cierta indulgencia. —¿En serio estabas preocupado por eso?

—Joder, ¿tú qué crees?

—¿Desde cuándo está así?

—Desde hace unos días.

—¿Y por qué no me lo habías contado antes?

—Pues no sé, supongo que el miedo que me produjo hizo que lo olvidara. Lo siento, debí contártelo.

Luis acarició la cabeza de *Iron* con evidente languidez. A contraluz, ambos formaban una silueta que a Jaime se le antojó espectral.

—Ya. Olvídate de la ventana, Jaime —le aconsejó Luis. A continuación se sentó en el sillón orejero que Jaime utilizaba para leer—. Oye, en verdad... el verdadero motivo por el que he venido era porque quería hablar contigo.

—¿Hablar? ¿Sobre qué?

Jaime escrutó la expresión de Luis, demasiado sensata para tratarse de él, y advirtió que era la misma que arrastraba cuando entró al despacho.

—Últimamente creo que —Luis, cruzando las piernas con aire nervioso, dudó un segundo—, creo que estoy sufriendo demasiadas pesadillas para mi gusto.

La confesión de Luis sorprendió a Jaime, y por un ridículo instante se compadeció de él, pero luego se vio invadido por una sensación de regocijo. *Bienvenido a mi mundo, Luis. Espero que el terror te devore por las noches.* A continuación se sintió arrepentido por sus pensamientos desleales y macabros, sin embargo era una sensación que parecía flotar en la distancia, como si no le perteneciese. *Dios mío, ¿se puede saber qué me está pasando?*

—¿Qué tipo de pesadillas? —logró preguntar, sintiendo cómo su rostro palidecía.

—Son acojonantes, tío —dijo Luis con tono febril—. Solo veo oscuridad, muerte. Y lo peor de todo no es eso; lo peor es que son de lo más vívidas, como si mi cuerpo y mente hubiesen sido arrastrados hasta el sueño.

Una corriente de aire casi imperceptible, que bien podría provenir del resquicio de la ventana, cruzó como un fantasma el despacho de lado a lado.

De pronto *Iron* rompió su particular hechizo y se levantó, caminó hasta Jaime y se sentó a su lado, fijando su profunda mirada en Luis. Jaime tuvo la impresión de que el animal mostraba un repentino interés por lo que este estaba relatando, y sin darse cuenta, apoyó la mano en la enorme cabeza de *Iron*. El rottweiler, como respuesta, recortó el espacio entre ambos en la medida de lo posible, anhelando la proximidad de su amo.

Como si mi cuerpo y mente hubiesen sido arrastrados hasta el sueño. Sí, me ha gustado esa frase. Muy apropiada, Luis.

—¿Sueñas con el diablo? —preguntó Jaime sin dilaciones, abordando directamente lo que él creía la fuente del mal. ¿Eran imaginaciones suyas o estaba disfrutando con el terror que mostraba Luis? En su casa, en su propia casa.

Iron gruñó inesperadamente, aunque fue un gruñido leve. Sin embargo, sus orejas se alzaron como si acabara de ver una liebre, solo que esta liebre, pensó Jaime, tenía forma de Luis.

Después de una pausa, en la que Luis, con el corazón sobrecogido, no pudo apartar la aterrada mirada de *Iron*, respondió con voz trémula:

—Sí, joder, sueño con el diablo. —Luis se levantó del sillón efusivamente. —Tengo que irme, Jaime. Feliz Navidad.

Tropezando con el brazo del sillón, Luis salió del despacho como un niño escaparía de un cementerio en plena noche.

Feliz Navidad.

Jaime esbozó una fúnebre sonrisa, y al alzar la comisura de sus labios, sintió un pinchazo en la encía, tan agudo, que la sonrisa se desvaneció.

Esa tarde, fría y nublada, Jaime anduvo como un zombi, empujando el carro de la compra, detrás de Noelia por los atestados pasillos del supermercado. La falta de sueño, pensó Jaime que esa sería la causa, le había provocado un leve pero incómodo dolor de cabeza que había nacido desde la nuca y había ido trepando con un sigilo fantasmal hasta coronar su cerebro.

Desde una distancia discreta observó a Noelia que, mezclada con la multitud y con Javier a su lado conduciendo un segundo carro (para las bebidas, que ocupan mucho espacio, decía Noelia) y manifestando un entusiasmo desmesurado, echaba al carro todo lo que la atraía y todo lo que Javier pedía por su boca, luchando con otros clientes por las últimas unidades de algún producto, leyendo frenética y obsesivamente las etiquetas al dorso de los artículos. No cabía duda, se dijo Jaime a sí mismo con cierto hastío, de que Noelia quería ofrecer a sus padres una gran cena difícil de olvidar, una cena que, ciertamente, estaba patrocinada por el señor Pineda.

—Ve al pasillo de las bebidas y coge cuatro o cinco botellas de un buen vino tinto —exclamó Noelia, haciéndose ver entre el gran número de cabezas en su camino.

Jaime, que advirtió su *sugerencia* solo porque de forma casual había hecho un barrido con la mirada en su dirección, alzó el dedo pulgar al mismo tiempo en que el dolor hurgaba en sus sienes.

¿Cuatro o cinco botellas? ¿Acaso piensas emborracharte, o emborrarme a mí? O lo que es peor, ¿emborrachar a tu padre? Si supieras lo que provocó el alcohol la última vez que estuvimos todos juntos me habrías pedido refrescos en su lugar. Bien, tanto mejor así. Las que sobren nos las quedaremos, a no ser que el ilustrísimo señor Pineda las reclame como un ave de rapiña.

—¡Coge también cervezas, y cava, del seco! ¡Te esperamos en *la carne!*

—la escuchó gritar cuando ya se encaminaba hacia el pasillo de bebidas.

Jaime no podía quitarse de la cabeza que apenas quedaban veinticuatro horas para la grandiosa y deprimente cena familiar, y ese era un pensamiento que martilleaba su cabeza, acrecentando el dolor hasta lograr torcer su gesto en una mueca exasperada. Noelia lo había organizado todo, el menú y la disposición de las camas, y no entendía cómo no se le caía la cara de vergüenza al invitar a sus padres a dormir en una casa de tan reducidas dimensiones. Fue un pensamiento efímero, mientras Jaime se permitía un pequeño capricho y se apropiaba de un extraño licor azul sin alcohol expuesto en uno de los estantes centrales, el recordar que de no ser por él, poseedor de una triste vida como escritor mediocre, Noelia podría vivir en una mansión seis veces más grande que su casa, siempre y cuando no se hubiese casado con alguien más acorde a su auténtica posición social, y estaba convencido de que pretendientes no le hubiesen faltado.

La primera opción que Noelia barajó había sido más de su agrado: pretendía que sus padres, haciendo un esfuerzo por ovillarse en la cama, durmiesen en la habitación de Javier, y su hijo en el sofá.

Después de comentarlo esa tarde en el coche casi para sí misma, fue cuando cayó en la cuenta de que Javier no podía dormir en el salón, el lugar donde Papá Noel estaba predestinado a dejar los regalos, así que, llevándose el dedo índice a la boca para que Javier no captase nada de la conversación, todo expresado en un curioso monólogo, decidió que sus padres durmiesen en la habitación de matrimonio (Jaime tuvo un acceso de furia cuando le escuchó decir que el señor Pineda iba a dormir en su cama, aunque supo retenerlo), ella y Javi en la habitación de este último y él se debería contentar con dormir en el sofá.

Relegado al olvido, como un perro callejero. Solo es una noche, una noche y lo perderé de vista.

Cuanto más lo pensaba, más se convencía de la veracidad de aquella nota, de la milenaria y maquiavélica sabiduría del diablo, capaz de estar en un millón de distintos lugares y en ninguno a la vez.

Inmerso en sus pensamientos, Jaime se dio cuenta de que había llegado al pasillo de las bebidas, el más concurrido de todos. Mientras buscaba abstraído un vino tinto lo suficientemente caro para satisfacer el exquisito paladar del señor Pineda divisó al otro extremo del pasillo al matrimonio de ancianos que vivía junto a la casa profanada.

La persiana echada hasta abajo reapareció de pronto en su mente, haciendo latir sus sienas. Digirió el pinchazo de dolor y Jaime se preguntó si el señor Quiroga, el dueño del apartamento de enfrente, no habría vuelto en una visita fugaz para comprobar que todo seguía en orden. Si era así, la explicación de la persiana echada no estaría atada a las especulaciones.

Dudó un instante, el periodo exacto de tiempo en que se preguntó si aquella pareja de ancianos no sería capaz de relacionarlo debido a su reiterada insistencia con el allanamiento de aquella casa en el caso de que todo saliese a la luz. Después de esa recapitación, en la que terminó convenciéndose a sí mismo de que sus problemas eran mucho más graves que figurar como un posible sospechoso a ojos de ese par de ancianos, no vaciló y, dejando despreocupadamente el carro en mitad del pasillo, se dirigió hacia el matrimonio con paso firme.

—Buenas tardes —saludó Jaime, tratando de obviar su dolor de cabeza para armar una auténtica sonrisa—. ¿Se acuerdan de mí?

La anciana, que sostenía una botella de sidra en su mano temblorosa, se giró hacia él y lo miró con atención pero con una expresión gentil en sus ojos. Su marido, apoyado en su bastón, seguía distraído cotejando las botellas expuestas en el estante, sin percatarse de su presencia.

—Sí —espetó al fin la anciana—, claro que lo conozco. Mi memoria es vieja, pero todavía sigue funcionando igual de bien que cuando tenía treinta años. —Cuando escuchó que su mujer estaba hablando con alguien, el anciano se volvió hacia él con expresión hosca, evidenciando que su memoria no era tan sagaz como la de su mujer. —¿Ha encontrado ya un piso de su agrado?

—No —respondió Jaime, sin dejar escapar la sonrisa—, finalmente mi familia y yo decidimos quedarnos en nuestra casa, al menos de momento.

—Ah, es usted —dijo el anciano, dispuesto a arrebatarse de nuevo el don de la palabra a su mujer—, ahora me acuerdo. —El hombre dio un paso hacia Jaime. —¿Sabe? Creo que ha hecho bien, como dice el dicho, más vale malo conocido que bueno por conocer.

—Tiene usted toda la razón. La prudencia es una cualidad que en ocasiones como esta se convierte en una magnífica aliada. —Jaime carraspeó, algo incómodo. —Disculpen si me meto donde no me llaman, pero he visto que la persiana del piso por el que les pregunté está echada hasta abajo. ¿Saben si... el señor Quiroga se llamaba... se ha acercado a la vivienda estos últimos días?

—No, no que nosotros sepamos, ¿verdad? —contestó el anciano mirando a su mujer en busca de una corroboración.

—No, hijo, por allí no ha aparecido en mucho tiempo —ratificó la anciana.

—Ya, entiendo. Era... solo curiosidad.

—¿Pero sabe qué? —dijo la anciana, con tono confidencial—. Hace unos días sí que escuchamos ruidos, como si alguien estuviese dentro del apartamento. A mí me dio un poco de miedo, ¿Te acuerdas de eso? —preguntó a su marido, tirando de su brazo y buscando su apoyo.

—Vamos Isabel, tú también eres muy exagerada. Seguramente —le dijo a Jaime, con una entonación en su voz que delataba la intención de restarle importancia a aquel hecho— serían los vecinos de al lado, o los de arriba. En estos pisos antiguos las paredes hablan solas.

Las paredes hablan solas, repitió Jaime la frase en su mente sintiendo un incipiente vértigo.

—Tú dirás lo que quieras —respondió ofendida la anciana—, pero yo sé lo que escuché, y yo no estoy tan sorda como tú. Si hubiese sido el señor Quiroga habría pasado a saludarnos. —La mujer se humedeció los labios, y Jaime pensó que si hubiese podido descorchar la botella de sidra que portaba en sus manos y echarle un buen trago, lo habría hecho allí mismo. —Yo escuché ruidos en esa casa, a los pocos días de hablar con usted.

Jaime se vio en la obligación de calmar a la anciana, aunque solo fuese porque él había sido el causante de su inquietud, por lo que, pese a que lo veía poco probable, quizá su marido estuviese en lo cierto, y esa era la teoría que debía apoyar.

—No debe usted preocuparse, su marido tiene razón. Yo mismo escucho ruidos en mi casa y no sé realmente de dónde provienen. Las casas viejas provocan un extraño efecto entre las paredes, como si el sonido se propagase por ellas como la luz por un cable eléctrico. Como le digo, no creo que deba darle la mayor importancia.

—¿Lo ves, Isabel? Hasta este señor te lo está diciendo. Haces de un grano una montaña.

Jaime, siendo dueño de la información que necesitaba, consultó la hora en su reloj de pulsera.

—Si no les importa —quiso despedirse Jaime—, voy a continuar con la compra antes de que se haga más tarde. Me alegro de haber hablado con

ustedes, ah, y que pasen unas buenas fiestas.

Jaime dejó al matrimonio de ancianos discutiendo entre ellos, pensando que jamás se pondrían de acuerdo y sintiendo la soga del tiempo oprimir su cuello.

El día de Nochebuena había llegado. Jaime fue despertado rebotando en el colchón, un movimiento rítmico, exasperante. Cuando logró abrir los ojos vio a Javier saltando sobre sus pies, embargado por un estado de euforia desmedido.

—¡Es Nochebuena! ¡Por fin es Nochebuena!

—Javi, ¿no tienes otra forma de despertarnos, por Dios? —oyó que decía Noelia con voz adormecida desde el otro lado de la cama. Luego, la importancia del día pareció revelarse ante ella, porque de pronto saltó de la cama como si las sábanas estuviesen en llamas e instó a Javier a que se lavase los dientes.

Jaime, tumbado boca arriba, resopló. Recordó vagamente un sueño, uno en el que intervenía el señor Pineda, pero por fortuna los detalles se perdían por los recovecos de su mente. La habitación estaba helada, y sonrió maliciosamente cuando pensó en que, al menos, sus suegros iban a sentir en sus propios huesos las penurias a las que estaban obligados a padecer su familia y él.

Durante la mañana Noelia se empeñó en asear toda la casa, de una manera extremadamente obsesiva, se dijo para sí mismo Jaime, que observó cómo Noelia deambulaba de un lado de la casa a otro provista de la escoba en unas ocasiones, del trapo del polvo y un espray de limpieza en otras.

Jaime sintió el impulso de participar en las labores de limpieza, pero participar en algo cuyo objetivo era satisfacer al señor Pineda le enfurecía, y sin saber por qué (claro que lo sabía: necesitaba que Noelia se diera cuenta de su apatía, de que había descubierto su infidelidad y la guardaba en su interior como un oscuro secreto, a la espera de su confesión como un monstruo agazapado en las sombras), lo único que deseaba era provocar a Noelia, que se encolerizara con su actitud displicente. Prefirió aislarse en su despacho y

avanzar un poco en el libro, y así se lo hizo saber a Noelia, que sorprendentemente, le había animado a ello, aduciendo que no lo necesitaba para nada, que se bastaba ella sola para poner un poco de orden en la casa y que aprovechara la mañana para cumplir con su trabajo.

En cuanto a *Iron*, ese inicio de día Jaime lo sintió nervioso, yendo de un extremo de la casa al otro, sin rumbo fijo y desorientado, como si el animal hubiese sido contagiado por el estado de excitación de Noelia.

Jaime estuvo escribiendo hasta la una del mediodía, y al contrario de lo que pensaba en un principio, la mañana había sido bastante productiva. No había lugar a la duda de que los últimos acontecimientos le estaban allanando el camino, como si de una autobiografía se tratara, y por supuesto, también había cabida para *Iron*.

Ese día de Nochebuena Jaime preparó la comida, no porque se sintiese obligado, sino porque realmente le apetecía desconectar de la trama del libro. En vista de la pesada cena que se preveía para esa noche, a juzgar por la inmensa compra que había realizado Noelia, se declinó por cocinar algo ligero, una ensalada campera y unos filetes de ternera.

Ya en la mesa, Jaime tuvo que considerar la ausencia de tensión, pero debía admitir que el verdadero responsable de que reinase una buena armonía entre la familia había sido Javier, que se había pasado toda la comida especulando sobre la videoconsola, sobre si también Papá Noel le dejaría juegos y sobre las terribles ganas que tenía de ver a los abuelos.

—Gracias, Jaime —le había dicho Noelia mientras recogían los platos.

—¿Por qué?

—Por prestarte a cenar esta noche con mis padres —había contestado Noelia, y Jaime logró distinguir ese brillo especial en su mirada, ese resplandor que siempre amanecía en sus ojos cuando sus labios pronunciaban un sincero ‘te quiero’.

En cuanto las palabras de Noelia se asentaron en su mente, Jaime había sentido cómo sus defensas se debilitaban, se reblandecían como el pan mojado en agua y, perdiendo por completo el dominio de sus sentimientos, sus ojos se habían humedecido. ¿Por qué le había hecho eso? ¿*Por qué?* Había sentido la necesidad imperiosa de arrinconarla contra las cuerdas, sacar todos los trapos sucios conversando de una manera civilizada, en definitiva, dejar de comportarse como un niño rencoroso al que le han llamado feo. Por un instante, en el que Noelia lo había observado atentamente esperando una

respuesta (y Jaime estaba convencido de que no había pasado por alto el brillo acuoso en sus ojos), pensó que todavía podría existir una solución, una manera de arreglar el corazón roto de Noelia, pero luego, como si la parte de su mente más vengativa hubiese tomado el control de sus pensamientos, se había preguntado: *¿Realmente quieres que todo esto se solucione? Una vez el mal está hecho, ya no hay forma de repararlo. ¿Perdonarte, Noelia? Mi mente, con la debida dosis de tiempo, podría ser capaz, pero, ¿y mi corazón?*

Simplemente había contestado:

—No tienes por qué dárme las, tú habrías hecho lo mismo por mí.

Banal, superficial, la típica frase que respondería el héroe de turno en una película de bajo presupuesto. Noelia, ante esa respuesta, solo pudo esbozar una agría sonrisa y ponerse a fregar los platos mientras Jaime terminaba de recoger la mesa.

La hora prevista de llegada de los padres de Noelia era a las siete de la tarde. Jaime se tumbó en la cama con la intención de descansar, porque sabía que dormir le iba a resultar imposible. Su estómago practicaba *rafting* por un inclinado y oscuro río caudaloso. Las preguntas que se repetían en su mente una y otra vez eran: ¿Qué cara iba a mostrar esa noche el señor Pineda? ¿Iba a exudar arrogancia por todos sus poros, o por el contrario se iba a comportar de una manera conciliadora, por el bien de todos?

Mientras Jaime debatía en su mente la resolución de esa noche, sin darse cuenta se sumergió en el sueño.

—Jaime, despierta, son ya las seis.

Jaime abrió un ojo, con gran esfuerzo. La noche entraba por el ventanal. La luz del pasillo penetraba tímidamente por la puerta, como en una historia de terror para niños debidamente ilustrada. Por un placentero segundo Jaime creyó que todo había pasado y que el nuevo día le abría los brazos. Luego, su mente se detuvo en un dato importante que había mencionado Noelia. *Las seis, son las seis de la tarde.*

—Joder... —balbució.

—Venga, levanta, mis padres no tardarán en llegar, hay que preparar esta habitación.

Noelia desapareció por la puerta y Jaime se sentó en la cama, echándose hacia atrás el cabello con las manos. Había soñado con el señor Pineda, ahora lo había recordado vagamente. El muy bastardo estaba desnudo, con la boca abierta de forma imposible y exhibiendo unos dientes largos y afilados como tornillos herrumbrosos al otro lado de una ventana, intentando entrar, convenciéndolo de que nada malo iba a ocurrir pero sin pronunciar palabra, escenificando lo que realmente era su suegro, un vampiro de sentimientos.

—Dios de mi vida...

—¡Si te quieres duchar hazlo tú primero! —exclamó Noelia desde el otro lado de la casa.

Claro, así os dejo el cuarto de baño calentito, ¿verdad, Noelia, cariño mío? Ya se me congelarán las pelotas a mí.

Jaime no supo por qué había pensado eso, demasiado mezquino para tratarse de él, pero sabía de antemano que no era cierto. Seguramente Noelia estaría preparando los últimos detalles del evento, o peleándose con Javier que, emocionado por la gran noche, lo escuchaba reír y gritar desde el salón.

—¡Voy! —respondió.

Jaime encendió el pequeño calefactor del cuarto de baño y buscó un atavío acorde con la ocasión. Optó por unos vaqueros y por la misma chaqueta que llevó a la firma de libros, más que nada porque era la única decente de las pocas que disponía en su armario.

Se afeitó y, una vez dentro de la ducha, permitió que el agua caliente se llevase con ella la desazón que lo embargaba.

¿Quién es, Noelia? ¿Con quién me estás engañando?

Cuando acabó, Javier estaba esperando su turno, con la ropa plegada en su brazo, con una sonrisa tan amplia que apenas le cabía en el rostro.

—Tu turno, campeón. Frótate bien detrás de las orejas.

—¿Otra vez te vas a poner la misma chaqueta? —le dijo Noelia, con un tono que a Jaime no le hizo la menor gracia.

—No tengo otra. ¿Qué quieres que me ponga?

—Da igual, así vas muy guapo.

El tono cortés que ahora empleó Noelia y su falsa sonrisa no fueron suficientes para que Jaime cesase de nadar entre el lodo de sus desdichas. Dejó a Noelia y a Javier en el baño y se fue a su despacho a fumarse un cigarro.

Iron, que parecía inquieto, Jaime se figuró que el animal detectaba demasiado movimiento para ser un día normal, lo acompañó, lo olfateó y se sentó a su lado.

—Tú me entiendes, ¿verdad, amigo?

El perro descolgó la lengua y jadeó, su forma salvaje de responder a Jaime que sí, que lo entendía, pero que no iba a ganar nada compadeciéndose de sí mismo.

Javier salió de la ducha en el mismo momento en que Jaime apagaba el cigarro y se encendía otro.

—¡Ya estoy papá! ¿Cuánto falta para que lleguen los abuelos?

El estómago de Jaime sintió un vuelco vertiginoso.

—¡Una media hora!

Jaime escuchó cómo Javier encendía la televisión desde el salón y sintonizaba un canal de dibujos animados, y se preguntó cuándo fue la última vez que vio a Javi hipnotizado frente a la televisión viendo dibujos.

¿Qué más daban los dibujos animados ahora? Como un pensamiento desesperado, se le ocurrió que ahora que era el turno de la ducha de Noelia, quizá podría intentar husmear su teléfono móvil. Sin duda era una buena

oportunidad, sin embargo, si alguna vez se decidía a hacerlo, creyó que ahora no era el momento. Además, no estaba preparado, no se sentía preparado para enfrentarse a lo que pudiera encontrar entre sus mensajes.

El deseo de saber era mucho más fuerte, Jaime lo descubrió cuando se vio en el salón buscando el móvil de Noelia, en la mesa central, ya acondicionada para la cena, en la mesita centro, en el mueble de la televisión.

—¿Qué buscas papá?

—Nada, Javier, mi teléfono —mintió, sin prestarle mucha atención.

—Yo no lo he visto.

Claro que no lo has visto, hijo, lo llevo en el bolsillo.

Dejó a Javier viendo un capítulo navideño de los *Looney Tunes* y se encaminó al dormitorio. Desesperado, comprobó que allí tampoco estaba. Lo intentó en la cocina, mientras *Iron* seguía sus pasos, contoneando sus musculosos cuartos traseros. Resultado de la búsqueda: Negativo.

¿Noelia habría sido capaz de llevárselo con ella a la ducha? ¿Dónde si no iba a estar? *Una excusa —pensó—, entro al baño y lo compruebo. Tan sencillo como eso. Si está allí, es la prueba irrefutable de que algo esconde, de que no quiere dejar su teléfono a la vista, por si recibe una llamada inesperada, ¿no es así, Noelia?*

Jaime entró al baño. Una nube de vaho le azotó el rostro. El sonido reconfortante de la ducha provenía del fondo, donde, tenuemente, se vislumbraba la silueta de Noelia detrás de la mampara, enjabonándose con extrema delicadeza el abdomen.

—¿Eres tú, Jaime?

—Sí, soy yo —dijo con la voz entrecortada, después de localizar el teléfono móvil de Noelia encima del mueble—, solo he entrado a echarme un poco de colonia.

—No dejes la puerta abierta, que se me va el calor.

—Tranquila, he cerrado.

Observar cómo todas las piezas encajaban como si hubiesen sido debidamente engrasadas le provocó una especie de ira y de terror al mismo tiempo. Jaime, al tiempo que abría el armario de detrás del espejo y buscaba su colonia favorita, decidió ponerla a prueba, a ver qué excusa pretextaba.

—Noelia, tienes aquí el móvil, se te va a estropear con el vaho.

—Ya, pero es por si llaman mis padres.

Entiendo, cariño. ¿Tenías la excusa preparada por si te sorprendía? ¿Es

eso?

—Vale, vale. Te dejo.

Pese a que la explicación de Noelia era elemental, Jaime no la contempló como tal. Su mente, enmarañada por una rabia febril, se había limitado a urdir la historia que obsesivamente la estaba trastornando. Jaime se dirigió a la cocina, se abrió una lata de cerveza y se encendió un cigarro más con mano trémula, sin preocuparse de dejar el olor a tabaco que tanto detestaba Noelia.

Se acercó a la ventana y observó la nieve caer en el sombrío patio de luces, que ahora mostraba la mayor parte de las ventanas pertenecientes a las cocinas de los vecinos iluminadas. La nicotina de la primera calada apaciguó su mente. *¿Qué te esperabas? ¿Qué dejara el teléfono en cualquier parte de la casa, a tu vista? No has descubierto nada que no supieras ya, así que relájate y pasa esta noche lo mejor que puedas. Hazlo por Javier, solo por él.*

Echó un vistazo al reloj de la cocina. Faltaban veinte minutos para las siete. Tratando de aplicar un poco de humor a sí mismo con el fin de que la situación le fuese más llevadera, Jaime se dijo que si estuviera relatando en su novela esta hora que transcurría desde que despertó de la siesta, el lector pensaría que era un tramo fugaz e irrelevante, carente de la más mínima importancia, aunque para él, en la vida real, se estuviese convirtiendo en un tormento insoportable. Claro, como un reo esperando en el corredor de la muerte. Hora de la ejecución: las siete de la tarde.

Escuchó a Noelia salir del cuarto de baño.

—¡Podías haber preparado tú la cama!

Por supuesto, Noelia, y luego le doy un besito a tu padre de buenas noches.

—¡Ahora te ayudo!

Jaime, guardando silencio y sintiéndose estudiado por la mirada implacable de Noelia, colaboró acondicionando el dormitorio, y en el momento en que apagaba la luz con las labores ya finalizadas, el interfono sonó. Un timbre estridente, insistente e interminable, como solo alguien que desea toda la atención sobre sí mismo podría pulsarlo.

Noelia se dispuso a abrir la puerta con cierto fervor. Javier, a su lado, vivía la experiencia familiar y navideña con vehemencia, dando pequeños saltitos y agitando los brazos. *Iron*, expectante, esperaba detrás de ellos, sin saber muy bien qué estaba ocurriendo.

—¡Los abuelos, los abuelos!

—Sí, cariño, sí. Déjame que abra.

Jaime, desde el final del pasillo, junto al calor de la estufa nueva y con la lata de cerveza todavía en la mano, tuvo un último pensamiento dedicado al señor Pineda: *señor diablo, le presento a uno de sus mayores secuaces: el señor Pineda, Carlos Pineda. Para lo que usted guste*. Para Jaime, observar a su hijo colmado de alegría, le hizo pensar en lo paradójico de la situación: lo que para Javier estaba siendo el comienzo de unas extraordinarias navidades, para él se había convertido en una eterna pesadilla de la que era imposible escapar. Repentinamente, su mente inició un viaje hacia el vacío.

No había tiempo para pensar en nada más.

Noelia abrió la puerta y el señor Pineda, eclipsando a Sofía, apareció al otro lado. El costoso abrigo que portaba estaba cubierto de nieve. Antes de entrar Javier se echó a sus brazos.

—¡Abuelo! ¡Qué ganas tenía de que llegaras!

—Javier, ¿cómo está mi nieto preferido? ¿Me has echado de menos?

Claro que es tu nieto preferido —pensó Jaime incómodo—, *es el único que tienes, y no has sido capaz de mantenerlo*.

—Oye, pequeñajo —dijo Sofía desde detrás del señor Pineda—, ¿y a mí no tenías ganas de verme o qué?

—¡Abuela! —exclamó Javier, se zafó de los brazos del señor Pineda y la abrazó.

—Javier —le recriminó Noelia, aunque sonriendo—, no seas maleducado

y deja al menos que entren los abuelos en casa. Deben de estar congelados, mira toda la nieve que tienen encima.

Javier, como venía siendo habitual en estas fechas, obedeció. El señor Pineda entró primero y abrazó a su hija, un abrazo que para alguien que no lo conociera denotaría arrepentimiento, una manera efusiva de comenzar de nuevo, pero no para Jaime, que no estaba dispuesto a dejarse engañar, ni hablar. Las palabras que en su día le dedicó exclusivamente y que no había podido olvidar se repitieron en su mente, una por una, en el mismo orden: *‘deja a mi hija, invéntate lo que quieras, que has conocido a otra mujer, que eres maricón, lo que te dé la gana, pero no quiero verte más por aquí, ¿te ha quedado claro?’*

—Hola cariño —le susurró al oído, aunque Jaime, aun en la distancia, lo escuchó perfectamente—, tenía muchas ganas de que llegara hoy. Estás guapísima, espléndida.

—Hola papá, yo también tenía muchas ganas de verte... de veros a los dos. —Noelia se soltó de los brazos del señor Pineda y abrazó a su madre. Jaime advirtió que su suegra, enfundada en un flamante abrigo de piel que seguramente costaría lo mismo que su coche, aferraba una gran bolsa en su diestra con lo que supuso serían más regalos para Javier.

—Toma, cariño —susurró Sofía en su oído—, esconde esto.

Jaime observó cómo las lágrimas se amontonaban en los ojos de Noelia. Cogió la bolsa de su madre y se la llevó a la cocina. Afortunadamente, Javier no se dio cuenta de nada, ya que estaba más preocupado de enseñarle a su abuelo al nuevo miembro de la familia.

—Mira, abuelo, mira qué perro ha traído papá. Se llama *Iron*, es muy bueno, no le tengas miedo.

—Válgame Dios, Javier —exclamó el señor Pineda con los ojos muy abiertos, y Jaime sintió cómo sus miradas se cruzaban por un segundo—. Este animal es inmenso. ¿Puedo acariciarlo?

Iron, que había detectado cómo el punto de atención se centraba en él, comenzó a menear la cola efusivamente, jadeando como si el estado de excitación de Javier se le hubiese transmitido por el aire.

—Claro, abuelo, no te va a morder.

El señor Pineda, dando un paso firme hacia *Iron*, alargó su mano enguantada y acarició su cabeza.

—Ten cuidado, Carlos —murmuró Sofía desde atrás, y ese fue un

comentario que no sentó nada bien a Jaime que, como si hubiese sido picado por una araña venenosa, permanecía paralizado junto a la estufa.

—No pasa nada, abuela, es muy bueno.

—¿Estás seguro, Javi? A mí me dan miedo los perros tan grandes. Cuando era pequeña mis padres tenían un pastor alemán y un día que estaba comiendo...

—Eres una cobarde, Sofia —espetó el señor Pineda interrumpiéndola, con una sonrisa cadavérica esculpida en su boca que a Jaime le recordó la de un duende malvado—. A estos perros tan territoriales y dominantes hay que tratarlos con autoridad, con seguridad, como yo hago. Mira cómo se deja acariciar. Porque no he titubeado, porque me he mostrado seguro de mí mismo.

Oyendo hablar al señor Pineda sobre la raza rottweiler, Jaime pensó que probablemente se creería muy ducho en la materia, como si toda su vida hubiese convivido con ellos. El señor Pineda acababa de llegar y ya había conseguido que a Jaime le subiese un sabor amargo por el esófago, y no era precisamente la cerveza que se estaba bebiendo.

Por fin se decidió a acercarse a sus suegros y saludarlos como era debido. Si esa noche tenía que acabar mal, se dijo, que al menos no fuera por él, además, como anfitrión debía mostrar un mínimo de cortesía. Apuró la lata de cerveza, la dejó sobre la estufa y cruzó el pasillo en dirección a ellos.

—Buenas noches, ¿cómo están ustedes?

Jaime tuvo que aguantar una súbita carcajada. Por un segundo, su estúpido saludo le había recordado con el que todas las tardes saludaban *Los payasos de la tele*.

El señor Pineda comenzó a quitarse los guantes mientras lo observaba con una mirada que Jaime no supo discernir demasiado bien. Una de dos, o se había percatado del desafortunado saludo, o se estaba diciendo a sí mismo que ya iba siendo hora de que se dignase a saludarlos en vez de estar al fondo del pasillo plantado como un pasmarote.

—Buenas tardes, Jaime. Me alegro de volver a verte, te lo digo en serio. ¿Que estabas, empinando el codo ya sin mí?

Jaime le estrechó la mano y luego dio dos besos de bienvenida a Sofia. Al menos, pensó sintiendo un nudo en la garganta, el señor Pineda había desplegado las cartas de su mejor buen humor.

—Sí, sentía la boca seca —se excusó sonriendo, y su sonrisa fue legítima—. Pasen, no se queden en la puerta de entrada, por favor. —Jaime

correspondió las buenas intenciones de su suegro con una calurosa acogida.

—¡Mira, abuelo, mira qué árbol hemos montado!

—Vamos a verlo, Javi, enseñámelo.

Noelia, que había escondido la bolsa en la galería, regresó de la cocina. Jaime observó la amplia sonrisa que enmarcaba su rostro, y por un instante le pareció que la convertía en la mujer más hermosa del mundo, pero luego ese pensamiento se desvaneció en cuanto su mente se encargó de recordarle lo que había hecho, en qué humillante situación lo dejaba a él.

—Papá, mamá, dadme los abrigos que los guarde en la habitación de matrimonio. —Noelia los recogió y los dejó descansar sobre su brazo. El suelo se llenó de nieve, que comenzaba ya a derretirse. —Vosotros dormiréis ahí.

—Hija —replicó Sofia—, no hace falta que nosotros durmamos en la habitación de matrimonio, no queremos molestar. Podemos dormir en cualquier sitio.

Noelia, con sonrisa persuasiva, miró a su madre, y por un segundo a Jaime le recordó la misma expresión que utilizaba el señor Pineda cuando amasaba un ataque verbal.

—Vosotros dormiréis allí y punto, no hay nada que discutir.

—De acuerdo —aprobó Sofia, extendiendo las manos a modo de aceptación—, lo que vosotros digáis.

—¡Mira el árbol, abuelo! —gritó Javier al pasar por delante de la puerta del salón.

—A ver ese árbol, hijo.

¿Era una impresión suya o el señor Pineda se estaba comportando con excelente diplomacia?, se preguntó Jaime, y a continuación creyó que la noche, después de todo, no iba a ser tan terrorífica como había temido.

—¿Te gusta cómo ha quedado? ¿Y has visto los muñecos de nieve en los cristales? Casi todos los he hecho yo, con un espray de nieve, mira... —Javier cogió el bote de espray, que Jaime no supo por qué estaba todavía sobre el mueble de la televisión, y se lo enseñó al señor Pineda.

—Eres un pequeño artista, no cabe duda. —El señor Pineda miró en derredor, asintiendo con la cabeza, a modo de aprobación. —La verdad es que habéis dejado la casa muy acogedora. Creo que Papá Noel se sentirá muy orgulloso cuando se pase por aquí esta noche.

Jaime observó cómo los ojos de Javier se abrían, brillantes, ilusionados.

De pronto, viendo a aquel hombre junto a Javier interpretando el papel de abuelo ideal de forma magistral, mucho más envejecido desde que lo viera por última vez, se dio cuenta de cómo el egoísmo y la arrogancia le habían privado del amor de su nieto, y aunque esa noche lo habría considerado improbable, sintió lástima por el señor Pineda. Sin duda, ese aparente cambio había llegado en el peor momento, cuando su matrimonio se tambaleaba como un cuervo herido de muerte.

¿Acaso no recuerdas el bofetón que le dio a Sofía? ¿Con cuántos accesos de furia habría reaccionado de la misma forma durante los largos años de su matrimonio? Ese hombre que tienes delante de ti, tan amable y aparentemente afectuoso, es una bestia, una bestia corroída por el poder y el sentimiento de superioridad, no lo olvides.

—Jaime, ¿me escuchas?

Jaime ahogó la voz más censurable de su mente.

—Perdone, ¿qué me decía?

—Te decía que habéis hecho un trabajo exquisito. El árbol es, sinceramente, impresionante.

—Gracias, gracias, pero los culpables son Javi y Noelia. Ellos son los que se han encargado de la mayoría de detalles decorativos.

—Ya. La verdad, es elogiable tu modestia.

Jaime escuchó la voz de Noelia y de su madre hablar desde la habitación. A continuación, cómo se aproximaban. Gracias a Dios, porque lo cierto es que esa noche quería cruzar las menos palabras posibles con el señor Pineda. Su primera baza era preparar la cena, la segunda, Javier. Las dos mujeres accedieron al salón.

—Bueno —dijo Noelia mirando a Jaime—, tendremos que empezar a hacer la cena, ¿no te parece?

Perfecto, pensó. Aunque tampoco le apetecía estar con Noelia, ahora era preferible antes que quedarse a solas con su suegro.

—Hija —intervino el señor Pineda, y Jaime se temió lo peor—, ¿por qué no vais empezando tu madre y tú? ¿Es que no vas a dejarme hablar un rato con Jaime? Déjanos ponernos al día y enseguida os echamos una mano, te lo prometo.

Noelia lanzó una mirada comprensiva a Jaime, como que había hecho todo lo que estaba en su mano, pero que ahora su padre lo quería para él. Jaime vio cómo su primera baza era arrollada y triturada por la infantería del señor

Pineda. Al menos Javier se quedaría con ellos, se dijo contrariado, y si no, haría lo posible para que fuera así.

—Claro, papá —aceptó Noelia—, pero no penséis que vamos a preparar nosotras solas toda la cena.

—Te lo prometo —repitió el señor Pineda.

—Venga, Jaime, sácale algo de beber a mi padre. ¿Tú quieres algo, cariño? —preguntó Noelia desviando la mirada hacia Javier.

—No mamá, gracias.

—Por favor —dijo Sofía con una expresión dulzona—, qué educado está. Se ha hecho muy mayor.

—¿Una cerveza? —le preguntó Jaime al señor Pineda, y este asintió.

Jaime se dirigió a la cocina y por el pasillo se encontró con *Iron*. ¡Claro, cómo no! *Iron* sería su tercera baza, con él cerca se sentiría más seguro. *Recuerda, juegas en casa*. Cogió dos cervezas de la nevera y regresó al salón, llamando a *Iron* para que lo siguiese. El perro, obediente y como si intuyese que su dueño necesitaba de su ayuda, fue tras él.

Cuando se quedaron a solas en el salón, un incómodo silencio se adueñó de la situación. Incluso Javier, que hablaba por los codos, estaba ensimismado mirando por la ventana la nieve caer. El señor Pineda se sentó en el sofá, dio un largo trago a la cerveza y se dispuso a tomar la palabra al tiempo que Jaime se sentaba frente a él. *Iron* se tumbó a sus pies, acomodó la cabeza entre sus patas y fijó sus ojos en el señor Pineda.

—¿Cómo te está tratando la vida, Jaime? —El señor Pineda dio un sorbo a la cerveza y clavó su mirada en Jaime, escrutadora.

¿En serio quería saber cómo le estaba tratando la vida?, pensó Jaime arrellanándose en el sofá. ¿Acaso no era evidente que no mostraba demasiada cortesía con él? A su modo de ver, aquella frase poseía una connotación mucho más mordaz de lo que aparentaba. En cierto modo, intuía una acusación encubierta en el tono de su voz, porque si la vida le estaba pateando el culo, eso significaba para el señor Pineda que a su hija también. Jaime se sintió incómodo al darse cuenta de que después de tantos años, gracias al señor Pineda y a su comportamiento deleznable causante del distanciamiento, carecía de la confianza necesaria para expresarse como a él le hubiese gustado, decirle a la cara, sin temor, que la vida era una mala puta y que lo había elegido como objeto de entretenimiento, igual que un niño podría elegir una mosca para despojarla de sus alas.

—Bueno, últimamente las cosas podrían haber ido mejor, pero lo importante es seguir adelante. —Jaime bebió. Demasiado cortés, demasiado remilgado, se dijo. Una forma ideal de allanarle el terreno.

—Entiendo —convino el señor Pineda—. Noelia me contó por teléfono lo del robo. Ha sido una desgracia, cuando le toca a uno, le toca, no se puede hacer nada al respecto. Eso sí, hay que estar prevenido para estas situaciones y proteger a tu familia. Yo, por ejemplo, tengo instalado un sistema de alarma impenetrable. Si alguien quisiera entrar a robar a mi casa, deberá sudar sangre.

Claro, y usted y yo tenemos el mismo nivel adquisitivo. Yo estoy en disposición de instalar una alarma de trescientos euros al mes, ¿no?, cuando no puedo ni costearme una de treinta. ¿Va a empezar a restregarme por la cara todo lo que usted puede hacer y yo no?

—Si le soy sincero, jamás pensé que nadie quisiera entrar en nuestra casa a robar —dijo Jaime en actitud defensiva, inclinándose y palmeando la cabeza de *Iron*—, pero como ve ya he tomado las medidas necesarias para que no se vuelva a repetir. Además, he reforzado la puerta de entrada con cerraduras especiales. Como me dijo el cerrajero, no es algo infalible, pero al menos sirve para disuadir a los ladrones y que lo intenten en otras casas más asequibles.

Jaime observó al señor Pineda y le pareció que este estaba amasando las palabras con los oídos.

—Escucha, Jaime. Estoy decidido a hablarte con total sinceridad, y sé que por vuestra situación económica no podríais permitiros instalar una buena alarma. Quería ofrecerme a costearos una...

—Ni hablar... no, por favor —lo interrumpió Jaime, extendiendo la palma de su mano.

—Déjame acabar. Quería ofrecerme a costearos una buena alarma, quiero que sepas que para mí sería una forma de hacer las paces conmigo mismo, pero después de ver cuál ha sido tu opción —continuó desviando la mirada hacia *Iron*—, he de admitir que ha sido de lo más acertada.

Jaime no daba crédito a las alabanzas que escuchaba de boca de su suegro. Guardaba un as en la manga, estaba convencido.

—Sí —dijo sonriendo—, lo cierto es que el perro es bastante intimidatorio.

—Sí, lo es. Pero también debes tener cuidado. Si os siguen los días

previos al allanamiento como imagino que ha sucedido en esta ocasión y descubren que tenéis un rottweiler, este tipo de gente sabe cómo deshacerse de ellos, eso tenlo por seguro. —El señor Pineda hizo una pausa para echar un trago a la cerveza, durante la cual Jaime sabía que no tenía que interrumpirlo, y continuó. —Pero, como te he dicho, no me cabe la menor duda de que tener en casa un perro de esas dimensiones intimida mucho más que una alarma.

—Se lo agradezco, solo quiero lo mejor para nosotros.

Estuvieron charlando cerca de veinte minutos, y durante ese tiempo Jaime se sorprendió de lo receptivo que se mostraba el señor Pineda. Se interesó por *Iron*, cómo lo había encontrado, cómo se había llevado a cabo todo el proceso, y Jaime, sin omitir detalle alguno, se descubrió efectuando un auténtico monólogo, satisfecho por el interés que manifestaba el señor Pineda durante su narración. Luego, indagó en su trabajo, en cómo iban las ventas de sus libros, en qué nuevo proyecto estaba metido, si la editorial cumplía con los plazos de pago y un sinfín más de cuestiones, aunque a Jaime, sinceramente, le pareció la típica letanía de preguntas que alguien le plantea a un escritor por simple cortesía, sin sentir mucho interés por las respuestas.

Javier se limitó a mirar los dibujos animados, haciendo lo que nunca solía hacer: callar cuando los mayores hablaban de sus cosas.

Antes de escuchar el grito de Noelia reclamándolo en la cocina, Jaime ya había servido la segunda cerveza al señor Pineda, y como un temor oculto a punto de reptar hacia la luz, se dio cuenta de que las palabras de su suegro comenzaban a arrastrar un deje empalagoso, al tiempo que su actitud sufría una transformación, mucho más atrevida, en ocasiones, rozando lo grotesco. Pensó que debía tener cuidado, ya que la noche no había hecho más que empezar, además él mismo, que llevaba una cerveza más, sentía cómo sus palabras se amontonaban en su lengua y luego se deslizaban con un siseo preocupante.

Cuando llegaron a la cocina ya había llegado a la conclusión de que, sea como fuere, debía administrar el alcohol a ese hombre, y de algún modo que aún desconocía (si quería sobrevivir a esa noche), a él mismo.

—¿Quiere sacar al perro a la calle? —dijo de pronto, una ocurrencia nacida de la parte más perversa de su mente—, es su hora, además, es una experiencia que creo...

Por su expresión desconcertada, Jaime creyó que esa era la primera vez que veía al señor Pineda embargado por la duda.

—¡Sí, abuelo! ¡Yo iré contigo!

—Está bien, si no queda más remedio...

Así se le despejará un poco la mente, borrachín —pensó Jaime, que sentía una estúpida sonrisa esbozada en sus labios.

Noelia, que estaba a los mandos del fogón, se giró como si de pronto hubiese recibido una bofetada.

—Jaime, ve tú con ellos, *Iron* tiene mucha fuerza y podría tirar a mi padre si pega un tirón.

¿Qué crees, Noelia, que no lo he imaginado?

—Hija, no me tomes por un viejo inválido —protestó el señor Pineda—, he lidiado con cosas peores en toda mi vida.

—Ya lo sé, papá, pero puede tirarte al suelo y hacerte daño.

—Sabes que detesto que me subestimes. Vamos, Javi, ponle tú la correa y vamos a dar una vuelta, a ver de qué tamaño son las mierdas que es capaz de cagar este perro.

La puerta de casa se cerró a los pocos minutos, y Noelia fulminó con la mirada a Jaime, que comía tranquilamente una porción de queso.

—Hija —salió Sofía en defensa de su esposo—, tu padre está mayor, pero sigue teniendo la fuerza de un toro. No tienes nada que temer, créeme. He visto cosas peores a lo largo de todos estos años de matrimonio.

—Sí mamá, conozco bien a mi padre, pero es que me da miedo.

Jaime sentía la mente achispada por la cerveza, y aquella situación le pareció muy graciosa. Sacó los patés de la nevera y se dispuso a organizarlos en una bandeja. Durante todo el proceso, no perdió de vista a Noelia. ¿Dónde había dejado el móvil? Fue fácil localizarlo. Allí estaba, a buen recaudo, en el bolsillo trasero de sus vaqueros. No pudo evitar pensar en el otro tipo, cómo estaría ardiendo en deseos por recibir cualquier mensaje de Noelia, y por qué no, en cuánto desearía pasar esa noche junto a ella, a solas. Sintió cómo su cara se desencajaba y se encendía, aferrando con fuerza el cuchillo que estaba utilizando para sacar los patés de sus envases.

Pasaron quince minutos, en los que Jaime se abrió otra cerveza dispuesto a dejarse llevar por el alcohol. Ofreció una a Noelia y a Sofía, y ambas declinaron la invitación por estar demasiado atareadas con la cena. El señor Pineda y Javier llegaron a casa, con el rostro enrojecido por el frío, y pese a que no formaba parte de la naturaleza de Jaime desear el mal a nadie, un sentimiento de decepción se apoderó de él cuando comprobó que el paseo había transcurrido sin ningún altercado.

A las diez de la noche todos se encontraban sentados a la mesa. La temperatura era la ideal y las brillantes luces del árbol de Navidad provocaron en Jaime una monótona luminiscencia que se aferró a sus ojos como una garrapata a la piel. Javier demostró un hambre voraz, y también una emoción que a esas horas de la noche ya no podía contener. Elucubró sobre la forma de proceder de Papá Noel con la esperanza de que alguna de sus dudas se disipara, pero de los presentes la única respuesta que pudo hallar fue que la causante de toda su rapidez en la ejecución en tantos lugares a la vez era la magia, la auténtica magia. Las botellas de vino, de buen vino, como quería Noelia, fueron cayendo a buen ritmo, y ni Jaime ni los padres de Noelia dieron la menor importancia a la constante negativa de Noelia a beber, ni siquiera una copa.

Cuando llegó la hora de sacar los turrones, Jaime sentía cómo la cabeza le daba vueltas, una sensación que le pareció de lo más desagradable, por lo que decidió que si no quería que sus suegros y su hijo le vieran arrastrándose a cuatro patas por toda la casa, había llegado el oportuno momento de dejar de beber por esa noche.

Cuando fue a fumarse un merecido cigarro a la cocina, Noelia, que llevaba una pila de platos entre las manos, se encargó de recordárselo, y Jaime sintió cómo la ira, una vez más, amenazaba con cobrar protagonismo.

—No bebas más, por favor. Creo que ya es suficiente —le dijo mientras depositaba los platos en el fregadero.

El consejo, o la orden, bailó un Rock and Roll en la mente embriagada de Jaime, pataleando el dolor causado por la infidelidad, acrecentándolo hasta rayar lo insostenible, y por un momento a punto estuvo de cerrar la puerta y decirle a Noelia que lo sabía todo, que dejara de fingir y que comenzara a confesar todo lo que pasaba por su mente y por su corazón. Sin embargo, la sobriedad que subsistía en su mente se lo impidió.

—Ya lo sé Noelia, no quiero beber más. No hace falta que me lo digas tú.

Noelia lo miró con cierto temor.

—Mi madre me ha dado antes el dinero de la cena.

—Me parece perfecto.

—¿Te pasa algo? —quiso saber Noelia frunciendo el ceño.

—No, no me pasa nada, absolutamente nada.

¿Por qué no te callas, Noelia? Vas a lograr que me entren ganas de vomitar toda la cena.

El viento que se había levantado esa noche gimió e hizo estrellarse los copos de nieve contra la ventana.

—Está bien, si tú lo dices. Espero que esta noche te encuentres en condiciones de dejar los regalos debajo del árbol. Ah, y que no se te olvide coger también la bolsa que han traído mis padres, la tienes en la galería.

—No estoy borracho, Noelia. Creo que seré capaz de hacerlo.

—No estás borracho de momento...

—¡Te he dicho que no voy a beber más!

—A mí no me grites —replicó Noelia amenazándolo con su dedo índice—
¿Se puede saber qué te pasa?

Los dos zanjaron la conversación y fingieron una sonrisa cuando Sofia entró con las manos llenas de copas. En ese instante, Jaime creyó que la cabeza iría a explotarle de un momento a otro, y la culpable de todo su dolor era Noelia, solo Noelia.

Jaime tuvo que programar el despertador del teléfono móvil para las tres de la madrugada. Cuando sonó, palpó desconcertado sobre la mesa centro hasta encontrar el teléfono y apagó la alarma. El silencio en la casa era absoluto. Adormecido aún, sintió las rudas manos del sofá clavadas sobre su espalda y un latido demencial en su cabeza. El helor que se había solidificado en el salón le había dejado el rostro pétreo, con la nariz insensible.

Cuando abrió los ojos descubrió las luces del árbol destellar a intermitencias, siguiendo la programación y alternando los colores. Primero fue el azul. Luego, apagándose gradualmente, dio paso al amarillo. Cuando llegó el turno del rojo el salón adquirió un tono infernal, repleto de sombras de color carmesí y gris, y así le pareció que se mantenía por minutos interminables. La cruda realidad, que no era otra que la presumible presencia del diablo en su casa, se abrió paso en su mente, y entonces cayó en la cuenta de que antes de tumbarse en el sofá había apagado las luces del árbol de Navidad. ¿Qué hacían encendidas ahora? ¿O estaba tan borracho que creyó hacerlo, pero no lo hizo?

El viento silbó afuera, una especie de lamento agónico. Apartó las mantas y, tratando de mantener el equilibrio, fue al armario del pasillo a por los regalos. Al abrir la puerta del salón pensó que *Iron* saldría a su encuentro, pero no ocurrió así. Las puertas de las habitaciones estaban cerradas a propósito, para que los ruidos que pudiera provocar no despertaran a nadie. Mejor, porque en su estado no sabía de lo que era capaz. Con extremo cuidado abrió las puertas del armario, extrajo las bolsas y las llevó al salón. A continuación, se dirigió a la galería anexa a la cocina. En el pasillo, junto a la puerta de entrada, vislumbró entre las sombras a *Iron* que, hecho un ovillo, lo observaba con suma atención. Jaime se dio cuenta de que esa era la primera vez que el brillo en sus ojos, como si un ente luminoso habitase tras sus

córneas, había logrado estremecerle la piel.

Abrió la puerta de la cocina, luego la de la galería, donde el frío parecía avivar los gemidos del viento, y se apoderó de la bolsa que habían traído sus suegros.

Ya en el salón, escondió entre las ramas del árbol los regalos más pequeños, y en la base repartió los más abultados, con toda la gracia con la que fue capaz de manejarse. Pensó en dejar algún rastro de nieve, como si fuera la prueba irrefutable de la existencia de Papá Noel, pero no sabía por qué intuyó que sería inútil para Javier, ya que daba la sensación de que algo había dejado de encajar en su mente. Así pues, aceptando que ese sería el último año en el que su hijo creería en su existencia, optó por dejarlo así, sin estúpidas pruebas a la vista.

Apagó la luz del árbol (esta vez se aseguró de haberlo hecho) y volvió a tumbarse en el sofá. Pese a los giros estrambóticos que experimentaba su mente, Jaime se quedó dormido sin darse cuenta.

—*Hijo, ven con nosotros, te estamos esperando. Aquí el dolor es eterno, pero de alguna forma te hace sentir vivo de nuevo. Ven, Jaime, ven... ven...*

—¡Papá, papá, los regalos!

Jaime despertó aterrorizado cuando su padre comenzaba a despellejarse como la cáscara cocida de un huevo. El chasquido de sus huesos al romperse todavía crepitaba en sus oídos cuando escuchó a Javier alejarse del salón, gritando que los regalos ya estaban debajo del árbol.

Entonces sus ojos se abrieron al límite. Si no se daba prisa, pensó, sus suegros lo encontrarían tumbado en el sofá como un vagabundo en los bancos de una estación de tren. Se levantó rápidamente y un dolor agudo se clavó en su cabeza, acrecentándose con cada latido de su corazón. Se echó las manos a las sienes y las frotó con delicadeza. La resaca que se avecinaba tenía el aspecto de ser intensa, muy intensa, y se dijo que si no se tomaba pronto un café y un ibuprofeno, su cabeza se desprendería tan fácilmente de su cuello como lo haría la última bola de helado de un cucurucho de tres pisos.

Se enfundó la bata y dedicó una mirada fugaz al árbol de Navidad. Aliviado, comprobó que las luces estaban apagadas. Arregló el sofá como pudo y se dirigió a la cocina para dar la sensación de que hacía tiempo que se había levantado, aunque sospechaba que por el aspecto de su rostro nadie lo creería. No obstante, lo primordial era preparar una deliciosa cafetera que mitigara la sensación de caos en su cabeza.

—¿Qué ha traído Papá Noel, hijo? Vamos a ver —escuchó decir a Noelia desde el otro lado del pasillo.

—¡Abuelos! ¡Los regalos!

Jaime apretó la cafetera y la puso al fuego. Luego, sintiendo al fin un poco de emoción, se dirigió al salón decidido a no perderse la reacción de júbilo de Javier. *Iron* jadeaba por toda la casa, participando de algo que no entendía.

Frente a la puerta del salón se cruzó con sus suegros, y por un momento a punto estuvo de estallar en una carcajada. El señor Pineda, con cierta ilusión en sus ojos vidriosos, exhibía su cabello cano alborotado, como si acabase de recibir un tratamiento de shock.

—Buenos días Jaime.

—Buenos días. ¿Han dormido bien?

—Muy bien, dispuestos a presenciar el momento culminante. Hace un poco de frío aquí, ¿no te parece?

No es que hiciese frío, pensó Jaime, es que la casa estaba congelada.

—Sí, la casa es muy fría, pero no se preocupe, enseguida enciendo las estufas.

—¡Mirad cuántas cosas! —gritó Javier, que ya se encontraba de rodillas frente al árbol.

Todos ocuparon una posición relativamente distanciada, excepto Jaime, que luchaba contra la estufa para que la llama se encendiera.

—Venga, cariño —dijo Noelia, poseedora de una amplia sonrisa—, no te quedes parado, abre los regalos.

Jaime echó un fugaz vistazo, con el dedo presionando el botón de encendido de la estufa. Era evidente que Javier estaba buscando por el tamaño de los regalos cuál era el que podía encajar con la videoconsola.

—¡Este es para Ana!

—Ah, qué bien. Pues apártalo y luego se lo daremos —indicó Noelia, pasando el brazo por la cintura de su madre.

—Has debido portarte muy bien —comentó Sofía—. Te ha traído muchos regalos.

En esos momentos Javier demostró poseer un olfato impecable. Cogió un regalo envuelto en papel brillante y, sin miramientos, lo rasgó con sus pequeñas manos. La videoconsola apareció ante él, imponente. Sus ojos se abrieron dibujando una expresión de fascinación absoluta y Jaime, después de contemplarla con auténtica satisfacción, supo que el esfuerzo había valido la pena, pero no fue el único pensamiento que se cruzó por su mente. Observó al señor Pineda cómo se deleitaba en silencio por la felicidad de su nieto, y una vez más admitió que si no hubiese sido por ese hombre, ahora mismo su hijo estaría inmerso en la decepción.

—¡La ha traído! ¡La ha traído!

—Vaya —dijo el señor Pineda—, definitivamente has debido portarte muy

bien este año. No creas que todos los niños gozan de la misma suerte que tú.

—Lo sé, abuelo. Claro que me he portado bien.

Pero Javier no prestaba atención a las palabras de su abuelo. Ahora estaba más interesado en saber cómo se sacaba la videoconsola de la caja, volteándola sin cesar entre sus manos.

—Javi, luego la conectaremos, pero abre primero todos los regalos. Hay muchos más —dijo Noelia.

El pequeño, entusiasmado, no dijo nada e hizo caso a su madre. Dejó a un lado la videoconsola y fue abriendo todos los regalos esparcidos en la base del árbol: un puzle de mil piezas, el juego de mesa scrabble, idea de Jaime para que Javi cultivara el lenguaje, un todoterreno teledirigido, unos walkie-talkies, un par de libros de Gerónimo Stilton, el preferido de Javier pero que en esta ocasión no les hizo demasiado caso, un estuche para el colegio.

—¡Mira! —exclamó Noelia, cuando Javier hubo desenvuelto todos los regalos al pie del árbol—. ¡Hay más entre las ramas!

—¡Es verdad!

Javier se puso en pie y con cuidado rebuscó entre las decoradas ramas. El primero que halló fue uno de los juegos de la videoconsola por el que suspiraba. Rodeó el árbol en busca de más tesoros y cerca del tronco encontró una cajita pequeña decorada con un elegante lazo rojo.

—¡Mamá, aquí hay una etiqueta con tu nombre! ¡Es para ti!

—¿Para mí? —susurró Noelia, con expresión de sorpresa.

—Vaya, parece que Papá Noel ha venido bien cargado este año —apuntó el señor Pineda, con su característica sonrisa de cuervo.

—Toma mamá, ábrelo.

—Dios mío, ¿qué puede ser?

Jaime advirtió en el semblante de su mujer la emoción que podría demostrar una niña pequeña, pero la idea de dejar un regalo para ella en el árbol no había sido suya, así que valoró el gran detalle por parte del señor Pineda y de Sofia. Noelia se deshizo del lazo y desenvolvió la cajita. En su interior escondía unos pendientes ornamentados con dos discretas piedras que Jaime no supo discernir si serían auténticos diamantes, y se dio cuenta de que Noelia a punto estuvo de echarse en brazos de sus padres para agradecerles el regalo, sin embargo, después de apreciar cómo la observaba Javier, con esa expresión indiferente que siempre adoptaba cuando algo no le gustaba, logró contenerse.

—Vaya, son realmente... preciosos. Gracias Papá Noel.

Javier se volvió hacia el árbol y se sumergió entre sus ramas. Sacó el segundo juego de la videoconsola que faltaba, exclamando un grito de júbilo, y a continuación, de entre las ramas más gruesas cercanas a la base del árbol, rescató un regalo que por su forma rectangular era bastante fácil de adivinar de qué se trataba. Javier leyó la etiqueta y se lo ofreció a su padre.

—¡Este es para ti, papá!

Jaime se quedó por un instante sorprendido, sin saber qué decir.

—¿Para mí?

—Sí papá, para ti. Toma.

Javier se lo entregó y Jaime lo sostuvo entre sus manos. Lanzó una rápida mirada hacia el señor Pineda, y su sonrisa ya no era la de un cuervo, sino la de una hiena, o al menos esa fue la impresión de Jaime.

—Ábrelo —lo instó el señor Pineda—. Parece que este año Papá Noel se ha acordado de todos.

Jaime dudó, y de pronto, al escuchar las palabras de su suegro, se sintió mal por no haber pensado en comprar algo para ellos, aunque hubiese sido un regalo sin importancia. Ahora ya no había solución, y esperó que pudieran entender la situación económica por la que atravesaban, aunque sinceramente, en el caso de que se lo hubiesen podido permitir, tampoco los hubiese comprado.

Sopesó el regalo entre sus manos. Sin duda, era un libro, y pesaba lo suyo. Se libró del envoltorio sintiendo las miradas posadas sobre él y descubrió que, efectivamente, era un libro de tapa dura. Cuando lo volteó para leer el título sintió en su mente un chasquido parecido a la rotura de un hueso. La ira, que tanto había luchado por retenerla todos estos días, parecía emerger de su estómago sin encontrar dificultades en su camino, dispuesta a aposentarse en su mente y estallar en una gran bola de fuego. Leyó de nuevo el título, por si sus ojos le habían hecho un extraño: ‘El hombre del apartamento azul, por Carlos Pineda’.

—¿Qué... qué significa esto?

Por la expresión de Noelia, Jaime creyó que no debía saber qué tenía entre sus manos.

—¿Qué te parece, Jaime? —dijo el señor Pineda, al parecer satisfecho por la expresión pálida de Jaime—. Se trata de una gran editorial que acepta y publica manuscritos previo pago de una buena suma de dinero y, que sea dicho

de paso, su editor es un buen amigo mío. Y fíjate, ahora mi novela nominada a los premios que ella misma organiza. Por supuesto, alentada por la persona que represento en la sociedad como empresario de éxito y, cómo no, por mi billetera. —El señor Pineda hizo una pausa, aclarándose su boca pastosa. — Como te dije, cualquiera puede escribir un libro.

—Papá... —dijo Noelia con tono recriminatorio, y se aproximó a Jaime para confirmar con sus propios ojos que lo que decía su padre era verdad.

Algo se había roto en su mente, Jaime lo sentía bailar como un brazo quebrado por el codo. Por un segundo pensó en el diablo, riéndose de él a su espalda, con un graznido gutural más propio de un ciervo agonizando ante la mirada salvaje del cazador. Ya no importaban las buenas maneras, ni que Javier descubriese que quien realmente había dejado allí ese regalo había sido su abuelo. Ya no importaba Noelia, ni lo que pensaría después de él. El grito brotó de su garganta de forma salvaje, incontenible:

—¡Fuera de mi casa! ¡Fuera de mi casa los dos!

—Vamos, Jaime —trató de replicar el señor Pineda, sin borrar su sonrisa—, no te lo tomes así. Lo único que pretendo...

—¡He dicho fuera!

Y Jaime lanzó el libro al suelo, ante la mirada desconcertada y asustada de Javier.

—Jaime, no te pongas así —dijo Noelia con la intención de calmarlo—. Esto hay que hablarlo...

—No hay nada que hablar. He dicho fuera de mi casa... y es fuera. ¡Ya! Javier, de pronto, se echó a llorar.

Cerca de las doce del mediodía, ese día de Navidad, los padres de Noelia habían abandonado la casa, dejando como único recuerdo el aroma del costoso perfume de Sofía. Jaime, desde el despacho, escuchó a Noelia llorar en el dormitorio, pero eso ya no importaba. Seguramente, en esos lamentables momentos de desconcierto y frustración, estaría recibiendo un consuelo adecuado por parte de su amante. Quién sabe, pensó, puede que a ojos de Noelia fuese él quien se había portado como un ser ruin y execrable, capaz de echar a sus padres de casa por una minucia sin importancia. *¿Una minucia sin importancia, cabrón? Ese hombre ha conocido durante todo este tiempo a un gran editor, y en ningún momento se ha dignado a ofrecerme su ayuda, aunque finalmente no hubiese llegado a nada. Jamás me ha aceptado, y solo merece la muerte, la muerte, la muerte...*

Jaime se encendió un cigarro. Javier jugaba en el salón con la nueva videoconsola, que a pesar de la insistencia de Jaime en que sus suegros se llevaran con ellos todos los regalos, estos se habían negado rotundamente. La consecuencia era que Javier se había enterado de la forma más desagradable posible de quién era realmente Papá Noel, y desde que sus abuelos hubieran partido, no le había dirigido la palabra a Jaime.

Se acercaba el final, el final de todo, y puede que la súbita sucesión de desdichas fuese obra del diablo. Jaime ahogó una carcajada incoherente cuando escuchó a Noelia caminar por el pasillo y decirle algo a Javier. Con los ojos muy abiertos, aguantó la respiración y aguzó el oído. «Voy a despejarme la mente, cariño. No tardo mucho». ¡Sí! Había dicho eso.

Jaime, en ese momento, se vio con el convencimiento de apostar su mano derecha si Noelia no se dirigía a un encuentro con su amante, posiblemente para contarle lo que había sucedido ese día de Navidad. Jaime se palpó el bolsillo. Allí estaban las llaves del coche, así que pensó con rapidez y dedujo

que si no se las pedía, fuera donde fuese, podría desplazarse andando. Andando.

¿Quién es, Noelia? ¿Quién es?

¿Y si solo pretende dar un paseo, como dice, para serenarse?

¡No!

Jaime, a la expectativa, escuchó aproximarse por el pasillo los pasos de Noelia. Se apoyó en la ventana, adoptando una posición de indiferencia, y esperó.

—Voy a salir un rato. Necesito que me dé el aire.

Jaime esperó que Noelia le pidiese las llaves, pero no lo hizo.

—Me parece muy bien —respondió después de una breve pausa, exhalando una bocanada de humo por la ventana. No se dignó a mirarla, ni a consolarla. Escuchó cómo Noelia deshacía el camino de ida y salía por la puerta de casa.

La decisión se forjó en sus pensamientos tan rápido como se acrecentaban sus deseos de saber. Apagó el cigarro y corrió hacia el salón. Javi, acomodado en el sofá, jugaba a la videoconsola con aire abstraído.

—Javi, cariño, salgo un momento. Enseguida vuelvo.

Alguna vez Javier se había atrevido a quedarse solo en casa, siempre de día, y Jaime esperó que esta vez no pusiera impedimento alguno. Javier apartó un segundo la vista de la televisión y simplemente dijo:

—Vale papá, pero no tardes.

Jaime salió tan rápido de casa, ante la desconcertada mirada de *Iron*, que olvidó coger el abrigo. Llamó al ascensor y este, en la planta baja donde seguramente lo acabaría de dejar Noelia, tardó lo que para Jaime se le antojó una eternidad. Bajó los seis pisos envuelto por el chirriante sonido de los cables del ascensor, ajeno al frío que imperaba en todo el edificio. Sabía que una vez saliese a la calle tendría que correr, buscar en todas direcciones con la esperanza de encontrar a Noelia.

El ascensor llegó a la planta baja con una alarmante sacudida. Cruzó el patio corriendo y salió a la gélida calle. La nieve se alzaba cuatro o cinco centímetros por encima de las aceras, pero el asfalto se mantenía limpio en la medida de lo posible. Jaime de pronto se vio asaltado por la duda. ¿Hacia dónde iba, a izquierda o derecha? Puede que fuese una voz desconocida en su interior, o un pensamiento que hervía a fuego lento en su mente desde que Noelia decidió irse de casa andando, pero de pronto supo qué dirección

seguir.

Arrancó y corrió hacia el bar *Las cuatro esquinas*, sintiendo cómo el aire frío entraba dolorosamente por su garganta hasta hinchar sus pulmones. ¿Cuánto tiempo le sacaba Noelia? ¿Dos minutos a lo sumo? Una distancia fácil de recortar, pensó mientras dejaba que un coche cubierto de nieve pasase antes de cruzar la calle.

Avanzó al trote. Las piernas, debido a su baja forma, comenzaban a temblarle, a arder como si su sangre estuviese en llamas. Se cruzó con miradas furtivas, que lo observaban incrédulas por su imprudente falta de abrigo, como si de pronto hubiese perdido la cabeza, y Jaime creyó que quizá esa gente no estuviese tan desencaminada. Al final de la calle vio el rótulo saliente del bar y a pocos metros, caminando cabizbaja y con las manos sumergidas en los bolsillos, a Noelia. Jaime se vio embargado por un torrente de alivio. *Te pillé, cariño*. Aminoró la marcha hasta equiparar la de Noelia, mantuvo una prudente distancia de seguridad y siguió sus pasos. Con el lento caminar, fue cuando sintió el intenso frío escurrirse por debajo de sus ropas, y entonces lamentó no haber cogido la chaqueta. Pero daba igual, se dijo, daba igual mientras pudiese solventar las dudas que poco a poco iban menguando su razón.

Noelia dejó atrás el bar y cruzó la calle cuando el semáforo le dio paso. Jaime había comenzado a tiritar, así que trenzó sus brazos mientras caminaba. Después de cinco minutos de persecución, Jaime comenzaba a pensar que quizá lo único que había pretendido Noelia era despejar su mente, como bien había dicho, pero cuando llegó a la intersección con la calle del Mar se detuvo frente a la cafetería *Los duendes del árbol* y allí se quedó de pie, esperando, porque estaba esperando a alguien, Jaime lo intuía, y una sucia sensación le oprimió el estómago. Guardando la calma en la medida de lo posible, se ocultó tras un árbol desnudo y cubierto de nieve y aguardó. Observó el comportamiento de Noelia, parecía nerviosa. Consultó el teléfono móvil, lo metió en el bolsillo de su abrigo y se abrazó a sí misma, mirando en todas direcciones. *Esperando a alguien. ¿A quién esperas con tanta impaciencia, mi amor?*

El convencimiento de que faltaba poco para descubrir la verdad se tornó palpable, y Jaime deseó entonces desvanecerse allí mismo, fundirse con la nieve que se amontonaba en las aceras, no saber, construir un muro defensivo en su mente, porque si lo veía, si contemplaba cómo aquel hombre abrazaba a

su mujer, no sabría de lo que sería capaz de hacer.

La espera se demoró tres minutos, y en ese tiempo Jaime se había quedado helado. Un tipo se acercaba por el otro extremo de la calle, y por la reacción de Noelia supo que era él. ¡Él! Sus elucubraciones eran ciertas. Noelia había ido a encontrarse con su amante y vivía cerca de casa, quizá... quizá lo conociese de vista. Pero eso era lo de menos, logró pensar mientras su corazón latía descontroladamente. La cólera agarrotó sus músculos y despertó su lado más irracional, aquel en el que la muerte era la opción más viable, no la suya, sino la de ese hombre con la cabeza cubierta con un gorro de lana negro.

Clavó su mirada en la figura que se refugiaba en su abrigo, una mirada encendida, acuosa. Sin embargo, algo sucedió cuando aquel tipo fue recortando la distancia. Lo observó con detenimiento, sintiendo cómo su mente luchaba contra la evidencia. Aquella forma de andar con los hombros excesivamente caídos, aquel porte. Jaime negó con la cabeza, sofocando el llanto.

Cuando el hombre se encontró con Noelia ya no cabía ninguna duda. La verdad se abrió ante él, lacerante y cruel, envuelta por las sombras del odio. Aquel hombre que abrazaba a Noelia era Luis.

Había comenzado a nevar, no con mucha intensidad, pero Jaime tuvo la sensación de que la temperatura había bajado algún grado. Su cuerpo tiritaba y sus manos eran dos bloques de hielo, pero su sangre ardía, lo que le hacía permanecer indiferente al frío.

Usó el tronco del árbol como escudo para observar cómo se sentaban en la mesa cercana a la cristalera de la cafetería, uno frente al otro. Luchó contra la ira para que no se apoderara de él, porque quería ver, quería saber, sin embargo, cuanto más alimentaba su conocimiento, más sentía perder el control de sí mismo. Podía haber sido cualquiera, habría sido más soportable, pero no Luis. Allí, en la lejanía, tratando de consolar a su mujer, era una visión que le hacía crepitar los mecanismos de su mente, una perspectiva que su naturaleza no podía concebir.

Aproximó el rostro contra el árbol y, adoptando una expresión adusta, observó cómo después de hacer su pedido a la camarera Luis cogía con delicadeza las manos de Noelia sobre la mesa.

—Tranquilízate, por favor. ¿Qué ha pasado, Noelia?

Luis alargó sus brazos y estrechó las manos de Noelia. Las sintió frías, ásperas. Luego, Noelia rompió en llanto.

—Jaime... el estúpido de mi padre...

La camarera se acercó a la mesa con dos tazas de café e hizo caso omiso de los llantos de Noelia, como una buena profesional que sabe que no debe inmiscuirse en los problemas de los clientes.

—Vamos, bebe un poco de café y cálmate —dijo Luis cuando la camarera se hubo marchado—. Te sentará bien con este frío.

Jaime se vio embargado por una falsa esperanza y una intensa satisfacción

al ver llorar a Noelia. Dos sensaciones muy distintas que lucharon cuerpo a cuerpo en su mente, y que acabó finalmente venciendo el placer de ver sufrir a Noelia. Porque no lloraba por querer romper la relación con Luis, no, Jaime lo sabía. Lloraba por el terrible espectáculo que había ofrecido en casa a causa del desgraciado de su suegro. Esbozó una sonrisa macabra. Sí, pensó sintiendo el frío tronco sobre su mejilla, no estaba tan mal verla sufrir.

—Mi padre se ha comportado como un ser abominable —explicó Noelia abrazando la taza de café—. Pobre Jaime, mi pobre Jaime.

—Joder, ¿pero qué ha pasado?

Noelia, armándose de paciencia, relató cómo su padre había ocultado todos estos años el excelente contacto que poseía con un gran editor y cómo, en un acto ruin y miserable, había tenido el valor de regalarle a Jaime ante toda su familia un libro escrito por él mismo, alardeando de que el dinero lo era todo en este mundo editorial y dando a entender que Jaime nunca llegaría a nada por él mismo, jamás. Luis la escuchó prestando la máxima atención, sin interrumpirla.

—Madre mía, me has dejado de piedra. Tu padre no se anda con chiquitas, ¿eh?

—Mi padre... mi padre es así, insoportable y posesivo, pero al fin y al cabo es mi padre, ¿entiendes? —Noelia dio un sorbo al café, y Luis se dio cuenta de que le temblaba la mano. —Lo que más me afecta es que nunca hubiese aceptado a Jaime, aunque por otro lado no es algo de extrañar. Para él, nadie habría sido lo bastante bueno para su hija. Lo que realmente me duele, se me clava aquí en el corazón como una espina envenenada, es que le hemos abierto nuestra casa, le hemos brindado una segunda oportunidad y así nos lo ha pagado.

—Uf, no sé qué decir —dijo Luis echándose el pelo hacia atrás—. Creo que tu padre y Jaime son incompatibles y que por el bien de todos deberías mantenerlos apartados. No quiero decir que Javier y tú no podáis verlo, pero creo que cuando lo hagas deberías dejar a Jaime al margen.

—Exactamente. Así es como lo hecho hasta ahora. Pero pensé... pensé que quizá mi padre había cambiado, que podría dar su brazo a torcer.

—Noelia, las personas a cierta edad ya no cambian, nunca.

—Lo sé, lo sé. Lo acabo de descubrir de la manera más horrible posible.

—Noelia desvió la mirada hacia la cristalera, una mirada que denotaba

cansancio. —Mira, ha comenzado a nevar.

Jaime se ocultó el rostro tras el árbol cuando vio que Noelia se giraba hacia su posición. Los viandantes que pasaban por su lado le lanzaban miradas extrañadas. ¿Lo habría visto?, se preguntó alarmado. Esperó unos segundos, y al ver que no existía reacción alguna en ella, dedujo que había logrado esconderse a tiempo. Asomó un ojo tímidamente. Los dos continuaban hablando. Si los veía besarse estallarían de dolor, pero algo en su interior le impedía apartar la mirada. Una mirada ya desprovista de sensaciones.

Luis apuró la taza de café y pidió otro para cada uno, aunque Noelia se negó. La camarera, atenta y servicial, lo dejó sobre la mesa. Cuando se hubo marchado hacia la barra, Noelia se preparó para decir algo, y por el nerviosismo que tensaba su bello rostro, parecía importante.

—No quiero seguir con esto, Luis. Ya... —su voz se quebró—, ya no puedo más.

Luis parpadeó varias veces y se inclinó sobre la taza de café.

—Noelia —dijo con voz queda—, yo no te obligo a nada. Fuiste tú quien empezó, todo fue idea tuya. Si no quieres seguir adelante solo está en tu mano.

Noelia apartó la mirada al sentir que las lágrimas asomaban en sus ojos.

—Pídeme otro café, por favor, descafeinado.

Luis levantó el brazo mirando a la camarera, señaló su café y le gritó descafeinado.

»Es más de lo que puedo soportar —continuó Noelia—, creo que Jaime está comenzando a comportarse de un modo extraño y me da miedo, me da miedo que pierda la cabeza.

—Hace tiempo que no hablo con él —convino Luis—, me esquivo, creo que está demasiado centrado en la novela, deseoso de acabar cuanto antes. Lo que ya no estoy tan seguro es si todo esto le ha servido para algo, pero si crees que es momento de parar, que así sea, yo no voy a decirte lo contrario. —La camarera trajo el café y lo depositó sobre la mesa. Cuando se fue Luis continuó, hablando entre susurros. —¿Sigues guardando las cartas en el cajón?

—Sí, tiene la que sustituí en blanco y la última que le dejé en el buzón al fondo del cajón, creyendo que no sé nada. —Noelia dio un sorbo al café y se quemó los labios, retorciendo el gesto.

—¿Qué le dijiste en la última? No llegaste a contármelo.

—Le incitaba a que escribiese sobre el diablo, pero una trama más elaborada, más compleja, haciendo recalcar su carácter manipulador y su maldad. Le puse también que el bienestar conmigo dependía de su ingenio, por eso quería mostrarme distante con él.

—Vaya, Noelia. Jaime puede escribir como los ángeles, pero tú tampoco te quedas corta a la hora de urdir planes macabros.

—La culpa es vuestra —le recriminó, pero esta vez su tono de voz había cambiado, mucho más suavizado, como si se hubiese quitado un gran peso de encima—. Estáis locos, locos como una cabra. A quién se le ocurre allanar el piso de enfrente para convocar al diablo. Con esas cosas no se juega, nunca se sabe qué puede pasar. Y mira que se lo advertí.

—Lo siento, pero ahí tiene toda la culpa tu marido —se defendió Luis—. Fue él quien me convenció, y ya sabes que no puedo decirle que no.

Noelia lo atravesó con la mirada, dejando claro que lo que iba a decir lo decía en serio, muy en serio.

—Escucha, no quiero que vuelvas a tocar esa persiana. Jamás. Se acabó.

Luis aireó con las manos en actitud de acatar la orden.

—De puta madre, porque no quiero volver a pisar esa casa, me pone los pelos de punta. Supongo que con todo el material que le hemos proporcionado habrá tenido suficiente para rehacer toda esa trama estúpida que se le había ocurrido, aunque sigo creyendo que lo mejor hubiese sido que se lo dijéramos antes que montar todo este teatro.

—No habría servido de nada, Luis —lo contradujo Noelia—. Sé cómo funciona la mente de Jaime, y si quiere escribir un buen libro que lo catapulte en su carrera debe sentirlo debajo de su piel. Es la única manera de que sus engranajes den de sí, de que elabore una trama extraordinaria con un cierto sentido.

—No te quito la razón. ¿Y piensas decírselo ya?

—No, esperaré a que pasen un par de meses y entonces se lo contaré todo. Si lo hiciese ahora romperíamos la magia en la que lo hemos sumido.

Luis chasqueó la lengua como signo de aprobación.

—Como tú quieras. Imagino que todavía no le has contado que estás embarazada.

La expresión de Noelia se tornó risueña, y de pronto sintió la necesidad de acariciar su tripita, su hijo, el propulsor de aquel arriesgado plan.

—No, todavía no sabe nada. Y fijate si está extraño que ni siquiera se ha

dado cuenta de que durante todo este tiempo no he probado ni una gota de alcohol. Creo que está aterrorizado, verdaderamente aterrorizado, y no me gusta verlo así, pero por el bien de la familia he de llegar hasta el final. Pero ya es suficiente, se acabó. Nada de cartas, y poco a poco volveré a ser la misma de siempre.

Luis sonrió desganado, una falsa sonrisa que implicaba preocupación.

—Dios mío, creo que nos matará cuando lo sepa todo.

—Bueno, espero que cuando llegue el momento la gran novela que tenga entre sus manos le haga cambiar de opinión.

Luis cogió su mano y sonrió, haciéndole ver que entendía su decisión. Noelia le correspondió con una sonrisa des congestionada, como si al expulsar la inquietud que merodeaba por su mente la hubiese vaciado por dentro.

Jaime no los vio besarse como había supuesto que sucedería, pero era indudable el contacto carnal que mantenían ambos. La conversación le pareció derivar de algo realmente perturbador a una situación mucho más alegre, más confidencial. Ya no sentía frío. La ira reprimida iba tensando cada uno de sus músculos y sus labios se torcieron en un rictus malévolos.

El encuentro había acabado. Observó a Luis levantarse para pagar en la barra mientras Noelia se enfundaba el abrigo junto a la mesa. De pronto Jaime echó a correr en dirección opuesta, ignorando la nieve que golpeaba su rostro ahora con más intensidad, dispuesto a llegar a casa antes de que Noelia regresase.

El cielo se oscureció hasta lograr una amenazante penumbra debido a la masa nubosa proveniente del oeste. Cuando Jaime entró en casa tuvo la sensación de que las paredes se estrechaban contra él, oprimiéndolo hasta aplastar su cuerpo. Apoyó la espalda contra la pared y respiró lenta y pausadamente hasta normalizar los latidos de su corazón.

Iron no estaba en su cama, pero Jaime tampoco se sorprendió. Desde el salón le llegaba el sonido del juego de la videoconsola. Se dirigió allí y abrió la puerta. Javier seguía en la misma posición que cuando se fue. *Iron* se encontraba echado en el suelo a sus pies. Cuando lo vio levantó la cabeza, se relamió el hocico y volvió a hundirla entre sus patas.

—Ya he vuelto, hijo —le dijo, y entonces sintió su voz quebrada por el frío.

—Vale papá —respondió Javier sin apartar la vista de la televisión—. Le he abierto la puerta a *Iron*, quería venir conmigo.

—De acuerdo, no pasa nada. Voy a mi despacho.

—¿Cuándo viene mamá?

—No creo que tarde mucho.

Jaime entornó la puerta, caminó hacia su despacho y se encendió un cigarro. Lo cierto es que en esos momentos sería capaz de matar por uno, y en lo primero que pensó cuando dio la primera calada fue el tono distante que había empleado Javier. Se imaginó a sí mismo aferrando el cuello del señor Pineda y apretándolo hasta tornar su piel de un tono azul violáceo, y por Dios, que disfrutaba mientras lo hacía. Gracias a ese gran cerdo su hijo estaba pasando las peores navidades de su vida, pero no solo eso, además lo culpaba a él por ello, incapaz de entender qué significaba aquel libro que el abuelo le había regalado.

Con el tiempo su cuerpo fue aclimatándose a la temperatura de la casa, y a

los pocos minutos Jaime estaba temblando de frío. Pensó en Luis y en Noelia, y al hacerlo su estómago experimentó un fuerte calambre. Su viva imaginación los hizo verlos haciendo el amor en la cama, en la cocina, en el sofá. Luis empujando suavemente con movimientos rítmicos, acariciando sus pechos, permitiendo que Noelia deslizase la lengua por su vientre hasta encontrarse con su pene.

¿Cómo podía haber ocurrido? ¿Por qué Luis? Era su mejor amigo, o eso creía hasta ahora. Un grito de desesperación nació de su garganta, prolongado, aderezado con un dolor intolerable. Su corazón aumentó las pulsaciones. Luego, escuchó los pasos de Javier aproximarse. Se asomó a la puerta tímidamente y, asustado, preguntó:

—¿Estás bien, papá? ¿Qué te pasa, estás llorando?

—Estoy bien, hijo. Solo... solo estoy un poco enfurecido conmigo mismo, pronto se me pasará.

Javier se acercó y le dio un beso, acto que dejó desconcertado a Jaime.

—No te preocupes, papá. Tú no tienes la culpa de nada.

Dicho esto, Javier salió del despacho y regresó al salón, como si supiese pese a su corta edad que lo que ahora necesitaba su padre era estar a solas y lidiar con sus propios demonios. En cierto modo sus palabras lo reconfortaron, ¿pero qué sabía su hijo de la auténtica y devastadora verdad? ¿Cómo iba a afectarle la destrucción de la familia que se aproximaba como el jinete de la muerte?

Maldita Noelia, maldita seas.

De pronto la puerta de entrada se abrió y un escalofrío recorrió su espina dorsal. Noelia había llegado a casa.

—¡Ya he llegado!

Jaime escuchó cómo entraba en el salón y hablaba con Javier, aunque no entendió qué decían. Se apoyó en la ventana y observó los copos de nieve revolotear a su libre albedrío impulsados por el fuerte viento. Después, su mirada se concentró en la ventana del edificio de enfrente. De pronto, fue embestido por un intenso sentimiento de arrepentimiento. ¿Por qué había hecho aquella estupidez? ¿Por qué no podía haber dejado las cosas como estaban? Desde que invocaran al diablo todo había comenzado a ir mal, como si un espectro maligno fuese ennegreciendo cada aspecto de su vida.

Escuchó a Noelia acercarse por el pasillo y sintió sus sienes latir como una herida infectada. *¿Qué quieres Noelia? ¿No has hecho ya bastante?*

—Hola, ¿se puede?

¿Ahora empleas un tono cordial? ¿Te sientes bien después de verte con Luis a escondidas?

Jaime no contestó. Dio la espalda a la ventana y la miró a los ojos fijamente. Por el cambio de expresión de Noelia dedujo que su cara debía ser lo más parecido a alguien que asiste al funeral de un familiar querido.

»Perdona que te moleste —dijo Noelia, con un tono que Jaime identificó como de disculpa—, pero creo que tenemos que hablar de lo que ha pasado con mi padre.

No hablaría contigo ni aunque fueses la última persona en la tierra, cariño.

—Ahora no me apetece hablar del tema. ¿Quieres algo más?

—Escucha, lamento...

—¡He dicho que no me apetece hablar del tema! ¿Qué es lo que no entiendes de esas palabras?

Noelia dio un paso atrás, y Jaime pudo ver en su rostro temor.

—Por favor, hoy es el día de Navidad, me gustaría que lo pasáramos en paz, que...

—¡Fuera de aquí! ¡Joder, que te vayas!

La expresión de Noelia ya no era de temor. Era de auténtico terror, terror por estar frente a un desconocido, un desconocido violento y vacío. Apartó la mirada de un brusco movimiento de cuello y salió del despacho llevada por el diablo. Jaime sintió un atisbo de lástima por ella, no podía creer que ese sentimiento aflorara en él, pero luego, sin darse cuenta, sus labios se torcieron en una sonrisa maléfica, y entonces sintió un fuerte pinchazo en las encías.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Por qué grita papá?

—No pasa nada, cariño. Está triste por lo que ha pasado con el abuelo.

—No llores mamá. Ya le he dicho a papá que él no tiene la culpa de nada.

Noelia se sentó en el sofá junto a Javier y lo abrazó.

—No, cariño. Tu padre no tiene la culpa de nada.

Javier, intuyendo que algo no andaba bien, no pudo evitar romper en llanto, y entonces dijo algo que a Noelia le rompió el corazón:

—Mamá, quiero que papá sea como antes. Si es... si es necesario devolveré todos los regalos.

De pronto la puerta del despacho se cerró de un portazo y ambos se estremecieron en el sofá.

El tiempo pasó con ingravidez manifiesta. Jaime se sentó frente al ordenador y sintió la necesidad de escribir impulsado por la voz del dolor, una voz grave y aguda al mismo tiempo imposible de obviar, maravillado de sentir que sus dedos eran incapaces de seguir la historia que se plasmaba en su mente a una velocidad cósmica, y así permaneció hasta que cayó la noche.

Durante ese tiempo escuchó a Noelia trastear en la cocina, imaginó que dispuesta a darle a Javier el día de Navidad que se merecía, y en una ocasión la escuchó tras la puerta invitarle a que se uniera a ellos. No contestó, y Noelia no insistió más.

Solo se permitió una pausa, cerca de las cuatro de la tarde, y en ese momento, renaciendo en su mente lo que había visto esa mañana con sus propios ojos, se sintió tentado de enviarle un mensaje a Carolina, explicándole lo que había entre su marido y su mujer, pero finalmente desistió. Lo sabría, claro que lo sabría, pero ahora no era el momento.

Sobre las seis y media, cuando ya sentía los tendones de sus manos agarrotados, recibió un e-mail de Eugenio. Lo abrió con cierto desapego, pensando obscenidades a cerca de la madre de su editor, y se preguntó si no había otro momento para enviarle un mensaje que no fuese el maldito día de Navidad. Lo leyó sin mucho interés, y maldijo cuando asimiló que la editorial había concertado una firma de libros para el día veinte de enero en Valladolid.

A las siete y tres minutos recibió un mensaje de Luis felicitándole la Navidad y preguntándole si estaba bien, si necesitaba algo. No pudo evitar estallar en una carcajada, y estuvo seguro de que esta fue tan exagerada, que Noelia y Javier debieron escucharla desde donde fuera que estuviesen en la casa. *No has perdido el tiempo, ¿eh, Noelia?*

Poco tiempo después escuchó cómo *Iron* rascaba la puerta, emitiendo lastimosos gemidos. Dudó, pero finalmente le permitió entrar al despacho y el animal se tumbó a su lado, con sus grandes ojos posados en él, sin perder detalle de su forma de aporrear las teclas, y por Dios, que desde su llegada tuvo la sensación de haber aumentado aún más la velocidad de escritura.

Cuando llegó la hora de irse a dormir, Jaime por fin se decidió a salir del despacho. Aquel día había sido tan desastroso como productivo. Arropó a Javier y besó su frente. Por un segundo su mirada se posó en la pared latente, y supo que hizo mal, porque sintió una sombra aletear por sus pensamientos, ponzoñosa, corrompiendo su razón. Javier lo observó con sus grandes ojos adormecidos.

—Papá, siento haberme enfadado contigo.

Jaime lo miró con una expresión vacía de sentimientos. Sin embargo, se había sentido extrañado por el comentario de su hijo.

—No tienes porqué disculparte. En todo caso me corresponde a mí pedirte perdón.

—No papá, quiero decir... mamá me explicó lo que había hecho el abuelo y sé que no se portó bien contigo.

La ventana se agitó por el viento. ¿Noelia estaba de su parte? Sorprendido en un principio, al fin sintió alivio, pero luego el rostro de Luis se irguió en su mente, con esa sonrisa sarcástica y exagerada que ahora le parecía la de un auténtico capullo desalmado. *Jaime, tío, no me habías dicho que tu mujer era una fiera en la cama. La querías para ti solo, ¿eh, bribón?*

—Se ha levantado viento. —Jaime se inclinó ante Javier y volvió a besar su frente. —No pienses en eso ahora y duérmete. ¿Quieres que deje la luz encendida?

—No, papá. Apágala.

Sorprendente, pensó.

—Como quieras. Buenas noches.

Apagó la luz y salió de la habitación. Noelia estaba sentada en la cama, la vio cuando se dirigía al cuarto de baño. En cuanto lo oyó se giró hacia él. Jaime apreció que tenía los ojos rojos e hinchados de llorar, y no sintió ninguna compasión por ella.

—¿Vas a venir a la cama? —le preguntó en un susurro.

—No. Esta noche me apetece volver a dormir en el sofá.

Se lavó los dientes, orinó y se confinó en el salón. El sofá, después de todo, tampoco era tan incómodo, se dijo, y se cercioró de que las luces del árbol de Navidad estuviesen apagadas antes de sumir al salón en la oscuridad. Se echó dos mantas por encima y, pese a que creía que esa noche no podría pegar ojo, se quedó dormido a los pocos segundos vencido por el agotamiento.

Transcurrió el tiempo.

La oscuridad se espesó.

El viento silbaba cuando trataba de entrar por un hueco demasiado estrecho.

El silencio se detuvo.

Jaime abrió los ojos, levantó el cuello y descubrió que donde se hallaba no era en su salón, sino en aquella habitación de una sola ventana, la

habitación de su pesadilla. La habitación con vistas a la nada. Se incorporó con rapidez y saltó del sofá con respiración sofocada. Tampoco era ya su sofá. Era aquel sofá desvencijado y en ruinas que dominaba la habitación, extrañamente en el centro de ningún lugar. El frío era insoportable, tanto, que su aliento se convertía en niebla en cuanto abandonaba sus pulmones. Se preguntó qué hacía allí y miró en derredor. Las extrañas venas que se diseminaban por las paredes, gruesas como las raíces de un árbol milenario, palpitaban, como si formasen parte del organismo de algo vivo, un organismo putrefacto y canceroso.

Escuchó un aleteo grotesco en la ventana y, temeroso, se acercó a ella. Una corriente de aire agitó sus cabellos. Aterrorizado, dio un paso atrás, creyendo que un gran pájaro sin forma se disponía a entrar por la ventana en busca de carne viva. Sin embargo, nada ocurrió. Recuperó la distancia perdida y observó más allá de la ventana. Oscuridad. Densa, delirante. Y un olor extraño, a desengrasante, no, a carne corrompida.

Sintió la necesidad de huir de ahí. Se dio la vuelta y buscó la puerta, pero como ya sabía, esa era una habitación sin puertas. De pronto, algo se agitó detrás del sofá. Era un sonido análogo al desprendimiento de unos pequeños cascotes. Su corazón se aceleró. Era una pesadilla, una maldita pesadilla, pero no tenía la certeza absoluta. Era demasiado real, demasiado. El hedor se intensificó. El sonido de algo arrastrándose era ya continuo, la simple evidencia de que algo se ocultaba allí detrás. Sus ojos, incapacitados para mantener la órbita, se clavaron en un costado del sofá, por el que colgaban jirones de tela agrietada. *Es una pesadilla, Dios de mi vida, una jodida pesadilla. Despierta.* Sus pensamientos carecían de poder, y sin poder, allí solo era un saco de carne al que infligir dolor.

Primero vio una mano, y su grito fue absorbido por la ventana. No era exactamente una mano, parecía una garra de dedos retorcidos y extremadamente prolongados, coronados por uñas largas y astilladas, como si hubiesen estado rascando una pared durante décadas. Era oscura, pero poseía un negror antinatural, como si estuviese carbonizada.

Jaime retrocedió aterrorizado hasta chocar contra la ventana y su expresión se retorció de terror. Un colosal graznido proveniente del exterior torturó sus oídos. A partir de ahí, vino lo peor. Lloraba en sueños, o no, no estaba seguro, pero sí estaba seguro de lo que seguía a aquella garra emergida del infierno. Lo vio con sus propios ojos, una visión que le hizo dudar de su

propia cordura. La silueta que emergió a ras del suelo era la de una cabeza, oscura, sin contornos, retorciéndose como si estuviese olfateando el sudor de su cuerpo, pero sus ojos, sus ojos de un tono rojo negruzco clavados en él, se apreciaban con una claridad imposible. Era la mirada del mal, penetrante, ceñuda.

«Papá, hay algo debajo de mi cama».

¿Javier? ¿Qué hacía allí, por Dios Santo?

«Papá, hay algo debajo de mi cama».

—¿Dónde estás, Javi? —gritó, y ese miedo por su hijo le resultó indescriptible.

«Papá, hay algo debajo de mi cama».

«Papá, hay algo debajo de mi cama».

...

—Papá, hay algo debajo de mi cama.

Su mente se desencajó y el sueño se apagó. Sin embargo seguía escuchando la voz de su hijo, un débil susurro. Abrió los ojos y se vio cegado por el resplandor de las luces del árbol de Navidad. Entrecerró los ojos para no sentir el agujijón de la luz en sus retinas y entonces su mente asimiló que todo había sido una pesadilla, pese a que aún podía oler con absoluta claridad el hedor de la carne corrompida.

—Papá...

Se incorporó en el sofá y distinguió la silueta de Javier, a su lado, esperando a que despertara. El frío que había ido hacinándose en el salón le provocó un temblor.

—¿Javier?

—Soy yo papá.

Jaime dirigió la mirada al árbol de Navidad, y fue como mirar a la cara a la muerte.

—¿Has encendido tú las luces del árbol?

Javier vaciló.

—No papá, ya estaban encendidas.

Esa era precisamente la última frase que Jaime quería escuchar. Una ola de terror recorrió su piel.

—Está bien, está bien. ¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí?

De nuevo Javier volvió a vacilar. Jaime apreció cómo, en expresión dubitativa, se mojaba los labios, y ese gesto solo significaba que estaba

aterrado.

—Hay... hay algo debajo de mi cama.

Si existía otra frase que Jaime no deseara escuchar esa noche, era esa. Cada palabra que la compondría denotaba un terror primigenio, aquel que lo atormentaba cuando contaba con la misma edad que Javier.

—¿Como que hay algo debajo de la cama? ¿Qué quieres decir?

—Me he despertado y he escuchado algo arañando el suelo, así: crick, crick, crick.

Madre Santa.

—¿Has mirado debajo?

Jaime era consciente de la estupidez de la pregunta. Nadie en su sano juicio miraría debajo de la cama de escuchar algo así, pero era una forma de ganar tiempo y poner en orden su todavía mente adormecida.

—No. —Su tono de voz a Jaime le pareció mucho más infantil, indefenso. —He saltado de la cama y he venido a por ti.

He venido a por ti.

—¿No será *Iron* que se ha metido debajo de tu cama? Puede que encuentre ese lugar mucho más calentito.

Javier dudó. Las luces del árbol iluminaban su rostro, tiñendo su piel de diversos colores.

—No sé... No creo que sea *Iron*.

Jaime se sentó en el sofá y buscó sus zapatillas. Se preguntó quién estaba más aterrorizado, si Javier o él, pero debía mostrarse firme, seguro de sí mismo. Podría ser cualquier cosa, el perro de los vecinos, o el viento distorsionando la percepción de Javier. También barajó la posibilidad de que Javier estuviese tratando de llamar su atención, una manera de reconciliarse con su padre.

—Bien, tranquilidad. ¿Te parece que vayamos a comprobarlo?

Javier asintió, pero por su semblante espantado, una expresión difícil de fingir, Jaime comprendió que volver a su habitación sería la última opción que elegiría. Se levantó, se puso la bata y juntos emprendieron el camino hacia el pasillo.

—Vamos a ver si *Iron* está en su cama —susurró.

Todavía podía sentir ese hedor rancio incrustado en su nariz, como si hubiese logrado traspasar la barrera de los sueños. Se dirigieron ambos a la derecha, en dirección a *Iron*. Las luces del árbol eran suficientes para

alumbrar esa zona de la casa, así que pensó que lo mejor sería no dar la luz del pasillo, ya que podría despertar a Noelia, y bajo ningún concepto quería verla a esas altas horas de la noche.

Avanzaron unos pasos y dejaron atrás la curva del pasillo, a pocos metros de la cocina. Javier iba pegado a su muslo, agarrándole de la bata. Jaime se detuvo. Al final del pasillo *Iron* estaba tumbado como una esfinge, con su cabeza en alto, alerta. Sus ojos resplandecieron en la penumbra, dos pequeños círculos luminosos, y sin previo aviso lanzó un gruñido de advertencia, una especie de ronroneo gutural. Jaime notó cómo Javier tiraba de la bata, con fuerza.

—*Iron*, relájate —susurró Jaime con su tono más amable—, somos nosotros.

Al escuchar su voz *Iron* cesó de gruñir, pero no se movió. Permaneció inerte con las orejas alzadas, con ojos expectantes. El descubrimiento del animal en el pasillo eliminaba la opción más factible, fue lo primero que pensó Jaime con cierta inquietud, por lo que solo quedaban las alternativas derivadas de la confusión de la mente de Javier. Se dio la vuelta y acarició la cabeza de su hijo, que de pronto parecía haber enmudecido.

—Vamos a tu habitación, descubramos qué ha sido ese sonido.

—Papa...

—Qué.

—No quiero volver a dormir con la luz apagada.

—No tengas miedo, seguro que no es nada.

Para cuando terminó la frase ya se encontraban en la habitación de Javier. La luz nocturna de la ciudad bañaba las paredes, la cama, el escritorio, tiñendo de un blanco pálido los contornos.

Jaime se disponía a cerrar la puerta para no despertar a Noelia y a encender la luz, pero de pronto algo en la cama llamó su atención. La idea huyó de su mente y concentró la mirada en el colchón. La razón se torció en su mente. Avanzó unos pasos, sin prestar atención a la mano de Javier aferrada a su bata. Quiso decirle que esperara, que no se acercara a la cama, pero el desconcierto anuló el mensaje.

¿Pero qué coño?

Avanzó un paso más, titubeante. Enfocó la mirada, torciendo el gesto. Ahora estaba seguro, y su estómago sintió un vuelco. Había alguien echado en la cama de Javier, cobijado debajo de las sábanas. Estaba girado hacia la

ventana, por lo que no lograba vislumbrar el rostro. El bulto que formaba se movió agitando la tenue luz proyectada sobre las mantas, creando un efecto deslizante.

Indeciso, se decidió a dar un paso más, recortar distancia, entonces aquello se giró un ápice, suficiente para que un grito muriera en su garganta antes de nacer. El perfil del rostro de Javier, durmiendo plácidamente, se mostró ante él. Movía los labios como si succionara un biberón, un gesto habitual en su hijo desde que era pequeño. Creyendo que su corazón se detendría en cualquier momento, se dio la vuelta lentamente, porque seguía sintiendo la mano del ¿verdadero? Javier asiendo su bata, la presión de la tela en sus hombros.

Sus pulmones sorbieron el aire con ansia, y en su rostro se dibujó una expresión de terror. Javier, el Javier aterrado que había ido a despertarle, había desaparecido, y con él la fuerza de su mano aferrando la bata, dejando en su lugar una oscuridad viva y opresiva.

Luego, escuchó el sonido de algo largo y afilado arañando el suelo, un chirrido que le provocó un escalofrío. Procedía de la cama, de debajo de la cama. Jaime se giró repentinamente. Las mantas colgaban hasta tocar el suelo, imposibilitando la visión. La pesadilla anterior renació en él como un recuerdo vivido, aquellos ojos, aquella mirada inhumana...

Jaime se incorporó en el sofá de un súbito movimiento, echando las mantas hacia atrás y respirando agitadamente.

Dios de mi vida.

Aterrorizado todavía, observó en derredor. El frío era glacial y las luces del árbol estaban apagadas. Escuchó el rugido de un coche en la calle hasta desaparecer, por lo demás, todo era silencio. Entonces se descubrió, en un susurro apenas perceptible, pronunciando las palabras que creía olvidadas:

—Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Danos hoy...

—*Debes ser frío y calculador. Recuerda, todo hecho tiene una consecuencia, y en ocasiones, esa consecuencia se traduce en un serio correctivo.*

—*¿Crees que no lo sé? Pero no estoy preparado, creo... creo que no soy capaz de hacerlo.*

—*Tus limitaciones las impones tú, y solo tú eres capaz de sobrepasarlas, de trazar una línea que separe el bien del mal, lo que es justo de lo que no, y ser capaz de poner un pie al otro lado de esta. Cuando lo consigas, te darás cuenta de que lo que dejaste al otro lado carece de importancia, digamos por así decirlo, que logras cortar las alas a tus principios, a tu moralidad, y entonces, entonces sentirás que todo fluye como un perfecto río caudaloso, sin barreras, sin remordimientos, sin dolor.*

—*Papá, se exactamente dónde he trazado mi línea, pero es difícil, muy difícil traspasarla. No... no debería estar hablando contigo, tú estás muerto.*

—*No, no estoy muerto, estoy aquí, hablando contigo, aconsejándote. ¿Acaso no me ves, no me oyes? Tienes tanto que aprender todavía. Necesitas un guía, alguien que te señale el camino correcto a seguir, como siempre he hecho.*

—*Estás... estás muerto, yo te encontré en casa, sentado en el sofá, frente al televisor. Me encargué de todos los preparativos del funeral. Vi con mis propios ojos cómo metían tu ataúd en el nicho.*

—*¿Y qué crees que es la muerte? ¿El final de toda existencia? ¿Un interruptor que apaga tu mente y la sume en la oscuridad eterna? Estás en un error. Más allá de la muerte existe un nuevo mundo, existe el cielo, el infierno. Escucha mi voz, mírame a los ojos. Soy papá, soy yo.*

—*¿Es cierto eso que dices?*

—*Tan cierto como que el año morirá en unos días. Tan solo debes*

dejarte llevar por tus emociones, por tus sentimientos, desprenderte de las cadenas que te oprimen. Eres uno, una sola persona. ¿Qué es lo que más deseas? Sí, lo imaginaba, puedo leer venganza en tu mirada, infligir un dolor merecido.

—¿Qué quieres que haga?

—*Bien, así me gusta, te felicito por tomar la decisión correcta. Eres mi hijo, tú y yo somos iguales, mi sangre corre por tus venas y lo que tú estás viviendo yo ya lo viví, así que esto es lo que harás.*

—¿Con quién estás hablando?

Jaime escuchó cómo Noelia repetía la pregunta una segunda vez, sin embargo, no entendió a qué se refería. De pronto sintió el frío atenazando su cuerpo. Estaba en pijama, frente al árbol de Navidad, y que el diablo se llevase su alma si comprendía qué hacía allí.

—No estoy hablando con nadie.

Se giró y descubrió que Noelia y Javier, abrazado a la cintura de su madre, estaban junto a la puerta. Desvió la mirada hacia su hijo y sonrió, pero fue una sonrisa hueca, como si estuviese vacío por dentro.

—Campeón. ¿Ves cómo no era nada lo que había debajo de tu cama?

Javier mantuvo su expresión asustada, pero su boca se destensó, como si no entendiese a qué se refería su padre.

—¿Qué dices, papá?

Jaime contuvo el aliento, pensativo, y llegó a la conclusión de que su hijo tenía toda la razón. ¿Qué estaba diciendo? Entonces sobre su mente se volcó el recuerdo de la horrible pesadilla que lo había atormentado esa noche.

—No me hagas caso —dijo, y añadió con tono satírico—: Ah, ¿y no eres ya demasiado mayor para abrazarte así a tu madre?

Noelia rodeó con su brazo a Javier y lo estrechó contra su cuerpo con más fuerza.

—No le digas a tu hijo cómo y cuándo debe abrazarme —le recriminó—. No sé qué es lo que te pasa, pero no estás bien —dijo a continuación cambiando el tono de su voz—. Abrígate, por favor, vas a coger una pulmonía.

¿Eran imaginaciones suyas o Jaime había detectado un punto de terror en la voz de Noelia? Sin ser consciente de que lo hacía, cogió la bata de encima de la silla y se la puso, con mucha parsimonia, como si no llevase ninguna prisa. Luego salió del salón pasando por al lado de su familia, con la intención de no demostrar ni el más mínimo signo afectuoso.

—Voy a escribir.

—Tendrás que desayunar algo —dijo Noelia cuando Jaime ya se perdía por el pasillo.

—No tengo hambre. *Me duele la encía.*

Ese día, frío y nublado, Jaime se sentía distinto. ¿Qué había querido decir Noelia con eso de ‘con quién estás hablando’? Sí, sentía el imperioso deseo de escribir, vaciar la historia que se gestaba como un embrión en su mente, pero había algo más. Frente al ordenador detuvo sus dedos, pensativo. El deseo que surgió de sus elucubraciones fue el de venganza, una sensación clara y definida.

Claro, ¿por qué no? Si Noelia pensaba que sus actos iban a quedar impunes, estaba muy equivocada. *Todo hecho tiene una consecuencia.* La frase parpadeó en su mente como una bombilla defectuosa. Sintió una especie de *déjà vu*, como si ya la hubiese escuchado con anterioridad, pero ahora ese brumoso recuerdo era intrascendente. Su mente siguió trabajando en ello, y al mismo tiempo, sus dedos comenzaron a teclear de nuevo.

A la hora de comer salió a la mesa, probó un poco de sopa en silencio, y volvió a su despacho. Para entonces, Jaime había llegado a la conclusión de que el amor que sentía por Noelia formaba ya parte del pasado.

La única idea en la que se concentraban sus pensamientos era en la venganza, y el único nombre que ahora merodeaba por su cabeza era Mariel, la encargada de la librería donde hizo la firma de libros el mes pasado, y pensó en ella por el simple hecho de que era la chica que le parecía más accesible. En esos momentos, el punto de vista de Francisco J. Pradas le pareció de lo más práctico y eficiente. Usar como arma su condición de escritor, aunque fuese un escritor de poca monta, le facilitaría la labor sin duda alguna. No había por qué esperar más tiempo así que, sin dar más vueltas al asunto, se propuso esa misma tarde visitar la Librería Páginas al Mar.

Sin embargo, antes de meterse en la ducha, trató de descubrir un sentimiento oculto que no lograba identificar, atenuado por el fuerte deseo de venganza. Finalmente, después de muchos intentos, acabó desistiendo.

—¿Adónde vas? —preguntó Noelia, con el convencimiento de que no recibiría respuesta.

—Voy a dar una vuelta, necesito airearme la mente —respondió Jaime con tono severo, casi entre dientes—. Cogeré el coche.

Javier jugaba a la videoconsola, y aunque parecía no prestar atención a la

conversación, no era así. Noelia miró a Jaime y sintió su cara palidecer. Hay detalles en la forma de actuar de un hombre que no pasan desapercibidos para las mujeres, y Noelia no era una excepción.

—¿Quieres que vayamos contigo? Igual te vendría bien un poco de compañía.

Jaime se giró hacia Noelia y su mirada actuó como un filo cortante. *¿Cuando tú te veías con Luis me pedías que te acompañara? ¿Me pedías que te alentara mientras Luis te hacía el amor? Vamos, cariño, sigue así, estás a punto de llegar, solo un poco más. Luis, tío, más ímpetu, eres un pichafloja.*

—No. Necesito estar solo. Ya volveré.

Jaime cerró la puerta de entrada de un portazo, haciendo retumbar las paredes. *Iron*, sin embargo, no se inmutó, como si de pronto hubiese perdido el oído. Bajó al garaje, subió al coche, apagó el teléfono móvil y emprendió el camino hacia la librería. No sentía excitación ni deseo, pese a que eran un requisito indispensable para la situación que necesitaba provocar, pero en cambio sentía algo indefinido, como un mensaje difuso grabado en su mente, un sentimiento que todavía no había podido descifrar.

Puso en marcha el coche y, en la primera ocasión que tuvo de pisar los frenos, estos chirriaron como un diente desencajado, pero ahora ya no le preocupaba. El barco se hundía, ¿no era así? Un barco desprovisto de botes salvavidas, sin posibilidad alguna de evacuación. Y quizá él fuese el culpable por su imprudencia, por meter al diablo en casa, pero no, Noelia también tenía mucho que ver. ¿Desde cuándo mantenían Luis y ella esa relación? Sin duda, desde mucho antes de que realizaran la invocación. En cuanto giró la calle, sin preocuparse de utilizar el intermitente, descubrió que había demasiado tráfico, lo habitual en aquella época del año, pero no tenía ninguna prisa. Tampoco reparó en aquel muchacho apostado en el portal de enfrente, cubierto con la capucha y manipulando el teléfono móvil, pero con la mirada levantada. Jaime llegó a la conclusión de que el diablo, en aquella carta acusatoria recibida, lo único que había hecho era ponerlo sobre aviso, tratar de advertirle de qué pasta estaba hecha su mujer.

Recorrió la mitad del camino y durante ese trayecto subió el volumen de la radio. No quería pensar, porque pensar significaba recibir dolor. Sin embargo, conforme se iba acercando a la librería, se vio embargado por la desolación, como si la cercanía de aquella chica proyectase una influencia contraria a sus convicciones. Quería a Noelia. La seguía queriendo. ¿A quién trataba de

engañar? Pese a descubrir su infidelidad y por ende su confianza hecha jirones, Jaime sentía un nudo en su estómago imposible de desligar. La pregunta lo asaltó y lo cogió desprevenido como un golpe seco en la boca del estómago: ¿Por qué había tomado aquella decisión? Ahora, a pocas calles de la librería, no se sentía bien consigo mismo devolviéndole el mismo daño como un vulgar marido despechado, pero no se trataba de eso, estaba seguro, era... era otra cosa.

Cuando se detuvo en un semáforo Jaime sintió un flash repentino, una especie de cortocircuito luminoso, y cuando el semáforo cambió a verde, recibiendo el efusivo cántico de los cláxones de los coches de atrás, todo aquello que había pensado se esfumó en el atardecer.

Callejeó hasta encontrar un sitio para aparcar y caminó encogido por el frío hasta la librería. Nevaba tímidamente, y le pareció gracioso contemplar cómo los copos de nieve planeaban como expertos paracaidistas.

Accedió a la librería y el calor artificial le hizo sentirse bien. Esta estaba concurrida y un bullicio silencioso, como si de una biblioteca se tratara, la dotaba de una ambientación reconfortante. Buscó con la mirada a Mariel entre los numerosos clientes, pero no la encontró. Prefirió preguntar por ella y se acercó a la chica que estaba tras el mostrador principal. Descubrió que era la misma que cuando vino a la firma de libros, y al parecer estaba tan ocupada como la vez anterior.

—Buenas tardes, estoy buscando a Mariel, la encargada. ¿Sabes si está por aquí?

La muchacha levantó la vista y lo miró mostrando una amplia sonrisa. Por su contestación, Jaime adivinó que no lo había reconocido, hecho que no era nada de extrañar.

—Sí, creo que está en la planta inferior.

—Gracias.

Los recuerdos de cuando estuvo presente para la firma de libros se agolparon en su mente mientras bajaba las escaleras despacio, pero ahora la situación era muy diferente. Seguía sintiendo un alambre atravesado en su estómago, pero esta vez era otra la causa.

Se detuvo, oteó a los presentes y la localizó al otro extremo del recinto, hablando enérgicamente con una pareja joven en la sección de fantasía. Esperó a que terminara y la observó desde la distancia. La gente pasaba por su lado pero nadie reparaba en él. En cierto modo, se dijo, ser un escritor modesto

tenía sus ventajas, por ejemplo, gozar de privacidad en momentos como ese.

Demostrando gran paciencia, se empapó de su belleza. Llevaba el pelo distinto, se lo había alisado, sin duda, y su esbelta figura marcaba cada curva en el lugar exacto. Sus gestos femeninos le conferían una dulzura deliciosa, sin embargo, a pesar de todo lo que sus ojos veían a simple vista, no sentía atracción alguna por ella. No tardó en evocar el día en que conoció a Noelia. Había quedado prendado de su belleza del mismo modo, como si al verla hubiese descubierto de pronto que debía pasar el resto de su vida junto a aquella mujer. El escenario era distinto, como mandan las leyes de la probabilidad. Noelia estaba con dos amigas en una fiesta de cata de vinos en Aranjuez, y Luis y él habían acudido con el único objetivo de pasarlo bien y beber gratis. *Luis... Luis.*

De pronto, sus pensamientos se quebraron y sucedió algo sorprendente, algo con lo que Jaime no contaba. El joven muchacho que pasó por su lado le envió una mirada desinteresada, se detuvo y sonrió nervioso.

—Disculpe que le moleste —dijo con tono asombrado—. ¿Es usted Jaime Murillo, el escritor?

Si había peor momento para que lo reconocieran, pensó Jaime distraído, era ese. Sin embargo, fue cautivado por una ola de satisfacción. Observó al muchacho, de gruesas gafas, con el cabello escalonado, y sintió cómo sus labios trazaban una sonrisa.

—Efectivamente, soy yo —respondió, aunque trataba de no perder de vista a Mariel.

—Vaya, jamás hubiera creído que me lo encontraría hoy aquí —dijo el muchacho con entusiasmo—. Me he leído todos sus libros, todos, absolutamente todos.

—¿Te gusta el terror? —inquirió, preguntándose qué hacer para acabar lo más rápido posible aquella imprevista conversación.

—¿Que si me gusta el terror? —el chico hizo una pausa enfática—. ¡Adoro el terror! Sus libros... sus libros son la hostia, perdone la expresión, pero acojonan que te cagas. ¿Usted me firmaría una de sus novelas?

Si pasaras una semana en mi casa sabrías lo que es el auténtico terror.

—Claro, no hay problema. Estaré encantado.

El muchacho miró en todas direcciones en actitud nerviosa, Jaime imaginó que buscando uno de sus libros.

—Si buscas la sección de terror está allí, al fondo.

—¡Gracias! No se vaya, enseguida vuelvo —dijo el muchacho, y salió corriendo en la dirección indicada.

Jaime tardó unos segundos en darse cuenta de que el lugar al que había enviado a ese chico era exactamente junto a la sección de fantasía, el lugar preciso donde se encontraba Mariel, y cuando lo asimiló, una especie de fuego interno recorrió su piel.

Ahora ya era demasiado tarde. El muchacho luchaba por no derribar ninguna estantería a su paso al tiempo que Mariel concluía la conversación con la joven pareja. Jaime lo observó perplejo desde la distancia. El chico formuló su pregunta y luego señaló en su dirección, apuntándole con el dedo. Mariel lo miró y sonrió. Todo había sucedido en un puñado de segundos, y sin planearlo, ese muchacho le había abierto las puertas.

Las puertas a lo incorrecto, a un grave error... las puertas al infierno.

Mariel le indicó dónde estaban sus libros (Jaime observó que sería imposible esconderlos más entre la enorme montaña) y el muchacho regresó con una sonrisa reluciente.

—Aquí lo tengo —dijo con voz fatigada—. Ya me lo he leído, pero da igual. Volveré a hacerlo, se lo aseguro.

¿Por qué me trata de usted? Lo detesto, pensó Jaime, sonriendo sin embargo.

—Perfecto. ¿Cómo te llamas?

—Salvador.

Jaime buscó un bolígrafo entre los bolsillos de su chaqueta (siempre llevaba uno consigo, una inofensiva manía de escritor, como siempre decía) y se dispuso a firmar el libro. Advirtió que otros clientes de la librería le enviaban miradas extrañadas, como si estuviesen tratando de identificar a ese tipo que estaba firmando libros, pero sin conseguirlo.

—Aquí tienes —señaló Jaime cuando terminó de escribir la dedicatoria—, espero que lo disfrutes.

—Muchas gracias, no me lo puedo creer. Gracias, delo por hecho.

El muchacho se ajustó las gafas y se marchó leyendo las palabras dedicadas. Jaime volvió a mirar a Mariel y esta, sin dejar de sonreír, colocó un libro en la estantería y se acercó con paso decidido.

—Buenas tardes... Jaime —saludó Mariel, recordando en última instancia lo poco que le gustaba que le trataran de usted. Luego, estrechó su mano y Jaime la sintió cálida, suave—. Qué grata sorpresa. No pensé que volvería a

verte por aquí, ¿buscas algo en especial? ¿Puedo ayudarte en algo?

Jaime intuyó en su recepción un interés más allá de la literatura. Le devolvió la sonrisa, sintió una punición en la encía y se cuestionó qué probabilidades existían de que Mariel se hubiese mostrado tan receptiva y predispuesta, como si hubiese estado esperando su llegada, o quizá, pensó a continuación borrando la sonrisa de su cara, solo fuera una falsa impresión suya, percibiendo incitación donde solo había cortesía.

Sin quererlo, o quizá a propósito, Mariel le había dejado la respuesta en bandeja, y decidió arriesgarse. Solo había dos posibles opciones: o que le abofeteara a la vista de toda la librería, o que aceptara su invitación. Jaime no supo de dónde, pero encontró fuerzas y valor para efectuar una proposición que no dejase lugar a dudas.

—He venido a buscarte a ti.

Mariel primero se quedó sorprendida, luego pestañeó repetidamente con elegancia y por último sonrió.

Cuando la tarde pereció, fue relegada por una noche fría y húmeda. La nieve, que no había cesado de caer, había cubierto las calles de un blanco renovado. Jaime había matado el tiempo hasta las ocho en un bar cercano, esperando a que Mariel finalizase su jornada laboral. Durante ese tiempo se bebió tres dobles, y cuando fue a recogerla a la puerta de la librería se sentía ligeramente mareado, pero resuelto a llegar hasta el final.

Había pensado en un hotel barato, pero Mariel adujo que no era necesario, que ella vivía a pocas manzanas de la librería y que no tenía inconveniente en tomar un par de copas con él en su casa. Así pues, caminaron uno junto al otro por las nevadas calles sin cruzar otras palabras que no hicieran referencia al frío que imperaba esa noche.

Ya en el ascensor, arropados por el espacio sumamente íntimo que proporcionaba, el silencio dio paso a las miradas, y Jaime se vio abordado por los labios de Mariel. Sintió cómo su lengua llamaba a las puertas de los rincones más recónditos de su boca, acompañándola de suaves suspiros. Él, con extrema timidez, abrazó su cintura. La boca de Mariel desbordaba calidez, esponjosidad, sin embargo no sintió nada, aunque no era del todo cierto. Aquella sensación extraña, aquella sensación que no lograba encasillar, la sentía arañar su piel con más fuerza, como si fuera una oscuridad membranosa avanzando por su interior.

Cuando el ascensor se detuvo Mariel asió su mano y, en silencio, le guió hasta su casa. Su estilo minimalista pasó desapercibido para Jaime, concentrado en acallar una aviesa voz que comenzaba a surgir de las profundidades de su mente, pero sí reparó en el fuerte olor a incienso que abofeteó sus fosas nasales.

Mariel lo llevó hasta su dormitorio, sencillo pero acogedor.

—Espera aquí —le susurró, realzando la fragilidad de su voz—. Necesito

quitarme este uniforme y ponerme cómoda.

Jaime asintió y observó cómo Mariel se confinaba en el cuarto de baño integrado al dormitorio. Transcurrieron cinco minutos, o quizá diez, Jaime no lo tenía claro, hasta que Mariel reapareció, únicamente cubierta por una bata de seda de color granate, brillante como la piel de un cetáceo, y con el maquillaje claramente retocado. Durante ese tiempo impreciso, Jaime estaba lejos de sentir atracción sexual por esa chica. Se propuso dejar la mente en blanco, pero aquella voz gritaba en su cabeza, cada vez más alto. Aun así, por mucho que alzara el tono, no entendía sus palabras, como si una fuerte corriente de aire se las llevara. La nieve golpeaba las ventanas y se escuchaba un extraño y continuo chirrido procedente de algún lugar de la casa, como un columpio oscilando con las cadenas herrumbrosas.

De pronto, sus labios pronunciaron unas palabras por voluntad propia:

—Estás preciosa.

Mariel sonrió dejando al descubierto su blanca dentadura, se aproximó a él y Jaime sintió su cálida voz susurrando en su oído:

—¿Qué quieres hacerme?

Un escalofrío recorrió la cordillera uniforme de su espina dorsal. Por un segundo el rostro de Mariel, adoptando una sonrisa traviesa, se transformó en el de Noelia, y por un segundo, sintió su plácido aliento acariciar su piel como la brisa del mar. Después, su mente se sumergió en una oscura laguna y la voz martilleó su cabeza con una palabra al fin nítida, insistente, autoritaria.

¡Mátala! ¡Mátala! ¡Mátala!...

Sus manos, sin desearlo, se aferraron al cuello de Mariel y apretaron con fuerza, sintiendo su frágil masa muscular ceder ante su presión. Era tan fácil interrumpir el suministro de oxígeno con un mero gesto, se dijo al tiempo que una malévola sonrisa asomaba en sus labios. Oprimió con más fuerza, al igual que lo hizo en su imaginación con el cuello del señor Pineda, y pese a la infructuosa resistencia de las manos de Mariel sobre las suyas, no cedió en su intento. Sintió la vida de Mariel transmitirse por la piel, un halo azulado y brillante abandonando su habitáculo para pasar a formar parte de él, un único ser, y fue una sensación reconfortante, tan sorprendente, que lanzó una carcajada parecida al granizo de un cuervo.

La oposición de Mariel cedió, sus ojos se inyectaron en sangre y su piel se tornó de un tono azulado, al igual que el señor Pineda. Cerró sus dedos en torno al cuello de Mariel con más ímpetu, dispuesto a rematar el trabajo,

ansioso por descubrir el punto culminante de aquella sensación. Poder. Poder. Poder.

¿Qué estás haciendo, Jaime? ¡Detente, la vas a matar!

La voz de Noelia surgió del abismo de su mente en forma de susurro agónico. El chirrido de hierros oxidados raspaba sus oídos, persistente.

¡Mátala! ¡MÁTALA!

¡Para Jaime, por favor!

—¿Te encuentras bien?

La mirada de Jaime, desconcertada, se desvió hacia la cómoda, huyendo de la mirada atónita de Mariel.

—¿Qué... qué es ese chirrido que se escucha? Me está volviendo loco.

Mariel retrocedió un paso, torciendo el gesto.

—¿Qué chirrido? Yo no oigo nada.

Jaime la miró y sintió un angustioso vacío en su interior, incapaz de describir lo que había sucedido. De pronto, sintió un fuerte deseo de llorar, de gritar, de reír, todo al mismo tiempo si fuese posible, aunque diese como resultado una abominación.

—Lo siento. Tengo que irme.

—¿Dónde has estado? —preguntó Noelia, y Jaime sintió un leve temblor en su voz, como si deseara mostrarse firme en su tono pero realmente estuviese reprimiendo las ganas de llorar.

—Por ahí, dando una vuelta —dijo, y apartó la mirada.

—¿Por ahí hasta las diez y media de la noche? —le increpó Noelia, y entonces Jaime supo, por la vulnerabilidad de su voz, que Noelia se hacía una ligera idea de lo que había pasado, o más acorde a la realidad, de lo que podría haber pasado, y por el amor de Dios, que se sentía bien y satisfecho de sí mismo, y además, esa sensación relegaba a la oscuridad el terror y la inquietud que se habían apoderado de él cuando abandonó la casa de Mariel. Al menos, de momento.

—Sí, así es.

—¿Por qué has apagado el móvil, si se puede saber? Te he llamado varias veces, ya no por mí, sino por tu hijo. ¿Sabes que ha estado esperándote toda la tarde?

—Lo he apagado porque quería pensar, estar solo, ya te lo he dicho.

¿A qué venía esa súbita preocupación por él, o por lo que pudiera haber hecho?, se preguntó extrañado. ¿Acaso le importaba? ¿No era así mejor para ella, o al menos para dejar su conciencia tranquila? Sin embargo, pese a que le pareció mezquino por parte de Noelia, mencionar lo que había sucedido con Javier abrió una brecha en su corazón, un gran agujero por el que penetraron a raudales los remordimientos y el pesar.

—Lo siento. ¿Está dormido?

—Sí, está dormido, desde hace ya una hora —dijo, y su mirada se tornó triste.

Estaba dispuesto a entrar en la habitación de Javier y al menos besar su mejilla, sentir el contacto de su hijo aunque estuviese dormido, pero entonces

Jaime reparó de pronto en dos detalles que le habían pasado inadvertidos desde que llegara a casa. Sin embargo, parecían ir férreamente unidos. Observó la venda que envolvía la mano derecha de Noelia, y luego buscó con la mirada, sin éxito, a *Iron*.

—¿Dónde está *Iron*?

—¿Que dónde está *Iron*? Mira lo me ha hecho tu perro —dijo Noelia, y levantó la mano vendada al aire, agitándola con vehemencia—. Ese... ese perro no está bien. Estaba en la cocina, fui a acariciarle la cabeza y me mordió. Lo he vuelto a encerrar en nuestro dormitorio.

Esta vez Jaime detectó un miedo manifiesto en la voz de Noelia.

—¿Seguro que solo pretendías acariciarlo?

Noelia emitió una falsa sonrisa, más propia del desconcierto.

—¿Me estás llamando mentirosa? Por supuesto que solo quería acariciarlo. Ha reaccionado de forma violenta, como si no me conociese.

O como si te conociera demasiado.

—*Iron* nunca mordería a uno de nosotros —lo defendió Jaime, aunque ya no sabía si lo hacía por llevarle la contraria a Noelia. Esta resopló indignada.

—¿Quieres que te enseñe los agujeros que me ha dejado en la mano? Bueno, esto es inaudito. No me puedo creer que te pongas de parte del perro. —Noelia dio una vuelta sobre sí misma, nerviosa, sujetándose la mano herida. —Escucha bien lo que te digo: esta es la segunda vez que el perro me intenta atacar, y esta vez lo ha conseguido. No pienso permitir que suceda una tercera vez. Imagínate que en vez de a mí muerde a Javier...

—A Javier nunca le haría daño —la interrumpió.

—¡Eso no lo sabes! Además, me da igual. No quiero que tengamos un disgusto, así que quiero que te deshagas de *Iron*. Devuélvelo a la perrera, diles la verdad si te parece, pero no quiero verlo más en casa.

—¡No grites! Vas a despertar a Javier. Y de eso nada —respondió con firmeza—. *Iron* se queda en casa, te guste o no te guste.

Noelia se mordió el labio inferior. Jaime imaginó que estaba a punto de estallar de rabia, y realmente verla en ese estado era satisfactorio, tanto como oprimir el cuello del señor Pineda, o el de Mariel.

—Tú verás lo que haces, pero te lo digo en serio, muy en serio. O se va el perro, o nos vamos nosotros.

De pronto, como si Noelia deseara añadir un pretexto más a su subconsciente, se vio sorprendido por su acercamiento, guardando una corta

distancia. Sabía qué quería, igual que sabía que él, movido por el orgullo, no iba a retroceder. El nimio roce del perfume de una mujer se adhiere a las ropas como un parásito, y Noelia trataba de percibirlo, hallar así una prueba concluyente, conjeturó.

Noelia se quedó en silencio, y luego sus ojos se humedecieron, produciendo un brillo desgarrador. Su voz sonó entonces dura, pero con un leve temblor.

—Saca al perro del dormitorio, por favor. Me voy a dormir, y esta noche puedes quedarte de nuevo en el sofá.

Jaime escuchó los pasos de los vecinos del piso de arriba. En la penumbra del salón, abrió los ojos y asomó la cabeza entre las mantas. Por un momento habían sido tan nítidos y cercanos que había pensado que alguien caminaba en la noche por la casa. Seguramente, pensó mientras vencía el repentino sobresalto, la señora Pilar (o su hijo) habría ido a bajar las persianas. Porque el viento, como en las últimas noches, aullaba de tal forma que estremecía la piel, y a Jaime le recordó el último suspiro de los muertos en su lecho de muerte.

Giró en el sofá hasta ponerse boca arriba y llevó su mirada hasta la ventana, la única fuente de luz, turbia y cenicienta. Sacó el brazo de las mantas y consultó la hora en el teléfono móvil. Casi las dos y media. Los mensajes de Luis, tres en total, seguían parpadeando en la pantalla, también los de Noelia, otros cuatro más, pero desde que encendiera el teléfono no se había sentido con fuerzas de leerlos, porque no había nada ya que quisiera saber de ellos.

Dejó el teléfono sobre la mesa centro y se acurrucó de nuevo entre las mantas. Se había desvelado, y entonces pensó en qué era lo que había ocurrido en casa de Mariel. ¡Fue divertido, sí, muy divertido! *Dios mío, unos minutos más y habría estrangulado a esa chica.* No, se reprochó, si quería conciliar el sueño, debía dejar de pensar en ella, en ese lapsus mental en el que no era consciente de sus actos.

Cerró los ojos, pero al poco tiempo los volvió a abrir. *Iron* había irrumpido en sus pensamientos con fuerza. Jaime tenía la certeza de que el animal era una extensión de su ser, como si ejecutara todos los actos que él no se atrevía a llevar a cabo. ¿Por qué habría mordido a Noelia? Se concedió una pausa, y luego llegó a la conclusión de que lo tenía más que merecido. *Todo hecho tiene una consecuencia.* Desde luego que sí. Y además, había tenido la osadía de lanzarle un ultimátum, después de su traición, después de un mes

soportando su comportamiento esquivo, tratando de convertirlo ahora en el culpable de la situación, incapaz de digerir su propia medicina. *¿Cómo te atreves, Noelia, cómo te atreves a amenazarme con separarme de mi hijo?*

Para cuando logró tranquilizarse, sintió una mirada posada en él, escrutadora. Miró hacia su izquierda y vislumbró un bulto junto al árbol de Navidad. Era pequeño, una silueta mal recortada. Sintiendo el corazón enloquecer, asió el teléfono móvil, lo desactivó y enfocó con su destello hacia esa posición. Una mano gélida masajeó su estómago. Allí, agazapado, se hallaba el perro tuerto que vio en la protectora de animales. Presentaba un aspecto zarrapastroso y mugriento, tal y como lo recordaba. El lugar donde debía estar el ojo era un trozo de carne fundido entre sí rellenando la cuenca vacía, desprovisto de pelaje. El ojo funcional, de mirada intensa y amenazante, lo examinaba sin ceder descanso. Brillaba en la oscuridad debido al velo acuoso que lo cubría, como si se le hubiese metido un insecto por el párpado.

Aguantó la respiración y sostuvo la mirada. El perro gruñó levemente, mostrando sus incisivos torcidos y amarillentos. Los latidos de su corazón se normalizaron y de pronto, de forma inexplicable, dejó de sentir miedo.

Solo fue un parpadeo, necesario para paliar el escozor de los ojos, pero en ese insignificante periodo de tiempo en perro desapareció. Jaime tragó saliva como si de una piedra se tratara, y se cuestionó si acaso no se habría quedado dormido sin darse cuenta, si habría sido asediado por uno de esos sueños lúcidos que se solapan con la realidad.

Su corazón volvió a acelerarse, dispuesto a no concederle tregua. De nuevo, unos pasos se arrastraban por la oscuridad, pero esta vez estaba convencido de que no se trataba de los vecinos de arriba. Provenían del pasillo, de dentro de su casa. Lo había descrito en sus libros en innumerables ocasiones, pero jamás imaginó que la sensación de terror fuese tan encarnizada. Convenía no perder los nervios ni dejarse atrapar por el terror, se dijo, y entonces, como si fuera un niño pequeño, se arrebujó entre las mantas.

El suave sonido de los pasos, como si pretendiesen no ser descubiertos, se dirigían hacia él. *Por el amor de Dios, no te muevas, no respires.*

De pronto, todo cobró sentido.

—Jaime, ¿estás despierto?

Noelia. Santo Dios, me has dado un susto de muerte.

Pretendió fingir que dormía, sin embargo, respondió a su llamada.

—Sí, me he desvelado.

—Perdona —se disculpó Noelia, y se acercó al sofá—, he visto luz y he pensado que tú tampoco podías dormir. ¿Puedo encender la luz de la lamparita? Me gustaría hablar contigo.

Jaime asintió, pero luego pensó que a oscuras no lo habría visto, así que se vio en la obligación de decir que sí, y sintió su voz brusca, áspera, exactamente como se sentía por la inesperada irrupción de Noelia. Vio cómo encendía la luz y su débil resplandor devolvió la vida al salón.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó, y después pensó si acaso no estaría parlotando con uno de sus sueños, una copia exacta de Noelia. Sonrió como si esa posibilidad le hubiese hecho gracia. Llevaba su misma bata, su cabello recogido en una cola de caballo, puede... puede que hasta gozase de algún kilo de más. Su risa se tornó una silenciosa carcajada, como la de un niño que acaba de perpetrar una travesura.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —quiso saber Noelia, sentándose en el sofá, en el hueco que quedaba a la altura de sus piernas.

—Nada, no me hagas caso —respondió, y trató de controlar su risa con exageradas muecas.

Vamos Noelia, o lo que quiera que seas, no pierdas tiempo y acaba. Me han entrado unos deseos horribles de escribir y me estás interrumpiendo.

—Escucha —comenzó Noelia—, lo que he de decirte te sonará extraño, incluso retorcido si lo analizas fríamente, por eso no quiero que me interrumpas, por favor te lo pido. Solo escúchame.

Jaime percibió de nuevo un ligero temblor en su voz, señal de que Noelia, o su duplicado onírico, luchaba contra el llanto. *Claro, cariño. Dime lo que desees, pero no trates de confundirme, ni se te ocurra. ¡Te lo creíste, ja! ¿Piensas que no sé que eres el diablo? ¿Te crees... te crees tan astuto que pensabas que no me había dado cuenta?*

La luz de la lamparita de pie parpadeó. El viento, que había cobrado fuerza, agitó las persianas provocando un fragor insoportable. Jaime descubrió la mirada de Noelia posada en él, una mirada que ahora denotaba un cierto temor, como si estuviese contemplando una abominación creada por la ciencia encerrada en una jaula.

»Jaime —continuó Noelia soltando el aire retenido—, lo sé todo, todo. —*No cariño, no lo sabes todo... ¿Qué es lo que sabes?* —Sé que Luis y tú allanasteis la vivienda del edificio de enfrente para realizar una invocación,

porque tú, como siempre haces y a pesar de que te lo prohibí, querías saber el terror que se siente.

Noelia hizo una pausa para examinar la reacción de Jaime. Viendo que su expresión no variaba ni un ápice, prosiguió. No se dio cuenta de que una sombra, con forma de can, pasaba silenciosa por la puerta, en dirección a los dormitorios.

»Esas cartas que recibiste —prosiguió—, las escribí yo. Sé que las tienes escondidas al fondo del cajón de tu escritorio. En cuanto a la persiana del edificio de enfrente que tanto te ha aterrorizado estos días, la subió Luis. Yo se lo pedí, y se arriesgó de nuevo allanando esa vivienda para seguirme el juego. —Noelia desvió la mirada, como si se sintiese avergonzada por ello. Luego, hizo acopio de valor para lo siguiente que pensaba decir. —Jaime, la trama que se te ocurrió era absurda, mil veces explotada en todos los aspectos. Tenía miedo por ti, por nosotros. No podía permitir que perdieras ocho meses, o quizá más, en algo que no iba a servirte para nada. Habría acabado contigo, con tu carrera, con tu familia. —Hizo una pausa y adoptó un semblante triste. —Fue Luis quien me lo contó. No se me ocurrió una manera mejor para hacerte recapacitar, para que sacaras lo mejor de ti, para que experimentaras tú mismo el terror, como a ti te gusta. —Se tomó un respiro, sin embargo, le pareció que Jaime se había convertido en una esfinge de plástico, que impertérrito, la miraba fijamente a los ojos. Pensó en decirle el motivo principal, el verdadero detonante de la situación, que esperaban un hijo, y realmente creyó que la noticia le haría reaccionar, aunque no fuese el momento más propicio, aunque sintiese aún en su nariz el perfume de una mujer de la que él tenía mucho que explicar, pero de pronto se vio sorprendida por la voz de Jaime, un espantoso susurro con una cadencia fantasmal.

—¿Y por eso me dijiste en la segunda carta que me ponías los cuernos con Luis? ¿Acaso te habrías delatado a ti misma?

Ajá, te pillé. Hasta el diablo comete errores.

—¿Qué... qué estás diciendo? Yo no escribí eso...

—No me mientas...

El tono juguetón de Jaime le arrancó un suspiro de terror a Noelia. Por un instante, sus ojos ya no eran sus ojos, sino los de un demente.

—Joder, no te miento. Te incité a que escribieses sobre el diablo, pero algo más profundo, algo que hiciese referencia al mal que lo atañe...

—¿Te crees que soy tonto? O no, espera, quizá me has tomado por un

imbécil. —La sonrisa burlona de Jaime se desvaneció y su expresión se transformó en ira reprimida. —Sé que estás liada con Luis desde hace tiempo, él me lo ha dicho.

Noelia negó con la cabeza en un signo de incompreensión.

—¿Yo liada con Luis? ¿Pero qué tontería es esa? ¿Y quién... quién te lo ha dicho? ¿Luis?

Jaime esbozó una sonrisa macabra y una punzada de dolor brotó de su encía.

—No. El diablo.

Tú.

No vas a conseguir engañarme. Jamás. Jamás. Jamás.

La luz de la lamparita volvió a titilar, sumiendo al salón en la oscuridad durante exiguos fragmentos de segundo. Entonces Noelia, aterrorizada, se preguntó qué era lo que habían hecho.

—Dios mío.

—No, no blasfemes. Ven conmigo, te lo demostraré. —Jaime se libró de las mantas y, descalzo, se dirigió hacia el despacho. Noelia, que seguía sentada en el sofá, se había quedado sin poder de reacción. —¿A qué esperas?

“Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y mostrarán señales y prodigios a fin de extraviar, de ser posible, a los escogidos... Revestíos con toda la armadura de Dios para que podáis estar firmes contra las insidias del diablo... Y no es de extrañar, pues aun Satanás se disfraza como ángel de luz”.

Jaime encendió la luz del despacho y buscó en el cajón del escritorio. Extrajo la última carta, la leyó y, dándose por satisfecho, se la mostró a Noelia.

—Léela.

Noelia la tomó en sus manos, miró aterrorizada a Jaime, que parecía fuera de sí y sin embargo con una inquietante seguridad de sí mismo en el tono de su voz, y prefirió seguir sus indicaciones.

—“Escriba sobre mí, señor Murillo. Resalte mi oscuro arte para predicar el mal, haga brillar mi vil naturaleza. Tenga presente que la felicidad de su familia depende de ello, no lo olvide”.

Noelia guardó silencio en cuanto pronunció la última palabra. Recordó que cuando la escribió dudó si el resultado sería lo suficientemente creíble. El viento gimió, y su lamento le produjo un escalofrío que tensó su piel.

De pronto Jaime estalló en una falsa carcajada.

—¡Mientes muy bien! —espetó en un tono mezquino—. ¡Y qué duda cabe que eres un maestro de la improvisación!

—Por favor, Jaime, no grites. No quiero que Javier se despierte.

—No quieras llorar. No vas a lograr confundirme.

A esas horas de la noche, las únicas del día en que el edificio se mantenía en silencio, estaba seguro de que las paredes transmitirían con preciso detalle cada palabra de la conversación, ¿pero qué importaba ya? ¿Acaso sabían ellos lo que ahora habitaba tan cerca de sus casas? ¿Acaso sabían con quién estaba hablando? Si solo pudieran imaginarlo abandonarían en ese preciso instante sus casas y las pondrían a la venta sin pérdida de tiempo. «¿Algún inconveniente que debemos saber? No, nada de particular, solo que el edificio está tomado por el diablo, por lo demás, un apartamento muy acogedor y, además, la zona es bastante tranquila».

Entonces Jaime, cegado por la confusión, tomó la decisión que provocaría al día siguiente la irremediable marcha de Noelia y Javier. Avanzó resuelto hacia ella, con una expresión en sus ojos que Noelia no olvidaría jamás, la asió por los hombros y la zarandeó, con tanta fuerza, que su cola de caballo osciló con extrema vehemencia. La carta cayó al suelo, produciendo un ruido sordo. Jaime tenía el convencimiento de que Noelia se desvanecería en el aire dejando tras de sí un reguero de humo negro, o de que repentinamente despertaría tumbado en el sofá del salón. Pero nada de eso ocurrió.

—Para, Jaime, por favor, me estás haciendo daño.

—Mamá, mamá, mamá...

El grito de Javier se arrastró por la oscuridad del pasillo, el grito de alguien que está a punto de ser colapsado por el terror.

Jaime apartó lentamente los brazos de Noelia, embargado por un momento de lucidez. Esta salió del despacho y corrió pasillo abajo, gritando el nombre de su hijo. La mente de Jaime solo pudo procesar el grito y la sensación de peligro, así que salió tras los pasos de Noelia, sin saber muy bien qué era lo que acababa de ocurrir. Su pie descalzo chocó contra la pared, provocando un dolor agudo que ascendió rápidamente por la pierna hasta martillar su cerebro, pero no se detuvo. Ante él solo había oscuridad. Los gritos de Noelia se le antojaban ya muy lejanos. A tientas, avanzó cojeando, hasta que la luz de la habitación de Javier, presuntamente accionada por Noelia, iluminó el camino. ¿Por qué estaba la lamparita apagada?, se preguntó en la zona más

templada del caos de su mente.

Cuando llegó a la habitación sentía los pies gélidos, como si los acabase de sacar de un lago helado. Noelia se abalanzó sobre él presa del pánico, suplicando que bajase a *Iron* de la cama de Javier.

—¡Quítaselo de encima, por favor! ¡Quítaselo!

Jaime observó la escena con parsimonia febril. *Iron* no estaba atacando a Javier, como creía Noelia (a esas alturas, ya estaba seguro de que había sido ella todo ese tiempo). Había subido a la cama, sí, pero el animal se hallaba encogido en un extremo, en posición intimidatoria y emitiendo un gruñido ronco de advertencia, con la mirada apuntalada en aquella maldita porción de pared.

La luz del día, cortada en homogéneas franjas horizontales, entró por las lamas de la persiana buscando sus ojos. Jaime abrió los párpados costosamente y se sintió con la cabeza embotada, como si una resaca le estuviese presentando la factura de la noche anterior.

—Santo Dios... —susurró, y se pasó la mano por la cara, tratando de desentumecer los músculos.

El salón era una bolsa de frío condensado, pero al menos el viento había amainado. De pronto escuchó un sonido gelatinoso a su izquierda. Desvió la mirada hacia el árbol de Navidad y allí, donde la noche anterior había estado el lúgubre perro tuerto, se encontraba *Iron*. Sentado sobre sus cuartos traseros, lo contemplaba con cierta impaciencia, como si hubiera estado toda la noche esperando a que Jaime despertara.

La imagen de *Iron* se evaporó hasta reducirse a la nada y, perplejo, se propuso poner orden en su mente. Tras varios intentos, recordaba todo lo sucedido como un sueño, más bien como una pesadilla. Se zafó de las mantas y se sentó en el sofá, frotándose la cara. De acuerdo, se dijo, había tenido un enfrentamiento con Noelia, había arrastrado a *Iron* por el collar hasta la cocina, su hijo había gritado aterrado en mitad de la noche. Recordaba a Noelia preguntando a gritos, que más bien parecían graznidos, por el comportamiento del perro, qué era lo que había en esa pared que lo estaba desquiciando, y a continuación, se evocó a sí mismo escribiendo en su despacho hasta altas horas de la noche ¿Estaba seguro de todo eso? ¿Qué hora era?

Cogió el teléfono móvil para salir de dudas. Las doce y diez. *Por el amor de Dios, ¿cuánto he dormido?*

De pronto, algo en la casa llamó su atención. Una sensación inquietante, como un mal augurio. ¿Por qué había tanto silencio? Se calzó las zapatillas, se

enfundó la bata y gritó:

—¡Noelia!

La casa le devolvió el silencio, un silencio denso y pegajoso, como un helado que se derrite. Jaime recorrió toda la casa, lo que solo le tomó apenas un minuto. Encontró a *Iron* encerrado en la cocina, y agitó su cola con ímpetu cuando Jaime le dedicó unas caricias y lo dejó en libertad. En cuanto a Noelia y Javier, habían desaparecido. La primera idea que barajó fue que, dada la hora que era, habían ido a dar un paseo, a jugar con la nieve y a disfrutar de las calles adornadas con motivos navideños. Sin embargo, descubrió la verdad cuando se disponía a prepararse un café. Junto a la cafetera, reclinada sobre ella de forma visible, se hallaba una cuartilla con un mensaje escrito, indudablemente con la caligrafía de Noelia. La tomó y la leyó fingiendo despreocupación:

‘Siento que haya ocurrido todo esto. No era mi intención, te lo aseguro, pero después de lo de anoche no me has dejado otra opción. Nos hemos ido a casa de mis padres, creo que este distanciamiento es necesario para que aclares tus ideas y descubras por ti mismo qué es lo más importante para ti. Lo siento, de verdad, pero anoche me aterrorizaste, tú y tu perro, y no puedo permitir que nos pase nada, ni a mí ni a Javier. Si te sirve de algo, no olvides que todavía sigo queriéndote’.

Jaime arrugó la nota entre sus dedos y la vena de su sien palpitó, impulsada por la rabia. De pronto, con un movimiento rápido producto de la frustración, asió la cafetera y la lanzó contra la ventana. Los cristales estallaron produciendo un horrible estrépito y se esparcieron por el suelo de la cocina, por el fregadero, a lo largo de toda la bancada. La cafetera se precipitó por el patio de luces, chocando en una ocasión contra la pared, hasta que aterrizó en una pequeña terraza propiedad del vecino del primer piso, ocasionando un estampido sordo y metálico.

—¡Joder! ¡Joder!

Por su mente pasó el recuerdo de la primera vez que Noelia había tomado esa decisión y cómo la casa pareció haber enroscado sus largos y fríos tentáculos alrededor de su cuello. Por lo que veía, le resultaba bastante sencillo abandonarlo cuando las cosas se torcían. *Cómo te has atrevido, cómo has sido capaz*. Sin embargo, aún tenía un vago recuerdo respecto a lo sucedido anoche. ¿A qué se estaba refiriendo? *Iron* no había hecho nada malo, solo... solo obcecase con esa maldita pared. ¡Ya lo entiendo! Ahora aparecía

un claro en sus pensamientos, sin embargo, un claro tan turbio como aguas cenagosas. Noelia haría referencia a toda esa sarta de mentiras con las que había tratado de confundirlo, incluso coincidían con la maquiavélica mente de Luis, por lo que no era de extrañar que todo hubiese sido idea suya. Todo formaba parte de un elaborado plan, ¿verdad? Hacerlo sentir culpable, tergiversar la verdad para lanzarla como un misil teledirigido contra él.

Joder, necesito café. Me cago en la leche.

Jaime trató de hallar el motivo por el que esta vez Noelia había decidido refugiarse en casa de sus padres en vez de irse con una amiga, tal y como hizo la primera vez, y después de elucubrar unos segundos deambulando por la cocina sin orden ni sentido, creyó hallar la respuesta. Probablemente Noelia pensaba que, después de lo sucedido con el señor Pineda, él no se atrevería a acercarse a casa de sus padres, ni siquiera a doscientos metros de distancia. Aparte de que Noelia había acertado de pleno, también sabía que aunque se lo propusiera, no podría hacerlo. La casa de sus suegros era inexpugnable, imposible de franquear sin tener a la policía a tu espalda apuntándote con el revólver en menos de cinco minutos, o al menos así la había descrito el señor Pineda.

Te crees muy lista, Noelia. Demasiado lista. Tienes lo que querías, puedes irte con Luis si lo deseas, pero no pienses que vas a separarme de mi hijo porque no pienso permitirlo.

Durante la hora siguiente Jaime se vio en la obligación de bajar al bar a tomarse un café, y luego otro, y después otro más, este último acompañado de una copa de coñac. Intentó llamar a Noelia por teléfono, hasta en cinco oportunidades, pero en todas ellas este figuraba como apagado o fuera de cobertura.

Mientras apuraba la copa, trazando reiterativos círculos en su mano, deliberó sobre la nota que había escrito Noelia. Esta era, después de recuperarla, la séptima vez que la leía. *Qué es lo más importante para ti.* Se detuvo en ese fragmento, porque había algo en él que lo desconcertaba. ¿Se refería, quizá, a su encuentro con Mariel? Todo apuntaba a que sí, ya que no tenía duda de que su perfume lo había delatado, estaba convencido. Sin embargo, no hacía alusiones a Luis en ningún momento, ni por el resto de la nota parecía que su furtiva relación hubiese sido la desencadenante de su huida. Luego abordó otro pasaje que, cuando menos, le resultaba inquietante: *Me aterrorizaste, tú y tu perro.* Era inaudito, pensó liquidando el coñac y

depositando la copa de un fuerte golpe sobre la barra. ¿Acaso pensaba que él iba a hacerle algún daño? Jaime meditó su último pensamiento con la mirada perdida. ¿Iba a hacérselo? No. ¡No! Respecto a *Iron*... él actuaba por voluntad propia.

Sin embargo, la ominosa sensación de que el señor Pineda había acabado ganando la partida era como un bloque de cemento atado a su tobillo en mitad de un profundo y frío mar. Finalmente se había salido con la suya, debía admitirlo, y había jugado sus bazas con astucia y mucha paciencia. Así era cómo las ratas actuaron cuando quisieron obligar a dos tortugas de considerable tamaño a salir de su caparazón para comérselas, recordó. Fue en un chalet propiedad de unos amigos de sus padres, emplazada en una urbanización en mitad del monte. Él apenas tenía siete u ocho años y aquel suceso le impactó tanto que no pudo dormir en varios días, aterrorizado por la visión de aquel horror que su mente se empeñaba en recrear una y otra vez. Ahora, el señor Pineda tenía con él a su hija y a su nieto, y al fin había logrado librarse del lastre de su yerno, ese tipo alto y de expresión triste que llevaba la palabra fracaso escrita en la frente.

Cuando entró en casa el vacío, frío y silencioso, recorrió su cuerpo y mente como un tsunami devastador. Incontrolable. Para cuando logró recomponerse, apaciguando en la medida de lo posible el histérico latido de su corazón, solo hubo una cosa que inundó su mente, y fue tan reconfortante, que por infinitos minutos se aisló del mundo, de su ser y del bullicio que atormentaba su cabeza.

Jaime entró en el despacho, encendió el ordenador y escribió. Escribió durante horas inacabables y, mientras tanto, *Iron*, tumbado a su lado, lo contemplaba con inteligente e inquietante mirada.

—¿No vas a contarme lo que ha pasado? —preguntó el señor Pineda.

—No, papá. Hemos tenido una fuerte discusión, no quiero hablar más sobre el tema.

Esa tarde del veintiocho de diciembre, tomando un café en el porche acristalado con vistas al extenso jardín, Noelia evadió por enésima vez la misma pregunta de su padre. A Javier lo había perdido de vista hacía ya tiempo, jugando entre los árboles, y su madre andaba en algún lugar de la casa, puede que leyendo en la biblioteca.

Si tuviese que narrar a su padre toda la historia, lo primero, pensaría que había perdido la razón en algún momento del camino, lo segundo, tardaría tanto que probablemente se les echaría la noche encima. Sin embargo, la verdadera causa era que temía el reproche de su padre, quien para ello solía utilizar una dureza desmedida, y para eso, para acrecentar su sentimiento de culpabilidad, todavía no se sentía preparada.

—Está bien —admitió el señor Pineda—. Como tú quieras. No pienso insistir más, te lo prometo. Solo quiero que sepas que tu madre y yo estamos encantados de que estés de nuevo en casa, con nosotros. Bueno, tú y Javier, quiero decir.

Noelia sonrió y bebió un sorbo de café. Si estuviese Jaime presente, pensó, su sangre comenzaría a hervir en menos tiempo del que se tarda en parpadear. ¿Por qué cualquier matiz de cualquier conversación le hacía pensar en Jaime?, se dijo. Lo echaba de menos, mucho, más de lo que nunca habría imaginado. Era consciente de que había un culpable de aquella absurda situación, y ese culpable era ella. Había llevado las cosas demasiado lejos y, echando un fugaz vistazo en torno a ella, a la grandilocuencia de todo lo que abarcaba su vista, se dijo, convencida de ello, que no habría sido necesario y que había cometido un grave error al llevar las cosas hasta un extremo

insostenible.

La respuesta a todos sus problemas estaba allí, al alcance de su mano. Solo... solo tenía que haber sabido manejar a su padre, hacerle ver que ese hombre que tanto odiaba (como hubiese odiado a cualquier otro en su lugar que no fuese Jaime) era el hombre de su vida, que lo quería con todos sus defectos, pero también con sus múltiples virtudes. Sí, Jaime era un hombre bueno, siempre lo había sido, y también un buen padre. Aquel Jaime que abandonó en casa no era él. Era otro, más mezquino, iracundo y susceptible.

Era el hombre que ahora tenía sentado frente a ella, ese que la examinaba con expresión interesada, el que tenía que haber cambiado. Sus vidas habrían sido más satisfactorias, no le cabía la menor duda.

Antes de que se pudiese arrepentir, Noelia lanzó, resuelta, una incómoda pregunta que a buen seguro pondría a su padre en aprietos:

—Papá, ¿por qué siempre te has portado tan mal con Jaime?

Estaba dicha, ya no había vuelta atrás. Observó cómo a su padre se le destensaba la mandíbula, señal de que no se la esperaba.

—¿Portarme mal con Jaime, yo? —El señor Pineda carraspeó. —Hija, creo que te equivocas, mis intenciones nunca...

—Papá, te conozco demasiado bien y sé perfectamente que nunca lo has aceptado, no intentes convencerme de lo contrario, pero, ¿por qué? Eso es lo que no entiendo. Quiero que me digas el motivo. —Noelia hizo una pausa. El señor Pineda parecía ahora haber encajado un rodillazo en sus partes nobles, cortándole la respiración. —¿De qué tenías miedo? ¿De perderme? ¿De no volverme a ver? ¿O de que alguien por debajo de tu nivel heredase en su día toda tu fortuna? —La voz de Noelia había ido adquiriendo intensidad conforme iban brotando las palabras, y por un momento no creyó lo que estaba diciendo. —Vamos, papá, háblame, dime algo.

A Noelia le dio la impresión de que su padre se sentía arrinconado, y sin duda, esa sería una nueva sensación para él. Lo que nunca habría imaginado, pensó en décimas de segundo, sería que fuese su propia hija la que provocase esa situación. El señor Pineda tragó con dificultad y dejó lentamente la taza de café sobre la mesa de cristal.

—Cariño —dijo con un tono de voz que a Noelia le pareció franco, como si al fin estuviese dispuesto a abrir su corazón—. Tú siempre has sido mi princesa, mi pequeña. Cuando te tuvimos tu madre y yo fue una bendición, el momento más feliz de mi vida, pero el parto se complicó, lo sabes, a tu madre

hubo que extirparle el útero, por lo que nunca más podría tener más hijos. — El señor Pineda se recostó en la silla, humedeciéndose los labios. —¿Lo entiendes, cariño? Eres mi hija, mi única hija, y no soporto la idea de que te separes de mí. —El señor Pineda esbozó una sonrisa, sincera y melancólica. —Es muy triste hacerse viejo, mi amor. Ver cómo todo lo que te importa en la vida se esfuma como el humo. Lamentablemente, lo descubrirás por ti misma y llegará un día en que Javier ya no te necesite, en que será capaz de hacerlo todo sin tu ayuda, y ese día, te darás cuenta de que el fin está un poquito más cerca, de que, repentinamente, pasas de ser indispensable a intrascendente, como una sombra al fondo del pasillo. —El señor Pineda tomó aire y entrelazó las manos sobre su abultada barriga. —¿Quieres escucharlo de mi voz? Está bien: tenía miedo de perderte, de que te alejases de mí.

Había comenzado a nevar y el cielo se había oscurecido. Noelia, al fin, había entendido el infame comportamiento de su padre, no ya con Jaime, sino con todos los hombres que había llevado a casa desde los diecinueve años. Observó a su padre y, por primera vez, lo vio más envejecido y vulnerable que nunca. Sintió una inmensa pena, una emoción que amenazaba con hacerla llorar. Dejó la taza en la mesa, se inclinó ante él y le cogió las manos, rollizas y arrugadas pero increíblemente suaves.

—Papá, qué tonto has sido. Qué tontos hemos sido los dos. Por lo visto he heredado tu orgullo —dijo, y sonrió, una sonrisa más cercana al llanto—. Jaime es un buen hombre, y lo sabes tan bien como yo. No se merecía esto...

—Ha sido por mi culpa, ¿verdad? Por eso estáis aquí Javier y tú.

En parte sí, pensó Noelia. Todo habría sido muy distinto si su padre le hubiese otorgado su bendición desde un principio, pero todo el mérito debía atribuírselo a sí misma. Luis nada tenía que ver, solo se prestó a ayudarla cuando le informó de que estaba embarazada y quería guiar a Jaime por el camino que ella creía el correcto.

—No, papá. Tú no tienes la culpa, además —añadió sonriendo—, no intentes sonsacarme, no voy a contarte nada hasta que todo se solucione.

¿Había solución?, se preguntó inquieta al otro lado de la sonrisa. ¿Por qué Jaime olía a perfume de otra mujer? ¿Qué había hecho? ¿Qué lo había llevado a actuar así? Para todas esas preguntas Noelia no tenía respuestas, y mientras estrechaba las manos de su padre Javier cruzó la puerta del porche.

—Mamá —dijo con aflicción—, me duele la barriga.

—Cariño mío, ¿otra vez?

— Quiero ver a papá...

Javier de pronto se dobló y vomitó, salpicando los zapatos de su abuelo.

Y mientras transcurría esta conversación, a pocos kilómetros de allí se llevaba a cabo otra con tintes más infames. Comenzaba el ocaso, la luz se extinguía trocándose en una blanca oscuridad y en la plaza del General Cárcer, bajo los arcos de piedra que dan acceso a un bloque de viviendas, se distinguían tres siluetas refugiadas hablando entre susurros.

—Lo haremos en Nochevieja —afirmó Dumitru, dando una calada al cigarro.

—¿Tiene que ser precisamente esa noche? —preguntó Leandro, en un vano intento de hacerle cambiar de opinión.

—Sí, estúpido. Esa noche todo el mundo está de celebración. Borrachos como cabrones. Si hacemos ruido hay menos posibilidades de que lo asocien con un robo. Además, la mujer y el crío se han ido y hay que anticiparse antes de que decidan volver. —Dumitru dio otra chupada al cigarro y clavó su mirada en Leandro. Con el gorro negro de lana cubriendo su cabeza, esta resultó intimidatoria. —Apuesto mis huevos a que el hombre esa noche no está en casa.

—Ya. ¿Y si está qué hacemos? Además, ese perro parece tener muy mala hostia —interpeló Ramón, tratando de repudiar el frío con un movimiento rítmico de piernas, al estilo militar.

—Solo necesitamos la dirección de esa mansión. Nada más. Si nos lo encontramos en casa nos cubriremos los rostros y nos desharemos de él.

—¿Estás loco? ¿Piensas matarlo?

—No digas estupideces, joder. A veces pienso que naciste imbécil. Me refiero a que lo dejaremos fuera de combate, de ese modo nunca sabrá cuál es nuestro verdadero objetivo. En cuanto al perro, si hay que eliminarlo, lo haremos, sin dudar. —Dumitru echó la colilla al suelo y la aplastó con la punta de su bota, lanzando una bocanada de humo. —Venga, al lío, repasemos el plan una vez más.

Leandro y Ramón sonrieron al unísono, dejando al descubierto sus ennegrecidas dentaduras. Esas eran las mejores misiones, en eso estaban de acuerdo los tres: rápidas y sencillas. Y lo mejor de todo, esta misión en concreto significaba el pasaporte hacia la cima del poder.

Al día siguiente todo continuaba igual. El mismo frío impetuoso, el mismo tono demudado bañando las calles y la misma sensación obsesiva. Jaime no podía controlar el perpetuo deseo de escribir, de verter sobre el ordenador la historia que vivía en su cabeza, como un extraño y metódico ser vivo que hubiese invadido su mente de manera sorpresiva.

La noche la había pasado en calma, excepto una diligente pesadilla en la que Noelia y Javier eran absorbidos por una espiral huracanada hasta desaparecer en la nada. Sus gritos se perdían en la oscuridad de extraña naturaleza, menguando hasta extinguirse por completo. Se había despertado llorando, con el corazón enloquecido a punto de traspasar su pecho, pero el sueño no tardó en volver a apoderarse de él.

Cuando despertó, sus ojos presentaban unas bolsas oscuras y vesánicas, y cuando se contempló en el espejo del cuarto de baño, somnoliento y aturdido, ignoró la incipiente barba que comenzaba a sombrear su rostro. Se acarició la barbilla y se preguntó si acaso había adelgazado. ¿Y qué importaba ya? Podría quedarse en los huesos como un cadáver resucitado y pasar desapercibido para el resto del mundo.

Solo se permitió salir de casa para acudir a la ferretería en busca de una nueva cafetera y, pegado con cinta adhesiva en el espejo del ascensor, descubrió la nota de un vecino cuya leyenda decía: ‘SI ALGUNO DE LOS VECINOS TIENE UN ACCESO DE IRA, PUEDE METÉRSELO POR EL CULO. POR FAVOR, RESPETEN LA PROPIEDAD AJENA’. Más abajo, en la esquina izquierda y con bolígrafo, alguien había escrito: ‘CABRÓN’.

Su cafetera lanzada por la ventana, pensó divertido, había levantado pasiones, sin duda.

Por un segundo, al sentir el aire frío y estimulante en la cara, Jaime consideró presentarse en casa del señor Pineda, pensando que su sorpresa iba

a ser indescriptible, pero ese segundo pasó y la idea se disipó sin dejar rastro. Se limitó a volver a casa, escondiendo la cafetera nueva bajo su brazo, y a ponerse a trabajar, y así estuvo escribiendo hasta la puesta de sol, sin descanso, sin detenerse a comer, con la inseparable compañía de *Iron*.

Cuando la noche cayó, trayendo consigo un considerable descenso de las temperaturas, Jaime se permitió una pequeña pausa en su trabajo. Un dolor agudo se había aferrado a los tendones de sus manos y las bisagras de sus piernas clamaban un necesario desentumecimiento. Sin darle la merecida importancia, escuchó cómo *Iron* gruñía cuando se levantó de la silla del despacho. Se dirigió al salón, se cubrió con la manta en el sofá y encendió la televisión. *Iron* lo siguió, guardando la distancia. La soledad y el silencio de la casa amenazaban de nuevo con oprimir su mente como si fuera una lata de cerveza vacía, pero finalmente logró dominarse. Quizá solo fuera una sensación, pero Jaime pensó que los conectores de sus sentimientos se iban desensamblando poco a poco, como las clavijas de una telefonista. ¿Acaso no debía haber luchado por su hijo? Sí, así debería haber sido, pero una emoción atroz que crecía en su interior le dictaba otros parámetros más oscuros. ¿Que el diablo se lo estaba pasando en grande con él? Probablemente.

¿Sigues en casa? ¿Estás aquí conmigo, a mi lado, en el sofá, manejando la situación con macabra destreza? —Jaime sonrió mientras cambiaba de canal en la televisión, y si hubiera podido observar su reflejo en un espejo, habría sentido terror de sí mismo—. No pierdas la cabeza, ahora no. No pienses en él, no existe, todo es sugestión, solo eso. Termina el jodido libro, concéntrate en eso, Jaime.

Pero en el fondo de su fuero interno, sabía que no era sugestión.

Detuvo el zapping en una emisora de noticias y subió el volumen, provocando un súbito interés en *Iron*, que alzó las orejas con la mirada atenta a la pantalla.

‘El año nos deja la triste cifra de cuarenta y cinco mujeres muertas por violencia de género. El número de muertes ha aumentado un preocupante veinte por ciento respecto al año anterior y... el número de atentados terroristas en el mundo se ha incrementado este año en un treinta y dos por ciento, dejando un saldo de mil doscientas veintidós víctimas... los crímenes violentos sin resolver en España alcanzan la exorbitante suma de trescientos cuarenta y tres. Pese al encomiable esfuerzo de las fuerzas de seguridad, esta cifra parece multiplicarse año tras año...’

Iron jadeó, con la lengua fuera. Su respiración parecía el traqueteo de un tren de mercancías. Jaime prestó máxima atención a la siguiente noticia que el presentador se disponía a narrar.

‘...sin embargo, uno de los sucesos más extraños y crueles que se han producido en Estados Unidos ocurrió apenas hace dos semanas. En la localidad de Hagerstown, el Sheriff, Bob Owens, fue encontrado de madrugada en la comisaría ahorcado. Aunque todo apunta a un suicidio, a día de hoy todavía continúan las investigaciones. Recordemos la ola de extrañas muertes que sacudió la localidad y que finalizó con el macabro crimen de Tansel Crowell, asesinado por el escritor Jason Campbell en su propia casa, quien continúa...’

Alentador. Muy alentador para finalizar el año. El mundo se va a la mierda...

Jaime se encendió un cigarro con actitud indiferente y apagó la televisión. Después de todo, pensó lanzando un torrente de humo por la nariz, no estaba tan mal poder fumar en cualquier lugar de la casa.

Agotado y adormilado, dejó que se consumiera en el cenicero, y empezaba a creer que el duro día acababa ahí cuando el timbre de casa sonó. Para Jaime fue semejante a recibir una fuerte bofetada. Sus ojos se abrieron expectantes. *¿Quién cojones es ahora? Noelia es imposible, ella tiene llaves, además, dudo mucho de que se digne a aparecer por aquí.*

El timbre volvió a sonar, esta vez con más insistencia. Cuando Jaime ya había decidido acercarse sigilosamente a la puerta y echar un vistazo por la mirilla, la voz de Luis se escuchó desde el descansillo.

—¡Jaime, abre, soy Luis! ¡Abre, sé que estás en casa!

La expresión de Jaime se convulsionó, y luego sus labios perfilaron una incatalogable sonrisa. Se quedó inmóvil en el sofá. *Iron* había levantado sus orejas y contenía la respiración, en alerta. *Eso debería de hacer, querido amigo. Abrir la puerta y lanzarte al perro. No pienses que voy a hablar contigo, no quiero volver a verte en lo que me queda de vida.*

El timbre volvió a sonar, estridente.

—¡Jaime, por favor, abre, tengo que hablar contigo!

Su voz sonaba amortiguada por la madera de la puerta. Tenía un deje implorante, patético y ridículo al modo de ver de Jaime. *Ya sé lo que me vas a contar, cabrón. Te has enamorado de mi mujer y vienes a buscar mi perdón y mi beneplácito. ¿Sabes lo que te digo? Que puedes irte por donde has*

venido.

A continuación, escuchó cómo se abría la puerta del vecino. La voz de Jorge, grave e intimidatoria, traspasó la puerta y avanzó por el pasillo.

—¿Qué pasa aquí? ¿Tiene algún problema?

—No hay ningún problema —oyó que respondía Luis—. Solo quiero hablar con Jaime.

—Creo que no está. Yo no lo he oído en todo el día, y créame, con estas magníficas paredes sé de lo que hablo.

Jorge intentando ayudar, pensó. Eso era una auténtica novedad. Quizá solo se mostraba tan servicial en fechas navideñas, porque el resto del año era un perfecto bloque de hielo. Sin embargo, al escucharlo referirse a él en concreto, se preguntó si Jorge ya sabía que Noelia y Javier habían dejado la casa, para luego acabar admitiendo que lo que su vecino pensase carecía de importancia.

—Bien, gracias por tu ayuda, te lo agradezco de veras —escuchó que decía Luis con tono frustrado—. Lo volveré a intentar mañana.

—Un placer.

La puerta del vecino se cerró y la voz de Luis se apagó, dejando como único rumor el sonido del ascensor. Jaime acarició la cabeza de *Iron*, ya relajado, y luego se tumbó en el sofá, acurrucándose bajo la manta. Borró a Luis de su mente y al principio la trama del libro rondó por su cabeza, tratando de arrebatarse el sueño incitándole a armar ese gran final que se aproximaba inexorablemente, sin embargo, la extenuación logró vencer esta vez y al poco tiempo se quedó dormido.

Por primera vez en mucho tiempo, las pesadillas le concedieron una tregua, y esa noche no soñó con nada. Al menos, nada que recordase a la mañana siguiente.

Ese día, después de pedir cita la mañana anterior y pese a las vanas tentativas de su padre para que visitara a su médico particular en vez de a ese matasanos, Noelia había llevado a Javier al doctor Pereira. Se habían desplazado hasta el ambulatorio en el BMW del señor Pineda, uno de tantos de su amplia y prohibitiva colección, y tuvo especial cuidado de no tener un encuentro fortuito con Jaime.

La alarma, aunque fuera débil, había saltado y una extraña inquietud se había apoderado de ella. Javier no solía sufrir de dolencias estomacales, y en el espacio de un mes había sufrido dos accesos. Vale que la primera vez, a principios de diciembre, la causa había sido un virus, y en esta ocasión, después de efectuarle el doctor Pereira un exiguo reconocimiento, finalmente lo había atribuido a un empacho, como la gran mayoría que pasa por aquí en estas fechas donde los excesos están a la orden del día, habían sido sus palabras exactas.

Sin embargo, aunque ambos diagnósticos eran más que razonables, por la mente de Noelia vagaba un extraño presentimiento, ese sexto sentido que nace en una madre desde que siente por primera vez a su hijo en su vientre.

Sí, Javier había abusado de la abundante comida con la que su madre, como siempre solía hacer por estas fechas, había atestado la mesa. También de los dulces, una colección irresistible imposible de rechazar. ¿Pero hasta el punto de vomitar?

Javier había mejorado notablemente y había llevado a rajatabla la dieta blanda que le había impuesto el doctor. Esa noche Javier se sentía cansado y después de cenar una sopa había pedido ir a dormir, eso sí, junto a Noelia, que ante la mirada comprensiva de sus padres, no había podido negarse. Javier, abrazado a ella, se había quedado dormido nada más cerrar los ojos. Noelia, abrigada por la penumbra del dormitorio, lo estrechó con fuerza contra su

pecho.

Javier está bien, no te vuelvas paranoica. Estos días has soportado mucha tensión, solo es eso. Tienes que aprender a ver las cosas desde otra perspectiva, una en la que no termine todo en una hecatombe.

La respiración pausada de Javier actuaba como el mecer de una cuna, y Noelia se dio cuenta de que ella también se sentía extenuada. Cerró los ojos y pensó en Jaime, tratando de apartar de su mente el estado de Javier. ¿Qué le estaba pasando? ¿Había perdido la cabeza? Jamás le había puesto una mano encima, y estaba convencida de que si Javier no hubiese gritado esa noche, las cosas no se habrían detenido en un simple zarandeo. Sus pensamientos viraron como un barco sin tripulación y, abrazada por el calor de las mantas, creyó encontrar el motivo por el que Jaime se había visto con otra mujer, y todos los indicios apuntaban hacia una única culpable: ella misma. Su comportamiento esquivo y distante, sus palabras vacías y carentes de sentimientos, todo ello unido en un tétrico brebaje, había alterado la percepción de Jaime hasta un punto insostenible. De acuerdo, se dijo, puedo ser capaz de aceptar su infidelidad como un castigo justo, ¿pero qué había de ese violento cambio en la personalidad de Jaime?

Respecto a *Iron*, no albergaba ninguna duda: la aterrorizaba. La había atacado en dos ocasiones, y en una de ellas la había llegado a morder. El animal había sido caritativo, ya que solo había presionado sus terribles fauces lo suficiente para infligirle una herida superficial, pero sabía que si hubiese querido le habría triturado la mano como si de una prensa hidráulica se tratase. Abrigaba la extraña sensación de que *Iron* pretendía que Javier y ella abandonaran la casa, como si deseara quedarse a solas con Jaime, y este, a su vez, demostraba una inquietante afinidad con el animal, como si formase parte de ese perturbador cambio en su personalidad. Pero solo era una sensación, ¿no era así? Se preguntó qué sería lo que pasaba por la mente de Jaime y, con ese planteamiento, de nuevo volvía al punto de partida como si se hubiese sumergido en un bucle de tiempo. Su mente, incapaz de afrontarlo de nuevo, dijo basta y quedó dormida con su cabeza apoyada sobre la de Javier.

Mañana, sería la última noche del año, y Noelia soñó con la pared del dormitorio de su hijo, con *Iron* desportillándola con sus patas y dientes en un frenético ataque de ira, una pesadilla que la despertó a media noche con los ojos anegados de lágrimas. Porque de la profunda oquedad formada había brotado algo, algo que no quería volver a recordar en su vida.

El año se despedía con un amanecer marcado por una intensa nevada. Jaime apenas había dormido tres horas esa noche, trabajando sin cesar y a base de cafés, pero a las ocho de la mañana sus ojos se habían abierto alentados por el intenso día de escritura que le esperaba. Debía recopilar datos, y eso le llevaría un par de horas, seguro. Cuando se giró en la cama hacia la derecha, quedó sorprendido al ver echado a *Iron* en el lado de Noelia, que lo observaba con expresión pesarosa como si estuviese esperando un rapapolvo. Pero no le importó. En absoluto. Sonrió como una marioneta hueca, acarició su cabeza e *Iron* gimió, tratando de lamerle la mano.

Después de una ardua labor indagando en internet y en su biblioteca personal, estuvo preparado para continuar con la novela. Todos los flecos encajaban tan fácilmente como un puzle de seis piezas; podría decirse, había pensado en una arremetida de fascinación, que todo el argumento había sido urdido con la misma habilidad que una araña teje su telaraña en la esquina de una casa ruinoso. Un organismo literario perfecto. Vivo.

Cerca de las doce recibió una llamada de Eugenio. Jaime interrumpió su trabajo y observó el nombre de su editor impreso en la pantalla táctil. Dudó si responder o no, pero ya que aquel hombre era el encargado de dar vida a su trabajo, optó por el sí.

Como imaginaba, sus motivos eran felicitarle el nuevo año que comenzaría en poco más de doce horas, recordarle que la firma de libros del día veinte en Valladolid era una cita muy importante a la que no podía faltar y, por supuesto, exigirle que le enviara vía e-mail todo el trabajo que llevaba realizado.

Así lo hizo, y al cuarto de hora Eugenio volvió a llamar.

—¡Por Dios Santo, Jaime! —exclamó—. ¿Cómo ha podido cundirte tanto en poco menos de un mes? Casi sesenta mil palabras, es... es sencillamente impresionante.

Jaime sacó un cigarro del paquete dispuesto sobre la mesa y le prendió fuego. Ahora sentía los ojos irritados, y estaba seguro de que si se mirase a un espejo, vería dos bolas blancas inyectadas en sangre.

—Sí, he trabajado muy duro.

¿Que has trabajado duro, pedazo de pedante? Solo has tenido que copiar lo que tu mente te dictaba.

—Pero no solo es eso —continuó Eugenio con tono exaltado—. He estado leyendo fragmentos al azar y creo que jamás había leído algo así de ti. Es magistral, soberbio, y te estoy siendo sincero, créeme. No parece tuyo, no sé cómo explicarlo. —Eugenio calló y tomó aire. —Me gusta, me gusta mucho.

—Gracias, Eugenio. Trato de hacerlo lo mejor que puedo.

—No me des las gracias. Continúa, acábalo, porque le veo muchas posibilidades. Si el resultado final es como lo que he leído, con toda probabilidad nos planteemos traspasar fronteras con él.

Jaime debía mostrarse eufórico ante las palabras de Eugenio, pero no era así, y ni siquiera tenía la capacidad de pensar el porqué de esa actitud pasiva. Lo único que deseaba era que Eugenio cortase la comunicación para seguir trabajando.

—Es un halago para mí, Eugenio. No creo que tarde mucho en terminarlo.

Y lo acabaría antes si dejases de interrumpirme.

—Es lo que querías, ¿no? Dar ese salto categórico en tu carrera.

—No te equivocas, Eugenio. Es lo que *quería*.

Ahora lo que quiero es que te tragues tus babosas palabras y me dejes acabar el jodido libro.

A las tres de la tarde había dejado de nevar y Jaime sintió un leve mareo, como si el despacho se hubiese invertido. Allí, colgado del techo, con la lengua basculando empapada en saliva, vio a *Iron*, y por un instante le pareció que sonreía. Le costaba tragar, como si su garganta hubiese sido estrujada por una mano de lija, así que, sujetándose a las paredes, fue hasta la cocina, se bebió un vaso de agua y se comió un trozo de pan. No podía permitirse desfallecer, pensó como si flotase en un globo, y si debía meterse algo en el estómago, lo haría. También estaba fumando demasiado, lo sabía y sentía los pulmones resentidos, pero ahora ya no había tiempo para pensar en sí mismo. ¿Acaso alentaba una tendencia suicida, aunque fuese a largo plazo? Sujeto a la bancada, sonrió, y su encía gimió de dolor.

Se tumbó a descansar en el sofá, contemplando la nieve depositada en las

cornisas y los balcones de los edificios de enfrente y, pasada media hora, regresó al despacho, dispuesto a continuar. *Iron*, por lo visto, no se había movido de allí.

Era curioso, pensó, pero ya no sentía la ventana de aquel maldito edificio como una presencia escrutadora. Ahora era más bien una ventana vacía, muerta... o quizá lo que allí habitaba (llámalo por su nombre, cobarde) solo se había trasladado de lugar.

Negó con la cabeza insistentemente y se puso manos a la obra. Estuvo escribiendo hasta las once de la noche, sin descanso, acosado por un juego de chispas que chisporroteaban en sus ojos. El bullicio de los vecinos celebrando la Nochevieja le pasó inadvertido, como si aquel acontecimiento no fuese con él. Al rato, apoyó un segundo la cabeza entre los brazos cruzados sobre la mesa y el sueño se precipitó contra él como una locomotora sin maquinista.

Jaime se despertó súbitamente. No tenía claro que hubiese formado parte de un sueño, pero había sentido una fría mano sobre su hombro, y por Dios, que le había puesto el vello de punta. Levantó la cabeza de la mesa y sintió un agujonazo en el cuello y en la espalda. *El caballo galopa por mis entrañas, y relincha cuando ve las sombras desvaídas inclinarse ante él. Guárdate de ofrecerme tu reverencia, tu sangre, tus miedos. El camino es eterno, tortuoso, un lugar donde la carne se corrompe.*

Palpó la mesa hasta encontrar el teléfono móvil. Eran las dos y trece minutos. Escuchó el griterío de sus vecinos y cayó en la cuenta de que era Nochevieja. Había comenzado un nuevo año, y fue entonces cuando indagó en los mensajes del teléfono. Sorprendido, pero sin darle mucha importancia, comprobó que nadie le había felicitado. O había perdido la cobertura o era más insignificante de lo que pensaba.

Se incorporó haciendo crujir su espalda y dedicó unos pensamientos a su familia. Seguramente habrían brindado todos al llegar las doce de la noche, e imaginó a Javier sonriente, bebiendo de una copa de agua, aunque él le habría dado a probar un poco de sidra como su padre solía hacer con su hermano y él, pese a que Noelia lo hubiese convertido en una imprudencia indigna de un padre.

A continuación, imaginó al señor Pineda henchido de regocijo, con sus párpados aplastados tras los gruesos cristales en una sonrisa triunfal, sintiéndose arropado por la familia que le había arrebatado.

¿A que olía? A algo rancio, como un trozo de pescado pasado, pero no, era algo que no lograba encasillar. Sintió el frío recorrer su cuerpo. Se dio cuenta de que el calefactor de cuarzo se había apagado, pese a que el interruptor continuaba encendido. Desconocía que ese trasto poseyese algún tipo de termostato, o puede que hubiese llegado al final de su vida útil. *O quizá lo*

había apagado alguien. Allí dormido podía haber cogido una pulmonía, se dijo tratando de dominar los temblores, y entonces *Iron* hizo algo que no esperaba, pero que disparó los latidos de su corazón como si hubiera visto a un muerto abrir los ojos en su lecho de muerte.

El animal se había incorporado y se había vuelto hacia la puerta del despacho, gruñendo y mostrando sus dientes amarillentos. Jaime se levantó, no sin esfuerzo, y observó su cara. Por un momento le recordó la cara de un demonio, negra como la noche, con sus afilados dientes brillando como sucios diamantes, los ojos desquiciados pero dotados de una inteligencia sobrenatural. Semejante al abominable rostro que emergió de detrás del sofá en su pesadilla.

—¿Qué pasa, muchacho? —dijo, y sintió su voz ruda y cascada.

Entonces, cuando escuchó un leve rumor en la cerradura de la puerta principal, comprendió qué le sucedía a *Iron*. Lo primero que pensó fue que Noelia había decidido visitarlo en una fecha tan marcada, una especie de acto de misericordia. El pensamiento se difuminó de inmediato, porque conocía el sonido de sus llaves al hacer girar la cerradura, y aquel sonido era más bien una manipulación, como si un borracho se hubiese equivocado de casa.

Iron se acercó a la puerta caminando al trote, como un sigiloso felino. Él sintió el terror abrirse paso a través de sus entrañas, el recuerdo de los ladrones, y que ya había olvidado, llenando su mente hasta desbordarla. Y entonces algo cambió. Su mente se estiró como una goma elástica, luego se comprimió hasta formar un punto diminuto para luego explotar y volver a retraerse sobre sí misma. Pasó a formar una masa gelatinosa carente de pensamientos y renació en algo nuevo... algo que no sentía miedo.

—A la cocina, *Iron* —susurró.

El perro se giró hacia él, gimió y obedeció. Los ruidos en la cerradura eran cada vez más estruendosos, y de pronto, el golpe de un hombro, o quizá una patada, hizo estremecerse la puerta. Jaime apagó el ordenador, la luz del despacho y se reunió con *Iron*. Todo eso lo hizo con una inquietante parsimonia, como si dispusiese en su poder de los maquiavélicos engranajes del tiempo.

La oscuridad y el silencio en la casa se hicieron absolutos, como en un cementerio en una noche de invierno. El olor a pasado se intensificó, aunque Jaime no lo percibió. Sujetó a *Iron* por el collar, se agazapó en una esquina y esperó.

Las risas y los gritos de los vecinos camuflaban las acometidas contra la puerta de la que, en una de ellas, saltó el cerrojo Fac cayendo al suelo con un sonido metálico. Escuchó una voz apagada por el pasillo, proveniente del otro lado de la puerta, que decía algo así como una *vez más, una vez más*.

Un nuevo golpe, enérgico, terrible.

La atmósfera se tornó densa, como si una niebla de algodón hubiese invadido la casa.

A la siguiente embestida la puerta cedió y las bisagras chirriaron. Jaime vio un haz de luz deslizarse fugazmente por el pasillo.

—Estamos de suerte. Parece que no hay nadie —escuchó que susurraba uno de ellos.

—¿Y el puto perro? —dijo otro, con un extraño acento.

—No está, no hay nadie.

—Bien, sabéis lo que hay que hacer. Comencemos por el salón.

Jaime escuchó los pasos arrastrarse por el pasillo y vislumbró el mismo haz de luz, proveniente de una linterna, recorrer la oscuridad. Sonrió. Sonrió porque ese episodio ya lo había vivido en el argumento de su novela... y sabía cómo acababa. Vio tres sombras dejar atrás la cocina, sigilosas, ignorando su presencia, y entonces se incorporó sin soltar el collar de *Iron*. Este, tirando de él, se mostraba nervioso y ávido. Luego buscó en la oscuridad el cuchillo que Noelia empleaba para descuartizar el pollo.

Tomó aire y dejó caer una frase como quien arroja una moneda a una fuente.

—A por ellos...

Su mano liberó el collar de *Iron* y este corrió hacia el pasillo haciendo trastabillar sus patas traseras. Sus muslos golpearon la pared impulsados por la inercia...

...y cuando se disponía a virar en el pasillo las luces del árbol se encendieron. Dumitru, que había comenzado a registrar los cajones del mueble principal, se giró hacia el árbol sorprendido, pero no asustado. El terror se apoderó de él cuando vio que junto al árbol de Navidad no había nadie, y se convirtió en pánico irracional cuando, en el momento en que el juego de luces se apagaba por segundos, vio refulgir dos ojos en la puerta del salón.

En el milimétrico instante en que el color rojo brotaba pausadamente del árbol de Navidad Dumitru enfocó con su linterna al rottweiler.

—Me cago en la leche —espetó Leandro, cogiendo el brazo de Ramón.

La proporción del animal era inmensa. Los músculos de su pecho y de sus patas delanteras se veían tan abultados que daban la sensación de poder explotar en cualquier momento. Sus ojos destellaron al recibir el haz de luz directamente en ellos. La expresión era la de un animal loco, ávido de sangre, y así lo demostraba su morro contraído mostrando una afilada hilera de dientes.

—¡Mátalo, Leandro, mátalo! —ordenó Dumitru, que había retrocedido unos pasos hacia la ventana.

—Y una mierda. Joder. Joder.

La luz del árbol pasó del rojo al verde. El salón se convirtió de pronto en un bosque de horror, salpicado de sombras alargadas. Iron gruñó, y su gruñido, ronco y recio, tronó en el salón como el aliento de una bestia.

Iron avanzó un paso muy despacio, tanteando la situación, como si estuviese elaborando una estrategia de ataque. Sus uñas rasparon el suelo. El color amarillo manó del árbol, transformando la cara de *Iron* en una expresión de furia contenida. Leandro fue el primero en entrar en pánico. Instintivamente, soltó el brazo de Ramón, extrajo una navaja del bolsillo trasero de sus pantalones y bordeó la mesa central, pretendiendo de algún modo esquivar al

perro que bloqueaba la entrada y huir de allí. Dumitru, que había llegado hasta la ventana, observó aterrorizado la escena. La expresión de Leandro era de auténtico pavor, la de alguien que sabe que su final, doloroso y atroz, está al otro lado del abismo bajo sus pies. Leandro chocó con una silla y solo dispuso de un fallido intento de defenderse con la navaja. El filo pasó a pocos centímetros de *Iron*, y este, en un movimiento preciso, atrapó con su inmensa boca el antebrazo de Leandro. Sucedió muy rápido. Dumitru pudo escuchar con nitidez cómo los huesos del brazo eran triturados, un sonido parecido al crepitar de una madera vieja. Leandro chilló de dolor y se retorció en el suelo, pero el alboroto de la noche se había vuelto en su contra. Nadie lo escucharía, y si lo hacía, no le prestaría atención.

El salón se inundó de un azul estrellado. *Iron* al fin soltó la presa y alzó la mirada para no perder de vista a los otros dos. Ahora Leandro lloraba. De espaldas al suelo, intentaba retroceder, sujetándose el brazo que se había convertido en un amasijo de carne masticada.

—No, por favor, no...

Ramón, paralizado a pocos metros de Dumitru, sollozó y sintió de pronto sus pantalones calientes. *Iron* sabía que tenía la situación controlada, y también sabía que de allí no iba a salir nadie con vida. Dejando escapar un gruñido demencial, hundió el hocico en las entrañas de Leandro y apretó la descomunal mandíbula hasta juntar sus dientes. Leandro, que trataba de sacárselo de encima asiéndolo por el collar, gritó por última vez.

El salón se tiñó de rojo, comenzando el ciclo de colores. *Iron* levantó la cabeza, y su boca estaba impregnada en sangre. Mostró sus dientes, y estos refulgieron en la penumbra.

—¡Ahora Ramón, esta es tu oportunidad! —gritó Dumitru.

Ramón, como si de pronto sus pies caminasen por una alfombra de cristales, echó a correr en dirección a la salida. Dumitru dejó escapar una cínica sonrisa y se preparó para correr en cuanto tuviese la oportunidad. Ramón efectuó un torpe juego de pies, como un púgil ante una inmensa mole de músculos. *Iron* lo siguió con cortos movimientos de cabeza, tratando de descifrar por dónde debía atacar.

Para él, fue extremadamente sencillo.

El temblor en las piernas de Ramón lo impulsaron a cometer un error, y cuando sus rodillas se doblaron a merced del terror *Iron* se abalanzó sobre él de un salto certero. Ramón solo pudo ver cómo unas fauces repletas de dientes

irregulares se lanzaban sobre su cuello. Únicamente sintió un leve dolor, como la inyección de una enfermera principiante, y luego la sangre caliente abandonar su cuerpo en pequeñas cascadas. Sí, burbujeaba a causa de la respiración de aquella bestia, que hurgaba y hurgaba con sonidos grotescos, y puede que incluso sintiese un leve cosquilleo.

Luego, después de unos inacabables segundos, solo hubo oscuridad.

Dumitru arrancó a correr en cuanto vio que el perro había derribado a Ramón. Solo disponía de una oportunidad, y si conseguía salir de aquella habitación, atravesar el pasillo y cerrar la puerta de entrada antes de que el perro lo alcanzase se habría salvado. ¿Conseguiría que la puerta que habían reventado se mantuviese cerrada el tiempo suficiente? Esos pensamientos desfilaron a una velocidad vertiginosa. Chocó contra la mesa, pero sus piernas no temblaban. Recuperó el equilibrio y pasó junto al perro, que se había cebado con Ramón. El haz de luz de la linterna describía alocados círculos por las paredes. Por el rabillo del ojo observó cómo el animal levantaba la cabeza y gruñía, seguramente dispuesto a ir detrás de él. Al atravesar la puerta del salón pensó que lo había logrado, y chocó contra la pared del pasillo, provocando un sonido sordo. Giró sobre sí mismo tan rápido como pudo y huyó pasillo abajo.

Sentía las pisadas del perro correr detrás de él como una estampida de caballos. Su corazón estaba a punto de partirse en dos. Ya no pensaba en la dirección de aquella mansión, ni en la lujosa vida que había imaginado hasta ese día. Solo pensaba en sobrevivir. A cualquier precio. Miró sobre su hombro con expresión aterrada. Detrás de él solo había oscuridad, viscosa y amenazante, pero el animal estaba allí, en algún lugar. Podía escuchar sus jadeos, sus aparatosas pisadas sobre el suelo de terrazo cada vez más cerca.

De pronto sintió algo frío y afilado introducirse en sus entrañas. El aguijonazo de dolor paralizó sus músculos como si hubiese recibido una descarga eléctrica, y sintió cómo una mano, fuerte y firme, le asía por el hombro, inmovilizándolo para que aquel frío penetrase más hondo. Luego, fue consciente de la herida mortal y cerró los ojos. Dedicó unos segundos a su madre, al terrible dolor que la acometería al conocer su muerte, y entonces sintió un terrible pesar. Notó la hoja del cuchillo, porque al fin dedujo que así lo era, trazar círculos en sus intestinos, lacerándolos con la misma facilidad que se corta el aire, y a continuación el dolor fue tan intenso que desapareció. O quizá solo fuese la vida que exhalaba su último aliento. Dispuso de unos

valiosos segundos para sentir cómo el rottweiler le daba alcance y cerraba su boca sobre su gemelo izquierdo, desgarrándolo y convirtiéndolo en girones de carne.

Una última punzada de dolor, demasiado insoportable.

Luego, nada.

A las seis y veinte de la mañana Jaime cayó extenuado en la cama, y a continuación rompió en llanto. Se arrebujaó entre las mantas y gritó. Fue un grito prolongado, envuelto entre sollozos, con la firme convicción de que nunca acabaría. Pero se fue extinguiendo, poco a poco, hasta transformarse en un gemido lastimero, como quien, al fin y al cabo, acaba aceptando la muerte de un ser querido, y luego se durmió.

Unas horas antes, cuando tomó consciencia de lo que había sucedido, todavía sujetando férreamente el cuchillo en su mano, fue víctima de un terror indescriptible. Fue tan macabro y abyecto como jamás podría haber imaginado, y por un segundo quiso dejar de sentir. No era necesario... era más de lo que podía soportar.

Cuando logró calmarse, la idea surgió de su mente con cierta timidez, pero cuando cobró la fuerza suficiente supo que eso era exactamente lo que debía hacer, y sin perder tiempo.

El trastero del garaje era la solución, al menos momentánea, hasta que se le ocurriese algo mejor. *Por ejemplo, descuartizar los cuerpos, amontonarlos en el maletero del coche y enterrarlos en mitad del monte. O mejor aún, quemarlos, aunque los huesos, no, creo que los huesos nunca llegan a carbonizarse... no sé.*

Sacó todas las fundas de plástico que utilizaban para proteger las mantas en verano y envolvió lo mejor que pudo los tres cadáveres. Mientras lo hacía, sintiendo el estómago revuelto, tuvo especial cuidado de precintarlos bien para que la sangre no goteara. Y así, uno por uno, fue introduciéndolos en el ascensor y trasladándolos hasta el trastero.

Fue una labor ardua y engorrosa, pero efectiva, sin duda. Tuvo la suerte de no cruzarse con ningún vecino, ni en el ascensor ni en el garaje, y tuvo la convicción de que esa suerte estaba siendo sospechosamente demasiado

favorable.

Una vez que hubo amontonado los cuerpos al fondo del trastero, los cubrió con las viejas mantas que utilizaba para proteger las bicicletas, y para finalizar, se cercioró de cerrar con llave el trastero y sellar con precinto el resquicio de la puerta, por si de aquí a unos días los olores a descomposición decidían hacer una excursión fuera de su prisión.

Ya en casa, bloqueó la puerta de entrada con las sillas, al igual que lo hizo la primera vez, y pasó a las labores de limpieza. Afortunadamente las paredes no habían sido salpicadas de sangre en demasía, pero el suelo de toda la casa estaba cubierto por densos charcos de sangre, que ya comenzaban a secarse. Llenó el cubo de agua, le echó un buen chorro de lejía y se puso manos a la obra bajo la atenta mirada de *Iron*, que no cesaba de relamerse la sangre que había quedado impregnada en su hocico.

Al final de la operación, Jaime contempló satisfecho su trabajo. A primera vista nada parecía haber sucedido allí, sin embargo, la escena dantesca y sanguinolenta había echado raíces en su psique, que comenzaba a propagarse como la peste bubónica por su mente.

Era eso lo que querías, ¿verdad? Pues ya lo tienes, ya lo tienes...

A las ocho y cinco de la mañana unos golpes en la puerta lo despertaron. Sus ojos, hinchados, parecían haber sido sellados con silicona. Luego escuchó los gritos de un hombre que aceleró su corazón, pero solo un poco, porque ya sabía lo que tenía que decir:

—¡Policía! ¿Hay alguien en casa?

—¡Voy, voy, un segundo!

Jorge, junto a dos policías locales, se hallaba en el rellano. La historia que había urdido en su mente fue más que convincente. Él había salido de fiesta y los ladrones habían aprovechado para entrar a robar en su ausencia. Con una destreza que desconocía, habían logrado encerrar al perro en la cocina. Cuando regresó, borracho, había decidido tumbarse a dormir y llamar a la policía a la mañana siguiente.

La policía escuchó su versión sin prestar mucha atención, echaron un fugaz vistazo (al igual que hicieron la primera vez) por toda la casa y acto seguido llamaron a la Guardia Civil según dictaba el protocolo. Por un segundo temió que repararan en el fuerte olor a lejía, pero no fue así. Ni unos, ni otros.

La forma de actuación se repitió, y excepto la pregunta si le habían robado algo, a la que contestó que todavía no había tenido tiempo de comprobarlo,

nada más quisieron saber, ni siquiera dónde se hallaba el resto de la familia, aunque les llamó la atención que los ladrones, si es que se trataban de los mismos, hubiesen repetido el robo en tan poco espacio de tiempo. No obstante, subrayaron que la forma de actuar de muchas bandas, sobre todo procedentes del este, era precisamente esa.

—Llame al seguro y arregle esa puerta. Tendrá que pasar por la comisaría para presentar denuncia —dijo un Guardia Civil alto y bisoño, quien parecía estar disgustado por tener que trabajar el primer día del año en vez de estar durmiendo la mona. Luego desvió la mirada hacia *Iron*—. Los ladrones de hoy en día se las saben todas, sentimos no poder hacer más.

—No se preocupe, hoy mismo me acercaré sin falta. Conozco el protocolo, tengo experiencia...

Cuando se hubo quedado solo, pensó divertido, casi enardecido, en el árbol de Navidad y en el gran papel siniestro que había representado esa noche. Lo curioso, sin duda, era cómo se había encendido solo, porque lo había comprobado y las luces estaban desenchufadas.

Una gran maniobra, sí señor, una gran maniobra. No te fallaré, te lo prometo.

Jaime se marcó un objetivo firme: concluir la novela para el día veinte de enero, el día de la firma de libros en Valladolid. Sería el colofón perfecto.

Veinte días por delante, veinte días de trabajo extremo.

Durante ese tiempo no sucedió nada significativo. Jaime perdió cerca de cuatro kilos, y para cuando llegara la fecha estipulada, su cuerpo presentaría una escualidez considerable, más propia de alguien que ha caído enfermo.

El seguro se encargó de reparar la puerta forzada y, al contrario de como pensaba, las fuerzas del orden nunca llegaron a personarse en su domicilio. Aunque era algo que no le importaba en absoluto, durante los primeros días no pudo evitar pensar que esos tres hijos de puta deberían tener familia, y esas familias, dependiendo del grado de afectación entre sus miembros, deberían haber denunciado sus desapariciones. Alguien sabría algo acerca de sus movimientos, Jaime tenía el convencimiento, y las investigaciones irremisiblemente desembocarían en él.

Al final de la partida, nadie debía sentir la más mínima preocupación por ellos, y decidió que se pudrirían en su trastero hasta que el libro estuviese terminado.

Recibió varias llamadas telefónicas de Luis, pero no contestó a ninguna de ellas. Tampoco a sus mensajes. Luis jamás volvió a personarse en la puerta de su casa. En cuanto a Noelia, al fin había decidido ponerse en contacto con él. Lo llamó por teléfono en un par de ocasiones, en los días cercanos al evento, pero prefirió dejar que sonase el teléfono hasta que se cortase la comunicación. En ningún momento pensó que quizá Javier anhelaba hablar con él, de ahí el motivo de las llamadas. En los escasos momentos de lucidez que disfrutaba al día lo echaba de menos y, resuelto, habría sido capaz de dar su vida aunque solo fuera por escuchar su voz. El breve instante de lucidez se difuminaba y acto seguido volvía a caer sobre su mente un velo negro y

lúgubre con una única consigna: terminar la obra.

En el transcurso de los días gritó enloquecido, gritó desesperado, lloró y tiró el árbol de Navidad al contenedor de la basura. Golpeó las paredes, permitió que la comida se pudriese en la nevera y olvidó su higiene personal.

Su aspecto se demacró en tal medida que parecía otra persona distinta. Se había convertido en una sombra desvaída, demacrada, con una expresión espectral capaz de aterrorizar al mismísimo diablo.

Era cierto, nada significativo ocurrió durante esos fríos días de invierno. Nada hasta la noche del diecinueve de enero.

El ulular del viento, macabro y gutural, despertó a Jaime. Durante un corto instante se dejó embargar por la satisfacción de haber terminado el primer borrador del libro. Arropado por la oscuridad, sentía la firme convicción de que la novela precisaría de pocos cambios. Era la sensación de saber que cada palabra escrita estaba en el lugar correcto, como si alguien ya se hubiese ocupado de esa empresa. Sin siquiera leerla, había enviado por e-mail el borrador a Eugenio. Guardar y enviar, fácil.

¡Sí, la había acabado, al fin, y en la fecha prevista!

Sonrió en la oscuridad, y por primera vez sintió la mente clara y despejada, como si al vomitar toda la amalgama de palabras, pensamientos y emociones su cerebro hubiese empezado desde cero. Hacía escasas horas que había escrito la palabra «fin», y al hacerlo fue como si la atmósfera hubiese caído sobre él como un líquido caliente y pastoso. La sensación de liberación, al fin y al cabo, había sido inconmensurable.

Jaime posó delicadamente la mano sobre su estómago. Era maravilloso volver a sentir ese incómodo hormigueo un día antes de una firma de libros. Notaba su verdadero yo inundar todo su ser, como si regresase de un largo y misterioso viaje, como... ¡Javier! Por el amor de Dios, ¿cuánto tiempo hacía que no hablaba con su hijo? ¿Y con Noelia? ¿Tan disgustada se sentía que no había intentado ponerse en contacto con él, aunque solo fuese para hablar de la caótica situación en la que se habían sumergido, o aunque solo fuese para que su hijo hablase con su padre?

¿Acaso te veías en situación de hablar con alguien, desgraciado? Además, recuérdalo, sí que te llamó, hace tan solo unas horas. Fuiste tú quien no quiso descolgar el teléfono. Lo dejaste sonar y sonar, sonar y sonar...

De pronto, una sensación postergada se apoderó de él, y se vio tan

complacido que sus ojos se encharcaron de lágrimas: tenía hambre, mucha hambre, tanta, que sería capaz de comerse un caballo entero.

El viento azotó las persianas, estremeciéndolas como a la vela de un barco. Entonces sintió la respiración de *Iron* junto a él, pausada y ronca. Cogió de la mesilla de noche el teléfono, vio que eran las tres y veintidós e iluminó con el resplandor de la pantalla al animal. *Iron*, acurrucado en la cama, con la cabeza acomodada entre sus patas, lo observaba con cierta indiferencia, como si acabase de despertarlo de un agradable sueño.

Sonrió (descubrió que ahora le era muy fácil sonreír) y al hacerlo sintió un intenso golpe de dolor en la encía. Se palpó con la punta de la lengua y, desconcertado, descubrió que donde antes existía una muela ahora solo había un hueco vacío. Aterrado, creyó que la muela se había desprendido mientras dormía y que se la había tragado involuntariamente. Con premura, encendió la luz de la lamparita de noche y se incorporó en la cama, buscando entre las sábanas. Al tiempo, encontró la muela debajo de la almohada, pero no respiró tranquilo. No, no había tiempo para eso. La cogió entre sus dedos y la examinó con cierta obnubilación. Estaba intacta, no entendía qué había ocasionado su caída, ni tampoco esos dolores de encía que acarreaba desde hace ya muchos días. En un acto reflejo, su lengua hurgó en el hueco de su dentadura y descubrió que algo provisto de filo estaba naciendo en su lugar. ¿Otra muela? Su estómago se contrajo repentinamente, y lanzó un grito apagado cuando se dio cuenta de que sobre la cómoda, junto a su lado de la cama, descansaba la cabeza de juguete que Ana nunca recibió. Por Dios, ya ni la recordaba, tampoco recordaba no habérsela entregado a Luis antes de Nochebuena. *¿Cómo había ido a parar ahí? ¿Todavía te lo preguntas? Por favor, déjame en paz, he cumplido mi parte con creces. Lo he perdido todo, todo, déjame en paz.*

Los ojos de la muñeca, cristalinos y vacuos, daban la sensación de escudriñarlo con una mirada muerta. Una idea, más bien un recuerdo borroso, comenzó a formarse en su mente. *La has puesto tú, anoche, antes de irte a la cama. Has sido tú, nadie más.* ¿Hasta qué punto debía hacerle caso a su mente?

La luz titiló provocando un zumbido eléctrico, también una sucesión de sombras inertes. Una ventisca desraizó sus pensamientos de tierra firme y los zarandeó como si se trataran de hojas arrancadas de un libro. La perturbación en la que se había sumido se acrecentó cuando escuchó un sonido persistente

proveniente del pasillo, no, procedía de la habitación de Javier, Jaime llegó a esa conclusión cuando retuvo la respiración y prestó la máxima atención. Era una suave cadencia, insistente, como... como el latido de un corazón enfermo. ¿Tan intenso era que se escuchaba incluso en su dormitorio? Jamás había sucedido así, jamás.

Iron levantó las orejas y se irguió, clavando sus enormes patas en el colchón. Jaime, al girar levemente la cabeza y ver al animal en estado de alerta, emitiendo un leve gruñido, obtuvo la confirmación de que ese sonido no sucedía únicamente en su cabeza.

Paralizado, observó cómo el perro saltaba de la cama y salía de la habitación en busca de ese atroz sonido, que cada vez tronaba con más fuerza en el silencio de la casa. Jaime, pese a que estaba helado, sintió el sudor correr por su frente. Tomó la decisión de seguir a *Iron*, porque ya no lo soportaba más, y esa noche supo que debía poner fin a ese tormento.

Salió del dormitorio y el rumor, cada vez más intenso, lo golpeó con fuerza. Se tambaleó y se taponó los oídos con las manos, en un vano intento de acallar los latidos.

—¡Basta! ¡Basta!

Sintió su propia voz hueca, como salida de una caja de zapatos. Avanzó por el pasillo, oscuro como el interior de un féretro, y cuando viró en el ángulo recto que formaba creyó que sus tímpanos explotarían irremediablemente. Ejerció más presión sobre sus oídos, y entonces escuchó los ladridos de *Iron*. Gracias a él pudo ubicar dónde estaba la puerta de la habitación de Javier. Entró a trompicones y accionó el interruptor de la luz, a riesgo de sentir un líquido caliente y espeso brotar de su oído expuesto.

Iron estaba junto a la cama de Javier, echado sobre sus patas delanteras, ladrándole a la pared, unos ladridos graves pero ahogados que retumbaban en las paredes.

—¡Para *Iron*! ¡Paraaaa...!

Jaime se vio a sí mismo buscando el cuchillo que empleó contra aquel cerdo y clavándoselo a *Iron* en su inmenso cuello, perforándole cualquier arteria que pasase por allí con tal de que el animal callase. *¿Pero qué coño hay ahí, QUÉ COÑO HAY AHÍ?*

Sin embargo se le ocurrió otra cosa mucho mejor, antes de que la razón lo abandonase definitivamente. *Es lo que quieres, ¿verdad? Eso es lo que quieres.* Salió del dormitorio y se dirigió hacia la galería de la cocina. Cada

paso que daba era lo más parecido a avanzar por un prado cubierto por medio metro de nieve. El golpeteo rítmico y constante se estaba haciendo camino entre sus oídos, como el roer de una voraz rata, lo sentía, cada vez más cerca de su cerebro. Si no se daba prisa perdería la razón, esa era una afirmación que no albergaba ninguna duda. *¿Acaso no la has perdido ya?* —Gimió dolorosamente—. *No, aún me queda una pizca, un último aliento.* Salió a la galería, gélida como el corazón de un iceberg, y buscó en un pequeño armario su caja de herramientas. La abrió y extrajo el martillo.

Regresó sobre sus pasos, creyendo que nunca lo conseguiría, y sorteó a *Iron* hasta colocarse frente a la pared. Allí, tan cerca, el raro picoteo casi podría mecerlo entre sus brazos. Llenó sus pulmones y descargó el martillo contra la pared. Una y otra vez. Una y otra vez. Cada golpe hacía estremecerse los músculos de su brazo, como si fuesen a desligarse por los extremos.

¿Qué te parece? ¿QUÉ TE PARECE? Voy a acabar contigo, aquí y ahora mismo.

Iron reculó unos metros, sin cesar de ladrar, con el pelaje erizado y los ojos desorbitados. El martillo comenzó a formar una oquedad oscura e irregular en la pared, astillando el ladrillo y descascarillando la pintura. Un nuevo golpe incrustó el hierro en el hueco y Jaime lo removió, al igual que hizo con las tripas de aquel desdichado, hasta que logró extraerlo. Acto seguido, volvió a golpear, con más fuerza.

El siguiente martillazo produjo un sonido metálico, apagado, y sin esperarlo un chorro de agua helada brotó de la tubería, cayendo sobre él y sobre la cama de Javier y empapándolo de pies a cabeza. *Iron* detuvo los ladridos y huyó de la habitación en cuanto el agua rozó sus patas. *No. ¡No!*

Extenuado y aletargado por el frío, intentó volver a golpear la pared, pero el manantial de agua era demasiado potente, demasiado gélido. Comenzó a formarse un gran charco en el suelo, y Jaime, dándose por vencido, dejó caer el martillo y se precipitó de rodillas, llorando, cubriéndose la cara con las manos.

La cadencia infernal se desvaneció de inmediato. Ahora lo único que escuchaba eran golpes y gritos en el piso de arriba, gritando algo acerca de la policía y de que eran casi las cuatro de la madrugada.

Se incorporó, sintiendo su mente vacía como una calabaza en Halloween, caminó desmañado y pesaroso hasta la cocina y cerró la llave de paso. Silencio.

A las siete de la mañana Jaime salió camino a Valladolid asumiendo el riesgo de sufrir un accidente debido al estado de los discos de freno o, siendo un poco más benevolente en la resolución de su destino, de quedarse tirado en la carretera.

A esa misma hora, Noelia bajó por el ascensor del hospital hasta el parking, subió en el BMW de su padre y salió chirriando ruedas, deteniéndose en el último instante ante la barrera de seguridad. Poseída por un llanto incontrolable y con la cara desencajada, abrió la puerta para sellar el ticket, pero un empleado del parking, desde la garita, decidió subir la barrera al percatarse del estado en el que se encontraba.

Volvió a subir al coche y ascendió la rampa en dirección a casa. Un fuerte olor a goma quemada inundó su olfato, pero lo ignoró. Dios mío, ¿por qué Jaime no cogió ayer el teléfono? Si fuera él mismo, habría deducido que algo anómalo sucedía debido a su insistencia. Golpeó el volante con la mano y luego lo asió con tanta fuerza que sus nudillos se tornaron blancos.

Por favor, Dios mío, no me quites a mi hijo, no me lo quites, es lo que más quiero en este mundo.

El tráfico comenzaba a condensarse en las calles, a cada minuto que el reloj avanzaba. También los cláxones se volvían más insistentes e intolerantes, como una música disonante in crescendo. Aún no había amanecido, y el helor matinal se presentaba intenso y seco.

Noelia se saltó un semáforo y a punto estuvo de sufrir un accidente, pero en contra de lo esperado, apretó el acelerador hasta que se vio obligada a detenerse en el siguiente semáforo en rojo.

Debía hablar con Jaime, y debía hacerlo ya. En silencio, con los dientes apretados, maldijo al doctor Pereira. ¿Cómo podía haber sucedido algo así, cómo había podido mostrar tanta incompetencia? Ofuscada por la rabia y la

desesperación, pensó que si algo le ocurría a Javier ese doctor de tres al cuarto no iba a quedar indemne.

Mientras esperaba a que el tráfico se reanudara, pensó en la tarde de ayer, y el llanto volvió a llamar a sus puertas. Cuando Javier comenzó a quejarse del estómago, de que le dolía más que nunca, ni ella ni sus padres le otorgaron mucha importancia, ya que el fantasma del virus estomacal se había instalado en el cuarto de huéspedes por todo el invierno. El dolor provocó una serie de vómitos, cada vez a intervalos más reducidos, que lo obligaron a postrarse en cama. La situación se tornó verdaderamente alarmante cuando los vómitos adquirieron un tono casi negro, como si de pronto Javier estuviese expulsando de su cuerpo aguas fangosas, con horribles convulsiones que lo doblaban por la mitad.

Fue en ese momento, tras transcurrir casi una hora y admitir que el hediondo manantial parecía inagotable, cuando tomó la decisión de llamar a una ambulancia. Para entonces, sus manos temblaban como si su cuerpo hubiese sido sumergido en un barril de agua gélida. Fue el señor Pineda quien tuvo que arrancarle el teléfono de las manos y ocuparse de la llamada.

La ambulancia llegó a los quince minutos, y ella acompañó a Javier en la parte de atrás mientras sus padres la seguían a corta distancia en el BMW. Los médicos le suministraron suero vía intravenosa, y durante el trayecto los vómitos remitieron, pero Javier ya no abría los ojos. Pensó aterrada que seguramente se sentiría extenuado por el inmenso esfuerzo, pero allí tumbado en la camilla, agitándose con el traqueteo de la ambulancia, le dio la innombrable sensación de que estaba muerto. *Tranquílcese, sus constantes vitales se mantienen favorables.* Sin embargo, los ojos del médico, alto y corpulento, mostraron un inquietante desconcierto al examinar el insólito vómito, cuando minutos antes Javier expulsó lo último que le quedaba en el cuerpo. La sensación que le produjo fue como si ese médico jamás hubiese visto nada parecido en su trayectoria clínica, y eso fue precisamente lo que provocó que el terror se extendiese por todo su cuerpo como una onda sobre la superficie del agua.

Algo iba mal, podía sentirlo, palparlo con sus manos.

La ambulancia frenó bruscamente frente a la puerta de urgencias del hospital y trasladaron a Javier de una camilla a otra ante la indiscreta, incluso impertinente, mirada de la gente que colmaba el acceso al hospital y la sala de espera, para llevárselo con la máxima premura hacia el interior de los

pasillos, allí donde ella tenía prohibido el paso.

El reloj avanzó ciento ochenta angustiosos minutos, y para entonces Javier yacía en coma profundo en una de las habitaciones de la octava planta. Los médicos se mostraban perplejos, y hasta cierto punto cautelosos. Javier fue sometido a innumerables pruebas de urgencia, y en ninguna de ellas hallaron nada que explicase qué le había sucedido al pequeño.

Noelia tocó el claxon cuando el semáforo se puso en verde, secándose las lágrimas con el dorso de la mano. *Vamos, por favor, vamos.* Su hijo se moría, no tenía la confirmación de los médicos, pero algo en su interior le dictaba ese fatal desenlace. Jaime era su padre, debía estar allí con él, con ella. Si no, nunca se lo perdonaría. Callejeó para robarle unos minutos al tiempo, y cuando aparcó de un frenazo frente a la puerta de su casa comprobó en el reloj digital del coche que solo habían transcurrido cuarenta minutos.

Se apeó del coche, sin preocuparse de cerrarlo, y corrió hacia el portal buscando en su bolso con manos trémulas las llaves de la puerta. Por Dios, no atinaba a introducirla en la cerradura, y entonces prorrumpió en llanto. Cuando al fin logró abrir la puerta corrió hacia el ascensor. Mientras ascendía, con un leve traqueteo, le pareció que iba dentro de un ataúd de metal, e irremisiblemente regresó la imagen de Javier a su mente, con expresión apacible y los ojos cerrados como si durmiera, la piel tersa y brillante bajo las intensas luces del tanatorio, las manos entrelazadas sobre su pecho y ataviado con un traje oscuro confeccionado a medida, dentro de su ataúd de madera radiante, reducido en tamaño acorde a su estatura. Era la estampa de un ángel, de su hijo, privado de la vida por algo inexplicable.

¡Mi hijo no va a morir! ¡No va a morir!

Su grito reverberó en las paredes metálicas del ascensor. Su corazón latía con afán, consiguiendo que la sangre crepitara en sus venas. ¿Y si Jaime no estaba en casa? La duda la asaltó cuando el ascensor se detuvo en la sexta planta con una fuerte y estruendosa sacudida. Debía estar, se dijo tratando de convencerse a sí misma, debía estar.

Se lanzó hacia el timbre, lo pulsó de un manotazo y, sin esperar respuesta, logró introducir la llave en la cerradura al tercer intento, pese a que al principio ofrecía una extraña resistencia, como si la cerradura hubiese sido cambiada.

La puerta acabó abriéndose y las bisagras chirriaron como si no hubiesen sido engrasadas en años. Una imagen fugaz le hizo pensar que así debían de

gemir los goznes de las enrejadas puertas de un cementerio, sin embargo, lo ignoró, igual que ignoró el fuerte olor a lejía que todavía persistía en la casa.

—¡Jaime! —gritó, con la voz al borde del llanto—. ¿Dónde estás?

Cerró la puerta y avanzó unos pasos, esperando una respuesta. Fue, sin embargo, un inquietante silencio el que le dio la bienvenida, un silencio que provenía de las fauces de la casa. Su piel se estremeció y repitió su llamada, con el mismo resultado, pero infinitamente más intenso, más sobrecogedor.

Por una fracción de segundo pensó que Jaime seguía enfadado y había optado por no contestarle, aferrándose a la última esperanza de que se encontrase en casa. Incluso llegó a imaginarlo paralizado frente al ordenador, aguantando la respiración.

—¡Jaime, contesta, se trata de Javier!

Pasó por delante de la cocina y la escudriñó asomando la cabeza. Vacía, aunque observó extrañada la ventana reparada con una hoja de cartón y afianzada con precinto, por donde penetraba una fina corriente de aire. Luego le tocó el turno al despacho. Si lo encontraba allí podía ir preparándose. La puerta estaba abierta, y su interior vacío.

—¿Iron?

El animal no respondió. ¿Podría Jaime estar dando un paseo con él? Claro, ¿qué si no iba a estar sucediendo? Ya que no contestaba al teléfono, no le quedaba otra opción que esperar a su regreso. Entró al salón, comprobó que Jaime no estuviese allí y dejó el bolso sobre la mesa. El árbol de Navidad ya no estaba, tampoco ningún adorno, pero en los cristales de la ventana vio desdibujados los muñecos de nieve y el Papá Noel y los renos que Javier imprimió allí. Habían sido raspados, sin lograr el objetivo. De pronto sintió un ataque de ansiedad. Su corazón se precipitó al vacío y le costaba respirar, como si alguien hubiese depositado una enorme roca sobre su pecho. Su cuerpo comenzó a temblar incontroladamente. Su hijo estaba en coma en el hospital, al borde la muerte, y ella estaba en casa, sola, sin saber si estaba actuando de la manera correcta. *Jaime, ¿dónde estás? Ven, por favor, ven. Nuestro hijo, es nuestro hijo... nos necesita.*

Se sentó en una silla y trató de dominar su respiración. Inspirando y espirando, lenta y rítmicamente. Cerró los ojos, al tiempo que apoyaba la mano en su frente, y desconociendo el motivo se vio invadida por una extraña sensación que le provocó una gran desazón. No estaba sola. Pese al silencio, pese a la primera luz del día que sumía la casa en una espantosa quietud, tenía

la inexplicable certeza de que en la casa había alguien más con ella.

Se irguió en la silla y sus músculos se tensaron. Volvía a perder el control de los latidos de su corazón, y no podía permitírselo, de ninguna manera. Aspiró los mocos de la nariz y entonces escuchó algo que le provocó una sensación de caída libre en su estómago. Estaba segura, ni por un segundo dudaría de su oído: había sido un gruñido. Lejano, pero igualmente pavoroso y torvo.

La presunta escena que había imaginado en su mente se derrumbó como un esqueleto que tratase de ponerse en pie. Si el perro estaba en casa (Dios mío, eso era más de lo que podía soportar), ¿dónde estaba Jaime entonces? Evocó el aroma del perfume de la otra mujer, como si de pronto flotase en el aire, y tuvo el horrible presentimiento de que Jaime se encontraba con ella, posiblemente disfrutando del comienzo de un frío y plomizo día.

Sin embargo, ahora tenía problemas mayores, y se dio cuenta de que por un instante se había olvidado de Javier. Solo un terror extremo, espeso y cancerígeno podría haber logrado tal hecho.

—¿*Iron*? —susurró, porque, incluso con el débil tono de voz que brotó de su boca, sabía que el perro podía oírla.

Iron respondió con otro gruñido desde algún lado de la casa, como de advertencia, o quizá desafiante, sí, la modulación en la forma de aplicarlo implicaba más ese término. Noelia sintió el impulso de huir de casa (antes de que fuese demasiado tarde), olvidar a *Iron* y a Jaime y conducir sin mirar atrás hasta el hospital, junto a Javier, antes de ocurriese lo inevitable. ¡*No! ¡Javier no va a morir, ni se te ocurra pensar en eso!* Sin embargo, la parte más ecuánime de su mente le sugirió que quizá Jaime estuviese en apuros, tirado en la cama puede que inconsciente (o borracho), por eso no contestaba, porque, al fin y al cabo, no se había detenido a inspeccionar aquella parte de la casa.

Resuelta, se encaminó hacia el dormitorio principal, pero lo hizo pausada y cautelosamente, como si no quisiera llegar nunca y, sin embargo, admitiendo que sus piernas jamás se detendrían hasta alcanzar su destino. Esperó encontrarse con *Iron* al salir del salón y girar por el pasillo a la izquierda, pero no fue así. El frío coagulado en la casa comenzaba a traspasar sus ropas de abrigo, y de pronto comenzó a tiritar, leves espasmos que le agarrotaban los músculos del cuello.

Cuando llegó a la habitación de Javier abrió la puerta, que se encontraba entornada, y descubrió que *Iron* no se encontraba allí, pero el enorme agujero

abierto en la pared, del que colgaba una tubería seccionada y retorcida como si de un alambre se tratase, la sumió en un estado de perplejidad que dibujó en su rostro una expresión despavorida. Examinó con mirada vacilante el suelo de la habitación. Todavía estaba cubierto por un gran charco de agua, que estaba comenzando a secarse, pero acabó creyendo que la inundación debió de ser mucho mayor.

—¿Qué... qué ha pasado aquí? —susurró con un hilo de voz quebrada.

Entonces recordó cómo la noche anterior a su partida *Iron* pareció volverse loco ante esa pared, ladrando enardecido encima de la cama de Javier. Su mente logró atar un cabo suelto, pero aún quedaban muchos más que no lograba entender, demasiados para perder ahora el tiempo en ellos.

Volvió a entornar la puerta y se dirigió hacia el dormitorio, y un sudor frío cubrió su frente, porque sabía quién estaba esperándola allí. Por un momento evocó el mordisco que le infligió *Iron*, el terrible dolor que le causó sentir sus afilados dientes perforarle la carne, con tanta facilidad como una vela se introduce en una tarta de cumpleaños. Entonces decidió mudar su condición asustadiza a otra más autoritaria y enérgica, porque esa raza de perros olían el miedo, sí, eso fue lo que dijo su padre, era como si se sintiesen ofendidos, obligados a acabar con él.

Inspiró aire, apretó los labios con fuerza y recorrió el corto tramo de pasillo hasta el dormitorio, dejando atrás el cuarto de baño, del que provenía un olor fecal. La puerta también estaba entreabierta, dejando el espacio necesario para... para que cupiese *Iron*. Asió la manija, que estaba helada, y abrió la puerta de golpe, sin dudar.

—Jaime, ¿estás aquí? —trató de decir con voz vigorosa, aunque se dio cuenta de que su tono distó mucho de sus pretensiones. Fue más bien un sollozo quejumbroso y entrecortado, y supuso que había cometido un error fatal.

No. Jaime no estaba en el dormitorio. En cambio, *Iron* sí. La imagen que vio destelló en su retina, sobrecogedora, demencial. El perro se encontraba acomodado en la cama, como una esfinge egipcia. Las plumas de las almohadas flotaban en el aire como las hojas en otoño, y el colchón había sido rascado, destripado, devorado. El suelo estaba cubierto de trozos de espuma de látex, como si una copiosa nevada se hubiese producido en el interior de la casa.

Noelia no pudo contener un grito, histérico y afilado. Pero no por el

deplorable estado en el que *Iron* había dejado la cama, sino por él mismo. Por ese maldito perro. Su rostro se mostraba deformado por la rabia, como si unas cadenas invisibles tirasen de su piel, dejando al descubierto su enorme boca colmada de dientes irregulares y babeantes, de un tono mucho más pajizo de lo que creía recordar. Las órbitas de sus ojos se perdían en la nada hasta encontrarse con los suyos, abiertos de tal manera que parecía imposible. Su pelaje, negro como la garganta de un difunto, radiaba y se erizaba por momentos.

—*Iron*, cariño, soy yo. ¿No me reconoces? —exclamó, con voz titubeante y paralizada a dos pasos de la puerta, porque si hacía el mínimo intento de huir, aunque solo fuese retroceder un paso, presentía que aquella fiera se lanzaría a por ella.

Iron hizo un amago de levantarse, tensando sus corpulentas patas y blandiendo el hocico hacia el techo, pero sosteniendo la mirada. El acto reflejo que Noelia pretendía evitar sucedió inexorablemente. Echó su cuerpo hacia atrás, retrocediendo un paso y lanzando un gritito apagado, en un desesperado intento de ampliar la distancia que los separaba. Sí, eso es lo que estaba esperando *Iron*, o quizá solo estaba deleitándose con su miedo, tan intenso que probablemente podría hasta olerlo, creyó en un pensamiento fugaz.

Iron ladró una sola vez, y su ladrido retumbó en sus oídos haciendo tambalearse su cerebro. De pronto sintió que su vida podría extinguirse incluso antes que la de Javier, y el terror se abrió paso por su ser como un río desbordado. Mientras giraba sobre sus talones y echaba a correr, se reprendió por volver a pensar en la muerte de su hijo, como si en su fuero interno, bajo circunstancias extremas, supiese que no había lugar para otro desenlace distinto.

Pero ahora Javier debía esperar, por el amor de Dios. Su mente lo protegió en un arcón metálico en un lugar seguro que tenía reservado para él. Allí donde ni el dolor más tortuoso e inimaginable podría llegar.

El foco de su visión se centró en el pasillo, penumbroso y asolado por infinidad de sombras desperdigadas y difusas. Mientras corría, sintiendo cómo su corazón trataba de administrar la sangre por su cuerpo a velocidad vertiginosa, escuchó el sonido sordo que provocaron las patas de *Iron* al chocar contra el suelo. *Viene a por mí, Dios mío, ayúdame*. Giró por el pasillo, trastabillando, y se le ocurrió que si hubiese cerrado la puerta del dormitorio a tiempo ahora estaría a salvo, pero ya era demasiado tarde. Al fin

y al cabo, los actos que pueden salvarte la vida siempre se le ocurren a uno cuando ya no hay solución posible. Escuchó el eco de sus jadeos en su pecho. También escuchó el resollar de *Iron* detrás de ella, muy cerca, y sus uñas raspando el terrazo, como si de tanta energía que desprendía le supusiese un terrible esfuerzo avanzar.

Recorrió la mitad del pasillo y de pronto supo que nunca alcanzaría la puerta de entrada. El terror nubló su visión y alteró la percepción del espacio-tiempo. Escuchó un ronco ladrido muy cerca de ella, tanto, que casi pudo olfatear su hedor, a carne corrompida, a sangre.

Javier, te quiero, cariño mío, no lo olvides nunca.

Sus pensamientos se llenaron del bebé que se gestaba dentro de ella, de la frágil y endeble protección que su abdomen podría ofrecer ante el ataque de la letal boca de *Iron*, y entonces una voz le habló en el interior de su mente, suave, tranquila: *entra en la cocina, rápido.*

El perro enloquecido le daba alcance. Todo sucedió muy rápido, en escasos segundos, pero que para ella supusieron eternos minutos. ¿Quién le había hablado? ¿Su bebé, telepáticamente, de apenas el tamaño de una nuez? No, no había sido él. Su voz... su voz era la de Javier. Con los ojos anegados en lágrimas, atravesó la puerta de la cocina y, estando a punto de caer al girar rápido sobre sí misma, cerró la puerta con tanta fuerza que el cristal retumbó, y tuvo la certeza de que si le hubiese ejercido un poco más fuerza, habría estallado en mil pedazos.

Iron se levantó sobre sus patas traseras y apoyó las delanteras en el cristal, tratando de morderlo, ladrando sin cesar, como si hubiese descubierto que al hacerlo su fuerza se iba multiplicando exponencialmente. Noelia retrocedió de espaldas, con expresión despavorida, sin apartar la mirada del cristal translúcido, donde podía apreciar la silueta difuminada de *Iron* luchando por traspasar el cristal.

No había sido su imaginación, lo supo cuando la misma voz volvió a hablarle desde algún recóndito lugar de su mente, con dulzura apacible, quizá desde donde hábilmente había ocultado el arcón: *no pierdas tiempo, Iron va a entrar. Coge el cuchillo, coge el cuchillo, coge el cuchillo...*

Su espalda chocó contra la bancada. Su corazón palpitaba a un ritmo insoportable. Miró por encima de su hombro y divisó en la esquina la tabla de cuchillos. Extendió el brazo y asió el más grande, el que usaba para cortar el pollo, aquel que días antes había probado el sabor de la sangre humana.

En el momento en que lo empuñaba con ambas manos, *Iron* dio un prodigioso salto y atravesó el cristal como si de una fina hoja de papel se tratase. El estruendo fue ensordecedor, ahogando el grito de Noelia, y los cristales se esparcieron por el suelo con un tintineo aterrador. Algunos de ellos se clavaron dolorosamente en el rostro de *Iron*, sobresaliendo como lo hacen las espinas en el tallo de una rosa, pero el supuesto dolor no lo detuvo. Su mirada desquiciada se posó en Noelia, que había caído sentada en el rincón de la bancada, con las piernas flexionadas. Su rostro estaba desencajado por el terror, y como única medida de protección ante *Iron*, sujetó el cuchillo por delante de sus rodillas a modo de lanza. Cuando vio que el perro, poseído por una furia desmedida, no dudaba en lanzarse sobre su cuello con los dientes como avanzadilla, cerró los ojos y tensó sus brazos.

El sonido del cuchillo al penetrar en la garganta de *Iron* le resultó viscoso y resbaladizo. Luego, su gemido lastimero le hizo sentirse bien. Acababa de herir mortalmente a un animal, pero se sentía bien, joder, se sentía viva. Abrió los ojos, con temor, e *Iron* cayó en ese instante con todo su peso sobre su cuerpo. La mirada del animal ya no denotaba odio ni rabia. Ahora miraba a un punto desconocido, y su brillo fantasmagórico había desaparecido. La sangre brotaba de su cuello cercenado formando un gran charco espeso y cobrizo alrededor de Noelia, y en él nadaba plácidamente la vida de *Iron*, escapando de su cuerpo en cada borboteo.

Noelia rompió en llanto, sin liberar el mango del cuchillo, e impresionada se dio cuenta de que sentía sobre su vientre (sobre su hijo, Dios mío, sobre su hijo) el latir del corazón del perro, cada vez más lento, más débil. Latió durante treinta y dos segundos, hasta que por fin se detuvo, y al mismo tiempo, su respiración fatigosa.

Dejó escapar un grito de rabia, de triunfo, pero sobre todo de incrédulo desconcierto. Fue apagándose hasta trocarse en un sollozo desconsolado. Al fin sus dedos se destensaron y desasieron el cuchillo. Notó cómo sus manos temblaban febrilmente. Hizo acopio de fuerzas y empujó el cadáver de *Iron*, que rodó por el suelo con un sonido sordo y baboso impregnándose de su propia sangre. Se quedó sentada un momento, extenuada y sobrecogida y con respiración fatigosa, pensando que quizá toda aquella locura no estaba sucediendo realmente, que todo formaba parte de un sueño.

La vida y la angustiada realidad se volcaron de pronto sobre su mente. Javier. Jaime. Maldito seas, maldito seas por haber traído este perro a casa.

Entonces escuchó el sonido de su teléfono, lejano, como si estuviese a kilómetros de distancia. Alguien llamaba. Sus ojos se abrieron, brillantes y acuosos. Jaime, tenía que ser Jaime. ¿Dónde estaba el teléfono? Se levantó con más ímpetu del que creía y mientras corría aturdida hacia el pasillo, recordó que estaba en el bolso, y este en el salón.

Llegó resollando y chocando contra una silla, antes de que la llamada se cortara, pero cuando vio en la pantalla del teléfono que no era Jaime quien llamaba sino su padre, un frío cadavérico recorrió su cuerpo hasta asentarse en su estómago. Era el frío de la muerte, de la desesperación, sí, eso es lo que era.

—¡Papá, papá! ¿Qué pasa? —inquirió con voz convulsa, aguantando la respiración.

Su padre se tomó un tiempo en responder, tratando de controlar el llanto. Cuando al fin habló, le pareció que su voz provenía de un anciano senil. Ese no era su padre, por favor, por el amor de Dios, no podía serlo.

—Hija —dijo al fin el señor Pineda—, ven corriendo al hospital... Javier... Javier ha sufrido un paro respiratorio. Están tratando de reanimarlo, pero no sé... nos han echado de la habitación, no nos dicen nada.

Con el teléfono congelado en su oído, empapado de sangre, para Noelia el mundo dejó de existir como tal, ahora solo consistía en una inmensa esfera azul vista desde el espacio exterior donde proliferaba el dolor, la angustia y el sufrimiento. Era, como no podía ser de otra forma, el maldito infierno.

—¡Joder, joder, joder!

Jaime golpeó repetidamente el volante con el puño, hasta que su mano se tornó de un color rojizo. El motor del coche había dejado de funcionar de forma inexplicable, sin que ningún piloto se iluminase en el cuadro de mandos, y se había visto en la obligación de detenerse en el arcén de la A-6, a escasos kilómetros de Las Rozas. La nieve se amontonaba en irregulares montículos a lo largo de la autopista, creando una lengua blanca y húmeda que se extendía hasta el horizonte.

Jaime, ofuscado, se inclinó sobre el volante y observó por la luna delantera el capó del coche esperando ver una alarmante columna de humo negro, pero no ocurrió así. Un camión articulado pasó por su lado a gran velocidad, zarandeando el coche y salpicando las ventanillas de aguanieve.

Consultó el reloj del salpicadero. Aún faltaban poco más de tres horas para la firma de libros. Invasado por la exasperación hizo girar la llave del contacto varias veces, sin éxito, y luego miró a su alrededor con notable nerviosismo, sin saber qué hacer. *Has metido la pata pero bien. Piensa en algo, rápido, antes de que un camión te embista por detrás.* Era necesario que llegase a Valladolid, pensó a continuación, ya que había recibido un mensaje de Eugenio comunicándole que estaría presente en esta ocasión y que acudiese un par de horas antes, que necesitaba hablar con él acerca de su obra.

En cuanto a las numerosas llamadas de Noelia, las obvió, sin más.

Suspiró, pensó con claridad, como había que hacerlo en circunstancias adversas, y elaboró un eficiente, o al menos eso creía, plan de actuación. Buscó entre los papeles de la guantera y halló la póliza del seguro. Por el bien de ellos, más les valdría mandar una grúa por la vía rápida. Pero no era suficiente. La grúa nunca lo trasladaría hasta Valladolid, así que se le ocurrió llamar a Eugenio, con la esperanza de que todavía no hubiese salido de

Madrid, o si lo había hecho, que todavía no hubiese sobrepasado el punto donde se hallaba detenido. Si podía recogerlo de camino, todo estaría resuelto.

Otro camión pasó zumbando por su lado, sin preocuparse de cambiarse de carril. El coche se sacudió como si debajo de sus ruedas se estuviese produciendo un ligero terremoto. El terror a ser aplastado y el miedo a que Eugenio no respondiese a su llamada le produjo un sudor frío, pero trató de pensar en positivo, porque hacerlo así atraía las cosas buenas y provechosas, igual que pensar en negativo atraía al mal, ¿no era así?

El mal.

El mal.

Cerró los ojos, negó insistentemente y trató de quitarse esa maldita palabra de su cabeza. Cogió el teléfono del asiento contiguo, lo sostuvo en su mano y cuando estaba a punto de marcar el número de teléfono que dictaba la póliza de pronto, sin saber por qué, se preguntó en qué estado se encontrarían los tres cadáveres que tenía escondidos en el trastero. *Hace ya veinte días. Sí, probablemente la carne se haya deshecho dejando al descubierto los huesos. Sus ojos ya no existirán, en su lugar habrá cuencas oscuras y vacías, y sus dientes, ja, sus dientes. Serán lo más parecido al viejo y polvoriento órgano de una iglesia abandonada. ¿Me queríais volver a robar a mí, cabrones, a mí? No os lo esperabais, ¿verdad que no, verdad? Dadle recuerdos de mi parte en el infierno, seguro que sabe quién soy.*

Jaime se quedó atónito mirando el teléfono, con la mano alzada, pero su mirada iba mucho más allá. Había comenzado a nevar, aunque sin mucha intensidad. Las nubes se oscurecieron mientras su mente divagaba, adquiriendo un tono plomizo que restó luz a la mañana. ¿No debería colocar detrás del coche los triángulos de emergencia?, se dijo, y luego: ¿Se había afeitado? ¿Se había duchado?

No hay nada mejor que sentir para describir. Sí, era cierto, hasta cierto punto...

Noelia no podía contener las lágrimas. La tristeza y el pesar oprimían su corazón, como una abominable mano que naciese desde su estómago. Salió de casa, cerró de un portazo y, después de esperar una eternidad a que el ascensor ascendiera a su planta, bajó comprimida por el silencio reverberante que reinaba en él. Se observó en el espejo. Sus ojos eran dos círculos rojizos e hinchados, y su ropa estaba empapada en sangre. Daba igual. Daba igual. *Javier, no te mueras, por favor, ya va mamá, ya va mamá.*

Corrió hasta el coche, arrancó y salió chirriando ruedas. Giró la primera a la derecha, adelantó a un par de coches y tuvo que detenerse de un fuerte frenazo en un semáforo en rojo que era imposible de saltar a no ser que quisieras que te golpearan simultáneamente por ambos costados. Aprovechó la parada y volvió a marcar el número de Jaime. Sus manos parecían sufrir de Parkinson, y le supuso un gran esfuerzo marcar el botón de rellamada. No podría hablar, se dijo desolada, si coge el teléfono no podría pronunciar ni una palabra sin que el llanto quebrase su voz.

Sonó un tono. Dos. Tres. Cuatro... El semáforo cambió a verde.

Cinco. Seis. Siete tonos. Jaime, que había despertado de su letargo en cuanto el teléfono sonó en su mano, contemplaba con cierta curiosidad el nombre de Noelia en la pantalla luminiscente. La vibración le producía un agradable cosquilleo en la mano, y quizá ese fuese el motivo por el que no colgó.

Siempre tan oportuna, Noelia.

La llamada finalmente murió en su mano y la vibración cesó.

Jaime ostentó una sonrisa hundida, que resaltó las nuevas y demacradas sombras en su rostro, y cuando se disponía a llamar al seguro de nuevo entró una llamada de Noelia. Su nombre resplandeció otra vez, y la vibración del móvil ya no le resultó tan placentera. Frunció el ceño y la cólera comenzó a tomar forma en su ser. *¿Por qué no llamas a Luis, cariño? Seguramente él podrá ayudarte mucho más que yo.*

Cinco tonos. Seis.

¿Por qué no cuelgas de una puta vez?

—¿Por qué no cuelgas? —gritó en el cada vez más frío habitáculo del coche.

Siete tonos. Ocho.

Se acabó. Debía terminar con esto, ya, antes de que se volviese loco. Jaime descolgó y gritó:

—¿Qué es lo que quieres?

Lo único que escuchó fueron los sollozos de Noelia. Los conocía de sobra, siempre precedían a una disculpa. Al fin escuchó su voz quebrada, cercenada por el llanto.

—Jaime... es Javier. Nuestro hijo se está muriendo. —A continuación Noelia estalló en un llanto ahogado.

Jaime se quedó paralizado con el teléfono soldado a la oreja. La realidad

de aquellas palabras fue abriéndose paso en su mente, apartando las telarañas y licuando el líquido lodoso que la empañaba. Sintió un angustioso cosquilleo ascender desde su estómago hasta la tráquea, y de pronto todo careció de sentido. La obra que había vomitado de su mente, la inminente firma de libros en Valladolid, Eugenio y sus pretenciosos planes de futuro. Pero no acababa ahí, no, había más, mucho más. Su maldito suegro afanoso por robarle a su mujer, Luis y su amistad tan falsa como las promesas de un partido político en vísperas de elecciones, que por cierto, también él quería robarle a su mujer, el horror de haber asesinado a tres jóvenes, el maldito perro, que solo dejaba de gruñir cuando él escribía sin descanso en su despacho, Noelia, que le había engañado y se había deshecho de él con la misma facilidad que un desaprensivo echa por la ventanilla del coche una colilla en mitad del bosque.

Solo le quedaba Javier, llenando cada rincón de sus pensamientos con su sonrisa, con su frágil voz implorando que dejase de provocarle cosquillas, con su rostro cándido y vulnerable cuando estaba sumido en un profundo sueño.

Sintió un nudo de espinas en la garganta, señal de que el llanto luchaba por escapar, pero al fin consiguió hablar:

—¡Noelia! ¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha pasado?

Percibió cómo Noelia trataba de dominarse al otro lado del teléfono, y después de una pausa respondió con la voz rota:

—No sé, no lo sé, Jaime... empezó a vomitar, un vómito negro... lo llevamos al hospital y entró en un coma profundo. —Tragó saliva costosamente y continuó. —He ido a buscarte a casa y... no estabas. Voy hacia el hospital...

—¿Qué hospital, Noelia? ¿En qué hospital está?

—En... en el hospital La Paz. Ven, Jaime, ven...

Jaime colgó y la exasperación invadió su ser.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¡Maldito coche!

Golpeó el volante con tanta fuerza que hizo sonar el claxon. Su cara comenzó a desencajarse por el horror y finalmente rompió en un llanto de impotencia. El frío, de pronto, se tornó insoportable y sus manos comenzaron a temblar. El viento hacía estrellarse los copos de nieve contra la luna delantera. Asió la llave del contacto en un último y desesperado intento, la giró e, inexplicablemente, el coche arrancó con un férreo rugido del motor.

—Sí, sí...

Metió primera y se incorporó al carril derecho sin siquiera cerciorarse por

el espejo retrovisor, provocando la pitada del coche que se acercaba y que tuvo que cambiar bruscamente de carril para no colisionar. No había tiempo para morir, en absoluto. Debía llegar al hospital a la máxima urgencia, y por Dios, que iba a conseguirlo.

Aceleró apurando las marchas, condujo hasta el siguiente cambio de sentido, a solo kilómetro y medio, y se incorporó a la autopista en dirección Madrid. Hundió el pedal del acelerador y, sin dejar de tocar repetidamente el claxon, fue adelantando cuantos coches le salieron al paso, por la izquierda, por la derecha, en ocasiones con peligrosa temeridad. Las lágrimas empañaban su visión, pero no podía detenerse, ni aunque ardiese el infierno, y en una oportunidad a punto estuvo de estrellarse contra el coche que le precedía, que frenó sin que lo esperase. Reaccionó a tiempo y se pasó al carril de la izquierda, provocando que las ruedas delanteras patinasen en el húmedo asfalto.

Recorrió casi veinte kilómetros en mucho menos tiempo del que se tarda en hacerlo, y entonces escuchó una sirena lejana. Apretando con fuerza el volante, miró por el espejo retrovisor y se vio deslumbrado por una luz azul y oscilante que se aproximaba a gran velocidad por su carril.

—Mierda, mierda. ¡Mierda!

En menos de un minuto un coche de la Guardia Civil se había pegado a su espalda y hacía señas con los destellos de la sirena para que se detuviese en el arcén. El tráfico dejó una prudente distancia entre ellos por lo que pudiera pasar, ralentizándose de forma notable, y Jaime no tuvo otra opción que obedecer. *No, por favor, no. Debo llegar al hospital, no pueden detenerme.* La frustración se adueñó de su razón. Ahora que la tensión de la conducción había sido aplacada, la pena y el dolor amenazaban con quebrar su mente.

Puso el intermitente y fue cambiándose de carril hasta detener el coche en el arcén. El coche de la Guardia Civil lo siguió a poca distancia, vigilante, con las luces de la sirena destellando en los copos de nieve que cada vez caían con más intensidad. Finalmente, estacionó detrás de él. El tráfico cobró su velocidad habitual, pero los conductores levantaban ligeramente el pie del acelerador al pasar por su lado, mirando por la ventanilla con curiosidad quién iba al volante del Renault.

Jaime, que sentía el corazón al borde del colapso, observó por el espejo retrovisor cómo la pareja de Guardias Civiles se apeaba del coche y caminaba con paso decidido hacia él. Se sintió enloquecer por la frustración. Con ese

contratiempo jamás llegaría a tiempo al hospital. Desesperado, solo se le ocurrió pedirles ayuda. La mano enguantada de uno de ellos golpeó el cristal de la ventanilla. Jaime la bajó, sintiendo el aire gélido en su piel, y miró directamente a los ojos del guardia Civil, de aspecto afectuoso pero de expresión adusta, reforzada por la frondosa barba que comenzaba a poblarse de nieve.

—Buenos días tenga usted —saludó, con voz grave y falsa cortesía—. Debe de tener mucha prisa, caballero. Por favor, facilíteme los papeles del coche y el carné de conducir. —El Guardia Civil, que a continuación inclinó la cabeza para ver la cara del conductor, reflejó una expresión de desconcierto, y en cierto modo sus facciones se suavizaron.

—Por favor, agente —suplicó Jaime, con los ojos bañados en lágrimas—, mi hijo se muere, está en el hospital La Paz... mi mujer... me acaba de llamar. Debo llegar sin falta... por favor.

El Guardia Civil intercambió una mirada confidencial con su compañero.

—Tranquilícese, por favor. Muéstreme la documentación.

Jaime detectó algo en su mirada, estaba seguro, era piedad, esa relajación en la expresión facial que denota compasión. ¿Cuánto tiempo le quedaba? ¿Javier seguiría con vida? Claro que sí, por supuesto que seguía vivo, jamás volvería a plantearse esa pregunta, jamás. Obedeció al Guardia Civil y buscó los papeles en la guantera del coche. Cuando los encontró se los entregó en mano y luego buscó en su cartera el carné de conducir.

—Espere un momento, por favor —le comunicó el Guardia Civil. Su compañero se encaminó al coche, Jaime dedujo que para comprobar que todo estuviese en orden—. ¿Qué le pasa a su hijo? —quiso saber, sin apartar la mirada de su compañero.

—No sé qué le pasa —trató de explicar Jaime, porque sentía que las palabras que brotaban de su boca se asemejaban a piedras, afiladas y cortantes—. Mi mujer me llamó hace unos minutos... empezó a vomitar... ahora está en coma profundo... no lo sé, no lo sé... —Su tosca explicación fue interrumpida por el llanto, y el Guardia Civil debió de entender que no era fingido, porque hizo un gesto con el brazo a su compañero para que aligerara las comprobaciones.

Pasaron dos minutos, y al fin el segundo Guardia Civil salió del coche y se reunió con su compañero.

—Todo en orden.

—De acuerdo. —El agente volvió a inclinarse hacia la ventanilla del Renault. —Síguenos, le abriremos el paso.

La esperanza renació en Jaime, que asintió agradecido. Esas palabras fueron las más afables que había recibido hoy, pensó mientras veía cómo los agentes corrían hacia su coche. Después de todo, quizá el bien todavía no había dicho su última palabra.

El coche de la Guardia civil se puso en marcha con la sirena accionada y Jaime se dispuso a seguirlos con el corazón a punto de desfallecer, preguntándose aterrado qué estaría sucediendo en ese preciso instante en el hospital.

Su hijo iba a vivir, no cabía duda, esa afirmación fue repitiéndola en su mente durante todo el trayecto, incapaz de afrontar el antónimo de su significado.

El coche de la Guardia Civil estacionó en la puerta de urgencias del hospital, y a pocos metros lo hizo Jaime, sin siquiera preocuparse por lo que podría pasarle a su coche. Se apeó y corrió hacia el interior del hospital, no sin antes agradecer su ayuda a los agentes con un gesto desde la distancia.

Las puertas de cristal corredizas le dieron paso y se precipitó sobre el puesto de información.

—Por favor, Javier Murillo Pineda, es mi hijo, ¿en qué planta está? Ingresó ayer —gruñó con voz atropellada.

La enfermera, una cuarentona de expresión apacible, compungió la expresión al ver la desesperación en el demudado rostro de Jaime y, sin perder tiempo, consultó los datos del niño en el ordenador.

—Octava planta, habitación 817. Siga ese pasillo y allí encontrará los ascensores.

—Gracias —dijo, mientras ya corría hacia la dirección recién indicada.

Cuando llegó a los ascensores un grupo de gente se congregaba frente a las puertas, a la espera. Con aire nervioso, se detuvo y comenzó a mover las piernas como si tratara de atravesar el suelo. Sintió algunas miradas fugaces, otras no tanto, escrutarlo minuciosamente, sin embargo ahora era lo que menos le importaba.

Debo ser fuerte, debo ser fuerte, debo ser fuerte.

Ahora que estaba tan cerca y que la blancura del hospital se cernía sobre él como el manto de un ángel, con ese deje a desinfectante que anunciaba un mal augurio y que se atravesaba en su garganta, trató de concienciarse ante lo que pudiera encontrarse allí, y por primera vez aceptó que su hijo podría haber muerto. De pronto pensó en el diablo, invadió su mente como un invitado no deseado, y se preguntó si, al fin y al cabo, no sería él mismo el culpable de toda esta locura inexplicable por lo que había hecho en el edificio

de enfrente, por haber escrito ese maldito libro.

El ascensor llegó y el camino hasta la octava planta fue suave y silencioso, pero también tortuoso e interminable. En el trayecto dedicó un efímero pensamiento a Noelia, culpándola sin motivo, por el simple hecho de que Javier había enfermado estando bajo su protección, creyendo que si no hubiese estado jugando a los romances extramatrimoniales, manteniéndose así todos en familia, Javier ahora estaría sano y salvo.

El pensamiento se desvaneció en cuanto el ascensor llegó a la octava planta. Para entonces, solo quedaban una pareja de ancianos y él. Salió corriendo del ascensor, buscó el número de habitación en las placas colgadas al inicio de los distintos pasillos que emergían desde el vestíbulo y, tras localizar el rango en el que se incluía la 817 corrió en esa dirección. Sentía calor, mucho calor. También frío, un frío que le oprimía el corazón conforme iban reduciéndose los metros. Pero no se detuvo. De pronto se vio invadido por el recuerdo de su hijo, el día en que nació. Mientras el doctor lo sostenía en brazos, Javier giró la cabeza hacia él y sintió su primera mirada escrutándolo con temor, desconcertado por la nueva vida que se abría paso como un bofetón de nuevas sensaciones, y entonces rompió en llanto. Dios mío, su cabeza parecía haber sido succionada, tomando una forma extrañamente ovalada, y recordó pensar con la ingenuidad de un padre primerizo si esa cabeza se quedaría así por toda la eternidad.

Habitación 813. Ya llegaba. Podía incluso sentir su presencia.

Siguió corriendo, con piernas temblorosas, y el nacimiento se desvaneció en su mente para recibir el recuerdo de los primeros pasos de Javier. Estaba escribiendo en su despacho un relato corto que días más tarde eliminaría de su ordenador por creer que carecía de la calidad suficiente, y de pronto Javier entró con caminar torpe y una resplandeciente sonrisa al descubrir lo que sus piernas podían hacer por él, seguido de Noelia que, encorvada, vigilaba sus movimientos con los brazos extendidos. Javier, al verlo, aceleró desmañadamente el paso, profiriendo grititos de júbilo, hasta apoyarse en sus piernas y Jaime lo levantó y lo estrechó entre sus brazos, orgulloso, muy orgulloso, colmándolo de besos mientras Javier no paraba de reír.

Habitación 815. El silencio que reinaba en el hospital se adueñó de su corazón y de su respiración.

De pronto aminoró la marcha, y ahora solo andaba. Sentía terror, un terror atroz. Se aferró a su último recuerdo, y vio en su mente a Javier el primer día

que trató de enseñarle a montar en bicicleta en el parque de la esquina. «No me sueltes, papá». «No lo haré cariño, no tengas miedo, yo estoy aquí». Pero en un momento dado, él soltó el sillín. Javier recorrió un metro y luego el manillar osciló entre sus manos peligrosamente. Javier cayó al suelo y lloró desconsolado hasta que Jaime lo levantó del suelo y lo abrazó, diciéndole que no era nada, solo un pequeño rasguño que se curaría con unos cuantos besos.

Los recuerdos pasaron de largo como el último tren de medianoche. Frente a él se hallaba la puerta con el número 817 grabado en una raída placa metálica. Una puerta blanca cerrada, silenciosa, interponiéndose entre Javier y él.

El terror a lo que pudiese encontrarse al otro lado cobró una intensidad asfixiante, casi capaz de provocarle un paro cardíaco, y se preguntó por qué no había médicos maniobrando precipitadamente para tratar de ayudar a su hijo. *Porque ya lo han estabilizado, estúpido, por eso, y ahora está descansando, de ahí tanto silencio.*

Se armó de valor y abrió la puerta, muy despacio, albergando una última esperanza.

Los sollozos de Noelia, apagados, fueron lo primero que escuchó y, de algún modo, sintió cómo algo se desgarraba en su interior. Buscó afanosamente con la mirada a Javier, ignorando a sus suegros, que en pie se abrazaban con un cariño que desconocía en el señor Pineda. Lo encontró tumbado sobre la cama. Noelia, con la cabeza hundida en su pecho, lloraba sin consuelo, un llanto atrapado por la calidez de las mantas. Se incorporó cuando escuchó la puerta abrirse, y Jaime pudo ver sus ojos hinchados y anegados en lágrimas, sin importarle por qué su mujer iba cubierta de sangre, porque era imposible que perteneciese a Javier, imposible, al igual que a Noelia no le importó que Jaime presentase un aspecto cadavérico y macilento, como si hubiese regresado de entre los muertos.

—¡Javier! —gritó, y corrió hacia él.

—Está muerto, Jaime, está muerto —gimió Noelia.

De pronto vio cómo el señor Pineda se zafaba de Sofía y se interponía en su camino, sujetándolo.

—No, Jaime, no —susurró con la voz rota.

—¡Apártate de mi camino, bastardo!

Aunque no se había dado cuenta, Jaime había comenzado a llorar, incapaz de asimilar las palabras de Noelia. Forcejeó con el señor Pineda hasta que

este decidió dejarlo marchar, haciéndose a un lado. Llegó a la cama y al fin pudo ver a Javier con los ojos cerrados, tapado con las mantas hasta el cuello, con la palidez de la muerte en su piel. Sintió cómo el inmenso dolor hacía crujir algo dentro de su cerebro.

—Está dormido —masculló entre sollozos—, ¿no lo veis? Solo duerme. —Jaime se inclinó sobre Javier y besó su frente. Sintió el frío sepulcral en sus labios.

—Ha muerto, Jaime —repitió Noelia, incorporándose y tratando de abrazarlo—. No han podido hacer nada por él, su... su corazón dejó de latir...

—¡No! ¡Solo duerme!

De pronto Jaime se dio cuenta de la incoherencia de su afirmación. ¿Cuánto tiempo más podía estar engañándose a sí mismo? Javier había muerto, y ni siquiera se había podido despedir de él, ni escuchar su voz por última vez, ni ver su sonrisa, ni sentir sus brazos rodeando su cuello en un fuerte abrazo. Sintió cómo sus piernas flojeaban como si estuviese soportando un terrible peso y se desplomó de rodillas ante el cadáver de su hijo, invadido por un llanto que emergía de sus pulmones con una fuerza desmedida.

Noelia se arrodilló a su lado y se dejó dominar por el llanto, por la insoportable pena, por el dolor de haber perdido a su único hijo. Entonces, como un pensamiento invasivo, recordó las palabras de su padre días antes, y ahora, inmersa en la confusión y la aflicción, lo entendió, supo exactamente a qué se refería.

—Cómo ha podido pasar, Dios mío, cómo... —sollozó Jaime, y se descubrió abrazando a Noelia, arropándose con el consuelo de su dolor, impregnándose de la sangre que manchaba sus ropas. Sumido en la desesperación más absoluta, acudió a su cabeza la conversación que tuvieron un día antes de que ella y Javier partieran, la reprodujo fielmente palabra por palabra, y por primera vez la claridad de su mente le indujo a pensar que todo lo que Noelia dijo era verdad. Solo quería ayudarle, jamás había tenido un romance con Luis, nunca... De pronto sintió una presencia junto a la puerta. Alzó la cabeza y la giró muy despacio, como si ahora su cráneo pesase diez kilos más. Allí, apoyado en la pared con aire indiferente, con un cigarro entre sus dedos, vio a su padre tal y como lo recordaba, sonriendo, pero era una extraña sonrisa, como si estuviese disfrutando de su dolor.

—Papá... —susurró, y Noelia, con una mirada furtiva, mascando el inmenso dolor, pensó que Jaime había entrado en estado de shock.

Su padre no hablaba. Solo sonreía, fumaba y lo examinaba con la mirada. Jaime se separó de Noelia y avanzó hacia él, temeroso, con las piernas temblorosas. Observó sus ojos y se detuvo para contemplarlo una vez más. Su padre. Había comenzado a olvidar sus gestos, los matices de su rostro, su presencia tranquilizadora. Pero esa mirada... esa mirada que lo observaba con cierta inquietud no le pertenecía. Había algo en ella, un brillo oscuro, una soberbia malévola.

El líquido negro y viscoso del que se había desprendido volvió a anegar su mente, muy despacio pero sin detenerse, enmarañando sus pensamientos, empañando su razón, y de pronto, como si un putrefacto duende hubiese iluminado una luz en su interior, supo ante quién se hallaba, pudiendo percibir incluso en la distancia su fétido aliento. Allí, frente a él, en la habitación del hospital que cobijaba a su hijo muerto, como si el libro de su destino hubiese sido abierto ante él por la última página, de pronto todo cobró sentido.

Sí, ahora lo entendía todo.

Su padre descubrió una media sonrisa, más amplia, dejando entrever su amarillenta dentadura, y entonces pronunció una única frase que solo escuchó él.

—Sabes lo que quiero.

La comprensión desgarró su mente, y su cuerpo tembló. La novela que había vomitado solo había sido un insidioso juego, una vil maniobra de distracción, porque su vanidad no albergaba límites, y sí, el terror adquirió un nivel infrahumano que retorció sus entrañas, porque el diablo, pese a su perseverante oposición, existía, lo tenía exactamente delante de sus ojos.

Sabía lo que esperaba de él, y lo aceptó, pese a que moría de terror, pese a descubrir que la palabra eternidad era terroríficamente fiel a su significado. Sin perder tiempo, echó a correr y abandonó la habitación 917, pasando por al lado de su padre, que lo siguió con una mirada victoriosa.

—¡Jaime! —gritó Noelia, con la voz quebrada— ¡Adónde vas? ¡Vuelve!

—Déjalo, hija —le aconsejó el señor Pineda, acercándose a ella y tratando de retenerla—, quizá ahora necesite estar solo.

—¡No, no, suéltame!

Jaime corrió por el pasillo del hospital, con mirada escrutadora y una expresión de terror que deformaba su rostro, entrando en todas las habitaciones, todas ellas ocupadas por pacientes y familiares que lo observaban perplejos. Su mirada buscaba con vehemencia las ventanas, pero

ninguna de ellas le servía debido a la estructura a modo de guillotina que presentaban. No se lo permitirían, se dijo en un pensamiento huidizo, antes lo retendrían en cuanto intuyesen sus intenciones.

Llegó con respiración agitada al vestíbulo, sudando copiosamente. Se detuvo y giró sobre sí mismo, examinando todo lo que había a su alrededor, con los ojos tan abiertos y asustados que parecían querer salirse de sus órbitas.

Entonces su mirada se fijó en un letrero que indicaba el camino hacia las escaleras y la luz se abrió ante él, consciente de que el tiempo se acababa.

—¡Jaime, vuelve!

Noelia, que había logrado escabullirse de los brazos de su padre, corría por el pasillo, salpicando lágrimas a su paso.

Jaime ignoró su angustiada llamada. Enfiló hacia el pasillo que comunicaba con las escaleras y cuando estuvo frente a ellas, sin detenerse, dedicó su último pensamiento a Javier, su rostro angelical, su risa contagiosa, su frágil y añorada voz. Cerró los ojos y saltó, como una grácil zambullida hacia una piscina vacía. No pudo ver que las escaleras eran demasiado pronunciadas, ni que los escalones formaban suaves pero afiladas aristas. Sin embargo, esas características eran exactamente lo que necesitaba.

Un año más tarde.

En ese frío invierno, un oasis provocado por un frente cálido proveniente del sur permitió disfrutar de un día soleado. Noelia abrió la puerta del porche acristalado y empujó el carrito hasta el sofá, orientándolo hacia el sol. Irene emitió un gritito de felicidad, señal de que no le desagradaba.

—¿Te gusta el sol, cariño mío? —dijo Noelia inclinándose sobre su hija y sonriendo, con ese tono de voz que siempre se emplea cuando hablas con un bebé y que le hace a uno sentirse estúpido.

Irene respondió con un agudo chillido y agitando sus manitas, como si tratase de atrapar los rayos del sol. Noelia acarició sus rubios cabellos y se sentó en el sofá, a su lado. Sin poder dejar de sonreír observó a su hija. Dios mío, era la viva imagen de Jaime. Tenía sus mismos ojos, pardos como un paisaje otoñal.

Sintió que el llanto amenazaba sus ojos de nuevo, así que se inclinó sobre el carrito y de la cesta cogió el libro de Jaime que tres meses antes le hiciera llegar Eugenio por mensajería. Sí, había sido un éxito rotundo, como explicaba el editor en una carta adjunta, y lo demostró cuando días atrás recibió un sobre con un cheque por valor de trescientos mil euros, y eso solo era el principio, subrayaba. Sin duda, pensó invadida por la aflicción, Jaime se habría sentido muy orgulloso de sí mismo, pero ahora, ¿a quién le importaba ya el dinero, o el éxito a título póstumo del que tanto presumía Eugenio?

Abrió el libro de tapa dura y continuó con la lectura. Esa era la tercera vez que lo leía. La primera vez lloró hasta quedarse sin lágrimas, la segunda le produjo un pesar insostenible, pero logró contener el llanto. Esta vez esperaba que fuese distinto.

Había dejado atrás diecinueve páginas cuando la puerta del porche se

abrió. Noelia levantó la vista del libro, arrancada de la lectura y sobrecogida.

—Hola cariño, me has asustado.

Javier sonrió maliciosamente y luego le dio un beso a su hermana, que trató de agarrarle el cabello.

—Lo siento, mamá. ¿Otra vez estás leyendo el libro de papá? Te lo vas a aprender de memoria. —El comentario provocó una sonrisa en Noelia, pero no dijo nada.

Javier se sentó al lado de su madre. Llevaba unos folios en su mano.

—¿Qué hacías? Casi no te he visto en toda la mañana —quiso saber Noelia.

Javier, emocionado, le dio los folios a su madre.

—He estado escribiendo una historia —dijo—. Léela, por favor, dime si te gusta.

Noelia los cogió y sopesó su grosor. Desde luego, algo inusual para un niño de la edad de Javier.

—Está bien. Lo leeré ahora mismo y te daré mi opinión cuando la haya acabado.

—Vale, pero dime la verdad, por favor —imploró el pequeño.

—Te lo prometo. ¿Han vuelto ya los abuelos?

Javier ya se había levantado y corría hacia el jardín.

—No, todavía no.

Desapareció entre los árboles. Noelia cerró el libro de Jaime y comenzó a leer la historia de Javier, reflexionando sobre la nueva e insólita obstinación de su hijo por la literatura. Le llevó casi media hora. Cuando terminó dejó las hojas sobre la mesa de cristal, pensativa. Sin duda, había heredado el talento de su padre, y también su afición por el terror. Su historia no lograba llegar a transmitir miedo, pero sí una inquietud significativa. Sin embargo, tenía toda la vida por delante para pulir su estilo, si es que finalmente decidía dedicarse a la escritura. Sonrió fantasiosa e imaginó un titular: Javier Murillo, el escritor de terror más aclamado que venció a la muerte.

Irene la despertó de su letargo con un fino grito, reclamando su atención.

—¿Tienes sed, cielo? Toma.

Le dio agua con el biberón, volvió a coger el libro de Jaime y acomodándose en el sofá, continuó la lectura allí donde Javier la había interrumpido. Sintió un escalofrío al recordar el reguero de muerte y destrucción que Jaime había dejado a su paso los días precedentes a su

muerte, y se prometió a sí misma que sería capaz de leerlo diez veces más si fuera necesario, no dejaría de hacerlo hasta que en él encontrase las respuestas que andaba buscando.

FIN

NOTA DE AUTOR

En efecto, hay cosas con las que uno no debería jugar, ni siquiera escribir acerca de ellas. Catorce meses son los que me ha llevado construir este libro, y hasta en dos ocasiones me he planteado abandonarlo y detener de alguna manera una sucesión de hechos que comenzaban a afectarme a título personal. Finalmente, después del caos sembrado, este ha sido el resultado.

Si estás leyendo esto es que has logrado llegar hasta el final, así que, querid@ lector@, mi más sincero agradecimiento y al menos me queda esa sensación de que, después de todo, ha valido la pena.